



AMORES QUE CURAN  
LIBRO 1

# Contigo, Siempre

KATHERINNE ÁLVAREZ

**Contigo, Siempre**  
AMORES QUE CURAN  
LIBRO 1  
KATHERINNE ÁLVAREZ

*Dedicado a ti, que a pesar del llanto y el dolor sigues en pie. Para ti, querido ángel, que con todo y alas rotas no has dejado de volar.*

## Agradecimientos

A *Dios* porque siempre ha estado conmigo y me ha enseñado que todo lo puedo, porque él me fortalece.

A todos mis *lectores* que con el paso de los años se han mantenido a mi lado, apoyándome. También darles las infinitas gracias a un grupo en especial, y que me veo en la fortuna de poder llamar amigos: mis *Therroncitos*, con quienes me siento en deuda por todo el amor que me dan y por todo el apoyo que me brindan, tanto en los momentos buenos como en malos, así como por creer en mí. Y me encantaría poder mencionarlos a todos por sus nombres, no obstante, esta sería una carta interminable, por ello me limitaré a solo mencionar a unas cuantas: Miry, Zulangy, Vany, Sofía E., Pao y a Sof. ¡Mil gracias!

A mis mejores amigas Melissa, Nancy y Sandy, por siempre impulsarme a alcanzar mis sueños y por estar conmigo cada que lo he necesitado. Asimismo, agradecerle a Kevin P., por escucharme y darme palabras de aliento.

A Clau P. y Kathe V., porque son las personas que estuvieron inmersos en los preparativos y que me ayudaron a que este sueño se volviera realidad.

Y por último, darte las gracias *a ti* porque me estás dando la oportunidad de acceder a tus pensamientos y a tu corazón. Desearte una espectacular lectura y que detrás de estos versos puedas encontrar un mensaje: de amor y esperanza, para atesorarlos por siempre.

Un abrazo, *Katherinne*.

*Dulce ángel, que tus alas cortadas y laceradas fueron,  
Pues encarcelada fuiste y marcada con fuego.  
Sin opción a promulga; pues sellando tus labios te sometieron,  
Obligándote a andar en tinieblas,  
Inmersa en una constante y tempestuosa tormenta.  
Sin embargo, en el agonizar de tu alma,  
En tu súbito y débil lamento, tu clamor fue escuchado.  
Y en tu auxilio otro ser apareció sin capa, ni espada;  
Enseñándote lo que era ser amada,  
Ya que en su inesperado sentir, sería capaz de por ti morir.  
Ahora sufres, porque aún en la libertad;  
Tu sentir encarcelado está,  
Confinado a una perpetua nevada,  
Que te atenaza en corazón y alma.  
Pero ángel, aún en tinieblas, esa tenue luz brillará,  
Con un amor que promete curar y hasta salvar.  
Que espera ansioso tan solo una oportunidad  
De enseñarte que todo puede cambiar.*

# Índice

## I PARTE

CAPÍTULO 1 Oscuridad

CAPÍTULO 2 Atracción

CAPÍTULO 3 Complicado

CAPÍTULO 4 Retirada

CAPÍTULO 5 Resolución

CAPÍTULO 6 Corazón Roto

CAPÍTULO 7 Malentendido

CAPÍTULO 8 Diferente

CAPÍTULO 9 Casualidad

CAPÍTULO 10 Palpitaciones

## II PARTE

CAPÍTULO 11 Transformado

CAPÍTULO 12 Inevitable

CAPÍTULO 13 Medidas

CAPÍTULO 14 Caos

## III Parte

CAPÍTULO 15 Fuego consumidor

CAPÍTULO 16 Ángel

CAPÍTULO 17 Promesas

CAPÍTULO 18 Expuesta

CAPÍTULO 19 Mi Verdad

CAPÍTULO 20 Despedida

## IV Parte

CAPÍTULO 21 Oportunidades

CAPÍTULO 22 Contigo, siempre

**CAPÍTULO 23** Te Amo

**CAPÍTULO 24** Avanzando

**CAPÍTULO 25** Alerta

**CAPÍTULO 26** Entrega total

**CAPÍTULO 27** Peligro

**V Parte**

**CAPÍTULO 28** Luchadores

**CAPÍTULO 29** Impotencia

**CAPÍTULO 30** Decisiones

**CAPÍTULO 31** Represalias

**CAPÍTULO 32** Noche especial

**CAPÍTULO 33** Si me aceptas

**EPILOGO** Toda una Eternidad

**EXTRA I**

**Extra II**

**Extra III**

## **I PARTE**

*Porque en la oscuridad nuestras almas se hallaron*



## CAPÍTULO 1 Oscuridad

«*Pesto en salsa de ravioles. ¡No, Brandon! es Ravioles en salsa de pesto*», repetí por décima cuarta vez en mi cabeza, al tiempo que solté un suspiro cansino. Pero sin tener de otra, seguí memorizándome el resto del menú para ese día jueves, mientras limpiaba la barra que dividía mi zona de trabajo con el resto del comedor y el espacio dedicado a los comensales.

—Bienvenidos a *Marcos' Food*, soy Brandon O'Donnell, ¿puedo tomar su orden? —pregunté amablemente a una mujer de mediana edad; muy bien arreglada y que, para variar, tan pronto me vio comenzó a hacerme de ojitos, moviendo sus pestañas cargadas de máscara y haciendo muecas extrañas con sus labios rebosados de lápiz labial ocre. Además me observaba con intensidad mientras me escuchaba relatarle el especial del día: *Ravioles en salsa de pesto*, y sí, gracias al cielo lo había dicho bien—. Entonces, ¿qué desea ordenar? —cuestioné, al tiempo que elevaba las comisuras de mis labios en una sonrisa ensayada y educada.

Tomé la libreta y un bolígrafo, así como aguardé a que terminara de inspeccionar el menú, que recién había tomado de la barra. Sin embargo, no había mucho de dónde escoger, así que no entendía qué tanto escudriñaba. Noté como hizo una mueca de desagrado con sus labios.

—Es una lástima... —dijo, dejando al aire la oración. Fruncí el ceño, sin entender del todo esa reacción.

—Disculpe, ¿hay algún problema con el menú? —pregunté, al tiempo que le sonreía con parsimonia. Elevó el mentón y negó con la cabeza, «*¿entonces qué carajos, señora?*», pensé y deseé decir.

—Es una pena que *tú* no estés en el menú, porque de lo contrario ten por seguro que te pido para llevar —murmuró, guiñándome un ojo, o es lo que intentó hacer. Solté una risa fingida y nuevamente inquirí en si deseaba algo—. Sí, dame una ensalada César con pechuga de pollo y un té de limón, guapo.

¡*Argh!* Ignoré su adjetivo calificativo y me limité a asentir con la cabeza, mientras escribía su orden e indicándole con amabilidad parsimoniosa que podía tomar asiento y esperar. Le pedí el menú de vuelta; mientras ignoraba sus miradas sugestivas, asimismo, siendo consciente de la forma descarada en que había pasado rozando con su pulgar el dorso mi mano. Fingí demencia y con disimulo retiré mi mano un poco más rápido de lo normal.

Me dispuse en ir a dejar la orden al chef encargado de la cocina, sin embargo, cuando regresé, ella seguía ahí de pie. Suspiré e invoqué clemencia al cielo, pero sin mayor remedio, pues era mi trabajo. Me encaminé de nuevo a mi lugar. Era todo un dilema lidiar con ese tipo de mujeres, es decir, ¡me doblaba la edad!

—¿Se le ofrece algo más?, su orden pronto será despachada —dije, ocultando mi incomodidad. La mujer de cabello azabache ladeó la cabeza y deslizó un papel por encima de la barra. Y *casi* se me salía una mueca de fastidio mezclada con horror. Lo tomé, mostrándome inescrutable.

—Toma mi número, por si algún día de estos te encuentras aburrido y quieres divertirte. —Guiñó un ojo y se fue a una de las mesas del local, contoneando sus caderas como un pavo real, un viejo pavo real.

Sacudí la cabeza en una negativa e hice el ademán de liberar un escalofrío, y al menor

descuido me deshice del papel. No tenía ninguna intención de averiguar su contenido. ¡Iegh! Solté un suspiro de alivio cuando la vi desaparecer por la salida. No era la primera vez que algo parecido me pasaba, sin embargo, siempre solía ser perturbador. Seguí despachando muchas órdenes más, cobrando y hablando con algunos de los comensales que acostumbraban ir a comer a *Marcos' Food*. Mi función ahí, era sencilla, atender a los clientes, relatar el menú, tomar su orden y dársela al chef encargado, así como si mi jefe no se encontraba se extendía también hacia la caja registradora.

Cuando mi día laboral concluyó salí y me encaminé rumbo a casa, deseaba cenar algo rico y dormir. Y con esa resolución en mente me interné en las calles de *Greenville, Carolina del Norte*, y aunque las mismas estaban aún un poco transitadas debido a la hora, conforme me fui alejando del centro, estas se fueron desolando, pero ya estaba acostumbrado a andar por esas calles y que, absolutamente, nada sucediera.

Sin embargo, cuando estaba por cruzar una intersección, algo llamó mi atención. Me deshice de mis auriculares y fijé mis ojos en la cuadra de enfrente, específicamente en una especie de callejón que dividía dos edificios. Entonces pasó, un par de sombras captaron mi atención, las mismas se movían de forma extraña y no me sorprendía que fueran algún par de vagos o rufianes. Sacudí la cabeza en una negativa y di un paso más, lo mejor era alejarme lo más pronto posible, antes que cualquier cosa pasara. Caminé un par de metros, cuando lo escuché.

—*¡Por favor, auxi...!* —Me detuve en seco, todo mi organismo se detuvo una fracción de segundo, volví a ver sobre mi hombro, tratando de agudizar mis sentidos y descubrir qué pasaba, si en realidad había escuchado algo y no era producto de mi quisquillosa imaginación.

«¿*Qué haces, Brandon?, ¡Vamos, muévete!*», instó con apremio la voz de mi cabeza. Sin embargo, no pude.

Retrocedí el trecho avanzado, situándome justo enfrente, fue cuando descubrí todo. Un par de hombres enormes peleaban contra alguien más. Y sin darme cuenta, comencé a avanzar en su dirección, crucé la calle y conforme la distancia se acortaba, las siluetas comenzaron a cobrar sentido, todo en realidad. Marqué el número de emergencias y cuando comencé a explicar lo que creía que pasaba..., quejidos lastimeros hicieron eco en el reducido espacio, corté la llamada —*ignorando la voz de la mujer que me decía que me alejara y que ya iban patrullas en camino*—, y guardé el móvil. Fue entonces cuando descubrí que era una mujer la que estaba siendo sometida y que estaba a punto de ser violentada.

Me interné en el lúgubre callejón, sintiendo la adrenalina viajando por todo mi ser, la misma trayendo a la superficie toda la valentía que podía imprimir. Sin embargo, me paré en seco, oculto aún en las sombras, cuando vi de frente la terrorífica escena, en como esos tipos zangoloteaban a esa pobre mujer, la cual peleaba y trataba de gritar, sin éxito. ¡Malditos hijos de puta! La ira burbujeó en mi torrente sanguíneo, lo cual no me ayudó a poder pensar con claridad, ya que en lo único que podía cavilar era en que debía hacer algo.

Ninguno se percató a tiempo de mi presencia, me acerqué lo suficiente y sosteniendo con fuerza un tubo de hierro, que había encontrado oportunamente. Ignorando el golpeteo de mi corazón y el miedo que comenzaba a arraigarse en mis entrañas, y en cambio aferrándome a un rayo de valentía, hablé fuerte y claro.

—*¡Déjenla!* —exigí con firmeza. Los hombres se detuvieron de inmediato, giraron sus cabezas en mi dirección, sin poder ocultar el miedo en sus expresiones, no obstante, al notar que solo era un muchacho con un arranque de valentía, toda proporción de temor desapareció. Uno de ellos comenzó a acercarse a donde me encontraba, mientras el otro nefasto tipo seguía luchando por

dominar a esa mujer. Miré a ambos de hito en hito, alzando un poco más mi arma improvisada, tratando de verme amenazador, pero más bien les parecí un mal chiste—. Déjenla ir en este mismo instante porque la policía ya viene en camino —dije, esperando que fuera lo suficiente como para que desistieran de hacerle daño a ella y posiblemente a mí. El tipo que venía en mi dirección le indicó al otro que no se moviera e ignorando mi reciente amenaza, intentó golpearme en la cara, pero logré esquivarlo a tiempo.

—Deberías marcharte y dejarnos jugar con nuestra muñeca... —dijo, con tono divertido y juguetón. Su despectivo comentario me hizo enardecer de ira y en un descuido, mientras él regresaba su vista a donde estaba su otro compañero de fechorías, le di un golpe fuerte en su espalda—. Hijo de... —Y sin darle mayor tiempo, le di otro en su estómago y cayó al suelo, retorciéndose del dolor. Lo pateé y cuando creí que estaba ya vencido, me fui donde el otro hombre se hallaba, retándome con la mirada.

—Ahora sí, hijo de puta, te arrepentirás de haberte metido con nosotros —espetó. Lanzó a su víctima contra la pared, provocando que se diera de lleno y luego cayera al suelo. Reprimí el impulso de auxiliarla, pues primero debía deshacerme de ese bastardo.

Comenzamos a forcejear y el sujeto intentó, en más de una ocasión, tumbarme. Entonces, sin que lo viera venir, un golpe sordo, directo en uno de mis costados, me envió de inmediato al concreto. Entre los dos comenzaron a golpearme sin compasión mientras decían improperios, asimismo, la sangre comenzó a salir de mi boca a borbotones, el dolor en mi estómago era punzante, la visión se me llenó de puntos negros y blancuzcos, estaba a punto de perder el conocimiento, estaba a punto de morir.

De pronto los golpes cesaron y lo primero que escuché fue como algo muy pesado caía al suelo y como los demás forcejeaban; pero la semiinconsciencia no me permitía divisar con claridad las siluetas que se desdibujaban justo frente a mí, para saber qué pasaba. Entonces, el sonido de las sirenas de la policía comenzó a escucharse cada vez más cerca y casi al mismo tiempo vi como una silueta gruesa se alejaba a toda velocidad, perdiéndose en las sombras. ¿Qué demonios estaba pasando? Cerré los ojos, ya que el dolor cada vez se hacía más punzante, «¡ah, maldición!» Dolía tanto.

—¿Estás bien? —Una débil voz se abrió paso entre mis quejidos, hasta llamar mi atención—. ¡Dios! Hay tanta sangre —dijo alarmada. Abrí los ojos de golpe, sintiendo como el pánico se inyectaba en mi torrente sanguíneo, entonces los vi.

Un par de ojos grandes entre celestes con matices verdes, los mismos llenos de lágrimas.

—G-gracias —dijo la joven, entre sollozos. Limpió un poco de suciedad que se había adherido a mi rostro, su tacto era inestable, sin embargo, envió olas de algo cálido que se esparció por todo mi cuerpo—. La policía viene en camino, estarás bien. —La mitad de su rostro estaba oculto por la oscuridad de la noche, dejándome ver solamente partes del resto, pero de una forma inconexa. Un par de lágrimas se deslizaron por sus mejillas, intenté limpiarlas pero mis extremidades no obedecían mis órdenes por el escozor que implicaba—. Muchas gracias... —repetió con voz queda. El sonido de la patrulla se escuchó retumbante, estaban sobre la calle, a segundos de aparecerse. Entonces, sin perder un segundo más, se levantó y comenzó a correr, y en un abrir y cerrar de ojos, su silueta se perdió en la oscuridad.

La misma *oscuridad* que nos hizo encontrarnos.

La policía me encontró semiinconsciente. Me llevaron al hospital en donde un doctor me revisó y se cercioró que nada malo me hubiese pasado, que ningún hueso estuviese fracturado. Entonces, poco antes que pudiera marcharme, llamé a mi mejor amigo, Charles. Pues era el único

que podía llegar a esas horas de la noche sin ninguna dificultad. Di mi declaración, la cual no fue de mucha ayuda para que se les facilitara el poder encontrar al maleante que había escapado, ni tampoco a la mujer que jugaba el papel como la víctima. Mi amigo pronto me llevó a su casa, ya que no podía llegar en ese estado a la mía. Nos escabullimos hasta su habitación, sin que su tía se diera cuenta. Y ya ahí, le avisé a mi madre que no llegaría a dormir.

«¡Ay, Brandon!, ¿cuándo aprenderás? Por poquito y te matan». Cerré los ojos, sintiendo como los medicamentos comenzaban a hacer efecto. Y era cierto, por poco y no la contaba, sin embargo, ella me había salvado.



A la mañana siguiente de viernes, me desperté, y cuando abrí los ojos la luz me ocasionó un dolor espantoso en mis sienes. Así como fui consciente de cada músculo que componía mi cuerpo, y dolía, como si garras me despedazaran de adentro hacia afuera, sin piedad.

—¡Dios, al fin reaccionaste! —exclamó, con dramatismo Charles—. Por un momento creí que te habías muerto en mi habitación —bromeó. Solté un quejido, mi cabeza dolía, mis costillas punzaban, todo lo que sentía se resumía en un dolor de los mil demonios—. Y ya me imaginaba en un interrogatorio gritando: ¡soy inocente!, ¡si yo solo iba pasando! —Intenté reír, pero eso hacía que todo doliera más.

—¡Cállate, animal! —zanjé.

—¿Estás bien?, ¿quién soy? —preguntó fastidioso. Comenzó a llenarme de preguntas, que me estaban mareando. Y ya me estaba arrepintiéndome de haberlo llamado a él y no a mi madre.

—¡Con un demonio, Charles! ¡Por supuesto que estoy perfecto! Tan perfecto como para contar margaritas, imbécil. —Comenzó a reír, lo cual me obligó a cubrir mis oídos con la almohada.

—Como siempre, despertando con el mejor humor, ¿no? —Alcé mi mano, mostrando el dedo medio. Su risa cesó—. Para la próxima deja que la policía haga su trabajo y no te creas el *Capitán América*, que ni siquiera el físico tienes, y de los músculos ni te hablo.

—Que te den —murmuré—. Se me había olvidado decirte que en mi tiempo libre quiero hacerla de *Spiderman*. —Solté un bufido, se me hacía tarde para el trabajo.

—Pues yo que tú mejor cuidaba mi trabajo en la cafetería porque lo del héroe no te salió muy bien. Ahora dime, ¿qué fue exactamente lo que pasó?, que ayer no me quisiste contar absolutamente nada —reprochó. ¿Cómo iba a hacerlo? Los doctores me habían sedado para que el dolor me permitiera descansar.

—¡Ahh! No sé, yo... —Comencé a buscar en mis recuerdos todo lo que había pasado la noche anterior, en como había tenido un absurdo arranque de valentía que por poco y me mata—..., unos sujetos estaban maltratando a una mujer dentro de un callejón y yo solo quise ayudar. Pero todo salió mal, ellos comenzaron a atacarme y luego, no sé cómo, pero ella me salvó.

—No sé si felicitarte o qué diablos. ¡Casi te matan! —Cerré los ojos y tragué grueso, era la verdad, había sido el acto heroico más suicida—. Pero tuviste mucha suerte, Brandon. —Asentí con la cabeza, mi amigo tenía mucha razón. Varios segundos pasaron cuando Charles añadió—: Te ves horrible, ¿sabes?

—No me digas —dije con ironía. Lo escuche reír, sabía que lo había preocupado bastante y que, sin importarle nada, había salido de su casa en altas horas de la noche con tal de ir a

buscarme—. Gracias, Charles —murmuré, con mi voz aun pastosa gracias a las largas horas de sueño.

—Cuando quieras, bebé. —Guiñó un ojo.

Ese día no fui a trabajar, ya que estaba incapacitado por una semana. Había sido una buena paliza después de todo, ¡diablos!

Charles me prestó un poco de ropa, pues la mía estaba hecha jirones y llena de sangre. Así como tuve que soportar el sermón que la tía de mi amigo, Karla, me dio. Y no quería ni imaginar lo que mi madre iba a hacer conmigo. Salimos un par de horas después, primero debía de pasar a mi trabajo a dejar la constancia médica y luego debía de ir a casa. Sopesé todo el camino si contarle o no a mi madre cómo se habían dado las cosas en realidad, pero iba ganarme un regaño monumental. «*De cualquier forma, siempre lo hará*», comentó mi consciencia, era cierto. Además, quién quitaba y al ver que su hijo solo había querido salvar a alguien no se enojaba tanto. «*Pero no la salvaste, casi te matan que es diferente*», mi consciencia insidiosa murmuró.

Charles me dejó en casa, luego de despedirse con rapidez, ya que no quería ser el blanco del enojo de mi mamá. Lo vi alejarse, pensando que *quizá*, mejor me hubiese escapado con él. Solté un suspiro, mi cara era un total desastre. Iba a ser una suerte si no mataba del susto a nadie. Entré a mi casa, tratando de hacer el menor ruido posible.

—¡Bran! —gritó, mi hermana menor llamada Lucy. Se lanzó a mis brazos, para que la elevara como siempre, pero en esa ocasión no pude hacerlo, debido a que sentía que mis brazos estaban por desprenderse de mi cuerpo.

—Hola preciosa —dije, girando mi cara, ocultando mi ojo morado. Pero mi hermana, lista como siempre, corrió hasta el otro lado para ver eso que tanto ocultaba. Hizo una mueca de horror.

—¿Qué te pasó? —preguntó escandalizada.

—Yo..., yo..., Me caí, sí, caí —mentí. Ella hizo una mueca de desaprobación. Estaba por preguntar por mi mamá, cuando ella salió de la cocina y se detuvo en seco al ver mi aspecto deplorable.

—¡Por todos los cielos!, ¿qué te pasó? —Cerré los ojos una fracción de segundo, la escuché aproximarse y en menos tiempo del que creí ya estaba sentado sobre el sofá, siendo examinado por ella—. ¿Cómo que te caíste? —preguntó inquisidora, no me creía.

Abrí la boca varias veces como un pez, sin saber qué decir. Así como tenía que decirle la verdad, pues ella sabía que mi estado no me lo había provocado una caída, ni que me hubiese lanzado de un quinto piso. Di una mirada rápida en dirección de mi hermana, no quería que ella supiera la verdad. Mi madre entendió y la mandó a traer el maletín de primeros auxilios.

—Un par de maleantes me golpearon... —dije de forma atropellada. Su boca se abrió con asombro y el enojo llenando sus facciones. Le conté rápidamente que había sido por salvar a una mujer que estaba a punto de ser violada. Pero nos quedábamos callados cuando Lucy estaba cerca.

—¿Cuándo fue? ¿Por qué no me dijiste cuando llamaste? —Hice una mueca de pesar con mis labios.

—Ayer por la noche y no te lo comenté pues no te quería preocupar, ni a Lucy. —Mi mamá se levantó de golpe, estaba furiosa.

—¡Te das cuenta que te pudo haber pasado algo peor! —dijo alzando la voz.

—Mamá, Lucy te va a escuchar... —Mi hermana andaba trayendo agua limpia, excusa para que

nos dejara solos. Sacudió la cabeza en una negativa, estaba asustada y enojada, furiosa, más bien.

—Es que tú no entiendes. Hiciste una estupidez, ¡pudiste morir! —reclamó. Intenté hablar pero me dedicó una mirada furibunda—. Quiero que sea la última vez que te metes en problemas, ¿me oíste? No quiero que vuelvas a meterte donde no te han llamado.

—¡Mamá! Iban a violar o quizá hasta a matar a esa mujer —dije, ¿por qué sentía que había hecho lo correcto? Sí, casi me mataban, pero había ayudado a alguien y eso me ayudaba a sentirme bien. Negó con la cabeza, pero dejamos hasta ahí la conversación, porque Lucy había regresado.

Después de explicarle todo lo que el doctor me había dicho me fui a mi habitación. Me quedé dormido gracias a los analgésicos, sin sentir molestias de tener un gran trozo de carne en mi ojo. Y en mis sueños, aquella mujer de mirada turbia y afligida, ponderó todo.

## CAPÍTULO 2 Atracción

Esos ojos me perseguían en mis sueños. Además, habían noches en las cuales soñaba con esa terrorífica escena en donde ella estaba acorralada por esos hombre y yo la salvaba. Y en otros menos agradables, ella era atrapada y yo no podía hacer nada. Entonces solía despertar con una sensación de ahogamiento, de impotencia. El miedo y la preocupación de no saber qué había sido de esa mujer, no me dejaba tranquilo, por lo que difícilmente lograba conciliar el sueño nuevamente. Así como la duda me carcomía.

—Buenos días joven, ¿me podría decir el especial del día? Por favor... —Regresé a la realidad de golpe. Una señora estaba enfrente de mí y sonreía con diversión. Hizo una mueca con sus labios.

—Discúlpeme, es solo que ando muy distraído. Ahora tenemos *Pollo a la parrilla* —comenté, sintiéndome apenado, e incluso más, si a eso le sumábamos que no era la primera vez que me ocurría.

—Sírvenme uno, por favor. —Sacudí la cabeza y me dispuse a escribir su orden y las especificaciones. Charlé con ella un rato, ya que estaba empecinada en que algún lio amoroso era la razón por la que andaba en las nubes y mientras yo me decantaba a negarlo todo, hasta que se fue a sentar.

Solté un suspiro. Tener esas pesadillas tan recurrentes no me estaban ayudando en lo absoluto a poder dejar en el pasado lo que había sucedido aquella noche; íbamos por abril, ya casi más de un mes de todo aquello, sin embargo, mi mente seguía encaprichada y, en consecuencia, me acarreó problemas con mi dosis de descanso diaria. Y como consecuencia, me mantenía distraído en mis horas de trabajo y sabía que, si seguía así, dentro de poco me iba a quedar sin empleo.

Asimismo, y a manera de suspirar el trauma, en más de una ocasión, intenté tocar el tema con Charles, buscando un poco de tranquilidad y paz mental. Y pese a que él se la vivía diciéndome que seguramente había huido, que estaba bien y muy lejos de ese tipo —*el único que escapó*—, la sensación de peligro y de alerta, la cual desde esa noche se había adherido a mi sistema, no parecía querer mermar.

Y era *tan* absurdo que mi mente se empecinara en recordar, sobre todo a ella, de quien lo único que recordaba —*o eso creía*—, eran sus ojos.

«¡Jesús!, debo recuperar mi vida...»

Me encontraba atendiendo a un par de clientes cuando Marcos, mi jefe, llegó a buscarme y a anunciarme que ya era hora de mi descanso. Salí a la parte trasera del restaurante y comencé a devorarme un par de rosquillas rellenas, ¡Dios! Esa podía ser mi comida preferida en el mundo.

Las donas eran mi debilidad, como en las mujeres el chocolate.

—Ya me esperaba encontrarte así: tragando —comentó Charles, demasiado divertido. Rodé los ojos al cielo y terminé de engullir el último trozo que me quedaba.

—Puedo saber, ¿qué te trae por aquí? —pregunté, al tiempo que lamía los restos de la rosquilla de mi dedo pulgar, desperdiciar era pecado.

—Andaba por aquí cerca, comprando unas cosas para Pao. —Su novia—. Y entonces, quise venir a verte y alegrar tu triste existencia. Así de paso me cercioraba que siguieras aún vivo, ¿no has rescatado a ninguna damisela en peligro recientemente? —*Ajá*, mi amigo aún no superaba

aquel incidente y eso no ayudaba, en nada, a que yo lo dejara atrás, en el pasado donde debía estar.

—Para tu suerte no, sigo vivito y coleando. —Guiñé un ojo a lo cual él respondió poniendo los ojos en blanco—. Pero dime, ¿cómo vas con tu *arresto* romántico? Ahora hasta la haces de mandadero, eh. Qué. Vergüenza —dije burlón. Así solíamos mofarnos cuando uno de nuestros amigos, cuando íbamos al instituto, entraba en una relación de tiempo completo. Se encogió de hombros y sonrió bobaliconamente.

—No me molesta estar arrestado..., no si es con ella —dijo, hice una mueca de asco. Charles era particularmente... ¿cómo se le dice? ¡Ah, sí! Cursi. Era el más enamorado de los dos y obviamente, quien contaba con el mayor registro de rupturas amorosas—. Sí, búrlate ahora pero cuando te llegue la indicada, a ver cómo te va.

—Pues solo espero que mejor que a ti, no quiero ser un mandilón —repuse. Charles se encogió de hombros, luego lo pensó mejor y me sacó el dedo medio.

Seguimos charlando otro buen rato, mientras mi descanso terminaba y para hacerlo aún más agradable, mi mejor amigo y quién me conocía tan bien, me había traído unas rosquillas. No podía negar que el cabrón tenía lo suyo.

—¿Sabes? Con Paola estábamos pensando en salir este fin de semana a un bar o algo, nada peligroso ni que exceda tu hora de dormir —comentó, haciendo un gesto desdeñoso con la mano. Sacudí la cabeza, mirándolo inquisidor, algo se traía entre manos, lo conocía tan bien—. Pero mi novia no quiere dejar sola a Kenny... —«¡Ah demonios! ¡Ha darle con lo mismo!»

Ladeé la cabeza, ¿era en serio? Kenny era mi ex novia y mejor amiga de Paola, toda mi relación con ella se había dado de una forma extraña e impulsiva. Charles quería ligarse a Paola y me usó, todo para que se le facilitaran las cosas y en ese entonces, lo había hecho gustoso, además que Ken era una chica agradable y demasiado guapa, pero no hubo química, por lo que nuestra relación terminó tan pronto como había comenzado.

—No, Charles. No puedo salir con ella. Las cosas se tornarían incómodas —dije, mientras sacudía la cabeza en una firme negativa. Una parte de mí sabía que ella aún gustaba de mí, aunque no entendía por qué, sin embargo, yo no la alentaría dándole falsas ilusiones.

—Pero... —Le dediqué una mirada fulminante, él levantó sus manos en señal de rendición y cambiamos de tema.

Charles muchas veces había intentando ayudarme a encontrar al, como solía llamarlo, *amor de mi vida*. Alegaba que tener una relación amorosa era parte de llevar una vida normal, sin que fuese un impedimento para llevar las responsabilidades de mi familia y mi trabajo. Pero yo creía lo contrario, estaba firmemente decidido a que en, ese momento, yo no lo necesitaba. Menos, cuando mi vida la creía muy complicada.

Ya que desde que mi padre había fallecido, toda la responsabilidad había caído sobre mi madre. Por esta razón, tan pronto salí del instituto, me dispuse a trabajar para aligerar esa carga tan pesada. Porque yo era el hombre de la casa; detrás de mí había un par de mujeres que estaban bajo mi resguardo y protección, tal como una vez se lo prometí a mi padre. Porque no teníamos a nadie más, solamente éramos nosotros tres, por lo mismo toda mi atención se centraba en mi familia, en su bienestar y en que no nos faltara nada.

Por eso estaba empeñado en no desviar esa atención; en no descuidar mis obligaciones y terminar abandonándoles. Tal cual hizo el progenitor de mi papá, quien se suponía debió de apoyarnos, pero quien desde que tuve memoria nos dio la espalda.

Y sí, quizá ahora estaba arrepentido, quizá sus intentos por acercarse a nosotros eran sinceros,



no obstante, todo el resquemor que tenía por el no me dejaba olvidar que, cuando mi papá, *su* hijo, estuvo bien, Antonio —como se llamaba mi abuelo—, no movió ni un dedo por remediar el vínculo, sino hasta que papá iba a morir. ¿Para qué? Este señor, a mi parecer, había desperdiciado todas y cada una de las oportunidades que pude haberle dado.

Luego de pelear otro buen rato con Charles, escuchando como decía que ya era hora que aceptara mi tendencia *homosexual*, almorzamos juntos, pero tan pronto habíamos terminado, salió corriendo del local pues su novia lo aclamaba. ¡Cursilerías!

Salí de mi trabajo mucho más temprano de lo habitual; debido a que a partir de ese día me tocaría ir a recoger a Lucy, por dos razones: la primera que ese día Mishelle sería promovida a un puesto mayor y ya no podría ir por mi hermanita. Y segundo, que gracias a mi pequeño —gran— incidente, me vi en la iniciativa —obligación— de tener que modificar mi horario pues mi madre alegó de forma contundente que ya no quería que trabajara por las noches y que, si no la obedecía, ella misma llegaría al restaurante y hablaría con Marcos.

Tan pronto terminó puse un pie en la calle, me fui al supermercado a comprar ciertas cosas para la casa y desde ahí tenía que irme prácticamente corriendo para la escuela de mi hermana.

—¿Y mamá? —preguntó Lucy, cuando me vio.

—Hola, hermano —reproché. Mi hermana rodó los ojos al cielo, gesto que había aprendido de mí, debo confesar. Añadí—: Se quedó a una junta importante, hoy inicia a trabajar en su nuevo puesto, enana —recordé. Ella asintió, al tiempo que ladeaba la cabeza y me miraba con suspicacia.

—¿Pasaremos dónde tía Martha? Prometió tenerme dulces y galletas —comentó. Asentí con la cabeza mostrándome entusiasmado, además, ¿quién era yo para negarme a una galleta?

Nos encaminamos por la avenida, directo a la floristería de Martha. Ella y mamá eran medias hermanas y aunque no eran muy unidas, mi mamá solía visitarla a menudo, debido a que vivía sola. Así que si Mishelle era promovida y su horario se extendía, sería yo quien tendría que ir a recoger a Lucy y llevarla donde nuestra tía de vez en cuando. Y no me desagradaba la idea, además que ya era tiempo que yo también la frecuentara más. Pronto llegamos al lugar, el sitio no era tan grande, puesto que la dueña ocupaba la parte de atrás como su casa y vivero, en donde cultivaba y cuidaba gran parte de las flores de las que ella vendía.

—¡Buenas tardes! —dije alzando la voz, a los minutos Martha salió.

—¡Brandon, Lucy! Qué agradable sorpresa. —Nos saludó con mucha alegría, para luego preguntar por mi mamá, así como mostrándose muy feliz de verme, para después reprocharme el hecho de tenerla tan abandonada.

Conversamos un poco y en ese tiempo me enteré de que tenía una nueva empleada, debido a que ya no se daba abasto ella sola. Y me alegraba mucho que tuviera un poco de compañía, sin embargo, no pudimos conocer a la susodicha, ya que andaba trayendo unas encomiendas. Asimismo, mientras disfrutábamos de las dichosas galletas, surgió el tema del próximo cumpleaños de mamá —el mismo que sería en unos cuantos días—, y Martha sugirió que le hiciéramos una cena sorpresa. Y nos fascinó la idea a mi hermana y a mí.

—Podemos hacerla aquí, si les parece. Así ella no se da cuenta, le diré que se pase porque le tengo un regalo y ya saben, no dejaré que se niegue. —Sonreí divertido al verla guiñarnos un ojo —. Y de la comida ni se preocupen, que aquí haremos algo con mi nueva ayudante.

—Me parece genial. Yo me encargaré del postre —comenté.

—¿Y podemos adornar con muchas flores? —preguntó Lucy, mirándonos emocionada.

—Por supuesto. Pero necesitaré de tu ayuda para que todo quede hermoso. —Mi hermana asintió con la cabeza efusivamente.

Nos marchamos de ese lugar cuando comenzaba a anochecer, sin tener el privilegio de conocer a la nueva empleada de nuestra tía.

Pasamos por una pastelería y compramos dos órdenes de rosquillas, una para mi mamá y hermana, y la otra para mí. Cuando mi madre llegó, venía demasiado feliz, lo cual me hizo saber que le había ido muy bien en su nuevo puesto de trabajo. ¡Me alegré demasiado por ella! Charlamos de la buena paga que ahora tendría y de esa forma llegamos a un tema muy delicado.

—Con mi nuevo puesto no habrá necesidad de que sigas trabajando. —Hice una mueca con mis labios.

—A mí me gusta trabajar, Mamá. Además, ya hablamos de eso, yo no quiero estudiar, no todavía.

—Necesitas ir a la universidad, Brandon. —Negué con la cabeza—. Y por si no lo recuerdas, que tu estudiaras un grado universitario era el sueño de tu padre y el mío. —Solté un bufido. Dolía reconocer que si mi padre viviera y me mirara trabajando en lugar de estudiar, estaría muy decepcionado.

—Lo sé, yo sí quiero regresar pero quizá aún no deba hacerlo..., no puedo dejarte sola con todo. —Cruzó los brazos sobre su pecho, eso solo significaba que esa conversación aún no estaba cerca de terminar.

—Si el dinero es lo que te preocupa, usa el que...

—¡No, mamá!, no me pidas eso —dije, midiendo la voz para no alarmar a Lucy—. Ni de loco usaré el dinero de ese hombre. —Lo que me pedía era una completa locura. Pues antes muerto que aceptar el dinero de Antonio.

—Es tu abuelo —espetó molesta. Sacudí la cabeza en una negativa.

—No. Ese hombre no es nada mío —zanjé, mientras me encogía de hombros con claro desinterés.

—Brandon, si tu padre estuviera, querría que lo usarás. Es para tu futuro —dijo con un tono de voz suave, tratando de persuadirme. Pero no lo conseguiría.

—Si estuviera, pero no lo está. Y todo por culpa de ese hombre, así que por favor, mamá. No me pidas eso. —Giré el rostro, sabía que estaba llorando y me partía el alma verla sufrir por algo que tenía solución, pero no esa que ella proponía.

—Hijo, tengo miedo. —Volví a verla, mi enojo comenzaba a desvanecerse—. ¿Qué si un día faltó?, ¿quién velará por ustedes? Es por esa razón que quiero que estudies, de esa forma aseguro tu futuro y el de tu hermana.

—Mamá, no digas eso. —Suspiré y sopesé mis alternativas. Ella tenía toda la razón y debía hacerle caso, pero debía buscar una alternativa en la que ganáramos ambos—. Está bien. El año que viene lo haré..., pero sin usar ese dinero —dije firme. Aceptó, resignada, además que ella sabía que yo no aceptaría ese dinero, porque hacerlo sería como aceptar el abandono que le hizo a mi padre y no, no lo haría.



«Brandon, despierta...»

«Brandon...»

«Brando, Brandon...»

Susurraba mi subconsciente, sin embargo, trataba de ignorar su voz y de sumergirme más en mi letargo. Normalmente, los domingos los tomaba para dormir hasta tarde, pero tal parecía que esa vez no lo lograría.

—¡Despierta! —El grito de Lucy ocasionó que, aparte de despertarme, me exaltara y cayera de la cama, dándome de bruces en el suelo de mi habitación.

—*Mier...* —¡Ah demonios! Aplané mis labios y me contuve, ya que no me gustaba decir malas palabras enfrente de mi hermana, pues luego ella las decía y a mí me regañaban. La escuché reír muy divertida.

—¿Qué haces ahí? —preguntó riendo, mientras me miraba desde mi cama. «¡Ah, pequeño demonio!»

—¡Ey, chaparra! Eso no se hace —dije, levantándome al tiempo que acariciaba mi cadera y trasero. Se encogió de hombros muy desinteresada. Le regalé una mirada fulminante.

—A mí no me veas así, porque es tu culpa. No te despertabas y llevaba mucho tiempo hablándote y moviéndote —dijo, haciendo un ademán con su mano, añadió—: Y lo único que lograba eran tus horribles ronquidos —dijo excusándose. Entrecerré los ojos, esa niña era tremenda.

—¿Qué sucede? —pregunté, muy malhumorado.

—Ahora cumpleaños mamá —dijo moviendo sus manos de forma exasperada para luego darse en la frente—. Hombres.

—Óyeme, mi cerebro aún sigue dormido. —Me crucé de brazos. La vi rodar los ojos.

—Pero si siempre lo tienes así, anda levántalo —espetó divertida. Di un paso, alzando mis manos en señal de amenaza para atacarla con cosquillas. Se levantó de un brinco de mi cama—. Ve a bañarte y luego nos vamos a comprar el pastel para dejarlo donde tía Martha —pidió conciliadora y mirándome cándida, como si no rompiera un plato. Suspiré, sonreí y acepté.

Le dejamos el desayuno listo a mi mamá y una nota en donde le avisábamos que habíamos salido de emergencia de compras. Aprovechando que, obviamente, pensaría que iríamos por un pastel o algo, alejándola lo más posible de nuestros planes, esos que ni siquiera imaginaba. Le dejamos también nuestros regalos, un libro romántico y una caja con chocolates, que mi hermana luego se devoraría.

Regresamos justo para preparar el almuerzo, comimos y vimos las películas que a mamá tanto le gustaban. Así como nos agradeció por los regalos, estaba encantada con el libro. Por la tarde, con la excusa que Lucy quería ir al parque, mientras mi mamá estaba en casa con unas amigas que habían llegado a visitarla por su cumpleaños, nos escabullimos para la floristería. Entramos y Martha iba y venía, Lucy de inmediato se ofreció a ayudarla. ¿Y ahora qué?

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunté. Martha hizo el amago de pensar.

—Camille, la chica que te conté que contraté, se encuentra en el vivero, está terminando de hacer los arreglos florales para tu madre y le caería muy bien una ayuda. —Asentí.

Sin embargo, antes que diera un paso, ella giró sobre sus pies y me pidió que esperara un momento, se fue hasta la zona trasera, la seguí y de esa forma pude escuchar cómo le daba indicaciones a alguien, a la tal Camille. Dejé de prestar atención a sus palabras, ya que no entendía nada. Pronto regresó y me indicó que bajara.

Descendí los escalones y anduve por el suelo de tierra, hasta que llegué a la puerta del vivero

y ahí de espaldas, frente a una larga mesa con flores y demás cosas, se encontraba una joven, de cintura estrecha, demasiado delgada, y cabello castaño claro, casi a la altura de su cadera. Me aclaré la garganta.

—Me dijo Martha que por aquí necesitaban ayuda —dije. La joven giró sobre sus pies con lentitud, entonces pasó.

«¡Joder!»

¿Te ha pasado alguna vez que te le quedas viendo a una persona como un idiota? Justo así me encontraba yo. Ella era hermosa, su piel era clara y sus facciones delicadas y perfiladas, barbilla angulosa, nariz pequeña, labios largos y proporcionados, así como unos bellísimos ojos celestes revolcados con tonalidades verdes. Sin embargo, había una sensación más, demasiado familiar. Como si no fuera la primera vez que la hubiese visto.

«¡Diablos! ¡Reacciona Brandon!»

Y no sé qué expresión tenía mi rostro, ya que ella me miraba confundida y a la vez un poco alarmada. Mi cerebro mandó señales a mi boca, pues si no hablaba iba a parecer un completo idiota. «¿Más, Brandon? Eso es imposible», canturreó divertida mi consciencia.

—Mucho gusto, me llamo Brandon O'Donnell —dije atropelladamente, estiré mi mano y se la ofrecí, ella pegó un pequeño respingo desde su lugar. Y tras un par de segundos, reaccionó y me dio la espalda.

«¡Auch!»

—La señora Martha me lo acaba de decir. Puede comenzar subiendo esos arreglos que están ahí, por favor —dijo, sin volver a verme en ningún momento. ¿Qué demonios? Ignoré el malestar de mi estómago, ignoré el hecho que esa chica acababa de darme la humillación de mi vida. Me acerqué a la mesa, junto a ella, pero de inmediato se movió hasta el otro extremo. Pestañeé, demasiado incrédulo y he de admitir que también avergonzado. Tomé lo que ella había indicado y salí.

«Qué rara».

Tiempo después ella entró, debido a que Martha la había llamado. Y tal parecía que le rehuía a mi presencia, si yo me acercaba un par de pasos, ella giraba sobre sus pies y se alejaba. ¿Qué le ocurría? Sin embargo, movido por la incertidumbre y desconcierto de su actitud, me hallaba claramente interesado y atraído por ella. Una muy extraña *atracción*, pero así era.

## CAPÍTULO 3 Complicado

«Yo la conozco de algún lado...», pensé. Me decanté por estudiarla, aprovechándome de que estaba distraída, ¡lo sé!, lo que hacía era de locos. ¿Pero qué otra alternativa tenía? Si ella huía de mí. Porque ella huía de mí, estaba seguro. Sin embargo, ¿por qué lo hacía? No entendía su actitud, yo solo había tratado de ser amable pero tal parecía que le caía mal sin ninguna razón aparente.

Sacudí la cabeza, tratando de concentrarme en lo que estaba haciendo, ya habría tiempo de averiguar si mis conjeturas eran ciertas o solo eran locuras mías. Terminé de enjuagar y secar los platos para luego dirigirme al comedor y ayudar a poner la mesa. Pero como si el destino estuviese empeinado en exponerme en situaciones muy incómodas, Martha le pidió a Camille que me ayudara a terminar la labor que hacía. Y así fue, ella colocó todo en absoluto silencio, sin dirigirme una mirada, sin siquiera molestarse en responder a mis comentarios que tenían la intención de crear una conversación. Empero, cuando creí que nada podía ser más extraño, pasó todo lo contrario.

—¿Sabes? Tengo la sensación de que te conozco de... —No había terminado la frase cuando un vaso de vidrio se deslizó de entre sus dedos y cayó al suelo, ocasionando un estrepitoso sonido. Sus ojos me miraron con horror y sin perder tiempo rompió el contacto visual y se arrodilló en el suelo para recoger con sus menudas manos todos los cristales punzocortantes.

—Escuché que algo... ¡Camille, deja eso! ¡Te vas a cortar la mano! —chilló Martha. La aludida negó con la cabeza y siguió juntando las piezas rotas con manos temblorosas. Entonces, cuando observé que de una de sus manos comenzó a gotear sangre, me acerqué con la intención de levantarla, pero al notar que me aproximaba se levantó y retrocedió—. ¡Qué te dije, jovencita! Ven, vamos a lavarte y a desinfectarte esa herida —dijo apresurada mi tía, tomándola del antebrazo y llevándola dentro de una habitación.

«¡Diablos!, ¿qué había sido todo eso?»

Tiempo después Martha salió de la habitación; traía consigo un recipiente con agua teñida de sangre, inevitablemente tragué grueso, había sido una herida profunda después de todo, sin embargo, tan pronto se acercó a nosotros se disculpó por Camille, diciendo que se sentía indispuesta y que no iba a acompañarnos, por lo que seguimos con los preparativos para aquella cena, *casi* como si minutos antes nada hubiese pasado.

Mi madre llegó y la felicitamos, celebramos y reímos con soltura. Pero de vez en cuando, no podía evitar pensar en esa chica y en su cara de pánico cuando me vio horas atrás, en cómo me evitaba y que por alguna extraña razón mi presencia la alteraba hasta el punto de perder el control y ya veíamos el resultado. Pero no entendía por qué, si nunca la había visto o bueno no que recordara.

—Muchas gracias por todo —dijo mi mamá, muy sonriente y aún con sus ojos razados. Un segundo después se puso a conversar con Martha, entonces en un arranque de valentía me aproximé hasta la habitación donde estaba Camille, y estaba por tocar a su puerta cuando Lucy me interceptó.

—¿Qué pasa, chaparra? —pregunté curioso, ya que miraba hacia nuestras espaldas con aire misterioso, me pidió que me acercara y así hice.

—Quiero más pastel —susurró, tan bajo que si no hubiese estado muy de cerca no la hubiese escuchado. Sonreí abiertamente.

—Pídele a mamá un trozo más —dije, apuntando lo obvio. Lucy se pegó con una mano en la frente y negó con la cabeza. «¿Qué demonios...?»

—No puedo porque dice que ya comí mucho... —dijo igual de bajito. Alcé una ceja.

—¿Y es mentira? —Rodó los ojos, a pesar de estar en la primaria tenía gestos de un adulto.

—¡Claro! —exclamó exasperada. Me erguí y entorné mis ojos—. Bueno, solo llevo como dos trozos —dijo, me crucé de brazos, sabía que llevaba más que eso—. ¡Bueno!, llevo más pero tengo hambre y quiero más pastel de chocolate, por favor —dijo, haciendo un puchero y mirándome de esa forma que no podía negarle nada. Y fue así, como desistí de acercarme a esa chica y en cambio me fui con mi hermana.

Nos escabullimos hasta la cocina y ahí buscamos la caja con la tarta de chocolate, le serví un trozo y luego me salí para intentar distraer a mi mamá y a Martha por si a alguna se le ocurría ir a la cocina. ¡Dios! Las cosas que hacía con tal de alcahuetear a mi hermana. Pero qué podía decir, la amaba y era capaz de todo por ella y por mi mamá, por mi familia. Porque a pesar de todos los problemas que habíamos pasado; las peleas, los momentos tristes y de pérdida, entre nosotros siempre encontrábamos ese apoyo. Además, a fin de cuentas todo mal rato, percibiéndolo de la manera más sana, eran enseñanzas que nos fortalecían como familia. Asimismo, a mi vida habían llegado personas que pese a que no compartíamos lazos de sangre eran como si lo fueran, Charles por ejemplo, era como ese hermano gemelo que nunca deseé tener pero que tengo y aprecio.

—Brandon —dijo mi mamá, me acerqué de inmediato, no sin antes darle un rápido vistazo a mi hermana y casi suelto un improperio al verla embadurnada de chocolate por toda la cara, ¡mierda! Fingí una sonrisa como si nada estuviese pasando y me acerqué a mi mamá. Entonces la pregunta del millón llegó, ¿dónde estaba Lucy? Me encogí de hombros mostrándome indiferente. «*Por favor, por favor que ya este terminando*», rogaba hacia mis adentros. Mi mamá frunció su entrecejo.

—Quizá este en el invernadero —dijo Martha.

—Sí, así es, quizá está ahí... —dije. Íbamos caminando para dicho lugar cuando el estridente sonido de un plato rompiéndose hizo eco en toda la habitación. «¡Mierda, mierda, mierda!»

—¿Lucy?, ¿Lucy? —Mi madre me fulminó con la mirada, pues ya había descubierto mi mentira. Todos nos acercamos a la cocina, solo para encontrar a mi hermana viendo el plato hecho trizas en el suelo, el cual estaba lleno de torta—. Lucy, ¿qué has hecho? —preguntó mi mamá, muy molesta. La cara de mi hermana decía más que mil palabras y no había necesidad de obtener una respuesta. Mi madre comenzó a limpiarle la boca y las mejillas e inevitablemente toda la situación me pareció divertida, llevé una mano a mi boca, tratando de ahogar mis risas. Se miraba tan graciosa.

—Sí, pero Bran me dijo que podía comer. —Se excusó. De inmediato mi risa se apagó y la fulminé con la mirada—. Y dijo que iba a distraerte —dijo cándida. Pequeño demonio, me estaba llevando con ella. Ahora ella sonreía. Mi mamá me miró con cara de desaprobación, pero se notaba que trataba de ocultar su risa. Yo le sonreí, en un intento de aminorar la situación.

—Ambos limpien este desastre.

—¡Mamá! —exclamamos al unísono.

—Ya me oyeron. —Nos dedicó otra mirada fulminante, se dio vuelta y caminó a la sala. Y así tuvimos que limpiar el desastre que había hecho Lu.

Justo antes de irnos y mientras esperábamos que llegara el taxi, Martha se acercó a mí y

comenzó a preguntarme sobre la impresión que había recibido de Camille, sin embargo, no había mucho qué decir, ya que ni siquiera había tenido oportunidad de charlar con ella, prácticamente Camille impedía que lo hiciera y yo no era ningún indigente para andar mendigando su atención, pero eso estaba por cambiar.

—Creo que me odia —dije con total sinceridad, ella rió y negó con la cabeza.

—No lo creo, ¿qué motivos tendría? Además, yo creo más bien que es por pena. Ella es muy tímida, Brandon, dale tiempo —pidió, a lo que yo respondí encogiéndome de hombros—. ¿Sabes?, tú le harías mucho bien a ella, casi no tiene amigos y creo que le sentaría muy bien alguien más propio de su edad, mira que solo pasa conmigo y no es lo mismo —señaló. Sonreí.

—Camille tiene mucha suerte de tenerte —dije. Martha sonrió pero sus ojos me miraban con insistencia, como si el hecho que yo me hiciera amigo de ella fuera de vital importancia—. Pero no sé, ella es muy extraña —confesé, movió la cabeza de arriba abajo, al tiempo que hacía una mueca con sus labios.

—Todos tenemos motivos para ser como somos, Brandon. Y ella ha de tener los suyos... —dijo, ensimismada en sus pensamientos, mostré interés a sus palabras y aguardé a que ella continuara—. Pero como te digo, creo que una amistad de un chico como tú le sentaría bien.

—¿Estás segura que ella aceptará? —Se encogió de hombros, no muy segura.

—Ese será tu trabajo. Yo solo te pido que lo intentes. —Hice una mueca, intentar ser amigo de alguien que deseaba lo contrario sonaba muy, *muy* difícil. El pedido que ella me estaba haciendo era *complicado* de realizar, lo supe desde el primer momento.

—Bien, un día de estos me pasaré por aquí y veremos qué pasa, ¿te parece? —Estuvo de acuerdo, sonriéndome y mostrándose complacida con mi respuesta.



Al día siguiente, luego de trabajar y pasar por mi hermana a su escuela, y tal como prometí, pasamos a visitar a Martha. Y durante todo el trayecto me la pasé pensando en una forma de iniciar la plática. ¡Dios! Era tan frustrante, porque, ¿cómo lograr hacerte amigo de alguien que no lo deseaba? A mi parecer no era algo lógico, sin embargo, no había podido negarme al pedido de mi tía, además entendía, o lo intentaba, sus razones y deseos, así que lo intentaría y si no resultaba..., pues tiraría la toalla, solo esperaba que las cosas no resultaran tensas..., mucho más de lo que ya estaban.

Ese día haría mi primer intento de acercarme a ella y sabía dentro de mí que..., no sería fácil.

Llegamos hasta la floristería y no podía negar que me sentía nervioso. Entramos al local y de inmediato Martha nos saludó con una gran sonrisa mientras terminaba de despachar a unos clientes. Mi hermana comenzó a ver detenidamente unos arreglos florales que se hallaban cerca, mientras que yo escaneé todo el lugar en busca de Camille y como respuesta, pronto la vi entrar a la habitación, venía del vivero y traía un hermoso arreglo de rosas blancas.

—Aquí están las flores, Martha —dijo, avanzando apresuradamente hasta donde se hallaba mi tía y el cliente.

Y sin poder evitarlo, mis ojos la escanearon, iba vestida con un pantalón de mezclilla que no se adhería a su cuerpo, una blusa rosa con un estampado floral y su bata de trabajo que estaba llena de polvo y tierra. Sus mejillas estaban rojas, debido al sol, su cabello castaño claro lo

llevaba en una coleta con varios cabellos rebeldes saliendo de esta. Se miraba linda, no deslumbrante pero sí se podía notar su belleza de una forma natural.

Sin embargo, mientras yo la miraba un tanto embobado, sus ojos celestes revolcados con verde me miraron por un milisegundo y antes que yo sonriera o algo, dejó de hacerlo. Le dio las flores a Martha y luego le sonrió a mi hermana, quien la había saludado de forma muy efusiva, como era común en Lucy. Y en cuanto a mi presencia, había sido como si no existiera. Lo cual fue un golpe muy duro para mi ego, créanme.

—Pensé que no vendrías —dijo Camille, hablándole a mi hermana, quien sonreía y movía su cabeza mientras cantaba una canción que habíamos escuchado en la calle—. ¿Qué tal te fue ahora en la escuela?

—Pues no sé, ahora tuve un examen de matemáticas y no sé cómo vaya a irme..., hice casi todo pero no sé —respondió con aire despreocupado. Sonreí, ella era muy inteligente, seguro le iba muy bien. Las seguí escuchando interactuar, mientras yo miraba algo en mi móvil, fingiendo estar muy concentrado, cuando en realidad me hallaba más que incómodo y aburrido.

Minutos después el cliente se fue con el arreglo de rosas que había llevado Camille, entonces Martha me hizo señas con su mano, animándome a que le hablara a su empleada, sin embargo, me hice a un lado —para que ni Camille ni mi hermana pudieran verme—, y negué con la cabeza, haciendo el ademán que Camille no quería hablarme, pero era de suponer que Martha no iba a quedarse con los brazos cruzados.

—Camille... —llamó, Martha. Abrí los ojos como platos y de nueva cuenta negué; al tiempo que pasaba mi mano por el cuello, pidiéndole que no lo hiciera, sin embargo, cuando Camille giró, de inmediato llevé mi mano hacia la parte posterior de mi cabeza, tratando de evitar que sospechara que todo era una treta de Martha..., y también mía.

—¿Sí? —dijo, al tiempo que asentía con la cabeza y me miraba de soslayo por una fracción de segundo, como si intuyera algo. Solté un suspiro silencioso, todo se estaba complicando más, así como se podía percibir la incomodidad en el aire, sobre todo por parte de ella.

—¿Podrías ir a traer unas galletas para Lucy? —Camille asintió con la cabeza, sonriéndole a mi hermana que para ese momento se encontraba más que feliz y daba pequeños brinco.

—Claro, ahora mismo voy —respondió, sonriendo apenas, cruzó el mostrador y avanzó hacia el interior.

—Bueno, mejor para todos, ¿no? Ya se me antojaron unas a mí también... —dijo Martha, acariciando su estómago y haciendo reír a Lucy. Cerré un ojo e hice una mueca con mis labios, debido a que, ya había entendido su plan. Entonces añadió—: Brandon, ve a ayudarle a Camille, por favor. Y de paso preparan café, ¿qué dices? —Ladeé la cabeza, ¿era en serio? Martha comenzó a hacerme señas para que siguiera a Camille.

—Claro, voy enseguida —respondí, entre dientes. Martha me guiñó un ojo e hizo un ademán con sus manos como si estuviera echándome. Sacudí la cabeza en una negativa y seguí a Camille.

Dentro de la cocina..., las palabras fluyeron..., pero en completo silencio, eran más flujos mentales que ninguno podía percibir o eso quería creer. Pero, ¡*jargh!* Era tan frustrante. Ella se alejaba cada que yo me acercaba y si por mera casualidad nos mirábamos..., ella sonreía de forma plana y me daba la espalda, era *como* si me temiera..., *como* si quisiera ocultarse de mi presencia. Y había intentado hacerle plática, pero nada surtía efecto, ella solamente respondía con monosílabos, lo cual pronto me hizo desistir y me obligó a mejor quedarme callado.

Sin embargo, cuando ya habíamos preparado todo —en realidad ella lo había preparado y yo solamente había buscado el azúcar y las tazas—, nuestras manos se rozaron al pasarle el



endulzante, de inmediato pude sentir como una descarga me recorría desde mi mano hasta el resto del cuerpo, había sido como una especie de *electroshock*. Entonces, la miré para tratar de saber si solo había sido conmigo, sin embargo, en la forma que me miró por un par de segundos: con asombro y pánico, creí saber que sí. A continuación, tomó la charola con las galletas y las tasas, y se marchó. Solté un suspiro al tiempo que cerraba los ojos, iba a ser más difícil de lo que había creído.

Antes de marcharnos, mi hermana y Camille se habían ido a la cocina a limpiar. Y Martha de inmediato me cuestionó sobre cómo me había ido. Eché mi cabeza atrás, en verdad quería desistir de hacerme amigo de ella.

—Ella es... —Miré a todos los lados, cerciorándome que no estuviera cerca—... muy extraña. —Martha suspiró y movió la cabeza de arriba abajo, debía comprender que no sería tan fácil como pensaba.

—¿Te rendirás? —Sopesé lo que debía decir, Camille no quería ningún trato conmigo, me había bateado desde el primer intento, ¿iba a ser como una misión imposible acercarme a ella? Intuí que sí, sin embargo, no podía evitar sentirme pésimo, sobre todo por Martha quien solo quería ayudar y por Camille, de quien no tenía idea, en ese entonces, de lo que había pasado. Y deseaba rendirme, eso hubiese sido lo más fácil y quizá cuerdo, pero algo dentro de mí me decía a susurros que no lo hiciera.

—Lo seguiré intentando —respondí, un tanto inseguro. Pero quería intentarlo, nada perdía con hacerlo, ¿no? «Solo la dignidad», pensé. Martha me sonrió, supuse que esa era la respuesta que esperaba, lo cual incrementó el peso sobre mis hombros, ella creía que lo lograría, que podría acercarme a Camille—. Pero te confieso que ella no da entrada, no lo sé..., no sé si lo lograré —confesé.

—Quizá debas pensar en otra manera de acercarte a ella —dijo. Sacudí la cabeza, ¿pero cómo? Porque, ¿desde cuándo hacerse amigo de alguien requería tanto trabajo?

—Pensaré en algo, pero si nada funciona..., desistiré —dijo. Martha estuvo de acuerdo.

Me fui de ahí con Lucy, mientras pensaba qué haría la próxima vez que la mirara, ¿qué le diría?...

«Oye, ¿qué tal te parece el clima?», pensé.

«¡Jesús!» Me sentía tan patético.

Cuando llegamos a casa, un exquisito aroma a comida bailaba en el aire, provocando que mi estómago rugiera de inmediato.

—¡Hola, mamá! —gritamos.

—¡En la cocina! —respondió. Nos acercamos ahí y miramos como sacaba el pollo del horno—. ¿Qué tal les fue ahora? —preguntó, sonriendo al ver como la mirábamos, casi hipnotizados.

—En el trabajo me fue muy bien —respondí.

—Yo tuve un examen de matemáticas y..., no sé cómo voy a salir —comentó mi hermana encogiéndose de hombros, al tiempo que soltaba un largo suspiro y como si algo que se le hubiese atorado en la garganta, comenzó a contarnos sobre un compañero de su escuela—. Se la pasa molestándome todo el día, me hala del cabello y, ¡me quita mis dulces! —exclamó, horrorizada. Mi mamá y yo fingimos pesar, porque para Lucy el tema era delicado, sin embargo, nos hallábamos disimulando una sonrisa—. Pero ya me las pagará..., le voy a dar un golpe en las...

—¡Lucy! —La interrumpió mi mamá, muy escandalizada y casi ahogándose con su bocado. Yo inmediatamente solté una carcajada—, ¿dónde has escuchado eso? —preguntó, reprendiéndola.

Entonces fue mi turno de toser, ya que yo sabía muy bien de *quiénes*, lo había escuchado.

—Bran se lo dice a Charly todo el tiempo —respondió, sonriendo cándida. Mi madre volvió a verme, dedicándome una mirada furibunda.

Terminamos la cena mientras mi hermana y yo escuchábamos los regaños y consejos de mi madre. Diciéndole a Lucy que no debía repetir todo lo que escuchaba y a mí que debía tener más cuidado de lo que decía. Ni hablar, tendría que decirle a Charles que Lucy estaba repitiendo lo que hablábamos, ¡Dios! Debíamos tener cuidado, pues qué tal si en una de esas charlas escuchaba algún comentario de doble sentido. No quería ni imaginar lo que mi madre sería capaz de hacernos.

## CAPÍTULO 4 Retirada

—¡Una orden de tortitas! —grité, dejando el papel del pedido en la ventanilla que daba a la cocina y sin tiempo a un respiro, seguí trabajando—. ¿Qué desean ordenar? —pregunté a un grupo de jóvenes que recién habían entrado.

—Yo quiero un *capuchino* y un pastelillo de vainilla —dijo una de las chicas. Anoté todo en la libreta, ella comenzó a dictarme todos los pedidos de sus amigos y de vez en cuando se disculpaba por la falta de decisión en sus acompañantes—. Y una tarta de cereza —concluyó, asentí y luego le sonreí con amabilidad, siendo consciente de las miradas soñadoras de las otras chicas.

—En un momento se despachará su orden, gracias por preferirnos. —Le sonreí, sin embargo, ella me regresó el gesto junto a un rubor en sus mejillas, al igual que otras de sus compañeras mientras se iban a sus mesas. «*Tienen a lo mucho unos dieciocho años*», pensé un tanto divertido. Dejé la orden en la ventanilla y sin concentrarme más en su comportamiento seguí con mi trabajo.

Me encontraba limpiando la barra, cuando aquellos chicos del instituto se levantaron, todos fueron a pagar y para mi sorpresa dejándome una propina, una muy buena propina. Y estaba tan feliz por eso, que no demostré nada más, solo me limité a despedirlos con amabilidad, ignorando todo lo demás. Y seguí haciendo mi trabajo

—Esas jovencitas se ruborizaron más veces de las que puedo contar —bromeó Marcos, negué con la cabeza un tanto divertido—. Estaban muy lindas, Brandon —dijo, codeándome.

—¿En serio? Pues no lo noté —respondí. Mi jefe sonrió al tiempo que negaba con la cabeza, no me creía.

—Típico en ti, Brandon. He visto esa misma reacción en tantas chicas, que aún no entiendo cómo es posible que sigas sin novia —comentó, me encogí de hombros. No era la primera vez que hablábamos de eso, luego de Charles estaba él quien siempre que podía trataba de incitarme a que tuviera una vida normal, como la de cualquier joven de mi edad. Lo cual a veces me hacía sentirme viejo o extraño.

—Tengo otras prioridades —respondí, lo mismo de siempre. Él sacudió la cabeza en una negativa.

—Solo no dejes que esas prioridades roben más de tu juventud —dijo, al tiempo que palmeaba mi espalda, para luego dejarme solo.

Entonces comencé a reflexionar. Quizá Marcos tenía razón y estaba dejando que mi familia ocupara toda mi atención y tiempo, sin embargo, ya había querido tomar manos en el asunto. Más de una vez había intentado entablar “una relación” con una chica, pero ninguna despertaba mi interés, todo siempre acababa de la misma forma: terminaba pidiéndoles que solo fuéramos amigos. ¿Acaso era yo quien no quería avanzar? La respuesta era obvia. Pero, ¿qué podía hacer? Yo ya no tenía interés en jugar con los sentimientos de alguien más, todos esos actos inmaduros los había hecho en el instituto. Y a menos que alguien llamara mi atención lo suficiente..., yo no avanzaría, eso me lo había prometido hacía mucho tiempo, luego de mi mala experiencia con Kenneth, la mejor amiga de la novia de Charles.

Y no sabía si debía asustarme, ya que contaba ya con veinticuatro años, sin embargo, en ese momento, no sentía la necesidad de estar junto a alguien. Me sentía bien estando solo, además, no

le veía problemas al quedarme así. De todas formas, siempre y cuando existieran las rosquillas, yo iba a seguir nutriendo mi estómago y llenando el vacío, o esas eran mis conjeturas, lo que me repetía constantemente para no sentirme sofocado ante la idea de no tener pareja.

Pero todo *eso* estaba a punto de cambiar.

Cuando la hora de mi salida estaba por llegar..., recordé mi charla con Martha y reparé en el peso de aquel pedido que ella me había hecho y que yo, sin medir las futuras consecuencias, acepté. Fue cuando la ansiedad eclipsó todo mi ser. Comencé a mirar de vez en vez el reloj, rogando que este se detuviera o avanzara hasta encontrarme en mi casa. No podía negarlo, estaba nervioso, pues ese día podían definirse muchas cosas.

—Brandon —dijo Marcos, llamando mi atención y sacándome de mi estupor.

—¿Sí? —respondí, al tiempo que pestañaba un par de veces, saliendo por fin de mi ensimismamiento.

—¿Sucede algo? —preguntó divertido, ese comportamiento era atípico en mí, empero debo confesar que se desató cuando pasó todo aquello. Sacudí la cabeza en una negativa.

«*Es solo que mi tía me hizo prometerle que me acercaría a una chica, por demás extraña, y que, para variar, me detesta sin ninguna razón*», pensé.

—No es nada —respondí. A sabiendas que si decía algo más, podía malinterpretarse.

El reloj siguió avanzando.

Estaba a punto de verla de nuevo...

«*Todo estará bien, no es nada, no pasa nada*». Me repetía constantemente, con el fin de aminorar mi ansiedad. Y como era de esperar el tiempo pasó con velocidad y de un segundo a otro, ya iba de camino a la escuela de mi hermana. Y como si el destino estuviese empeinado en acelerar todo, mi hermana salió más rápido que nunca.

—Vamos quiero un helado de chocolate —dijo, tomándome de la mano o más bien arrastrándome.

—Sí, hola, estoy bien —bromeé. Alzó su cabeza para verme y me regaló una gran sonrisa divertida, despeiné su cabello y así nos dirigimos a una heladería que quedaba de paso, mientras me comentaba que mi mamá *casi* siempre le compraba un helado antes de ir donde Martha.

Luego de comprar el dichoso helado, nos dirigimos a la floristería. Y conforme se acortaba la distancia, mi ansiedad aumentaba, ¿qué iba a decirle?, ¿qué debía hacer si ella me ignoraba? Situación que estaba más que seguro que iba a suceder. Todas esas posibilidades estaban contempladas en mi plan..., mal elaborado. Pero debía ser optimista, todo eso era por Martha, y por tratar de acercarme a ella y ayudarla..., por tratar de averiguar el por qué de su comportamiento para conmigo e intentar cambiarlo.

Cuando estábamos en la cuadra del lugar, Lucy salió corriendo, anduve detrás de ella mostrando calma. No podía llegar ahí, siendo un manojo de nervios, además estaba el hecho que podía espantarla, «*aunque más de lo que ya está..., es imposible*», espetó mi quisquillosa mente. Entré segundos después que Lucy y tan pronto lo hice, encontré a Camille sonriéndole a mi hermana, sonreía tan bonito. De inmediato sentí un escalofrío recorrerme, era como si de pronto todas mis terminaciones nerviosas regresaran a la vida, y todo empeoró cuando sus ojos me miraron. Mi mente quedó en blanco.

«*Bien Brandon, sonríe, saluda, ¡haz algo!*», exigía a gritos la voz en mi cabeza, sin embargo, me había quedado estático, y si en algún momento creí que no podía ser más ridículo, vino la vida y me demostró lo contrario. Un segundo después reaccioné, y sonreí al tiempo que levantaba mi

mano saludando.

—Hola, ¿qué tal, Camille? —La aludida me estudió con sus hermosos ojos, los cuales estaban más verdes que en otras ocasiones.

—Bien, gracias... —Hizo una mueca con sus labios, ¿o había sido una sonrisa?—, yo... —dijo, señalando a sus espaldas, y sin decir más se dio media vuelta y se fue rumbo al vivero, dejándome desconcertado. «*No estuvo del todo mal, al menos ahora no me ignoró*», pensé. ¿Era ese un avance? Esperaba que sí.

Pasé todo el rato que estuvimos ahí, sentado en un sillón, jugando con el móvil, para matar el tiempo. Y en todo ese rato Camille no había asomado sus narices por ningún lado. Y luego, cuando llegó la hora de irnos..., lo hizo. Camille entró a la habitación donde estaba, trayendo consigo unas cuantas macetas con flores, supuse de inmediato, ¡qué pesaban!, y que lo menos que podía hacer era ayudarla.

«*Ayúdala*», instó mi consciencia.

—¿Te ayudo? —pregunté, pero sin esperar una respuesta le quité unas cuantas jardineras.

Y durante esa transición, nuestras manos se tocaron por unos cuantos segundos y de nuevo esa descarga me recorrió de pies a cabeza y en esa ocasión, supe que a ella le había pasado lo mismo. Desconcertado por lo que acaba de pasar, y sin atreverme a decir algo, me hice a un lado para que ella pasara. Camille dejó las flores en una mesa cercana, hice igual.

—Gracias —dijo, mirándome apenas una fracción de segundo, para luego disponerse a regresar al vivero.

—¿Irás a traer más? —pregunté, sin procesar las palabras. Ella se detuvo de golpe—. Permíteme ayudarte...

—Muchas gracias, pero ya no hace falta —respondió, entonces siguió caminando.

—Descuida me agrada ayudar —respondí, al tiempo que sonreía. Sin embargo, ella en cambio frunció el entrecejo y me examinó con sus ojos, como si estuviese buscando algo más..., una doble intención. Añadí—: Vamos, así terminas más rápido. —Movié la cabeza de arriba abajo, mostrándose recelosa.

Avanzamos hasta las afueras, ella iba varios metros por delante de mí, así como tan pronto entramos al vivero la vi perderse entre los estantes con flores. Sonreí, por alguna extraña razón toda esa situación me parecía divertida, de una forma rara pero así era. La ayudé con unas cuantas labores, mientras ella solo se limitaba a darme una escueta explicación para luego sumergirse en lo que hacía. Sin embargo, cuando todo estuvo listo, me sentía satisfecho, sí *esa* era la palabra. Pues creía haber avanzado con ella, quizá no era la gran cosa pero para mí era un gran avance.

Por la noche, mientras cenábamos, tal parecía que Lucy no se le antojaba nada, ya que mordía su trozo de pizza sin ningún contento, lo cual me pareció raro y no solo a mí, ya que mi mamá inquirió en si se sentía mal.

—Quizá el helado de siempre que se comió y las galletas le quitaron el apetito —comenté, sin saber lo que hacía o más bien lo que descubriría.

—¿Helado de siempre? —cuestionó mi madre. Moví mi cabeza de arriba abajo, mientras terminaba de masticar un bocado.

—Ajá, Lucy me dijo que siempre al salir de clases la llevas por... —Entonces me callé de golpe, y la verdad cayó sobre mí como un balde de agua helada, ¡diablos! Mi hermana era una embustera... Un momento, eso es mentira, ¿cierto? —cuestioné, sintiéndome avergonzado que mi hermana de siete años lograra manipularme. Mi madre sacudió la cabeza con desaprobación,

ambos volvimos a ver a Lucy, quién tenía sus mejillas rojas, mientras seguía comiendo como si nada.

—Lucy —llamó, mi madre. Yo seguía en *shock*.

—En mi defensa, Bran es muy fácil de engañar. —«¡¿Qué carajos?!» Me atraganté con mi comida, esa niña era un demonio disfrazado de ángel. Mi madre la reprendió y aunque se había disculpado, la conocía y sabía que a la menor oportunidad volvería a hacerme la misma jugarreta.

Esa noche me acosté y de inmediato pensé en cómo haría al día siguiente para acercarme a ella. ¡Dios! No podía creer que de nuevo debía ingeniármelas para conseguir la atención de una chica..., aunque en esa ocasión era para fines diferentes, así como mis intenciones no eran ligármela..., porque si bien era bonita, no me interesaba para eso, o eso creí.

«Un paso a la vez, Brandon», me alenté.



Un mes había pasado ya.

Y erróneamente había creído que, luego de un tiempo frecuentando a Camille, ella cambiaría su actitud para conmigo. Pero había pasado todo lo contrario, porque cuando sentía que avanzábamos un par de pasos ella retrocedía el doble. Todo era tirar y aflojar, un juego que estaba por cansarme. Y sí, ya había llegado al punto de no saber qué hacer, estaba por rendirme.

En ese momento, me encontraba en la recepción de la floristería, escuchando como a lo lejos mi hermana charlaba de lo más casual con Camille. Froté mi rostro con frustración, desde que había puesto un pie en el lugar ella me ignoró deliberadamente. ¿Qué estaba haciendo mal?, ¿qué era lo que no había visto para lograr entender el por qué de su actitud?

Sin embargo, en ese momento, entendí que nada había mal conmigo, sino que era ella la que estaba cerrada, la que había forjado murallas a su alrededor. Y por más que haya intentado acceder a su interior, sencillamente todas las puertas estaban cerradas.

Además, no podía negar que desde días atrás había querido rescindir de esa lucha que tenía perdida, o era lo que creía. Pero entonces cuando estaba por hacerlo, Martha aparecía y me llenaba la cabeza de muchas palabras, animándome a no rendirme. Tal cual un par de días atrás; habíamos estado charlando con mi tía y fue así, como me enteré de un poco de información de Camille:

—Ella tiene un pasado muy duro —dijo, sacudí la cabeza, eso ya lo sabía, ¿pero qué demonios le había pasado?, ¿tan malo había sido para que ella fuera así como era? Y trataba de imaginar sus razones, sin embargo, nada de lo que pensaba se acercaba siquiera un poco a la realidad—. Y si me lo preguntas, no sé qué le pasó. Solo sé que es indocumentada. —De nueva cuenta asentí, pero no le creía, no del todo.

—¿No le has preguntado nada más? —Porque llámenme loco, pero no creía que Martha la hubiese contratado sin saber algo de su vida, quién había sido. Esta última se encogió de hombros.

—No vi necesario indagar en su pasado, la puse a prueba y la pasó más que bien. —Se limitó a decir. Mordí mi labio inferior y pensé mis siguientes palabras.

—¿Aún confías en que lograré acercarme a ella? —Martha sonrió, era un sí.

—Siempre lo he hecho. Pero si me permites un consejo... —Acepté y esperé a que me diera un poco de luz, esa que necesitaba para comprender—. Quizá deberías dejar de intentar llamar su

atención como..., hombre. —¿Cómo hombre?, fruncí el ceño, «¿qué diablos significa eso?»  
Añadió—: Y dejar todo al tiempo, solo comienza intentando ser su amigo.

—Pero si yo..., yo eso...

—Sabes a lo que me refiero. —Continué diciendo. Fruncí el ceño y negué con la cabeza, no sabía a qué se refería. Sin embargo, ella mantuvo en que yo estaba intentando atraerla y no intentando hacerme su amigo, y quizá tenía razón. Pero, ¿no era lo mismo?

«¡Diablos!»

Ya habían pasado varios días luego de esa plática y aún no comprendía muy bien lo que Martha me había querido decir. «*Debo dejar de llamar su atención como hombre, e intentar ser su amigo primero*». ¿Eso qué demonios significaba?, ¿acaso no era eso lo que había estado haciendo? Intentar acercarme a ella, llamar su atención para ser su amigo. Suspiré, las mujeres no sólo tenían actitudes raras, sus consejos carecían de lógica y sentido. Quizá ya era hora de una *digna retirada*.

Porque me hallaba muy perdido.

Seguí prestando atención a mi alrededor, el sol pronto se ocultaría y debíamos regresar a casa a tiempo para la cena. Giré sobre mis pies y anduve hasta el interior de la casa con el propósito de buscar a mi hermana. Estaba en la puerta que daba a la sala de estar cuando un ensordecedor sonido, proveniente del jardín, retumbó por todo el lugar. Mis pies rápidos se dirigieron al lugar, bajé las gradas que daban el acceso, casi corriendo. Y tan pronto llegué hasta el vivero, todo era un desastre, un montón de pedazos de jarrones por todos lados, al igual que un reguero de tierra. ¿Qué había pasado?

Y la respuesta vino casi de inmediato, ya que al entrar a aquel lugar, a un lado de la mesa de trabajo se encontraba Camille tirada en el suelo, inconsciente. Sin perder tiempo me acerqué y la levanté a como pude, sin poder evitar ver el color pálido de su rostro, sus labios secos y agrietados, así como debajo de sus ojos se hallaban unas pronunciadas ojeras. Camille estaba tan, pero *tan* mal que me dolió el hecho de reconocerlo y de haber pensando en abandonar mi propósito de acercarme para ayudarla.

—¿Qué pasa? —Escuché a lo lejos la voz de Martha y me apresuré a entrar a la casa.

—¿Dónde puedo recostarla? —pregunté, pasando de largo a Martha. La llevamos a su habitación, la recosté sobre su cama y procedí a tocar su pulso, el cual era muy débil.

Mis manos temblaban debido a lo nervioso y asustado que me encontraba, ya que Camille, cada vez, se ponía más pálida. Martha llegó pronto con un algodón empapado en alcohol, con lo que rápido la hicimos reaccionar y que comenzara a quejarse. Suspiré con alivio. ¡Qué susto me había llevado!

—¡Mi cabeza! —musitó, y llevó una de sus débiles manos a su sien izquierda.

—Traeré algo —anunció Martha y apresurada salió de la habitación, dejándonos solos. Segundos después me acerqué a la cama, con la intención de sentir su pulso de nuevo.

—¿Te duele algo más? —cuestioné, reprimiendo el impulso de tocar su frente. Entonces, tan pronto escuchó mi voz, sus ojos se abrieron y su expresión pasó de reflejar dolor a terror, recorrió con sus ojos todo el lugar, y al vernos solos, intentó levantarse, o más bien alejarse—. Oye tranquila, solo estoy... —dije intentando calmarla, acerqué mis manos a sus hombros para invitarla a que reposara.

—¡No!, ¡No me toques! —exigió, alzando su voz inyectada de pánico. De golpe me alejé, al ver que comenzaba a alterarse. ¡*Diablos!*

Revisó su cuerpo y luego intentó sentarse, sin embargo, se encontraba aún muy débil, por lo

que apenas y logró moverse unos centímetros, para luego regresar a la posición inicial. Asimismo, al intentarlo por tercera vez, en esa ocasión estuvo a punto de caerse al suelo. Entonces por reflejo me acerqué, llevé mis manos a sus brazos, tratando de sostenerla, levantando, sin querer, una parte de la manga que cubría la piel de sus extremidades. Fue cuando sentí líneas ásperas bajo mi tacto, lo cual me llamó la atención, sin embargo, al ver que eran cortadas..., no pude evitar escandalizarme.

—¿Tú...? —inquirí, sin terminar la oración, y es que..., me encontraba muy abrumado. Camille bajó de inmediato la tela de sus mangas y cubrió de esa forma aquellas marcas que aún no sanaban. Me miró de soslayo, se abrazó a sí misma y comenzó a tallarse los brazos y a moverse de forma nerviosa.

Hice mis manos puños y me repetí que no debía hacer nada, que no debía preguntar nada, por el momento. «*Sí, Brandon, calladito te vez más bonito*». Además que, si en verdad quería acercarme a ella, *tenía* que permanecer alerta y cuidar de cada paso que fuese a dar, porque un movimiento en falso y cualquier avance obtenido se podía ir al carajo.

—Esto es para el dolor —dijo, Martha. Entrando a la habitación, que estaba llena de tensión —. Toma querida. —Camille tomó los medicamentos sin siquiera dirigir una tan sola mirada a Martha y mucho menos a mí. Mi tía me dedicó una mirada curiosa, llena de preguntas, sin embargo no dijo nada más.

Salí de la habitación a petición de Martha. Me dirigí hasta la sala donde se encontraba Lucy un tanto preocupada, preguntándome qué le había sucedido a Camille, y sin mayor remedio, además que no sabía qué le había pasado en realidad, le dije que estaba mala del estómago pero que pronto se pondría mejor, se lo creyó todo gracias a su inocencia.

Y durante todo el rato que seguí sentado sobre el sillón, mientras observaba a Lucy comerse sus últimas galletas, no pude evitar pensar en esas marcas rojizas y en que eran recientes. ¿Estaría enterada Martha de lo que Camille le hacía a su cuerpo? Porque esas marcas no eran accidentales, eran cortadas limpias. Camille se lastimaba, de eso no cabía duda. Tiempo después salió Martha.

—Está dormida —dijo. Asentí con la cabeza, luego me levanté y anuncié que era tiempo que nos marcháramos. Y me fui, no sin antes hablar con Martha sobre lo que había visto, y ella no pareció desconcertada, más bien, triste. Y fue aquí cuando confirmé mis sospechas, ella lo sabía —. Estará bien, Brandon. Me prometió no volver a hacerlo. —Hice una mueca con mis labios, confirmar lo que ya sabía había sido peor, pues incrementó el sentimiento de inconformidad y la impotencia de estar atado de manos.

Quedé de pasar al día siguiente, que era sábado, para saber cómo había seguido Camille. Pero mientras iba con mi hermana hacía la estación de buses no pude evitar recordar todo lo que había pasado un par de horas atrás. La apariencia moribunda de Camille, así como esas cortadas. ¿Qué cosas había sufrido Camille para que se hiciera esas cosas? Estaba dañándose a sí misma, eso no era normal.

Solté un suspiro silencioso y froté mi rostro con frustración, esa chica, aparte de ser un completo misterio, tenía más problemas de los que había creído. Y sin duda alguna, un pasado muy turbio la seguía, sin embargo, ¿para qué lastimarse a sí misma? Con eso no iba a solucionar nada.

Me arrellané en el asiento y reparé en algo: en ese momento, más que nunca, no podía desistir de acercarme a ella, ya que comprendí por qué esa necesidad de Martha para que yo me hiciera amigo de Camille. «*Pero, ¿cómo voy a conseguirlo si ella no me quiere cerca?*» Fue la pregunta que..., por el momento no obtuvo respuesta.



Por la noche, mientras estaba en mi habitación listo para dormir, sencillamente el sueño no llegaba. Asimismo, mi mente se había empeinado en divagar en mis pensamientos, y entre más lo hacía, más recordaba los hechos de la reciente tarde. Y más seguro estaba que lo menos que debía hacer era no alejarme. Empero, tenía que pensar en algo, en cómo lograr acceder a ella.

¿Pero cómo?, ¡Dios! No tenía ni idea.

No obstante, de lo que sí estaba seguro era que: algo se me debía ocurrir, porque seguiría intentando. Estaba decidido a tocar una puerta más e ingeniármelas para por fin acercarme a ella.

## CAPÍTULO 5 Resolución

Cuando la hora de mi salida llegó, me sentía agotado. Había sido un día terrible y agotador. Salí despidiéndome de todos. Me puse mis auriculares y dejé que una banda que me gustaba mucho inundara mis sentidos con la letra y la música que salía de estos, *The Fray*, sonaba. Y no faltaba decir que, a pesar de mi agotamiento, estaba hecho un manojo de nervios.

Antes de llegar a la floristería me decanté por llevar algo, ¿adivinan el qué? Pues no fueron rosquillas, sino que chocolates para Camille Y Martha. Cuando pasé a la caja para pagar, mi teléfono vibró, miré el identificador y era Charles.

—Bueno... —dije.

—¡Ey grandísimo cretino! ¿Por qué no me has llamado? —Rodé los ojos.

—Tranquilo, yo trabajo por si acaso no recuerdas —espeté, sintiendo como mi ánimo mejoraba considerablemente.

—¿Y? He estado mandándote mensajes desde ayer. ¡Desde ayer! —exclamó y la cajera tal pareció que escuchó, porque me dedicó una sonrisa divertida.

—*Okay, okay*, dejemos las escenitas para después. Y ahora dime, ¿qué es lo que te pasa? —inquirí entre divertido como abochornado, pues más parecía una escena de celos que otra cosa.

—Quiero un favor... Y no es dinero ni tus servicios de prostituta —dijo, divertido. Lo maldije por lo bajo, tomé mis compras y salí de la tienda al tiempo que lo escuché reír—. Bien. Verás, mañana cumpla dos años de estar de novio con Pao —dijo, silbó demostrando mi asombro, eso era mucho tiempo—. Envíame...

—Te compadezco, más bien. Pero dime, termina con esto o te cuelgo... —tenté y él maldijo. Solté una risita, *jah, dulce venganza!*

—Quiero que me ayudes a planear una cena para ella ahora. ¡Sí, hoy! ¡Así que mueve tu horrendo trasero que pasaré por ti!

—¿No tengo de otra? —pregunté, respondió con una negativa. Por lo que solté un bufido y añadí—: Bien, pasa donde Martha. Sí ajá, la madrina de Lucy. Ahí te estaré esperando. —Quedamos en que llegaría en cuarenta y cinco minutos, tiempo suficiente para realizar mi visita.

Toqué la puerta del negocio, ya que ese día al parecer no habían trabajado. Martha abrió y me regaló una sonrisa, correspondí al gesto. Me hizo pasar, diciéndome que estaba cocinando una especie de tarta, luego de eso le pregunté por Camille, quien era el motivo principal de mi visita.

—Está en la sala —dijo.

—¿Cómo siguió? —pregunté, seguido le entregué unos chocolates. Soltó un suspiro y me narró cómo había estado las últimas horas.

Pasamos la recepción y entramos a la estancia. Sobre uno de los sillones se encontraba ella, recluida en sus pensamientos. La observé y no había mucha diferencia en su apariencia con respecto al día anterior, lo cual me preocupó aún más. Su cabello estaba envuelto en su tan usual moño, tenía su mirada perdida en algún punto, nada que ver con la televisión y el programa que estaban dando. Y las risas de dicho programa, resonaban en el pequeño cuarto, pero ella se miraba ajena a todo eso. Aclaré mi garganta y Martha le dijo que había venido a verla, asintió no muy segura.

—Iré a preparar café —anunció, Martha, para luego desaparecer en el cuarto de la cocina.

«*Ya aquí voy...*», emulé mi mejor sonrisa y di un par de pasos tentativos.

—Hola, ¿cómo estás? —pregunté, sentándome en el sofá continuo de donde estaba ella y le entregué sus chocolates, en agradecimiento sonrió y las tomó con sus manos frágiles y débiles. Entonces, aprovechando la cercanía, la estudié con mayor detenimiento, sus ojeras seguían igual de pronunciadas, aunque ya no estaba tan pálida, no obstante, seguía viéndose muy mal.

—Pues..., bien, yo..., estoy bien —dijo, tartamudeando un poco. No me moví, de esa forma evitaba incomodarla más de la cuenta. Asentí con la cabeza, ante su respuesta.

—Qué bueno —dije, para luego sonreírle—. Nos sacaste un gran susto ayer —dije, tratando de verme relajado. Camille sonrió apenas para luego dar paso a un silencio, «*pregúntale del clima*», pensé—. Eh, Camille...

—Gracias por ayudarme ayer —musitó tan bajito, pero gracias a nuestra proximidad logré escuchar muy bien. Mi corazón dio un brinco, *esa* era la primera vez, en mucho tiempo, que decía más de una palabra de una sola vez, conversando conmigo, quiero decir.

—Descuida, no tienes por qué agradecerme —respondí. Sonreí y la miré directo a los ojos, ese era la interacción más directa y larga que habíamos tenido desde que la había conocido. Pronto ella rompió el contacto visual, movió sus manos sobre su regazo, estaba nerviosa. Entonces, aprovechando el momento y un rayo de valentía, decidí que daría el siguiente paso—. Camille, sé que no hemos comenzado con el pie derecho —dije, ella volvió a verme, entrecerrando sus ojos. Sonreí para intentar, fallidamente, diluir la tensión—. Creo que con ningún pie —bromeé, sin embargo ella no sonrió ni mucho menos rió—. Y sé también que no te agrado. —Pestañeó un tanto nerviosa, entonces al tener su completa atención, añadí—: Pero me gustaría ser tu amigo.

—Yo..., no soy una buena compañía —dijo—. Personas como yo... no son buenas en tu vida. —Fruñí el ceño, ¿a qué se refería con personas como ella?

—¿Desde cuándo en una amistad deben haber tantas restricciones? —pregunté, era absurdo que dijera aquello, ¿acaso era una delincuente?—. Además tú no te ves del tipo rudo y malo —dije, tratando de sonar de lo más casual.

—Conmigo sí aplican —suspiré, ¿por qué tenía que ser tan complicado?

—Déjame que lo averigüe por mí mismo —objeté, negó con la cabeza—. ¿Por qué no? —pregunté, sin molestarme en ocultar mi frustración. Camille me evaluó con sus ojos. Agregué—: Nada pierdes tú ni nada pierdo yo. Intentémoslo —sugerí. Estaba jugando mi última carta.

—No, y-yo. Mira, te agradezco mucho que intentes todo esto —suspiró—, pero no tienes que hacerlo.

—¿En serio no te agrado? —pregunté, mucho antes de registrar las palabras.

—Es solo que no quiero tu amistad —confesó. Abrí mis ojos con asombro, sin duda alguna que eso no lo había visto venir. ¡Oh vaya!—. Ni la de nadie más —repuso. Hice una mueca con mis labios, más directa no podía ser.

—Eso cambia las cosas... —respondí, tratando de sonreír para no demostrar que su confesión me había afectado un poco. Camille dio un leve asentimiento, haciendo una mueca con sus labios. Un tenso silencio prosiguió después, «*¿y ahora qué?*» La miré una vez más y, sin desearlo, la imagen de las laceraciones en sus brazos llegó a mi cabeza. «*Algo en ella no está bien, Brandon*», ¿debía intentar nuevamente acercarme o darme por vencido?—. Camille... —Me miró de reojo. Fue cuando una nueva *resolución* se cimentó en mi cabeza, ella estaba mal y yo no podía quedarme de brazos cruzados, añadí—: Debes saber que no me rendiré. Te ofrezco mi amistad, y tarde o temprano, me aceptarás. —Me encogí de hombros, mostrando seguridad, la cual no era

más que una farsa—. Soy muy testarudo. —Me miró incrédula.

—No. Te dije que... —No permití que hablara y proseguí.

—¿Aceptas mi amistad? —Extendí mi mano, ella se sobresaltó con el gesto. Sin embargo, no me inmuté y dejé mi mano ahí, además ya me esperaba una reacción así. Estaba comenzando a conocer su actuar. Camille miró mi mano y mi rostro de hito en hito, con desconfianza y desconcierto—. Ey, no muerdo. Además, ya te dije: no me alejaré, así que puedes aceptarme ahora o retrasar lo Inevitable.

—¡Qué arrogante eres! —espetó.

«¡Vaya mierda!» Bajé mi mano y mi seguridad sufrió un traspie.

—No, no lo tomes así. —Froté mi rostro con frustración, estaba cansándome—. ¡Ahh! ¿Por qué no sólo aceptas? —Negó con la cabeza y resopló frustrada. La observé, tenía levemente fruncido el entrecejo, una gran batalla se llevaba a cabo en su interior. No era fácil para ella, aceptar lo que le proponía, y por alguna extraña razón eso me impulsó a mantenerme firme con mi propuesta. Sin embargo, si ella no daba el primer paso, tendría que hacerlo por ella—. ¿Aceptas?

—Estás buscando algo en mí, que sé, no hallarás. Pierdes tu tiempo —dijo con suavidad. Estaba cediendo. Pero no podía dar por terminada la batalla. Y podía ser cierto, quizá estaba entrando a un laberinto, del cual jamás encontraría la salida.

Empero, algo dentro de mí me impulsó a tomar el riesgo. Me alentaba a seguir. Pues algo en esa chica..., me atraía, aunque, en ese momento, no lo reconocí. Además, por alguna razón no me había rendido, encontrando siempre algo que me ayudaba a avanzar, ¿era acaso eso una señal? Y no sabía si era el verla frágil o su expresión taciturna, ya que mirarla era como observar a un ángel, cautivo y con sus alas laceradas, presa de toda la oscuridad que la rodeaba. Y quizá no podría salvarla, pero intentaría ayudarla.

En ese momento dejé de pensar y solo actué. Además, si Martha confiaba en que yo podría acercarme, yo también lo haría.

«Una puerta más, solo una más».

—No te estoy proponiendo nada ilegal. Solo una inocente amistad... —Camille tenía sus manos hechas puños, sin atreverse a verme a la cara—..., y no te estoy diciendo que para mañana seremos los mejores amigos, pero si no intentamos nada, ¿cómo sabremos lo que el tiempo puede llegar a lograr? —Me puse de pie y me situé frente a ella, extendí nuevamente mi mano—. ¿Aceptas?

Inclinó su cabeza hacia abajo y la sacudió levemente en una negativa.

—Y-yo.... ¡Dios! Esto no está bien —murmuró, al tiempo que soltaba un bufido exasperado. Camille elevó la cabeza para verme, y no vi seguridad, sino que desconfianza y temor. Iba a hablar, para intentar persuadirla, entonces añadió—: No voy a prometerte nada, Brandon. Porque solo es cuestión de tiempo para que veas como todo esto terminará mal. Yo no soy una buena compañía, me siento mejor sola, pero...

—Pero como dices, solo será cuestión de tiempo para saber si serás tú o yo quién está equivocado —dije, interrumpiendo. Movié la cabeza de arriba a abajo, nos dimos la mano para cerrar el trato. Le dediqué una última sonrisa, en ese momento, el sonido familiar de una bocina, me hizo saber que Charles acaba de llegar. Giré sobre mis pies, para buscar a Martha, cuando Camille habló.

—Y cuando este desastre pase..., no dudes en salvarte. —La miré sobre mi hombro. Ninguno de los dos podría afirmar eso. Solo el tiempo iba a darnos la respuesta, entonces, en ese instante, me encontré deseando que el tiempo *ojalá* estuviese a mi favor. Asentí con la cabeza.

—Si llegará a suceder, ya veré qué hacer —respondí.

Me fui después que Charles comprara un ramo de rosas rojas para regalarle a Paola; mi amigo estaba muy entusiasmado y emocionado, tenía todo un plan trazado para sorprender a su novia y, según entendí, ella definitivamente no esperaba nada, pues su aniversario era hasta un día después. Y claro, yo estaba, ¡muy emocionado de ayudarlo!, nótese el sarcasmo. Sin embargo, lo que sí me tenía de buen ánimo era ese pequeño avance que había tenido con Camille y al parecer se me notaba más de lo que creía.

Nos subimos a la camioneta de mi amigo y condujo hasta el supermercado. Entonces, cuando teníamos varios minutos de estar en el tráfico vehicular, sentí su mirada sobre mí, así que lo encaré e hice un movimiento de cabeza pidiéndole que hablara.

«¿Qué estarás maquinando, Charles?»

—Y tú, ¿qué me ves tanto? —pregunté interesado. Se encogió de hombros y me miró de soslayo una vez más.

—No sé..., es que te noto feliz —dijo. Fruncí el ceño y fingí demencia, pero ¿tanto se me notaba? Me encogí de hombros. Añadió—: ¿Algún buen polvo? —cuestionó, sonriendo. Rodé los ojos al cielo y saqué el dedo medio—. ¡¿Qué?! Solo es una posibilidad que contemplé..., y no me juzgues, solo guardo la esperanza que no seas *gay* —murmuró, muy divertido. Le propicié un golpe en su antebrazo. El muy maldito disfrutaba gastarme ese tipo de bromas—. Y no es que tenga algo en contra de ellos. Sabes que te acepto como seas, lo único que me preocupa es que te enamores de mí...

—¡Qué te den! —exclamé, al tiempo amenazaba con golpearlo, entonces mi amigo estalló en una risotada, negué con la cabeza y reprimí una risa—. Mejor dime qué es lo que vamos a comprar —dije, cambiando de tema y surtió el efecto deseado.

Charles comenzó a decirme una lista de cosas. Sin embargo, en todo el rato que lo escuché narrándome su plan para aquella cena sorpresa, mi cabeza de vez en cuando se perdía en mis recuerdos. Camille había aceptado que intentáramos conocernos y aunque una parte de mí me decía que no iba a ser fácil, en ese momento me insté a que pasara lo que pasara me las ingeniaría.

Pasamos alrededor de hora y media en el centro comercial, comprando una infinidad de cosas, desde comida hasta velas aromáticas, ¡Dios!, ni siquiera sabía que había con aroma. Y ya me encontraba aburrido, yendo de un pasillo a otro en el supermercado, «¿acaso no debía de ser Paola quien planeara algo semejante?» Pero claro, era Charles de quién hablábamos, mi mejor amigo era todo un detallista y romántico sin remedio

—Bien, solo faltan las fresas —dijo, mientras tachaba ciertas cosas en su lista. Caminó rumbo al pasillo de frutas y verduras, mientras yo lo seguía junto con la carretilla que estaba a tope.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté, ya hastiado, al verlo echando las fresas junto con las demás cosas, mientras revisaba su lista al derecho y al revés.

—A pagar —respondió, con una sonrisa de lado. Estaba feliz, el muy maldito, mientras yo me sentía más una mula de carga que otra cosa. Íbamos rumbo al cajero cuando escuchamos unas risitas detrás de nosotros, ambos volvimos a ver y eran un trío de niñas, que nos miraban y al mismo tiempo soltaban risitas entre ellas, sin molestarse en disimular que hablaban de nosotros.

—Creo que es por nosotros —dije, entre dientes. Charles echó un vistazo de soslayo, luego se giró para verme de frente mientras fingía mirar algo en su lista—. Se están acercando, ¡joder! —exclamé, sin ánimos de lidiar con adolescentes. Mi amigo alzó su cabeza, al tiempo que sonrió de

lado, en un gesto perverso, el cual también correspondí—. ¡No me cargues! ¿Estás pensando lo mismo que yo? —Asintió, al tiempo que una risa lo asaltaba.

—Esto será divertido —murmuró entre dientes, le di la razón y sonreí de lado. «*Pobres chicas, acabaríamos con su ilusión en un segundo*». Charles se aclaró la garganta y comenzó a pestañear—. Amorcito —dijo, afinando su voz. Presté toda mi atención en él, mientras fruncía mis labios—. Puedes ir por crema batida, por favor. Será para las fresas y para untarte a ti luego, ¡grrrr! —Apreté mi boca, evitando partirme de la risa. ¡Se estaba pasando!

—Como digas, mi cielo. —Caminé contoneando mis caderas hasta donde estaban las chicas, estupefactas. Hice el ademán de lanzarle un beso a Charles y él de atraparlo en el aire, para luego llevárselo a su corazón. Di media vuelta y los rostros de ellas estaban para ser enmarcados—. Señoritas —saludé, y caminé moviendo mis caderas. Y ni bien había salido del pasillo cuando ellas pasaron a mi lado huyendo, claramente incómodas. Regresé un segundo después donde Charles, sin detener la risa—. Eso fue como en los viejos tiempos. —Ambos soltamos otra estruendosa carcajada; solíamos hacer eso cuando estábamos en el instituto para librarnos un poco del acoso. Y al parecer ese truco todavía funcionaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Charles. Fruncí el ceño y señalé con mi pulgar hacia mis espaldas y luego donde estaba parado, sin entender su pregunta—. Ve a traer la crema batida, es en serio, la necesitaré. ¡Ve! —exclamó, echándome con sus manos. Rodé los ojos.

Luego de pagar todo nos dirigimos al departamento de Paola; y gracias a que ella andaba de visita donde una tía, mi amigo y yo íbamos a poder arreglar todo sin ningún problema. Pues ella regresaría de su visita alrededor de las once de la noche, teníamos tiempo de sobra para hacer todo sin miedo a que nos descubriera. ¿Qué les digo? Charles tenía *casi* todo planeado.

Llegamos hasta el edificio, saludamos al portero, quien nos dejó entrar sin ningún problema, ya que conocía a Charles de sobra. Esperamos el ascensor y este nos llevó hasta el piso donde vivía la novia de mi amigo. Abrimos el departamento sin dificultad, entramos y el recibidor estaba en penumbras, apenas era iluminado, sin embargo, cuando Charles fue avanzando, de un momento a otro tropezó con algo. Busqué a tientas el interruptor de la luz, entonces, cuando toda la habitación de iluminó. Todo se fue al carajo.

«¡Oh mierda!»

«¡Esto tiene que ser una maldita broma!»

Abrí los ojos con incredulidad, al tiempo que sentía como me recorría un sudor frío que me heló hasta los huesos. Había ropa... ¡maldita sea!, prendas de vestir regadas por todos lados. Y lo peor de todo era que no sólo de mujer, había ropa de hombre desperdigada por toda la sala de estar.

Mi estómago se contorsionó por el repelús; miré a Charles, quien estaba concentrado y estudiando toda la estancia, entonces cuando giró su cabeza para verme, sus ojos reflejaban la incredulidad y el miedo, así como poco a poco el dolor se fue abriendo paso en su mirada y en sus facciones, para pronto estallar en ira.

«¡No otra vez!»

Entonces de un segundo a otro, todo se fue, ahora sí, a la mierda.

## CAPÍTULO 6 Corazón Roto

Charles miró un rayo de luz que salía por la rendija de la puerta en una de las habitaciones; y dando grandes zancadas se fue aproximando, le seguí el paso de cerca, temiendo que todo fuera a salirse de control, aun más. Pronto abrió la puerta de una patada, provocando un estruendoso impacto de la madera contra la pared. Entró a la habitación y estalló en gritos, en insultos, para luego escuchar como su voz se iba quebrando poco a poco. ¡Ah, maldita sea! No podía creer que, de nuevo, toda esa mierda estuviese pasando.

—¡¿Cómo mierdas me pudieron hacer esto?! —cuestionó, con su voz quebrada, dolida. Cerré los ojos una fracción de segundo, buscando calmarme. Entré a la habitación seguido de escuchar como algo pesado caía al suelo—. ¡Eres una...! ¡Dios! —Recorrí todo el lugar con mis ojos hasta que la encontré..., Paola no solo estaba engañando a mi mejor amigo. ¡La muy hija de...! ¡Lo estaba haciendo con un compañero de la universidad de Charles!, el cual estaba tirado en el suelo.

Mi amigo, mi hermano del alma, no se merecía eso. Charles tenía su dedo índice y pulgar sobre sus ojos, su cuerpo temblaba debido al llanto. Sin embargo, al descubrirse, una vena asesina se asomó en su frente, el asombro fue reemplazado por la decepción, por el desprecio y la ira nubló todos sus sentidos. Todo lo contrario a lo que le pasaba a Paola, quien tenía sus ojos anegados, su cuerpo —*medio cubierto por una sábana*—, temblaba, al tiempo que murmuraba cosas ininteligibles.

—Y-yo... Yo... Te lo puedo explicar —balbuceó, aferrando la sábana que cubría apenas su cuerpo. Charles sacudió la cabeza en una negativa, dedicándole una mirada furibunda, al tiempo que hacía sus manos puños, tratando —*inútilmente*— de controlarse. Sin embargo, de un segundo a otro se lanzó encima a ese bastardo que —*decía ser su amigo*—, nos miraba estoico, imperturbable como si llevara mucho tiempo esperando que toda esa maldita farsa saliera a la luz. Charles lo tomó de los hombros y sin el menor esfuerzo lo lanzó al suelo de nuevo, arremetiéndolo contra su rostro sin piedad—. ¡Déjalo se van a matar! —suplicaba *esa...*, pero ninguno parecía escuchar, y en cambio lo único que se oía era el crujir de la piel al romperse, los golpes ensordecedores.

Y pronto la sangre de ese hijo de puta comenzó a salir a borbotones. Entonces, a sabiendas que todo podía irse al carajo, me moví de mi lugar y tomé a Charles por sus hombros, alejándolo antes que matara a ese animal, el cual no valía la pena. Con dificultad lo saqué hasta la sala, ya que luchaba por soltarse de mi agarre, mientras gritaba improperios, mientras sacaba un poco de todo el caos que estaba acabando con él por dentro.

Estando ya afuera, comenzó a tirar todo lo que había comprado, hizo añicos las flores, destruyó la comida. Todo se volvió un desastre en cuestión de minutos. Pero nada se comparaba con lo que él, seguramente, sentía en ese instante.

—Charles, vámonos —exigí, en un intento de persuadirlo para que no hiciera una locura. Llevé ambas manos a su cabeza y pronto giró a verme, sus ojos tenían albergadas muchas lágrimas, la impotencia y la decepción surcaban su rostro. Y maldije hacia mis adentros a esa perra y a ese bastardo, a esos malditos que acababan de terminar con mi amigo.

—¡No Brandon!, necesito que me den una puta explicación. ¡Necesito saber por qué mierdas me hicieron esto! ¡Necesito saber qué demonios hice mal! —gritó y otra vez intentó regresar a la

habitación, lo tomé del antebrazo con firmeza y lo halé con tanta fuerza que casi lo desestabilicé —. ¡Déjame maldición! ¡Qué no entiendes que ese hijo de puta se metió con mi novia? —gruñó fuera de sí. Sacudí la cabeza en una negativa y traté de hacerlo entrar en razón, sin embargo, pronto Charles se tensó y todo se debía a que Paola acaba de salir de la habitación y venía hecha un mar de lágrimas.

—Charles..., yo lo siento —musitó con voz quebrada, en un tono agobiado y suplicante—. No sé qué me pasó..., solo..., no lo pensé..., yo..., *¡lo siento tanto!*

—¡A la mierda con eso! —bramó. Lo sostuve con más fuerza, pues temía que hiciera una locura en ese momento, que no tenía control sobre sí mismo—. ¡Eres una cualquiera! ¡Me engañaste con Eduardo! ¡Con uno de los que se supone era mi amigo!, ¡¿cómo mierdas quieres que te perdone?! —escupió con desdén e incredulidad. Y de un movimiento brusco se zafó de mi agarre y se acercó amenazante a Paola—. ¡¿Cuánto llevas viéndome la cara de imbécil?! ¡¿Cuándo pensabas decirme?! ¡Eres una cobarde y una cualquiera! —Entonces, para empeorar aún más todo, el amante de Paola salió de la habitación, solo con su ropa interior. Me situé a un costado de Charles, quien comenzaba a respirar de forma dificultosa y empezaba a enrojecerse debido al coraje.

—¡Ya basta, Charles! ¡Déjala! —exigió, elevando la barbilla en un gesto de orgullo. Y para empeorar todo, todavía más, añadió—: Todo se dio sin que ninguno lo quisiera..., sabemos que no debimos pero pasó y ya... —concluyó, sin saber qué más mierdas decir. Y, en ese momento, Charles cerró y abrió sus manos, tratando de controlar la ira que lo invadía, no obstante, era tanto el dolor, el odio y el enojo que volvió a tirársele encima y esa vez sí fue recibido. Ambos empezaron a darse de golpes, así como esa mujerzuela comenzó a dar alaridos, pidiendo que se detuvieran. La tomé de su antebrazo y, sin ninguna delicadeza, pero midiendo mi fuerza, la eché a un lado.

—¡Déjalo! —grité, acercándome hasta ellos—. ¡No vale la pena, Charles! —dije, tomándolo de nuevo y alejándonos. Sin embargo, el maldito de Eduardo, aprovechándose de que tenía afianzado a Charles, se levantó y se le fue encima a mi amigo con toda la intención de golpearlo —. ¡Eso sí que no, hijo de puta! —espeté. Hice a un lado a Charles y llevé mi mano directo a la nariz del imbécil, lanzándolo de un solo golpe al suelo. Retrocedí para situarme junto a mi amigo, quien miraba a Paola con tantos sentimientos queriendo ser gritados, con tantas dudas que no serían resueltas.

—Ni se te ocurra buscarme. Quédate con esa porquería porque son tal para cual, ¡me oíste!, ¡aléjate de mí! —estalló en un grito.

Salió tirando patadas a todo objeto que se le cruzaba en su camino hacia la salida. Corrí hacia él, dejando atrás a ese par de malditos junto a toda la mierda que habían provocado. Lo alcancé justo en el elevador, bajamos y prácticamente salimos corriendo de ahí. Nos subimos a su auto y condujo a una gran velocidad.

—Nos vamos a matar ¡carajo! —bramé, pero él pareció no escuchar—. Te parqueas e iremos a que descargues toda tu cólera, ¡hazlo Charles! —exigí. A la vuelta siguiente detuvo el auto. Salió de éste como alma que lleva el diablo y se introdujo en un callejón. Comenzó a romper todo los escombros que encontraba, a tirar patadas, puños contra una pared de concreto. Pronto la piel de sus nudillos se manchó de sangre, así que comencé a buscar algo con lo que pudiera golpear todo lo que quisiera, porque de lo contrario, si seguía así, iba a romperse una mano. Rápido vislumbre un tubo de hierro y se lo alcancé—. Te harás daño, golpea con esto. —No esperó más y siguió golpeando y rompiendo cosas.



Poco después, la noche cayó sobre nosotros, la misma era más helada que de costumbre, pero en mi interior bullía una furia que calentaba todo mi organismo y Charles se miraba igual, sino es que peor, mucho peor.

Luego, cuando tuvo suficiente, y estaba ya muy agotado, se tiró en el suelo terroso y sucio..., y lloró en silencio. No le dije nada, porque, ¿qué le diría? Charles tenía el *corazón roto*, estaba de nuevo muy herido y no había palabra de aliento que lo reconfortara, sin embargo, lo único que podía hacer era sentarme a su lado y que sintiera mi apoyo. Estuvimos en esa misma posición un buen rato, sin que nadie dijera nada.

—La amaba Bran —dijo, con la voz a un hilo de romperse de nuevo—. ¿Por qué siempre me tienen que hacer lo mismo? —cuestionó, lleno de pesar e impotencia.

Y me hubiese gustado tener las palabras correctas para animarlo, pero pese a que lo entendía muy bien, las palabras no acudían a mi boca, no las adecuadas y suficientes. Y es que, no podía entender qué mierdas tenían todas esas mujeres en la cabeza, no entendía por qué siempre debían jugarle una mala pasada a mi amigo, por qué no eran lo suficientemente valientes como para encararlo y terminar con él.

La mayoría de ellas habían sido unas aprovechadas que solo habían jugado con los buenos sentimientos de Charles; a sabiendas de que era muy enamorado y que nunca las lastimaría, que él era ante todo un caballero, sin embargo, de nada valió cómo él era, ni que tuviera las mejores intenciones, pues de todas formas, *ellas*, le habían pagado de la misma forma. Y porque había sido Charles el único a quien le había tocado llevarse los más amargos desazones, había sido Charles quién había tenido la mala suerte de relacionarse con las peores mujeres, incluso Paola, que llegó un momento en el que creímos que había cambiado y que era la indicada, ¡qué chasco nos habíamos llevado!

»—¡La odio, con un demonio!, ¡la detesto con todo mi maldito corazón! —exclamó, moviendo su cabeza en una negativa, así como su pecho temblaba debido al llanto y a los sollozos que lo abandonaban. Pasé mi brazo alrededor de sus hombros, ¡Dios!, me dolía tanto tener que volver a verlo así. Pasó sus manos por su rostro, limpiando sus ojos en un gesto de frustración—. ¿Cómo haré para vivir sin ella, Brandon? Soy un maldito imbécil, ¡argh! Soy un hijo de puta al que solo le han visto la cara de imbécil. ¿Por qué de que me ha servido tener el corazón dispuesto y las mejores intenciones si lo único que consigo es que lo destrocen? ¡Soy un estúpido! ¡Maldito seas Charles, mil veces maldito! ¿Y sabes qué es lo peor? Que yo..., la sigo amando... ¡La amo, con un demonio!

¿Cómo responder a todo ese dolor?, ¿qué decir para ayudar aunque sea un poco a reconfortar su alma? Las palabras se atoraban en mi garganta, mis ideas y pensamientos se volvían un manojo inconexo, sin pies ni cabeza. «*Debes decirle algo, Brandon. No puedes quedarte callado, Charles te necesita*». Solté un suspiro y comencé a hilar las palabras en mi cabeza.

—Amigo yo... —Tragué grueso—..., lo único que puedo decirte es que me tienes aquí contigo y que el tiempo te ayudará —bufó, sacudiendo su cabeza en una negativa.

—No, Brandon. Ya no volveré a sentir esto —dijo, con su voz teñida de odio e ira—. Te lo juro. —apuntó, demasiado seguro. Negué con la cabeza, no podía jurar nada, estaba dolido y con ello no podía pensar bien—. Estoy harto, *tan* cansado de siempre ser tratado como basura. Pero ya no más. ¡No más! —Le dio un golpe a la pared—. ¡Lo juro!

Hablé a mi casa y le expliqué a mi madre, sin entrar en muchos detalles, que no llegaría a dormir. Porque debía estar con Charles, él no podía estar solo en el estado en el que se encontraba. Conduje su casa y ahí nos escabullimos hasta su habitación. Pero tan pronto pusimos

un pie ahí dentro, comenzó a tirar todo, los retratos, rompiendo fotos, quebrando discos, y supuse que todo eso habían sido regalos de ella o que le recordaban a ella. Cuando terminó, su habitación era un desastre, todo estaba hecho jirones, asimismo, nadie había podido detenerlo ni siquiera su tía Karla —quien estaba tan desconcertada como indignada cuando la puse al tanto.

Me encontraba sentado sobre su colchón, observando como su pecho subía y bajaba de manera irregular, pero aún había ira y cólera en sus ojos. Le pasé una almohada, para que la colocara entre la pared y él, y golpeará. La tomó sin hacerme preguntas, ya que cuando algo nos enojaba hasta el punto de perder la razón, hacíamos exactamente lo mismo y de esa forma descargábamos todo lo que sentíamos, por eso él ya sabía el significado de ese gesto. Comenzó a arremeter contra la pared, mientras lo escuchaba maldecir, entonces, cuando se quedó sin energías, se tiró en el suelo y comenzó a llorar de nuevo, agotado y con todas sus heridas expuestas, con todos sus sentimientos tomando el control y deseando salir.

Porque no importaba cuánto había pasado llorando, nunca iba a ser suficiente. Porque se podía llorar y llorar, todo en un intento de limpiar el alma del dolor que quema, pero *nunca* sería suficiente y, ¡diablos!, me dolía tanto verlo así. Y odiaba a Paola por haberle hecho eso a él, quien lo único que había hecho fue amarla y adorarla. ¿Qué mierdas tenía en la cabeza esa mujer? ¡Nada!, no tenía nada, asimismo, había sido una estúpida al dejarlo por otro, por alguien que seguro no iba a amarla al igual que Charles lo hizo.

Y en un intento de ayudarlo a distraerse, una locura se me ocurrió, pero en realidad no sabía qué más hacer.

—¿Quieres ir a un bar? —pregunté, cauteloso. Charles me miró vacilante, sabía que no era una buena idea, pero creí que el alcohol lo haría olvidar por un instante y que al día siguiente se concentraría más en su resaca. Él accedió y pasamos varias horas en un bar local y entretanto mi amigo tomaba, yo me decanté por cuidarlo.

Cuando Charles no podía andar por sí mismo, lo llevé de regreso a su casa. Pasaban de las dos de la mañana. Lo dejé en su cama, y me acosté sobre el sofá que estaba en la habitación. Pero no podía dormir, asimismo, no podía dejar de darle tantas vueltas al asunto. Él no se merecía sufrir así. ¿Por qué siempre a los buenos les pagan mal?, *ley de la vida*, recordé. Qué ley más basura.



A la mañana siguiente lo obligué a que se diera un baño y comiera algo. Estaba dolido, pero no dejaría que entrara en estado depresivo. Primero loco antes que verlo así. Luego a jalones me lo llevé hasta mi casa, sabía que allí, junto a la compañía de Lucy, podría olvidar un poco todo el pesar que lo acongojaba.

—Ya no volveré a cometer este error —dijo, mirándome de reojo—. Nunca más.

—Nunca digas nunca, Charles. Además, solo el tiempo te dirá lo contrario —dije, él solo negó con la cabeza.

—Al diablo el *amor*, al diablo el *tiempo*. Al diablo *todo*. —Hice una mueca de desaprobación con mis labios, lo miraba tan decidido que temí mucho por él. Ya que las personas dolidas, con el corazón roto..., eran capaces de hacer locuras, de perderse a sí mismo.

Minutos después llegamos a mi casa. Mi madre saludó a Charles con mucha alegría como era común, ofreciéndole un trozo de pastel. Él declinó e intentó sonreírle; pero mi mamá lo conocía,

por lo que rápido notó que, fuera lo que fuera que le había pasado, era algo grave y solamente me dedicó una mirada llena de preguntas a las que yo solo respondí con una sonrisa triste. Ya no preguntó más y agradecí eso.

Lucy también notó el estado de mi amigo y de inmediato lo invitó a que dibujaran juntos, Charles era un experto y le encantaba hacerlo con mi hermana, por lo que sin poder negarse, accedió. Y pese a que mi amigo trataba de comportarse como solía, bastaba ver su rostro y sus ojos cansados y tristes para darse cuenta de que no estaba nada bien.

—Es para ti Charly —dijo, Lucy. Entregándole un dibujo, este sonrió genuinamente—. Eres tú... —Era un muñeco con cabello marrón igual que él, solo que con una gran sonrisa. Mi hermana volvió a verlo, y en sus ojos vi que deseaba borrar esa expresión ausente y atribulada de mi amigo.

—Ey, es hermoso. Gracias —murmuró, atrayéndola a sus brazos. Me sentí tan bien al verlos juntos.

El resto de la mañana la pasamos jugando con la consola de videojuegos y costó un esfuerzo sobrehumano para que el avatar de Charles no muriera cada dos por tres. Luego, a la hora del almuerzo, comimos tratando de hablar y parecer de lo más casual, sin embargo, reímos poco. Cuando la tarde llegó, Lucy sugirió que fuéramos al parque, lo cual me pareció una estupenda idea para que mi casi hermano se siguiera distrayendo.

—Vamos, tienes que salir —dije, cruzándome de brazos. No iba a ceder—. No dejaré que te pudras en mi habitación. Ni. Lo. Sueños —espeté. Lo vi sonreír con debilidad.

—Vayan, yo..., me iré a mi casa —dijo. Lo evalúe con la mirada, tratando de encontrar un rastro de mentira, porque en efecto, estaba mintiendo.

—Ni se te ocurra ir a buscarla, Charles —dije sin ocultar la molestia en mi voz. Suspiró, había adivinado sus planes—. No dejes que ella pueda contigo. No permitas que te destruya..., ella no lo vale, ni nadie más —dije, dándole un leve empujón, sonrió—. Así que levanta tu trasero maloliente y vamos al parque.

—Esto es más fuerte que yo —dijo, tratando de excusarse, pero no cedería. No dejaría que se humillara. Me crucé de brazos y alcé una ceja—. Eres un grano en el trasero, ¿sabías? —Asentí y ambos nos reímos.

Llevamos a Lucy al parque y ella, en lugar de jugar con sus amigos de nuestro vecindario, decidió quedarse con nosotros. Llevamos un balón y jugamos a hacernos pases. Y por un momento vi como en verdad Charles se divertía. Haber ido a ese lugar había sido una gran idea.

Cuando dieron las cuatro de la tarde decidimos irnos, pues iríamos a ver cómo había seguido Camille, porque mi hermana quería ir. Lucy tomó la mano de Charles, mientras le sacaba conversación sobre una película que les gustaba a ambos, de esa forma logramos que él nos acompañara. Sonreí con ternura al verla, así como sorprendido de reconocer que mi hermana, a su corta edad, actuaba de maneras que..., me sorprendían con demasía.

Llegamos al lugar y miré a Charles; aclaré mi garganta, sacándolo de su ensimismamiento, le sonreí con condescendencia, ya que no hacía falta pedirle explicaciones de nada, sabía que todo lo que recién había pasado sería difícil de olvidar.

—¿Entramos? —pregunté.

—Ya qué —dijo, al tiempo que se encogía de hombros. Empero, lo detuve antes de entrar.

—Por cierto, conocerás a Camille —murmuré. Lo vi alzar sus cejas con escepticismo, ya se estaba haciendo ideas con su alocada cabeza. Rodé los ojos al cielo y moví la cabeza de izquierda a derecha—. Es una amiga... —aclaré.

—Ajá y yo soy *María Antonieta* —dijo con sarcasmo.

—Deja de pensar cosas que no son —pedí—. Es solo que..., ella es un poco diferente, tímida y apenas nos vamos conociendo —dije. Charles frunció el ceño.

—Está bien, iré con cuidado. —Sonreí. Eso me tranquilizaba.

Entramos al local y encontramos a Martha despachando a unos clientes, nos saludó con mucha felicidad y nos pidió que entráramos a la casa. Tan pronto lo hicimos pude escuchar sonidos provenientes de la cocina, de inmediato supe que era Camille. Nos acomodamos en uno de los sillones, entretanto mi hermana se dirigía hacia la mesa donde estaba el comando para la televisión; mientras Charles y yo hablábamos de cualquier cosa, música, la universidad, mi trabajo. Todo con tal de que él se distrajera un poco.

Sin embargo, he de admitir que de vez en cuando, al escuchar cualquier sonido proveniente de la cocina, mi atención se centraba en ese lugar. Pero Camille no salía y a mí me daba cierta vergüenza ir a buscarla, miedo de mandar todo al carajo. «*Hazlo, de todas formas es a ella a quien has venido a ver, ¿no? Ve y habla con ella*», murmuró la vocecilla en mi cabeza. ¿Debía hacerle caso?

—¿Estás ahí? —Charles chasqueó sus dedos frente a mi cara, porque como se imaginarán, me había quedado ido viendo la puerta de la cocina. Pestañee un par de veces.

—Oh sí, oh yo..., aquí, sí, ¿qué decías? —balbuceé, Charles me estudió por un par de segundos y luego soltó una risotada. Tragué grueso.

—Si no lo estuviera viendo con mis propios ojos..., no lo creería. —dijo, claramente asombrado. «*¿No creería qué cosa?*» Fruncí el ceño, no lo seguía. Notó mi confusión y añadió—: Me gustaría saber, qué te tiene tan nervioso. ¡Oh ya, ya sé! Déjame y reformulo mi pregunta, ¿quién te tiene tan nervioso? —Su pregunta me tomó por sorpresa pues hasta ese momento no me había dado cuenta que, en efecto, estaba nervioso. Negué con la cabeza, tratando de verme resuelto, tranquilo.

—Estás loco —dije, con fingida diversión en mi voz. Charles elevó una de sus cejas con escepticismo, luego asintió con la cabeza.

—Está bien, no me cuentes, pero ya lo harás —dijo, muy seguro. Rodé los ojos, mis motivos no eran los que él, seguramente, estaba pensando. Iba a refutarle, sin embargo, por el rabillo del ojo noté como Camille salía de la cocina. De inmediato giré a verla, al tiempo que le sonreía.

—¿Quieren café? —preguntó, muy bajo. Sacudí la cabeza y me ofrecí a ayudarle, no obstante, sacudió la cabeza en una negativa y sin más se fue de vuelta a la cocina. Fruncí el ceño. ¿Qué diablos había sido eso?

«*¡No otra vez, por favor!*»

Solté un suspiro cansino, en ese momento temí sobremanera el haber regresado a aquellos días en donde no nos dirigíamos ni una palabra. Y es que, ¿no se suponía que íbamos a dejar todo al tiempo?

No obstante, ¿cuándo entendería que con Camille nada era lo que esperaba?, ella era la persona más impredecible que había conocido jamás. Y en esos días, mi paciencia se vio gravemente trastocada, así como hubo momentos en los cuales deseaba mandarla al carajo y al mismo tiempo no darle el gusto. Viví unos días muy complicados, empero, confiaba en que todo se solucionaría, pero para que eso se lograra, debía de tomar la iniciativa una vez más, pues esperar que Camille lo hiciera, sería como esperar la lluvia en medio de una sequía.

—Ya vengo —anuncié, decidido a hablar con ella. Charles apenas y me dirigió una mirada, ya que estaba concentrado viendo su móvil. Así que poniéndome de pie, me fui en la misma dirección

donde, un minuto atrás, Camille se había ido. Entré a la habitación que fungía como cocina, sin hacer ruido, de inmediato la encontré cerca del lavabo, estaba tallando unos platos, sin embargo, lo hacía con tanta rabia. Sacudí la cabeza, era tan extraña pero entendí que eso era algo que me ¿gustaba?, de ella—. Alguien parece estar molesta con los platos —dije, pretendiendo bromear con ella. Pero fracasando en el intento. Volvió a verme, sus ojos llenos de ira, me miraron por un segundo.

—Tú no sabes nada de mí, mejor déjame sola —murmuró, dándome la espalda nuevamente. Sacudí la cabeza.

—Oye, ¿qué te pasa? —pregunté confundido, me acerqué apenas y tan pronto ella escuchó el sonido de mis pasos giró bruscamente sobre sus pies.

—Tú me pasas. Crees que porque te dije que podíamos ser amigos puedes meterte en mi vida pues no, ¡no puedes! ¡Déjame tranquila! —exigió. Abrí los ojos con asombro, ¿qué diablos le pasaba ahora?

—No sé a qué diablos te refieres, yo nunca me he metido en tu vida —espeté. Camille abrió su boca sorprendida de mi respuesta. Como si admirara mi forma de mentir. Pero no lo hacía. ¡Lo juro!

—¡Deja de mentir! Lo haces, al hablarme, al estar aquí. Entiende yo no necesito de tu amistad.

«¡Ah mierda!»

«Era obvio que esto pasaría, Brandon», murmuró la vocecilla fatalista de mi cabeza. Sacudí la cabeza en una negativa, mientras sonreía, con tal de no mostrar mi frustración.

—Bueno yo solo intento ayudar...

—Yo no necesito tu ayuda. ¡Entiéndelo! Así que no te molestes en hacer ese sacrificio —escupió con sorna, elevando ambas manos con dramatismo, demasiado molesta. Alcé una ceja, ¿sacrificio?, ¿en qué momento esa conversación se había salido de contexto?

—No es ningún sacrificio, Camille —respondí, tratando de sonar calmado, aunque por dentro estaba que me arrancaba cabello por cabello—. Esto es lo que hacen los amigos, se preocupan por el otro. —Camille resopló frustrada. Pues al parecer todo lo que le decía la hastiaba. Y para demostrar mi punto, y empeorando la situación, señalé sus brazos y añadí—: Además me preocupan esas marcas que vi... —Y tan pronto lo dije me arrepentí. ¡Mierda!

## CAPÍTULO 7 Malentendido

«**Y** el Oscar al hombre más estúpido a la hora de hablar es para... ¡Brandon O'Donnell!, pase por su premio». Su rostro se abochornó, al tiempo que bajaba las mangas de su blusa, ella sabía a lo qué me refería y eso solo me hizo sentir más avergonzado.

—Eres un... —Sus ojos tenían lágrimas en los bordes, salió de la cocina, echa un manojito de furia y ansiedad, chocando con mi brazo, rumbo a su habitación.

—No, Camille... ¡Dios!, yo lo siento, yo no quise, ey... —dije, siguiéndola. Charles me miró con curiosidad, sacudí la cabeza en una negativa. «*¡Estúpido, estúpido!, ¿cómo se te pudo ocurrir hacer semejante comentario, Brandon?, ¿cuándo entenderás que con ella debes de ir con cuidado?*» Llegué hasta la puerta de su habitación y toqué un par de veces, sin recibir respuesta. Había sido muy inconsciente de mi parte hablar de ese tema sin nada de delicadeza, aun cuando yo sabía de sobra que era incómodo y..., *tan* delicado para ella—. Camille, lo siento —dije, rogando porque ella abriera la puerta y lográramos hablar y solucionar todo—. Yo no quise decirte eso... —Apoyé la frente sobre la puerta. Pronto sentí como esta se iba abriendo, se asomó apenas y su mirada, entre enrojecida por la rabia y la decepción, envió un escalofrío a todo mi cuerpo. Había arruinado todo. —Discúlpame, yo... —Negó con la cabeza.

—Voy a decirlo una vez más y espero que esta vez sí lo entiendas y aceptes... —Tragué grueso, al tiempo que asentí—. Tú y yo no podemos ser amigos. Así que por favor aléjate de mí, no te quiero cerca —dijo con deliberada lentitud. Pasé saliva con dificultad, ¡santo cielo!, no sabía qué decir o cómo actuar.

—Pero...

—Por favor, dejemos esto así —interrumpió, al tiempo que me miraba con su ceño levemente fruncido. Declinó, rompiendo el contacto visual. Salió de su habitación y pasó a mi lado, giré sobre mis pies y observé como regresaba a la cocina.

Solté un suspiro cansino y repasé los recientes acontecimientos, «*¿en qué momento se fue todo por la borda?*» Entonces recordé que ella había sido quien comenzó a comportarse de forma extraña, ella había sido quien había empezado a discutir conmigo. «*Quizá pasó algo más que tú no sabes...*», dijo mi consciencia. Mordí mi labio inferior, sintiéndome indeciso, ¿debía seguir tensando la cuerda?

«*¡Al diablo todo!*» Yo iba a aclarar esa situación de inmediato. Caminé rumbo a la cocina, cuando Martha me interceptó.

—¿Sucede algo, Bran? —cuestionó. Miré la cocina y luego a mi tía. Solté un suspiro cansino, al tiempo que frotaba la parte posterior de mi cabeza.

—Camille por alguna extraña razón está enojada conmigo, cuando vine comenzamos a discutir y yo... ¡Ahh! Todo es un desastre —concluí. Movié la cabeza de arriba abajo.

—Quizá todo es culpa mía. —Fruncí el ceño, Martha me regaló una mirada llena de disculpa—. Camille ya sabe que te pedí que te acercaras a ella... —Abrí mis ojos como platos, todo se esclareció en ese momento, a eso se debía su enojo, ella pensaba que yo estaba haciendo todo por un compromiso, sin embargo, ya no era así, ¿pero cómo le explicaba sin que sonara igual de feo? Llevé una mano a mi rostro, todo se estaba enredando aún más—. Déjame hablar con ella...

Elevé ambas manos y sacudí la cabeza.

—No, esto debo hablarlo yo con ella —dije. Me miró entre insegura y culpable, pero finalmente aceptó. Y es que, dejar que ella lo hiciera iba a finiquitar todo de una vez, aún había una esperanza de solucionar todo, solo debía hablar con Camille, aclarar todo.

Pasamos un rato más ahí, Martha charló con nosotros, mientras tomábamos café..., hecho por Camille. ¡Dios! Sentía algo atorado en el pecho y la mera sensación no me dejaba tranquilo, tenía que solucionar todo. Cuando la hora de irnos estaba por llegar, me escabullí de la sala de estar y me dirigí hasta el jardín, y ahí estaba ella. Anduve hasta el vivero y sobre el umbral de la puerta observé como mudaba de tierra las jardineras.

Y no pude evitar estudiarla con detenimiento; era tan delgada, su cabello castaño claro tenía reflejos dorados, era sedoso y terminaba a mitad de su espalda, sus piernas eran proporcionadas y adecuadas a la anchura de sus caderas, y a pesar de siempre verla usando ropa muy holgada, sus curvas no podían pasar desapercibidas, al menos no para mí. Solté el aire contenido y avance, sin molestarme en ser cauteloso, quería que ella se percatara de mi presencia. Entonces tan pronto lo hizo, giró sobre sus pies y rodó los ojos.

—Te he dicho que...

—Y yo vengo a decirte dos cosas. La primera es que lamento mucho lo que te dije, no volverá a pasar. Lo segundo es que quiero, *necesito*, aclararte que tú no representas ningún sacrificio para mí —espeté, interrumpiéndola. Frunció sus labios, estaba molesta. Me dio la espalda nuevamente.

—Pues hablaras con la tierra porque yo no voy a escuchar nada de lo que vengas a decirme —zanjó. Quise reír, lo juro.

—Como quieras —dije, me acerqué a la mesa donde ella estaba trabajando, solo que a cierta distancia. Me situé frente a un montón de macetas llenas de tierra y añadí—: Lo único que vengo a decir es que..., intentar ser tu amigo no es ningún sacrificio. Sí, Martha me pidió que me acercara pero fue lo mejor, pues por mí mismo quizá..., hubiese tardado más en hacerlo. Y también quiero decirte que mis intenciones no son meterme en tu vida, es solo que..., *me preocupo por ti* y creo saber que *eso* no es malo. —Solté un suspiro, seguramente me veía patético al hablarle a esos objetos inanimados, pero no me importaba, porque si la única forma para que Camille me permitiera hablar, era no hablando con ella, lo haría. Loco, ¿no? Pero así había sido todo con ella, imprevisto, diferente, divertido y fuera de serie. Giré noventa grados, para mirarla de frente.

»—Lamento todo esto, pero en verdad te estoy ofreciendo mi amistad sincera, ¿tanto me odias como para negarte?

—No te odio... es solo que...

—No digas nada, piénsalo bien, mañana vendré por una respuesta y si aún desistes en aceptar, lo entenderé y me alejaré, lo prometo. —No esperé a que respondiera y me marché.

Charles se quedó a dormir en mi casa; estábamos en mi habitación jugando un juego de cartas, sin embargo, mi cabeza estaba en otro lado, estaba en la casa de Martha, estaba en Camille y en que al día siguiente se definiría absolutamente todo.

—Bien, suéltalo —dijo Charles, sacándome de mi ensimismamiento—, vamos, has pasado todo el rato en modo *zombie*, es como si al que le hubieran roto el corazón fuera a ti y no a mí —dijo, arqueando una ceja. Sacudí la cabeza en una negativa.

—No es lo que tú piensas —respondí, dejando las cartas sobre la mesa y apoyándome en el respaldo del sillón.

—Ajá. Finjamos que te creo, Brandon. —Rodé los ojos.

—Es solo que estoy preocupado por ella —dije. Entonces decidí que debía contarle, quizá él

podía ayudarme—. Te diré esto, pero júrame que no lo repetirás nunca más. —Asintió con la cabeza, cambiando su expresión divertida por una más seria—. Ella se corta los brazos —solté, y no fue hasta ese momento que comprendí el peso de ese secreto que había llevado sobre mis hombros. Charles abrió sus ojos y tal parecía que estos abandonarían los huecos de su cara. Le expliqué todo, desde la primera vez que la había visto y su extraño comportamiento, el pedido de Martha y que de verdad quería acercarme a ella para ayudarla—. Y ahora, en un momento de arrebató, le mencioné sobre sus cortadas y, ¡mierda!, se enojó tanto. —Charles, sin que lo viera venir, me dio un golpe en la cabeza.

—Pues sí, qué te esperabas, animal. Seguro a ella le incomoda que le mencionen eso y ahí vas tú y lo haces. No manches, Brandon. Sí que eres inteligente —dijo con sarcasmo, lo fulminé con mi mirada.

—Gracias, ¡me haces sentirme mejor! —exclamé con ironía. Él puso los ojos en blanco.

—¿Así que todo esto es por ella? —Hice una afirmación nasal—. ¿Tanto te gusta? —cuestionó, no era una broma. Giré a verlo, ¿qué demonios?—. No me hagas esa cara, te gusta. Si no, no estuvieras así... —dijo, señalándome.

—No, Charles. No me gusta. Tú sabes que no tengo cabeza para eso —dije, apuntando lo obvio. Comenzó a reír—. ¿Qué es tan gracioso, cabrón?

—Esa boba mentira que utilizas para convencerte de lo contrario —respondió, haciendo el ademán de limpiarse una lágrima. Fruncí el entrecejo e iba hablar, pero él hizo un ademán con sus manos en señal de rendición—. Solo dame tiempo y ya verás, pronto estaré diciéndote: *te lo dije*.

—Que te den —respondí. Para luego comenzar otro juego.

Ella no me gustaba. Me caía bien, así como deseaba ayudarla pero de eso a que estuviera interesado en ella en el plano sentimental, pues no. Y sí, quizá me parecía bonita porque en verdad lo era, sin embargo, mi interés por ella no iba más allá de querer ser su amigo, de ayudarla.



Otra semana de labor comenzó y traté de sumergirme en mi trabajo; pero cada tanto me encontraba pensando en ella, en sus tristes ojos, en la forma herida en que me había visto el día anterior, además, no podía ignorar el hecho de que ese día todo iba a solucionarse o a acabar. Y todo eso solo lograba que me sintiera pésimo.

Sin embargo, de algo sí estaba decidido y era que si ella se negaba y no accedía, yo ya no lo intentaría..., por algún buen tiempo. ¡Diablos! No sabía si era un testarudo o un imbécil sin dignidad. Quizá un poco de ambas.

—¡Ey, Brandon! —La voz de Marcos, me sacó de mis pensamientos. Volví a verlo—. Alguien te busca.

—¿Charles? —pregunté, aunque eso era imposible, así que lo descarté casi enseguida. Luego de haberme dejado en el trabajo se había ido a su casa para cambiarse e irse a clases.

—No, es..., es alguien más —respondió. Sacudí la cabeza, me levanté de mi silla y dejé mi almuerzo a medio comer y salí. Entonces, al poner un pie afuera, visualicé una silueta conocida.

«¡Ah mierda! Lo que me faltaba».

Me quedé estático, ¿eso en verdad estaba pasando? Nunca, nunca hubiese imaginado ni siquiera pensado quién era la persona que me buscaba. ¿Qué demonios quería? Sus ojos se



posaron en mí y una sonrisa débil se dibujó en sus labios. Miré hacia el cielo implorando clemencia, asimismo, en verdad lo menos que deseaba, en ese momento, era lidiar con personas indeseables para mí. No, no podía, me encontraba de un pésimo humor. ¿Podía ese día empeorar más? Esperaba que no.

Negué con la cabeza y estaba a punto de girar sobre mis pies, pero desistí de hacerlo, debía encarar la situación.

—Hola, Brandon —saludó, un aire incómodo se asentó sobre nosotros. Moví mi cabeza en modo de saludo y aguardé a que hablara—. Sé que te preguntas qué hago aquí...

—Adivinaste —solté, sin ninguna intención de ser bromista.

—Quiero hablar contigo...

—Conmigo no tienes nada sobre qué hablar —espeté, sintiéndome muy molesto.

—Yo... —Cerró sus ojos, al tiempo que suspiró. Luego, cuando volvió a mirarme la tristeza y la culpa se veían tan notorios en su semblante, sin embargo, nada de eso me amedrentaría. Ella se podía ir muy al puto infierno que no me importaba—. No merezco que lo hagas, es solo que..., quiero hablar de lo que pasó esa noche —dijo con pesar. Rodé los ojos, ¿era en serio?, ¿qué diablos quería inventar? Si todo estaba más que claro.

—No hay nada que explicar, Paola. Lo que tú hiciste tiene nombre y es: infidelidad. Estudia su significado si quieres —espeté, con aire venenoso. La vi negar con la cabeza, añadí—: ¿A quién quieres engañar, maldita sea? ¿No te basta con haber engañado a mi mejor amigo?, así que no, ¡no me vengas con este teatrillo barato!, que yo no te creo *nada*. —Asintió.

—Lo sé, es solo que quiero explicarles..., he tenido el deseo de buscar a Charles pero...

—Ni se te ocurra, Paola —exigí, cortándola de tajo—. ¿Para qué quieres hablar con él? El daño está hecho. Entiende, lo que hiciste fue miserable. Él no se merecía que le pagaras de esa forma.

—¡Lo sé! Y..., y no sabes cuánto me arrepiento de esa noche —respondió, sosteniendo apenas el llanto. Pasé la mano por mi cara, me estaba hartando.

—Es demasiado tarde, eso lo hubieras pensado antes —espeté, mirándola cansino. Además, ¿qué buscaba al ir a verme?, ¿qué la consolara o le ayudara con Charles? ¡Pues ni mierdas!, ella y su amante se podían ir al carajo.

—Solo quería decirte que si podías decirle a..., que lamento todo, esa no era yo..., había tomado y..., simplemente pasó —resoplé, había adivinado sus intenciones. Negué con la cabeza, observándola con incredulidad—. Solo quiero que me perdone, no busco más, sé que no merezco más.

—Escúchame muy bien, yo no le diré nada —dije, intentó acercarse a mí pero la detuve con un ademán—. Y tampoco lo busques. Charles no merece a alguien como tú, así que mejor lárgate con ese bastardo y sigue pasándola bien. —Quizá no había sido la forma más correcta de hablarle, pero me había tomado en muy mal momento y además, todo incluía el bienestar de mi mejor amigo, de mi casi hermano. Por lo que no escatimaría en palabras.

—Gracias —musitó, rindiéndose. Agachó su cabeza y giró sobre sus pies, alejándose.

Solté el aire contenido y entré de nuevo al restaurante. Y quedé a la espera de que mi turno terminara; en verdad que lo que quedaba de mi buen humor se había ido por la borda, asimismo, ya no había podido ni siquiera terminar mi almuerzo, sentía un nudo atorado en mi garganta, así como mi estómago enmarañado. Y lo peor de todo era que aún faltaba mucho para que el día concluyera.

Y durante todo el resto de mi jornada no paré de pensar en las palabras de Paola, ¿qué estaba

alcoholizada, por favor!, esa era la excusa más barata.

Ese día, para empeorarlo todo, salí aún más tarde, ya que el chico que me suplía al parecer había tenido un retraso, por lo que salí diez minutos antes que mi hermana saliera de clases y tuve que correr como un demente por toda la avenida, hasta llegar, con cinco minutos de retraso, a la escuela de Lucy. Esperé un par de minutos, los cuales me ayudaron a nivelar mi respiración, podía sentir que mis pulmones quemaban. Ella pronto salió, sonriéndome, tomé su mano y caminé directo a la estación de buses, para ese momento andaba de un humor de los mil demonios y lo último que quería era presentarme así donde Martha.

Así que lo mejor y más prudente que, creí, debía hacer era ir a casa.

Camille podía esperar.

—¿Adónde vamos? —cuestionó Lucy.

—A casa —respondí, siguiendo nuestro camino.

—¿Pero por qué? Yo quiero ir donde mi tía Martha. ¡Ahora hará galletas de chocolate, Brandon! —dijo, escandalizada. Solté un suspiro cansino, ¡lo que me faltaba!, jodidas galletas. Moví la cabeza de izquierda a derecha.

—De camino te pasaré comprando una rosquilla y mañana pruebas las galletas —dije entre dientes, a poco de colmar mi paciencia.

—¿Por qué mañana y no hoy? Yo quiero ir ahora —espetó. Me detuve y bajé mi cabeza para verla, tenía el ceño y su labio inferior fruncidos. «¿No te basta con tener tú un mal día, ahora quieres arrastrar a tu hermana? ¡Bravo, Brandon!», espetó mi consciencia. Eché mi cabeza hacia atrás, ¿qué debía hacer?

*«Tarde o temprano tendrás que encarar a Camille, ¿para qué dejar para mañana lo que puedes hacer hoy?»*

—Está bien, vamos —respondí. Lucy sonrió feliz y tomó de nuevo mi mano.

Anduvimos todo el trecho hasta la floristería mientras jugábamos a no pisar las líneas de la acera. Y en parte, haber hecho eso me había ayudado mucho a que mi humor mejorara, pues reía con las trampas que Lucy hacía, así como cada que se frustraba al ver como yo avanzaba más rápido que ella.

Y sin darme cuenta, pronto estuvimos en la cuadra del negocio, de inmediato al percatarme de eso todo mi pulso se aceleró. Y con cada metro que íbamos acortando, solo lograba que los deseos de haber mandado al carajo esas galletas, me invadiera. Pronto entramos y Martha nos recibió tan sonriente como siempre.

—Hola chicos —dijo, con mucha efusividad—. Justo iba de salida a comprar leche para las galletas que quedaron deliciosas —dijo, provocando que mi hermana diera un saltó de alegría. Y no sabía si era yo o todos estaban más alegres que de costumbre—, pero ya regreso, acomódense en la sala, vuelvo en unos minutos.

—¡Bran, Bran! ¿Puedo ir? —preguntó Lucy, jaloneando mi brazo. Abrí mis ojos como platos, pero no estaba de acuerdo, o sea, ni de loco iba a quedarme ahí solo.

—Lucy, es mejor que la esperemos aquí —dije, en un intento de reprimir los deseos de mi hermana de abandonarme. Martha soltó una corta carcajada, al notar como miraba por el rabillo del ojo hacia el jardín, ella sabía el motivo de mi renuencia por quedarme solo. Ella sabía su nombre y apellido.

—Vamos, Brandon. No seas paranoico, solo iremos aquí cerquita y no te preocupes, no te quedarías solo, Camille se encuentra en el vivero, bien podrías ir a hacerle compañía. —Sí, ella sabía con claridad la razón de mi negatividad. Fruncí el ceño, sin saber qué más decirle.

—¡Sí!, ¡¿puedo, puedo, puedo?! —Lucy jaloneaba el dobladillo de mi camisa al tiempo que me pedía a gritos que la dejará ir. Tragué grueso y moví mi cabeza de arriba a abajo, con pesar—. ¡Sí! —gritó con euforia mi hermana. Sin darse cuenta que había ayudado a cavar mi tumba.

Pronto las vi caminar hacia la salida, mientras charlaban muy animadas y por un momento *casi* y me iba con ellas. Pero no podía ser *tan* cobarde, «*además, ¿qué tan malo puede ser que te quedas a solas con Camille? Seguro ni te hablará*», murmuró la insidiosa voz de mi cabeza. Entonces, pensé mis opciones, la primera: podía ir, hablar con Camille y como segunda: podía irme a casa e inventar en el camino alguna excusa de por qué había dejado a Lucy en la floristería, y aguantar los regaños de mi madre.

Sin embargo, a sabiendas de lo que debía hacer, mis pies me dirigieron hasta la entrada del jardín, bajé las escaleras que daban hacia el jardín con mucha lentitud, mientras iba bufando y retrasando lo más que podía mi llegada al vivero, sin prestarle atención al sonido de la puerta cerrándose. Me detuve sobre el umbral del invernadero y mis ojos rápidamente la encontraron: vestía un sencillo vestido que llegaba hasta debajo de sus rodillas, era de un estampado floral, su cabello lo llevaba trenzado y mirándola así..., se podía apreciar aún más lo delgada y bonita que era. Pestañee un par de veces, comprendiendo lo que había estado pensando y aún aturdido por ello, me aclaré la garganta para anunciar mi llegada. Camille giró con rapidez, sus ojos llenos de miedo en un comienzo, pero que poco a poco fueron cambiando al asombro.

—Hola —saludé, sonriendo apenas. Camille negó con la cabeza y me dio la espalda. Bufé, ¿otra vez regresábamos al principio?—. Oye, debemos hablar, ¿recuerdas? —pregunté, acercándome hasta donde ella estaba limpiando unas flores, me miró de soslayo.

—No tenemos nada sobre qué hablar —respondió, ladeando su cabeza. Di un paso más, acortando la distancia y ni bien había terminado de darlo cuando ella se giró bruscamente, quedando frente a frente—. Déjame en paz de una buena vez —exigió.

—¿Por qué no me crees cuando te digo que mis intenciones son honestas? Hablarte no es ningún sacrificio para mí. —La escuché suspirar apesadumbrada.

—Lo haces porque piensas que algo en mí no está bien —espetó, mirándome con profundidad. ¿Cómo refutar eso si era uno de los principales motivos para insistirle? Froté mi rostro con frustración, esa conversación se estaba yendo por el inodoro—. Y vienes aquí ahora a que te diga sí acepto que te vuelvas mi amigo porque quieres hacerte de *héroe*, pero eso no va conmigo. No necesito de tu ayuda... —«¿*Héroe*, qué demonios?»

—Te equívocas, admito que me preocupo por ti y no es porque crea que tengas algo mal o seas una mala persona y desee salvarte, es solo que..., en verdad quiero ser tu amigo, ¿tanto te cuesta creerme eso? ¡Dios! Eres un dolor de cabeza, Camille —confesé, me sentía rebasado. Añadí—: ¿tan mal te caigo?

—Así es —respondió, mirándome de una forma diferente—, ¿por qué no te alejas entonces?

—Porque es injusto que no te agrada, además, ni siquiera me conoces —dije, defendiéndome—. Dame una buena razón y me alejaré —dije sin pensar, luego me mordí la lengua, añadí—: y que no te agrado, no cuenta. —Camille abrió y cerraba su boca. Elevé una ceja, al fin estaba teniendo el control de esa conversación.

—Porque..., porque... —tartamudeó, sin lograr decir ni una sola oración.

—¡Ves!, no tienes ninguna buena razón —espeté, sintiéndome satisfecho.

—¡Es que no quiero serlo! Tú no sabes lo que dices, Brandon. Entiende, yo no soy una buena amistad para ti, tengo marcas en mis brazos, ¿las recuerdas? —dijo, mostrándomelas, lo cual me descolocó, pero traté de no hacérselo notar. «*Te está probando, Brandon. No permitas que se*

*salga con la suya*»—. Esto solo es una pequeña parte de mí, porque hay *muchas* cosas peores que ni siquiera te imaginas —dijo, tratando de amedrentarme. Sentí como un escalofrío me recorría, aclaré mi garganta.

—Pruébame —dije, ocultando lo nervioso que me sentía. Sacudió la cabeza en una negativa, no quería decirlo y solo había dos razones para eso, una era que estuviera mintiendo y la otra que todo fuera *peor* de lo que pensaba y que en verdad no quisiera contarlo.

## CAPÍTULO 8 Diferente

—Tengo cosas que hacer —dijo, pasando por mi lado y huyendo hasta la salida, la seguí mientras le pedía que me dijera qué era eso peor. Pronto llegamos a los escalones, ella intentó abrir la puerta pero esta no se abría, se giró y me vio alarmada—. ¿Tú cerraste? —preguntó, señalando la puerta de cristal. Sacudí la cabeza en una negativa.

—No, ella se cerró sola... —Intentó nuevamente abrirla, sin embargo, nada pasaba. Me situé a su lado, en el estrecho espacio de la escalera—. Déjame intentarlo —dije, de inmediato ella bajó un par de escalones. Giré la perilla de la puerta, no obstante, la puerta no se abrió.

—¡Lo hiciste a propósito! —gritó. Giré a verla, demasiado incrédulo de su acusación, sus mejillas estaban arreboladas.

—Te he dicho que no fue mi culpa —espeté. Y por alguna razón, yo sí encontraba cómica la situación. Ella dio un suspiro exasperado y dio media vuelta para terminar de bajar los escalones, sin embargo, sus pies se enredaron y su cuerpo se tambaleó hacia adelante, y como reflejo llevé uno de mis brazos a su cintura y la pegué a mi cuerpo en un rápido movimiento, al tiempo que con mi mano libre me aferré del pasamano—. ¿Estás bien? —Sus ojos estaban cerrados y su cuerpo completamente tenso. Abrió sus ojos y, al ver lo cerca que estábamos, se incorporó como pudo y terminó por alejarse.

—Todo esto es *tu* culpa. —Fruncí el ceño y abrí mi boca, demasiado incrédulo. «Esta, definitivamente, loca», pensé. «*Y lo estás más tú, porque eso es lo que te gusta de ella*», espetó la voz en mi cabeza.

—Estuviste a punto de caer y darte un buen golpe —dije, terminando de bajar las gradas y situándome frente a ella—, un *gracias* no estaría demás, ¿no crees?

—Yo no iba a caer —espetó, muy molesta. Rodé los ojos al cielo, en verdad que era terca. Pero para suerte de todos, yo lo era todavía más.

—¿Lo dices en serio? —pregunté, incrédulo. Ella frunció el ceño—. ¿Vuelas, acaso? —dije, irónico.

—Eres insoportable —respondió, al tiempo que se cruzaba de brazos. Relajé mi expresión, y comencé a reír.

—Y tú eres una pesada —dije, sonriendo. Abrió sus ojos con asombro y estaba seguro que casi, *casi*, miraba un atisbo de sonrisa.

La seguí hasta el vivero, pronto se situó frente a una mesa y comenzó a verter tierra nueva en las jardineras, pero haciéndolo sin tener el menor cuidado, ya que mucha de esta caía sobre la mesa y el suelo. Me acerqué otro poco, mientras le reclamaba su falta de modales, ¡había salvado su trasero de una buena caída!, ¿acaso eso no valía nada? Sin embargo, Camille no decía nada, di un paso más, entonces ella giró junto con la pequeña pala que estaba ocupando para su labor, la cual estaba llena de tierra y como resultado ensució mi camiseta blanca. Llevó ambas manos a su boca.

—Yo lo siento, juro que no fue mi intención —dijo, muy apenada. Sin embargo, volví a verla, mostrándome serio, ella retrocedió un paso y antes que saliera corriendo, porque intuía que estaba por hacerlo, tomé un puñado de tierra en mi mano derecha y se la lancé, dándole en su estómago —. ¡Eres un infantil! —chilló, pero no me importó mucho.

—Ahora sí, estamos a mano —dije, sacudiendo mis palmas. Camille me miró anonadada y con su boca abierta, sonreí. Sin embargo, de un segundo a otro sentí como de mi cara escurría tierra. Acaso ella..., la miré con mi quijada casi llegando al suelo, ¡había tierra ahí, en mi boca!, las comisuras de sus labios se elevaron, y la alegría invadió mi corazón, comprendiendo que no podía enojarme, no con ella—, ¿Ahora quién es el infantil? —rebatí, para luego lanzarle otro puñado.

—¡Estás loco! —exclamó. Había dado justo en el blanco: su cara. Observé como pasaba las manos por su rostro, seguido me vio con su ceño levemente fruncido, sin embargo, luego de unos segundos comenzó a reír, y puedo jurar que era la risa más bonita que había escuchado jamás. Ya que era una risa sincera, sin ser empañada por la desconfianza, sin ningún ápice de tristeza o melancolía y me gustó. Me gustó esa chica que miraba en ese instante, *distinta* y viva y por eso me prometí, en ese momento, sacar a la superficie cada que pudiera.

Porque verla así era lo que tanto buscaba, la razón que, sin saberlo, sería la que me motivaría a no rendirme. Y fue así, como mi pésimo día cambió a un gran día.

—Tienes una risa muy bonita —comenté, me observó frunciendo el ceño, como era su costumbre.

—Mi risa es extraña, no bonita —argumentó, negué con la cabeza.

—Lo diferente es bueno, ¿no? —Se encogió de hombros, entonces añadí—: discúlpame por el desastre que ocasioné —mentí. Porque no me arrepentía, menos con los resultados que había obtenido. Ella sonrió.

—Tú no te ves mejor, créeme. —Sacudí la cabeza, eso seguramente era cierto—. Pero..., tú también discúlpame a mí. —Asentí con la cabeza, pronto un silencio se asentó sobre nosotros y no quise romperlo diciendo alguna tontería que estropeará aún más las cosas. La observé en silencio, se miraba muy bonita con sus mejillas ruborizadas naturalmente, así como no llevaba ni una pizca de maquillaje y me gustó que fuera así—. Así que... ¿aún no desistes en ser mi amigo?

—*Nop* y es bueno que lo tengas en cuenta —respondí. Asintió con la cabeza, mientras abría y cerraba su boca. Intentaba decir algo, pero no podía. Y yo, solo esperé a que lograra hilar las palabras que se suponía quería decirme—. No tengas miedo, Camille. Lo que te pido no es nada malo —dije, pues había sentido el impulso de hacerlo. La observé pestañear varias veces, había dado en el blanco. Yo no le desagradaba, sino que era miedo, ¿pero miedo a qué? No tenía idea alguna de sus razones, pero me prometí averiguarlas—. Mis intenciones son buenas, lo prometo. Y si no llega a ser así, tienes todo el derecho de mandarme al infierno —dije, al tiempo que me encogía de hombros. Sonrió y luego frunció el ceño.

—Está bien... —respondió, luego de varios segundos de silencio, resopló—. Lo intentaré, lo prometo. —Llevé mis manos a mis brazos, reprimiendo el impulso de abrazarla, porque me sentía eufórico, pues el hecho de que ella accediera se sentía como una jodida victoria, en esa larga guerra que se avecinaba—. ¿Comenzamos de nuevo?

—Por supuesto. —Me acerqué, midiendo de nuevo su reacción. Agregué—: Hola, me llamo Brandon O'Donnell, tengo 24 años, ¿y tú eres...? —Una corta risa la asaltó, al tiempo que negaba con la cabeza.

—Camille Solari, 19 años. Es un placer, Brandon —dijo, sonriendo a boca cerrada, para luego extender su mano.

—El placer es mío —respondí, aceptando el gesto. Las estrechamos por unos cuantos segundos, que fueron más que suficientes para sentir esa familiar descarga recorrenos.

Alcé la cabeza para verla y ella me observaba de una forma particular, llena de preguntas y asombro. Sin embargo, nadie comentó nada, pues qué íbamos a decir, las palabras sobraban en ese

momento.

Camille sonrió una vez más y ese sencillo gesto desmanteló todo mi interior, dejándome más que expuesto. Y provocando en mí una explosión descomunal y no podía explicar qué era lo que sentía, pero era una sensación agradable que nunca antes había sentido ni vivido.

Ella despertaba emociones en mí, que no sabía existían. ¿Cómo era posible que provocara todas esas cosas con una sonrisa? En ese momento no reconocí *qué* era lo que comenzaba a pasar; pero Camille había llegado a mi vida para despertarme, para hacerme vivir de nuevo, aun dentro de sus lúgubres tinieblas.

Cuando Martha llegó de comprar junto a Lucy, nosotros ya estábamos por terminar de limpiar el pequeño desastre que habíamos ocasionado, sin embargo, nuestra apariencia sucia nos delataba. Martha no observó con la boca abierta mientras que mi hermana reía sin parar.

—Ustedes están locos —susurró Martha, atónita aún. Sacudió la cabeza en una negativa y luego sonrió—. Vayan a lavarse sus rostros y luego entran, que hemos traído comida. —Asentimos con la cabeza.

—Como tú digas —respondí, haciendo un gesto militar. Tan pronto se fueron, Camille y yo terminamos de limpiar y luego fuimos a lavarnos nuestros rostros, brazos y manos.

Cuando todo estuvo listo, entramos y comimos un poco, sin embargo, en todo ese rato Martha nos observó en silencio, lo noté pero fingí demencia. Además temía que se estropeará lo poco que habíamos avanzado. El tiempo avanzó y pronto llegó la hora de marcharnos.

—Feliz noche —dijo Lucy, llevando otra galleta a su boca. Rodé los ojos al verla, mientras Martha me hacía un gesto con su mano para restarle importancia. Mi tía era una alcahueta con mi hermana.

—Feliz noche, tengan mucho cuidado —pidió, asentí con la cabeza. Estábamos por salir cuando Camille salió de la cocina y me sonrió enseguida, lo cual me hizo confirmar como todo, en esa ocasión, era diferente y en el buen sentido.

—Nos vemos mañana —dije, luego sonreí. Pasó una mano por su antebrazo y sonrió.

—Hasta mañana, feliz noche.

Por la noche, ya en la penumbra de mi habitación no podía dejar de pensar en la reciente tarde, así como pensar en Camille me despabilaba, cuestión que, no quise distinguir ni pensar en lo que podía estar significando. Sin embargo, me encontraba feliz, esperando que todo a partir de ese momento marchara bien y aunque no iba a ser fácil, el primer paso ya lo habíamos dado.



A la mañana siguiente me levanté con mejor ánimo, preparé el desayuno mientras cantaba una canción. Y tan pronto mi madre se levantó, comenzó a decir ciertos comentarios haciendo referencia a mi comportamiento *tan* entusiasmado, a lo que yo respondí encogiéndome de hombros. Y en mi trabajo nada cambió, atendí mucho mejor de lo que comúnmente hacía, rebasando mi línea habitual de amabilidad. Asimismo, ni las bromas de mi jefe ni de mis compañeros de trabajo lograron afectarme. Ese día se pasó volando, lo cual agradecí, ya que moría por pasar por mi hermana y llegar a la floristería. Llegué al colegio sin ningún contratiempo, pronto la observé avanzar entre el montón de estudiantes.

—Hola, enana, ¿cómo te fue ahora? —pregunté, al tiempo que le quitaba la mochila para colgármela sobre el hombro.

—Ahh..., bien —dijo, tomó mi mano y me haló—. Pero mejor vámonos... ¡date prisa, Brandon! —exclamó, al ver que no avanzaba. Fruncí el ceño, ¿qué le pasaba? Sin embargo, como respuesta a mis preguntas, la maestra de Lucy nos llamó. Volví a verla, sin saber qué esperar.

—¿Usted es el hermano de Lucy? —preguntó, una mujer de unos treinta años, cabello rubio hasta los hombros, ojos azules y piel blanca con unas que otras pecas—. Me presento, soy Maritza, la maestra de Lucy. —Acepté y estrechamos nuestras manos.

—Sí, soy yo, dígame —dije. Asintió con la cabeza, regalándome una sonrisa apenada.

—Solo quería comentarte que Lucy, ahora por la tarde, se peleó con un compañero —comentó. Fruncí el ceño y miré a mi hermana, quien estaba roja como un tomate—. Y aunque no me quieren decir el motivo de la pelea, espero que tú puedas hablar con ella, para que no vuelva a pasar.

—Claro y discúlpenla, por supuesto que no volverá a pasar. ¿Verdad, Lucy? —Mi hermana aceptó, muy segura. Su maestra nos regaló una sonrisa.

—Te lo agradezco mucho..., nos vemos mañana, nena —dijo despidiéndose con la mano, luego entró a la escuela.

Comenzamos a caminar y durante todo el trecho que avanzamos Lucy se mantuvo con la cabeza baja. Era la primera vez que algo así pasaba, y aunque sabía que mi hermana no era un ángel, ella no acostumbraba a comportarse así. Supuse de inmediato que algo había pasado y debía averiguarlo. Estábamos a unos cuantas calles de llegar donde Martha cuando decidí que lo mejor era aclarar todo ese asunto de una buena vez. Entonces, sin que lo viera venir, la tomé de su cintura y la elevé hasta montarla sobre mis hombros, y en el proceso una risa reverberó en su pecho.

—¿Me vas a decir al fin qué fue lo que pasó? —pregunté, alzando la cabeza para verla. Lucy soltó un largo suspiro e inclinó la cabeza, me miró con ojos tristes y no era una treta, sus ojos no mentían.

—Sí, pero prométeme no le dirás a mi mamá. —Hice una mueca con mis labios, no podía prometer nada, sin embargo, me decanté por aceptar—. Fue con el niño que me quita los dulces —musitó, aminoré el paso.

—Y se puede saber qué te hizo ahora para que le pegaras.

—Es que..., estábamos jugando con mi amiga Marisa —dijo, sacudí la cabeza—, entonces llegó Dylan...

—¿Con que así se llama quien te quita los dulces? —questioné. Asintió con la cabeza.

—Ajá, entonces..., estábamos jugando cuando... —Se quedó callada, sopesando si decirme o no—..., llegó y me quitó mi lonchera y se fue corriendo. Yo comencé a perseguirlo para quitársela y Mari se fue a buscar a mi maestra. Y detrás de los juegos lo atrapé...

—Entonces le pegaste —afirmé, sin embargo, Lucy negó con la cabeza.

—No, es que me dijo que me la iba a dar solo si aceptaba ser su novia. —Me detuve en seco y abrí mis ojos con perplejidad, ¿qué demonios?—. Pero como tú y Charly me han dicho que eso es malo, le di una patada —concluyó, un tanto preocupada. Sin embargo, las palabras que resonaban en mi cabeza eran: *novia, patada, novia, lonchera, novia, novia...*

«¡Perverso escuincle!»

—Bran, prométeme que no le dirás nada a mamá, me castigará..., yo no lo volveré a hacer, te lo prometo... —suplicó.

—¡No, obvio no le diré nada! ¡Muy bien hecho, enana! Se lo tenía muy bien merecido —dije.



Lucy me miró frunciendo el ceño—. Pero tú tampoco le debes contar a nadie más, ¿estamos? —Asintió con su cabeza, sonriéndome. Y sí, quizá lo más correcto hubiese sido que le dijera a mi madre lo que había pasado, pero creía que Lucy había hecho lo correcto. Y ¡Dios!, me encontraba *tan* orgulloso de ella.

—Gracias —dijo, acariciando la cima de mi cabeza, sonreí. «*Por favor que nunca crezca*», pensé. De inmediato hice una nota mental para no olvidar contarle todo a Charles, porque al parecer nuestras charlas con Lucy ya estaban dando frutos.

Llegamos hasta la floristería, sin embargo, para mi mala suerte, Camille no estaba. Había ido a hacer unos asuntos personales, y la idea de una cita se pasó por mi cabeza, y aunque no la miraba del tipo que saliera, no podía descartar la idea, ella era muy bonita después de todo y, ¿qué hombre no se interesaría por ella al verla?

«¿Tú, Brandon?», me cuestioné de inmediato. Sacudí la cabeza, ya que era obvio que yo era la excepción. Porque ella solo me parecía bonita, nada más eso.

Entretanto, el tiempo fue pasando y no había señal alguna de Camille, comencé a impacientarme, y es que, ¡vamos!, yo solo quería saludarla, saber cómo estaba y temía que le hubiese pasado algo. «¿Seguro que solo eso, Brandon?», inquirió mi quisquillosa consciencia. ¡Por supuesto que sí!

No obstante, como si el destino estuviese empeinado en ponerme en situaciones..., un tanto contradictorias, Camille apareció. Logrando que mi mundo fuese puesto cabeza abajo y para que toda la determinación y la seguridad que poseía con respecto a mí mismo, segundos antes, se esfumara en el aire. Cerré los ojos, tratando de controlar todas las emociones que comenzaban a eclipsar mi ser, consciente de como los vellos de mis brazos se erizaban y en como mi corazón ralentizara su marcha para luego reanudarla con renovados bríos.

«Jesús».

Pronto escuché como interactuaba con mi hermana, sin embargo, no me hallaba lo suficientemente estoico como para enfrentarla. En el momento que percibí que venía en mi dirección, todo mi mundo sufrió un traspie y, *casi*, podría jurar que mi corazón sufrió una arritmia. ¿Qué era todo eso?

—Hola, Brandon —murmuró, estaba a mis espaldas. Y solo bastó escuchar mi nombre de su boca, para que todo en mi pecho explotara. Giré con lentitud sobre mis pies y la encaré, deslizando las comisuras de mis labios en una sonrisa, porque me encontraba feliz de verla, todo mi organismo era testigo de eso.

—H-hola —tartamudeé—, ¿cómo estás?—pregunté, aclarando mi garganta. La observé disimuladamente, andaba vestida con un pantalón un poco ajustado a su cuerpo, una blusa de cuadros roja y unas zapatillas.

«*Un buen atuendo para una cita*», pensé. Porque se miraba hermosa.

—Bien... ¿y tú? —preguntó, frunciendo el ceño, mientras estudiaba mi rostro, como si buscara algo. Asentí con la cabeza.

—Bien también. —Asintió y ladeó sus labios en una sonrisa, no obstante, y como era de esperar, no pude mantener mi curiosidad a raya, porque solo era eso *curiosidad*—. ¿Qué tal tu tarde? —pregunté.

—Bastante buena —respondió, sonriendo a boca cerrada y yo estuve de acuerdo con ella—. Bueno, iré a ver en qué ayudo a Martha.

—*Okay*, igual nosotros ya nos vamos —dije, sintiéndome decepcionado, sin embargo, no sabía cómo preguntar, porque qué le diría, «*¡Ey, Camille!, me gustaría saber si saliste con un chico*».

Definitivamente no podía hacerlo—. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Salí de aquel lugar con una sensación extraña en el estómago y con un mal sabor de boca, ¿qué diablos me pasaba? Quizá iba a enfermarme, sin embargo, de mi mente no salía la posibilidad de que Camille hubiese tenido una cita y eso no estaba del todo mal, porque significaba que estaba intentando socializar, pero... sentía algo más, como si una espina estuviese clavada en mi corazón, porque me molestaba pensar en esa posibilidad, pero ignoré todo.

Entramos a casa y mi madre recién llegaba, se le miraba cansada por lo que me ofrecí a preparar la cena, ella me sonrió agradecida y se sentó junto a Lucy, para ayudarla a hacer sus tareas. Y estuve a punto de comentarle el incidente en la escuela de mi hermana, pero decidí no hacerlo. A fin de cuentas, mi hermana había actuado de forma correcta. Y un golpe era lo menos que ese precoz se merecía, ¿novia? ¡Se podía ir al infierno!

Estaba en la sala viendo una película animada, cuando mi teléfono sonó, miré el identificador y era Charles, atendí de inmediato.

—Hola, ¿ya me extrañas? —pregunté divertido, sin embargo, no recibí la respuesta que esperaba.

—¿Puedes salir? Necesito hablar contigo, ya estoy cerca de tu casa...

—¿Por qué no vienes y entras? —cuestioné, muy extrañado.

—No..., no puedo —murmuró, y algo en su voz me alertó, se escuchaba pastosa, como si estuviera llorando. De inmediato le dije a mi madre que saldría un rato con Charles.

Lo encontré parqueado una calle abajo de donde vivía. Y tan pronto estuve frente a la puerta del copiloto, escuché como le quitaba los seguros, abrí y me subí. Volví a verlo y al hacerlo una maldición salió de mi boca, el rostro de mi amigo estaba enrojecido, lleno de sangre, ¿quién demonios lo había golpeado?

—¿Cómo te pasó? —cuestioné, sintiéndome alarmado. Negó con la cabeza, tratando de controlar su llanto. Entonces entendí todo, el motivo de su estado tenía nombre y era Paola. ¡Mierda!

—¡Soy un imbécil! —dijo, recriminándose con rabia e impotencia.

—¿Qué fue lo que pasó exactamente? —pregunté.

Observé como apretaba el volante con más fuerza de la necesaria, volviendo sus nudillos blancos, su quijada estaba tensa, todo su cuerpo en realidad. Sin embargo, ver como contenía las lágrimas fue lo que me rebasó, lo que me provocó dolor. No dije nada y esperé a que él se encontrará más estable, como si eso fuese posible en esos momentos, no obstante, iba a esperar el tiempo que fuera necesario.

—Al salir de la universidad fui al centro comercial a comprar unos libros... —Cerró sus ojos una fracción de segundo, tomó una bocanada de aire, buscando controlar el temblor en su voz, de contrarrestar su errática respiración—..., estaba a punto de salir del estacionamiento cuando la vi...

—E iba con el bastardo de Eduardo, ¿cierto? —pregunté, pero era más una afirmación. Sacudí la cabeza en un movimiento apenas perceptible. Llené una de mis manos a su hombro y le di un leve apretón.

—No sabes lo mal que me sentí, ¡maldita sea! La ira se apoderó de mí, Brandon. No lo pude controlar, te lo juro. Yo, yo estaba tan furioso de ver como ellos hacen su vida, mientras que yo no he podido darle vuelta a la página, no puedo superarla, Brandon. Mi vida es una mierda desde que

terminamos —confesó, suspiré pesadamente, me dolía no poder ayudarlo. En ese momento, me dedicó una mirada apenada y llena de arrepentimiento. Añadió—: Entonces me bajé y les grité una sarna de cosas, sobre todo a ella, le grité que la odiaba y muchas cosas más —murmuró, frotando su rostro con insistencia. Cerré los ojos, sintiendo toda su frustración, al tiempo que detesté el hecho de que ella se había colado, tan hondo, en el corazón de mi amigo. Porque Charles la quería demasiado, más de lo que ella iba a merecer en toda su puta existencia.

»—¿Pero sabes qué es lo peor? Que todo lo que dije es mentira, Brandon. Yo no la odio... ¡mierda!, yo la amo tanto —dijo con su voz quebrada. Sacudió su cabeza en una negativa y pasó sus manos por sus mejillas con demasiada rabia—. Y como era de esperar, el hijo de puta de Eduardo se metió y la defendió, entonces nos fuimos a los golpes. Y no me vanaglorio de nada, Brandon, pero a ese bastardo le fue peor que a mí. Seguro mañana irá al dentista —bromeó. Solté una corta risa, giró a verme y con una media sonrisa, agregó—: Le quebré los dientes de adelante.

Rodé los ojos al cielo pero no pude evitar reír. Esa era una de las razones por las que Charles era mi mejor amigo, porque si bien él sufría y podía estar destrozado, él jamás permitía que nada echara a perder su humor. Charles había aprendido a vivir su dolor, pero no a dejarse matar por él. Y por eso lo admiraba tanto, aún ahora.

—Ella no te merece, Charles. Y espero que con esto te des cuenta de ello. ¿Sabes?, ayer fue a buscarme. —Me miró atónito. Pero debía decirle—. Me buscó para pedirme que hablara contigo y te dijera que ella lo siente y otras estupideces más. Y me dio la puta excusa que estaba tomada y ya te imaginaras el resto. Paola es una mentirosa, lo acabamos de confirmar—concluí, seguido posé una mis manos en su hombro izquierdo. Él sacudió su cabeza, estaba volviendo a enojarse.

—¡Que se vaya al infierno! —bramó molesto.

—Ella no vale la pena amigo. Sé que te costará mucho olvidarla pero es lo mejor, no quiero que mendigues su amor, tú vales mucho para eso. Date tiempo a que todo sane...

—La olvidaré, eso seguro... —masculló con determinación—. Pero no volveré a sentir esta mierda del amor porque solo me ha jodido la vida. —Hice una mueca con mis labios y moví la cabeza de izquierda a derecha.

—Quizá no sea pronto, pero algún día...

—No me digas nada... —espetó, callándome de tajo—..., porque así como tú, yo también buscaré otras prioridades.

—Está bien, como tú digas —respondí, entonces, en un intento de aligerar el ambiente tan pesado que se había posado en nosotros, le conté lo que había sucedido en la escuela de mi hermana.

—¡Qué hijo de...! —exclamó Charles, llevándose ambas manos a la boca, estaba divertido—. Por eso esa nena es mi favorita —acotó, para luego sonreír.

—Obvio, no le he contado nada a mi mamá. Ella no hizo nada malo, o sea, una patadita era lo menos que ese mocoso malcriado se merecía —expresé.

—Hay que decirle a Lucy que para la próxima lo amenace con cortarle las pelotas —sugirió. Solté una carcajada.

—No estaría demás. Porque nuestros “consejos” —dije, haciendo comillas con mis dedos—, han surtido efecto en ella.

—¡Por supuesto! El próximo paso es mostrarle defensa personal —comentó, ambos reímos.

Y en serio no era una mala idea mostrarle a Lucy como defenderse; además, uno nunca sabía cuándo eso iba a ser necesario, ya que saber defenderse podía salvarle la vida. Porque, ¡Dios!, de solo pensar en que mi hermana estaba creciendo, mi pecho se llenaba de una sensación de

aprehensión y celos, así como de miedo. Y porque pobre de quien intentara salir con ella, porque entre mi amigo y yo le pondríamos las cosas difíciles, sin embargo, peor de aquel que se osara en lastimarla y romperle el corazón, sin duda alguna sería capaz de romperle, mínimo, todos los huesos.

## CAPÍTULO 9 Casualidad

Era jueves y en ese momento me encontraba afuera de la escuela de mi hermana. Entonces, cuando ella y sus compañeros salieron fui interceptado por su maestra para saber si habíamos hablado con mi madre y tuve que mentir diciendo que sí lo habíamos hecho. Y aunque debí de haberle dicho los motivos por los cuales mi hermana había hecho lo que hizo —*y así le daba su buen escarmiento al tal Dylan*—, no quise echarle más sal a la herida, pues confiaba en que mi hermana sabría defenderse sola... Y de esto último ya nos habíamos encargado con Charles, comentándole sobre ciertos lugares en donde a ese niño le dolería hasta el alma.

Llegamos hasta la floristería y entramos, Martha salió rápidamente y tenía una expresión de pánico. Le sonrió a Lucy, tratando de suavizar su rostro, invitándola a que se fuera a ver televisión. Y tan pronto quedamos solos, entendí el porqué de su estado.

—Camille volvió a desmayarse —dijo, mi corazón dio un vuelco—. No sé qué le pasa..., se niega a que la revise un doctor.

—Hablaré con ella y veré qué puedo hacer —dije, ella estuvo de acuerdo. Caminé hasta la habitación de Camille y entré sin molestarme en tocar—. Hola —saludé y ella me sonrió apenas, lo cual solo provocó que mi corazón se retorciera en su lugar. Se miraba *tan* pálida, sus labios sin color y esas ojeras habían regresado—. ¿Cómo te sientes? Martha me dijo que de nuevo te sentiste mal —comenté. Y, ¡cielos!, me dolía verla así, saber que ella se cerraba y que no permitía que nadie la ayudara.

—Bien... —Pero sabía que mentía, porque sus ojos me decían lo contrario, me gritaban que sufría y al mismo tiempo que me pedían auxilio.

—¿Segura? —cuestioné, pasando saliva, desconcertado por el dolor y la angustia en su mirada—. Podemos llamar a un doctor...

—¡No! —exclamó con horror.

—¿Por qué? —inquirí, sintiéndome famélico por hacer algo para sacarla de ese agujero en el cual estaba recluida. Suspiró apesadumbrada, al tiempo que negó con la cabeza y eso me frustró sobremanera.

Entonces, ante la desesperación me decanté por ejercer presión; por eso le dije que, de ella no contarme qué le pasaba para ayudarla, yo llamaría al médico y a manera de hacerle ver que no mentía, saqué el celular.

—Estoy bien... —murmuró. Volví a verla, un tanto incrédulo por su descaro. Entonces, sin ella darse cuenta, pasó una de sus manos por su antebrazo, *ese* gesto que hacía inconscientemente cuando estaba nerviosa, fue cuando lo vi.

«¡No, Camille!, ¿por qué lo hiciste de nuevo?», pensé con mucho pesar.

Camille, ante el frote de la tela con su brazo, ocasionó que la tela de sus mangas se ensuciara con sangre. Lo cual me dejó más que claro la razón de su estado. Pasé saliva con dificultad, al tiempo que me mordía la lengua..., pues no quería que se repitiera lo de la última vez, en ese momento no iba a echar a perder nada.

—Estoy bien —repitió, regalándome una débil sonrisa.

—¿Estás segura? Camille, te ves mal... —inquirí. Sintiendo una sofocante molestia en mi pecho, ya que por más que quisiera, no podía ignorar el hecho de que, de nuevo, se había cortado.

Así como su rostro pálido, sus labios agrietados, las ojeras pronunciadas, empeoraban todo.

Y temía por ella, *temía* hasta tocarla y que en cualquier momento se rompiera tal cual muñeca de porcelana al estrellarse en el suelo.

—Solo es debilidad —comentó. Asentí con la cabeza, siguiéndole el juego, no queriendo alterarla. Por lo que sin poder controlar mis impulsos, miré sus brazos por una fracción de segundo y, para empeorar todo, ella notó que lo hacía. De inmediato se abrazó a sí misma.

—¿Qué haces?, ¿qué estás mirándome? —preguntó muy alarmada. Miró el punto que recién había estado observando y entonces notó como las mangas de su suéter estaban manchadas de rojo. Volvió a verme, sus ojos delataban la vergüenza, el miedo y la decepción que sentía. Ya no había marcha atrás, ambos sabíamos lo que sucedía y yo no podía fingir demencia, no sabiendo que eso incluía su salud y bienestar.

—¿Por qué lo haces? —pregunté, pasando saliva con mucha dificultad, apretando mis manos cerradas, tratando de aminorar la impotencia—. ¿Por qué te lastimas? —Sacudió la cabeza en una negativa.

—Y-yo no..., yo —Di un paso acercándome, de inmediato volvió a verme, sus ojos estaban empañados.

—Ya no lo hagas, por favor. Te haces daño. ¿Acaso no lo ves? —dije, tratando de hacerla entrar en razón. Porque me sentía tan confundido, y es que por más que trataba de comprenderla..., no lo lograba.

—Vete, por favor, sal de aquí —suplicó, con voz rota. Me senté sobre la cama y acuné su barbilla, pues se negaba a verme.

—Cami... —murmuré, intentando que ella me mirara, sin embargo, no lo conseguía, me esquivaba—. No lo hagas —supliqué, con mi voz ronca debido a las emociones—. Déjame ayudarte, tú no estás sola... —No obtuve mayor respuesta que un: *por favor déjame sola*. Y así hice. La dejé sola en medio de aquella tempestuosa tormenta que la asediaba, la dejé sola cuando yo lo que más deseaba era acompañarla y protegerla.

Al salir me encontré con mi tía y a quien le mentí, diciéndole que quizá lo que Camille tenía se debía a la falta de vitaminas. Asimismo, que no había logrado que dejara que un doctor la revisara. Y callé lo de las cortadas, pues no quería reventar el hilo que, en ese momento, mantenía nuestra relación suspendida sobre un inmenso abismo. Salí de aquel lugar sintiéndome miserable e impotente, así como decidido a buscar una forma para ayudarla.



Al día siguiente, Charles fue a mi trabajo justo a la hora de la salida, debido a que me acompañaría a hacer las compras para la fiesta de cumpleaños de mi hermana.

—¿Te pasa algo? —preguntó un rato después, en el cual apenas y había pronunciado palabra. Solté un suspiro cansino, con él era el *único* con quien podía hablar abiertamente de Camille.

—Ella se sigue cortando —dije, así sin más. Volvió a verme alarmado, le conté la forma en la que me había dado cuenta. Froté mi rostro con frustración. Añadí—: Le dije que ya no lo hiciera y ella, prácticamente, me echó. Charles, ya no sé qué hacer, ella está mal y se niega a que le ayude —expuse, esperando a que él si pudiera iluminarme.

—Debes de tener paciencia, lo que hace ella es una forma de auto castigarse —dijo. Volví a

verlo, frunciendo el ceño, ¿qué demonios? Se encogió de hombros ante mi expresión llena de preguntas—. Y cuál pueda ser el motivo pues ni idea. Pero he leído de personas que hacen eso, ellos no ven o no quieren ver que les hace mal. Son como los borrachos, no aceptan su situación por más que les digas que son alcohólicos —suspiró—. Las personas como Camille..., se hieren porque buscan sentir un dolor más fuerte que el que sienten por dentro, lo hacen porque creen que al sufrir se llenan de satisfacción.

—Pero... ¿cómo la ayudo? —inquirí, sintiéndome aún más alarmado.

—No puedes hacerlo si ella no quiere —respondió—. Dale tiempo, gánate su confianza, quizá..., algo le pasa o le pasó y lo que necesita es soltarlo. —«¿Pero cuál podía ser la razón para que ella se lastimara de esa forma?», pensé y por más que me esforcé, no tuve respuestas —. Solo sé paciente y cuando sea tiempo, ella pedirá tu ayuda.

—Okay..., haré eso —mascullé, no muy seguro. ¿Por qué todo incluía tiempo? No obstante, Charles tenía razón, no podía ayudarla si ella no quería. Debía esperar y cuando ella me necesitara, ahí estaría.

Llegamos a la escuela de Lucy y cuando ella salió se volvió loca tan pronto vio a mi amigo, sobre todo cuando observó que llevaba la bolsa de dulces que a ella tanto le encantaban. Ese día pasamos dejando a mi hermana a casa con mi madre —quién había pedido permiso ese día para salir más temprano—, para luego ir al centro comercial a buscar los adornos, a encargar el pastel, la comida y otras cosas. Y pese a que no iba a ser una gran fiesta, queríamos que todo saliera lo mejor posible.



Los siguientes días fueron similares y para ese momento llevaba casi una semana de no poner un pie en la floristería. Casi una semana de no ver a Camille y saber si lo que decía Martha, sobre su salud, era cierto. Asimismo, en todo ese tiempo, lo menos que logré fue dejar de pensar en ella..., y me encontraba  *muy* preocupado, ansioso de volver a verla y saber cómo había estado, «¿seguro que solo por eso, Brandon?», cuestionaba mi mente, pero no me encontraba listo para dar respuesta a esa y a muchas más preguntas. Así como para empeorar todo, Charles no perdía una sola oportunidad para burlarse y gastarme bromas, pues aseguraba que ella me gustaba, y por más que trataba de hacerle ver que solo era mi amiga, nada valía.

—Mira ahí va Camille —dijo, muy serio y apuntando para mis espaldas. Y sin detenerme siquiera a pensar, giré y miré. «Maldito». Volví a verlo, sintiéndome rojo del enojo y también de la vergüenza. Pero me las pagaría.

—Vamos a pagar —gruñí. A lo cual él respondió con una risotada.

«Es tu mejor amigo, es tu mejor amigo, Brandon», me repetía mentalmente, para no asesinarlo en ese momento. Y, lo peor de todo, era que no podía vengarme de la misma forma, debido a que Charles poco a poco comenzaba a aceptar su vida sin Paola, ahora podía verla de lejos y lograr mantenerse alejado, le costaba, pero estaba avanzando.

Viernes por la noche; ya estaba todo preparado, junto a mi madre comenzamos a hacer llamadas para confirmar la asistencia de los invitados, así como no pude evitar prestar más atención cuando se hizo la llamada a Martha. Ambas vendrían, dijo mi mamá. Lo cual me hizo sonreír para mis adentros. Y de inmediato pensé en ella..., y solo esperaba que el tiempo que

había pasado ya, le hubiese ayudado para reflexionar sobre el mal que le estaba haciendo a su cuerpo.



Sábado desde temprano; Charles fue a traer a Lucy y la llevó a un centro de juegos recreativos, con tal de mantenerla alejada de casa, mientras nosotros adornábamos y terminábamos de preparar todo, ya que regresarían pasado el mediodía. Asimismo, poco antes de las dos de la tarde los invitados comenzaron a llegar y los íbamos pasando a la parte de atrás de la casa. Y tan pronto vi una buena cantidad de personas le marqué a Charles para saber por dónde venían y al parecer en diez minutos ya estaban de regreso. Sin embargo, casi todos habían llegado, solo faltaba la cumpleañera y Martha junto a Camille.

—¿Por qué debo entrar con los ojos cerrados, Charly? —escuché la voz de mi hermana, iban entrando a la casa.

—Todos hagan silencio —pidió mi mamá, haciendo un ademán con sus manos para que todos cesaran de hablar.

—Porque si no, los duendes no aparecerán ni las hadas —respondió mi amigo. Rodé los ojos.

—Pero eso no existe —dijo, quejándose Lucy, lo cual yo ya veía venir. Los observé a lo lejos, mi amigo balbuceaba sin saber qué más decirle y lo compadecía, engañar a esa pequeña era tan difícil.

Pronto llegaron hasta la entrada del patio trasero y luego de contar, en silencio, hasta tres, Charles quitó la mano de los ojos de Lucy y todos los presentes gritamos.

—¡Sorpresa! ¡Feliz Cumpleaños, Lucy! —De inmediato Lu inició a brincar y sus amiguitos comenzaron a acercarse y a felicitarla, mientras le daban un abrazo y el obsequio. Todo el esfuerzo había valido la pena al ver la sonrisa de mi hermanita.

Una hora había pasado y Martha no había llegado, y obviamente Camille tampoco. Lo cual me tenía sumamente inquieto y triste. No por mí, sino por Lucy.

Con mi mejor amigo nos sentamos en una de las mesas del fondo, que se hallaban cerca de la verja y observamos como reventaban una *piñata*, tradición que mi madre nos había inculcado debido a su país de origen, *El Salvador*. Y era gracioso ver como reían, gritaban y en como se lanzaban sobre la pila de dulces tal cual leones sobre la carne. En ese momento, estábamos comiendo lo que mi madre había preparado para la celebración, mientras observábamos interactuar a mi hermana y a sus amigos.

—¡Dylan! ¡Ahí hay un dulce! —gritó Lucy a un niño un poco más pequeño que ella, de cabello marrón y que usaba gafas.

—¿Cómo dijiste que se llama el mocoso precoz? —preguntó Charles, con un brillo malicioso en sus ojos.

—Dylan —susurré entre dientes. Ambos volvimos a vernos para luego regresar nuestra atención a aquel niño, y es que no podía creer que a *quién* mirábamos era el que le había propuesto un noviazgo a mi hermana. Dos niños de ocho años. *Jesús*. Ese chiquillo a lo mucho sabía amarrarse las agujetas.

—Deberíamos darle un escarmiento, ¿no crees? —propuso mi amigo. Volví a verlo y sonreí.

«Te fijaste en la niña equivocada, Dylancito», pensé.



Nos levantamos y el famoso Dylan ya iba de regreso a donde los demás se encontraban, no obstante, yéndose directo donde Lucy y llevando en la mano el susodicho dulce. Asimismo, tan pronto le entregó el caramelo a Lu, las mejillas de esta última se tiñeron de rojo. «*¿Qué demonios?! Esto no puede estar pasando*». De inmediato volví a ver a Charles, quien también ya estaba mirando la escena con la boca abierta y los ojos amenazando con salirse de sus cuencas, igual que yo. Le hice un movimiento de cabeza para que me siguiera, pero cuando ya estábamos a unos metros de ellos..., escuché como mi mamá le daba la bienvenida a alguien más..., de inmediato alcé la cabeza y entonces la vi...

Mis ojos comenzaron a viajar de Dylan a Camille y así sucesivamente. Pero antes de reaccionar sobre mis actos, ya iba rumbo a donde ellas se encontraban, ignorando los gritos de Charles llamándome, no obstante, al descubrir el motivo de mi cambio, solo comenzó a reír. Suspiré, ya luego soportaría sus burlas.

—Hola, Brandon. Lamentamos la demora —dijo Marta excusándose—. Pero le decía a Mishelle que un cargamento de flores llegó y debíamos recibirlas.

—Descuiden, lo importante es que ya están aquí —respondí.

—¿Quieren pastel? —preguntó mi mamá.

—Claro —respondió Martha.

—Yo quizá luego —comentó después Camille. Mishelle asintió con la cabeza y luego le pidió a Martha que la acompañara para servirle un poco de comida.

—Me alegra que hayas venido —dije, sonriendo. Camille me regresó el gesto pero el mismo estaba lleno de incomodidad, pues miraba a todos lados, evitándome—. ¿Cómo seguiste? —Me atreví a preguntar.

—Mejor —respondió escueta. Solté un suspiro cansino.

—Me alegra mucho saberlo...

—Eh... sí, gracias —murmuró. Y era obvio que no íbamos a poder tocar el tema, ella estaba empeñada en negar lo que hacía. Pero seguiría el consejo de Charles y le daría su tiempo—. ¿Dónde está Lucy? —preguntó, mirándome impaciente. Entonces, tan pronto le dije dónde estaba, se disculpó alegando a que iría a verla y se alejó. Asimismo, en cuanto mi hermana al verla se le lanzó a los brazos y la jaloneó por todos lados, presentándole a sus amigos.

Solté un suspiro y eché hacia atrás mi cabeza. Luego, con la humillación y la frustración adhiriéndose a mis huesos, busqué a Charles y cuando lo encontré, noté como Dylan y él se miraban, con recelo y reto. Me sorprendió mucho, ese niño tenía agallas. Me acerqué hasta donde mi amigo estaba de pie, mirando de forma intimidante a Dylan.

—¿Qué hiciste? —inquirí, cruzándome de brazos. Se apuntó con el dedo índice, fingiendo inocencia—. Sí, tú. Ya vi como te mira el precoz —dije, de inmediato comenzó a reír.

—Solo hablé de hombre a hombre con él... —respondió casual. Elevé una ceja.

—¿Qué le dijiste para que te vea así? —cuestioné, señalando con mi cabeza a Dylan, quien observaba a mi amigo con el ceño fruncido y moviendo su nariz con total desagrado hacia Charles.

—Mocoso malcriado —gañó entre dientes, al tiempo que hizo el amago de caminar en su dirección, lo detuve—. Solo de dije que dejara a Lucy en paz pero el muy “valiente” —masculló, haciendo comillas con sus dedos—, me dijo que no lo haría, que ellos se querían mucho y que eran amigos. —Soltó un suspiro de impotencia y descontento total. Agregó—: Brandon, si ese niño sigue así, nos sacará canas verdes, moradas y de todos los colores. ¿Te lo imaginas en unos años? Si me enfrentó a esa edad, que bien lo podía poner quieto, no quiero pensar cuando tenga

unos dieciocho años...

—Va a ser un grano en el culo —secundé. Charles me secundó y luego ambos volvimos a ver a Dylan, este se encontraba jugando cerca de mi hermana—. Pero ya veremos qué hacer.

—Sí, creo que sí. Pero bueno, cambiando de tema, ¿ya está feliz el niño? —preguntó, pellizcando mi mejilla.

—¿De qué hablas? —pregunté de vuelta, fingiendo demencia.

—No te hagas, cabrón. Qué bien sabes sobre *quién* te hablo... —Sonreí, mientras mordía mi labio inferior.

—Ah, era eso..., pues sí, sí me alegra verla pero es porque ya la veo mejor. —dije, tratando de verme resuelto, tranquilo—. Además, seguí tu consejo, dejaré las cosas como están, no voy a presionarla ni nada por el estilo. —Dio un leve asentimiento, como sopesando mis palabras.

—¿Seguro que es solo eso? —cuestionó, mirándome inquisidor. Mordí el interior de mi mejilla.

—Obvio que sí —mascullé.

La fiesta transcurrió de lo más tranquila para los adultos, aunque una total locura para los niños, dulces por todos lados, un payaso, pastel y juegos. Y en todo ese tiempo mi hermana no había dejado sola a Camille ni un segundo y a ella parecía no importarle, se miraba cómoda entre tanto niño. Y mentiría si dijera que no pase viéndola una que otra vez. Aguardando una oportunidad para acercarme.

No obstante, no la dejaban ni un segundo sola. ¡Rayos!

En ese momento estaba solo, pues Charles estaba trayendo más pastel, entonces cuando..., de *casualidad* busqué a Camille, y vi que no estaba dónde recién había estado, escaneé todo el lugar hasta que la vi dirigirse hacia el interior de la casa y mis pies, sin darme cuenta, reaccionaron y se fueron detrás de ella. La seguí hasta la cocina, sin que ella se percatara de mi presencia. Me situé detrás de ellas y aclaré mi garganta, anunciándome.

—Camille —dije bajito. Entonces, ella giró sobre sus pies de un rápido movimiento, lo cual provocó que quedáramos frente a frente..., demasiado cerca. Y sin evitarlo, mis ojos cayeron en sus delgados y delineados labios.

Y tan pronto fui consciente de la escasa distancia, un montón de pensamientos nublaron mi mente, entre estos habían preguntas como: *¿qué se sentiría besarlos, sentirlos estampados sobre los míos?, ¿cómo sería su sabor?* Sacudí la cabeza en una negativa.

«¿Qué me está pasando?»

—Ey, ¿me estás siguiendo? —preguntó Camille, alejándose de mí, con una media sonrisa dibujada en sus labios. Pestañeeé un par de veces, pues aún me encontraba pasmado de lo que recién había pasado..., de lo que había pensado y *querido* hacer. Porque, ¡santo cielo!, yo había *deseado* besarla. Sonreí y sacudí levemente la cabeza para disipar un poco mi confusión.

—Eh no..., yo solo quería decir hola —balbuceé, demasiado torpe. La vi fruncir el ceño—. Hola —dije tratando de salvar la situación. Patético, lo sé.

—Okay... ¿dónde tienes los vasos?, quería un poco de agua... —dijo alejándose otro poco.

—Oh, por aquí... —respondí, acercándome a una encimera, saqué un vaso y luego le serví un poco de agua y se lo tendí, después me apoyé sobre la pared, mientras la observaba dar cortos sorbos a su vaso.

—Tienes una casa muy linda —comentó. Elevé ambas comisuras de mis labios.

—Gracias, aunque en realidad todo esto es obra de mi mamá —respondí.

—Lo imaginé, descuida —respondió divertida. Solté una corta risa—. ¿Cuántos años está

cumpliendo Lucy? —preguntó, luego de un corto silencio. Aclaré mi garganta.

—Ocho años, el tiempo pasa volando. —Asintió, dio otro sorbo más.

—Lo es, pero créeme, tienes una hermana encantadora. —Hice una mueca con mis labios, no estando del todo de acuerdo con ella.

—Eh, algo así..., aunque, no te confíes, es un terremoto —dije. Rió. ¡Dios!, cómo me gustaba ese sonido—. ¿Quieres ir a la sala? —dije, al ver como terminaba de beber el agua. Aceptó, mostrándose muy segura.

Me hice a un lado para que ella pasara primero; pues confieso que me gustaba verla andar y moverse, ya que lo hacía de una forma suave y sutil. Nos sentamos uno al lado del otro en uno de los sofás, con una prudente distancia, impuesta por ella.

—¿Él era tu papá? —preguntó, señalando una de las fotografías donde estábamos los cuatro, en ese entonces Lucy era una bebé.

—Sí, su nombre era Héctor —dije, Camille dio un asentimiento. Entonces me animé a inquirir en su vida—. Y... ¿tus padres? —pregunté, esperando no haber cometido una imprudencia, entonces noté como se removía incómoda. ¡Ay, mierda!—. Si no quieres hablar...

—Está bien..., es solo que, ellos murieron —respondió. Y mis ojos casi se salen de sus cuencas.

—Lo siento...—Ladeó su cabeza y me sonrió apenas.

—Descuida, ya no duele como antes —respondió. Di un leve asentimiento.

—Te entiendo..., cuesta mucho asimilar el dolor, pero aprendes a vivir con la pérdida —dije, porque en parte comprendía un poco el dolor que ella había sentido. Me había pasado con mi padre, y aunque no me imaginaba que le pasara lo mismo a mi madre, el dolor de perder a un ser querido siempre es inmenso. Camille, en ese momento, miró sus pies, un silencio se asentó sobre nosotros, entonces, con tal de extender esa conversación, añadí—: Mi papá era mi mejor amigo, solíamos jugar fútbol los domingos en el parque que queda aquí cerca, pero desde que ya no está..., no he vuelto a jugar, no sé..., ya no es lo mismo y prefiero mantener mis recuerdos referentes a ese deporte con él presente.

—Te entiendo perfectamente, con mis papás solíamos hacer muchas cosas, quizá no algo tan específico como tú con tu papá, pero, ¡Dios!, extraño todas esas cosas pequeñas que hacíamos, comer juntos, salir a comprar, hasta las peleas.

Tenía tanta razón.

—Lo de tus padres... ¿fue hace mucho?

—Algo así. Tenía recién cumplidos los quince años, casi hace cuatro años —respondió. ¡Dios! No podía siquiera pensar todo lo que había tenido que pasar sin ellos a su lado a esa corta edad—. Y lo de... tu papá, ¿hace cuánto fue?

—Fue cuando recién tenía los veinte, hace tres años, bueno casi cuatro... —De inmediato volvimos a vernos—. ¿Acaso fue en el mismo año? —Y en efecto, sí había sido el mismo año.

Y no podía creer las coincidencias de la vida, ya que ambos habíamos perdido a personas muy importantes de nuestra vida el mismo año. ¿Quién diría que además de esa casualidad un día nos encontraríamos? Sin duda alguna, la vida estaba llena de sorpresas, pues así percibía a Camille, como una sorpresa que llegó un día a mi vida para darle vuelta, para cambiar su dirección.

—¿De dónde eres Cami? —Observé con mucha atención como mordía su labio inferior, logrando que la respiración se atascara en mi garganta.

—No nací aquí. —Moví la cabeza, eso ya lo sabía—. Yo soy de *El Salvador* —dijo, de inmediato mis ojos se abrieron con sorpresa—. ¿Qué sucede? —preguntó alarmada.

—Mi madre es de ahí —dije, de inmediato las esquinas de su boca se elevaron. Rebusqué entre mi mente el nombre del lugar donde había vivido mi madre los primeros años de su vida—. *La Libertad* —dije. Sus ojos se encendieron, puedo jurar que había sido como si una chispa se prendiera en ellos.

—Conozco ese lugar, pero yo era de *Santa Ana*. —«¡Vaya casualidades!» Nos sonreímos, ambos nos encontrábamos incrédulos de las vueltas de la vida. Y además, estaba el hecho de que Camille se estaba abriendo conmigo y eso..., me alegraba mucho.

Seguimos conversando otro rato más, reíamos de vez en cuando, todo gracias a las tonterías que decía y es que, ¡cielos! Yo era capaz de convertirme en un payaso con tal de hacerla sonreír. Empero, todas aquellas señales que mi interior estaba mostrándome..., las ignoré, decidí desconocer la realidad que estaba pasando. Quizá por miedo, por inseguridad, no sé, pero no me atreví siquiera a inquirir un poco en lo que me pasaba.

Tiempo después, mientras Camille me contaba un poco de la ciudad donde había vivido hasta los quince años, Martha y mi madre aparecieron. Se acercaron hasta donde estábamos y mi tía anunció que ya se iban, lo cual me desinfló.

—Gracias por la invitación, la fiesta estuvo muy bonita —dijo, hice el mayor esfuerzo por sonreír.

—A ustedes por haber venido —dijo mi mamá, sonriéndoles. Martha habló unos minutos más con nosotros, pero luego se despidió y comenzó a caminar hacia la salida, Camille hizo lo mismo, pero la detuve por su antebrazo y me sorprendió ver que no me rechazó. Giró a verme.

—Me gustó mucho hablar contigo. —«*Y ahora me encuentro triste porque ya te vas*», pensé y quise decir.

—A mí igual. —Sonrió, era una sonrisa hermosa y sincera—. Nos vemos luego —dijo. Asentí con la cabeza y la solté.

Sin embargo, no quería que se fuera, tenía tantas ganas de seguir hablando con ella..., de ir a algún lado, tomar café..., charlar hasta que nos quedáramos sin palabras. «*Y, ¿por qué no lo haces?, invítala a salir...*», murmuró mi consciencia. Y consciente de que no perdía nada, decidí intentar.

—Camille... —La llamé de nuevo, volvió a verme. Me acerqué hasta la puerta, pues estaba por salir y, ¡Dios!, me sentía tan ansioso. Pero sin reparar la razón de mi estado, me repetí que solo iba a invitarla a una salida de amigos—. ¿Quisieras ir a tomar un café conmigo y seguir hablando? No debe ser hoy... —Observé como fruncía el ceño, su expresión relajada pasó al enojo y confusión. ¿Y ahora qué había hecho mal? Tragué grueso.

—Creo que estás llevando las cosas por otro lado... —dijo, su voz dejándome claro que se sentía molesta. Entonces entendí todo, ella creía que la estaba invitando a salir en una cita.

—¡No! —Me apresuré a decir—. Solo es una salida de amigos —aclaré, al tiempo que le sonreía, para aliviar un poco la tensión. Sus ojos bicolors se abrieron con asombro y sus mejillas se tiñeron de un rosa muy dulce.

—Oh —musitó un poco avergonzada, supongo que ella había mal interpretado mis intenciones. Porque solo era una salida de amigos, ¿no?—. Me parece bien —dijo por fin.

—¿Qué dices si vamos mañana? Es domingo y no voy a trabajar —comenté. Hizo una mueca con sus labios.

—No lo sé...

—Vamos, la pasaremos bien, iremos por un café, donas —propuse, moviendo mis cejas, a lo cual ella respondió con una corta risa.

—Está bien... —dijo. Sonreí y me acerqué a ella con la intención de abrazarla, pero me abstuve de hacerlo, así que solo extendí mi mano para estrecharla con la de ella—. Nos vemos mañana —dijo, luego de corresponder a mi apretón de manos.

Salí hasta la calle y vi como se alejaban en el auto. Entré a casa, con una enorme sonrisa tallada en mi rostro. ¿Qué me había hecho esa chica?

Y es que, solo me bastaba cruzar con ella unas cuantas palabras, una mirada o una sonrisa, y lograba que mi estado de ánimo se elevara, que mi pulso se disparara. Pero todo empeoraba cuando miraba sus celestes ojos. Solté un suspiro cargado de emociones y sonreí negando con la cabeza, no sabía qué, en realidad, me pasaba cuando estaba con ella, pero lo que sí, era que la sensación me agradaba y a la vez me asustaba. ¿Era eso posible?

## CAPÍTULO 10 Palpitaciones

Charles se quedó a dormir, así como nos ayudó a limpiar y a ordenar todo. Para después, cuando todo estuvo impecable, abrir los regalos —*que eran demasiados*—, y qué les digo, Lucy no cabía de la emoción. Mi hermana recibió de todo, muñecas, ropa, accesorios para el cabello, hasta una cajita con maquillaje para su edad, ¡estaba tan contenta que daba brincos de felicidad! Sin embargo, cuando ya estaba por abrir los últimos, mi madre tomó una caja angosta y rectangular, para luego leer la dedicatoria.

«Para: Lucy O'Donnell  
De: Dylan Grace»

De inmediato Charles y yo nos erguimos en nuestros lugares, y prestamos total atención al regalo.

—¿Qué es? —preguntó mi amigo impaciente. Creo que ambos pensábamos igual, ¿qué si era un anillo de compromiso? Quizá exagerábamos, pero no nos fiábamos de ese niño. Mishelle nos regaló una mirada divertida, luego le acercó a mi hermana dicha caja de terciopelo azul, esta última miró con rapidez lo que había en el interior.

Y cuando lo hizo, su boca se abrió con asombro, sus mejillas se chapotearon de un rosa muy tierno, al tiempo que pestañeaba más de la cuenta, sorprendida y emocionada, ya que sus ojitos brillaban de felicidad. Rodé los ojos, ¿qué podría ser?

—¡Wow!, ¡está increíble, mamá! —exclamó con la voz elevada Lucy.

—¡Está bellissimo, mi amor! —exclamó mi madre.

Mi amigo hizo el amago de bostezar, entonces vimos como Lucy sacaba una gargantilla con una “L” colgando, la misma traía una pequeña flor en la cima, junto a una pequeña piedra que simulaba ser el centro. Rodé los ojos, ah, era eso. «*Falsa alarma, abortemos misión de asesinato...*»

Luego de terminar de abrir todos los regalos y de comer otro poco de pastel; Charles y yo nos encerramos en mi habitación y comenzamos a jugar con la consola.

—¿Hablaste con Camille? —preguntó mi contrincante.

—Ajá —respondí, mientras movía mis brazos y manos de un lado a otro.

—¿Y? —cuestionó, al tiempo que maté a un soldado de su ejército, pronto añadió—: ¿Te le declaraste por fin? —dijo, logrando que girara mi cabeza para verlo, para después escuchar el aviso de que me habían matado y, por ende, había perdido el juego.

—¡Eres un tramposo! —acusé y en respuesta comenzó a reír con cinismo.

—Tú te distrajiste, yo solo hice una *inocente* pregunta —repuso, sonriéndome cándido. «*Yi sili hici ini inicinti priginti, ¡maldito embustero!*»

—¿Inocente? —repetí incrédulo de su descaro—. Tú lo que querías era distraerme con semejante tontería para ganarme.

—No es una tontería y lo sabes —respondió recostándose sobre el sofá, posando ambas manos detrás de su cabezota—, *muy* en el fondo lo sabes —afirmó, encogiéndose de hombros, le dediqué una mirada furibunda—. Nunca creí...

—Ya Charles, cállate si no quieres que te rompa el...

—Bien, bien —dijo levantando sus manos en símbolo de rendición.

Seguimos jugando otro par de horas, hasta que a ambos nos mataban por quedarnos dormidos con el control en mano, hasta que decidimos ir a dormir. Sin embargo, tan pronto me dispuse a hacerlo, los pensamientos se abrieron paso en mi cabeza, y todos eran sobre una misma persona. Pero sobre todo giraban en torno a una duda que no se salía de mi cabeza: «¿Podría acaso gustarme Camille?»

Pensar en esa posibilidad solo provocaba que mi estómago se removiera; se anudara y se apretara otro poco, así como el desastre continuaba en mi pecho, como si un *tsunami* estuviera en él, sucumbiendo todo a su paso, derribando mis desgastadas murallas. Y tenía miedo, estaba *tan* aterrado de siquiera especular sobre mis sentimientos, de intentar buscar una respuesta a todo lo que me sucedía cuando estaba con ella. Porque, ¿sería posible enamorarse de alguien sin darse cuenta?

«¿Camille, me gustas?», me inquirí de nuevo.

Llevé una mano a mi pecho; donde sentía el latir de mi corazón, cerré con fuerza mis ojos y pensé en ella —*tarea nada complicada debo admitir*—, me dejé llevar por cada uno de mis recuerdos y, en instantes, imágenes de su sonrisa y del sonido de su risa eclipsaron mi cabeza. ¡Dios! De igual manera, los recuerdos de la sensación su piel suave contra la mía, de su cabello que se sentía como seda deslizándose de entre los dedos.

Y ni hablar de sus ojos —*esos que me habían atrapado desde la primera vez que la vi*—, eran de un color tan singular y su apariencia era tan sublime, como dos lagunas y en cuyos lugares habían tormentas. Y a pesar de que muchas veces se apreciaba en ellos mucha tristeza y misterio, tenían la capacidad de aletargar mis sentidos y de obnubilar mi voluntad y, ¿saben lo más desconcertante?, que ella lo lograba sin ningún esfuerzo o intención.

Conseguía, con un solo pestañeo, sortear todas mis barreras y hacer sucumbir mis defensas hasta el punto de llegar al lugar más profundo de mi corazón y ver todos mis posibles secretos. No obstante, yo no podía hacer lo mismo. No si ella no me otorgaba la llave.

Y *quería* esa llave, *quería* conocer todos sus secretos, pero no para burlarme o para gritarlos, sino para ayudarla y por fin entenderla. *Deseaba* conocer qué había sido todo aquello que la había convertido en lo que era: en esa chica distante, callada, tímida y taciturna. Y porque estaba seguro de que detrás de todo eso había una mujer grandiosa, la cual por algún motivo estaba oculta y no deseaba salir por temor. ¿Pero a qué? Eso era lo que deseaba saber con todas mis fuerzas.

Entonces, en ese momento, recordé que en pocas horas la vería y saldríamos, hecho que solo logró que mi corazón comenzara a correr a gran velocidad, que mi cabeza se convirtiera en una maraña de pensamientos atestados de su imagen. Solté un suspiro cansino, y poco a poco, comencé a reconocer todo lo que Camille me provocaba y a reparar en que la respuesta estaba cada vez más cerca, prácticamente en mis narices.

«¿Me gustas Camille?»



Al día siguiente y cuando la hora de pasar por Camille estaba cerca, mis manos comenzaron a sudar y un puñado de aves se situó en mi estómago, provocándome una sensación de pesadez y cosquilleo. ¡Dios! En ese momento, me senté cerca de donde se encontraba Charles, mirando una película con mi hermana.

—Charles, ¿a qué hora irás a tu casa? —cuestioné, porque bien podía darme un aventón a la floristería.

—No lo sé, pero creo que todavía no, ¿por qué, ya te quieres deshacer de mí? —espetó, negué con la cabeza.

—Charly va a seguir jugando conmigo a las muñecas, ¿verdad? —cuestionó mi hermana, el aludido asintió con seguridad. Ella volvió a verme, alardeando del poder que tenía sobre mi mejor amigo.

—¿Qué te digo? Ella puede conmigo —respondió Charles, llamando mi atención. Sacudí la cabeza y sonreí incrédulo. ¿Y ahora qué hacía?

—Además parece que va a llover —dijo mi madre apareciendo “oportunamente” en la sala—. Es mejor que no salga todavía.

«*Diablos, ¿ahora qué hago?*»

Me levanté presuroso del sofá, yo iba a salir con Camille, *saldría* con Camille. Llamé a Charles y le pedí que me siguiera a mi habitación. Ya que si él no podía darme un aventón porque sus planes no eran marcharse de mi casa en las siguientes horas, bien podía prestarme su camioneta. Sin embargo, «*¿estoy seguro de querer contarle todo y soportar sus comentarios y burlas?*», me pregunté.

«*No tienes de otra, Brandon*», canturreó en respuesta la vocecilla en mi cabeza.

Cerré la puerta justo después de que entrar y vi como se dirigió hasta la pared de enfrente, se apoyó y me observó entre inquisidor y divertido.

—¿Qué quieres? —preguntó cruzándose de brazos, sabía que le pediría algo. Me conocía tan bien el muy maldito.

—Es que..., verás..., quedé de salir con Camille —dije entre dientes—, y quería que me...

—¿Qué harás? —preguntó, pero había un dejo de diversión en sus ojos, estaba jugando conmigo.

«*Tranquilo..., necesitas su auto, tranquilo Brandon, por la noche, mientras duerme, lo matas*», pensé.

—Saldré con Camille —murmuré, silbó fingiendo estar impresionado—, y quería que me prestaras tu auto —dije, tratando de verme ecuánime. Sin embargo, Charles tenía una gran sonrisa en su cara, esa que solo usaba cuando sabía algo. Sacudió la cabeza y sacó las llaves, luego me las tendió, no obstante, justo cuando iba a tomarlas las alejó—. ¿Qué quieres de mi Fitz? —pregunté molesto.

—Que lo admitas...

—Admitir, ¿qué? —interrumpí e hice una mueca con mis labios—. Vamos, solo préstamela un par de horas —comenté indiferente, tratando de persuadir la pregunta.

—Ya sabes de qué hablo. ¡Camille te gusta! Y si no lo admites... —dijo, para luego sonreír aún más—..., no hay llaves ni auto. —Movié las llaves y luego las guardó en su bolsillo. Entrecerré los ojos, «*maldito*».

—Me iré a pie —espeté envalentonado y molesto.

—Bien —masculló, encogiéndose de hombros, se irguió y caminó hasta donde me encontraba, justo al lado de la puerta, con la disposición de irse.

—Espera... —murmuré. Se detuvo para luego mirarme sobre su hombro. Giró su cuerpo noventa grados para verme de frente y tenía esa maldita sonrisa de autosuficiencia—. Lo admito —dije entre dientes, no pudiendo creer que estaba cediendo ante sus chantajes.

—¿Qué admites? —preguntó cándido, inclinando su oído en mi dirección. Miré a otro lado, me



negaba a permitir que consiguiera lo que quería, ¿pero qué otra opción tenía?—. *Tic, tac*, Brandon.

—Admito que..., me gusta Camille —susurré lo último. Entonces tiró las llaves a mi pecho, las tomé.

—Fue fácil, ¿no? —Lo fulminé con la mirada al tiempo que le sacaba el dedo medio. Se tiró una sonora carcajada y salió de la habitación, dejándome solo y con el peso de lo que recién había dicho asentándose en mis huesos, y en mi pecho.

«¿Me gustas Camille?», inquirí.

«¡Pff!» Esa era una locura. Una locura que solo a Charles se le podía ocurrir. Porque eran tonterías, enajenaciones.

«¿Seguro Brandon?», cuestionó mi insidiosa mente.

«¡Claro que sí!»

Cuando estaba a punto de salir, mi mamá me interceptó y me observó de pies a cabeza, mientras sonreía con complicidad, como si supiera algo que yo no. Entonces la pregunta del millón venía, ¿a dónde iba y con quién?

—Iré a tomar un café con Camille —dije, tratando de no sonar nervioso o emocionado. La vi asentir con la cabeza. Sin embargo, algo en su forma de mirarme me hizo tragar grueso, ¿qué estaría pensando? No obstante, no tenía intenciones de averiguarlo.

—¿Por eso vas así de guapo? —cuestionó con tono sugestivo. Fruncí el ceño y me encogí de hombros al tiempo que escuchaba una risita divertida de Charles—. No me veas así —sonrió. Y yo fruncí aún más el ceño y rodé los ojos al cielo. Le di un beso y me encaminé a la puerta.

Pasé por la sala y vi como mi hermana estaba peinando a Charles, ¡sí con coletas y todo! Moría por hacerle bromas al respecto pero..., me tenía en sus manos. Caminé lo más sigiloso posible, estaba a unos cuantos pasos de la puerta cuando Lucy alzó la cabeza y me vio.

—¿Adónde vas Bran? —preguntó curiosa. La observé sin saber qué responder, sintiéndome sumamente nervioso con tres pares de ojos puestos sobre mí.

—Iré a...

—Una cita, Lu. Tu hermano tiene una cita con una chica... —dijo Charles y mi supuesto mejor amigo. Mismo que la miró moviendo sus cejas de arriba abajo, mi mamá soltó una risita por lo bajo. ¡Al parecer a todos se les había dado por burlarse de mí! Lucy de inmediato frunció el ceño y sus labios.

—¿Qué es una cita? —cuestionó a Charles.

—Bueno, bueno, que te lo explique Brandon... —Pero ni bien había terminado de hablar cuando abrí la puerta y saqué medio cuerpo.

—Me voy, regreso en un par de horas —dije apresurado—. ¡Charles te explicará, enana! —exclamé, cerrando tras de mí la puerta. Que se las arreglara él solo.

Le quité la alarma al auto, me subí y tan pronto encendí el motor el reproductor de música se encendió y una canción de una banda juvenil comenzó a sonar, una pequeña risa me asaltó. Era una canción de *One Direction*, y no es yo tuviera algo en contra de ellos, sin embargo, saber que un hombre de veinte tantos años los escuchaba..., dejaba en qué pensar. Sonreí abiertamente, ya tenía con qué molestarlo.

Seguí navegando en su reproductor hasta que encontré una canción de una banda que me gustaba mucho. Comencé a seguir el ritmo de la canción con mis dedos, mientras serpenteaba entre la avenida, sin embargo, con forme la distancia se iba acortando..., los nervios comenzaron a hacer mella en mí. Y los sentía florecer en mi estómago, así como sentía como si infinitudes de

gorilas se balancearan dentro de mí. Y todo eso no podía ser normal, pero me obligué a pensar que era por las razones equivocadas.

Cuando me interné sobre la calle donde estaba el negocio de Martha, las manos comenzaron a sudarme, mi corazón empezó a latir de forma errática y la ansiedad se apoderó por completo de mi cuerpo.

«*Cálmate Brandon, que no vas a ninguna misión imposible... O a la guerra... Solo la verás y saldrás con ella... ¡Oh mierda! ¡Tranquilo, joder!*» Me instaba, pero nada surtía efecto. Cuando salí del auto, y para confirmar mi estado ansioso, mis pies se enredaron y *casi* caí sobre el pavimento. ¡Santo cielo!, ¿qué sería de mí cuando la tuviera enfrente?

Me quedé frente a la puerta, tomando grandes bocanadas de aire, ¿por qué demonios me sentía así? Fue ahí cuando pensé que *quizá* todo ese nerviosismo era por el temor de echar a perder todo. Pues no quería ser torpe, no quería decir cosas torpes, pero lo peor de todo era que me sentía todo un gran torpe.

«*No seas cobarde Brandon, no pasará nada*». Me volví a alentar.

Luego de tomar otra bocanada de aire, abrí la puerta. Revisé el interior, no había ninguna señal de ellas, sin embargo, pronto escuché un par de risas que, conforme los segundos pasaban, se iban oyendo más de cerca. Primero apareció Martha, me sonrió y detrás de ella logré ver a Camille. Sonreí como estúpido. Sí, con baba y todo. *¡Patético!*

—Hola, Brandon. ¿Y Lucy? —preguntó mi tía con curiosidad, así como me echó un vistazo de pies a cabeza.

—Eh..., ella —balbuceé—. Se quedó..., jugando con sus muñecas nuevas —dije. Martha dio un leve asentimiento y se hizo a un lado para que pudiera saludar a Camille, quien de inmediato me regaló una sonrisa arrebatadora, la cual no estoy seguro si logré regresar.

Y es que, se miraba deslumbrantemente hermosa. Su rostro iluminado; sus ojos tenían un hermoso brillo verde, sus mejillas chapeadas de un rosado que, estaba seguro, era natural y su cabello estaba recogido en una trenza que caía sobre su hombro y pecho. Iba dulcemente vestida con una blusa blanca de mangas largas y una falda de *jean* que le quedaba arriba de las rodillas.

—¿Te pasa algo? Te ves pálido —comentó Martha. Negué con la cabeza y sonreí o al menos lo intenté.

—Y-yo... —«*¡Perfecto! ¿Se te olvidaron las otras letras, amigo?*» Aclaré mi garganta—. Sí..., yo estoy bien, un poco cansado es todo. —Mi tía frunció el ceño y luego sonrió complacida, entonces yo, asustado hasta la mierda, decidí fingir demencia.

Martha pronto anunció que debía ir adentro, así que nos dejó a Camille y a mí, junto a mi estado de estupidez, solos.

—Hola, ¿en serio estás bien? —cuestionó esa chica que era capaz de robarme el aliento, asentí.

—Muy bien y tú, ¿qué tal?

—Pues, muy bien —respondió, al tiempo que sonreía con timidez—. ¿Entramos? —preguntó, frunció el entrecejo.

—Pensé que íbamos a salir ahora —comenté, no logrando ocultar el dejo de tristeza que teñía mi voz. Ella mordió su labio inferior, de inmediato tuve que ver a otro lado, ese gesto me dejaba atolondrado.

—Lo siento, lo olvidé. —Se excusó, sonreí apenas—. Además, parece que está a punto de caer una buena tormenta, ¿crees que salir sea una buena idea? —preguntó, ladeé la cabeza e iba a responder cuando Martha apareció de la nada.

—¿Quién dijo salir? —Y no podía sentirme más incómodo con la situación—. El clima es perfecto para salir a tomar una taza de café—. Además, aún no llueve —dijo, restándole importancia al clima. «*Gracias Martha*», pensé, aplaudiéndole mentalmente—. Vayan, vayan... — Nos tomó de brazos a ambos y nos sacó—. Tienen cuidado —dijo, nos dio una última sonrisa y cerró. Camille y yo nos miramos confundidos, pero en mí solo era una máscara, porque no voy mentir, estaba feliz.

—¿Vamos? —pregunté, al tiempo que caminé rumbo a la camioneta de Charles. Sin embargo, Camille no había avanzado ni un solo paso, pues miraba con desconfianza el auto.

—¿Queda muy lejos? —preguntó—. Los autos me traen malos recuerdos —susurró, pero de inmediato pareció arrepentirse porque añadió—: Pero no me hagas caso. Sí, vamos. —Caminó hacia la camioneta, fruncí el ceño.

—Si quieres nos vamos caminando —dije. Me miró con agradecimiento, pero luego negó con la cabeza y se acercó hasta la puerta del copiloto, la abrí para ella. Encendí el motor y, antes de arrancar, le di una mirada rápida a Camille, tenía sus manos hechas puños—. Conmigo, nada te pasará —dije, sonriendo de lado. Ella aceptó, sonriendo a boca cerrada. Conduje por unos quince minutos, hasta llegar a una cafetería en el centro.

—¿Llegamos? —Asentí con la cabeza, quité los seguros de las puertas, me bajé y fui hasta el otro lado con la disposición de abrirle la puerta pero ya lo había hecho ella, solo le brindé mi mano para ayudarla a bajar, a lo cual creí que se negaría, pero no fue así y de esa forma, nuevamente sentí como esa corriente tan familiar se extendía por todo mi brazo.

Caminamos hacia la puerta de la cafetería y justo antes de entrar, miré al cielo y las nubes negras se arremolinaban en el firmamento, pronto llovería. Entramos al recinto y de inmediato el olor a cafeína invadió mis pulmones, amaba ese aroma. Sin embargo, este se entremezclaba con la estela dulce de Camille. Sacudí la cabeza, tratando de despejar mi mente de pensamientos que no habían en mi mente. Nos sentamos en una de las mesas del medio y esperamos a que alguien llegara a tomar nuestra orden.

—Es un lugar muy lindo —comentó, mientras miraba todo el interior.

—Lo sé, a mí me gusta, no sé..., tiene un ambiente acogedor —comenté—. Además venden unas rosquillas para morirse. —Y mi comentario la hizo reír, sonreí en respuesta.

¿Les había dicho que me gustaba su risa?, ¿sí?, ¿no? Pues la adoraba.

—Veo que, en serio, te gustan mucho las rosquillas.

—¿A ti no? —pregunté asombrado. ¿A quién no le podían gustar?

—Tengo un buen rato de no probar una —dijo, ladeando la cabeza con gesto divertido al ver el mío alarmado.

—Pues hoy lo harás.

—La verdad no tengo mucha hambre —respondió, encogiéndose de hombros. Sacudí la cabeza en una negativa.

—Debes probarlas —dije, al tiempo que llamé con mi mano a una de las meseras.

—¿Puedo tomar su orden? —preguntó, una chica de piel oscura y de nombre Nelly.

—Un late y... —Acaricié mi barbilla para simular que estaba pesando arduamente, mi acompañante sonrió—..., una rosquilla de caramelo. Tú, ¿qué quieres, Camille? —La vi fruncir el ceño, mientras miraba una y otra vez la página del menú.

—Solo..., un capuchino —agregó.

—Los postres aquí son los mejores —dijo la joven que nos atendía y yo asentí con la cabeza, las rosquillas eran lo mejor—. Puedes pedir una rosquilla como tu novio —comentó,

sonriéndonos a ambos. Miré a Camille y ella me miró a mí.

*Su novio...*

*Mi novia...*

—Él..., él no es mi novio —repuso, Camille. La joven abrió sus ojos sorprendida—, y sí, una dona está bien, la mejor que tenga. Gracias. —La joven nos dejó solos y de inmediato un silencio incómodo se posó sobre nosotros. Y era consciente de que se debía al comentario que recién se había hecho.

Y yo me sentía particularmente extraño. Porque si bien, ella no era mi novia..., no me hubiese desagradado no desmentir esa suposición, pero que ella lo hiciera con prontitud causó un malestar en mi estómago. «¿Por qué me siento así?», me pregunté y fue cuando la respuesta estuvo más cerca que nunca.

—Qué locura, ¿no? —dije, rompiendo el silencio. Camille me miró un poco confundida. Me acerqué más como si fuera a decirle un secreto—, que éramos novios —susurré. Ella sonrió estando de acuerdo, lo cual estrujó mi corazón, entonces la lluvia comenzó a caer. Aclaré mi garganta, a manera de disminuir el nudo que se había formado ahí.

—Sí, una locura —afirmó. «Pero tú no piensas del todo eso, ¿verdad Brandon?», cuestionó mi conciencia.

Pronto nos llevaron nuestras bebidas y comenzamos a hablar de cualquier cosa y fue así como me enteré de su fecha de cumpleaños —que era a mediados de julio—, y yo le compartí la mía —a mediados de marzo—, afuera la lluvia caía con furia, azotando el cristal de las ventanas, mientras las personas corrían, huyendo de ese acontecimiento natural, entretanto, nosotros compartíamos una bebida caliente, en el interior de un tibio y acogedor lugar.

Así como yo tenía que admitir que estaba con la mejor compañía.

—Debo admitir que fue una buena idea —murmuró, sonreí con suficiencia.

—Gracias —respondí, al tiempo que le guiñé un ojo. Camille frunció el ceño y sus mejillas se tiñeron un poco de rosa—. No querías venir, ¿cierto? —afirmé, porque ambos sabíamos que lo de haberlo olvidado y lo del clima, habían sido excusas para no salir conmigo. Ella entrecerró los ojos y estudió sus manos. Y creía saber qué era lo que pasaba: ella no quería decirme la verdad—. Tranquila, no tienes que decirme nada..., lo entiendo. —Posé una de mis manos encima de las suyas, fue un gesto que hice sin pensar, y su reacción fue como si hubiese sido un acto natural para ella, el cual no lo era. Y el hecho de que no me rechazara, inevitablemente, había calentado mi corazón, a pesar del clima frío. Camille frunció el ceño, pero su expresión luego se suavizó.

—Tú de verdad eres muy diferente. —comentó. Mis ojos se abrieron con escepticismo, ¿ella en verdad había dicho eso? Mi corazón comenzó a correr—. Y sé que no ha sido fácil acercarse a mí..., por eso admiro tu paciencia, Brandon. —Sonreí abiertamente.

—Paciente se escucha mejor que terco —bromeé—, pero entiendo que tu vida no ha sido fácil —comenté, la sentí tensarse de inmediato—. Y aunque no tengo ni la más remota idea de qué es todo eso que viviste..., no te estoy pidiendo que me lo cuentes, no ahora ni mañana. Pero debes saber que, si algún día, necesitas hablarlo, no dudes que estaré ahí, para ti —concluí. Camille movió su cabeza de arriba abajo y me regaló la más hermosa sonrisa que le había visto jamás, y porque aunque intentase explicarlo, las palabras no me alcanzarían. Pero fue ese simple gesto que, de nueva cuenta, dismanteló todo mi interior.

Por lo que inevitablemente me centré en ella y —con el caer de la lluvia de fondo, acompasando al rugir de mis latidos erráticos y mis sentidos a todo lo que daban—, pude ver con mayor claridad a la verdadera Camille, esa que sufría. Porque todos sus gestos y su

comportamiento la delataban. Y aunque era una chica tímida, no era ese el motivo de su comportamiento tan recluso, era *algo más*, lo cual era la respuesta a todas mis preguntas.

Sin embargo, debía de esperar a que ella sintiera el deseo de contarme todo lo que la aquejaba, y sabía que no iba a ser una tarea sencilla y posiblemente nada que fuera a ser de mi agrado — algo dentro de mí intuía eso.

Porque en sus ojos se podía ver tan claramente un iris muy tormentoso, mismo que reflejaba lo que en su interior pasaba. Así como dolía comprender que cuando reía solo era una pantalla, ya que en su interior llovía con furia. Camille, muy a mi pesar, estaba siendo víctima de una oscuridad que atenazaba su alma. No obstante, en ese momento, me juré que fuera lo que fuera que llegase a decirme —y si algún día lo hacía—, yo no me amedrentaría ni la dejaría, eso jamás.

Aclaré mi garganta, llamando su atención.

—Ahora dime, ¿cómo es que te has aprendido el nombre de todas esas flores? —pregunté, la escuché reír y mirarme agradecida por mi cambio de tema—. Porque digo, ¡son tantas!, que yo solo las distingo quizá..., por colores.

—Es fácil... —argumentó con determinación. Y de inmediato la escuché atento, mientras me daba *tips*, para saber los nombres de las flores y para poder distinguirlos.

Sin embargo, a mí lo que me gustaba era oírla hablar, ver como sus labios se movían, como su frente se fruncía y en como aparecían esas líneas a los lados de su boca cada que ella sonreía. Y justo en ese momento comprendí que estaba jodido.

Comprendí que sentía *algo más* por ella y que era absurdo que siguiera pensando o tratando de convencerme de lo contrario. Las aceleradas *palpitaciones* de mi corazón; eran una clara señal y a su vez eran como gritos que emergían desde mi interior y que decían que yo ya no la miraba como una amiga —aunque quizá nunca lo había hecho—, sino que la miraba como mujer. Como una gran mujer que se escondía detrás de todo aquello y que, a pesar de la poca evidencia que había visto de eso, estaba seguro de que lo era. Y moría por descubrirla, por sacar a la superficie esa personalidad, por verla por fin libre. Porque Camille, en ese momento, estaba encarcelada, su alma estaba en *tinieblas*. Y yo quería cambiar eso, me juré que cambiaría eso.

«Camille, ¿me gustas?», me cuestioné de nuevo, con temor y con todas mis terminaciones nerviosas a lo más que daban, entonces la respuesta vino con fuerza y de golpe, ella..., sí me gustaba, me gustaba *demasiado*.

## II PARTE

*Y en las tinieblas nuestros corazones se entregaron*

## CAPÍTULO 11 Transformado

Admitir que Camille me gustaba..., había sido como si me vaciaran un balde con agua fría; pues era una realidad que no había querido aceptar, y en cambio, había pasado días enteros negándome todos esos sentimientos y tratando de convencerme que *todo* aquello que ella me generaba eran solo producto de una amistad. Cuando en realidad era mucho, *mucho*, más que eso. Asimismo, lo más triste de todo, era que ese sentimiento solo era albergado en mí, ella no me miraba igual. Así como pensar en un nosotros, era imposible.

«¿En qué momento confundí mi amistad con algo más?, ¿por qué no lo vi y lo traté de evitar?», me cuestionaba, torturándome. No obstante, lo único que me daba consuelo era saber que todo había pasado de la manera más imprevista.

«Y porque tú no manejas lo que tu corazón siente, Brandon». Sonreí triste, aunque ella no percibía lo que dentro de mí, en ese instante, estaba pasando y de la irreparable verdad que había descubierto —aceptado—, me vi obligado a callar. Por su bien y por el mío.

—Entonces de esta forma puedes aprender a diferenciarlas —dijo. Asentí con mi cabeza, no había escuchado absolutamente nada, por lo que en respuesta sonreí, tratando de verme casual. Hecho muy alejado de mi realidad, porque a partir de ahí todas mis emociones comenzaron a desencajonarse con mayor frenesí y libertad. «¡Diablos!»—. Ya se calmó la lluvia —comentó, con un tinte de sorpresa en su voz. Miré en dirección de la ventana y, en efecto, ya había disminuido.

—Ya te quieres librar de mí, eh —bromeé, pero la verdad era que quería saber si por ahí andaba la cosa. Ella abrió sus pupilas sorprendida y comenzó a negar.

—No, yo..., no, lo siento no quise dar a entender... —murmuró, atenué mi sonrisa.

—Tranquila solo era una broma —repuse, Camille curvó su boca en una sonrisa más tranquila—. Pero se avecina otra tormenta y creo que lo más prudente será irnos —comenté. Camille estuvo de acuerdo y ambos nos levantamos de nuestros asientos—. Iré a pagar... —Asintió y comenzó a buscar dinero en su bolso—..., esta vez pagaré yo. —Le sonreí, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no cometer una imprudencia.

Entretanto esperaba que me dieran mi cambio, volví a verla y, en ese intervalo, no pude ignorar cómo mi corazón sufrió una serie de arritmias cuando la miraba, le di la espalda y respiré profundo. Admitir lo que sentía por ella había sido peor, porque a partir de entonces —y cada vez que la mirase—, ya no confiaba en cómo llegaría a actuar ni cómo lograría no delatarme.

Y porque quizá, solo quizá, lo mejor habría sido no escuchar lo que mi interior decía a gritos pero para mi desgracia lo había hecho y ya no había vuelta atrás.

—Muchas gracias —dijo Camille, justo cuando me acerqué a ella. Sonreí en respuesta y abrí la puerta de cristal, y dejé que pasara antes.

Anduvimos por la húmeda acera; tomé una inspiración profunda, permitiendo que el olor a tierra mojada se sumergiera en mis fosas nasales, al tiempo que trataba de ignorar la estela cítrica de Camille. Estando ya dentro del auto —y antes de ponernos en marcha—, volví a verla, necesitaba saber si la había pasado bien. Me aclaré la garganta, llamando su atención.

—¿La pasaste bien? —pregunté directo, haciendo un esfuerzo titánico para no posar mis ojos en sus labios.

—Sí... —Soltó un suspiro, lo cual me hizo ladear la cabeza con curiosidad—..., te confieso que tenía mucho tiempo de no pasarla tan bien —reveló y no pude ignorar en como su iris se ensombreció, seguidamente mi corazón se contrajo de dolor, tornándose mi expresión inescrutable. «¿Cuánto habrás sufrido, Camille?», mi corazón se preguntó. Y anhelé borrar todo su pasado y dolor.

—Eso puede cambiar... —Me animé a decir. Ella hizo una mueca con sus labios y no era de disgusto, sino como si dudara que eso pudiera ser posible. «*Yo lo hare realidad, déjame a mí*», pensé.

En ese minuto todo mi interior se transformó, todo cambió; cimentándose en mí un deseo ferviente de lograr hacerla sonreír y de conseguir que ella pudiera olvidar todo su pasado. Y aunado a esa reciente determinación, estuvo el miedo de no poder controlar mi sentir. Sin embargo, me dije a mí mismo que *tendría* que lograrlo.

Y si para eso tenía que arrancarme de raíz mi agrado por ella, lo haría. «*Como si eso fuera tan fácil, espetó mi consciencia*».

No obstante, creía saber que todo aún tenía remedio. Camille solo me gustaba y de gustar a amar había una distancia abismal, ¿no es así? Y porque de lo contrario dolería.

Tan pronto entré a casa, Lucy se lanzó a mis brazos y comenzó a hacerme muchas preguntas: ¿cómo me había ido en mi cita?, ¿si la chica era bella como una princesa y si había ido a traerla en un caballo? Rodé los ojos y anduve con ella en brazos.

—¿Qué te ha dicho Charles? —pregunté curioso, ella sonrió muy entusiasmada.

—Que saldrías con una princesa. —Sacudí la cabeza en una negativa y sonreí, sin atreverme a refutar. Porque la verdad era que sí, la princesa me había permitido sacarla de su torre.

—¿Dónde está Charles, enana? —Ella hizo un mohín, insatisfecha con mi falta de respuestas —. Salí con una amiga, pequeña —respondí, de inmediato su sonrisa se apagó. No obstante, no podía decirle con *quién* había salido en realidad, porque sabía que se entusiasmaría a tal grado de planificar una boda. Lo mejor era callar—. ¿Dónde está? —inquirí.

—Aquí... —Alcé mi cabeza y busqué el lugar de donde provenía la voz y... ¡casi me da un paro cardíaco!—. Sí, riéte —masculló al reparar en mi expresión.

Y, como si fuese una atenta invitación, obedecí y comencé a reír a carcajadas. ¿La razón?, Charles llevaba ni más ni menos que un par de coletas en su cabeza, *nada* simétricas, así como sus mejillas estaban llenas de rubor y sus labios rebozados de labial. ¡Y ni hablar de sus ojos maquillados con sombras púrpura!, *ese* no era su color.

Rápidamente las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos y aunado al dolor en mi estómago por la recurrente risa, el cual me dobló, obligándome a sentarme en el sofá. Luego de muchas bromas, respeto a cómo se miraba, por ejemplo: *¿en qué circo trabajaba?, ¿cuánto valía su función?* Y a la vez piropeándolo, se fue a bañar. Entretanto, miré a Lucy y su expresión angelical, como si no rompiera un trapo, me llevó a la incertidumbre de cómo, ¡en todo el infierno!, había conseguido convencer a mi amigo de dejarse hacer semejante barbaridad. Y se lo pregunté, a lo que ella respondió con candidez: *él solo me dijo que sí a todo*.

Solté un suspiro, Charles y su debilidad con las mujeres.

Antes de que estuviera la cena, me fui a mi habitación, ya que iba a prestarle una mudada a mi amigo. Le dejé las cosas sobre el escritorio y me recosté sobre la cama. De inmediato mi mente comenzó a atestarse de pensamientos y me permití divagar en estos. Minutos después, cuando



estaba más que sumergido en mi mente, escuché el grifo cerrarse y en cuestión de segundos él salió.

—No me veas perra —advirtió, y solo reí apenas pues mi cabeza seguía centrada en una persona en especial—, sé que estoy bueno y que me amas, pero me estoy reservando para la indicada...

—O indicado —repuse, soltando una corta risa al sentir como me salpicaba de agua. Tiempo después sentí cómo el colchón se hundía.

—Y... ¿cómo te fue en tu cita de amigos? —Suspiré pesadamente, ya me esperaba ese interrogatorio, sin embargo, no quería contarle a nadie lo que había descubierto, menos a Charles, pues diría: *te lo dije*. El desgraciado había tenido siempre la razón.

—Bien... —respondí. Llevé un brazo a mi cabeza, tratando de cubrir mis ojos.

—¿Estás seguro de eso? —inquirió un poco preocupado—, ¿pasó algo malo?

—Eh..., *nop*, todo estuvo bien... —Hubo un extraño silencio, quité mi brazo y busqué a mi amigo—. ¡Santa mierda! ¡¿Qué coño contigo?! —exclamé, ya que cuando volví a verlo, estaba mirándome como un psicópata y sus labios se habían curvado en una sonrisa maquiavélica.

—¿Cómo te fue? —preguntó *de nuevo*, hecho que me hizo entrar en pánico. Él me conocía demasiado bien—. ¿Qué pasó? —Fruncí el ceño y desvié la mirada. ¡No diría nada!

—Ya dije que bien...

—*Okay*... —Otro silencio, lo busqué de nuevo y miraba el techo. Soltó un largo suspiro y añadió—: ¿Sabes? He estado pensando mucho en todo lo que me has contado de Camille, y no sé, poco a poco he sentido la necesidad de protegerla, no sé cómo explicarlo, es como si algo en mi pecho se hubiese activado y ahora no puedo dejar de pensar en ella. Y que..., es *tan* linda... —comentó entre suspiros. ¿Qué diablos? Me incorporé sobre mis codos, temiendo el rumbo de esa conversación—: Quizá..., con ella sí podría intentar una relación, Brandon. —Mis ojos casi salen de sus órbitas, ¿qué mierdas..., qué?—. Porque tienes razón, ella es diferente... —Poco a poco mi rostro se fue contorsionando, el sombro y algo más, más denso y pesado, comenzaba a abrirse paso en mi pecho, y eran celos—. Pero dime, ¿tú qué crees?, ¿crees que tengo oportunidad con ella? —Eso no podía estar pasando. ¡Estaba loco!

—¿Hablas en serio? —inquirí temeroso. Aceptó, mostrándose muy seguro—. Pero..., pero no, yo creo que no tienes una oportunidad con ella —dije, tratando de persuadirlo y de apaciguar los celos que comenzaban a emerger.

—¿Por qué no? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Porque no... —respondí con un dejo de enojo. De tan solo pensar a Camille con alguien más, llenaba mi corazón de celos y furia.

—Lo intentaré, quizá...

—¡No! ¡Ella no es para ti, Charles! —dije, un tono menos que gritando—. Además, ¿desde cuándo te gusta? Tú..., tú no eres para ella... —espeté.

—¿Entonces según tú, *quién* sí sería para ella? —cuestionó interesado, lo encaré y tenía esa maldita sonrisa en el rostro, la misma que aparecía cuando se daba cuenta de algo. «*Estás en problemas, Brandon. Él te puso una trampa y caíste*», se burló la voz en mi cabeza.

—Yo..., yo no sé... —balbuceé, tratando de salvar la situación, pero era en vano, las palabras no salían. No obstante, mi reacción le fue más que suficiente.

—¿Tú sí serías para ella? —preguntó con perspicacia.

—¿¿Qué?! —exclamé—. ¿Yo? ¡Pff! ¿Qué locura estás diciendo? —Sacudí la cabeza en una negativa, fingiendo estar indignado. Me recosté de nuevo y cubrí mis ojos con uno de mis brazos.

—Mírame... —Negué, sabía lo que se avecinaba—. ¡Mírame con un demonio! —Volví a negar, al tiempo que tragué grueso, sin embargo, lo volví a ver y estaba serio—. No tienes porqué mentirme... —Fruñí el ceño—. ¡Deja de hacerte el desentendido!

—No sé de qué hablas...

—¡Deja de fingir conmigo que no te gusta! ¡Admítelo cabrón! —dijo, levantándose de la cama—. Eres mi mejor amigo, te conozco y sé cuándo me mientes. —Negué, pero era por demás, él lo sabía absolutamente todo—. Brandon... —Cerré los ojos y negué—. Brandon... —Decirlo en voz alta sería como terminar de confirmar lo que sentía... ¿lo que sentía? «¡Oh mierda!»—. ¡Brandon!

—¡Está bien!, sí, sí me gusta. ¡Ahh!, ¡¿contento?! —Solté un suspiro lleno de frustración—. En serio, eres un grano en el trasero —expuse, sintiéndome rebasado por las emociones.

—¡Lo sabía! —gritó, extendiendo sus manos hacia el cielo—. ¿Por qué no me lo querías decir? —recriminó—. ¿Desde hace cuánto lo sabes?

—No..., no es que no quería decírtelo, Charles. Es solo que, ahora que salí con ella me di cuenta de lo que sentía —confesé, solté un bufido lleno de frustración. Decirlo en voz alta solo había sido como acentuar aún más el peso de lo que significaba. Lo sentí sentarse a mi lado—. Pero descuida, no es nada, de todas formas..., no es posible... —Fruñí el ceño—..., ella me ve como su amigo, confía en mí, ahora lo entendí y no puedo arruinar esa confianza. Por eso, lo que siento se seguirá quedando como hasta ahora, en silencio. No le diré nada.

—Oye... —Sacudí la cabeza en una negativa, cortándolo de tajo. Suspiré profundo, debía dejar bien claro que no intentaría nada.

—Así se quedará, Charles. —Me levanté de la cama—. Y por favor no digas nada...

—Brandon... —Lo fulminé con la mirada—..., está bien —repuso, sonreí agradecido.

—Por eso eres mi segunda chica preferida. —De inmediato me lanzó una almohada.

—¡Oye!, debo ser la primera —dijo, haciendo un mohín infantil y cruzándose de brazos.

—Lo siento, Lucy te gana y por mucho. —Elevó una de sus cejas y asintió.

—Pues tú no estás en mi lista, cabrón —espetó. Sonreí abiertamente, mi amigo siempre lograba reanimarme.

—¡Oye, tú! Yo sí debo ser el único. —Se encogió de hombros. Fingí que sus palabras me dolían.

—No lo estás, lo siento pero la verdad duele...

—Putá...

—Pero no tuya —respondió. Nos quedamos callados un segundo y luego nos partimos de la risa.

Esa noche me juré a mí mismo que borraría ese sentimiento, *tenía* que hacerlo. Me prometí también que no intentaría nada, que ni siquiera contemplaría una mísera posibilidad. Era lo mejor y así todo se mantenía en paz. Ella y yo..., seguiríamos como hasta ese momento. Avanzaríamos en nuestra amistad, estaría para ella, la ayudaría, pero no cruzaría nunca los límites de amistad. Porque las consecuencias serían catastróficas.



Lunes temprano, me fui a mi trabajo. Llegué, saludé a todos y comencé a atender. No obstante, desde que empecé mi jornada laboral, mi mente no estaba ahí, sino que flotaba muy lejos, hasta

aterrizar en un lugar lleno de flores..., y en Camille.

Sacudí la cabeza por milésima vez; ese día me había perdido en mis pensamientos más veces de las que admitiría algún día. Y es que, por más que intentaba regresar y caer en la realidad, no podía. Y todo eso era por *su* culpa.

¿Alguna vez te ha pasado que cuando más tratas de no pensar en alguien, sucede todo lo contrario? Es como si la mente estuviese empecinada en recordar, recordar y recordar. Y eso era lo que me estaba pasando con Camille. Y todo era tan nuevo, como aterrador.

Y, para empeorar todo, no solo mi mente se veía entorpecida, sino todo mi organismo se había confabulado en mi contra. Solo bastaba con pensar en que pronto la vería, para que mi corazón acelerara su marcha a un nivel antinatural, para que cada milímetro de mi piel despertara.

«*Debes calmarte, estás trabajando*». Me repetía constantemente. Pero todo se tornaba tan complicado, pues cada vez que me obligaba a concentrarme en mi trabajo, más rápidos y fuertes eran mis pensamientos sobre ella.

Estaba *tan* jodido.

Además, me daba miedo siquiera pensar, ¿qué sería de mí cuando la viera?, ¿actuaría así de estúpido? No podía darme ese lujo, no cuando nuestra amistad estaba de por medio. Y, en ese momento, comenzaba a temer no tener el control suficiente. ¡Jesús! Porque, cuando una persona llega a despertar en uno sentimientos *tan* fuertes como el amor, la sensación que se produce es asombrosamente apabullante.

El amor es un peligro latente. Asimismo, cuando se ha pasado tanto tiempo sin vivirlo y huyendo del mismo, pasa que: justo cuando aparece, te acorrala y te deja sin salidas. Y porque, por más luchas que se haga por ignorar al mismo, va llegar un momento en el que el amor logrará envolvernos y noquearnos. Convirtiéndonos en *eso* que tanto juramos no ser. Asusta, ¿verdad?

Sin embargo, algo que es incluso más peligroso y aterrador: y es cuando el sentimiento no es correspondido y cuando sabes que, si esos sentimientos llegan a salir, puedes perder a la persona que los origina. Y yo no quería perderla, no quería que se alejara de mí.

Y por esa razón debía lograr sacar ese sentimiento que comenzaba a surgir, debía arrancarlo de raíz. Porque si no lo hacía, la consecuencia sería..., algo sumamente doloroso. Y temía mucho no lograrlo, temía lo que mi corazón podía hacer y hacerme. Y es que, por ellos, tiempo atrás, había elegido estar solo, porque era una forma más fácil de llevar mi vida y mis responsabilidades.

Porque la soledad a veces es mejor; te salva de sufrir, evita que lastimes y te lastimen. Pues cuando se es joven, el corazón está más que expuesto a ser destrozado: por amores no correspondidos, infidelidades, mentiras..., todo aquello que, cuando una persona te importa y lo hace, te aniquilan de adentro hacia afuera.

Y no quería ser aniquilado...

El día pasó tan rápido que, sin percatarme, mi hora de salida había llegado. Anduve por las calles, sintiendo cómo cada vez el aire se me hacía menos, cómo mis manos sudaban y mi pulso se aceleraba. Con suerte conseguí llegar a la escuela de Lucy y esperé por ella. Segundos después, ella salió corriendo a encontrarme, lanzándose a mis brazos. Sonreí, solo ella lograba calmarme un poco.

—¿Cómo te fue enana?

—¡Súper bien! Dibujamos y pintamos. Yo hice una mariposa, ¿quieres ver? —Sacudí la cabeza, mostrando entusiasmo.

Avanzamos hasta la floristería, mientras escuchaba a Lucy decirme las ganas que tenía de mostrarle su obra de arte a Martha y Camille. Y aunque verla me aterrorizaba..., también moría de

ganas de visitarla. Además, una verdad irreparable había en todo eso, y era que, mi mundo había cambiado de órbita, porque desde mucho tiempo atrás —antes de siquiera darme cuenta—, comenzó a girar en torno a Camille. Y, ¿podía estar más jodido? «*Creo que sí, Brandon*».

¡*Santo cielo!*

Cruzamos una calle y a lo lejos logré ver a Camille acomodando unas flores en un estante. Y de inmediato una corriente recorrió todo mi cuerpo, como si su intención fuera despertar a los gorilas alojados en mi estómago para que aullaran y se balancearan. Asimismo, la sensación iba en aumento con cada paso que dábamos.

—¡Camille! —gritó Lucy, luego corrió y se lanzó a sus brazos. La aludida, recibió muy feliz en sus brazos a mi hermana. Me detuve un segundo a observarlas, deleitado. Camille se puso de cuclillas y miró con atención lo que Lucy le mostraba.

—Está hermoso —dijo, sonriéndole con sinceridad.

Un minuto después, mi hermana entró corriendo al negocio en busca de Martha para mostrarle el dichoso dibujo. Entonces cuando nos quedamos solos y sus ojos bicolores se centraron en mi presencia, pasé saliva con dificultad y me acerqué, tratando de simular una sonrisa relajada.

—Hola amiga —saludé. «*Bien Brandon, llámala así, primero hay que convencerse desde afuera, luego al interior*», me alenté mentalmente. Camille soltó una corta risa al tiempo que..., sí, adivinaron, fruncía el ceño.

—Bien, ¿y tú, amigo? —De inmediato sentí una sensación extraña en el pecho, porque el hecho que ella lo dijera..., no se sentía *tan* bien.

—Eh..., genial. ¿Cómo ha estado el trabajo? —pregunté, evitando silencios incómodos.

—Pues ya sabes, un poco pesado y sucio, pero bueno —comentó. Seguimos charlando otro poco, no obstante, Martha apareció junto a mi hermana. Y gracias al cielo que lo había hecho; ya que aún no conseguía del todo mantenerme estoico frente a ella.

Y porque —y sin quererlo—, hubo momentos, en los cuales me quedaba cómo estúpido viéndola y estaba seguro que tarde o temprano estaría babeando, literalmente. «*¿Por qué la mayoría de los hombres no tenemos autocontrol?*», me cuestioné con pesar.

—Hola Brandon —saludó. Añadió—: Iré a comprar al supermercado de aquí cerca. Regreso pronto...

—Si quieres voy yo. —Camille se ofreció.

—¿Segura? Puedo ir sola, no es ningún problema.

—Claro, de paso compro cosas que necesito. —Martha sacudió la cabeza. «*¡Genial!*», pensé con renuencia y quizá, de una manera masoquista, porque yo quería seguir hablando con ella. «*¿Quién me entiende?*»

—Muchas gracias Cami. —Di unos cuantos pasos dirigiéndome al interior, resignado de perder minutos valiosos de su compañía—. ¡Ahh!, que vaya Brandon contigo. —Me detuve y regresé—. ¿Qué dices Brandon? —Las miré de hito en hito, con cierto recelo. No confiaba en mí, eso estaba claro, sin embargo, y como todo un masoquista: acepté.

Y aunque quisiera negarlo, la verdad era que moría de ganas de pasar un rato a solas con ella.

Minutos después ambos salimos a comprar lo que pedía la lista que Martha nos había dado. Y me sentía como un chiquillo de quince años: nervioso, torpe, sudoroso y tartamudo, todo lo que fui cuando salía con una chica.

Pero algo sí tenía en claro y era que ya no estaba pequeño, y que Camille no era parecida ni siquiera un poco a todas esas chicas que frecuenté en el pasado. Porque ella era especial, diferente y lo que me provocaba era tan indómito, que nada se le podía comparar.

## CAPÍTULO 12 Inevitable

**D**urante todo el camino nos limitamos solo a sonreírnos; nadie decía nada y no era un silencio incómodo, ya que por mi parte, en esos momentos, prefería estar callado y solo sentir su presencia, a hablar y arruinarlo todo.

—¿Llevas mucho trabajando en el restaurante? —preguntó varios minutos después. Solté un suspiro silencioso, ¡vaya ironías de la vida! Rogué hacia mis adentro de que no fuese a cometer una estupidez y decidí que, por más que deseara estar callado, *no podía* desaprovechar la iniciativa que Camille había tomado.

—Pues así mucho que digamos, no. Cumplí cuatro años —respondí, tomé una carretilla y nos adentramos a un pasillo.

—Eso es mucho para mí. ¿Decidiste trabajar en lugar de seguir estudiando? —Suspiré, ese era un tema delicado, sin embargo, no quería echar a perder el momento que se estaba dando. Y porque a pesar de que no quería hablar por temor a delatar mis sentimientos, el hecho de que ella intentara entablar una plática, alegraba mi corazón. Además, tenía la esperanza que *quizá* si le daba un poco de confianza, ella luego me la otorgaría.

Nada perdía, ¿no? Quizá solo un poquito de dignidad.

—Bueno... digamos que cuando mi padre murió nosotros no contábamos con tanto dinero y por eso decidí ayudar a mamá y dejé de estudiar para trabajar. —Revisó el primer punto de la lista y nos dirigimos al pasillo de las verduras y frutas.

—Martha me contó eso... —confesó. Alcé una ceja. «*O sea. Qué. Hablan. De. Mí*»—. ¿Por qué elegiste ese trabajo? —Sonreí. No podía negar que me gustaba que ella quisiera saber más de mí. «*Obvio, son amigos. Es normal. No. Te. Ilusiones*», refutó mi consciencia.

—Mi jefe fue el único que me aceptó cuando yo ni siquiera tenía experiencia, además, es un buen lugar para trabajar. El ambiente es increíble y la mayoría de comensales son amables al dejar sus propinas —dije, ella soltó una corta risa. La miré con atención, entonces pregunté—: ¿Y tú, por qué elegiste trabajar con Martha?

—Es tranquilo, sin tanto ajeteo, sin tanta gente. Es relajante y cuando vine aquí, buscaba eso: paz, tranquilidad y bienestar, y con Martha lo encontré. —Pestañee un par de veces, la voz de Camille tenía efecto relajante, ¡santo cielo!, me fascinaba.

—Qué..., bien... —balbuceé, ¡patético! Camille ladeó el rostro y me miró curiosa, a lo cual yo respondí con una sonrisa. «*¡Controla tus hormonas!*», me insté. Aclaré mi garganta—. ¿De qué parte de *Estado Unidos* vienes?

—De muy lejos. —Se limitó a decir, añadió—: Vine queriendo olvidar. —Asentí con la cabeza, esa era una advertencia de: *No me preguntes de mi pasado, quiero olvidarlo*. Pero, ¡mierda! Moría por conocerlo.

Entretanto Camille revisaba la lista y yo empujaba el carrito, me decanté a observarla caminar y moverse, así como sus gestos y expresiones. ¡Cielos! La miraba perfecta. Para mí lo era. Toda ella: su cabello, sus manos, sus pies, su tersa piel y las tenues manchas que tenía, sus maravillosos ojos y su risa. ¡Jesús!, y ni hablar de su sonrisa, sus dientes eran igual de perfectos como sus labios, y seguramente el sabor de su boca... «*¿Qué se sentiría besarla?*» De inmediato sacudí mi cabeza, ahuyentando todos esos pensamientos que no me hacían nada de bien.

—Brandon, Brandon... —dijo Camille, intentando sacarme de mis pensamientos, por lo que movió sus manos frente a mi cara para captar mi atención. Vergonzoso. Empero, ella tenía la culpa. ¿Quién la mandaba a ser tan perfecta? Pestañeeé un par de veces, añadió—: ¿Puedes alcanzar esa lata de melocotones? —Moví mi cabeza de arriba abajo y extendí mis manos sobre lo más alto del estante.

Iba a dárselo justo cuando observé que el mismo contenía un poco de polvo encima; así que por puro instinto decidí soplar para quitarlo, pero..., no me di cuenta de lo cerca que estaba Camille, por lo que y sin desearlo, un poco de polvo cayó en sus ojos. ¡Oh mierda!, ¡lo que faltaba! «*Bien hecho, Brandon*», pensé.

—¡Oh, Camille!, yo... lo siento, discúlpame, ¿sí? —dije, tratando de ver la forma en que le ayudaba—. Déjame ayudarte a quitártelo —pedí, sin embargo, ella se negaba a que lo hiciera, mientras pasaba su mano por sus ojos tratando de limpiarlos. Hice una mueca con mis labios, al ver como las lágrimas comenzaban a acariciar sus mejillas. ¡Mierda!—. Camille permíteme ayudarte.

—Estoy bien..., tranquilo... —dijo, retrocediendo unos cuantos pasos, sin percatarse de que estaba por chocar contra alguien más. De inmediato la tomé de sus brazos y la atraje a mí en un rápido movimiento. Camille se quedó estática..., y mis manos sobre sus brazos echaban chispas, liberando corrientes que me llenaban. ¡Dios! Respiré hondo tratando de tranquilizarme, pues comenzaba a inquietarme el sentirla tan cerca. No obstante, su aroma poco a poco se fue colando por mi nariz, invadiendo mis pulmones, mi sistema completo y empeorando todo. Y como no me miraba, cerré los ojos e inhalé silenciosamente su dulce estela. Camille, si no hacía algo al respecto, podría convertirse en mi vicio—. ¿Qué pasó?, ¿por qué me tomaste así? —preguntó, mirándome apenas, al mismo tiempo que seguía restregando con el dorso de su mano su ojo. Aclaré mi garganta.

—Ibas a chocar contra una persona que estaba justo detrás de ti —dije, señalando con mi cabeza hacia sus espaldas. Dio un leve asentimiento, me incliné un poco y alcancé a ver que su ojo comenzaba a irritarse. Entonces dejándome llevar por uno de esos peligrosos impulsos, llevé mis manos a su rostro y acaricié sus mejillas. Ella de inmediato se abstuvo de cualquier movimiento y no quise pensar cuál podría ser el motivo, tenía miedo de la respuesta. Añadí—: Solo quiero ayudarte. —Camille terminó aceptando y quitó su mano de su ojo. Lo revisé e hice lo que mi mamá de pequeño hacía conmigo, luego levanté mi camisa—. Toma, límpiame con mi camisa.

Iba a negarse pero alcancé su mano y la llevé al dobladillo de mi camiseta, terminó accediendo. Minutos después, comenzó a parpadear y a lagrimear, pero ya no sentía nada. Limpié una de sus mejillas, siendo consciente de lo acelerado que estaba mi pulso, mi tacto se perdió un instante en la textura de su piel y mis ojos cayeron a sus labios, tragué grueso. Cerré los ojos y bajé mi mano, unas incontrolables ganas de besarla me estaban invadiendo. «*¡Eso no está bien, Brandon! Piensa en otra cosa, en autos, futbol o pornografía. ¡Oh no! Eso no*».

—Gracias, has salvado mi visión. —dijo, sonriendo avergonzada, lo supe porque sus mejillas estaban rojas. Le guiñé un ojo—. Esa lata tiene toda la culpa —señaló. Sonreí divertido.

—Deberíamos sacrificarla. —Comenzó a reír. ¡Santo cielo! Quería grabarla y poner su risa como tono de llamada en mi teléfono. «*¡Jesús, necesito ayuda!*», pensé.

Seguimos otro rato más, pues al parecer Martha nos había mandado a hacer la compra del mes. Y en todo ese rato, cada vez sentía menos control sobre mí mismo. Literalmente, no registraba lo que hacía, ya que constantemente me encontraba viéndola, con la baba a punto de salir. ¿Cómo iba a lograr disminuir lo que sentía, si mi corazón y mi mente se negaban a ello?

Al salir del supermercado me encontré más ansioso que nunca, deseaba alejarme de ella a como diera lugar y con la mismas fuerzas quería lo contrario. De cualquier manera, con cada minuto que pasaba a su lado..., podía percibir como todos mis sentimientos estaban por escapar y gritar a los cuatro vientos todo lo que en mí estaba pasando. Definitivamente, haber pasado tanto tiempo con ella no había sido lo mejor. Y porque, muy a mi pesar, Camille manejaba mi voluntad con un dedo.

La noche pronto cayó, en ese momento, acabábamos de llegar a la floristería.

—Lo siento, no creí que fueran tantas cosas —dijo Martha, disculpándose. Fruncí el ceño, algo en su expresión no me ayudó a creerle—. Pero muchas gracias a los dos. —Sonreí—. Ah, por cierto Brandon, alguien te espera allá dentro. —Entrecerré mis ojos, algo en los ojos y sonrisa de Martha me provocó un escalofrío, ¿qué demonios estaría tramando? Pronto escuché la voz de mi mamá. Entré a la sala de estar y la observé junto con Lucy, poniendo la mesa. ¿Nos íbamos a quedar a cenar? Tragué grueso. ¡Diablos!

—Brandon, ve a traer los cubiertos. Nos quedaremos a comer —dijo Mishelle, confirmando mi sospecha. Asentí un poco desconcertado e hice lo que ella me había mandado, mientras sentía un mal presentimiento adhiriéndose a mis huesos.

Sentía que se aproximaba un impulso lleno de estupidez.

Eché mi cabeza hacia atrás, ¿qué demonios iba a ser de mí en las próximas horas?, ¿cómo iba a lograr mantener mis sentimientos a raya? Y pensé en muchas soluciones, pero todas me llevaban a un mismo fin: tragarme mis sentimientos y alejarme de ella. Pero me negaba a hacerlo, me negaba a alejarme de Camille, porque, ¿cómo iba a hacerlo luego de pasar tanto tiempo luchando para llegar adonde estábamos en ese instante? «*¿Pero y si lo arruinas?*», cuestionó mi consciencia. Solté un suspiro cansino, estaba perdido.

Me encontraba de espalda a la puerta, buscando otras cosas que mi madre me había pedido, cuando mi organismo completo despertó. Era ella. Mi estómago comenzó a estremecerse y mi respiración empezó a ser dificultosa.

—¿Te ayudo? —preguntó, parándose justo a mi lado, pocos centímetros nos separaban. Y podía ser consciente del correr desbocado de mi corazón.

—S-sí p-por favor... —balbuceé. Ella comenzó a reír.

—¿Te sucede algo? —cuestionó divertida. Sonreí. «*Tú me sucedes, cada vez que estoy contigo mi cuerpo se acelera, mi corazón corre y mi torpeza aumenta*», pensé y deseé con todas mis fuerzas decir.

—*Nop*. Nada. —Mentí.

¡Santo cielo!, era tan patético que entre más trataba de estar lejos de ella... Camille más me buscaba. ¿Era acaso una clase de psicología inversa?, porque si era así, cuánto me hubiese ahorrado si desde el principio lo hubiera conocido.

Luego de poner la mesa, salí huyendo de la cercanía de Camille. Porque parecía que mi autocontrol ya me había abandonado en batalla, dejando que mi corazón dominara mi accionar. Y temía lo que podía hacer.

—¡La cena está lista vengan a comer! —anunció Martha un rato después.

En ese momento, estaba escondido. Bueno en realidad, estaba en el baño. Llevaba ahí, quizá, unos quince minutos. Y me había encerrado con la intención de ahogar mis sentimientos, mojando mi cara constantemente, no me juzguen, estaba desesperado. Solté un suspiro, observando cómo los risos de mi cabello acariciaban mi frente, por lo que pasé las manos sobre él, tratando de acomodarlos. Entonces lo que tanto temía pasó..., alguien tocó a la puerta y temía confirmar *quién*

era, porque mi cuerpo ya lo sabía.

¿Qué brujería me había hecho esa chica? ¿Acaso luego me saldría vello en todo el cuerpo y saldría todas las noches de luna llena a aullar su nombre?

—Brandon, la cena está lista. —¡Mierda! Sí era ella.

—¡Voy! —dije, pronto escuché sus pasos alejándose. Apoyé mi frente sobre las baldosas frías y pensé en qué hacer para escabullirme de esa cena. Y como una epifanía celestial, algo se me ocurrió. Saqué mi teléfono y marqué el número de Charles. Dos toques después contesto—. Charles, necesito ayuda.

—Sí, hola, estoy bien —espetó. Rodé los ojos.

—Es en serio, necesito tu ayuda. No sé qué me está pasando, pero quiero irme a otro lado. Necesito que me saques de aquí.

—¿Y por qué no te vas? —Golpeé mi cabeza en la pared suavemente. «*Nota mental: Buscar amigos que hagan menos preguntas y actúen más*».

—¿Puedes venir a buscarme a casa de Martha y decir que me necesitas? —inquirí con apremio, me sentía muy ansioso.

—Iré, solo porque me mata la curiosidad de saber qué te pasa. Estoy a unas calles, en cinco minutos llego. —Colgué. Cinco minutos era tiempo suficiente para inventar algo e irme con él.

Cerré los ojos y traté de relajar mis músculos, mi cuerpo entero irradiaba tensión. Definitivamente, marcharme era lo más sensato que podía hacer. Salí de mi escondite y caminé por el pasillo, todas estaban en el comedor hablando. Mi mamá fue la primera en notarme y de inmediato me dedicó una mirada inquisidora. Sonreí como respuesta.

—Siéntate, estábamos esperándote —dijo Martha. Acepté y tragué grueso al ver las dos únicas sillas libres: y Camille estaba en medio de ellas. ¡Gran suerte la mía!

—Eh verán que yo..., eh... —Las tres adultas me miraron con curiosidad, pero la mirada que sí me ponía ansioso y a punto de hiperventilar eran esos ojos celestes revolcados con verde—. Es que... —El timbre de la casa sonó, de inmediato sentí como el alma me regresaba al cuerpo—. Iré yo —dije apresuradamente y salí a grandes pasos de ahí.

Miré a través del cristal de la puerta y era Charles, solté un gran suspiro de alivio. Abrí la puerta y me hice a un lado para que pasara. Me evaluó con sus ojos y luego sonrió. Pronto entramos y Charles saludó a todos, sobre todo a Lucy que lo asaltó con mucha euforia. Y en todo ese momento no logré evitar la forma en que Camille me observaba..., pendiente de cada expresión y movimiento que yo daba, mi amigo me codeó, él también había notado eso.

—Charles vino por mí, necesita que lo ayude con unos asuntos... —dije. Rogando porque mi mamá no se le diera por no dejarme ir.

—Pero si no has cenado —respondió, Mishelle.

—Porque no cenan y luego se van —intervino Martha, conciliadora como siempre. ¡Pff!

—Me parece una gran idea... —respondió Charles, por lo que antes que concluyera, le di un pisotón a su pie—. ¡Uhg! —Se quejó.

—Creo que no debes retrasar más ese asunto —intervine. Dedicándole una mirada furibunda.

—Si..., tienes..., razón... —contestó entre dientes. Él se lo había buscado.

—¿Pasamos luego por ustedes? —cuestioné a mi mamá.

—No, yo las iré a dejar luego —respondió Martha, con expresión divertida.

—Las veo luego —dije. Me despedí con la mano.

Charles se estaba despidiendo de mi hermana, cuando pronto noté por el rabillo del ojo que Camille venía en mi dirección, fingí demencia y di media vuelta sobre mis pies, con disposición a



salir, pero ella pronto me alcanzó.

—¿Estás bien? —Cerré los ojos, mis hombros se tensaron, los vellos de mis brazos se erizaron, comprendí que mi cuerpo despertaba ante ella y era inevitable intentar cualquier cosa para evitarlo. Volví a verla y asentí con la cabeza.

—Charles me necesita para unas cosas —expresé, tratando de verme casual. Camille me estudió con sus hermosos ojos, buscando un rastro de mentira, lo cual me hizo palidecer.

—Te veo después entonces. —Acepté y la miré fijo a los ojos, permitiéndome, por un par de segundos, perderme en sus estanques aguamarinas.

—¿Nos vamos? —La voz de Charles me sacó del trance en que me encontraba.

Sacudí la cabeza, «*es lo mejor*», me dije. Nos despedimos de Camille y al salir de la floristería..., me sentí muy mal. Me sentía como un cobarde, «*lo eres*», admití. Pero no podía hacer otra cosa. Nada que no incluyera perderla.

Charles condujo hasta un bar, se estacionó y bajamos. El lugar era tranquilo, había pocas personas y había una banda que tocaba en vivo. Buscamos una mesa y pedimos unas bebidas.

—Gracias por salvarme —dije, tomando un trago a la bebida que recién nos habían traído.

—Descuida, hoy por ti mañana por mí. —Asentí, muy de acuerdo—. ¿Quieres hablarlo?

—Ya qué. —Me encogí de hombros—. Es por Camille.

—Ya lo intuía. Pero la pregunta es: ¿Qué pasa con ella? —Solté un largo y profundo suspiro. Esa era una pregunta muy complicada de responder, pues significaba admitir que ella comenzaba a provocarme cosas fuertes. Suspiré.

—Solo cosas buenas y agradables. Y eso me aterra —respondí. Charles sonrió de lado—. ¿Recuerdas que te dije que ella y yo éramos un imposible?

—Sí, ¿ya cambiaste de opinión? —Moví la cabeza de izquierda a derecha.

—Lo reitero. Es solo que..., por más que intento convencerme de verla solo como una amiga..., no puedo. Esto que siento es más fuerte que yo. Y me aterra, Charles. No quiero perderla —confesé y decirlo disminuía un poco mi agonía, solo un poco.

—Quizá debes dejar de retener todo lo que sientes y dejarlo fluir... —Negué con la cabeza, con mucho pesar—. Escúchame inútil —espetó—. Míralo desde este punto: tú eres el canal del río y el agua son tus sentimientos, todos juntos, los que te genera Camille, tu familia, tú mismo, etcétera.

—¿Un río? —pregunté incrédulo. Lo vi rodar los ojos, le di otro trago a mi bebida.

—Que te calles cabrón y déjame hablar —suspiré, hice un ademán desdeñoso e indicándole que siguiera hablando—. ¿Has visto las presas que construyen los castores? —Moví mi cabeza de arriba abajo, ¿y eso qué mierdas tenía que ver conmigo y mis problemas románticos?—. Imagina que esa presa es el bloqueo que le pones a la corriente de tus sentimientos, evitando que pasen libremente.

—Ajá —mascullé. Charles rodó los ojos ante mi desinterés.

—¿Qué pasa con el agua nueva que va llegando? Después de la lluvia, sea como sea que llegue. Se une a la antigua, y provoca que... —Hizo un ademán con su mano para que yo terminara su frase.

—Que se acumule el agua —bufé.

—¡Exacto! No eres tan tonto como pensé —comentó divertido, provocando que le sacara el dedo medio—. En fin, al acumularse la presión se vuelve mayor y tarde o temprano la presa puede colapsar o el agua rebasar el caudal. A menos que poco a poco se deje fluir.

—Resumiendo —dije. Pensé un momento—. Yo soy el canal del río; Camille forma parte del

agua, ella y lo que provoca en mí, bla, bla, bla, y la presa es el bloqueo que intento poner... — Charles estuvo de acuerdo, animándome a que siguiera hablando. Pero yo no le entendía ni mierda —. Y tú dices que debo dejar fluir el agua por qué... —Entrecerré los ojos, demasiado confundido.

—¡Porqué si no vas a rebalsar! —exaltó, alzando la voz—. Qué bruto eres, hombre. —Rodé los ojos—. ¿Entendiste?

—*Yep*. Sí, entendí que... ¡Eres un lunático! ¿Qué quieres que haga?, ¿qué deje fluir lo que siento y ya no ejerza presión sobre mí mismo, ya que eso lo hace aún peor? —Inhalé aire. Miré a Charles y sonreía de oreja a oreja, como el gato de Alicia en el país de las maravillas. Luego, caí a cuenta todo lo que había dicho y que el maldito tenía razón. Yo mismo me estaba ahogando en algo que sencillamente estaba fuera de mis manos.

—Lo sé, soy el mejor —dijo, poniendo sus manos tras su cabeza y allanándose la silla—. Pondré un consultorio de terapia y consejos en mi tiempo libre. —Sonreí al tiempo que rodaba los ojos—. Es que soy tan genial con mis ilustraciones que ni *Shakespeare* me gana. Soy hasta mejor que...

—¡Ya basta! Tranquilo —dije divertido. Charles asintió con la cabeza y se irguió—. Debo admitirlo, tienes toda la razón.

—Eso no es nada que deba sorprenderte —dijo, guiñándome un ojo.

—Sí y también que la arrogancia es tu mayor característica —espeté. Sonrió con suficiencia.

—Arrogante, filósofo, carismático y sexy, sobre todo sexy. ¿Qué más puedes pedir? Tienes suerte de ser mi amigo. —Palmeó mi espalda.

Le di un trago a mi bebida mientras analizaba todo lo que Charles había querido decirme..., en su peculiar ilustración. Y algo sí entendía entre tanto y era que la batalla en contra de mis sentimientos la tenía absoluta y completamente pérdida. Ya que los sentimientos que Camille me despertaba eran mucho más fuertes que yo..., y tarde o temprano se iban a salir de mis manos. Pues, contenerlos era como contener un torrente de agua con las manos, era inevitable e imposible.

Comprendí que solo estaba retrasando lo inevitable y en consecuencia de mis inútiles intentos de apaciguar mis emociones, lo único que estaba consiguiendo era ahogarme en mi sentir, en algo que era irremediable. Sin embargo, ¿qué debía hacer?, ¿dejar fluir todo con total libertad sin ponerme a pensar en las posibles repercusiones?, ¿ayudaría en algo a mi apesadumbrada alma el que ya no ejerciera fuerza en contra de mis sentimientos?, ¿o todo sería peor?

—Brandon, no te tortures —pidió Charles, sacándome de mis cavilaciones—. Sea lo que sea que deba pasar, pasará y nada de lo que intenten, tú o ella, va a poder ir en contra. Ahora, lo único que puedes hacer es dejarte llevar.

Llegué a casa y tan pronto lo hice mi madre se fue a dormir, luego pasé por la habitación de mi hermana quien dormía plácidamente sin ninguna preocupación. Solté un suspiro profundo; a veces deseaba retroceder el tiempo y regresar a mi niñez, esa etapa en donde nada me preocupaba y ningún problema me quitaba el sueño, pero eso era imposible.

Yo ya era un adulto y sabía qué era no poder dormir por algo que te agobia, porque falta dinero y, justo en ese instante, por amor. Y yo no quería sufrir por amor, porque dolía. Era como si me pisotearan el corazón, como si intentaran arrancarlo de raíz. Todo gracias al suplicio de no querer perder a Camille. ¿Por qué todo tenía que ser tan difícil?, ¿por qué no podía solo intentar ganarme su corazón? Regresé a mi habitación.

—Debes encontrar una forma —susurré, en la penumbra—. Debes buscar una forma de

arrancar ese amor de tu corazón. —Me insté con apremio—. Si no..., la perderás y no puedes permitirte eso. Debes encontrar una forma. —Y con esa resolución me dormí.

Miércoles, por la mañana, llegué un poco desvelado a mi trabajo, resultado de un inestable descanso y eran tanto el cansancio que sentía que constantemente bostezaba y me perdía en mis pensamientos. Estaba muy despistado, cuestión muy rara en mí, sin embargo, tanto era que, en ese instante, mientras organizaba unos cubiertos, no me percaté de la persona que había entrado al local y que estaba de pie, justo frente a mí. Pronto escuché como se aclaraba la garganta, reprimí un bostezo.

—Buenos días, soy Brandon O'Donnell, ¿puedo tomar su orden? —pregunté, tomando mi libreta antes de siquiera ver a mi cliente.

—Hola, hijo —respondió una conocida voz. De inmediato detuve lo que estaba haciendo, alcé la cabeza y lo vi, sin poder creerlo aún—. Tanto tiempo sin verte, ¿qué tal has estado?

—¿Qué hace aquí? —pregunté, sin ocultar mi molestia y descontento.

—Yo..., no vine a pelear, Brandon. Solo pasaba por aquí cerca y decidí venir a verte... ¿cómo están?, ¿cómo está Lucy y tu madre? —preguntó, regalándome una sonrisa que no pude corresponder ni aunque quisiera. Fruncí el ceño.

—Eso es algo que a usted no le importa —espeté. Solté un bufido, en serio, no me encontraba de humor para lidiar con él.

—Por supuesto que me importa, aunque no me lo creas... Brandon, yo solo quiero llevar la fiesta en paz. Soy viejo ya y quiero vivir mis últimos años cerca de ustedes, mi familia —dijo, muy agobiado. Comencé a negar con la cabeza, eso era imposible.

—¿Qué familia?, ¿la que abandonó a su suerte? —Negué—. Lo siento, pero yo no le creo nada. Esa “familia” que dice está muerta, murió el día en que mi padre falleció, *su hijo* a quien abandonó y no apoyó —escupí con desdén, con toda la intención de lastimarlo.

—Brandon, por favor. Dame una oportunidad de remediar un poco el daño que cometí. Se lo prometí a tu padre —suplicó. Cerré mis manos, encajándome las uñas, tratando que de esa forma se canalizara mi enojo. Añadió—: Hagámoslo por él. —Solté una risa sarcástica.

—Ni loco, escuchó. *Lárguese de aquí* —dije con lentitud—. Usted no tiene nada que hacer aquí y yo no tengo nada que escuchar de usted.

—Brandon, ¿sucede algo? —preguntó mi jefe, observándome un poco preocupado y eso me alarmó, porque era la primera vez que me miraba así. Negué con la cabeza y con mi mandíbula tensa. Murmuró algo que no entendí, así como no le quitaba la vista a ese sujeto que cuando debió apoyarnos..., nos dio la espalda, ¿por qué hacer nosotros lo contrario?

—Descuide, yo ya me voy... —Marcos asintió y luego de dedicarme una mirada llena de advertencia, se fue. El otro señor añadió—: Entiendo tu enojo y merezco tu trato, sin embargo, solo te suplico que me perdones para que podamos comenzar de nuevo. Piénsalo, ¿sí? —dijo, luego se dio media vuelta y se fue. Afuera lo esperaban un par de escoltas que lo llevaron hasta una camioneta negra polarizada. De inmediato cerré mis ojos y respiré varias veces, intentando calmarme. Pues verlo, esos pocos minutos, había logrado despertar todo el odio que poseía. ¡Lo odiaba!

—¿Ese hombre es tu abuelo? —preguntó Marcos, ya había pasado un buen rato desde que, ese señor, que se suponía era mi abuelo, se había marchado.

—Ese hombre no es nada mío —repuse. Mi jefe no dijo más y me dejó solo con mi diatriba mental. Ya que las palabras de ese hombre rondaban mi cabeza.

*«Dame una oportunidad de remediar un poco el daño que cometí. Se lo prometí a tu*

*padre...»*

Sin embargo, contemplar la idea de perdonarlo e intentar ser una familia, me enfermaba. Sencillamente no podía. No podía perdonarle que, por su culpa, mi padre estuviese muerto. Por su miserable egoísmo, por creerse mejor y más que las personas que no eran de su círculo social. ¿Cómo se atrevió a rechazar a mi madre?, ¡A la mujer que su hijo amaba!, y darle la espalda a su hijo y a su familia.

Y porque más valieron sus prejuicios y su idea de lo que sí era correcto para hacer de todo para evitar que mi papá cometiera una locura —como decía Antonio, mi abuelo, ¡pff!—; como por ejemplo: desheredarlo y cerrarle todas las oportunidades de trabajo, logrando que pasáramos tiempos llenos de escasez y quizá yo era muy pequeño cuando todo eso pasó, pero no por eso podía borrar de mi mente todas esas veces que mi papá llegó tan tarde y cansado de trabajar. “Mi abuelo” mató de a poco a mi papá, ese hombre era un asesino.

## CAPÍTULO 13 Medidas

A la salida de mi trabajo, me fui hasta la escuela de mi hermana y durante todo el trayecto intenté despejar de mi mente todos esos pensamientos que me torturaban y me llenaban de odio, porque no quería que mi hermana me viera así. Pero las imágenes de mi padre se proyectaban en mi cabeza: de él y mi madre felices, jugando conmigo cuando estaba pequeño y de lo felices que estaban cuando Lucy llegó a nuestras vidas. No obstante, él ya no estaba y por culpa de ese monstruo, mi hermana había sido exenta de crecer con el apoyo y cariño de papá.

Pronto me encontré a la salida de la escuela, minutos después divisé a Lucy, quien venía jugando quién sabe qué cosa junto a su amiga y Dylan.

—¡Lucy! —grité, pues ella miraba a todos lados buscándome. Al escucharme me saludó con su tan característica euforia. Sonreí a verla correr en mi dirección mientras se despedía de sus amigos, gritando que ya había llegado su hermano por ella.

Emprendimos camino, mientras la escuchaba contarme todo lo que había hecho ese día en la escuela. Entonces al recordar hacía dónde nos dirigíamos..., mi mundo se desestabilizó, ya que recordé que estaba a minutos de ver a Camille. ¡Jesús!

No me encontraba preparado ni mental ni emocionalmente para encararla. Además, sabía que si la veía..., era capaz de hacer una tontería, sentía que el poco control que me quedaba estaba por esfumarse en el aire. Y no quería ni imaginarme lo que sucedería. Pensé algo rápido para persuadir a mi hermana de ir a la floristería.

—Eh..., enana, ¿qué dices si nos vamos a casa y le llamamos a Charles para que llegue? — Lucy ladeó la cabeza, contemplando mi propuesta.

—¿Estás seguro que llegará? —Tragué grueso, si le decía que no lo estaba, seguramente preferiría ir a comer galletas donde Martha.

—Claro que sí, chaparra. Ya sabes, a él le encanta ver películas contigo —dije con convicción.

—Bien. —Asentí con la cabeza, sintiendo como un peso era quitado de mis hombros..., por al menos las siguientes horas.

Cuando llegamos a casa le marqué a Charles, rogando porque me respondiera y accediera a llegar, así como si no podía, esa propuesta no volvería a funcionar. Sin embargo, y para suerte de todos, no tuve que convencerlo, pues Lucy solita había logrado, en un santiamén, convencerlo. Y mientras mi hermana miraba televisión, yo estaba en la cocina preparando palomitas de maíz y batidos de chocolate. Todo con tal de mantener ocupada mi mente, tarea no tan sencilla, he de admitir.

Estaba sentado en el suelo al lado de mi hermana viendo *Valiente*, cuando el timbre sonó. Me levanté al tiempo que tomaba un puñado de palomitas de maíz, entonces abrí esperando ver a Charles, pero mi gran sorpresa fue: verlo a él en compañía de Kenneth, mi ex. Genial, ¿no? Sonreí, tratando de ocultar mi incomodidad, ya que sentía que huía de un fracaso amoroso para estrellarme con otro antiguo.

—Hola, Brandon. ¿Cómo has estado? —preguntó. Relajé mi expresión y elevé las comisuras de mis labios en una sonrisa amable. Más no podía hacer—. Espero no te moleste que haya venido, estaba con Charles en la universidad y quise pasar a saludarte —dijo un poco apenada.

Sacudí la cabeza en una negativa, mostrándome divertido.

—Brandon, ¿puedo comer helado? —preguntó Lucy desde el interior de la casa, Mishelle aún no llegaba de trabajar.

—Espera, ya te sirvo un poco —respondí, al tiempo que me hice a un lado—. Pasen —alenté. Kenny negó con la cabeza, claramente nerviosa.

—Oh no, solo vine a saludar —dijo, excusándose. Iba a responder, sin embargo, Charles se adelantó.

—Vamos, Kenny. Solo un rato —dijo Charles, sonriéndonos cándido. Lo maldije para mis adentros. La aludida aceptó y entró. Cuando fue el turno de Charles, añadió—: ¿Qué hay? —Levantó su mano para saludarme, pero solo lo fulminé con la mirada—. Ya me lo agradecerás —murmuró en respuesta. Fruncí el ceño.

—¿Qué estás planeando? —Se encogió de hombros y entró, acerqué mis manos a su cuello, dramatizando que lo estaba ahorcando.

—Hola preciosa —dijo Charles, sentándose donde minutos antes yo estaba—. ¿Qué estamos viendo? —preguntó, metiéndose un puñado de palomitas de maíz a su boca.

—Valiente —respondió mi hermana, tomando de su batido y mirando intensamente a Kenny.

—Hola Lucy, que hermosa estás —halagó Ken, sonriéndole a mi hermana..., quien estaba con el ceño fruncido. ¡Ay mierda! Lo que me faltaba. Ken ignoró la expresión de mi hermana y añadió—: ¿Te gusta esa película? Porque es de mis favoritas. —Y mi hermana no dijo nada.

—Lucy—dije entre dientes, pasando junto a ellos pero dirigiéndome a la cocina, por copas con helado para todos.

—Hola —dijo, muy escueta. Solté un suspiro cansino, pronto Kenny me alcanzó en la cocina.

—¿Te ayudo?

—Si quieres —respondí. Ella dio un asentimiento y se acercó a la encimera donde tenía las copas y comenzó a servirles helado, mientras yo buscaba las cucharas. Entretanto, tratamos de ponernos al día. Minutos después, Kenny salió de la cocina, llevando consigo dos copas con helado, la seguí mientras me llevaba las otras dos y respondía a una pregunta que recién me había hecho.

—¡Shh! Déjennos ver la película —exigió Charles—. Dame eso —pidió, señalando la copa, la cual, tan pronto pudo me arrebató.

Con Kenny decidimos dejar al par de niños viendo la película. Ya que constantemente nos callaban cuando intentábamos hablar de algo. En ese momento, nos encontrábamos en el comedor hablando de trivialidades, poniéndonos al día de lo que había sido de nuestras vidas en todo ese lapso que teníamos de no frecuentarnos, no tocando en ningún momento el tema del rompimiento de Charles y Paola. Aunque tenía entendido que ellas ya no eran amigas, por lo que pasó con mi amigo o algo así.

—¿Te está yendo bien en la carrera? —pregunté. Ella ladeó la cabeza.

—Sí, a finales de este año egreso y ya solo me faltaría hacer el trabajo de grado. —Sacudí la cabeza, muy feliz por ella. Seguimos hablando, ella inquirió en si pensaba regresar a la universidad y terminar mi carrera en *Administración de empresas*, a lo cual dije que haría pronto, o al menos eso esperaba.

—Vamos, remienda el vínculo que se rompió —exclamó Charles, fruncí el ceño, al igual que Kenny.

—¡Charly el sol está saliendo! —gritó mi hermana, muy preocupada. Rodé los ojos, siempre era lo mismo.

—¡Remienda el vínculo, pelirroja cabrona! —gritó mi mejor amigo, sacándole una risotada a mi hermana.

—¡Charles! —reprendí, temiendo que luego Lucy lo repitiera.

—No cambia —dijo Kenny. Estuve de acuerdo con ella, esta última sonrió y miró la hora en su reloj de muñeca—. Bueno, ya es hora de que me vaya. Me alegró mucho verte, hay que repetirlo. —Sonreí en respuesta—. Adiós Lucy, espero verte pronto —dijo amablemente pero mi hermana solo comió de su helado como si no hubiese escuchado nada—. Eh... —Me miró claramente confundida, le regalé una sonrisa de disculpa—..., te veo luego. Adiós Charles.

—Adiós, te veo en el campus —respondió mi amigo. La acompañé a la puerta y ahí intercambiamos números.

Cerré la puerta y entré, quedándome parado a pocos metros de donde estaba mi hermana y mi amigo. Ellos sintieron mi presencia y me miraron, Charles confundido y Lucy sabedora de que estaba por regañarla.

—¿Qué fue ese comportamiento, Lucy? —cuestioné, cruzándome de brazos. Soltó un suspiro y se encogió de hombros.

—Ella no me cae bien —confesó. Fruncí el ceño, al igual que Charles.

—¿Pero por qué? —preguntó Charles, mirándola inquisidor.

—Es una zorra —respondió, así de forma casual. Mis ojos casi se salen de sus cuencas.

—¡Lucy! No digas eso. —Ella se encogió de hombros y Charles comenzó a reír como un demente.

—Tú se lo dices a Charly —dijo, defendiéndose. La risa de mi amigo cesó.

—Pero nosotros ya estamos grandes. —Se defendió Charles.

—¿Tengo que crecer para decir lo que ustedes dicen? —preguntó, claramente interesada. Pasé una de mis manos por la parte posterior de mi cabeza. Estábamos en un lío.

—No..., tú no debes hablar así —repuse.

—¿Por qué no? —cuestionó, cruzándose de brazos.

—Bueno señorita, el problema aquí es que fuiste muy mal educada, eso no se hace y además, no debes llamar *zorra* a las mujeres, sin importar quienes sean. —Consintió resignada, al tiempo que me miraba de esa forma que compraba a cualquiera. Sacudí la cabeza en una negativa—. No, esa cara no puede conmigo —dije, tratando de parecer molesto.

—Charly. —Mi amigo tenía sus ojos cerrados, mi hermana sabía de lo que era capaz con una de esas miradas.

—No pequeña, no intentes sobornarme.

—¿Qué es sobornar? —preguntó cándida. Rodé los ojos al cielo, ¿qué sería de nosotros en unos diez años?

—Tú... —Señalé a Lucy—..., ve lavarte los dientes y a hacer la tarea. Y tú... —Charles me miró, frunciendo el ceño—..., ayúdame a lavar los platos. —Caminé para la cocina y llamé nuevamente a mi amigo, dejando a Lucy sentada con su mochila en manos.

—Zorra —musitó Charles con un dejo de diversión, le di un golpe en su brazo e hice el ademán de cerrar una bragueta en mis labios—. No me dejaras mentir, pero eso estuvo gracioso. —Negué con la cabeza y me concentré en hacer bien mi tarea. Mi madre llegó después e invitó a Charles a quedarse a cenar, sin embargo, no podía, pues al día siguiente tenía una prueba importante.

Después de la cena, dudé si comentarle a mamá sobre la visita de ese hombre a mi trabajo, pero debía hacerlo. Así que cuando Lu se fue a la cama, le conté todo lo que había pasado, sin

guardar ningún detalle. Y aunque trató de persuadirme de mi comportamiento, diciéndome que solo era cuestión de tiempo para enmendar la relación y que sería bueno que le diera una oportunidad. Todo con tal de cumplir la voluntad de mi papá.



Al día siguiente, ese hombre no se apareció. Por lo que logré hacer mi trabajo como siempre y para entonces mi humor había mejorado mucho. Por lo que me encontraba más tranquilo y emocionalmente más equilibrado. Así que ese día no tenía ninguna excusa para no ir a la floristería, para ver y hablar con Camille.

Luego de pasar a traer a mi hermana, dimos rumbo a la floristería. Y me sentía muy bien, aunque estaba nervioso por no saber cómo actuaría al momento de tenerla frente a frente, no era tan sofocante como antes. Pues estaba dejando fluir todo.

—Buenas tardes —dije, fingiendo una voz más ronca, con el propósito de confundirlas y que pensarán que había llegado otro cliente.

—Buenas tardes en qué le puedo... —Camille se apareció apresurada en la recepción, deteniéndose de inmediato al vernos, para luego sonreír..., lo cual comenzó a acelerar mis palpitaciones—. Hola, qué malos son, me han engañado —acusó. Lucy soltó una risa divertida.

—Fue idea de Brandon —dijo mi hermana delatándome. Camille alzó sus cejas con asombro.

—¡Ey! —Pellizqué las costillas de mi hermana—, me traicionaste... —Lucy se encogió de hombros y entró a la casa luego de soltar otra risotada. Añadí—: Creo que buscare a otro compinche.

—Creo que sería lo mejor —dijo—. Ella no te es muy leal. —Solté un suspiro y estuve de acuerdo pero fingiendo estar triste. Nos quedamos en silencio unos cuantos segundos—. Ayer..., no vinieron, ¿pasó algo? —preguntó.

—No, nada —dije. Camille afirmó con la cabeza.

—Qué bueno, con Martha nos preocupamos —¡Oh santo cielo!, se preocupó por mí. «*Por los dos*», refutó mi conciencia. Aclaré mi garganta.

—Es que tuvimos unas visitas y por eso no logramos venir. —Me encogí de hombros y sonreí—. Charles y una vieja amiga... —No logré evitar decirlo, así como tenía la esperanza de ver alguna emoción, si le decía que era mi ex. Patético, pero estaba desesperado por encontrar el indicio de algo, una mísera señal.

—¿En serio?, eso es bueno —comentó. Acepté pero aquí venía la bomba.

—Sí, tenía mucho de no verla. Era mi ex y como veras, cuando todo terminó decidimos alejarnos un tiempo —dije, prestando atención a todos los gestos que, en esos segundos, ella demostró y lo único que percibí fue asombro.

—Retomando la amistad, eso está bien. —Elevé las comisuras de mis labios en una sonrisa, una muy vaga—. Bueno, te dejo. Tengo cosas que hacer. —Asentí y luego desapareció por la puerta de cristal que daba al jardín. Solté un suspiro exasperado.

«*Es absurdo Brandon que esperes una reacción diferente. Ella solo te ve como un amigo. Solo eso eres y serás para ella. Aprende a vivir con eso*», me dije. Entrecerré los ojos e intenté guardar todas las emociones que despertaban en mí: tristeza, decepción y un corazón que comenzaba a desquebrajarse poco a poco.



Mismo que se rompería del todo si seguía aguardando una esperanza de algo que simplemente no pasaría. De un imposible. «*¡Con un demonio, supéralo!*»

Froté mi rostro, pues comprendí que estaba sobre la *estrecha línea* que señalaba que estaba justo en medio de tener un corazón enamorado o uno que sentía nada más que una fuerte atracción.

Y no sé, ¿quizá ya era tiempo de intentar algo para alejarme lo más posible de ese extremo que me dañaría? ¿Pero cómo?, quizá si buscaba algo o alguien con quién distraerme de esos pensamientos. Saqué mi teléfono y tecleé algo rápido:

**Brandon:** *¿Estás ocupada mañana por la noche?, soy Brandon O'Donnell.*

Esperé un tiempo prudencial en lo que la contestación llegaba.

**Ken:** *Déjame verificar mi agenda... estoy libre.*

Sonreí con su mensaje, eso era lo que quizá necesitaba, distraerme de esos sentimientos que me llevarían a una situación lastimosa.

**Brandon:** *¿Podemos salir?*

Y comenzaría en ese instante.

—Necesito ayuda. —Charles comenzó a reír al otro lado del teléfono—. Es en serio, necesito ayuda. *Tu ayuda* —inquirí.

—¿Y qué tengo que ver yo en tu embrollo? —Giré sobre mi cuerpo para quedar boca abajo sobre la superficie de mi cama, al tiempo que enterré mi cabeza sobre la almohada, ahogando un grito de frustración. Así como morir de asfixia, comenzó a parecerme una gran idea en esos momentos.

«*Murió asfixiado y enamorado*». Seguramente sería el título en los periódicos del día siguiente. ¡Jesús! Me sentía perdido, y es que, ¿cómo se me había podido ocurrir semejante locura?, ¿qué demonios estaba pensando cuando decidí invitar a Ken a salir? ¡Era una mierda de hombre! Liberé mi nariz para poder respirar. No podía utilizar a Ken, no era correcto.

—... mi... amigo. ayudarme... cruel —dije, pero la almohada obstruía mi boca para hablar con claridad. Lo escuché reír al tiempo que maldecía.

—¿Qué diablos estás diciendo? —preguntó divertido. Giré mi cuerpo de nuevo.

—Que eres mi mejor amigo y que tú debes ayudarme, no seas cruel, Charles. —Comenzó a reír de nuevo—. No puedes abandonarme ahora que más te necesito. Además, tú..., tú la llevaste a mi casa ayer y el que la haya invitado a salir, es en parte culpa tuya. Hazte cargo —dije, quedándome sin aire en el proceso.

Sin embargo, sabía que Charles no era el culpable —no del todo—, en que yo hubiese cometido semejante tontería, ¡santo cielo!, estaba tan desesperado que no pensé las consecuencias y solo me dejé guiar por mi orgullo de hombre herido. Porque sí, de nada valía negarlo, el que Camille no le importara que yo saliera con mi ex, me había lastimado. En consecuencia, yo solito me había buscado todo eso, desde el momento que esperé cosas..., que no sucederían. Y, en ese instante, debía actuar como un hombre y hacerme cargo de mis actos, pero lo que pasaba era que..., no quería. Sí, era todo un cobarde.

—Oye, oye. Yo solo la llevé para que aumentaras tu círculo de amigos. —Hice mi mano un puño e imaginé que Charles era mi teléfono y casi, casi, le doy un golpe. ¡Esa era una mentira barata! Porque lo conocía y sabía que estaba tramando algo. Charles seguramente planeaba unirme a Ken, su mejor amiga, y yo como todo un estúpido se lo estaba poniendo tan fácil.

—No juegues conmigo, Fitz —escupí—, porque yo vi la cara que hiciste. Y..., y..., además,

recuerda lo que me dijiste: *Me lo agradecerás*. ¿Qué mierdas significaba eso? —cuestioné. Lo escuché suspirar. Lo había descubierto, el muy maldito había querido hacerle de Cupido. «*Pero más tonto fuiste tú por caer redondito*», espetó mi consciencia. ¡Es que era un imbécil!

—Está bien, sí, sí la llevé con la intención de remover tus sentimientos por ella. Como dicen: *Donde hubo fuego, cenizas quedan*. —Suspiré, quería matarlo y a mí después. Añadió—: Lo siento. Pero, Brandon, ¿qué tiene de malo que salgas con ella? Eso no significa absolutamente nada. —Cerré los ojos. Sí, quizá esa salida no significaba nada, no obstante, los verdaderos motivos que me habían llevado a hacer tal propuesta era lo que me hacía sentir desleal y un sinvergüenza.

Porque ni yo ni nadie tenía el derecho de usar a otra persona con tal de olvidarse de alguien más. Yo no podía utilizar a Kenneth para olvidarme de Camille.

—Es que entiéndeme. Yo no puedo salir con alguien más mientras pienso en otra persona —expuse, tratando de hacerle ver mi punto.

—Entiendo, pero míralo desde este otro punto: quizá ella sea tu salvación. —Rodé los ojos, Charles era un dolor en el trasero—. No quieres enamorarte de Camille, tal vez salir con Kenny te ayuda a despejarte la mente. —Sin embargo, quién podía asegurar que yo no estaba ya enamorado de Camille. Ni siquiera yo mismo me atreví, en ese momento, a darle respuesta a esa inquietud.

—No, Charles. Cancelaré, le enviaré un mensaje o le llamaré. Pero no, no iré —dije firme—. Entiéndeme, no quiero lastimar a Kenny, no debo ni quiero usarla.

—Comprendo. ¿Sería todo más llevadero si voy con ustedes? —Sonreí abiertamente.

—¿Sabes que te amo, verdad? —Comenzó a reír, proponerme aquello había liberado un enorme peso de mis hombros.

Quedamos que en una hora pasaría por mí y yo ya me sentía mucho mejor. Ya que si iba Charles, esa “salida”, pasaría de ser una cita a una salida entre amigos. Porque no quería arriesgarme, porque si bien yo tenía en claro mis sentimientos, no quería que Kenneth confundiese las cosas, no quería lastimarla de nuevo.

Poco antes que la hora de la salida llegara, le envié un mensaje a Kenny, anunciándole sobre que Charles se nos unía. Y su respuesta fue muy aceptable y eso me tranquilizaba. Pronto mi madre me aviso que mi mejor amigo había llegado a recogerme, me revisé por última vez en el espejo y salí de mi habitación.

Entonces al ver a Charles a los lejos no pude evitar soltar una estruendosa carcajada; él y yo nos miramos de pies a cabeza, pues íbamos prácticamente iguales: camisas a cuadros en azul. Alegamos a que íbamos idénticos y que nadie iba a poder distinguirnos. Mi madre y Lucy no paraban de reír. Y es que si Charles no fuera chaparro, con ojos y cabello cafés, ¡pasaríamos por gemelos!

Emprendimos camino, primero pasaríamos por Ken y luego decidiríamos a dónde ir.

—¿Viste a la dueña de tu corazón hoy? —preguntó, pasado un rato. Volví a verlo con una media sonrisa.

De inmediato todos los recuerdos de la pasada tarde se proyectaron en mi cabeza como diapositivas. Pero, ¡claro que la había visto!, e inevitablemente recordé lo hermosa que se miraba vistiendo un sencillo pantaloncillo corto y una blusa naranja, junto a su cabello en una coleta alta, dejando a la vista sus hermosos ojos, sus mejillas y labios. ¡Santo cielo! Cada vez me costaba más estar cerca de ella sin contenerme en mirarla todo el tiempo, por lo que muchas veces tenía que desviar los ojos antes que ella me atrapara *infraganti*. Todo con tal de no liberar mis sentimientos

y cometer una imprudencia..., y aunque sabía que todo era solo de cuestión de tiempo, el miedo me paralizaba.

—Sí la vi, hermosa como siempre —dije, soltando un suspiro. Camille me encantaba cada día más, si era eso posible. Charles se mofó un poco, pero después se concentró en el camino.

En poco tiempo llegamos a la casa de nuestra otra acompañante. Se subió al auto y nos saludó. Me detuve un segundo en su atuendo, se miraba bonita, no podía negarlo, sin embargo, no pude evitar compararla con Camille —lo cual era un tremendo error—, y comprender que eran totalmente diferentes. Porque Camille era *tan* hermosa, sus ojos proyectaban tantas cosas que me dejaban sin aire, con ella me sentía completo y poderoso, como si pudiese salvar al mundo... Pero con Ken nada de eso pasaba ni pasó cuando estuvimos juntos. Sonreí, tratando de disimular mi descontento.

—¿Se pusieron de acuerdo? —cuestionó Kenny, un tanto divertida al vernos vestidos iguales. Charles y yo sonreímos.

—¿Quién es quién? —preguntó Charles. Ella llevó una de sus manos a su barbilla y simuló estar en una dura batalla para poder distinguirnos.

—Es una difícil decisión..., pero me arriesgaré y diré que tú... —Señaló a mi amigo—... Eres Brandon y tú eres Charles, ¿acerté?

—¿Qué dices Brandon, acertó? —cuestioné a Charles, quien no dejaba de sonreír mientras conducía.

—No lo sé, Charles, parece falso —espetó mi amigo.

A partir de ese momento los tres comenzamos a divertirnos, compartiendo más bromas sobre la identidad de “mi gemelo” y la mía. Y entre tanta broma y risa pronto llegamos a un bar que estaba en el centro de la ciudad. Entramos sin ningún problema, gracias a los conocidos de la prima de Kenny. Nos ubicamos en una de las mesas situadas cerca de la pista de baile, a un costado de donde estaba un *DJ* tocando música en vivo, así como al otro lado teníamos la barra.

—¡Ya vengo, iré por una bebida! —gritó Charles, y luego que le dijéramos qué queríamos se fue a la barra. Recorrí todo el lugar con mis ojos, buscando alguna figura conocida, porque mi terco corazón no dejaba de fantasear en mi mente con el que me encontrase a Camille en ese lugar, cuestión que era imposible que pasara, pues ella estaba segura en su casa.

—¡Esa canción es buenísima! —dijo Kenny, llamando mi atención. Ladeé la cabeza, prestándole de inmediato más atención a la letra. Y para empeorar todo, al reconocer la canción que sonaba..., recordé que era de una banda que ella amaba y de la cual yo solía regalarle discos. De inmediato un tumulto de recuerdos se vino a mi cabeza, eran incómodos y agradables, pero en un inútil intento por revivir la añoranza, me aferré a ellos.

—¿Recuerdas cuando fuimos al concierto?! —pregunté por encima de la música. Kenny ratificó con la cabeza al tiempo que sonreía.

—¡Estuve a punto de proponerte matrimonio ese día! —bromeó, o eso quise creer, sin embargo, logró que soltara una risa divertida—. ¡He ido a otros conciertos pero ninguno como ese! —Fruncí el ceño y sacudí la cabeza, sintiéndome divertido. Añadió—: ¡La compañía no fue tan buena ni las canciones! —Sonreí de lado, sin saber qué decir o cómo actuar. ¿Ella me estaba dando a entender que me extrañaba? No quise averiguarlo.

—¡Me extrañaron! —dijo oportunamente Charles. Y casi lo abrazaba con gratitud, sin duda que él me había salvado esa noche más de una vez. Nos dio una cerveza a cada uno—. Fue lo mejor y más rápido que logré conseguir. El barman más bien parecía que iba a terminar de despachar todo mañana. —Kenny y yo nos encogimos de hombros y luego llevamos la lata a nuestras bocas. Tenía

una gran sed, por lo que cuando el helado líquido ambarino bajó por mi esófago, la sensación fue refrescante.

Seguimos otro rato hablando ahí en la mesa, pero al parecer a los tres nos cosquilleaban los pies por ir a la pista a bailar. Pues constantemente hablábamos mientras movíamos nuestras cabezas, los brazos y sumando a Charles con sus extraños pasos de baile. Así que tiempo después nos dirigimos a la pista. La música era muy movida, lo cual no era problema para poder bailar los tres juntos. Aunque en su mayoría eran parejas las que había nuestro alrededor, nosotros disfrutábamos de nuestro baile, el cual era con pasos descoordinados.

En ese momento, Kenny estaba haciendo los pasos de la macarena, yo de un robot y Charles movimientos ochenteros. Sin duda era de las mejores noches, que en años, no había tenido con amigos.

Cuando los pies nos comenzaron a doler; como si hubiesen sido molidos con un martillo, regresamos a nuestra mesa y esta vez fui yo quien fue por otros tragos, solo para Ken y para mí pues Charles, a excepción de una cerveza, ya no bebería nada. Me abrí paso entre la multitud, chocando con montones de cuerpos sudorosos y con olor a alcohol.

Pedí dos bebidas y me apoyé en la barra, me decanté por seguir observando todo el lugar. Busqué la mesa de mis amigos y con un poco de dificultad logré distinguirla. Bueno no fue tan difícil, ya que en la mayoría de las mesas que los rodeaban, había parejas haciendo cosas, ¿qué cosas? Eh..., actos “inocentes”, como besos, toqueteo por aquí, toqueteo por allá. Sin embargo, otra mesa llena de chicas, llamó mi atención. Fue cuando una de ella me pareció conocida...

—¡Aquí están tus bebidas! —gritó el barman. Me giré y luego de pagarlas, me dirigí a la mesa de mis amigos. Entonces me llevé una gran sorpresa.

La chica que me parecía familiar, era ni más ni menos que Paola. Y no fue el verla ahí lo que me hizo palidecer, sino que notar que ella se dirigía al baño..., para lo cual debía pasar sí o sí, por donde estábamos nosotros.

«*Charles...*»

«*¡Mierda!*»

## CAPÍTULO 14 Caos

**T**raté de llegar a la mesa lo más rápido que pude, pero la conglomeración de personas no me lo ponía fácil. La mayoría de la bebida, se perdió en el camino, sin embargo, eso era lo que menos me importaba. Mi cometido era llegar y evitar que se llevara a cabo alguna pelea. No sabía lo que mi amigo podía hacer con un poco de alcohol en su sistema. Llegué justo a tiempo y como si todo se estuviese pasando en cámara lenta, observé como Charles reía y giraba su cabeza..., hasta toparse con la mirada de Paola y reparar en *su* presencia, mientras ella se detenía y dudaba un segundo en si ir a, ¿saludar?, ¿estaba loca esa mujer?

Dejé las bebidas sobre la mesa y volví a ver a Kenny, esta se mostraba afligida ante la escena de Charles y Paola, más un posible enfrentamiento. Me acerqué a mi amigo y puse mi mano sobre su hombro, tratando de calmarle la ira que, seguramente, estaba comenzando a emerger.

—Tranquilo... —murmuré, cerca de su oído. Le di una mirada rápida a Paola y negué con la cabeza, persuadiéndola de que intentara acercarse, porque no era ni el momento ni el lugar para una escenita. Pronto se fue y se perdió en la oscuridad del lugar.

—¡Mierda! —exclamó, dándole un golpe a la mesa—. ¡¿Tú le dijiste?! —acusó a Kenny, muy enojado.

—¿Cómo se te ocurre siquiera insinuarlo?, ¡por supuesto que yo no le dije nada! —Se defendió, muy indignada. Y yo también dudaba que ella fuera capaz de algo semejante, además se notaba que para Paola también había sido una gran sorpresa.

—¡De todos los bares en la ciudad tenía que encontrarla aquí! —exclamó, muy incrédulo. Hice una mueca con mis labios, a eso podía llamarle mala suerte.

—Por favor, Charles. No seas un exagerado, era obvio que algo así podía pasar tarde o temprano. No es que haya muchos bares en la ciudad —dijo.

—¡Eso qué importa! —estalló. ¡Genial!

—Lo que quiero decir es que no debes permitir que te siga afectando tanto. Entiende, la ciudad no es tan grande para que vayas por ahí muy campante sin verla. —Y tenía razón. Charles cerró sus manos en puños, liberando toda su furia a través de sus nudillos, luego sacudió la cabeza.

—Tienes razón, discúlpame. —Kenny le dedicó una sonrisa conciliadora.

Cuando la hora de irnos llegó, entre Kenny y yo, logramos llevar a Charles al auto. *Sip*, mi amigo —y el conductor designado—, se había pasado de copas y no quise detenerlo, entendía que ver a su ex lo afectaba demasiado y a quién —en sus mismas circunstancias—, no le afectaría. Conduje primero a la casa de Kenny y cuando llegamos, me bajé de la camioneta para ir a dejarla hasta su puerta.

—Me divertí mucho, fue genial la idea de salir los tres —dijo sonriendo. Solté un suspiro de alivio, después de todo, la habíamos pasado realmente bien.

—Sí, yo también me divertí. —Nos sonreímos, en ese momento un aire incómodo se posó sobre nosotros.

—Me apenó mucho lo que pasó en el bar, pero te prometo que no le dije nada a ella, ni siquiera nos hablamos. —Asentí con la cabeza, estaba seguro que no lo había hecho.

—Descuida, te creo y Charles también. Lo que te dijo fue solo por el calor del momento. Sino míralo después, estuvo pidiéndote perdón más veces de las que pude contar. —Soltó una risa.

—Gracias, bueno..., feliz noche, te veo luego. —La vi titubear un poco en cómo despedirse, así que tomé la iniciativa y besé su mejilla.

—Que descanses. —Sonreí. Volví sobre mis pies y regresé al auto.

Charles dormía plácidamente boca arriba en el asiento de atrás. Sonreí triste, me dolía verlo así..., y lo peor de todo era que yo no estaba lejos de sufrir lo mismo. Y al parecer a ninguno le estaba yendo bien en el amor, ambos sufríamos, aunque por motivos distintos, pero un mismo originador: el corazón. Éramos un dúo desquiciado por el amor. Sin embargo, lo bueno era que estábamos juntos, para darnos apoyo y salvarnos de nosotros mismos.

Charles se fue muy temprano a su casa, mascullando que su tía iba a matarlo por no avisar que no llegaría a dormir y yo me decanté a burlarme. Tiempo después me fui a cumplir con mis obligaciones en el trabajo. Ya ahí, al momento de dejar mis cosas en el casillero, noté que tenía un mensaje, para mí no tan sorpresa era Kenneth.

**Kenny:** *Ayer la pasé genial, espero que lo repitamos pronto.*

Teclé algo rápido en respuesta:

**Brandon:** *Dalo por hecho, ;) que tengas un gran día.*



Los días comenzaron a pasar con rapidez, convirtiéndose en semanas. Ya íbamos a mediados de junio y en todo ese tiempo mi relación con Camille fue avanzando, *más* de lo que alguna vez creí posible. Y era bueno, me alegraba tal resultado. Pero, así como nuestra amistad crecía, mis sentimientos por ella no eran la excepción. Avanzaban, aumentaban y cada vez me era mucho más trabajoso el poder dominarlos, y a no ser porque mi cerebro lograba hilar mentiras con rapidez, quizá para ese momento ya me hubiese delatado en más de una vez.

Sin embargo, mis pequeños deslices verbales no eran tan graves por el momento, no pasaban de algún piropo que me había nacido decirlo un segundo antes. Pero no podía decir lo mismo de mis expresiones, pues estas sí que me dejaban en evidencia. Entonces para evitar algo mayor, me vi en la necesidad de buscar actividades para distraerme, y así lograr apaciguar el acelerado crecimiento de mis sentimientos.

Y en primera instancia pensé también en recurrir a *Kenny*, pero no en el plano amoroso, sino que necesitaba una amiga y comencé a salir con ella, como en los viejos tiempos —no cuando éramos pareja, un antes de eso.

Porque cuando nos presentaron; en aquella cita doble, seguimos saliendo como amigos, porque nos agradaba pasar tiempo juntos, pronto se volvió una linda costumbre, que creí era amor y que quizá también era el momento de intentar algo más. Lo hice, funcionó en un corto tiempo, pero como había dicho, era una costumbre que confundí con algo más.

Retomando en punto inicial: salía con ella y Charles. También comencé a planear mi entrada a la universidad y seguí trabajando. Eran un montón de actividades que sí, efectivamente, me distraían, empero, distracción no es sinónimo de superación. Porque Camille seguía presente en cada uno de mis pensamientos.

Asimismo, cada vez que buscaba alejarme, aunque fuese un poco, algo siempre me unía a ella: un juego con mi hermana, ayudarle a Martha, salir a comprar, preparar café o cualquier cosa trivial. Y es que, mientras el destino se empecinaba en unirnos, el miedo se explayaba en mi ser y

me volvía un caos lleno de intentos fallidos.

—Entonces qué dices, ¿rojo o negro? —Rasqué la parte posterior de mi cabeza.

—¿Rojo o negro? —pregunté de vuelta, Kenny rodó los ojos y soltó un suspiro de frustración —, ambos vestidos seguro te quedan bien —aseguré, ella sonrió divertida.

—Gracias, fuiste de gran ayuda —dijo burlándose. Se dio la vuelta y regresó a su armario. Cuando salió llevaba otro vestido en sus manos. Moví mis manos, me negaba a ayudarla a elegir entre tres vestidos.

—Por favor no me tortures más —supliqué. Si lo hacía, nos iba a agarrar la tarde. Comenzó a reír y a negar con su cabeza.

—Descuida, creo que escogeré este —dijo encogiéndose de hombros, a lo que yo fruncí el ceño, ¿entonces para qué diantres escogió los primeros dos vestidos si al final se llevaría otro? ¡Mujeres!, rodé los ojos.

—Y me dirás al fin, ¿cómo es que se llama? —cuestioné interesado. Llevaba un buen rato pidiéndole que me dijera el nombre de su cita, pero se negaba en hacerlo. La vi morderse el labio inferior, frenando una sonrisa, estaba muy feliz con esa cita, se le notaba demasiado.

—Diego —contestó, sus ojos brillaban y su rostro tenía un leve rubor. Rodé los ojos, pero me encontraba muy feliz por ella, pues al fin había encontrado a alguien que le llamara la atención. Además, porque eso significaba que entre ambos las cosas podían seguir muy bien, en el plano de amigos.

—¿A qué hora pasará por tí? —cuestioné con tono protector. Ya le había dicho que fuera con calma, que si él le decía que se fueran a un lugar “para hablar más cómodos”, se negara y le rociara gas pimienta en los ojos.

La quería mucho, ella no era mala persona y en esos momentos me lamentaba *mucho* el no haber podido corresponderle de la misma manera. Todo hubiese sido más sencillo si estuviese enamorado de Kenny. ¿Pero cuándo el amor va a ser fácil?

—En... —Miró la hora—... una hora —respondió y salió corriendo hacia el baño.

—*Okay*, entonces me voy. Muchas gracias por acompañarme. —Ella asomó su cabeza y sonrió.

—Con mucho gusto lo haré siempre, suerte con Camille. —*Sip*, ella ya sabía todo lo que me pasaba con la aludida, se lo había contado en un minuto de desesperación de no saber qué hacer.

Al principio no comprendió por qué tanta resistencia y silencio de mi parte, pero después de decirle como era ella, del temor que tenía de perderla, comprendió y me apoyó. Aunque al igual que mi amigo, me aconsejaba que lo mejor era que diera rienda suelta a lo que sentía y que me arriesgara, antes que algo pasara y me arrepintiera de mi silencio—. Ve por ella, tigre —dijo, ya dentro de su baño. Sonreí negando con la cabeza.

Salí de su casa, ese día era viernes y había pasado con Kenny casi todo el día, pues me había acompañado a la Universidad para dar seguimiento a los trámites para entrar a la universidad. Había sido un día genial, solo esperaba concluirlo de esa misma manera. Anduve por las calles de *Greenville*, el calor de la tarde comenzaba a ser sofocante pero el cielo amenazaba con derramarse a cantaros.

Di rumbo a la floristería, Lucy se encontraba ahí, gracias a las vacaciones de verano y a que Martha la cuidaba mientras mi madre y yo andábamos trabajando. Estaba a un par de cuadras de mi destino cuando la lluvia comenzó a caer con furia. Estuve alrededor de veinte minutos esperando que la lluvia cesara, pero seguía igual de torrentosa, y debía llegar pronto donde Martha para recoger a Lucy e irnos a casa. Entonces, decidí marcarle a Charles, tal vez andaba de

suerte y estaba cerca. Le marqué y hablé con él justo antes que mi teléfono se apagara por la batería baja. Minutos después Charles aparcó el auto frente a mí, bajó corriendo con un paraguas y corrimos de regreso al auto.

—Muchas gracias, te debo una. —Sacudió su cabeza, quitándose los restos de agua—. ¿Podemos pasar dónde Martha? Ella está cuidando a Lucy —dije. Asintió con la cabeza.

—Está bien. ¡Vamos a ver a tu amada! —Rodé los ojos, aunque en realidad no me había molestado su comentario.

Entramos a la floristería y ahí encontramos nada más a Martha y a Lucy. Y, al parecer, Camille había salido a hacer unas encomiendas y debido a la lluvia aún no llegaba, lastimosamente no había forma de comunicarnos con ella, así que con una opresión en mi pecho nos fuimos a casa antes de que la lluvia enfermara a mi hermana.

Sin embargo, con cada minuto que avanzaba y con cada cuadra que nos íbamos alejando de la floristería, mi corazón era apretujado. Y trataba de calmarme, pero la sensación no se iba, al contrario, se hacía más pesada.

Pronto llegamos a casa. Charles se dio una ducha en mi cuarto y yo fui a preparar chocolate caliente para que nuestros cuerpos cogieran un poco de calor. Mi hermana salió de su habitación con un pijama de unicornios puesto y se sentó sobre el sofá a ver televisión, luego Charles hizo lo mismo. Seguí haciendo mi tarea, pero era como estar en dos lugares a la vez, mis actos estaban en la cocina, pero mi cabeza flotaba y se iba muy lejos de ahí.

Minutos después mi madre llegó, más tarde de lo habitual, debido a la tormenta. Cuando terminé de preparar el chocolate caliente, me encerré en mi habitación con la excusa de que iba a tomar una ducha —en parte era la verdad—, pero lo hice porque esa opresión en mi pecho me tenía ofuscado al punto de que ya estaba entrando en desesperación.

Deseaba saber si Camille ya había regresado. «*Llámale a Martha*», sugirió mi consciencia. Tomé mi móvil pero el mismo estaba descargado, lo conecté y aguardé a que se cargara un poco, sin embargo, fue tanta mi desesperación que decidí salir de mi habitación con la intención de pedirle a Charles que me llevara a la floristería. Pues algo dentro de mí me decía que algo no estaba bien.

—Ey, Brandon. —Charles entró a la habitación justo cuando yo iba a salir—. Ya me voy, el centro de la ciudad al parecer está en penumbra, no quiero que el tráfico empeore. —Asentí con la cabeza, esa era mi oportunidad.

—¿Me puedo ir contigo? Es que..., tengo el presentimiento de que algo no está bien en la floristería. ¿Podemos ir a ver si ellas están bien? —Mi amigo rodó los ojos—. Por favor, Charles —suplicué. Me sentía afligido y el no saber si esa sensación tenía razón de ser, me exasperaba.

—¿Qué te pasa? —preguntó apenado.

—No lo sé, solo sé que tengo que ir...

—¿Por qué no les llamas? —Le expliqué que mi celular no tenía nada de carga. Soltó un suspiro y me tendió el suyo, marqué el número de mi tía con dedos temblorosos, esperando que al hablar con ella se calmara un poco lo que sentía. Fue peor.

—Fuera de servicio —dije, tragando grueso, en definitiva debía ir.

—Está bien, vamos entonces.

Le dije a mi mamá que iría a cerciorarme de que Martha y Camille estuvieran bien. Y no muy gustosa me dejó ir, no sin antes pedirnos que nos cuidáramos y tratáramos de regresar pronto. Pasamos mi vecindario y pocas casas después tenían luz. El centro de la ciudad estaba oscuro, a excepción de la luz de los autos que al pasar iluminaban un poco aquellas calles. Y durante todo



ese tiempo no paré de repetirme que todo estaría bien, que ellas estaban bien. Pronto llegamos a la floristería y todo estaba igual que afuera, lúgubre.

—Charles, déjame aquí. Iré a ver si ellas están bien, te llamo luego. —Charles frunció el ceño y declinó.

—No te dejaré aquí solo, te esperaré. —Asentí.

—Gracias, ya vuelvo. —Y bajé.

Llamé a la puerta, pero el bullicio de la calle impedía que se escuchara. Entonces intenté abrir y, no sabía si para mala o buena suerte, pero *esta* estaba abierta. Adentro, todo se sentía diferente, y no sabía si era una locura mía o alguna señal sobre lo que estaba pasando. Pero de lo que sí fui consciente fue de una extraña corriente que se extendió por todo mi cuerpo; alertando mis sentidos, acelerando los latidos de mi corazón.

Algo no estaba bien...

Todo estaba en silencio absoluto. Y nunca era así. Crucé la recepción, escuchando mis latidos tras mis orejas, y con cuidado caminé rumbo al interior, pero la poca luz no ayudaba a que viera con facilidad pues chocaba constantemente con cosas. Retrocedí unos cuantos pasos, pero pronto choqué contra algo...

—¿Qué haces?

—¡Ahh! —Grité y giré bruscamente—. Tú... —Apunté a Charles con una mano mientras la otra la llevaba a mi pecho—... ¡¿Qué te ocurre?! ¡Casi me matas de un susto!

—Lo siento, te tardaste y quise entrar a ver si todo estaba bien.

—Deberías de aprender a tocar la puerta, toser, no sé... un gas, ¡algo! Así evitas asustarme así. —Seguía con una mano apoyada en mi pecho, esperando a que los latidos de mi corazón se nivelaran—. Jesús, Charles. —Él rodó los ojos, luego comenzó a inspeccionar el lugar, hice lo mismo—. Parece que no hay nadie, pero la puerta estaba abierta —dije, con mi palpitación ya *casi* normalizada.

—Quizá han salido a comprar. —Ladeé la cabeza, eso podía ser cierto, pero algo me decía que no, alejé rápidamente ese pensamiento. Se giró a verme—. Deberías de haber visto tu cara. —Comenzó a reír—. Era una expresión de... —Torció sus ojos y boca imitándome.

—Que te den Fitz. —Le pedí su móvil y marqué de nuevo el número de Martha. Esperando a que esa sí vez contestara. Unos cuantos timbres pasaron cuando atendió—. Hola, Martha.

—¿Brandon? —preguntó.

—Sí, soy yo. Eh..., solo quería preguntarte si todo está bien. —La sensación de alerta cada vez se hacía más grande. Tragué grueso, «*por favor que me diga que todo está bien*», pensé.

—Sí, ¿por qué?, ¿sucede algo?

—No. O bueno, estoy aquí en el negocio y parece que no hay nadie... —Omití el hecho de que habían dejado la puerta abierta.

—¿No está Camille ahí? —Y solo escuchar esas palabras tambalearon mi mundo.

—¿No está contigo? —pregunté alarmado. Charles volvió a verme, le pedí que inspeccionara todo el lugar, afirmó con la cabeza y luego lo vi perderse en la oscuridad del interior.

—No, ¿y sabes dónde podría estar? —Aferré con una de mis manos un mueble, tratando de encontrar equilibrio, pues sentía que la habitación comenzaba a dar vueltas. Seguí hablando con mi tía, mientras aguardaba a que Charles dijera algo.

—¡Camille no está aquí! —gritó, desde el jardín, que fue lo último que revisó. Martha preguntó con insistencia si estaba Camille ahí, tragué grueso.

—No, Martha. Ella no está —dije, sintiendo que me faltaba el aire. La escuché murmurar algo,

se estaba alterando. Intenté calmarla—. Iré a buscarla, quizá anda por aquí cerca y por la tormenta no ha venido. Te aviso si la encuentro. —Colgué luego que ella anunciara que venía de camino. Volví a ver a Charles y sintiendo mi corazón estrujándose, añadí—: Iré a buscarla.

—Quizá quisiste decir: iremos a buscarla —repuso. Sonreí apenas. Salimos del local y nos subimos al auto—. ¿Una idea de dónde comenzar? —Froté mi rostro con ambas manos, demasiado frustrado y aterrorizado.

—No sé..., tal vez fue a caminar al parque, a comprar..., no sé... —dije, tratando de encontrar algún indicio de dónde podría estar.

—Ey, tranquilo. La encontraremos —dijo, tratando de tranquilizarme, cuestión que sería, casi imposible, a menos de tenerla sana y a salvo, junto a mí. Cerré los ojos con fuerza, tratando de hacer de todo lo que pasaba un mal sueño, queriendo despertar, pero era en vano. El miedo a que le hubiese pasado algo se incrustó en mi pecho, estrujó mis pulmones y comencé a tener dificultades para respirar. «*Debo encontrarla*», me repetía en un intento de calmarme.

«*¿Dónde puede estar?*», me pregunté. Y lo peor de todo era que, con cada minuto que pasaba, la sensación que algo no estaba bien..., se acrecentaba, y trataba de no prestarle atención, no obstante, me era muy difícil, ya que las circunstancias no ayudaban y menos cuando se trataba del bienestar de Camille. Asimismo, mi mente no dejaba de pensar en miles de catastróficas escenas y aunque trataba de contrarrestarlas, si soy sincero, no pude.

Y me estaba volviendo loco, porque entendí que ella era parte importante de mi vida, Camille era mi vida...

Dimos vueltas a la redonda, cuadra por cuadra y ninguna señal había de ella. Charles trataba de tranquilizarme, haciendo comentarios positivos, intentando que no perdiera el control, pero la impotencia me carcomía y los hubieras eran como ácido recorriendo mis venas.

Y es que si no hubiese estado tan empecinado en negarme a mí mismo que estaba enamorado de ella, quizá todo eso no había pasado. Me había obligado a creer que mi mundo no giraba alrededor de ella, cuando era así. ¡Qué imbécil había sido!

Seguimos por un par de lugares más, andábamos cerca de la universidad, las calles gracias al cielo ya estaban iluminadas, lo cual me tranquilizaba un poco, sin embargo, mi paz no regresaría hasta tenerla entre mis brazos. Pasamos una calle más y fue cuando una silueta llamó mi atención. Forcé mis ojos para lograr distinguir si no era un fantasma, pero cuando comprendí que era ella, abrí la puerta del auto, sin importarme que estuviera en movimiento, bajé y corrí en su dirección.

—¡Camille! —grité, la aludida giró sus pies y en el segundo que me vio corrió hasta mí y me abrazó. La envolví en mis brazos, sintiendo como empapaba mi ropa y en como su cuerpo temblaba con ímpetu. Pero lo que estrujó mi corazón fue escucharla llorar, seguido de las palabras que dijo y que irremediamente desestabilizaron mi mundo entero.

—Brandon, ayúdame —suplicó, con su voz temblorosa. La apreté aún más contra mi pecho, tratando de calmar el frío que la atenazaba, quería que sintiera que estaba para ella, que fuese lo que fuese que le sucedía yo la ayudaría y nunca la abandonaría. Me alejé un poco para ver su rostro lo acuné y limpié sus mejillas, mi corazón se fue desprendiendo de apoco al verla así—, me encontraron, me encontraron, ayúdame por favor..., debo irme —dijo, regresando a mi pecho, soltándose en un torrencial de llanto, amargo y desconsolado. Abrí mis ojos con sorpresa y miedo, la abracé de vuelta, sin poder sacar de mi cabeza sus palabras, la habían encontrado, pero... ¿quiénes?, ¿por qué debía irse?

La sostuve en mis brazos mientras lloraba, acaricié su espalda buscando que poco a poco el llanto fuera cesando y porque me dolía verla así, aún más al pensar que deseaba irse. Hundí mi

cabeza en su cabello, sintiendo como en mi pecho se había desatado el mismísimo infierno. «*Me encontraron, debo irme...*», no entendía qué era lo que pasaba, pero lo que sí sabía era que no iba a dejarla sola, Camille era mi vida, ella..., era la dueña de mis sentimientos.

Y me negué a dejar que se marchara; antes —me juré—, que lucharía contra quién o qué fuera que la tenía así, antes lucharía contra el mismo demonio, pero Camille..., estaría a salvo y a mi lado, como siempre debió de ser, porque de lo contrario..., dolería. Comprendí que para ese instante yo estaba más que enamorado de ella y que era imprescindible estar junto a ella.

Y por Camille, ese día, le dije adiós a mis miedos e inseguridades y di paso a la determinación. Decidí que daría todo por ella.

### **III Parte**

*Sin importarles el pasado solo un sentimiento*

## CAPÍTULO 15 Fuego consumidor

### Camille

Todo estaba mejorando; podía sentir la libertad rozándome la punta de los dedos, sin embargo, cuando intentaba aferrarme a ella..., esta simplemente se me escurría de entre los dedos. Pero la sentía cerca y eso me había bastado por el momento. Entonces *justo* cuando estaba intentando olvidar mi pasado; dejando filtrar un poco de luz a la oscuridad que me rodeaba y me perseguía, *justo* cuando comenzaba a rehacer mi vida y a tener amigos, cuando más tranquila me sentía y cuando menos pensé que ese pasado regresaría. Lo hizo.

Y su aparición fue como una bola gigantesca que se aproximaba a una gran velocidad, estampándose contra mí, desquebrajándose y regresándose a esa densa y lúgubre oscuridad. Volviendo solo para recordarme que nunca podría salir de todo ese pasado, para recordarme lo que era y seguiría siendo: nada.

Cerré los ojos con fuerza, ¿por qué la vida tenía que darme la esperanza de libertad y luego arrebatármela sin piedad?, ¿por qué tenía que ilusionarme con hacerme creer que todo mejoraría cuando pasaría todo lo contrario? Había sido como si me diera alas para volar, con la promesa que podría alejarme de todo cuanto pudiera, sin embargo, seguía enjaulada.

Ese día me había levantado con buen ánimo, aunque sentía un extraño pesar, decidí ignorarlo y seguir con mi día como siempre hacía. Salí de mi habitación y me dirigí a la cocina, donde escuché el sonido de la estufa y de platos.

—Buenos días, Martha —saludé. Ella giró y me sonrió con alegría.

—Buenos días, Cami. —Se acercó y me regaló un abrazo, el cual recibí y devolví gustosa, me sentía tan en deuda con ella. Pues desde un principio me había brindado hospitalidad y poco a poco comencé a sentir esa casa como mi verdadero hogar. Pero la bomba de tiempo estaba por explotar y arrasaría con todo y todos, a menos que yo actuara.

—¿Puedo ayudarte? —cuestioné, acercándome a la estufa.

—Claro, pon la mesa por favor. —Sacudí la cabeza e hice lo que me pidió, mientras hablábamos de cosas insignificantes.

Luego de comer abrimos el local y comenzamos a montar todo, las flores, arreglos y demás. Trabajar bajo el sol abrazador no había sido un problema para mí; pues luego de pasar casi cuatro años encerrada, rodeada de sombras, los rayos calientes eran bienvenidos. Pronto la mañana pasó y de vez en cuando sentía una opresión en el pecho, pero seguí ignorando todas esas señales que anunciaban que mi fin estaba cerca.

Por la tarde atendimos unos cuantos pedidos, luego Martha me dijo que saldría a comprar unas cosas. Entonces a pesar que por alguna razón no quería que ella se fuera, no dije nada y alegué que eran paranoias mías, que nada pasaría.

—Floristería y decoraciones Martha. Buenas tardes, ¿con quién tengo el gusto? —pregunté a quien estaba en la línea telefónica. Iba anotando todo lo que la mujer al otro lado me decía, querían un servicio completo de decoración para una boda, me alegré de inmediato pues era más trabajo. Colgué y comencé a revisar las flores que teníamos para hacer ese pedido. Estaba sumergida en mis anotaciones, imaginando maneras de hacer la decoración para esa boda, cuando

el teléfono volvió a sonar, era el mismo número.

Y fue ahí cuando un sudor frío me recorrió por completo y un terrible presentimiento me asaltó. Pasé saliva con dificultad y atendí.

—Floristería y decoraciones Martha, ¿con quién tengo el gusto? —pregunté, pero pasaron varios segundos en los que nadie dijo nada, pero escuchaba algo..., como el sonido de la respiración de una persona—. ¿Hay alguien? —pregunté alarmada. Una tétrica risa vino a continuación.

—Te encontré, mi hermoso Lirio. —Un segundo después, el teléfono cayó sobre el suelo haciendo un estrepitoso sonido por toda la habitación. Comencé a negar con mi cabeza, tratando desesperadamente de hacer de mi realidad un mal sueño, pero la pesadilla era verdadera. Él me había encontrado, para atraparme y llevarme de vuelta.

Salí, corrí y corrí, sin importarme nada, ni nadie, y a sabiendas de que era la decisión más estúpida que pude cometer jamás. Sin embargo, lo hice en un inútil intento de huir de ese pasado que estaba acechándome, que estaba por atraparme y acabar conmigo de una buena vez. Porque sabía que ya no tendría una segunda oportunidad, porque esa llamada marcaba el fin de mi existencia en ese mundo.

Choqué contra muchas personas en mi intento por alejarme de las garras de ese mezquino hombre. Y de vez en cuando me parecía ver a los hombres que visitaban aquel lugar, me parecía ver a todas aquellas mujeres que sufrían, lloraban y eran maltratadas y usadas al igual que lo fui yo.

Cuando ya no tuve más fuerzas y el aliento se atascaba en mi garganta; busqué un lugar en donde descansar, en donde poder hundirme en la miseria que se estaba convirtiendo mi vida, nada diferente a como había sido por cuatro horribles años.

Sentía mi pecho como el mismísimo infierno; el cual ardía con un *fuego consumidor*, que arrasaba con todo lo que en mí había, acabando con lo poco que tenía y carbonizando mis sentidos, la felicidad que apenas había logrado rozar y terminando sin compasión con todos aquellos hermosos recuerdos que empezaba a atesorar. Dejándome, de nuevo, sin nada.

Y sentada en aquella banca del parque, lloré. *Lloré* como nunca antes lo había hecho, llena de miedo, pánico, sintiendo como la oscuridad regresaba y me envolvía en su manto cargado de penuria y muerte. Porque todo era diferente en mí, en ese momento, así como luego de haber probado la felicidad, la seguridad y el cariño de las personas por mí de forma desinteresada, reconocer que todo estaba por acabar fue como probar la hiel.

Me había acostumbrado *tanto*, en esos pocos meses, a esa vida, que ahora reconocer que quizá no era para mí, había sido la jugada más cruel que el destino me había hecho. Me demostró que había sido una equivocación aferrarme a algo que no era mío, que no merecía.

Un torrente de lágrimas brotaba de mis ojos y era incontenible. Entretanto, me recriminé por haberme demorado tanto en ese lugar, cuando mis planes desde un comienzo habían sido no permanecer demasiado tiempo, sino moverme constantemente, sin embargo, debía ser consciente de que algo dentro de mí salvaguardaba la esperanza de no ser encontrada, de poder permanecer en *Greenville* por más tiempo..., para siempre. Porque en este lugar había encontrado todo aquello que se me había negado por años y que, no sabía, necesitaba tanto.

«¡Dios!, *Ya no quiero estar sola...*»

Cerré los ojos con fuerza, sintiendo como un hueco era cavado en mi pecho, dando lugar para que el fuego que me consumía se asentara ahí. Pronto la lluvia comenzó a caer del cielo grisáceo, mezclándose con mis lágrimas, observé como las gotas caían con fuerza, empapándome, así como

el frío, poco a poco, comenzó a calar.

E inevitablemente, en ese instante —sintiendo esa enorme soledad y ese vacío—, me cuestioné la existencia de un Dios. Y es que, me era tan difícil creer en un ser místico y poderoso, ya que luego de pasar tantas noches implorando ayuda y no recibir respuesta, con el paso del tiempo dejé de hacerlo, de rogar, cansada de no recibir respuestas.

Estaba cansada de luchar, de seguir en esa vida que sencillamente no me apetecía, menos en ese instante que sentía la muerte tan cerca, la oscuridad estirando sus hilos, tanteando hasta poder aferrarme y sumergirme en aquel poso cenagoso del cual había logrado salir. Y, sencillamente, ya no quería seguir muerta en vida, en ese momento la muerte me parecía una opción tentadora, pues para las mujeres como yo, que han vivido tantas cosas y han sufrido muchas más..., la vida se resumía en nada y la muerte en liberación.

Asimismo, me era tan difícil creer que toda la destrucción que había terminado con mi familia, había surgido a partir de un deseo por mejorar nuestra calidad de vida. Sin embargo, ¿quién diría que esos buenos deseos iban a terminar con la vida de los seres que más a amé?, ¿qué iba a llevarme a aquel tenebroso mundo que amenazó con destruirme si me negaba a obedecer y a sucumbir ante él? Otra vez todos los recuerdos salieron a la superficie, amenazando con teletransportarme a aquellos días cuando todo comenzó.

#### *Cuatro años atrás.*

A mis quince años, mi vida se podía resumir en tranquilidad, tenía lo necesario, mis padres me amaban y protegían, contaba con una familia que me procuraba, tenía amistades que hacían de mis tardes momentos inolvidables. ¿Cómo podía imaginar que eso algún día iba a cambiar?, ¿qué de un minuto a otro me quedaría sin nada? Todo comenzó cuando mis padres decidieron dejar nuestro país de origen: *El Salvador* y viajar a los *Estados Unidos* en busca del sueño americano.

Mis padres comenzaron a hacer los planes, a buscar a alguien que los llevara y ayudara a cruzar la frontera de *México* a *Estados Unidos*, esta persona que normalmente se le conoce como: coyote. Cuando mi familia se enteró de los planes de mis padres y mis tíos, trataron de persuadirles, pero no lo lograron, ya que para ellos era lo que *debían* hacer. Saúl, quien era hermano de papá, junto a su esposa Tamara, se encargaron de conseguir a la persona que nos llevaría hasta nuestro destino.

El día de partir llegó, salimos de mi país un martes de madrugada, llegando a la frontera *La Mesilla* que colindaba entre *Guatemala* y *México*, y fue fácil. El hombre que fungía como nuestro guía conocía muchas personas que nos ayudaron a cruzar sin problema, él mismo nos prometía y llenaba la cabeza de palabras esperanzadoras, alegando que el viaje sería pesado que llegaríamos a nuestro destino, que todo valdría la pena.

Pronto el camino ya no era en auto, autobús o tren, fue a pie. Caminábamos horas y horas, días enteros. Y conforme más avanzábamos, la arena comenzaba a verse, el aire a tornarse más caliente y los rayos del sol comenzaban a quemar la piel. Y mis padres, procurándome como siempre, intentaron hacer de ese viaje lo más fácil que se pudiera para mí, tratando de evitar que sufriera y aunque disminuir aquel infierno era difícil, lograban que, por momentos, resguardados en cualquier casa con más inmigrantes —*como nosotros*—, el suplicio fuera más llevadero. Reíamos, con las ocurrencias de mi padre y su hermano, de los regaños de mi madre y la esposa de mi tío hacia ellos. No podía quejarme, me protegían, no podía reclamar nada, todo eso era para una vida mejor.

«Una vida mejor...»

Llevábamos una semana de viaje y aunque se suponía que, para ese tiempo, debíamos de estar disfrutando ya de nuestra estada americana, esta parecía que nunca llegaría. Una noche, resguardados en uno de esos albergues y mientras dormíamos, un sonido estridente nos despertó a todos y, en la confusión y la adormilada sensación, los gritos, la desesperación y el llanto comenzaron a resonar por toda la habitación. Poco a poco el sonido fue más claro, era la sirena de la policía. Mi padre y mi tío nos llevaron a una salida que estaba en la parte de atrás, salimos y de entre los matorrales y las sombras logramos huir. Sin embargo, aun en la lejanía se seguía escuchando el tronar de los disparos y los gritos de la gente que no había logrado escapar.

—Bien, Saúl y yo iremos a buscar a alguien que nos ayude a cruzar, ya estamos cerca — anunció mi papá, tratando de verse resuelto, tranquilo, sin embargo, se podía percibir el tinte de angustia. Ya que estábamos solos, ya no contábamos, ni con un coyote, ni nadie que pudiera ayudarnos.

—¿No sería mejor regresar? —preguntó mi mamá, sin ocultar su miedo y en respuesta, me aferré aún más a su brazo, y es que yo también pensaba lo mismo.

—No, amor. Además, ya estamos cerca. —Papá nos sonrió tratando de tranquilizarnos, pero era imposible—. Volveré con ayuda. —Entonces se marchó. No obstante, todo hubiese sido tan diferente si mi papá nos hubiese escuchado.

Mi mamá comenzó a susurrarme palabras tranquilizantes, mientras esparcía besos por mi cabello, pero algo no se sentía bien en toda esa situación. Fue cuando todo comenzó a desmoronarse a mi alrededor.

Luego de un rato, fui consciente de un débil quejido; toda mi atención cayó sobre mi tía Tamara, quien no se miraba para nada bien, pero lo atribuí al miedo, porque nadie sabía lo que en realidad estaba pasando. Varias horas después; mi papá y tío no aparecían, lo cual nos llenó de pánico a las tres, mi tía comenzó a hiperventilar y a llorar, así como a aferrar su estómago. Los minutos siguieron transcurriendo y nosotras nos encontrábamos muertas del miedo.

—Me duele —murmuró mi tía, en un quejido lastimero, al tiempo que presionaba su vientre. De inmediato mi mamá se acercó a ella, pasó sus manos por su frente, sin poder ocultar el pánico que comenzaba a embargarla y, mientras la inspeccionaba, el color de Tamara fue desapareciendo y el dolor comenzó a arremeter contra todo su cuerpo en fuertes espasmos que la movían con violencia.

—Tamara —dijo mamá, llamado su atención—. Estás sangrando.

El aire abandonó mis pulmones; llevé mis ojos a las piernas de la aludida y justo en ese momento el alma se fugó de mi cuerpo, al ver toda su entrepierna y piernas empapadas, un lago de sangre yacía justo debajo de ella. Entre mi mamá y yo intentamos ayudarla, pero era inútil, porque la sangre no paraba de salir. Llamamos a la encargada de la posada donde estábamos y ella hizo un tónico, se lo dio de beber y aunque no sabíamos que era, pronto la fiebre comenzó a disminuir y el sangrado igual.

—¿Cuánto tenía de embarazo? —cuestionó la mujer mayor y encargada del lugar. Los ojos de mi madre se abrieron con asombro, así como mi tía comenzó a negar con la cabeza.

—Yo..., yo no estaba embarazada —respondió, con su voz a un hilo.

—Lo estabas —contestó seca, para luego salir y dejarnos solas.

Mi tía comenzó a llorar, había entrado en una crisis nerviosa. *Yo no lo sabía*, repetía constantemente. Tratamos de controlarla, pero era inútil. Al fin mi padre y tío llegaron, y al enterarse de todo, el dolor fue aún peor. Saúl comenzó a pedirle disculpas a su esposa,



recalcándose que si él no hubiera venido con nosotros, su hijo estaría vivo.

Sin embargo, pensar en todos esos hubiera, era inútil.

Una noche de domingo, el hombre que habían encontrado y que nos ayudaría a por fin cruzar la frontera, llegó por nosotros. Mi tía estaba mejor, físicamente hablando porque en su interior tenía el alma rota y un vacío que comenzaba a desquebrajar su espíritu y voluntad. Salimos y nos introdujo a una camioneta negra, condujo por horas, hasta que se detuvo en lo que parecía ser una estación de trenes.

—Se introducirán en un vagón, deben subir uno por uno —comenzó a explicar, añadió—: Los vagones estarán en movimiento, así que deben de tener mucho cuidado de no caer. Este tren los llevará hasta el *desierto de Arizona*.

—Pero mi mujer no está en condiciones de subir así —explicó mi tío. Y era cierto, apenas lograba mantenerse de pie, estaba débil y la situación lastimera no ayudaba.

—Yo ya cumplí —respondió escueto. Se giró y se subió a la camioneta, no sin antes haber recibido su paga.

Nos quedamos los cinco, viendo como el auto desaparecía dejándonos, de nuevo, a nuestra suerte. Miré a papá en busca de consuelo y seguridad, debido a que me encontraba muerta del miedo y deseando con todas mis fuerzas estar en mi casa, con mi familia, poder despertar al siguiente día y que todo estuviera con normalidad. No me importaba ser pobre, pasar carencia, prefería eso que al calvario que estaba por consumirnos y acabar con nosotros.

—Todo estará bien. —Mi papá sonrió, sus ojos de un color similar al mío reflejaban la inseguridad que sentía, sin embargo, se mostró fuerte, me encerró en sus brazos, en un abrazo que se me antojó triste y doloroso. Cerré los ojos con fuerza, quería con todas mis fuerzas que todo estuviera bien.

Los quería a ellos con bien.

«¡Dios!, duele tanto».

Porque ellos ya no estaban para acariciar mi cabello, para envolverme en un fiero abrazo, para susurrarme cuánto me amaban y que deseaban lo mejor para mí. Ellos se habían ido de la peor manera, dejándome a manos de la soledad, presa de un destino que amenazó con destruirme, sucumbir mi fortaleza, extinguir mi espíritu.

Durante todos esos días que pasé *tantas* penurias junto a mi familia, me cuestioné en más de una vez, ¿por qué dejar la comodidad de nuestro país, de nuestro hogar para perecer en un lugar desconocido?, ¿para qué tentar al destino solo por tratar de llevar una vida con más comodidades, por más dinero? Sin embargo, con el tiempo comprendí que no era en sí por avaricia, sino que el buscar nuevas oportunidades en otro país se debía a que la misma sociedad —y en donde había vivido gran parte de mi vida—, nos había orillado a hacerlo. La falta de empleo, el sobreponer siempre los intereses propios o de una *minoría privilegiada* por encima de todas aquellas personas pobres. Esa misma injusticia, esas mismas preferencias —*en personas con un buen apellido y que no necesitan nada*—, eran los causantes de tantos desastres. Eran los causantes de mi más grande pérdida.

Todas las imágenes se arremolinaban en mi memoria; podía cerrar los ojos y recordar como todo se fue al diablo cuando subimos a esos vagones. En como mi madre, luego de tantos intentos fallidos, logró subirse a uno, aguardando a que yo hiciera lo mismo. Y podía recordar tan bien el terror que sentí, en como el miedo se inyectaba en mi torrente sanguíneo, en la inestabilidad de mis piernas, en las tremendas ganas que tenía de echarme a correr y llorar como una niña. Sin embargo, lo logré gracias a la ayuda de mi papá.

Íbamos separados, mi papá —*según el plan trazado*—, iba a ser el último, ya que Saúl y Tamara iban a ir juntos. Pasamos la noche ahí, rodeados de desconocidos, de personas que bien pudieron acabar con nuestras vidas en un segundo, pero por alguna razón todo se sentía en calma, como dándonos un respiro antes de la tormenta.

Cuando la mañana llegó, todas las personas comenzaron a avisar que debíamos bajar ya. Pues en la estación estaba cerca y corríamos el riesgo que *la migra* nos atrapara. Todos empezaron a prepararse para su aterrizaje. Y era horrible ver como caían sus cuerpos, como costales de papas siendo lanzados al vacío sin ninguna piedad. Mi mamá justo en ese momento, bajó su cabeza y ladeó sus labios en una sonrisa, en un intento de tranquilizarme.

—Iré yo primero, luego correré para ayudarte, ¿sí? —Asentí con la cabeza y la abracé por última vez antes que saltara.

Miré como su cuerpo volaba y se estrellaba en un montón de arbustos, un grito se construyó en el inicio de mi garganta. No obstante, no hubo tiempo de nada más, ella se levantó al tiempo que hacía una mueca de dolor, pero sin perder más tiempo comenzó a correr y a gritar que debía hacer lo mismo *ya*.

Tomé una bocanada de aire y siguiendo las indicaciones de mi mamá, salté cubriendo toda mi cabeza con mis brazos. Caí sobre la arena, di varias vueltas, mi cuerpo se proyectó con unas rocas, ocasionando que mis brazos, la piel de mis costillas y otras partes más se fueran rasguñando. Cuando todo se detuvo, abrí los ojos y la tranquilidad me embargó cuando vi a mamá. Me ayudó a incorporarme y caminamos hasta donde estaban las vías del tren y comenzamos a ver los vagones pasar uno a uno a una velocidad infernal. Aguardando a ver al resto de mi familia.

Ese día perdimos a mi tía, quien durante el viaje y por todo el esfuerzo tuvo una hemorragia, la cual no pudo ser controlada. Todo se sumió en una oscuridad que nos atenazaba en cuerpo y alma. ¿Cuánto más íbamos a perder? Toda mi familia sufría, ¿cómo podíamos asegurar que ya nada malo iba a pasarnos?

Los días siguientes son solo un espejismo no tan claro en mis recuerdos. Llegamos hasta la frontera, mi tío nos pidió que cruzáramos, que de lo contrario nada de lo que había pasado iba a valer la pena, sin embargo, no se sentía correcto, ¿cruzar para hacer valer una muerte?

Un día miércoles —*más de quince días fuera de mi país natal*—, mientras nos preparábamos para cruzar la frontera junto a una caravana de indocumentados, el caos se desató.

Una emboscada.

Disparos, gritos, llanto y la muerte posándose sobre nosotros.

Todos comenzaron a correr en distintas direcciones, mi familia y yo, nos escondimos detrás de unos arbustos y esperamos a que el bullicio disminuyera, no sabíamos qué estaba pasando o si ya había terminado. Estando todo en silencio, salimos y comenzamos a correr de arbusto en arbusto o a todo aquello que lograra ocultarnos. De pronto, de un momento a otro, una lluvia de disparos se dirigió en nuestra dirección, justo cuando mis padres corrían a otro arbusto.

Y puedo recordar todo, como vi *casi* en cámara lenta, cuando caían en el suelo. Como en mi garganta se construía un grito y reverberaba en mi pecho, saliendo con tanta fuerza, con tanto dolor. Lágrimas calientes, el terror inyectándose en mi torrente sanguíneo, un deseo indómito de morir junto con ellos.

Con manos temblorosas intenté, inútilmente, detener la sangre que brotaba a borbotones del pecho de mi mamá —*quien ya estaba muerta*—, y del estómago de mi papá. Con el corazón hecho trizas, les rogué que no me dejaran, que aún los necesitaba. Y con el alma escapándose de mi cuerpo, presencié las últimas palabras de mi papá.

—Perdóname —musitó, haciendo un esfuerzo sobrehumano para poder hablar con claridad. Negué con la cabeza, susurrándole que estaría bien, que por favor luchara por mí—. Perdóname por fallarte, perdóname mi amor, no sabes cuánto lo lamento... —Su voz cada vez era más baja, más inestable.

Las últimas palabras de mi papá fueron para mi tío, pidiéndole que le prometiera que velaría por mí siempre, que cuidaría de mí y lucharía por darme una mejor vida.

—Lo prometo, hermano —respondió mi tío.

—No, no, no te vayas —supliqué, sin embargo, algo en mi pecho se quebró cuando vi como la vida se apaga en sus ojos.

Algo murió dentro de mí, ese día, junto a mis padres.

En mi pecho se instaló un gran vacío, la necesidad imperiosa, casi desquiciante, de retroceder el tiempo. De intentar de alguna forma de remediar todo lo que había pasado, de que mis padres estuvieran con vida.

Pero era imposible.

Mi tío trató en muchas formas de sacarme a flote, de ayudarme a superar la muerte de mis padres, empero, yo me encontraba sumergida en un letargo, en mi propia realidad, porque de lo contrario, iba a perder la razón.

Los días comenzaron a pasar, nosotros ya llevábamos casi un mes en *Estados Unidos* y los problemas por la falta de dinero comenzaron a empeorar, pues no teníamos dinero para comprar lo necesario y el trabajo era difícil de encontrar —*aún más para personas indocumentadas*—, no obstante, cuando creí que nada podía ser peor, la vida jugó su última carta, la peor.

Una noche de jueves, mi tío llegó al precario cuarto en donde vivíamos, pero no venía solo.

—Hola, Camille. ¿Cómo la pasaste hoy? —preguntó, pero sin esperar respuesta de mi parte, añadió—: Este señor se llama Alfonso... —Di un leve asentimiento, echándoles un pequeño vistazo—. Él va a darte una mejor vida, Cami. Te irás con él. —Sus últimas palabras hicieron eco en mi mente, logrando traerme a la realidad, me levanté y me alejé.

—No tío, yo no quiero —expuse, mirando con horror y decepción a Saúl—. Además, tú prometiste cuidarme, ¡tú lo prometiste! —exclamé, tratando de tragarme las lágrimas, de no quebrarme más de lo que ya estaba.

—Y eso estoy haciendo, consiguiéndote una mejor vida —dijo, tratando de hacerme entender. Negué con la cabeza y traté de escapar por la puerta, sin embargo, mi tío logró atraparme—. ¡Suéltame!, ¡tú no puedes hacerme esto! —grité, pataleando, luchando por zafarme de su agarre, de las garras que estaban alcanzándome.

Entonces como la estocada final, un grupo de hombres entraron y me arrastraron hasta la salida. Y cuando estaba en la puerta, mientras gritaba pidiendo ayuda, vi como a mi tío se le entregaba un rollo de dinero.

—¡Me vendiste! —grité, sintiendo como el miedo junto a la traición y el dolor entre mezclado con la impotencia me sobrepasaban. Mi tío —*o al que creí era mi familia*—, me miró sorprendido.

—No, no es lo que piensas —dijo, negando con la cabeza y tratando de explicar algo que estaba más que claro. Las lágrimas comenzaron a quemar detrás de mis ojos, abriéndose paso por mis mejillas, sacudí la cabeza en una negativa, negándome a creer todo lo que estaba pasando. Pero con el dolor arraigado en mis huesos, dejé de luchar.

Mi vida en ese momento terminó.

Mis padres estaban muertos y la única familia que me había quedado estaba traicionándome,

olvidando la promesa que les había hecho a mis papás, y en cambio, a la menor oportunidad sacando provecho de todo. Mi existencia, a partir de ese día, fue sumida en las tinieblas, mi voluntad fue sucumbida hasta que me convertí en la sombra de mí misma. La oscuridad y la soledad poco a poco me fueron aletargando hasta apagar la luz que en mí existía.

Tenía solo quince años, cuando presencié muchas cosas horribles, que hasta hoy en día aún amenazan con hundirme. Por tanto tiempo sufrí, fui sometida a hacer atrocidades con mi cuerpo. Casi cuatro años de maltrato, casi cuatro años de vivir muerta en vida. Sin embargo, cuando creí todo perdido, aquel percance me dio mi pase de salida, la ansiada libertad que una vez se me arrebató.

Y cuando sentí la libertad, toda mi vida sufrió un traspie, y en ese instante, me encontraba al borde del abismo, del cual apenas y había salido. Cerré los ojos, sintiendo el peso de lo que estaba pasando asentándose en mis hombros, las lágrimas escocían y corrían por todo mi rostro, mi pecho ardía y se consumía poco a poco.

Me habían encontrado.

Abracé mi cuerpo con mis brazos e inconscientemente comencé a lastimarme, deseando con todas mis fuerzas sentir un dolor más fuerte que la quemazón en mi pecho. En el instante en que el dolor comenzó a hacerse presente, escuché una voz que apareció como un claro de luz. Corrí hacía él, me aferré a sus brazos, dejé que me rodeara y seguidamente le supliqué que me ayudara.

—Camille, no llores, no llores, por favor —murmuró. Sus cálidos y suaves labios se apretaron contra mi frente, mientras me estrujaba contra su pecho—. Aquí nada te pasará, yo no lo permitiré —prometió con seguridad. Y yo le creí. Le creí por encima de mi tormento, por encima de mí misma.

Y fue porque sentir a Brandon era como un bálsamo sanador, como la lluvia luego de una larga sequía. Mi cuerpo se llenaba de paz, de seguridad y de muchos sentimientos más, los cuales cada vez me eran más difíciles de controlar.

Además, era absurdo que me siguiera negando que no me sucedía nada cuando estaba con él, y era aún más irracional que, frente a toda la oscuridad que se avecinaba, lo que más me llevaba de miedo era estar a un paso de perderlo todo. De perderlo a él. Porque Brandon era el único que lograba avivar mi moribundo corazón.

## CAPÍTULO 16 Ángel

«¿Cómo era posible que me sintiera a salvo con él?» Mi vida se había convertido en un maremoto de emociones. Por un lado, estaba la parte oscura y triste de mi pasado, la cual amenazaba constantemente con llevarme y por el otro lado estaba él. No podía explicar cómo me hacía sentir, pues era una combinación de sensaciones de las cuales no lograba encontrar las palabras exactas para describirlas.

Pero todo en general era como un subibaja, podía encontrarme en el fondo, siendo atacada por mis demonios y luego, de un segundo a otro era impulsada hacia arriba, hasta casi tocar al cielo y todo eso pasaba cuando estaba con él, todo lo bueno en medio de mis tinieblas era gracias a Brandon.

Luego de contarle a Brandon una verdad a medias; sobre un tipo que me había hecho mucho daño y de que yo había llegado a *Greenville* escapando de él. Y que, al parecer, me había encontrado. Por esa razón me encontraba muerta del miedo, él, condescendiente como siempre, me pidió que me fuera a su casa por unos días, mientras ese tipo se iba. Y acepté porque Martha —quien sabía toda la verdad—, me pidió que lo hiciera, que no me expusiera de sobra al peligro que trataba de ocultar debajo del brazo.

Y llevaba apenas dos días en su hogar, sin embargo, en ese poco tiempo Brandon me había brindado hospitalidad y había hecho de todo para hacerme sentir cómoda en todo momento, para que poco a poco fuera sintiéndome en casa, cuestión que junto a él..., podía ser asombrosamente fácil de sentir.

Pero me encontraba aterrada al sentir todo aquello.

Sin embargo, había una parte de mí que me recordaba constantemente que esa no era mi casa y que me recordaba el verdadero motivo por el cual estaba ahí. Y eso..., era el freno que me impedía instalarme completamente en ese lugar, y no solo hablaba física, sino también emocionalmente. Y por esa razón en un comienzo me había negado a quedarme; y lo peor de todo, alojarme en la habitación de aquel chico que, desde el primer instante, solo había traído luz a mi vida y que poco a poco había encendido esa chispa que por tanto tiempo creí extinta. Pero las circunstancias me habían obligado a aceptar, porque por el momento no tenía otra salida.

Así como estaba consciente de que huir, aunque era en verdad tentador, no podía hacerlo aún, porque era muy peligroso. Además, intuía que ellos seguían ahí, esperándome. Pero también sabía que tarde o temprano..., tendría que irme y desaparecer, alejarme de todos ellos, para evitar que aquellas personas maquiavélicas los lastimaran por mi culpa. Porque me negaba a ser la causante de alguna tragedia que involucrara a terceros. Porque a la única a quien, todo mi tormentoso pasado, debía de arrastrar era a mí.

—¿Puedo pasar? —De inmediato todas mis terminaciones nerviosas despertaron y los vellos de mis brazos se erizaron, con tan solo haber escuchado su profunda voz.

—Claro, es tu casa —respondí, tratando de recomponerme, de mantener a raya todos mis sentimientos, esos que exigían a gritos poder salir y mostrarse.

Escuché como se aproximaba con paso lento, y no entendía cómo, a pesar de no ser la mejor chica, ni la mejor compañía y mucho menos en esos momentos, él seguía buscando estar cerca de mí y saberme bien. No lo entendía, mi mente no lograba comprender... ¿por qué era así conmigo?

Cuando no lo merecía, porque en cambio, yo le había pagado con mentiras desde el principio, desde el instante en que le oculté que nosotros ya nos habíamos visto antes y, en ese momento, sobre lo que en realidad estaba pasándome. ¿Por qué no podía decirle toda la verdad?

«*Porque te aterra alejarlo, porque Brandon es muy importante para ti, Camille*».

—¿Cómo te sientes? —cuestionó, regalándome una sonrisa cándida—. Sé que no estás bien y quizá te parezca tonta mi pregunta, pero necesito saber si te sientes bien..., *aquí*. —Lo observé atenta, tratando de adentrarme en sus pensamientos y develar el motivo de su comportamiento tan..., indescriptible.

¡Dios!

Todo empeoraba cuando lo tenía cerca, cuando miraba sus ojos azules, cuando percibía su aliento cerca de mi rostro, su voz... ¿Qué tenía su voz que calentaba mi corazón? Suspiré profundamente y negué con la cabeza; recordando su pregunta, yo..., no estaba bien y temía nunca estarlo, por esa misma razón no podía sentirme bien en ningún lado, ni de ninguna forma. Asimismo, estaba defectuosa y a pesar de haber estado muy lejos de todo aquello esos cortos meses, por dentro me sentía igual, destrozada y confinada a aquella perpetua tormenta.

—¿Me veo bien? —inquirí, ignorando su pregunta, así como no quería hablar..., porque hacerlo significaba contarle muchas cosas que no estaba decidida a contar, al menos no todavía. Él negó con la cabeza y se sentó a mi lado—. ¿Alguna vez has sentido como si tu vida pendiera de un hilo? —No dejé que respondiera, porque sabía que nunca se había sentido así—. Pues así me siento.

Nos quedamos callados por un corto tiempo, comprendía que era difícil buscar palabras de aliento para decirme en ese instante, porque de todas formas nada de lo que me dijera iba a lograr reconfortar mi alma pisoteada.

—Déjame ayudarte... —suplicó. Volví a verlo con mi ceño fruncido—..., quizá pueda lograr que tu pena sea más llevadera. —Sonreí apenas, bajé el rostro y miré mis manos, ¿cómo iba a permitir que hiciera más de lo que ya había hecho?

Yo no merecía, ni la cuarta parte de todo lo que había hecho. Además, no quería confesarle toda la verdad, no quería contarle de mi pasado. Pero él sabía que le ocultaba algo, sus ojos me lo dejaban en claro y eso me tenía aterrada. «*Dile la verdad*», murmuraba mi consciencia, no obstante, me negaba a escucharla.

—Gracias, pero...

—Permíteme hacerlo, nada pierdes, ¿verdad? Tal vez ya sea tiempo que dejes de cargar todo lo que por dentro te quema.

Mis ojos cayeron en los suyos, algo en ellos siempre había llamado mi atención. Quizá porque la percibía distinta, porque el azul de sus ojos eran semejantes a ver al mar en quietud, sin embargo, lo que más me descolocaba era que esa paz, de alguna forma, llegaba hasta mí. Apreté con mucha fuerza los párpados, quería dejar de sentir esa lava que recorría mis venas, carbonizando todo mi cuerpo, luchando por dejarme sin nada.

—Déjame sola, por favor —supliqué. ¡Dios!, estaba cansada de luchar, ya no quería pelear contra la tormenta que en mi pecho se había desatado con furia.

Pues... ¿para qué combatir?, si yo ya lo había hecho y no solo una vez, sino que muchas veces y siempre había perdido. ¿Qué sentido tenía intentar salir del lúgubre agujero en el cual me encontraba?, si mi aura era una densa sombra que me atormentaba en cuerpo y alma.

—Camille... —murmuró, sonaba atormentado, lo cual me hizo sentir peor. Pero me negué—..., está bien.

Minutos después escuché la puerta cerrarse, me recosté sobre su cama y atraje su almohada hacia mi cara y ahí la hundí con premura, deseaba percibir su masculino aroma, invadir mis pulmones de su olor. Así como esa era la única forma por la cual me permitía sentirlo cerca, dejar que se adentrara más allá, ya que de lo contrario me era imposible hacerlo.

Minutos después de estar en aquella incómoda posición, pero que me ayuda a sentir a Brandon cerca, pude sentir como, poco a poco, las lágrimas iban saliendo de su escondite, hasta danzar por mis mejillas, empapándolas. En esos días mi mente se atestaba de ideas..., sobre el suicidio, ideas que muchas veces las había considerado como mi única opción, pero siempre me detenía por algo, por miedo quizá, pues era muy cobarde o quizá salvaguardando una tonta esperanza.

Pronto la oscuridad de la noche se instaló por toda la habitación, pintando las paredes de aquellas sombras que parecían querer envolverme y que, de alguna manera, así era como me encontraba por dentro. Solamente la rejilla de la puerta dejaba filtrar un poco de luz y, a la vez, dejaba entrar el sonido de las risas de la familia de Brandon.

Y era tortuoso recordar cuando yo había contado con lo mismo varios años atrás. Pero en ese momento ya no tenía nada, ni a nadie, que me atara a este mundo. Sin embargo, como una respuesta a ese último pensamiento, la voz de Brandon resonó, enviando ondas que removieron mi entumido corazón, las cuales poco a poco se iban tornando más fuertes. Brandon venía hacia donde me encontraba, comprendí, sintiéndome de pronto ansiosa.

—Camille... —susurró, para luego prender la luz de la habitación, comencé a limpiar los rastros de agua de mis mejillas—..., la comida está lista. —Se acercó e inmediatamente me senté—. Lo siento por despertarte.

—Descuida, no estaba dormida —respondí. Se sentó a mi lado, volví a verlo al tiempo que fingía una sonrisa que obviamente él no se creyó. Lo miré sintiéndome tímida e insignificante, sus ojos en ese instante se hallaban turbios, llenos de pesar y dolor. Supuse que no era fácil ayudar a una persona tan miserable como lo era yo.

—La comida está servida, vamos. —Hizo un movimiento con su cabeza, invitándome a salir con él.

—No tengo hambre... —dije quedito. Sentía mi estómago cerrado, además que, no tenía ánimos para salir, quería estar sola—. Deseo estar sola. —Sonreí apenas.

—No. —Volví a verlo con mi ceño levemente fruncido—. No permitiré que te encierres más. Entiende, todo lo que te está pasando no es culpa tuya, tú solo has sido víctima de las circunstancias. Deja de hundirte, permíteme ayudarte, quiero ayudarte —pidió casi en un ruego. Lo observé incrédula, todos mis sentimientos, los reprimidos por años y los nuevos que se habían ido acumulando, eclipsaron. ¿Cómo se atrevía a decirme todo aquello?

—¿Qué sabes tú de todo lo que he vivido?, ¿dime qué sabes de todo lo espantoso que he tenido que pasar? ¡No! ¡No lo sabes!, ¡tú siempre has tenido una vida buena, no como yo!

Las lágrimas escocían en el borde de mis ojos; me sentía rabiosa, y aunque en ese momento Brandon era el blanco de mi frustración, no pude evitar enfurecerme, ya que él solo decía un montón de estupideces, cuando ni siquiera sabía nada de lo que había vivido, ni lo que había sido de mi maldita vida. *«Y tú, en cambio, le has mentado, Camille. No seas hipócrita. Mejor cállate o le terminarás contando toda la verdad».*

—Camille... —Vi la intención de acercarse a mí, pero no se lo permití. Si él se acercaba, me iba a desplomar e iba a contarle todo. Y no podía permitirlo.

—Déjame, por favor deja ya todo esto: de querer ayudarme. No te creo nada. —Comencé a

negar con la cabeza, sintiéndome rebasada—. Debo irme... —susurré, pero había sido un comentario más para mí, no obstante, él había escuchado a la perfección.

—No puedes irte...

Me levanté de la cama y caminé hacia la puerta en un arrebato estúpido, sin embargo, él me detuvo de mi antebrazo, haciéndome girar para enfrentarlo, se miraba confundido. Pero no me importó y me zafé de su agarre; sentía la ira expandirse desde mi interior hasta el exterior, estaba molesta, cansada de todo: de lidiar con las personas que creían que podían ayudarme, que lo que vivía era tan fácil de sobrellevar, cuando nunca habían vivido algo similar a mi infierno. Y ya no lo permitiría, ya no más.

—Entiende no puedes ayudarme —pronuncié cada una de las palabras con lentitud—. Déjame ir.

—No lo haré. —Apreté mis manos en puños, giré y corrí a la puerta, pero en un segundo sentí como volaba en el aire y me aprisionaba en sus brazos, sosteniéndome con fuerza—. No estás sola, déjame ayudarte..., te lo suplico.

—Suéltame... —dije, mientras me retorció en la prisión que simulaban sus brazos, luchando por alejarme lo más pronto posible, ya que sentía como, poco a poco, todo mi enojo iba disminuyendo, debido a las sensaciones que se liberaban como fuegos artificiales en mi pecho y odiaba eso, odiaba ver el poder que él estaba teniendo en mí—. No tienes derecho de tocarme, ¡suéltame! —Pero parecía no escuchar. Y es que, yo no merecía nada de lo que estaba haciendo por mí.

—No lo haré. —Y en ese momento una lucha peor se desató en mí, comencé a debatirme entre: dejar de luchar y rendirme en sus brazos o pelear hasta alejarme y dejarle claro que no lo necesitaba.

¡Pero por todos los cielos!, la primera estaba ganando, pues yo, para ese tiempo, lo necesitaba como el aire que es vital para seguir viviendo. Por eso, y con poca fuerza, seguí retorciéndome y exigiéndole que me liberara, pero todo lo que hacía o decía era en vano. Y aunque debía sentir repugnancia que un hombre me tocara, con él no pasaba lo mismo, y la confusión de esa realidad me noqueaba.

—¿Te calmarás? —preguntó, cuando dejé de oponer resistencia.

—Sí —respondí, acomodando cada uno de mis sentimientos. Buscando el odio y la rabia para arremeter contra Brandon y así no confesarle la verdad, pero *ese* sentimiento no lo hallaba por ninguna parte.

Me liberó y tan pronto lo hizo..., sentí un enorme vacío. Esfumé rápido el sentimiento y enterré todos aquellos que se estaban generando; regresando aquella fachada fría e indiferente que siempre me había acompañado y que por mucho tiempo me había ayudado a sobrevivir. Y no tener cerca a Brandon ayudaba mucho.

—No vuelvas a tocarme. —Le exigí furiosa, pero conmigo misma, por ser tan miserable, tan mentirosa—. Entiende, no necesito más de tu ayuda. —Observé como su cara expresaba dolor ante mis palabras. Me sentí mal de inmediato, entonces añadí—: Y te agradezco todo lo que has hecho por mí, el haberme dejado quedar en tu casa —expuse—, pero creo que ya llegó el momento que me vaya.

Y aunque me aterrorizaba pensar en estar afuera de esa casa, lejos de Brandon, era lo mejor. No quería arrastrarlo a mi oscuridad, no lo merecía, nadie de los que conocía lo merecía. Y aunque dolía, sabía que la decisión que estaba tomando era la mejor.

—Camille... —Dio un paso hacia mí y yo lo di hacia atrás.



—Es lo mejor, Brandon —dije mostrando una seguridad que, hasta este instante, no sé de dónde la había obtenido. Miré como su rostro poseía una combinación de sentimientos: terror, confusión y dolor, así como comenzó a respirar de forma dificultosa.

—Quizá debas esperar un poco más de tiempo. —Sonreí. Agradecía todo su intento por retenerme, pero estaba decidida a irme. No sabía a dónde, pero lo haría. Lucharía una vez más para no regresar a aquel lugar, lo haría sin importar si la vida se me fuera en el intento.

—¿Quedarme para qué?, estar así no es vida, Brandon. Quiero ser libre y aquí ya no puedo serlo, no con ellos cerca.

—¿Ellos?, ¿quiénes?, no logro entender por más que quiera a quién te enfrentas. —Sacudí la cabeza en una negativa. «*Mide tus palabras, Camille. Ten mucho cuidado con lo que dices*». Mordí el interior de mi mejilla, evitando de esa forma hablar, decir algo que lo comprometiera a él y lo pusiera en peligro. Porque eso era lo mejor, que no supiera nada. Por su seguridad y la de su familia.

—No necesitas saberlo.

—Pero *quiero* saberlo, para ayudarte... —Iba a decir algo, pero él continuó—..., a escapar sin que te encuentren. —Sorprendida por sus palabras, comprendí que era una forma de retenerme aún más tiempo con él. Abrí mi boca para hablar, pero fui interrumpida por la voz de su madre llamándolo.

—Brandon... —Tocó a la puerta—... ¿vendrán a comer ya? —Él me observó sin saber qué hacer, ni decir.

—Sí, muchas gracias, vamos enseguida —respondí por ambos.

—Bien, dense prisa —dijo Mishelle, sonriéndonos. Asentí con la cabeza y luego ella se fue, dejándonos solos. Me giré para ver a Brandon, me sentía miserable, además, no quería, ni deseaba verlo sufrir.

—Pasemos esta noche como si nada de lo que está pasando, sucediera —pedí.

—Cami, por favor...

—Solo esta noche. —Me situé frente a él, sentía una imperiosa necesidad de pasar esa última noche de la mejor forma posible, deseaba llevarme el mejor recuerdo—. ¿Sí? —Nuestros ojos se conectaron y sentí como mi corazón comenzaba a latir exorbitantemente, al tiempo que mi estómago era poblado por fieras que rugían y exigían más cercanía, más contacto. Pasé saliva, tratando de no perder la compostura y no hacer caso a las voces que susurraban en mi oído cosas, que no debía hacer, *cosas* que no merecía siquiera conocer.

Di un paso atrás y giré para salir rumbo a la sala en un intento de poner un poco de distancia, pero él me tomó del brazo y me hizo girar de nuevo, logrando que esta vez estuviéramos muy cerca. De inmediato, me sentí mareada por su masculino aroma, por su respiración tan cerca de la mía.

¡Cielos!

Anhelaba cerrar los ojos y tomar una inspiración, pero no me atrevía, porque hacerlo iba a ser como dejar al descubierto todo lo que en mi corazón regresaba a la vida cuando lo tenía cerca, pero que no merecían salir. Sin embargo, como si sus ojos leyeran mis intenciones, mis más desesperados deseos, sus ojos cayeron a mis labios y una explosión cósmica se llevó a cabo en mi estómago, logrando que estrellas fugaces brotaran de mi pecho y por primera vez hubiese querido que todo el espacio entre nosotros se hubiese extinguido.

—¡Brandon están dando Valiente! —Entró, Lucy, a la habitación gritando con emoción. Nos alejamos y él prestó toda su atención a su adorable hermana.

—Eso está genial, Lu —dijo, sonriéndole.

—¡Sí! —gritó—. Llama a Charly para que venga a verla conmigo, por favor... —Unió sus manos en señal de súplica.

—Llámalo tú, aquí tienes mi teléfono. —Se lo tendió y Lucy salió corriendo de la habitación. Brandon me miró tan intensamente que..., me creí morir, pero con paso lento se acercó e hizo algo que, hasta el momento, me sigue dejando sin aire.

—Será cómo tú quieras, lo prometo. —Bajó su cabeza hasta estar a mi altura, acercó sus labios hasta mi frente, depositando un casto beso ahí. Luego salió, dejándome en estado de hiperventilación.

Y aunque para muchas personas ese gesto hubiese sido algo insignificante, para mí había sido lo mejor y más mágico que me había pasado jamás. Pues ese beso, había sido sin dobles intenciones, sincero. Y que hubiese sido con él..., y de esa forma, me hizo flotar cual nube, desatando sentimientos que por mucho tiempo luché por mantener así: dormidos, casi muertos.

La cena pasó y Brandon cumplió su palabra, todo fue como si el que yo estuviera con ellos fuera lo más normal de mundo. Charles llegó y miró la película con Lucy, Mishelle conversó con Brandon y conmigo. Pero cuando la hora de dormir llegó, no deseaba regresar a esa habitación y estar sola.

—Lucy —dijo, Mishelle—. Es hora de ir a la cama. —La pequeña hizo un mohín adorable.

—Pero mamá..., es temprano aún y mañana es domingo —dijo, tratando de evadir la orden.

—Cama en cinco, cuatro... —Lucy se cruzó de brazos.

Observé todo en silencio. Disfrutando los últimos momentos que iba a estar con ellos; pues pronto partiría para nunca volver, por lo que, necesitaba llevarme todos esos recuerdos en mi mente y en mi corazón, ya que sería como un vivo recordatorio que algún día fui medianamente feliz y que tuve de nuevo un hogar.

—Mamá, no quiero —lloriqueó, Lucy—, quiero ver otra película con Charly.

—Princesa haz caso a tu madre, yo debo irme. —Charles acarició el cabello de la pequeña y esta soltó un suspiro de resignación. Mishelle lo miró agradecida.

—Bien —musitó—. Adiós Charly. —Se acercó a él y besó su mejilla. Sonreí al ver a Lucy despedirse de Charles, luego de Brandon y por último de mí. La abracé con fuerza al igual que ella, segundos después se fue con su madre.

—Esa niña te ama —comentó Brandon, mientras sonreía, Charles dio un asentimiento, junto a una media sonrisa.

—Sí... —respondió, al tiempo que soltaba un suspiro—..., al igual que tú. —Le respondió a Brandon. Una risa se escapó de mi boca, pero ninguno la escuchó.

—Ya quisieras —refutó divertido, Brandon.

—*Quisiera* quedarme más tiempo argumentando las razones por las que me amas; pero debo hacer cosas de la facultad. —Pasó la mano por la parte posterior de su cabeza—. Mañana debo terminar una maqueta con un diseño para el arquitecto.

—Suerte —dije, Charles me sonrió agradecido.

—Muchas gracias. Bueno me voy... —Se levantó y caminó hacia nosotros para despedirse.

Luego de que se fuera y Mishelle nos deseara buenas noches, solo quedamos Brandon y yo en la sala de estar. Me levanté de donde estaba y caminé hacia la habitación. Aunque no deseaba estar sola —*más esa noche*—, era lo que tenía que hacer, seguir escuchando a la razón.

—¡Ey! —Brandon me tomó del antebrazo, giré para verlo, escuchando los latidos de mi corazón tras mis orejas—. ¿No quieres hablar un rato? —preguntó, sonreí feliz, en verdad eso

necesitaba.

—Está bien.

Caminamos de nuevo a los sillones y nos sentamos, uno al lado del otro. El silencio nos acogió en una esfera de tranquilidad, y así permanecemos por varios minutos. Cerré los ojos disfrutando de la sensación de estar junto a él, sin hablar, porque no era necesario, además, ¿qué más diríamos que fuera mejor de lo que el silencio decía por sí mismo? Así como las despedidas nunca eran bonitas, aunque sí necesarias. Y pese a que esa era la nuestra, no se sentía como tal, sin importar que estuviéramos a pocas horas de separarnos, *para siempre*

«*Aunque para siempre es una palabra imposible de predecir*».

—¿Ya lo decidiste? —Abrí los ojos y lo miré—. ¿Te vas mañana?

—Sí, es lo mejor y...

—Hagamos algo... —interrumpió.

—Brandon, no puedo quedarme, yo...

—Escúchame..., si no te gusta la idea puedes irte siempre mañana, yo..., yo no te detendré. —Lo miré en un intento de averiguar lo que en su mente pasaba, pero no pude ver más allá de sus azules ojos, pues estos me envolvían en una ensoñación y me hacían desear quedarme. Asentí con la cabeza, permitiéndole que hablara—. Bien... —Pensó un momento—..., permíteme hacerte una despedida. —Negué con la cabeza, consiente que si permitía que me hicieran una, difícilmente querría irme después—. Por favor escúchame, no pienses que será una gran reunión, solo tú y..., yo. —Mi corazón comenzó a palpitar desenfrenado al contemplar la posibilidad de estar a solas con él. Y lo más maravilloso de todo era que no sentía miedo, porque sabía que él nunca me haría nada desagradable. Y pese a que me asustaba sentir esa confianza ciega en él, era mayor el sentimiento de tranquilidad que me generaba.

—Brandon... —El aludido posó su dedo índice sobre mi boca, silenciándome. El mero contacto envió aquellas tan conocidas descargas y pude ser consciente de como mi cuerpo entero iba despertando.

—Solo será un *picnic*, en una rivera que queda aquí mismo en *Greenville*. ¿Qué dices? —Quitó su dedo de mis labios, luego de dejar una caricia agradable en mi mejilla.

Nos miramos a los ojos y nos adentramos en un trance; en donde mi corazón comenzó a incrementar la velocidad de sus latidos. ¡Santo cielo! Era asombroso todo lo que él lograba provocarme con una simple caricia.

—¿Solo tú y yo? —pregunté. Él hizo una mueca de desilusión.

—Si quieres podemos llevar a... ¿Lucy y a mi madre? —Se encogió de hombros. No era que tuviera miedo de estar sola con él, pues la mera idea de desconfiar de Brandon me resultaba patética, sin embargo, tenía miedo de lo que yo podía hacer estando a solas con él, pues no estaba segura de poder controlar todo lo que me provocaba y era menos el riesgo de decir una imprudencia.

—¿Por qué haces todo esto? —cuestioné, azorada.

—Porque me importas. —Dejar de respirar era poco, había flotado en el aire y abandonado el planeta—. ¿Entonces? —Y, aunque mi cabeza me susurraba que lo mejor era negarme, mi corazón gritaba, casi desquiciado, que aceptará, que algo así tal vez nunca más pasará.

—Está bien... —Su cara de felicidad, me hizo sentir bien. Quizá despedirme así de ellos sería una buena forma de agradecer todo lo que me había ayudado.

—No arrepentirás, tengo todo preparado. —Luego chasqueó su lengua. Sonreí, ¿me conocía tanto que sabía que no lograría negarme?—. Lo que quiero decir es que... —Rascó la parte

posterior de su cabeza.

—Descuida lo entiendo... —dije. Asintió con su cabeza, sonriéndome—..., bueno, debemos ir a dormir. Mañana será un largo día. —Ambos nos levantamos y nos situamos uno frente al otro, el saber cómo despedirnos era un dilema, pues hacíamos pasos torpes y nerviosos—. Eh, buenas noches. —Tendí mi mano, Brandon observó el gesto, para luego esbozar una media sonrisa. La tomó y me haló, hasta envolverme en sus brazos.

—Buenas noches, *Ángel*... —Besó mi mejilla, deteniéndose sobre ella más tiempo de lo esperado y luego llevándome hasta su habitación—. Que descanses.

—Tú igual. —Entré a la habitación y cerré la puerta tras de mí. Me apoyé en esta, tratando de nivelar el ritmo de mi respiración, ¿había escuchado bien? Sacudí la cabeza, solo había sido un... ¿un qué? Nada, quizá no había escuchado bien.

Me enfundé una camisa de Brandon, sintiendo su aroma y sumado a eso dándole vueltas a lo que recién había pasado. No podía explicarlo, era como si todo lo que había a mi alrededor desapareciera y aunque tratara de engañarme y pensar que así era nuestro trato como amigos, no era así. Y eso me hacía sentir mal, yo no quería sentir todo aquello que en mi corazón comenzaba a emerger.

Además, y aunque pensarlo causaba que mi pecho se contrajera, no deseaba —*si es que eso pasaba*—, que Brandon sintiera lo mismo. Él no merecía a alguien como yo, sino a una mujer completa para él, no una estropeada como lo estaba yo.

## CAPÍTULO 17 Promesas

La noche pasó más rápido de lo que creí y cuando el alba colonizó el cielo, un extraño entusiasmo me embargó. Entonces jurándome a mí misma dije que ese día lo disfrutaría y que no permitiría que los demonios de mi pasado me sumergieran en mi triste realidad. No ese día.

Me levanté y comencé a buscar algo apropiado para vestir, aunque tampoco era que tuviera mucho de donde escoger. Y ante las pocas opciones, al final me decanté por un jean azul ajustado y una blusa color salmón con un estampado de flores blanco —que Martha me había regalado—, entré al cuarto de baño y me di una buena ducha, cuando salí ya podía escuchar murmullos afuera. Me vestí rápido y arreglé mi cabello, para salir.

Cuando lo hice todo era una locura, comida por todos lados, Mishelle iba de un lado a otro repitiendo todo lo que tenía que llevar para que nada se le fuera a olvidar. Me acerqué a ella y ofrecí mi ayuda. Empecé a empacar lo que llevaríamos y no podía creer que estuvieran haciendo todo eso para mí.

—Mamá... —Los vellos de mi piel se erizaron al escuchar su profunda voz, esa que me perseguía en mis sueños y despierta se reproducía como una melodía armoniosa—..., traje las rosquillas que me pediste. —Escuché la risa de Mishelle.

—Yo no he pedido nada, mentiroso —dijo divertida.

—Bien, yo solo me las comeré —respondió en un tono de fingida resignación. Sonreí, pues no se había percatado de mi presencia—. *Má*, ¿Camille sigue dormida?... —preguntó y justo cuando entró a la cocina, donde yo estaba, escuché cuando detuvo sus pasos, ¿por qué no decía nada?

Con vergüenza de saberme observada alcé la cabeza y solo para encontrarme con una cara llena de sorpresa y para notar cómo era escrudiñada con sus ojos, sin limitaciones, ni inhibiciones. Mis mejillas se sintieron calientes y mi estómago fue poblado por mariposas que revoloteaban por todo mi interior.

—Está en la cocina, Bran —dijo, su madre desde una de las habitaciones.

—Sí..., ya la encontré —respondió, sin despegar sus ojos de los míos. No lo soporté más y en esa pelea de miradas, me rendí y agaché la cabeza para seguir torpemente de nuevo la labor que recién estaba haciendo—. Hola... yo pensé que quizá seguías dormida. —Se aproximó hasta donde me encontraba, depositó sus compras en la mesa.

—No..., yo, me levanté temprano, tu mamá necesitaba ayuda —dije, con voz inestable, deglutí saliva.

—*Okay*..., traje rosquillas —anunció, muy entusiasmado. Lo miré divertida, luego él alzó la caja blanca.

—Tendrás un gran día —dije, sonriéndole.

—Tendremos —repuso—, porque te he traído un par, las mismas que comiste la última vez, ¿las recuerdas? —Y por supuesto que las recordaba, junto a todo el caos que me costó una labor titánica poder contener. Sacudí la cabeza.

—Claro y muchas gracias, voy a comer en otro momento, ¿sí? —murmuré, mirándolo por debajo de mis pestañas y sintiendo el calor en mis mejillas. Pero estuvo en desacuerdo.

—Vamos, no les digas que no —dijo desde algún lado de la casa, comenzó a abrir la caja y sacó una—. ¿Ya desayunaste? —Iba a responder, pero Mishelle se adelantó.

—Nadie lo ha hecho. —Brandon me miró a mí y a la rosquilla, incitándome. Miré la rosquilla con anticipación, la verdad moría de hambre, pero había mucho que hacer para detenerse a cocinar el desayuno. Finalmente acepté y él la acercó a mi boca, ¡me temblaba todo! Le di un mordisco bajo su atenta mirada, pero no pude más y se la quité.

—¿Qué les gustaría desayunar? —inquirió acercándose al umbral y llamando a Mishelle con un ademán de manos. Esta última lo miró extrañada—. Cocinaré, no me veas así. —Se encogió de hombros relajado.

—*Hotcakes*, creo que sería una gran idea, ¿qué dices, Cami?

—¡Sí!, ¡yo quiero *Hotcakes*! —gritó Lucy desde su habitación.

—*Hotcakes*, entonces —dije. Mishelle me sonrió y se fue donde Lucy.

Seguí envolviendo emparedados, de pronto todo mi sistema se activó, como si solo se hubiese tocado un interruptor, ¿razón?, las manos de Brandon viajaban por todo mi cabello, acariciándolo y rosando mi espalda. ¿Y saben lo más desconcertante?, que mi piel se sensibilizó y fue reaccionando con solo sentir su tacto a través de la tela de mi blusa.

—Tienes un cabello precioso y suave —susurró, muy cerca de mi oreja. Cerré los ojos por un segundo, asimismo, una corriente viajó por toda mi espalda, despertando todo a su paso e instalando unas enormes ganas de más cercanía.

—Gracias... —susurré, perdida en el mar de sensaciones que esa simple caricia provocaba en mi sistema completo. Luego sentí como sus manos abandonaban mi cabello y se alejaba para el otro extremo de la cocina. Lo observé por el rabillo del ojo, pensando en que había sido una gran idea el no ir solos. ¿Qué si le terminaba confesando mis sentimientos?

—No fue nada, solo digo la verdad —dijo, encogiéndose de hombros.

Minutos después de haber terminado de preparar y envolver unos emparedados, me dirigí al fregadero para limpiar todos los utensilios que había utilizado. No habíamos tocado ni una sola palabra con Brandon en un buen rato y era extraño que algo así pasara; pues comúnmente siempre intentaba emprender alguna conversación conmigo. «¿Debería de tomar la iniciativa?» Respiré hondo y me acerqué sigilosamente hasta donde él estaba, observando cómo los músculos de sus brazos se flexionaban cuando hacía algún movimiento.

—Camille, ¿quieres probar si saben bien? —dijo y giró en mi dirección, sin reparar en lo cerca que estaba.

—Claro —respondí, provocando que Brandon se sobresaltara y un *hot cake* cayera al suelo—, lo siento —dije avergonzada. Me arrodillé y comencé a limpiar el accidente que habíamos provocado.

—Descuida —dijo, ayudándome a limpiar. Cuando estuvo todo aseado, nos levantamos y me dio a probar de otro *Hotcake* con chispas de chocolate. Lo saboreé en mi boca, en verdad no le habían quedado nada mal. Pero cuando casi terminaba de comer, noté como sus ojos se hallaban en mis labios, y un *tsunami* hubiese sido más amable conmigo en ese momento, pues sentí como todo mi mundo sucumbía—. Tienes un poco de chocolate aquí... —Enfoqué a Brandon y él acercó su mano a mi rostro y limpió la esquina derecha de mi labio, me estremecí al instante. Y para empeorar todo. Brandon tenía su mirada en mis labios y pude notar el deseo en sus ojos azules, de inmediato mi vientre se removió y mis mejillas ardieron.

—Gracias... —Giré mi cuerpo, evitando su mirada para que no pudiera notar mi estado..., escandalizado y anhelante—. Sería bueno que desayunáramos —dije, tratando de nivelar el sonrojo en mi rostro.

—Claro, ¿me ayudas a poner la mesa? —Volví a verlo y comencé a hacer lo que me había

pedido.

Entretanto, emprendimos una conversación en medio de un ambiente extraño. Hecho que no tenía nada que ver con el tema: él me había preguntado cuál era mi postre favorito, a lo cual respondí que era “tres leches”, un postre que desde que probaba cuando vivía en *El Salvador*, asimismo, que desde entonces no lo probaba. Y él juró que algún día conseguiría la receta y lo prepararía para mí o que averiguaría de alguien que pudiera prepararlo. Y extraño fue lo que me hizo sentir.

Mi corazón se volvió una amalgama de emociones y, justo en ese instante, con todos mis sentimientos a flor de piel, me pregunté: ¿merecía sentir y dejarme llevar?

Pero la respuesta era no, no lo merecía. Porque estaba estropeada y en ese entonces creía que nunca lograría ser, siquiera un poco, la mujer que alguien necesitaría. Seguí poniendo la mesa, evitando el contacto visual, pues no quería que Brandon se diera cuenta de todo lo que comenzaba a sentir en ese momento, todo lo que él me provocaba, sin embargo, todo estaba a punto de salirse de mis manos..., *casi*.

—Camille... —llamó, Brandon.

—¿Sí? —respondí, mirándolo de reojo y notando su gesto que denotaba incomodidad o nerviosismo.

—¿Te pasa algo cuando estoy cerca? —preguntó, su voz había sonado pausada y minuciosa.

Inmediatamente, mis ojos se abrieron, amenazado con salirse de sus orbitas. Esa era una pregunta que conllevaba a acceder a mis más profundos e íntimos sentimientos, los cuales no estaba preparada por confesar, ni siquiera era capaz de aceptar para mí misma. Volví a verlo, Brandon me miraba expectante, esperando mi respuesta, así que sopesé muy bien qué debía decir para evitar dejar al descubierto lo que me pasaban con él.

Tragué grueso, sin saber qué decir o cómo actuar. ¡Dios! Y es que, no podía decirle que sentía *cosas* extrañas con su presencia; *cosas* que ni yo sabía qué significaban, como: al estar solos podía sentir que el mundo desaparecía y nada más importaba, que me sentía en cierta manera completa cuando estaba a su lado

—¿A qué te refieres? —pregunté de vuelta, luego de largos e incómodos segundos. Se encogió de hombros relajado o era lo que quiso que notara.

—Eh..., descuida es una pregunta tonta, lo siento. —Sacudió su cabeza en una negativa, sonriendo apenas. Pero luego quién quería saber el por qué preguntaba eso, era yo. Y no insistir, fue algo que hasta este día me arrepiento de no haberlo hecho, quizá todo después hubiese sido diferente, mucho más fácil—. ¿Ya sabes adónde te irás? —preguntó cambiando de tema, con un dejo de tristeza en su tono, misma que también se veía reflejada en sus hermosos ojos. Suspiré, en verdad no sabía adónde iría.

—Muy lejos, Brandon. —Sonreí, tratando de aligerar el ambiente—. Pero estaré bien.

—¿Pero seguirás en contacto? —Di un leve asentimiento. Esperaba tener el valor suficiente de llamar, estando ya lejos de él, de todos. Y quise creer que, pese a que iba a tardar algún tiempo en hacerlo, lo haría—. Es una *promesa*. —Levantó su meñique, sonreí ante el gesto tan común entre Brandon y Lucy, a continuación, uní mi meñique con el de él, sellando así, mi *promesa*, una que *quizá* no cumpliría—. Y ahora yo te *prometo* que... —Sus increíbles ojos se posaron en los míos, adentrándose en aquel tan familiar y relajante trance—..., este día haré que sea uno de los mejores de tu vida. —Y le creía, porque sentía como esa verdad, que sus ojos proyectaban, penetraba hasta lo más profundo de mi alma.

A mitad de la mañana emprendimos camino hacia el lugar que Brandon nos llevaría en un vehículo que había alquilado para la ocasión. Y había querido inquirir más sobre el sitio, pero siempre decía que era una sorpresa y por lo cual debía dejar de preguntar y solo disfrutar. Y lo hice..., durante el trayecto pasé hablando con Mishelle y jugando con Lucy. Mientras que con Brandon todo fue solo miradas de vez en vez, palabras suspendidas en el aire y que se filtraran en nuestro sistema, haciendo llegar el mensaje hasta nuestros cerebros.

Pronto los edificios, avenidas y casas se fueron viendo sustituidas por una larga carretera y un horizonte poblado por árboles y llanura, junto a un sol abrazador y una brisa refrescante. Provocando que la felicidad de haber aceptado esa propuesta, se acrecentara en mi interior. Dentro del vehículo las risas ponderaban todo, no dando lugar a espacios de silencio, sino que el sonido retumbante de estas, lograban que el ambiente se tornara agradable, divertido y realmente deseable.

Y aunque sabía —no muy dentro de mí—; que estaba a pocas horas de que todo eso se acabara y ahí sí, el silencio y la soledad serían mis compañeras, me insté a no pensar en ello, me negaba a arruinar ese día dejando que la sombra de mi pasado, y del futuro que se avecinaba, empañaran todo lo bueno que en ese día estaba viviendo. Merecía ser feliz, aunque fuera por tan solo unas horas y por lo mismo, lo haría, disfrutaría todo.

Con Lucy pasábamos admirando los paisajes que aquellas interminables extensiones de tierra y flora nos develaban. Y esa afición en común fue la que nos acercó a ambas. Pues a Lucy le encantaban los espacios llenos de flores, por ello, le gustaba pasar largo tiempo en la floristería de Martha. Ella era una niña tan distinta a muchos otros niños; que preferirían pasar su tiempo de descanso frente a una televisión y con un control entre sus manos, esa niña de ojos tiernos y dormidos, adoraba el contacto con la naturaleza. Y la extrañaría mucho, extrañaría pasar esas largas horas sentadas en algún espacio abierto junto a su juego de té y sus muñecas, o simplemente recostarnos, ver el cielo y apuntar a las figuras que en este mirábamos.

«*Extrañaría todo esto*», sacudí la cabeza y solté un suspiro silencioso. Me iba a costar tanto soltar lo poco que había logrado y, ahí mismo, me di cuenta de que librarme por mí misma de mis demonios sería casi imposible. Pero, ¿qué debía hacer? Si al quedarme los ponía en riesgo a todos y al divisarme sola..., el horizonte se apreciaba negro.

En ese momento, sentí una mirada sobre mí, levanté mi cabeza y busqué de dónde provenía, y claro no fue difícil. Brandon me observaba con su ceño levemente fruncido junto a una mirada de preocupación, elevé las comisuras de mis labios en una sonrisa, él la devolvió y siguió conduciendo. Supuse que había visto mi gesto nostálgico y triste. «*Vamos, Camille, tú puedes, Solo intenta no pensar en nada*», me insté.

Tiempo después, nos desviamos a una carretera subalterna, anduvimos por pocos minutos adentrándonos y siguiendo el camino formado por árboles. Brandon aparcó en un recinto recreativo llamado “*River Park North*”, que quedaba en las afueras de *Greenville, Carolina del Norte*. Nos bajamos y de inmediato un hombre de unos sesenta años de edad salió a recibirnos, dándonos la bienvenida y contándonos un poco de todo lo que en ese centro recreativo podríamos encontrar y hacer, y conforme más hablaba, el entusiasmo en todos se fue incrementando.

Brandon habló con el amable señor y pronto obtuvimos nuestros pases. Nos adentramos al lugar, mientras caminamos por un sendero hecho de piedras, con un mapa de todo el lugar y pasamos alrededor de hora y media visitando todas las atracciones.

Más tarde, cuando el hambre se hizo presente, decidimos ir a la zona donde se encontraban pequeñas cabañas o bungalós, donde podíamos pasar el rato, descansar e ingerir los alimentos que



habíamos traído y que nuestro estómago comenzaba a pedir a gritos. Pero debido a que Lucy había querido permanecer un rato más en un estanque donde estaba alimentando a unos gansos y patos, me ofrecí en ir a buscar un lugar cómodo y en preparar la comida.

Y como era de esperar ese chico de risos marrones —que sin darme cuenta se había adentrado en mi vida—; se ofreció en acompañarme y no protesté, pues sorprendentemente quería pasar un minuto a solas con él, lo necesitaba con ansias, pues necesitaba llevarme un recuerdo de lo que se sentía estar a su lado, recordar como mi cuerpo reaccionaba.

Caminamos uno al lado del otro, escuchando nada más el sonido del cantar de las aves o cuando levantaban vuelo, del viento soplar y del agua correr, y aun sobre todo aquello se podía escuchar las risas de las personas. Lo miré por el rabillo del ojo derecho, iba perdido en sus pensamientos, sonreí.

—El lugar es asombroso —dije, tomando la iniciativa de entablar una conversación. Brandon giró su rostro y me miró sonriendo.

—Sabía que te gustaría... —respondió, guiñándome un ojo. Provocando que el aire saliera de mis pulmones, era verdaderamente guapo... tanto por dentro como por fuera.

—¿Cómo lo haces? —solté en un suspiro, me sentía desconcertada. Él frunció el ceño, añadió —: ¿cómo sabías que aceptaría?, ¿qué me gustaría? —pregunté azorada por todo lo que él había hecho por mí. Pues no tenía ninguna idea que me ayudara a comprender el por qué tomarse tantas molestias.

—Una vez te dije que me importabas y así sigue siendo —dijo. Asentí con la cabeza, comenzando a sentir como esa marea de sentimientos comenzaba a moverse y a azotar cada vez con mayor fuerza dentro de mí, agitando mis sentimientos adormilados—. Y por ello, intenté comprenderte, pensar tus posibles reacciones: *causa y efecto* —explicó un poco avergonzado. Me detuve en seco, asombrada de su reciente confesión.

—Gracias... —musité, sin poder reponerme del impacto de sus palabras—..., no sé qué decir...

—No digas nada... —Pestañee un par de veces, quería decirle muchas cosas, como que nunca nadie se había tomado tantas molestias por mí, que pocos en los últimos años se habían preocupado tanto por lo que me pasaba, y que él le ganaba a todos ellos definitivamente. Que..., lo extrañaría, que mi vida nunca más sería igual. Quería decir tantas cosas, pero las palabras simplemente se atoraban en mi garganta—..., no hay nada que puedas decir que tu sonrisa... tu risa o tus hermosos ojos no digan por sí mismos.

Suspiré un poco tranquila, si eso era cierto, y él miraba todas esas cosas con esos sencillos gestos, y eso quería decir que era un alma abierta para él, que era transparente. Y eso no me asustaba; comprender que, así como miraba cosas asombrosas y agradables, podía ver el temor, sufrimiento y ese letargo oscuro que me mantenía inmersa..., no me preocupaba porque era él, y no miraba nada que estaba segura, yo no permitiría que viera.

Comimos entre risas y sonrisas, y me encantaba ver la unidad de la familia O'Donnell. Ya que a simple vista cualquiera se podía dar cuenta de que ahí había mucho amor, bienestar y tranquilidad, y que, pese a los problemas, que seguro podían tener, su armonía no desaparecía, sino que había mucha fortaleza.

Y ellos..., me recordaban a mi familia, a mis días en *El Salvador*, cuando todo estaba bien..., cuando mis padres aún vivían y estaban conmigo. Aunque recordar dolía como vidrio roto incrustándose en la piel, sabía que ellos estaban conmigo, que aún vivían dentro de mí. Y que, gracias a eso, yo aún seguía luchando cada día por no perderme del todo. Porque por el amor a

mis padres yo había sido capaz de soportar todo el suplicio que había pasado; de estar de pie aun con mis heridas e intentando salir adelante.

Y porque pese a que no tenía a mi familia conmigo, deseaba que ellos se sintieran orgullosos de mí, al ver en lo que me había convertido, y para que eso fuera real..., debía irme y *encontrarme*, luchar por ser mejor de lo que era en ese momento.

Cuando la tarde comenzó, decidimos prepararnos para terminar de visitar todo lo que en el parque había. Salimos y anduvimos por los senderos que nos llevaban a los juegos recreativos de niños; y ni hablar de la felicidad y euforia que Lucy emanaba, misma que se sentía con tan solo verla sonreír de aquella forma tan singular. Ella era como un pequeño rayo de sol que lograba iluminar cada rincón de una habitación.

—¿Quieres ir a caminar? —La voz de Brandon muy cerca de mi oído me hizo sobresaltar. Giré mi cuerpo y pestañee un par de veces, en las últimas horas habíamos tenido muchos *acercamientos*, lo cual me tenía nerviosa, deseosa de más. ¡Qué nervios!

—No lo sé... —dije—... ¿las dejaremos solas? —cuestioné, y no era que no deseara ir a caminar con él, porque, ¡cielos, me encantaba la idea!, pero me daba cierta vergüenza, pues aún no sabía cómo tratar a Brandon.

—Ya verás que no... ¡Mamá! —Ella volvió a vernos—. ¡Iremos a caminar! —La aludida asintió con la cabeza y se despidió con la mano. Eso había sido muy sencillo—. Vamos... —Tomó mi brazo y me haló, para comenzar a andar.

Pasamos por la zona de estanques, había unos con gansos, patos y diferentes clases de peces. Pero nos detuvimos en un estanque en especial y donde solo había dos peces, uno blanco y el otro naranja, nadaban juntos..., y en todo el rato que los pudimos observar, noté que no pasaban más de un minuto sin reencontrarse en algún lugar.

—Son originarios de *China* y viven solo en pareja. —Una mujer de unos cincuenta y cinco años, nos miraba de una forma inexplicable—. Un día, una pareja de esposos de ese país, vino aquí y traían una docena de estos singulares peces... —Comenzó a narrar, envolviéndonos con rapidez en la historia—..., cada uno venía con su pareja. El tiempo transcurrió y debido a su lenta reproducción, poco a poco las parejas han ido desapareciendo.

—¿Desapareciendo? —Brandon preguntó, y yo también quería saber cómo había sucedido

—Esta especie solo puede vivir en pareja, entonces cuando uno de los dos moría, el otro no duraba más de un año. Y así fue como, poco a poco, comenzó a desaparecer cada pareja, ellos son los últimos adultos. —Los observé perpleja, era asombroso ver como en los animales podía existir esa incondicionalidad, ese amor.

—¿Quién es la hembra? —pregunté.

—Ella es la hembra... —dijo apuntando al pez blanco.

Me incliné un poco en la orilla hecha de ladrillos, y sumergí mi mano pues estaban nadando muy cerca de donde nosotros estábamos. Sonreí anonadada cuando el pez color blanco se acercó a mí, sus aletitas que, junto a los rayos del sol, se miraban como si fuesen de plata, se movían de un lado a otro por debajo del agua. Toqué las escamas lizas que la cubrían, mientras este me hacía cosquillas con las burbujas que salían de su boca, provocándome que soltara risitas.

—Le has caído bien... —susurró Brandon, alcé la cabeza y sonreí.

—¿Esto es normal? —Le pregunté a la señora, quien en esta ocasión me miraba sorprendida—. ¿Pasa algo? —Negó y me sonrió. Giró su cabeza hacia Brandon.

—Vamos muchacho, haz lo mismo... —Sin perder tiempo, él se puso en la misma posición y sumergió su mano.

Segundos después, el pez naranja con franjas que parecían líneas de oro, se acercó e hizo lo mismo que su pareja hacía conmigo. Los labios de mi acompañante se extendieron en una enorme y bella sonrisa, me miró y ambos reímos. Y así pasaron unos cuantos minutos; pronto el pez que jugaba conmigo, se alejó y su pareja hizo igual, nadaron un par de metros, Brandon y yo nos erguimos y observamos como el par comenzaba a dar vueltas dentro del agua, para después brincar fuera de esta, uno después del otro, como una especie de danza.

—Es asombroso —susurró, igual de sorprendido que yo—. Esto fue..., fue...

—Mágico —dijimos al unísono.

—Me gustaría verlos de nuevo... —dijo la señora—..., solo para saber si la leyenda es verdadera...

—¿Verdadera?, ¿qué leyenda? —cuestioné, ¿acaso esos hermosos peses tenían algún atributo más?

—Pues..., dicen que unen parejas —dijo, encogiéndose de hombros. Volví a verlo y él hizo justo lo mismo. Ninguno se atrevió a decir algo. Y es que, en ese momento, algo ocurrió y no podía, ni puedo explicar qué fue lo que pasó, qué dentro de nosotros cambió. Pero era como si mi órbita fuese reemplazada y como si la gravedad, que antes tiraba de mí con fuerza hacia algún punto tangente, en ese instante hiciera convergencia con la órbita Brandon. Al tiempo que sentí chispas que brotaban de nosotros, activando sensores por toda mi piel, ocasionando que esta se erizara y una densa corriente nos envolviera, y sabía que le pasaba igual, sus ojos lo gritaban, como estaba seguro los míos también.

»—Como dije, es solo una leyenda y para saber si es cierta... espero verlos pronto —dijo la mujer, volvimos a verla sin poder salir de ese estado de *shock*, pronto se despidió y se fue. Dejándonos a ambos con una revolución de pensamientos y sentimientos. Minutos después, nos miramos por unos cuantos segundos, para luego regresar nuestra atención hacia la singular pareja de peces, mientras las palabras de esa señora resonaban en mi cabeza.

«Unen parejas...»

## CAPÍTULO 18 Expuesta

«¿Brandon será mi pareja?», cerré los ojos tratando de controlar el *tsunami* que se había soltado en mi pecho, con tan solo sopesar en esas palabras y que en ese momento me sirvieron como un aliciente que cambiaría todo.

—Vamos... —Brandon acarició mi brazo, abrí los ojos turbada. Di un leve asentimiento y caminamos hasta salir de la zona de estanques, sin decir una tan sola palabra de lo reciente y agradecí que así fuera, pues de lo contrario quizá..., hubiese cometido una tontería—..., quiero llevarte a la rivera —dijo, sonriéndome de forma relajada.

—Está bien, vamos —respondí con la garganta cerrada, pero tratando de igualar su gesto.

Pero lo que no sabía era que, a partir de ese instante, algo dentro de mí se había desatado y que pronto ocasionaría que todas mis barreras cayeran ladrillo por ladrillo, dejando filtrar por un instante la luz, calentándolo todo..., ahuyentando mis miedos, mis demonios.

Anduvimos en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos, así como solo escuchando nuestras respiraciones de fondo, junto a los sonidos de la naturaleza. Varios minutos después. Brandon se detuvo y comenzó a escudriñar el mapa que llevaba consigo. Giró su cabeza de izquierda a derecha y seguido encontró sea lo que sea que estuviese buscando; me indicó con la mano el camino que íbamos a seguir.

Pronto dejamos la calle adoquinada para internarnos en una especie de vereda que se adentraba al bosque o a una especie de arboleda que resguardaba todo aquel parque. Y pese a llevar calzado cómodo, eso no ayudaba en nada mi mala condición física, ya que me costaba un esfuerzo sobrehumano poder seguirle el paso a ese chico de ojos de zafiro, quien se movía con agilidad, seguridad y con una rapidez sorprendente.

Entonces, de vez en cuando, me vi en la imperiosa necesidad de detener nuestra caminata para apoyarme sobre mis rodillas y tomar una que otra bocanada de aire. Todo esto mientras fingía que estaba admirando la bella vista. ¡Dios!, y para empeorar todo, estaba comenzando a sudar, ¡era un desastre! Sin embargo, me negaba a decirle a Brandon que nos detuviéramos o siquiera a pedirle ayuda, me abochornaba de tan solo pensarlo. Pero él, tan observador y listo como ninguno, ya se había dado cuenta de mi cansancio.

Varias horas después...

Bien, varios minutos después...

—¡Oh Dios! Ya no puedo más... —susurré casi sin aire, importándome poco el delatarme en ese momento. Me apoyé sobre mis rodillas y tomé prolongadas respiraciones.

—No seas exagerada, apenas y hemos caminado media hora —dijo muy divertido. Le dediqué una mirada fulminante, ¡estábamos subiendo una colina!, hacerlo no era sencillo, créanme—. Pero descuida, según el mapa estamos por llegar —comentó, tratando de infundirme aliento, lo cual era casi imposible. Ladeó su cabeza y me observó con diversión, desvié mi mirada, sintiendo como la vergüenza comenzaba a abrirse paso—. Vamos, levántate y déjame ayudarte —pidió, estirando su mano. Resoplé y acepté, ¡ya qué! Me sentía sumamente agotada y me negaba a dar un paso más por mí misma y menos a correr el riesgo de caer gracias a mi falta de coordinación en pies y manos.

Sin embargo, cuando nuestras manos se acoplaron todo fue más sencillo, su mano acunó la mía y estas se ensamblaron a la perfección. Fue como si hubiesen sido talladas para, en algún punto de

nuestras existencias, unir las. Así como el mero roce de nuestras palmas, envió olas y olas de algo cálido, que se abrió paso por toda la extensión de mi cuerpo. Además, ese sencillo e inocente gesto no decía mayor cosa y no insinuaba nada, *nada* que fuera más allá de los límites de la amistad. O eso trataba de hacerme creer.

—¿Falta mucho? —cuestioné con mi voz a un hilo. Brandon se detuvo, soltó mi mano, la cual estaba sudada, «*¡lo que me faltaba!*», y comenzó a ver en su mapa.

—Según este mapa..., deberíamos de estar ya en el lugar —dijo, mientras miraba de arriba abajo la extensión de papel y me creí morir. ¿Y si estábamos perdidos? ¡Santo cielo! Yo ya no aguantaba dar un paso más.

—¿Qué quieres decir con *deberíamos?*, ¿nos perdimos? —pregunté, sin molestarme en ocultar el miedo en mi voz.

Sus labios rojos, debido a pasar varios minutos humedeciéndolos con su lengua, se ladearon en una mueca de concentración total. Cerré los ojos por una fracción de segundo y solté un suspiro cargado de frustración, luego busqué un lugar donde sentarme a descansar, y lo hice sobre una roca, y aunque esta poseía fango, no me importó que quedara pegado en mi retaguardia.

—Estamos cerca. —Lo miré incrédula, estaba loco si pensaba que iba a caminar más. Sin embargo, sus labios se formaron en una extensa sonrisa, así como en sus ojos apareció un brillo de malicia. Pasé saliva con dificultad, tenía sed. Añadió—: Descuida, te llevaré cargando, hacerlo no es ningún problema para mí —dijo, con aire entre casual y despreocupado, al tiempo que me guiñaba un ojo con coquetería. ¡Santo cielo!, sentí que me acaloraba. Negué con la cabeza, ¿acaso estaba loco? No obstante, yo estaba decidida a no permitirlo, así fuera necesario caminar todo lo que faltaba con el último gramo de energía en mi cuerpo. Lo haría.

—Puedo sola —dije, elevando mi barbilla en un gesto orgulloso, en un intento de mostrarme firme y resuelta, sin embargo, todo se escuchó como un ruego lastimero de mi cuerpo pidiendo a gritos descansar y que alguien más hiciera por él todo el esfuerzo físico. Quise abrir un agujero en la tierra y esconder la cabeza ahí.

—¿Segura? —preguntó divertido. Asentí con la cabeza, aferrándome a ese rayo de valentía que apenas brillaba—. Vamos entonces... —dijo, moviendo su cabeza, alentándome a que demostrara lo que tanto presumía. Solté un suspiro silencioso y me levanté sacudiendo mi jean de la suciedad. Di unos cuantos pasos, sacando a la superficie el último gramo de energía que poseía mi cuerpo, cuando de pronto todo se movió, el suelo desapareció y solo sentí como la sangre se acumulaba en mi cabeza, ¡cuánto lo odiaba! Una exclamación, acompañada de un gruñido brotaron de mi garganta, lo cual solo provocó que el pecho de Brandon reverberara gracias a una sonora carcajada—. ¿Creías que iba a permitir que dieras un paso más?, estás por desmayarte, Camille. Iba a ser muy desconsiderado de mi parte dejar que lo hicieras. Y por si no lo sabes, yo soy un caballero.

Y sí, quizá tenía razón y mi cuerpo ya no daba para más, pero dejar que me cargara era..., sencillamente demasiado.

—¡Brandon, bájame ahora! —exigí, pero solo recibí otra risa como respuesta—. ¿No me escuchaste?, dije: *ahora*.

—*Nop*. Porque si lo hago, llegaremos hasta mañana y no pienso dormir en el bosque... —bromeó. Y bien podía imaginarlo con esa estúpida sonrisa en sus labios, regodeándose de llevar el mando de la situación. Varios minutos pasaron, sentía toda la sangre aglomerada en mi cabeza, así como la vergüenza, poco a poco, se iba abriendo paso en mi pecho, haciendo a un lado el enojo, lo cual era resultado de sentir las fuertes manos de Brandon torno a mis piernas, me sentía

incómoda. Pero de una forma que podía manejar—. Camille, ¿sigues consiente? —preguntó divertido.

—Lo estoy. —dije, sintiendo como comenzaba a marearme—. ¿Falta mucho?

—¿Por qué, te sientes mal? —cuestionó, su voz entre alarmada y preocupada, calentó mi corazón de una manera sanadora.

—Un poco mareada nada más, supongo que se debe a que *nunca* había habido tanta sangre en mi cabeza —espeté, pero en realidad no estaba molesta, mi humor era bueno, no podía negarlo.

—Quizá... —dijo, al tiempo que se detenía. En ese momento, cerré los ojos y tomé una bocanada de aire, mi estómago comenzaba a amenazar con devolver lo que había comido. Añadió —: Hemos llegamos, señorita. —Y en un hábil movimiento me hizo girar y caer con suavidad sobre las plantas de mis pies. Y tan pronto intenté dar un paso lejos de él, toda la tierra comenzó a darme vueltas, mi pie trastabilló, seguido sus brazos se envolvieron torno a mi cintura y me aferraron—. Ya..., ya te tengo —susurró muy cerca de mi cara. ¡Jesús!

Aguanté la respiración y esperé a que esa sensación se fuera esparciendo, pues ya no solo era un simple mareo, sino que era consciente de mi respiración errática y de que mi corazón latía a una marcha antinatural. Un par de minutos después, cuando me hallé dueña de mí misma, tomé cierta distancia, buscando que la misma me ayudara a controlar todas esas sensaciones por demás abrumadoras.

Me decanté por cerrar los ojos con fuerza y me dejé sumergir en la sensación de paz y quietud que el lugar brindaba; permitiendo que la brisa enfriara mi cuerpo, produciendo una sensación de frescura. Porque era maravilloso lo que el sonido del correr del agua causaba en mi cuerpo, mis vellos se erizaban, mi pecho se inflaba de felicidad, *de paz*. De esa paz que tanto tiempo atrás había buscado y necesitado como loca, y que por mucho tiempo se me había negado. Sin embargo, lo estaba viviendo y era mucho mejor de lo que alguna vez creí..., podría ser.

Después de todo, había valido mil veces la pena todo ese esfuerzo, el lugar en donde estábamos era hermoso, se respiraba paz. Mis labios tiraron de una sonrisa, por supuesto que Brandon sabía que ese lugar iba a encantarme, él me conocía muy bien. Por eso disfruté más de ese minuto de serenidad que tenía para mí misma; antes de enfrentarlo y agradecerle por ese magnífico detalle.

Porque Brandon era lo mejor que me había pasado en años.

Luego de un rato, giré sobre mis pies y la sonrisa se extendía por todo mi rostro, sentía como la felicidad se acrecentaba en mi pecho con cada murmullo de la naturaleza y que era percibido por mis oídos. Mi acompañante —*en muchas formas*—, me regaló una sonrisa reluciente, me observaba desde una distancia prudente, sin intención de acercarse y romper esa especie de burbuja que yo había creado. No obstante, algo en ese instante aleteó con fuerza en mi pecho..., porque entendí que y ya no quería vivir sola el mejor momento de mi vida, yo lo quería a él.

Lo necesitaba a él.

Extendí una de mis manos en su dirección y su rostro, entre sorprendido y encantado, solo provocó que mi corazón diera una voltereta. Se levantó sin más y se acercó, tomó mi mano, justo antes de que me arrepintiera.

—Muchas gracias por todo esto —murmuré con voz inestable. Su sonrisa, esa que encandilaba mis sentidos y que era tan armoniosa con su rostro perfectamente perfilado, hizo que todo mi mundo temblara.

—Lo haría mil veces más, Camille... —dijo, sin la menor intención de alardear o dejar entrever la importancia de sus palabras, solo diciéndolas de esa forma que las quería volver como

la frase más común. Pero que para mí no lo eran. Se acercó un poco y con la clara invitación en sus ojos me pidió que girara. Sin embargo, cuando creí que se situaría a mi lado, sentí como su cuerpo se paraba justo detrás de mí—. ¿Puedo? —preguntó, posando apenas sus manos en la piel de mi cintura y acepté, deseando decirle que confiaba en él, que si me pedía que lo acompañara al fin del mundo..., lo haría sin titubear. Su rostro se acomodó a un lado de mi cara y su cuerpo estaba a una distancia prudencial y respetuosa—. Cierra los ojos y concéntrate... —susurró sobre mi oído, su voz entre gruesa y varonil, me arrulló de tal forma que obedecí sin chistar. Me sentía aletargada; pero a pesar de eso, tratando de mantener a raya todo un entretejido de emociones que comenzaban a apoderarse de mi voluntad, seguridad, confianza, paz y de algo más que comenzaba a tomar fuerza para emerger.

»—Despeja tu mente; escucha cada sonido, siente como el aire baila sobre tu piel, como el agua resuena contra las rocas, el golpeteo de las ramas de los arboles al moverse, ¿lo sientes, lo escuchas? —cuestionó, dejando una estela cálida de su aliento sobre mi mejilla, erizando cada uno de mis vellos, dando como resultado que la arritmia que atacaba mi pobre corazón..., aumentara su marcha a niveles exorbitantes, ¡Dios! Sacudí la cabeza, lánguida e inmersa en un especie de transe.

Entonces..., lo permití, dejé que la última barrera que me protegía se desmaterializara en un pestañeo. Y con todo mi interior expuesto, dejé que Brandon se abriera paso y entrara, se asentara en mi pecho y se acomodara de tal forma que ya no deseara salir. ¿Estaba bien que lo hiciera? No lo sabía, solo que se sentía correcto.

Abrí los ojos, sintiendo como estos se escocían y en como las lágrimas se acumulaban detrás de estos pidiendo salir. Pues en ese instante, mientras la paz y la felicidad me susurraban que todo estaría bien y mientras sentía la seguridad a sus anchas entre los brazos de ese chico que había irrumpido en mi vida de la manera más súbita, la oscuridad opacó todo.

Me recordó que todo eso era momentáneo, que mi realidad era otra. Una en donde Brandon no estaría, reduciendo mi vida a una soledad aplastante, sin sus risas, sin esa mirada azulada que encandilaba mis sentidos e incendiaba mi pecho, derritiendo todo. Y porque de nada había valido que intentara a toda costa no recordar, el intentar dejarme llevar, al final había sido imposible, ya que esa lúgubre sombra me perseguiría adonde fuera.

La oscuridad no tenía intenciones de soltarme, ni permitiría que me alejara de esa garra que me atenazaba en cuerpo y alma.

Además, aunque al estar con Brandon la luz lograba filtrarse e iluminar todo un poco, nada era suficiente para liberarme. Y es que, estaba cansada de sufrir, de pasar sumergida en la lástima, cansada de huir de todo: de mis sentimientos y de Brandon, quien únicamente había sabido procurarme, a pesar de mis malos tratos.

Y dolía, maldita sea, dolía como vidrio incrustándose en la piel, porque justo cuando comenzaba a permitirme sentir..., todo a mi alrededor estalló.

Asimismo, sin darme cuenta, poco a poco los sollozos comenzaron a abandonar mi boca y las lágrimas brotaban como torrentes sin intenciones de detenerse, los cuales traían consigo dolor, sufrimiento, pánico y una extensa agonía.

Y yo..., ya no quería seguir luchando.

En ese momento, sentí como los brazos de Brandon me rodeaban y me resguardaban en su pecho, instintivamente llevé mis manos a su camiseta y la estrujé con fuerza, aferrándome a lo único que, en ese instante, aún me mantenía a flote, en medio de esa tempestad. Entonces en una forma de seguirme torturando, me cuestioné: qué iba a ser de mí cuando él ya no estuviera. Porque

me aterraba sentir como su abrazo me tranquilizaba y al mismo tiempo pensar que muy pronto tenerlo de *esa* forma sería imposible. Lo odiaba y me odiaba por comenzar a necesitarlo tanto.

«Ya no puedes hacerte esto, Camille. No debes necesitar de esa forma casi enfermiza a Brandon. Él no estará contigo siempre, él merece más que eso, él necesita a alguien mejor que tú».

—No me toques —pedí, mientras intentaba alejarme, sin desearlo de verdad. Sin embargo, su agarre se hizo más firme, más fuerte, como si temiese que en cualquier instante me quebrara como porcelana, pero lastimosamente ya lo estaba—. ¡No, suéltame! —exigí, sacudiendo la cabeza en una negativa y removiéndome. «Aléjate, ¡ahora!»», exigía la voz en mi cabeza. Y lo intenté. Pero era inútil, todo intento por alejarlo de mí, había sido un rotundo fracaso desde el principio, ya que sus brazos no desistían de sostenerme—. ¡Déjame, por favor déjame! —imploré, sintiéndome rebasada, a punto de desmoronarme. Además, necesitaba desesperadamente dejar de sentir esa penuria de su toque, de su sonrisa, de su mirada y de su presencia. Debía, ¡maldita sea!, tenía que dejar de hacerlo, porque si no lo hacía, si no lo lograba..., esa sería mi perdición, mi destrucción —. Aléjate..., por favor... —imploré con mis fuerzas al tope y no solo físicas, sino también emocionales.

—No lo haré..., nunca lo haré, Camille. —Sentí como desperdigaba besos sobre mi cabeza, así como esparcía caricias relajantes y cálidas sobre la extensión de mi espalda. Y yo, como una maldita necesitada, me aferré a eso de nuevo, me aferré a él.

Sus brazos, firmes y seguros, no desistieron de aferrarme y de sostenerme con fuerza sobre la gravedad de mis tormentos, impidiendo que los demonios que me seguían desde mi pasado por un instante cesaran sus voces, se fueran huyendo. Solo entonces, poco a poco, con cada una de sus caricias y palabras de aliento, el llanto cesó, dando paso a la vergüenza y a comprender lo que acaba de hacer, a la forma en que me expuse.

»—¿Te sientes mejor? —cuestionó, la fuerza de sus brazos había disminuido considerablemente cuando entendió que ya no tenía ánimos de alejarme. Sorbí mi nariz y moví de arriba abajo mi cabeza, instándome a aprovechar lo más que pudiera, aunque me pesara, ese último contacto tan íntimo que tendríamos.

—Yo..., lo estoy —respondí con mi voz considerablemente estable. Besó por última vez mi sien y me liberó.

Y tan pronto lo hizo, el frío se abrió paso en la reciente calidez que había sentido, comenzando a congelar todo mi interior, pero me obligué a no demostrar ni el más mínimo gesto de desagrado. Brandon ya me había dado mucho y yo no podía ser tan egoísta para tomar todo sin tener intenciones de dar.

—No puedes seguir así, Camille. —Sostuvo mi rostro entre sus manos, obligándome a que lo mirara a los ojos, esos que se adentraban a mi alma sin problema y que provocaban una sensación de terror y también de confianza. Añadió—: Por favor, ya no te sigas haciendo esto, guardándote todo y sufriendo sin dejar que nadie te ayude. Porque sé que no me estás diciendo toda verdad. —Palidecí en ese momento. Así como entendí su desesperación, él no sabía qué más hacer para solucionar las cosas, de no encontrar por ningún lado una salida. ¿Pero cómo le confesaba todo sin evitar que luego me mirara con lástima o peor, con repugnancia? No podía permitirlo, no con él. Agaché la cabeza y negué, no podía permitir que lo que entre nosotros había se manchara con mi pasado. Lo escuché soltar un bufido lleno de frustración—. ¿Por qué no confías en mí? —cuestionó dolido. «¿Qué?», me alejé y lo encaré, pero hacerlo solo me hizo sentir peor, porque él no merecía estar lidiando conmigo, con todo lo que en mi interior habitaba.



—Lo hago... —refuté,ladeó sus labios en una mueca triste, todo su rostro reflejaba lo dolido que se sentía.

—No lo haces, Camille, ¿por qué?—cuestionó, al tiempo que acariciaba mis mejillas. «*Porque no mereces saber todo lo horrendo y asqueroso que he pasado*», pensé y deseé decir. Pero como si supiese lo que rondaba por mi cabeza, añadió—: Porque si..., piensas que me amedrentaré, estás equivocada, no lo haré. Sea lo que sea que hayas vivido, que..., *te hayan hecho* —dijo, sin poder ocultar el miedo y la rabia en su voz. Me removí incómoda, «*él lo sabe, Camille*»—. Porque no importa que tan espantoso haya sido, no te juzgaré, no cambiaré. Yo no soy así, Cami. Yo lo único que quiero y *siempre* he querido ha sido ayudarte, verte bien y feliz. Por favor, permíteme hacerlo, permíteme hacer más liviana esa carga que, hasta ahora, llevas auestas tú sola. —Cerró los ojos un instante, abrió su boca e intentó hablar, sin poder lograrlo del todo. Agregó—: Pero si no quieres hacerlo, lo entenderé. Solo no olvides que estoy aquí contigo, que no me iré.

Dio un paso hacia atrás, dándome espacio. Brandon para esas alturas sabía qué hacer y cuándo hacerlo. Limpié una lágrima de mi rostro, sintiéndome en una encrucijada, ¿qué debía hacer?, ¿debía decirle todo a sabiendas que podía destruir lo único bueno que tenía?

«*Brandon siempre ha intentado ayudarte, ha respetado tus espacios, tus silencios. Ha estado para ti, siempre. ¿Confías en él, Camille?*» Y la respuesta vino sin hacerse esperar; vino con fuerza y con poder, llegó para terminar de romper esa coraza que resguardaba mi corazón y todas las emociones que en él había, despedazándola junto con cada muralla de inseguridad. Y comprendí que solamente con él podía lograr algo así y que eso solo era posible porque yo se lo había permitido.

—Está bien..., lo haré —musité, tomando una bocanada de aire, esperando que lograra apaciguar la tormenta que yacía en mi pecho, que removía todo con violencia. Necesitaba aferrarme al poco valor que aún tenía para poder pasar aquellas palabras que contarían todo y que eran como ácido quemando por mi garganta, esas que me dejarían al descubierto ante él.

—Ven... —Tomó mi mano y me haló, guiándome unos cuantos pasos hasta que encontramos una superficie donde sentarnos. A continuación vino un silencio sepulcral, el cual venía acompañado de todo mi pasado, ¡Dios!, ¿cómo iba a lograr contarle todo? Si ni siquiera yo soportaba los recuerdos. En ese instante, Brandon aferró una de mis manos y le dio un leve apretón, llamando mi atención—. Si no deseas hablarlo..., no lo hagas, ¿de acuerdo? Yo no te estoy obligando a nada. —Acepté, porque algo en mi pecho revoloteó con fuerza, un sentimiento más poderoso que el miedo. Debía hacerlo, debía sacarlo todo y al mismo tiempo rogar porque no destruyera mi relación con Brandon.

—Te contaré toda la verdad —murmuré. Y aferrándome a *ese* sentimiento, solté un suspiro cargado de miedo y comencé a narrar todo, rogándole al cielo por no errar con mi decisión.

## CAPÍTULO 19 Mi Verdad

Tres malditas semanas habían pasado ya desde que mi tío me había traicionado; y en las cuales había sido pisoteada, no solo en cuerpo, sino que también en alma. Y era difícil para mí creer el giro que el destino le había dado a mi vida, pues de un momento a otro, en un abrir y cerrar de ojos, me había dejado sin nada, sin familia y sin ganas de vivir. Cerré los ojos y abracé mi cuerpo, en un intento de calmar el temblor que lo atacaba, pero era imposible, el miedo y el pánico sumado a la impotencia tenían todas mis terminaciones nerviosas al máximo, a la espera del próximo golpe.

—Ojitos bonitos, es tu turno. —Una rubia despampanante apareció en mi campo de visión, entonces al ver a sus espaldas el escenario en donde se exhibían a las mujeres atrapadas en aquel lugar. Un par de lágrimas viajaron por mis mejillas, las mías siendo limpiadas por esa mujer en un gesto de aburrimiento y burla total—. No llores, niña, a los clientes no les gustan las lloronas. — Cuando me quedé sola, limpié las lágrimas que rodaban por mis mejillas y respiré profundo. Me miré una vez más en el espejo y mi reflejo me daba asco, bajé la corta falda que cubría apenas mis piernas e intenté ocultar un poco más mis pechos descubiertos por ese exagerado escote.

Caminé directo de donde provenía la luz, la música sonaba estrepitosa, retumbante y unida a los gritos de muchos espectadores, de asquerosos tipos que iban a esos lugares, sin importarles ni un poco las circunstancias en las que esas mujeres y niñas —como yo—, nos encontrábamos.

Un escalofrió recorrió mi cuerpo completo cuando puse un pie sobre la tarima, desatando el pánico que comenzaba a salir a flote y que me reñían la locura que estaba por cometer. Los gritos no se hicieron esperar, los comentarios sucios y junto a todas esas expresiones lascivas, solo provocaron que todo el terror se detonara en mi sistema y se extendiera por todo mi cuerpo, mis pulmones dejaron de trabajar y mi corazón latía de forma errática.

Las lágrimas empañaron mis ojos de nuevo y el temblor se hizo más fuerte, di un paso más pero la inestabilidad en mi cuerpo era tanta que mis pies me hicieron trastabillar hasta que caí sobre mis rodillas. Todo estalló. Los abucheos, los insultos.

Comencé a negar con la cabeza, repitiéndome que no podía hacerlo, que prefería morir que permitir que esos hombres jugaran y usaran mi cuerpo como un simple objeto sexual, y es que era una niña, ¡Dios!

—¿Qué crees que haces?! —gritó Pedro encolerizado—. Levántate y haz el show o te juro que te daré una golpiza con la que no podrás moverte en un mes —gruñó furioso, mirándome de una forma que me hizo desear estar muerta, en cualquier otro lugar pero no ahí. Llevé una mano a mi boca, intentando ocultar los sollozos, hice el amago de levantarme, pero cuando creí que me daría de nuevo de bruces, Pedro, el monstruo que destruyó mi vida, me tomó con fuerza de ambos brazos y me obligó a ponerme de pies—. Te lo advertí.

Fue lo último que escuché cuando comenzó a llevarme a rastras hasta detrás del escenario; y cuando estuvimos fuera de la vista..., su mano se proyectó directo a mi mejilla, caí golpeando mi cadera con un mueble para después sentir como mi cabeza se daba con fuerza contra el pavimento. Y hubiese dado todo por perderme en la inconsciencia en ese momento, para no presenciar lo que estaba por venir, lo que marcaba el principio de mi fin.

Me llevó a rastras hasta el interior de su oficina, mientras yo luchaba, gritaba y pedía ayuda.

—Por favor..., por favor..., no me haga daño, se lo suplico —imploré con desesperación, envuelta en pánico.

Seguí suplicando, poniéndome de rodillas, pero nada fue suficiente, ningún ruego para que se detuviera, para que se retractara de hacer lo que en su mente maquinaba. Me sonrió de una forma espantosa, diabólica, mostrando en sus ojos un brillo tenebroso y lujurioso. Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua, fingiendo pesar.

—No mi Lirio —dijo, odiaba tanto que me llamara así—. Debes entender una cosa, lo que haré es por tu bien, porque te has portado mal y te lo mereces. —Sacudí la cabeza en una negativa, me tomó del cabello con furia—. ¿Entendiste? —Asentí con la cabeza, sintiendo la humillación adhiriéndose a cada parte de mi cuerpo, me soltó de un movimiento brusco, enviándome al suelo. Y cuando lo escuché deshacerse de su cinturón, mis ojos lo miraron con genuino miedo, un grito se atascó en mi garganta, al ver como recorría la extensión de mi cuerpo con sus ojos llenos de libido. Y para afirmar mis sospechas, añadió—: Vamos a jugar un poco.

Abrí mis ojos y comencé a retroceder, intentando huir. Sin embargo, cuando mi espalda sintió la fría pared, deteniéndome y dejándome en claro que no había ningún lugar adonde podía escapar, todo en mi interior se desquebrajó.

Y así fue como, en esa noche la única luz que en mí había, la inocencia que poseía y mi pureza me fue arrebatada, de la peor manera, dejándome seca y con una herida permanente en el alma. Yo estaba muerta en vida. No obstante, cuando pensé que nada más podía pasarme, la vida me demostró de las peores maneras que no era así, que aún tenía mucho que sufrir.

Y así de vez en cuando, el hombre que pudiera le pagaba una cantidad exagerada de dinero a Pedro, un instante para hacer conmigo lo que querían. Los años fueron pasando, cuatro para ser exactos, los cuales me habían convencido que mi vida terminaría en ese lugar, que por más que hubiese intentado salir de todo aquello, nunca iba a ser posible. Que todo eso lo merecía, que era una condena que se me había imputado y que debía aceptarlo.

Fue así como, poco a poco, me fui hundiendo en un pozo hondo, frío y oscuro, acompañada de una infinidad de demonios que se habían empeñado en hacerse presente, cada mísero segundo de mi existencia, opacando mi realidad. Y yo permití que me hundieran más, *permití* que me envolvieran en una densa y lúgubre oscuridad. Sin embargo, aún con todos esos demonios torturándome cada segundo, muy en el fondo guardaba una, casi extinta, esperanza. La cual, justo cuando estaba por desfallecer, cambió el rumbo de mi vida.

Un noche, más fría que cualquier otra, después de haber dado mi número de baile en el escenario, bajé tras bambalinas, le entregué a Pedro el dinero que había recolectado y rogué para mis adentros a que me dijera que podía irme a descansar, que ningún hombre había llegado con el dinero suficiente para pagar. Así que sin hacer aspavientos, nada que fuera a ocasionarme una golpiza, esperé a que diera indicaciones.

Pedro se había adueñado no solo de mi voluntad, sino que de todo lo que en mí había, sometiéndolo con golpizas, castigos exagerados, hasta convertirme en un montón de nada.

Entrada la madrugada, creí ilusamente que nadie se había interesado en mí. Pero una chica llamada Margarita que era huérfana pero que, al contrario de mí, sí estaba en ese lugar por voluntad propia, se acercó y me informó que Pedro me andaba buscando. Cerré los ojos con fuerza, lo que más temía y asqueaba estaba a punto de pasar.

Pero para empeorar la situación, al notar el miedo en los ojos de esa chica, todo mi mundo se desestabilizó. No obstante, todas mis preguntas fueron resueltas cuando vi al hombre que acompañaba a Pedro.

—Él es quien golpeo a Azucena —murmuró Margarita, con su voz teñida de miedo.

Pasé saliva con dificultad y las imágenes de la aludida invadieron mi mente. Hice mis manos puños, ese hombre era un animal. Sacudí la cabeza en una negativa, tratando de no dejarme llevar por mi mente, tratando de no pensar en escenarios fatalistas.

De pronto, Pedro me enfocó y con un ademán hosco me pidió que me acercara, claro que era más una orden que un pedido. Forcé una media sonrisa en mis labios, la misma que era una de las obligaciones que teníamos, pues no podíamos darnos el lujo de demostrar nuestro verdadero estado de ánimo.

Me acerqué hasta donde ellos, sintiendo como a mi cuerpo regresaba aquel temblor de años atrás, de cuando toda mi desgracia comenzó. Siempre era así, el miedo se detonaba en mi sistema, el asco y la impotencia, esa sensación de estar en una prisión sin la esperanza de ver algún día la luz del sol.

—Él es el señor Hutton y ha solicitado tus servicios, así que te irás con él. —Me encajé las uñas de las palmas en mis manos y me obligué a no demostrar el miedo que comenzaba a hacer mella en mí. Así como ignoré las miradas sugerentes que ese viejo daba en mi dirección. Pedro prestó toda su atención en ese señor—. Recuerde lo que hablamos señor, Hutton, un incidente más como el de la otra vez y ni se le ocurra poner un pie en este lugar.

Y no sabía cómo sentirme, pues detestaba casi por igual a esos tipos. Pedro que por su avaricia no le importaba poner en peligro nuestras vidas con tal de ganar su asqueroso dinero o ese monstruo que no se tentaba el corazón para lastimarnos. ¿Pero qué iba a poder hacer alguien como yo? Ellos eran los depredadores y yo la carnada.

Serpenteamos entre las calles de *Ottawa*, hasta que llegamos a una casa a las afueras del centro de la ciudad. Entramos y las imágenes del rostro y del cuerpo todo golpeado de Azucena se acumularon en mi cabeza, y para qué fingir que no estaba muerta del miedo. Tomé una bocanada de aire, pues sabía que lo peor que podía hacer era ponerme a llorar, pues ese fue el principal motivo por el cual le dio esa golpiza a esa niña de dieciséis años.

Pronto sentí las manos de ese viejo fétido sobre mi cadera, tocando todo a su paso, besando mi cuello, espalda y así repetidas veces. Y el peso de lo que estaba por pasar se posó sobre mí, hundiéndome aún más en ese pozo cenagoso. Sin embargo, todo se sentía distinto, algo dentro de mí me susurraba que algo pasaría, que algo cambiaría.

—Vamos, desnúdate —exigió, apartándose de mí unos cuantos pasos. Giré sobre mis talones y comencé a hacerlo, sintiendo de nuevo esa repulsión en mi estómago, pues *jamás* nada iba a evitar que no me sintiera sucia. Me negaba a acostumbrarme a vivir de esa forma.

Los ojos cansados y viejos de ese hombre no paraban de ver toda la extensión de mi cuerpo semidesnudo, los mismos mostraban deseo y lujuria que bien podía palparse en el aire. Me llamó con su mano y me acerqué. Y tan pronto tuvo acceso a mi cuerpo, comenzó a desperdigar besos por mi piel. Sin embargo, cuando estábamos por llegar a aquel punto sin retorno, en donde todo lo espeluznante parecía cobrar vida, una mueca en sus labios llamó mi atención.

Estaba a punto de bajar la cremallera de su pantalón cuando de golpe se sentó sobre el sofá, llevó su mano derecha a su brazo izquierdo y todo su semblante palideció, así como empezó a quejarse y a retorcerse del dolor.

Un infarto.

Inmediatamente vislumbre mi única oportunidad para salir. Y me aferré a ella como un naufragó a un salvavidas y nada me importó, ni siquiera sus susurros pidiéndome ayuda, nada. Porque sabía que esa era la oportunidad que por tantos años había esperado, esa era mi *única*

oportunidad para darle un giro a mi vida, para cambiar todo.

Tomé mis cosas, suficiente de dinero y salí de esa casa. Y ni siquiera el frío de la noche que congeló mis huesos consiguió que me detuviera, nada iba a evitar que yo huyera. Caminé y caminé hasta encontrar un taxi. Y aunque no sabía adónde ir, ni qué hacer, mi primer idea fue pedirle que me llevara a la terminal de autobuses.

Cuando estuve ahí, busqué un local donde vendieran ropa, compré una blusa dos o tres tallas más grandes que la mía y un pantaloncillo de algodón, unos zapatos cómodos y me dirigí hacia la taquilla, decidida a poner de por medio cuanta tierra me fuera posible.

Mi primera opción fue *Los Ángeles*, pero el último autobús ya había partido, y el más próximo era hacia *Carolina del Norte*. Pagué dando más de lo necesario, ya que “había perdido mi identificación”, pero eso era lo de menos, porque nada se comparaba a la sensación de libertad, *esa* que tenía tanto tiempo de no experimentar.

Estando ya en el lugar de destino; algo dentro de mí me decía que debía adentrarme en ese estado y buscar un lugar más profundo, un lugar en donde fuera difícil dar conmigo. Y un nombre entre todos los lugares posibles provocó un vuelco furioso en mi corazón: *Greenville*.

Y con el dinero justo pagué el pasaje. Asimismo, conforme los metros y kilómetros trascurrían, el peso que había estado sobre mis hombros tanto tiempo, comenzó a hacerse más liviano, y me juré encontrar esa paz que tanto necesitaba. La libertad que me había sido arrebatada la encontraría y no dejaría que nada, ni nadie me la quitara de nuevo.

—Pero llegué de noche y no tenía a dónde ir. Entonces caminé y caminé esperando que la noche pasara rápido, pero... —dije, sin saber cómo decirle lo que seguía. Cerré los ojos una fracción de segundo, sintiendo el sabor salado de las lágrimas que resbalaban por mi mejillas y se perdían en mi barbilla, en mi boca. No había querido ver a Brandon desde que había comenzado a narrar todo, no quería ver su rostro lleno de lástima..., de asco—. Yo..., yo entré a un callejón y unos hombres me atraparon... —murmuré y por el rabillo del ojo miré a Brandon, quien tenía puesta su mirada en algún punto del suelo. Y aunque le había confesado todo, había algo que él no sabía y que había sido el motivo principal de mi resistencia, de mi actitud taciturna contra él.

—¿Pero qué...? —preguntó, con su voz ronca, debido a las emociones. Deglutió saliva—. ¿Qué pasó?, ¿te hicieron algo? —exigió saber, un sollozo quebrado brotó de mi garganta. Podía sentir tan claramente todo el miedo, la impotencia y como estuve a un paso de rendirme y dejar de luchar.

—No pudieron, porque alguien lo evitó... —solté y hacerlo fue como soltar una cuerda tensada. Elevó su cabeza y aunque no me miraba, comprendí que estaba atando cabos y aunque me vi tentada en cambiar el rumbo de mi historia, debía de decirle toda la verdad, debía ser valiente y confesarle todo de una maldita vez. Entonces lo dije todo—: Tú..., tú me salvaste. —Y en esa ocasión, sí giró su cabeza en mi dirección, sus ojos estaba rasgados y repletos de dolor, de claridad. Él lo sabía todo, absolutamente todo, contemplé horrorizada.

—¿Eras tú? —Me decanté por aceptar, sintiendo como el peso de mi conciencia iba disminuyendo. Y se sentía *tan* bien no cargar con todo yo sola, que alguien más lo supiera—. ¿Porque nunca lo dijiste? —Mordí el interior de mi mejilla. «*Porque me aterrorizaba y repugnaba cualquier clase de contacto con un hombre, porque quería creer que eras igual que todos, porque al final me aterró pensar que si te dejaba entrar ibas a sacudir todo y a ser mi perdición*».

—Porque tenía miedo... —resumí.

—¿De mí? —cuestionó perplejo. Asentí de nuevo, no tenía caso mentir.

—Después de todo lo que viví, te miraba como una amenaza, ¿me entiendes? —Hizo una mueca con sus labios y dio un leve asentimiento, pero sabía que no me creía—. Por eso era así contigo, por eso no te quería cerca. Discúlpame, por favor —pedí. Sacudió la cabeza y elevó ambas manos, en un gesto de frustración total.

—Yo..., yo..., no puedo con esto —murmuró y dolió.

Se levantó y caminó un par de metros delante de mí. Pero..., sabía que algo así iba a pasar, desde un principio esperé una reacción así. Empero, ya había empezado a sacar todo, así que seguiría hasta quedarme sin nada, sin secretos.

—Pero, ¿sabes?, aunque tenía pánico del contacto físico con un hombre, contigo..., todo era diferente. En un principio, sí lo tuve. Pero el saber que habías arriesgado tu vida por mí, provocaba que el temor fuera disminuyendo. Y aunque evité por mucho tiempo el que te acercaras... —«*Porque no quería que te abrieras paso en mi interior*», pensé y deseé decir—..., con el pasar de los días, mientras miraba un genuino interés en ti por mí, dejé de sentir miedo y de desconfiar de ti.

Miré todas sus reacciones: como apretaba sus manos en puños, su espalda tensa y hombros cuadrados, todo en él irradiaba tensión, ira y frustración. Sin embargo, no dije nada y aguardé a que finiquitara todo. Ya que mis expectativas de que él no me rechazara, con cada segundo que pasaba, se habían reducido hasta ser prácticamente nulas.

Además, era consciente de que por un lado estaba la opción de no creer ni una de mis palabras y otra que creyera todo. Pero absolutamente nada me garantizaba que fuera a quedarse.

Varios minutos pasaron, los cuales se sintieron como horas, el llanto en mí había cesado y sentía paz, porque ya no habían secretos, ni tormentos ocultos. Brandon sabía todo y solo él podía elegir qué hacer: si creerme y ayudarme a salir de todo o darme la espalda. Y rogaba con todas mis fuerzas fuera lo primero.

—¿Pedro?, ¿él es quien te llamó? —preguntó, seguía sin atreverse a darme la cara, lo cual me tenía muy nerviosa.

—Sí y por eso debo irme. —Y como si hubiese tocado un interruptor, sus pies giraron y en un abrir y cerrar de ojos se aproximó hacia mí.

—Debemos denunciarlo. —Me negué, hacerlo iba a ser igual que cavar mi propia tumba—. ¿Por qué no?

—Porque entonces él no se tentará el corazón y me destruirá. Él es un monstruo, Brandon. Y yo..., yo tengo mucho miedo —confesé. Se puso de cuclillas frente a mí y tomó mis manos.

—*Debes* hacerlo, ese malnacido no puede seguir libre. Él no debe seguir haciendo lo mismo a más mujeres. ¡Por Dios, Camille!, ¡eras una niña cuando todo pasó! Ni él ni nadie tenían el derecho de agredirte de esas horribles maneras. —Sabía que tenía razón, que dar parte a las autoridades era lo que debía hacer, lo correcto. Pero Pedro se había adueñado mi voluntad de tal manera de que, aun sin tenerlo frente a mí, solo pensar en llevarle la contraria me hacía temblar como una hoja a merced del viento.

—Lo sé, pero no puedo hacerlo. —Se levantó furioso y nuevamente me dio la espalda, aferró su cabeza con ambas manos y soltó un gruñido lleno de frustración—. Entiéndeme, ¿quién le va a creer a una indocumentada? Nadie Brandon y aunque me entristezca reconocerlo, no soy nadie y ellos tienen mucho poder. Esa es la verdad, *mi verdad*, la cual te suplico no vayas a contársela a nadie —dije con mi voz a un hilo. Asintió con la cabeza y se acercó a mí. Me miró apenado, lo cual hizo que mi corazón diera una voltereta.

—Lo siento..., sé que no debo presionarte. —Se sentó a mi lado y me abrazó. ¡Dios!, mis ojos se cerraron, la emoción entretejida con la incredulidad se abrió paso en mi pecho. A continuación hubo un silencio entre nosotros, uno muy significativo, el cual fue roto por ese chico, solo para confirmarme que él era ese ángel que, en mi tormento, necesité—. Has sido muy valiente, Camille. Tienes una fortaleza sorprendente, un alma aguerrida que no se dejó vencer, y eso te hace *tan* valiosa. —Casi rio irónicamente ante sus palabras, lo menos que había sido era valiente.

Pero que él lo digiera lograba que las creyera un poco. Sin embargo, en ese momento, una inquietud tortuosa me asaltó y la misma no sabía cómo hacerla. Pero debía preguntar o de lo contrario la duda no me dejaría tranquila.

—Brandon... ¿no te doy asco? —preguté, susurrando la última palabra.

Lo sentí tensarse y tuve miedo de su respuesta. Empero, inclinó su rostro hasta el mío y me miró de una forma que provocó que mi cuerpo temblara, que mis vellos se erizaran y mi estómago comenzara a lanzar meteoritos. Así como *ese* sentimiento fuerte y arrollador que me mantuvo a flote mientras le conté todo mi pasado, se removió con fuerza en mi pecho, el mismo que solo salía a la superficie cuando Brandon estaba cerca, cuando me miraba y sonreía de esa manera tan suya.

—Tú puedes provocarme *muchas* cosas Camille..., ganas de sonreír, deseos de ser mejor, pero nunca asco. ¿Lo entiendes? —Di un leve asentimiento, inmersa en su azulada mirada, esa que me hacía sentir en calma, en mi hogar.

Sin pesarlo mucho, a sabiendas de lo que mi cuerpo y mi alma enmendada necesitaba, rompí distancias y hundí mi rostro en su pecho y lloré un poco, pero no era del todo por tristeza, sino que sentía que esas lágrimas estaban limpiando un poco la suciedad de mi corazón. Y no podía sentirme más plena, más completa que al estar aferrada en los brazos de ese chico de rizos chocolate y mirada de zafiro.

Y ahí, envuelta en sus fuertes brazos, en su firme agarre, comprendí que mis sentimientos por él iban más allá..., de lo que alguna vez creí posible. Pero pese a entender que él podía ser mi felicidad, ese pilar que tanto necesitaba, sabía que no podía ser egoísta.

Entonces callé todo y guardé ese hermoso sentimiento que, poco a poco, fue emergiendo de lo profundo hasta asentarse en la superficie. Lo tomé con la intención de atesorarlo y así sentirme viva, aferrándome a ese *amor*, que estaba segura iba a ser la fuerza que me ayudaría a sobrellevar todo lo que estaba por pasar.

## CAPÍTULO 20 Despedida

Por la noche y luego de cenar, tuve una corta conversación con Martha, quien me dijo que todo estaba bien, que nadie había llamado o siquiera llegado a buscarme —lo cual me llenó de infinita paz—, pero sabía que no podía confiarme, que él estaba al acecho, esperando el momento menos pensado y atraparme, no obstante, por más extraño que parezca, no sentí el mismo temor que antes.

Me encerré en la habitación de Brandon y me acosté sobre la mullida cama, ¡Dios!, cada noche era una tortura intentar dormir, pues el aroma de Brandon estaba impregnado en las sábanas, en la almohada. Era desquiciante y adictivo. Me encantaba, esa era la verdad.

Miré un punto cualquiera en la pared y me sumergí en mis pensamientos; mientras escuchaba el sonido de la lluvia cayendo y golpeando con suavidad la ventana de la habitación, al siguiente día me marcharía, muy lejos. Y aunque en mi cabeza rondaba la idea de quedarme y denunciar a Pedro, algo dentro de mí me decía que sería en vano, pero algo dentro de mí quería solo intentarlo. Y porque, *quizá*, contar todo era la solución para que mis planes cambiaran y para no tener que seguir huyendo, y de esa forma poder asentar mi vida en un solo lugar y cerca de una persona.

Y es que, ¡por todos los cielos!, mi determinación se hallaba débil, todo por culpa de Brandon, él quien representaba mi talón de Aquiles. ¡Dios!, era tan abrumador.

Porque lo admito, en ese entonces, cuando descubrí que sentía una fuerte atracción por Brandon, comprendí porque luego comencé a buscar *cualquier* oportunidad —por más ridícula que pareciera—, para estar con él. Y al parecer, todo había empeorado cuando salimos de aquel especial y significativo lugar, ya que tanto él como yo habíamos cambiado. No sabía el qué o cómo explicarlo.

Sonreí ante las evocaciones de la pasada tarde, en su forma de escucharme, de tratarme y me sentía tan tranquila. Y es que, era increíble la reacción que hubo en él, pero qué les digo, Brandon es increíble. Pues no me juzgó, no cambió conmigo y recordar cada una de sus hermosas palabras me hacía flotar como una nube en el cielo azul. ¡Dios!, ¿eso era estar enamorada?

Seguí adentrándome en mi mente y en todo ponderaba él. Inhalé aire con profundidad, sin embargo, alguien llamó a la puerta y eso hizo salir de mi estupor. Fruncí el ceño, pero este rápidamente se suavizó, porque no debía preguntar *quién* era, mi cuerpo lo sabía.

Me levanté rápidamente y abrí la puerta.

—Hola... —Sonrió y yo le correspondí el gesto sin ningún problema, así como fui consciente de como mi corazón se había saltado un latido para luego correr de forma furiosa, vertiginosa... lo siento si estabas dormida —murmuró, sin molestarse en ocultar la vergüenza en su voz. Brandon era muy transparente, otro motivo que me hizo confiar ciegamente en él y, por ende, caer como una estúpida a sus pies.

—No, no lo estaba —respondí, mientras negaba con la cabeza. Sacudió la cabeza y luego la ladeó.

—¿Puedo pasar? —preguntó dubitativo y un tanto divertido. Acepté y me hice a un lado de forma torpe, ¡Dios!

Caminó en el interior y todo se sentía más pequeño con él dentro, sus hombros cuadrados y



anchos, su cintura pequeña, sus brazos fuertes y delgados. Brandon era tan bello por dentro como por fuera. «¿Qué haces?, deja de verlo como una boba enamorada y di o haz algo», espetó mi consciencia. Me moví de mi sitio, al tiempo que él se sentó sobre el suelo a un lado de la cama, así como hizo un ademán con la mano, invitándome a que lo acompañara.

—Y bien... ¿qué haces despierto, si se supone que mañana entras a trabajar temprano? —pregunté, interesada. Ese no era un comportamiento normal. Brandon hizo una mueca con sus labios, el cual se me antojó tierno y delató lo nervioso que estaba.

—No podía ir a dormir..., sin antes darte esto. —Sonrió de forma débil, imité su gesto y aguardé expectante. Añadió—: No es la gran cosa pero cuando lo vi, no sé..., sentí que era tan tú.

—¿Tan yo? —cuestioné divertida. Soltó una risita por demás ansiosa y afirmó con la cabeza.

—Solo, dame un segundo... —Se movió un poco y sacó algo del bolsillo de su chaqueta. Era una pequeña caja de terciopelo azul, la cual tendió en mi dirección y no supe qué hacer—..., ojalá te guste. —Pestañee un par de veces, mi boca se había abierto con escepticismo, lo cual le pareció divertido, tomó mi mano y la depositó ahí.

—¿De verdad es para mí? ¡Santo cielo!, no tenías que haberte... —Negó con la cabeza, cortando de tajo toda mi diatriba.

—No es ninguna molestia, Camille —dijo con firmeza. Acepté casi de forma imperceptible, añadió—: ¿No la abrirás?

—Yo sí, claro —respondí atropelladamente.

Mis manos temblaban me sentía como en una dimensión subalterna, pues no podía creer todo lo que estaba pasando. Y para empeorar todo en mi sistema; sus manos grandes y fuertes sostuvieron las mías, menudas y débiles, solo entonces pude abrir la caja, de inmediato sentí como mi corazón ralentizaba su marcha para luego romper a un ritmo antinatural. Las lágrimas comenzaron a quemar detrás de mis ojos, mi pecho se llenó de emociones abrumadoras, que me rebasaron de tal forma que ya no hubo más dudas. Brandon era mi perdición y mi salvación.

Un hermoso collar yacía en el fondo de la caja, brillando junto a la *luz de la luna* que se filtraba por la ventana; cada poro de mi piel se erizó al sentir la fría cadena entre mis dedos, al poder palpar el colgante que la misma consigo traía: un par de alas extendidas.

—¿Te gusta? —preguntó con recelo. De inmediato giré mi cabeza en su dirección, Brandon me miraba con adoración, con expectación y con algo más que..., temí inquirir. Mis labios se curvaron en una gran sonrisa. Me encantaba, ¡Dios!

—¿Cómo no podría hacerlo? —pregunté incrédula, sin embargo, movida a la vez por la ternura de escuchar la inseguridad en su voz, añadí—: Es hermoso, Brandon y me encanta. ¡Dios! Muchas gracias —susurré, y presa de un arrebató eufórico, me abalancé sobre él para abrazarlo, tomándolo de sorpresa, pues ambos caímos al suelo, quedando en una posición donde yo estaba casi encima de él, apoyada sobre su pecho—. Lo siento. —Pero luego, al vernos a los ojos, nos fue inevitable no reír.

—Descuida... —dijo divertido. Elevé mis ojos al sentir su cálido aliento chocar contra mis labios, solo entonces pude medir la escasa distancia que entre nosotros había. Parpadeé un par de veces, sintiendo como la sangre subía a mis mejillas y agradecí que solo las tenues luces de los relámpagos y de la luna fueran los únicos que iluminaban toda la habitación. Me levanté rápido, tratando de poner distancia entre ambos, tratando de no dejar entrever lo alterada que me sentía. Brandon se aclaró la garganta—. ¿Puedo ponértelo? —Me limité a asentir, pues no confiaba en mi voz. Unos cuantos segundos después, admiré el dije en mi pecho.

—Me encanta... —Volví a verlo, sonreía—..., ten por seguro que nunca me lo quitaré —

aseveré, provocando que una risa brotara de su garganta, amaba ese sonido.

—Es lo menos que espero de ti. —Tomé el dije entre mis dedos y me cuestioné, ¿qué tenía de parecido conmigo?—. Se te ve precioso —dijo, vi como su manzana de Adán subía y baja. Le regalé una sonrisa cándida.

Nos sentamos uno al lado del otro y nadie dijo nada. Por el rabillo del ojo noté que él observaba un punto cualquiera en el suelo y al verlo distraído me atreví a estudiarlo; ansiando poder grabar con fuego su imagen en mi memoria. Sus facciones perfectamente perfiladas, varoniles, su quijada cuadrada, sus labios delgados..., sus cejas pobladas y que enmarcaban a la perfección sus ojos de ese azul que encandilaba mis sentidos. Brandon se miraba casi etéreo bajo la luz de la luna, se miraba como si fuese parte de un sueño. Era hermoso.

Un suspiro anhelante se atascó en mi garganta, algo en mi pecho se removió con rudeza y fuerza. En ese instante, era consiente en como la energía a nuestro alrededor cobraba vida, en como un manojo de emociones y sentimientos se abrían paso en mi pecho; amor, paz, seguridad, miedo, soledad, deseo y tristeza. Y con dolor comprendí que *ese* momento era nuestra despedida.

«*Me harás tanta falta, Brandon*», pensé y deseé con todas mis fuerzas decirle.

Pronto sentí su mirada en mí, la misma poco a poco fue enviando olas de algo cálido que me ayudaban a sentir calor en medio de esa nevada que atenazaba mi alma. Me atreví a verlo y su par de estanques pacíficos y brillantes, me substraieron y me sumergieron en las profundidades donde flotaban todas las palabras que ninguno se atrevía a decir.

—Quiero que me prometas una cosa, Camille —dijo, con tono apesadumbrado. Moví la cabeza de arriba abajo y aunque no sabía que me pediría, haría todo lo posible por cumplirlo. Me regaló una sonrisa de boca cerrada, la cual se me antojó melancólica y triste—. Promete que a donde quiera que llegues a estar, vas a luchar por tu libertad. Prométeme que harás todo lo posible para dejar de estar atada a tu pasado, que dejarás todo eso que te atormenta atrás y que ya no permitirás que siga opacando tu presente. Porque, Camille, yo quiero que vuelas, que vivas tu vida a tus anchas y también quiero que cada vez que veas ese colgante —murmuró, rozando apenas el colgante que, en ese instante, cobraba sentido para mí—, no solo me recuerdes... —Ladeó la cabeza y me observó de tal forma que algo dentro de mí se rompió—..., sino que recuerdes esta promesa y todas mis palabras.

¡Dios!, ¿cómo iba a poder prometer algo así? Brandon me estaba pidiendo algo que en esos momentos consideraba imposible, al menos en un largo periodo, pero debía hacerlo, debía prometerlo y no solo por él, sino por mí. Porque lo que él me pedía era justo lo que yo necesitaba.

Cerré los ojos con fuerza, tratando de tragarme las lágrimas y tratando con todas mis fuerzas de callar todas esas voces que me decían una y otra vez que no lo hiciera, que no lo prometiera porque no iba a cumplirlo.

—Está bien —dije, imprimiendo toda la seguridad y valentía que pude—, te prometo que lo intentaré cada día que esté lejos..., de ti. —Y esa promesa fue el aliciente que me ayudaría a afrontar todo lo que estaba por llegar. Sus labios se ladearon en una sonrisa.

—Entonces me quedo tranquilo —confesó. Y tan pronto dijo eso, mi corazón aleteó desenfrenado, mi ansiedad se disparó, así como el deseo. Hice mis manos puños, luchando por mantener a raya el tumulto de explosiones que se desataban en mi pecho y que me elevaban hasta el espacio. Porque estar con Brandon siempre había sido como flotar entre nubes, como abandonar el planeta y danzar entre estrellas. Siempre es así—. Camille... ¿regresarás? —preguntó, con su voz ronca debido a las emociones.

De inmediato, algo dentro de mí me dijo que estaba haciendo las cosas mal, que nada nunca

mejoraría si yo huía y porque esa paz que tanto había buscado..., ya la había encontrado: junto a él. *«Y difícilmente estando lejos, la obtendrás de nuevo, Camille. Solo olvídate de tus miedos e inseguridades, olvídate de todo y quédate»*, murmuraba mi consciencia.

Pero, ¿cómo sería capaz de arriesgar su bienestar, su seguridad y la de toda su familia por el mío? Hacerlo era un acto egoísta. Por eso decidí mentirle, era lo mejor, porque sabía que al menos, estando lejos, viviría tranquila de saber que toda la destrucción que se avecinaba ya no los lastimaría.

—Por supuesto —dije, esperando el haberme escuchado sincera. Dio un asentimiento y luego abrió su boca, pero la cerró de inmediato, quería decirme algo y, por alguna razón, no pudo. Sacudí la cabeza y soltó un suspiró largo y cansino.

—Debo confesarte que nunca me han gustado las despedidas, pero te deseo un buen viaje, Camille. Espero que encuentres eso que tanto buscas. —*«Ya lo encontré y eres tú»*, en mis pensamientos susurré. Acepté, callándome *eso* y más.

*«Es lo mejor, es lo mejor para ambos, para todos».*

Minutos después anunció que se iría a dormir. Pero antes de salir por esa puerta, me regaló una hermosa sonrisa, cargada de tristeza, de comprensión y añoranza. Se fue, dejándome en la soledad atestada de palabras sin decir, de sentimientos sin confesar.

*«¿Estás segura de que es lo correcto, Camille?, ¿pero para quién?, ¿para tus miedos, quizá?»*

Me desplomé sobre la mullida cama y cerré los ojos, sintiendo como un nudo se instalaba en el inicio de mi garganta. ¡Dios!, no quería irme, deseaba desesperadamente quedarme y vivir, reír, amar..., pero cuando la realidad se hacía presente, todos esos castillos en el aire se desmoronaban en mi cabeza.

Y estaba harta, cansada de luchar contra todo el tormento que me envolvía, que tiraba de mí con fuerza y furia, como una embarcación en medio de una tormenta, indefensa y a la deriva de su destrucción. Por eso mucho más fácil pensar en huir.



Cuando el alba rayó el cielo, me levanté y preparé todas mis cosas, me despedí de Mishelle y de Lucy, mintiéndoles de nuevo, diciendo que pronto volvería. Y esperaba más adelante, encontrar las fuerzas necesarias para hacerlo. No obstante, con Brandon todo fue más difícil, nuestra despedida, entendía, que había sido por la noche, pero ver la tristeza en sus ojos, la carencia de toda esa alegría en él, no facilitaba las cosas. Entonces antes de marcharse a su trabajo, solo me abrazó. Dejándome con un nudo en la garganta, una opresión en el pecho y con tantas ganas de decirle muchas cosas.

Salí escasos minutos después de él, pedí un taxi y di marcha hacia la terminal, pero mi cabeza era un caos, voces susurraban que había sido una cobarde al no quedarme y pelear, pero sobre todo de no haberle dicho a Brandon todo lo que sentía por él. Bajé y caminé por los pasillos buscando una taquilla para comprar un boleto. Y cuando lo tuve, busqué una banca en donde esperar.

Media hora después, llegó la hora de partir, tomé mi mochila y comencé a caminar rumbo al autobús. Pero algo dentro de mí comenzó a dudar, ¿qué caso tenía estar sola de nuevo?, ¿por qué

no atreverme a ponerle punto final a todo mi tormento?, ya que huir solo postergaba ese enfrentamiento, mismo que si me iba, haría sola.

«¿Estás segura, Camille? Pedro no se tentará el corazón y te buscará y te destruirá. ¿Estás segura de querer enfrentarlo?» Me detuve justo al pie del autobús, y es que, yo —dentro de mí—, no quería eso.

Fue cuando ese sentimiento revoloteó con fuerza en mi pecho, dejándome sentir ese vacío que comenzaba a extenderse entre Brandon y yo, una brecha abismal. «¿Qué es lo que quieres, Camille?» Y la respuesta vino tan clara como poderosa.

«Yo lo quiero a él».

Entonces tomé una de las mejores decisiones en toda mi vida. Giré sobre mis pies y me dirigí en busca de un taxi para regresar, ya no huiría. Decidí también, terminar de raíz con todos mis problemas.

## **IV Parte**

*Que vivía y nos envolvía en la calidez del amor*

## CAPÍTULO 21 Oportunidades

### Brandon

**A**nduve hasta mi trabajo con todos mis ánimos por el suelo; recriminándome por lo cobarde que había sido, por haber permitido que se fuera sin siquiera atreverme a decirle sobre mis sentimientos. Sin embargo, algo tenía muy claro y era que no podía frenarla, además que, por todo lo que sentía por ella, me insté a apoyarla y a aceptar su decisión, me obligué a no pensar en mí, sino en ella y en lo que necesitaba.

Marcos me recibió con una sonrisa, a la que respondí con una mueca, no obstante, no le di oportunidad de preguntarme nada. Comencé a hacer mi trabajo en modo automático, perdido en mis pensamientos, perdido en Camille..., porque ella ponderaba todo en mi cabeza y temía que pasara mucho tiempo para que eso cambiara, además, sabía —*dentro de mí*—, que no iba a ser de otra forma. Ella había llegado vida para quedarse muy clavada en mi pecho.

Entonces me prometí que si ella regresaba, si tenía una oportunidad más, le confesaría todo y ya no callaría. Porque esa maldita sensación de arrepentimiento por no hablar, sumado a las miles de dudas de: ¿qué hubiera pasado si le hubiese confesado todo?, me estaban carcomiendo.

«¡Brandon, basta ya! Camille se fue y no hiciste nada, así que ahora acéptalo y supéralo.»  
Froté mi rostro con frustración, todo eso me pasaba por haber callado.

—Brandon, ¿qué te sucede? —cuestionó Marcos, con su voz entre divertida pero a la vez filtrando un poco de preocupación. Volví a verlo y me encogí de hombros, no tenía ánimos de hablar pero sabía que de no hacerlo, me iba a volver loco.

—¿Cómo logras olvidarte de alguien? —cuestioné, al tiempo que soltaba un suspiro cansino y cargado de sentimientos. Mi jefe no pudo disimular la sorpresa en su rostro, pero al recomponerse asintió, como si estuviese digiriendo mis palabras.

—Con que problemas del corazón. ¡Vaya! —exclamó, para luego silbar con asombro, lo cual me hizo sonreír. Añadió—: Al fin el chico “*yo no me enamoro, eso no es lo mío*”, lo está viviendo —canturreó, encomillando lo que una vez, hace mucho tiempo, le dije.

—Y es horrible, por eso no quería enamorarme —dije, defendiéndome. Marcos me regaló una sonrisa ladeada y se sentó frente a mí, sobre uno de los taburetes que estaban en la barra.

—No me estoy burlando, Brandon. Porque sé por lo que estás pasando... —repuso, haciendo una mueca con sus labios que me hizo sentirme aún peor—... y te entiendo, pero lamento decirte que olvidarse de alguien no está en nuestras manos, sino que dependerá de la intensidad del sentimiento y sobre todo de tiempo. —Sus palabras se sintieron como un balde de agua fría, porque algo comprendí en todo lo que acababa de decirme y era que yo no iba a olvidar a Camille, al menos no en esta vida.

—Entonces estoy *tan* jodido —murmuré, cerrando los ojos por un segundo. Posé ambas manos sobre la mesa y me encorvé hacia abajo, apreciando el peso de ese sentimiento muy claro sobre mis hombros. Sentí como palmeó mi espalda de forma paternal.

—No te turbes, Brandon. No todo siempre es malo en esta vida, porque a veces la vida misma nos sorprende dándonos *oportunidades* —dijo, entre divertido y satisfecho. Fruncí el ceño, abrí los ojos y elevé apenas mis ojos para verlo en el momento justo en el que se levantó de su silla y a

lo lejos distinguí una silueta familiar.

Inmediatamente mis ojos, mi sistema completo, dejaron de trabajar, todo estalló en mi pecho, volviéndose en diminutos fragmentos, todo se desdibujó a mi alrededor, todo fuera de ella dejó de importar. Me erguí en mi lugar, atónito e incrédulo y cuando ella se movió, caminando en mi dirección, cada pieza, cada fragmento comenzó a asentarse en su lugar.

Reaccioné y salí del mostrador y a grandes zancadas terminé la distancia que había entre nosotros y la abracé; sintiendo como el alma regresaba a mi cuerpo y como mi corazón volvía a latir, finalmente todo se completó en mi interior.

—Camille —susurré, perplejo y temiendo que ya me hubiese vuelto loco y que ella en cualquier momento se desvanecería en el aire. Con manos temblorosas y deseosas acaricié sus brazos, sintiendo como la paz me embargaba al sentirla. ¡Dios!, estaba ahí—. ¿Qué haces aquí?, ¿estás bien? —cuestioné, estudiándola con mis ojos, buscando esa causa por la cual ella estaba ahí, esperando que nada malo hubiese pasado, pero solo unos segundos pasaron cuando sus labios rompieron en una deslumbrante sonrisa, sus mejillas y nariz estaban enrojecidas, así como todo tuvo sentido al ver que sus ojos comenzaban a empañarse.

Mi jefe se aclaró la garganta y me señaló la puerta del personal, fue cuando me di cuenta que todos los comensales nos miraban interesados y algunos otros divertidos. Sonreí apenado y tomé a Camille de la mano y la guié hacia la parte de atrás. En el momento en el que estuvimos afuera del restaurante, donde acostumbraba a hablar con Charles en mis descansos, la encaré y..., sus ojos de ese color tan singular, brillaban y enviaban miles de mensajes. Mi corazón se detuvo una fracción de segundo para luego latir de una forma antinatural, mi estómago se llenó de gorilas que comenzaron a aullar y todo mi organismo se quedó a la espera.

Camille abrió su boca un par de veces, no obstante, no se atrevía a pronunciar palabra alguna, lo cual me tenía hecho un manojo de nervios. Sus mejillas poco a poco se tiñeron de rojo, sus ojos escudriñaban mi rostro y yo sentía que si no hablaba, moriría de un infarto.

—Yo..., yo, ya no me iré, Brandon —murmuró, inclinando apenas su rostro, mirándome por debajo de sus hermosas, rizadas y espesas pestañas. Seguido todo, absolutamente todo, estalló en mi pecho y mi organismo reanudó su marcha. Y aunque todo se sentía irreal, me aferré a esa nueva oportunidad. *«Sí, Brandon, vamos, confíésale todo.»*

—¿En serio? No estás jugando conmigo, ¿verdad? —*«Porque si lo estás haciendo, no voy a soportarlo»*, pensé y deseé decir. Ella consintió con la cabeza en respuesta, así como dándole un leve apretón a mí mano para luego enlazar las suyas a la altura de la cadera.

—No, no, por supuesto que no —aseveró—. Ya no quiero huir, Brandon. Quiero ponerle punto final a todo mi pasado y deseo que tú me ayudes..., claro, si es que estás dispuesto a hacerlo. — Mis labios se extendieron en una enorme sonrisa, y es que, la felicidad no cabía en mi cuerpo, tenerla frente a mí me tenía, simplemente, rebasado, así como escuchar que quería terminar con todo lo que la atormentaba, era sencillamente increíble. Ella era increíble.

—¡Por Dios, Camille! Claro que lo haré —exclamé, y tomándome de un impulso eufórico, la tomé de su cintura y la atraje a mi cuerpo, envolviéndola con mis brazos, disfrutando el tenerla de nuevo así, a mi alcance, enloquecido al ver sus reacciones: mejillas ruborizadas, el nerviosismo que dominaba su actuar. ¿Acaso?—. Voy a pedir permiso a mi jefe y nos iremos ahora mismo a la delegación —dije, soltándola un poco.

—¿No tendrás problemas? —preguntó con aprehensión. Negué con la cabeza, seguro que mi jefe me daría permiso. Me estudió un par de segundos más, buscando un rastro de mentira que no encontraría, por fin aceptó—. Está bien, haré lo que me digas.

Besé instintivamente su frente y le pedí me esperara donde estábamos, y sin perder más tiempo entré corriendo al local y busqué a Marcos y, como esperaba, no tuve que darle muchas explicaciones, me dijo que podía tomarme el resto del día y que no desaprovechara esa oportunidad que la vida acaba de darme. Y luego de prometerle que no lo haría, así como tomando una tarjeta de un amigo suyo que era abogado, me fui junto con Camille hacia la delegación de la ciudad.

Cuando íbamos de camino le marcamos al abogado, este nos pidió que Camille no rindiera declaración sin que él estuviese presente y que nos miraba en la delegación en cuarenta minutos. Por esta razón, decidimos matar el tiempo en un parque que quedaba a un par de calles de la comisaría. Cuando estuvimos ahí, ella me narró que había estado a punto de subirse al autobús, pero que, por una epifanía o milagro divino, recapacitó.

Una hora después, nos encontramos con el abogado, entonces Camille pasó a declarar y ahí estuvo alrededor de hora y media rindiendo su declaración. Nervioso vi como entraban y salían muchas personas de esa oficina. Pero me tranquilizaba ver que el abogado no se despejaba de ella.

Cuando por fin salieron, Camille corrió a mis brazos, temblaba y lloraba, el abogado se acercó a nosotros y nos dijo que apelaría para que no la dejaran detenida y para meterla al programa de protección de testigos, pues al parecer, si todo lo que había confesado era cierto, ella corría mucho peligro.

Y durante la próxima media hora que pasó, comenzó a contarme todo lo que le habían preguntado y que, según le informaron, Pedro pertenecía a un gran cartel de tráfico de blancas y drogas que operaba en toda la zona norte del país. Unos minutos después, apareció el abogado y nos comunicó que había logrado que no detuvieran a Camille, ni que la deportaran, pues debido a la gravedad de todo —*lo cual no tenían del todo definido*—, y a que ella figuraba como una víctima, entraba sin lugar a dudas al programa de protección de testigos.

No obstante, no podía salir del *Greenville* mientras se procesaba el caso, así como debía acudir a la delegación cada que se le solicitara. Y Camille comenzó a tensarse, lo cual me indicaba que se sentía abrumada y arrepentida.

Tomé una de sus manos y le di un leve apretón, tratando de infundirle fuerzas y ella me regaló una sonrisa cargada de miedo. ¡Dios!, admiraba tanto su entereza, su valentía. El abogado nos dejó solos, alegando a que iría a pedir que una patrulla nos llevara a casa.

—¿Y cómo te sientes? —pregunté. Hizo una mueca con sus labios.

—Nerviosa y con mucho miedo —confesó, sonreí a boca cerrada, agradeciendo que fuera sincera conmigo—. Me aterra que nada salga como esperamos. —Asentí con la cabeza, pasé uno de mis brazos por encima de sus hombros y la atraje a mi costado—. Ellos dicen que no tengo de que temer, que van a vigilarme y a intervenir todas las llamadas de la floristería, que van a hacer todo lo posible para anticipar la llegada de él..., pero, ¿y si no lo logran?—preguntó, su voz temblorosa me dejó en claro que el miedo comenzaba a hacer mella en ella. Besé su sien.

—Todo saldrá bien. Debemos tener fe. —Asintió con la cabeza y, para coronar el momento, sentí como envolvía con sus brazos mi cintura.

Media hora después una patrulla nos dejó en casa. Entramos y yo ofrecí preparar algo de comer, pues nos habíamos saltado el almuerzo. Hice unos emparedados y serví jugo de manzana. Y aunque Camille se negaba a comer, prácticamente la obligué, ella había regresado y no iba a permitir que se enfermara, no en ese momento que debía disfrutarla.



—Tengo mucho miedo, ¿sabes? Por ustedes y por mí. —Me dolía tanto verla así, apenas y había probado bocado, solté un suspiro lleno de frustración, no sabía de qué otra manera ayudarla. Añadió—: Brandon, ¿y si todo sale mal y me encuentra? Yo no quiero regresar a aquel lugar. No quiero. —Sus lágrimas regresaron y a torrentes, me levanté de mi asiento y me arrodillé a su lado, para quedar a su altura, y sintiendo su dolor como propio, me di a la tarea de limpiar sus mejillas.

—No regresaras, yo no lo permitiré. ¿Me entiendes? —dije, totalmente seguro que sería capaz de dar mi vida por ella. Estuvo de acuerdo y pasó sus manos temblorosas por sus mejillas sonrosadas. Enfoqué sus ojos y traté de proyectar la seguridad de mis palabras, porque no mentía, iba a dar todo por saberla bien. Aun ahora.

—Está bien —dijo. Sonrió y esa vez ella me abrazó, se aferró a mí como a un salvavidas. Añadió—: Gracias por nunca dejarme, por intentar salvarme —susurró muy cerca de mi oído, provocando que una corriente se extendiera por todo mi cuerpo, erizando mi piel y alterando mis sentidos. Además que, se sentía *tan* bien tenerla así de cerca, en mis brazos, como debió de ser siempre—. Solo espero no meterte en problemas..., tu mamá hará preguntas y yo... —Sacudí la cabeza en una negativa.

—Lo haría siempre, Camille, no lo dudes. Verte libre, tranquila y feliz es lo que más anhele, y te juro, que no regresaras a ese lugar, *nunca* —murmuré de vuelta, aferrándome a su frágil cuerpo, disfrutando de sentir su calor irradiando el mío, de percibir como todo mi cuerpo dejaba de trabajar un segundo para luego hacerlo con renovados bríos. Camille era un aliciente para mí, uno de mis motivos. Aclaré mi garganta, tratando de liberarla de ese nudo que se había formado desde que la había visto en el restaurante. Y comprendiendo el miedo que sentía y la renuencia de contarle a mi familia sobre su pasado, añadí—: Y no te preocupes por mi madre, por Lucy o Charles..., yo no les comentaré nada, ¿está bien? Les diremos solo lo que tú desees.

—Te lo agradecería mucho..., yo no me siento lista para contarles —musitó, con voz inestable. Solté un suspiro, «*¿en verdad le ocultarás las cosas a tu madre, Brandon? Tú no sabes qué tan grave es todo, ni siquiera la policía sabe la magnitud del problema. ¿Los expondrás?, ¿estás seguro?*» Cerré los ojos con fuerza, no me gustaba la idea de mentir, no obstante, a mí no me correspondía hablar del pasado de Camille. Además, en ese momento decidí que haría todo lo que estuviera en mis manos para cuidarla, para evitar el escrutinio, malas miradas. La protegería contra todo y todos. Así como, ¿qué tan malo podía ser ocultar parte de la verdad?

Mantuve los ojos cerrados otro poco, esperando a que ella decidiera alejarse, lo cual esperaba que no fuera pronto.

—Camille, ¿qué te hizo cambiar de opinión? —pregunté justo cuando ella se irguió, observé como sus mejillas se teñían de un rosa muy tierno. El asombro me embargó en ese instante, y a tientas logré sentarme de nuevo en mi asiento.

—Pues..., tú —musitó, y ¡Santo cielo! Juro que, aun escuchándolo de su boca, no podía creerlo. Sus labios se ladearon en una sonrisa que se me antojó tímida, nerviosa, añadió—: Entendí que si huía de nuevo, ya nunca dejaría de hacerlo y comprendí que yo no quiero una vida así, Brandon. —Mi corazón ralentizó su marcha para luego reanudarla a niveles inhumanos, ¿había escuchado bien? «*¡Claro que sí, Brandon! Ahora ármate de valor y confíésale todo. ¡Vamos hombre!, esta es tu oportunidad, no la dejes ir*», susurró la voz en mi consciencia. Y aferrándome a todo el valor que pude reunir, tomé una bocanada de aire. Entonces lo solté.

Le dije todo, esperando que lo avanzado no se estropeará.

Me arriesgué porque Camille lo valía.

—Camille... —La llamé, intentando sonar calmado, pero consiguiendo que fuese más como

una murmuración ahogada, ¡estaba muerto del miedo! Ya que, muchas cosas se definirían en ese momento. Ella ladeó la cabeza y me observó inquisidora, descubriendo de inmediato que algo pasaba. Empero, lo que leí en sus ojos: aceptación, cariño, confianza y seguridad, me dieron un empujoncito para, *quizá*, lanzarme a las aguas de la incertidumbre. Y solo esperaba que ella no me rechazara; que me diera la oportunidad de conquistarla, si es que a ella no le gustaba y, pese a que sentía que a ella le pasaban cosas conmigo, no quería ilusionarme. Con Camille debía ir con calma, un paso a la vez—. Tengo que decirte algo y yo..., no sé cómo decirlo. —Una risita nerviosa me asaltó, ya no me sentía tan valiente.

«¡Vamos, Brandon! Estuviste muy cerca de perderla, no permitas que nada, ni nadie te aleje de Camille. ¡Dile lo que sientes, maldita sea!»

Terror, inseguridad, ansiedad, todo eso y mucho más se entretejió y se asentó en mi pecho, llenándolo, estrujando mi corazón y logrando que el miedo poco a poco comenzara a adueñarse de mi voluntad. Sin embargo, al ver su mirada dulce, cargada de sufrimiento, de dolor y a la vez de ganas de salir adelante, me otorgó otro poco de coraje para animarme a tomar el mando de esa situación. «*Esta es mi oportunidad y voy a aprovecharla*», pensé.

—Solo dilo —alentó, regalándome una sonrisa que me dejaba en claro que ella estaba dispuesta a escucharme. ¿También a aceptarme? ¡Dios!, esperaba que sí.

—Bien... —Solté un suspiro silencioso, tomé sus manos y fijé toda mi atención en ella, ignorando el golpeteo errático de mi corazón, esa inestabilidad que sentía en mis extremidades y esa sensación de tener mi lengua atada, torpe. No obstante, abrí la boca, decidido a sacar todo aquello que comenzaba a ahogarme, y las palabras comenzaron a atorarse en mi garganta, todo mi organismo se resumía en un rotundo desastre. Camille desestabilizaba todas mis defensas, hacia flaquear mi control, vaporizando mi cordura, dejándome en cambio una sensación de bruma. Me dio un leve apretón de manos y, como resultado, dejé que todo saliera sin intenciones de detenerse —..., debes saber que lo que estoy por decirte es algo que solo pasó, que yo no planeé, ni busqué, solo comenzó a darse. —Sacudió la cabeza, sus cejas, rubias y fruncidas, enmarcaron sus ojos, tenía toda su atención, comprendí aterrorizado, ya que ya no había marcha atrás.

—Me estás asustando, Brandon. —Sonreí, tratando de aligerar esa tensión que irradiaba mi cuerpo, esa que se sentía, casi palpable, en el aire.

«¡Díselo, con un demonio!, ¡ponte los putos cojones y dile lo que sientes!»

Y justo cuando pensé las palabras exactas que definían lo que estaba sintiendo, cuando la orden llegó a mi boca..., todo estalló en mi pecho en diminutos fragmentos.

—Yo..., yo estoy enamorado de ti —dije, por fin, y decirlo fue como soltar una cuerda tensada con mucha fuerza, fue como soltar el aire retenido, un gran peso fue removido de mis hombros, así como todo mi interior quedó expuesto ante ella. El silencio reinó, por segundos y aprovechando su estupor, proseguí—: Estoy enamorado de ti Camille, sin embargo, no te pido que me aceptes ahora, porque yo sabré esperar todo el tiempo que necesites y no te presionaré. Porque quiero que..., si tú sientes lo mismo, el que vayamos a intentar algo sea una decisión tuya también, que lo desees *tanto* como yo. —«*Porque yo lo quiero, lo deseo tanto que duele y que será como una espada directo al corazón si me rechazas*», pensé y quise decir—. Porque yo lo único que deseo y anhelo es hacerte feliz, ayudarte a olvidar todo tu pasado. *Porque* no me importa lo que viviste, ni quién fuiste. Y *porque* la Camille que tengo aquí frente a mí, esa que quiere salir delante y pelear hasta conseguirlo, es de quien estoy enamorado, con quien quiero estar y..., sobre todo amar.



## CAPÍTULO 22 Contigo, siempre

Hizo el amago de hablar, pero con el miedo paralizándome, negué con la cabeza y posé uno de mis dedos sobre sus suaves y mullidos labios, lo cual fue como una tortura silenciosa para mi pobre corazón anhelante.

—No tienes que darme una respuesta ahora, quiero que lo pienses y cuando decidas, ya sea que me aceptes o no, entonces me lo digas. Porque te aseguro, *te juro* que no cambiaré, Camille, yo seguiré siendo el mismo. Porque de cualquier forma, seamos amigos o algo más..., yo estaré *contigo*. Aunque si me aceptas, *te juro* que te amaré y trataré de hacerte feliz —dije, mirándola con una sonrisa ladeada, libre de pretensiones o arrogancia.

Cuando Camille salió de su aturdimiento, se levantó de la silla y se alejó hasta situarse al otro lado de la habitación y..., dolió. El miedo comenzó a abrirse paso en mi pecho, detonándose y llenando todo mi sistema. «*Tranquilo, Brandon. ¿Te rendirás tan fácilmente si ella te llegase a rechazar?*» Yo..., no lo haría, me juré que lucharía.

—Esto no es posible —murmuró, negando con la cabeza, sus palabras impregnadas de incredulidad, temor y algo más, que por el mismo miedo que sentía no logré comprender. En ese momento se giró para encararme—. ¿Estás seguro de esto, Brandon? Yo no quiero tu lástima..., no tú —sollozó, con su voz quebrada. «*¿Qué demonios?*»

Me negaba a hacerlo, ¿de dónde demonios había sacado ese disparate? Me puse de pie y en un segundo ya estaba frente a ella, acuné entre mis manos su rostro atribulado y traté de imprimir toda la seguridad a través de mis ojos, esperando que ella se convenciera que lo que acababa de confesarle era la verdad, la única certeza con la que había contado en mucho tiempo.

—Claro que lo estoy, Camille. ¿Por qué lo dudas?, ¿tan poco hombre me crees para pensar que mi amor por ti está basado en la lástima? —pregunté, sin molestarme en ocultar el dolor y la decepción. Camille movió la cabeza de izquierda a derecha, sin embargo, no había esa seguridad en sus ojos, esa que me indicaba que me creía. Su mirada estaba llena de dudas, de desconfianza y dolía, ¡maldita sea!, dolía mucho.

—Entiéndeme, Brandon —pidió, con su voz llena de aflicción, sacudí la cabeza en una negativa, no lo podía hacer, ni aunque quisiera—. Me es muy difícil creer que alguien como tú puede sentir amor por alguien como yo. Entiende, eso es imposible, sobre todo habiendo tantas chicas que son mejores que yo y que... —¡Dios!, no podía seguir escuchándola, así que tomándome de un impulso me aproximé a su rostro, cortando de tajo toda su diatriba, quedando a escasos centímetros de su cara. Tanto así que cuando un suspiro de sorpresa escapó de su boca, este chocó contra mis labios, labios ansiosos de su cercanía.

—¡Basta, Camille! —exigí, con tono firme—. Por favor ya no te sigas haciendo esto. Tú eres increíble, eres la mujer más fuerte, valiente y aguerrida que he conocido jamás. Eres la mujer con el interior más puro, honesto y hermoso..., y todo eso, créeme, te hace mejor que cualquier otra mujer. Tú podrías enamorar a quien te propusieras, te lo aseguro. ¿Sabes por qué? Porque aún sin proponértelo, sin el menor de los esfuerzos lo lograste conmigo, porque de un momento a otro tenías mi mundo cabeza abajo, girando en sentido contrario.

«*Y aunque quisiera olvidarte no lo conseguiría, porque entraste a mi corazón para quedarte y así estoy bien, así me siento completo*», pensé, recordando todos mis intentos fallidos por

arrancarme ese sentimiento, pues nada surtió efecto.

—Brandon... —Negó con la cabeza, tomando mis manos para bajarlas de su rostro—..., quizá estás confundido —se inquietó, dando un paso hacia la izquierda, escapando de mí.

—No, no lo estoy. ¿Por qué te cuesta tanto creerme? —Me giré para enfrentarla, temiendo que en cualquier momento saliera despavorida huyendo. Y ante su carencia de réplica, continué—: Estoy muy seguro de lo que siento y créeme no me importa saber que hay otras chicas que pudieran ser lo que necesito. Porque yo te quiero a ti, con todo y tu pasado. Te necesito a ti, a nadie más. Y como te dije: te daré tu tiempo, yo te esperaré. —Besé su frente y me alejé un poco; buscando poner distancia entre nosotros, tragándome las ganas inmensas que tenía de besarla en ese puto instante y a manera de tratar de alguna forma de borrar todas esas dudas, de callar con mis labios las voces de su inseguridad, pero sabía que ella necesitaba tiempo para asimilar todo. Porque presionarla era lo peor que podía hacer.

Más tarde le marqué a Martha, para contarle todo: que Camille había decidido quedarse y que ya habíamos ido a dar parte a las autoridades sobre todo. Y se mostró feliz, demasiado complacida y orgullosa de Camille, entonces comprendí que ella sabía todo, así como no podía reprocharle que hubiese callado. Además, le pedí que fuera por Lucy, ya que ni Camille, ni yo queríamos que ella se quedara sola en mi casa, a pesar de saber que afuera había una patrulla vigilando. Mi tía aceptó encantada, prometiendo que iría por Lucy y luego a dejarla a casa lo más pronto posible, pues quería hablar con Camille.

Cuarenta minutos después aparecieron Martha y Lucy; consigo traían una caja con rosquillas y otros pastelillos, lo cual no me emocionó como mi tía esperaba, pero no preguntó nada, solo me observó de una forma especial, como si tuviera algo que decirme. Empero, se limitó a entrar a mi habitación, donde se encontraba Camille, para luego encerrarse a hablar con ella. Y no está demás decir que me encontraba muerto de miedo, ¿qué si Camille decidía irse de mi casa?

Cuando por fin salieron de mi cuarto, mi chica se miraba decididamente mejor, lo cual me alegró sobremanera. Y cuando decidí acercarme a ella, Martha me interceptó y pidió hablar conmigo. Al tiempo que Lucy se colgaba del brazo de esa chica que ponderaba todo en mi cabeza. Así que me aguanté las ganas que tenía de acercarme a Camille, ¡Dios!, algo en ella me atraía con fuerza que por más que quisiera no podía resistirme, era como una necesidad apremiante. Asimismo, esa chica que se había colado hasta lo más profundo de mi corazón, cuando notó que acompañaba a Martha me dedicó una mirada cargada de mensajes y de lo único que pude ser consiente fue del latir desbocado de mi corazón.

—Muchas gracias por alojar a Camille aquí todos estos días —comentó Martha, tan pronto cerré la puerta.

—En realidad no es nada, ella es bienvenida aquí —dije. Y recordé que, además de mí, ella era la única que sabía del pasado de Camille—. No sé si ella te lo comentó pero..., mi mamá no sabe sobre lo que vivió Camille. —Mi tía me dedicó una mirada llena de preguntas, añadí—: Se lo contaremos cuando Cami lo decida, ya sabes, le cuesta mucho hablar de todo lo que vivió. —Chaquéo la lengua y no estando muy de acuerdo, accedió a guardar el secreto por un tiempo prudencial.

—Entiendo, pero no tarden mucho en contárselo. La verdad siempre es mejor que la mentira. Además, dudo que mi hermana se niegue a darle dónde vivir a Camille. Pero bueno, debes saber que siempre está mi casa y que Camille será más que bienvenida... —Mis ojos se abrieron, mi corazón se saltó un doloroso latido. «¡No, no, eso no!» Pero antes de que refutara o dijera algo,

prosiguió—: Se lo dije a ella, pero se negó rotundamente a hacerlo, al menos no todavía. —Reprimí el impulso de sonreír, mas cuando miraba a mi tía con esa expresión tan seria—. Hay algo más que te quiero decir.

—¿Qué cosa? Porque si vas a pedirme que le diga a Camille que acceda a irse contigo, déjame decirte que...

—No, no, no es eso —refutó, sacudiendo la cabeza. «*Qué bueno, porque ni de loco voy a permitirlo*», pensé—. Ella se siente bien aquí, no voy a alejarla de ti, eso sería contraproducente. —Asentí con la cabeza y hubo algo en su expresión me hizo saber que iba a ser algo que no iba a gustarme.

—Dime —pedí.

—Tu madre no quería que te lo dijera, pero considero que es necesario. Debes saberlo para que tomes decisiones ahora que tienes tiempo, no después cuando ya no haya mucho por hacer. —Fruncí el ceño, no entendía nada, añadió—: Tu abuelo está muy enfermo, Brandon. Y si no te acercas a él ahora que aún puedes, con el tiempo puedes llegar a arrepentirte. Además, él está muy arrepentido, por favor no caigas en su mismo error, perdónalo. —Cerré los ojos con fuerza, «*¡no, otra vez!*»

—Yo..., no puedo —dije, al tiempo que froté mis rostro con frustración. ¿Por qué todo comenzaba a complicarse en mi vida?

—¿Lo has intentado, Brandon? —Me observó de forma inquisidora—. No me respondas, solo piénsalo. Porque recuerda, absolutamente todos merecemos segundas oportunidades.

Las palabras de Martha habían calado hondo, reproduciéndose una y otra vez en mi cabeza. «*Tu abuelo está muy enfermo, Brandon. Y si no te acercas a él ahora que aún puedes, con el tiempo puedes llegar a arrepentirte*». Cerré los ojos, pues sabía lo que debía hacer, pero mi orgullo no me dejaba, todo el resentimiento que sentía no me permitía ver con claridad, para ayudarme a decidir. Sin embargo, sabía que tarde o temprano debía enfrentarlo, solo esperaba que el tiempo estuviera a mi favor.

Cuando mi mamá llegó, inmediatamente preguntó por esa patrulla y noté como Camille palidecía, le dije que dejará todo en mis manos y que diría todo lo que habíamos acordado. Llevé a mi mamá aparte y le conté una verdad a medias. Le dije que Camille había sido privada de su libertad y que un tipo la había violentado por mucho tiempo, entonces luego que ella logró huir, había llegado hasta *Greenville*, y que al parecer ese sujeto la había encontrado. Me creyó todo, lo cual me hizo sentir miserable y aliviado por partes iguales. Mi mamá, bondadosa como siempre, me felicitó por todo el apoyo que le estaba dando a ella y que Camille contaba con el suyo también.

«*Dile la verdad, Brandon. Ella merece saberlo*», murmuró la insidiosa voz en mi cabeza, pero me negué a escucharla. «*Lo haré pronto*», me alenté, para no sentirme tan mal.

Cenamos todos juntos, compartiendo la felicidad que nos daba el tener a Camille con nosotros; mi madre se lo hizo saber cada que podía, así como Lucy no paraba de hacer planes para los siguientes fines de semana. Y yo..., pues me encontraba extasiado y afortunado.

Luego de comer, me ofrecí a lavar los platos sucios y, para mi suerte, Camille se ofreció a ayudarme. Así que nos repartimos las tareas y comenzó cada uno su labor. No obstante, era consciente de las miradas que ella, de vez en cuando, me dedicaba. «*¿Y si quiere decirte que no siente por ti?, o quizá te dirá que te acepta y quiere que lo intenten*», murmuró mi consciencia. ¡Dios!, eso iba a ser magnífico, pero no quería ilusionarme, ya que, en ese momento nada lo sentía

seguro.

Entonces, justo cuando terminamos, le dije que nos fuéramos a la sala para incorporarnos a ver la película que estaba viendo mi familia, ella me tomó de mi brazo y me detuvo.

—¿Sucedo algo? —pregunté, sintiéndome un poco alarmado. Camille negó con la cabeza y comenzó a dar pasos hacia atrás, frunció el ceño pero la seguí.

—Sí..., bueno no —tartamudeó—, lo que quiero decir es que...

—¿Sí? —inquirí y en ese momento, al ver como sus ojos rehuían de ver los míos y en como sus mejillas se volvían rojas, todo mi cuerpo dejó de trabajar y todo se centró en ella.

—Ya tengo una respuesta —dijo de forma atropellada. Mis ojos se abrieron con sorpresa, la verdad era que no esperaba que fuera tan pronto. Sin embargo, me alenté a que fuera lo que fuera la que llegara a ser su decisión, y como le había prometido, lo aceptaría—. Yo..., —Tragué grueso y aguardé a que ella siguiera hablando, rogando al cielo en que su contestación fuera buena para mí—..., no sé cómo explicarlo, solo que cuando estoy *contigo* me suceden muchas cosas, *cosas* fuertes y que nunca antes había sentido, y que me abruman. *Contigo*, me siento completa y fuerte, me siento en paz y como si todas las piezas rotas, finalmente se unieran. ¿Podría ser eso amor, Brandon? —cuestionó.

Mis labios se extendieron en una enorme sonrisa, mi corazón sufrió una arritmia, mis pulmones comenzaron a trabajar y solo entonces, la paz llegó a mí, esa que me daba el último empujón para hacer eso que *tanto* deseaba. Me acerqué a ella y acuné su barbilla.

—No puedo decirte justo ahora si eso que sientes es amor. —Aunque en el fondo rogaba porque así fuera—. Pero podríamos averiguarlo —murmuré, sintiéndome hechizado, aletargado por todas las emociones que Camille provocaba en mí, las mismas que tiraban de mi cuerpo hacia arriba. Y preso de toda la conmoción de sentimientos que se estaban abriendo paso en mi pecho, rompí distancias, crucé esa delgada línea que dividía su espacio personal y el mío. Me acerqué a su rostro, ansioso de conocer el sabor de sus labios, esos que llevaban tiempo torturándome y que prometían volverse en mi adicción permanente. Mis ojos se fijaron en los suyos, esos que me pedían a gritos que le mostrara *cómo* saber si lo que sentía era amor, así que tomándome fuertemente de la valentía que recolecté, me atreví a delinear con mi pulgar su labio inferior, provocando que soltara un suspiro de antelación. ¡Santo cielo!, todo estalló en mí pecho, en ese momento, en diminutos fragmentos, para luego regresar a su lugar. Pasé saliva con dificultad, sintiendo como todo mi control se esfumaba en el aire.

»—¿Puedo? —pregunté con mi voz enronquecida por las emociones. Echó un vistazo en dirección de la sala, lo que me hizo sonreír, sacudí la cabeza—. No nos verán. ¿Puedo? —Volví a preguntar. Y solo me bastó ver la aprobación y el deseo en sus ojos, para hacer eso que, por tanto tiempo, había soñado: besarla.

Acorté la poca distancia que había entre nuestras bocas y las sellé.

Y el primer contacto fue solo eso un roce sutil. Pero que fue lo suficiente como para provocar que mi corazón latiera más rápido que una locomotora y amenazara con salirse del pecho, y todo porque ella me besaba, porque sabía que ella sentía lo mismo que yo.

Me separé y uní nuestras frentes, seguro que por el momento era más que suficiente para ella. Porque sabía que para Camille el tener contacto con un hombre no le era una tarea fácil, porque a pesar de ya no estar encerrada y obligada a profanar su cuerpo, el miedo estaba ahí, latente, punzante.

—Te haré feliz, lo prometo —dije, sellando con otro casto beso esa promesa que estaba decidido a cumplir.

Vimos la película entre risas, todos juntos como una familia. Y me sentía tan bien, me sentía de alguna forma, completo y en paz —*ignorando el hecho que estaba ocultándole a mi familia la verdad de lo que sucedía*—, no obstante, me obligaba a no pensar en eso y enfocarme en la parte buena. Porque, debo confesar, que el hecho de que Camille sintiera lo mismo que yo, ¡Dios!, era reconfortante de muchas maneras.

Mis labios se ladearon en una sonrisa y, como siempre me pasaba, mis ojos la buscaron. La encontré arrullando a Lucy; mi pecho se agitó de forma violenta y a mi mente solo pudieron llegar los recuerdos de todo ese día: la sorpresa de su regreso y en la valentía que demostró al ir a la policía.

Además, y como la cereza del pastel, estaba el hecho de que me había aceptado y que por fin había podido besarla. Porque, ¡Santo cielo!, besarla había sido como rozar el cielo con la punta de los dedos, como danzar entre nubes. Asimismo —y como siempre supe—, acostumbrarme a todo esto iba a ser jodidamente fácil, como respirar.

Antes que la película se terminara, mi mamá se despidió luego de decirme que ya había preparado de nuevo la habitación de invitados para mí. Se fueron ella y mi hermana a sus respectivas habitaciones.

—Creo que yo también me iré a dormir —anunció Camille, mirándome de reojo, delatando lo nerviosa que estaba. Sin embargo, cuando iba a levantarse del sillón, la detuve.

—¿Podemos hablar? —pregunté, rogando porque accediera, porque temía que en cualquier momento retrocediera. Camille frunció el ceño, pero aceptó.

—¿Pasa algo? —cuestionó alarmada. Negué. «*Solamente que quería pasar un rato a solas contigo*», pero no lo dije y por eso pensé rápidamente en algo que decir.

—Nada malo, puedes estar tranquila. —Me dio una mirada insegura, añadí—: Solo quería saber cómo te sientes...

—¿Sobre qué? —Reprimí mis ganas de besarla.

—Con todo lo de este día —dije, aclarando mi garganta. «*Tranquilo, Brandon. No vayas a asustarla.*»

—La verdad es que bien, creo que fue una buena decisión quedarme. No me iré Brandon, de eso puedes estar seguro. —Di un leve asentimiento, que lo confirmara me hacía sentirme más tranquilo. Asimismo, escuchar esa promesa tácita me daba la seguridad de que ella no se iría un día. Pero había algo más que deseaba saber y era sobre: cómo se sentía con respecto a *nosotros*.

—Camille, y lo que pasó con nosotros..., con el beso, ¿cómo te sientes? —pregunté directo. Sabía que hacerlo de esa forma no era la más adecuada porque la descolocaba, pero ya no soportaba toda esa inquietud que comenzaba a carcomerme. Varios segundos pasaron, en los cuales el miedo comenzó a abrirse paso en mí, añadí—: ¿Te sientes incómoda o presionada? Porque de ser así, yo... —Sacudió la cabeza en una negativa, cortándome de tajo.

—No te acepté por ninguno de esos motivos, Brandon —espeto, con ojos entornados—. Aunque sí, te confieso que me siento un poco extraña, pero no es por ti. Es solo que..., yo no estoy acostumbrada a nada esto. —Nos señaló a ambos, regalándome una sonrisa ladeada y relajando su expresión—. Yo no sé cómo actuar, ni qué decir y me preocupa que sea así siempre, porque tú mereces a alguien que pueda demostrarte lo que siente sin miedo y yo... —En esa ocasión, fue mi turno de callarla y de la forma en que siempre quise hacerlo: besándola.

Posé mi boca por largos segundos en sus labios; acariciando uno y luego el otro, percibiendo como Camille, poco a poco, se abandonaba y se dejaba guiar por la caricia que mis labios le



impartían.

—Eso no lo sabemos con exactitud ahora, pero lo podemos averiguar —dije de nuevo, aún sobre sus labios. Camille, ladeó la cabeza y me observó un tanto pensativa y taciturna, al tiempo que relamía sus labios, ¡Santo cielo! Me mataba cuando hacía eso.

—Lo sé y tienes toda la razón, pero y si... ¿no cambio y si nunca logro ser lo que necesitas? —comentó, sin molestarse en ocultar la preocupación en su voz.

Sus palabras me infundían miedo, sin embargo, entendía por la revolución emocional que estaba pasando. Porque todo ese temor, su inhibición e inseguridad se debían a causa todo lo que había vivido y porque todos esos años la habían consumido hasta reducirla a lo que era en ese instante: una chica aterrorizada.

—¿Y si mejor no pensamos en el futuro y en su lugar pensamos en el hoy? —propuse, tomé una de sus manos y la llevé a mis labios—. Porque si bien, yo no puedo asegurarte nada, menos si esto funcionará... —Aunque por dentro rogaba porque así fuera—..., o si al cabo de unos días, meses, años, qué sé yo, todo esto vaya a terminar. Solo te pido que lo averigüemos juntos, sin prisas, sin correr. Solo viviendo lo que cada día nos dará. Enfrentando las pruebas que seguro vendrán. Pero bueno, solo si *te atreves* a arriesgarte.

Porque si ella no tenía la disposición de intentarlo y de luchar, lo que ambos sentíamos no iba a ser suficiente. Porque si bien el amor era y es poderoso para enfrentar pruebas y toda clase de obstáculos, el vencer requiere de sacrificios y del esfuerzo de ambos.

Camille sacudió la cabeza, asimilando cada una mis palabras, mi propuesta. Porque, en ese momento, el rumbo de esa embarcación quedaba en sus manos, ya que solo ella iba a poder decidir si dirigirnos hacia tierra firme o a nuestra destrucción.

—Brandon, yo he pasado mucho tiempo sin vivir, enterrando en lo más profundo de mi ser a todas mis emociones y a todo sentimiento —dijo, mirándome con fijación—. Pero desde que llegaste a mi vida, todos ellos comenzaron a resurgir. Y me siento aterrada, porque hay muchas cosas en mí que difícilmente cambiarán, hay demonios que se niegan a marcharse. Tú... ¿Estás dispuesto a seguir así conmigo? —preguntó, con toda su atención puesta en mí, permitiéndome ver todo lo que cruzaba por su cabeza. Y comprendí que esa lucha ya no era solamente suya, porque de alguna forma siempre me vi inmerso en ella. Entonces sin saber a lo que me expondría, con los ojos cerrados y poniendo toda mi confianza en el cielo, acepté.

—Puedes estar segura de que no le tengo miedo a tus demonios, ni a vivir en tu infierno; debes entender, Camille, que aquí o dónde sea yo estaré *contigo, siempre*. —Y en réplica solo se abalanzó sobre mí y me abrazó. Mis comisuras se elevaron, mi corazón sufrió una arritmia, todo solo porque ella había tomado la iniciativa, porque sabía que ella me estaba dejando entrar, que estaba dispuesta a intentarlo—. Y yo iré a tu paso, ¿sí? Nunca haré algo que tú no desees —dije con sinceridad, al tiempo que hundí mi nariz en su cabello, absorbiendo su aroma tan dulce y espectacular. Y a manera de dejarle en claro que mis intenciones no eran, ni serían, jamás, presionarla, añadí—: Pero por favor, no tengas miedo a sentir —perdí, la sentí sacudir la cabeza en una negativa.

La aferré con fuerza, como cuando tienes miedo a que algo se rompa y que se escurra de entre los dedos. Ya que con Cami siempre me sentí así, temeroso a que en cualquier momento fuera a esfumarse en el aire.

Me separé un poco, midiendo cada una de sus reacciones y marcando con cuidado cada paso. Nuevamente tracé una caricia con mi pulgar en su labio inferior, sintiendo la textura de su piel tan suave y cálida bajo mi tacto. Elevé mis ojos, los cuales seguramente dejaban entrever todo el

deseo que sentía, y aguardé a que me diera su aprobación. Sus ojos, que siempre me dejaban si aire, brillaron y se dilataron, me concedieron el permiso a mi perdición personal, *esa* que representaba sus labios. Toda ella.

—Puedes, *siempre* podrás —murmuró a escasos milímetros de mi boca.

Y sin tardar un segundo más, la besé.

E, irremediablemente, todo explotó en chispas de colores.

Nuestras bocas se encontraron y se unieron, provocando dentro de mi pecho un choque de galaxias, disparándose meteoritos, los cuales incendiaban todo a su paso. Tomé entre mis manos su rostro, sintiendo poco a poco como ella se relajaba y en un atrevimiento, profundicé el beso. Roce tras roce, suaves y delicados, pero que denotaban una total entrega por parte de ambos.

Seguí impartiendo caricias y, era una total locura, sentir como ella hacía lo mismo, en cómo sus manos apretaban mi camisa. No obstante, lentamente fui dando por finalizado el beso, temiendo salirme de control —porque ella poseía una facilidad sorprendente para enloquecerme.

## CAPÍTULO 23 Te Amo

Las semanas subsecuentes fueron buenas, lo recuerdo muy bien. En el verano recibí mi carta de admisión en la universidad, lo cual alegró y enorgulleció a mi familia y a mi novia, así como todo con esta última, iba viento en popa. Y era sorprendente ver lo mucho que habíamos avanzado en todo ese tiempo, poco a poco, comenzábamos a tratarnos de forma más cariñosa. Y sin necesidad de que ninguno lo dijera —después de cenar—, *sabíamos* que era nuestro momento, en el cual hablábamos de lo que habíamos hecho durante el día. Todo esto mientras jugábamos con nuestras manos o simplemente nos limitábamos a mirarnos a los ojos y, en otras ocasiones, nos besábamos.

Pero había algo que opacaba un poco toda esta incandescencia y era que aún no le contábamos la verdad a mi madre y, pese a que Camille se sentía mal por eso, jamás la obligaría a que lo hiciera. Así que decidimos dejar todo al tiempo, esperando que este no nos jugara en contra.

En ese instante, nos encontrábamos en el jardín de la casa. Estábamos apoyados sobre la pared; absortos en la majestuosa vista que nos regalaba el cielo, el cual estaba repleto de tintineos plateados, junto al esplendor de la luna y ambientado por los murmullos de la noche que eran como una romántica tonada.

Cami estaba apoyada en mi pecho; poco a poco, comenzaba a acercarse y a dejarse llevar cuando estábamos solos y me sentía feliz de nuestro avance. Además, ¿cómo no estarlo?, si el que estuviésemos en ese momento de *esa* forma era más que asombroso, increíble a decir verdad. Así como valoraba todo el esfuerzo que estaba empleando, para que las cosas entre nosotros funcionaran, porque no le era fácil.

—¿En qué piensas? —preguntó, mientras jugaba con los dedos de mi mano.

—¿De verdad quieres saber en lo que pienso? —cuestioné de vuelta, usando un tono juguetón. Giró a verme e hizo una mueca con sus apetecibles labios, para luego asentir con la cabeza, un tanto insegura. Sonreí de lado, poniéndola nerviosa. Añadí—: Pensaba en ti y en tus labios —dije, encogiéndome de hombros. Ella abrió su boca impresionada, para luego desviar su mirada, ¡Dios!, me encantaba ponerla nerviosa, pues cuando lo estaba, ella se volvía en un libro abierto, todas sus emociones eran demasiado claras—, ¿qué sucede? —cuestioné divertido.

—Nada..., es solo que a veces no sé de dónde sacas el valor para decirme todas estas cosas —confesó, con sus mejillas ruborizadas.

Mordí mi labio inferior, frenando una sonrisa. ¿Ya les había mencionado que me encantaba ponerla en situaciones así? Pues me enloquecía verla así: con sus mejillas rojas, su mirada tímida y su cabeza ladeada, tratando inútilmente de ocultarse de mí. Además, ver todas esas reacciones lo único que me provocaban eran ganas de adularla todo el tiempo, de recordarle una y otra vez lo hermosa que era.

—Pues es la verdad y a mí me gusta decirla. Aún más cuando sé que te pondrás así, tengo que confesarlo. —Acaricé su mejilla. Ella sacudió su cabeza y me regaló una sonrisita.

—A ti solo te gusta verme roja como tomate —espetó. Y en esa ocasión sí reí abiertamente.

—¿Ah sí? Pero se te olvida algo más —murmuré, aferrando su barbilla e inclinando su cabeza para que quedara a escasos centímetros de mí, observé como pasaba saliva y sus posos

aguamarinas se dilataban. Agregué—: Porque besarte le gana a todo —musité, perdido en esa bruma que nos atrapaba cuando estábamos cerca.

Camille sonrió de lado y miró mis labios para luego regresar a mis ojos. ¡Santo cielo! No obstante, hizo algo que me sorprendió y que, por segundos, me dejó perplejo, perdido en la impresión del acto.

Ella me besó.

Y yo caí perdido en sus labios, sin importarme nada más, ni siquiera si el mundo estuviese por desplomarse.



A la mañana siguiente de domingo, me levanté de muy buen ánimo y con una idea en mi cabeza, la cual no pararía hasta hacerla realidad. Así que le envié un mensaje a mi amigo; pidiéndole que en cuanto pudiera se pasara por mi casa y recibiendo una respuesta inmediata de su parte, salí de la habitación de invitados. Pues si todo seguía marchando tan bien, mi plan iba a ser todo un éxito.

Me dirigí a la cocina, mientras tarareaba una canción de un grupo juvenil que le gustaba a mi hermana. Entré y me acerqué a mi mamá, muy atareada haciendo el desayuno para todos.

—Buenos días —saludé, situándome en la estufa para ayudarla.

—Buenos días, mi cielo —respondió, sonriéndome. Pasaron unos cuantos segundos cuando ella añadió—: Parece que hoy a todos se nos hizo tarde para levantarnos.

—Parece que sí, ¿Ni Lucy, ni Camille se han levantado? —pregunté, pero era más una afirmación. Mi madre negó con la cabeza mientras echaba otro huevo en la sartén.

—Y por cierto, hablando de Camille, se han estado acostando muy noche, eh —dijo, en un tono que no me gustaba, porque cuando lo hacía era porque quería averiguar algo. Murmuré algo ininteligible, prosiguió—: ¿Qué hacen tanto, Brandon? —Fruncí el ceño, no entendía a qué se debía su interrogatorio repentino, ella sabía muy bien que nada más nos quedábamos viendo algo en la televisión —*mientras nos besábamos, aunque mi madre no debía saberlo*—, platicando en el jardín o simplemente..., sí, otra vez besándonos.

—Platicando ya sabes, viendo televisión..., nada más —dije, esperando que fuera lo suficiente como para solventar sus dudas. Sin embargo, ella giró su cuerpo y me miró en una forma que decía: *sí claro y yo nací ayer*—. Es cierto, mamá. ¿Qué otra cosa podríamos estar haciendo? —pregunté cándido.

Porque juro solemnemente que, en el tiempo que llevaba con Camille, nunca habíamos hecho nada que fuese indecoroso o que no pudiera verse en la luz del día. Soltó un suspiro pesaroso y temí por lo que estuviera a punto de decir. Lavó sus manos y se dio la vuelta para enfocarme, posando ambas manos sobre su cadera.

—No quiero ser imprudente, Brandon. Es solo que..., soy tu madre y me preocupas, ambos —repuso, asentí con la cabeza. Entonces luego de hacer una mueca con sus labios que delataba incomodidad, añadió—: Solo dime algo, ¿están haciendo bien las cosas? —preguntó. Mis ojos se abrieron con sorpresa, así como la vergüenza comenzaba a abrirse paso en mi sistema.

—¿Qué?, ¿me estás preguntando si ella y yo? —dije, sin atreverme a terminar la oración. «¡Ay, Brandon!»

—Seré directa, ¡Dios! ¿Por qué tiene que ser tan difícil? —exclamó, mientras elevaba sus ojos

al cielo por un segundo y acrecentando la incomodidad de esa situación, añadió—: ¿Se están cuidando? —Con mis labios deletreé las palabras *¡Oh mierda!*, sintiéndome tan anonadado, pues jamás pensé que lo preguntaría de esa forma tan burda.

—¡Mamá!, ¿qué clase de pregunta es esa? —balbuceé, aumentando la tensión, ya que, al no responder, solo lograba que sus conjeturas comenzaran a tomar validez en su cabeza.

—Cariño, ambos somos adultos y aunque es incómodo...

—Mamá..., ¡por todos los cielos! —dije, interrumpiéndola—. Camille y yo no hemos tenido relaciones.

Y al terminar de hablar, sus ojos se abrieron de la impresión, así como su rostro pasó de blanco a rojo. Una risa divertida me asaltó, lo cual fue, poco a poco, disipando toda la tensión que segundos atrás se había posado sobre nosotros. Mi mamá comenzó a disculparse repetidas veces, mientras yo fingía estar muy indignado. Pero en realidad toda esa situación, al final, me pareció divertida.

Además, entendía que ella solo estaba preocupada por nosotros. Por eso, antes de que Camille y Lucy entraran a la cocina, mi mamá y yo ya habíamos empezado a reírnos de todo lo reciente.

A media mañana, Charles llegó a mi casa y tan pronto puso un pie en el interior comenzó a preguntar por mí, ya que sabía que la curiosidad estaba matando. Al fin me estaba desquitando una de tantas que ese animal me había hecho. Entretanto en mi habitación:

—¡No seas así!, ¡ya dime para qué coños me quieres! —exigió. Sí, tanta era su curiosidad que comenzaba a suplicar. Sonreí con malicia, sintiéndome tentado en hacerlo sufrir un poco más, pero no podía, el favor que iba a pedirle bien podía volcar toda mi venganza.

Me dejé caer a mi cama, a un lado de donde Charles se encontraba sentado. Y comencé a narrarle todo mi plan: quería llevar a Camille a un pequeño parque que se encontraba en los límites de ciudad; el cual estaba destinado para la recreación de perros sin hogar, ahí mismo las personas se podían ofrecer como voluntarios para pasar un agradable momento con todos esos canes deseosos de atención y afecto.

—Y quería saber si me puedes prestar tu camioneta, solo por un par de horas —dije, esperando que el muy cabrón no se hiciera el interesante y renuente.

—Vaya, vaya, al parecer alguien quiere pasar un minuto a solas con su chica —dijo, moviendo ambas cejas con sugestividad, rodé los ojos—. ¡Sucio! —exclamó, le dediqué una mirada fulminante.

—No seas imbécil, ¿sí o no? —inquirí, deteniendo una sonrisa. Llevó una de sus manos a su barbilla, simulando estar contemplando mi pedido.

—¡Está bien! —exclamó, tendiéndome las llaves—. Pero más te vale que no se te ocurra hacer de las tuyas en mi camioneta, que te las verás conmigo —amenazó. Rodé los ojos e hice un ademán con la mano, restándole importancia a su comentario.

Salimos de mi habitación, me senté al lado de Camille —e ignorando las miraditas de mi amigo—, le di un leve apretón a su rodilla, ella giró a verme. Me acerqué hasta su oído, escuchando de fondo una divertida risa de Charles, susurré cerca de su oído.

—Escápate conmigo... —pedí. Ella me miró un tanto escéptica, sacudió su cabeza en una negativa, al tiempo que una sonrisa se dibujaba en sus labios.

—No, ¿acaso estás loco? —murmuró. Mordí mi labio inferior y le guiñé un ojo.

—Vamos, prometo no morderte —dije al tiempo que ponía ojos de borrego, incitándola a aceptar mi propuesta. Me costó un poco convencerla, pero cuando ella dio luz verde, me levanté para buscar a mi madre y anunciarle que saldríamos un rato.

La encontré en la cocina y ahí le conté mi plan, me escuchó muy entusiasmada, animándome a que lo hiciera. Solo pidiéndome que nos cuidáramos; para luego comenzar a decir que se refería a la carretera y no a otra cosa y consiguiendo que soltara una sonora carcajada al verla ruborizarse.

Ya dentro de la camioneta, Camille comenzó a inquirir sobre a dónde la llevaba, sin embargo, me negaba a contarle. Era una sorpresa y si le decía, ¿qué chiste tenía?

—Estás siendo raptada y lo lamento, pero no puedes saber cuál será nuestro paradero. —Nos detuvimos en un semáforo en rojo, entonces Camille aprovechándose de la situación, se acercó hasta mí y depositó un casto beso en mis labios—. ¿Y eso?

—No sé, es solo que me encanta cuando eres así: imprevisto e impulsivo —confesó. Silbé, asombrado, así como, poco a poco, la sangre de Camille comenzó a aglomerarse en su cara.

—Gracias por el dato, ahora nadie te librerá de mí y mis locuras —informé. La escuché reír.

—No importa. Si es contigo, nada importa —respondió.

Conduje mientras escuchábamos ciertas canciones que salían por la radio; pronto los edificios y suburbios, fueron reemplazados por una extensa carretera guiada por un inmenso horizonte, rodeada de llanuras y arboles enormes.

Observé a Camille por el rabillo del ojo y tenía su mirada perdida en el paisaje. Llevé mi mano libre a su pierna y apreté su rodilla, ella giró su rostro y me regaló una hermosa sonrisa. De inmediato comenzó a tratar de sacarme la verdad, pero conseguí mantener mi boca cerrada y evadir sus preguntas llevándonos a puntos tangentes, con lo cual ganaba tiempo.

Nos adentramos a un camino adoquinado, no obstante, Camille estaba tan enfocada en tratar de saber adónde la llevaba, que ni siquiera se dio cuenta de nada, solo hasta que me detuve y apagué el motor. Extendiéndose ante nosotros un gran rotulo con el nombre del lugar.

—Hemos llegado, por cierto —anuncié, sonriendo con diversión. Camille miró a través de la ventana y leyó en voz alta el letrero.

—*Off Leash Dog Area* —pronunció, su ceño levemente fruncido. Jugué con mi lengua en el interior de mi boca, «*si supieras todo lo que tengo planeado*», pensé.

Nos bajamos del auto e inmediatamente una agradable señora nos atendió; dándonos las reglas, tomando nuestros nombres para el respectivo registro y luego llevándonos a la zona donde estaba el refugio canino, y en el cual, tan pronto pusimos un pie dentro, nos recibió con una orquesta de ladridos.

Anduvimos jaula por jaula, sonriendo y riendo muchas veces al ver la euforia de todos los perros. Camille aferró mi mano y su atención se centró en todos ellos; jaloneándome de un lado a otro, admirando a cada una de las distintas especies y diciendo cada que podía lo bellos que estaban y que los quería todos. ¡Dios!, nunca la había visto así de feliz, así de libre y me encantó, amé ver esa nueva faceta suya, porque eso solo me dejaba en claro que ella tenía mucho que dar, que muy en el fondo de su ser, su esencia seguía intacta.

—¡Mira qué lindos! —chilló, mirándome con sus ojos de ese color tan singular. La señora, que nos había acompañado todo el recorrido, soltó una risita divertida al ver a Camille tan emocionada igual que una niña pequeña.

—Pueden escoger máximo tres cachorros o dos perros adultos —dijo, regalándole una sonrisa condescendiente a Camille, quien tan pronto escuchó esa regla hizo una mueca con sus labios, que denotaba lo inconforme que se encontraba. Sacudí la cabeza en una negativa y le di un leve apretón a su mano.

—Ya escuchaste, Ángel. ¿Cuáles escoges? —pregunté, observando cómo caminaba en medio

del pasillo, mirando a ambos lados. Cuando casi llegando al final se detuvo sobre una jaula y como si algo hubiese hecho *clic* entre ellos, Camille se puso de cuclillas y empezó a jugar con un can de raza llamada *Beagle* de unos quizá dos años de edad, pero que debido a no tener una de sus patas traseras había sido abandonado y llevado a ese lugar—. Bueno, creo que nos quedaremos con este —dije, sin esperar a que mi chica me dijera algo. Nuestra guía estuvo de acuerdo y me hizo llenar un último formulario.

—El perro se llama Jack y tiende a cansarse con rapidez —informó, asentí con la cabeza al tiempo que escuchaba el resto de las indicaciones. Me tendió una correa y añadió—: Espero que se diviertan y muchas gracias por venir a ejercer voluntariado a *Off Leash Dog Area*.

Sacaron a Jack de su jaula y Camille, más allá del encanto, no reprimió la emoción que sentía. Y tan pronto pusimos un pie afuera del refugio, la aventura comenzó.

Nuestro nuevo amigo nos llevó de un lado a otro, a los juegos y las interminables veredas que nos conducían a otras atracciones, así como una hora después pasamos por una cabaña que fungía como cafetín, en donde vendían todo lo necesario para pasar un agradable momento con todos esos amigos perrunos. Compramos comida y un *tira-discos* para jugar a las atrapadas.

Y no está demás decir que mi chica de ojos limpios como el cristal; no deshizo sus labios de esa sonrisa que delataba cuán feliz estaba, sus mejillas rojas por el cálido sol que estaba sobre nosotros, así como la transpiración en su rostro, solo me demostraban que se la estaba pasando fenomenal.

Asimismo, me encontraba orgulloso, excitado a decir verdad, por haber escogido ese lugar, pues, justo en ese instante, descubrí que Camille, al contacto con la naturaleza, era otra. Cambiaba drásticamente, su ser emergía y opacaba toda tristeza, sufrimiento y oscuridad que durante la semana la atormentaban.

Seguimos así por un buen rato, conociendo todo el parque, el cual era grande y espacioso, además que estaba lleno de personas, de canes yendo y viniendo sin preocupación. Todo en ese lugar exudaba energía, vida y paz.

En ese momento, Camille se había dado a la tarea de alimentar a Jack, negándose rotundamente a que le echara una mano, alegando a que podía y quería hacerlo sola, ni hablar, ¿quién era yo para ir contra su voluntad? Entonces sentado bajo la sombra de un árbol, me limité a ser un espectador más, ya que Jack no le estaba dando tregua, pues el perro, siendo tan grande y fuerte, lograba con facilidad hacerla trastabillar.

—¡Quieto!, ¡Jack, vamos siéntate! —exigía, pero se escuchaba más como un ruego. Reprimí una risa.

Pero de nada valió mis intentos por no reír, ni tampoco a Camille su intento por dominar al gigantesco animal —que bien le doblaba en peso corporal—, ya que, de un minuto a otro, el aludido se lanzó sobre ella, tumbándolos a ambos en el suelo. Solté una carcajada, pero que me duró poco, pues al ver que ella no lograba sacarse a Jack de encima, corrí hasta ellos para ayudarla.

Con facilidad quité al enorme perro del cuerpo de mi novia y cuando le tendí mi mano para ayudarla a que se incorporara, pasó..., Jack se enredó entre mis piernas y Camille, aprovechándose de mi desequilibrio, tiró de mi mano, logrando que cayera sobre ella. ¡Y de pura suerte lo hice sin lastimarla!

—¡Oye! —exclamé, recibiendo como réplica una risotada por su parte y ladridos eufóricos por Jack. Solté un bufido y con ayuda de mis codos me incorporé; una de mis piernas estaban entremedio de las suyas, mi pecho había quedado sobre ella, aunque no dejando caer todo el peso,

nuestros rostros estaban muy cerca, gracias a la posición. Hecho que me hizo desistir de quejarme, a fin de cuentas, algo bueno iba a salir de todo ese complot en mi contra. Mis ojos escanearon su rostro sonrosado, sus manos se pasearon por mi cara, perfilando mi nariz y mis labios—. Me las pagarás, ya verás —murmuré. Camille me dedicó una sonrisa tímida y una mirada anhelante.

—¿Ah sí?, y se puede saber, ¿qué me harás? —cuestionó, haciendo uso de una enorme sonrisa. Elevé la comisura izquierda de mi boca, no logrando ignorar el hecho de que nuestros cuerpos estaban cernidos, casi, a la perfección, lo cual solo provocaba que mi corazón ralentizara su marcha para luego reanudarla a niveles vertiginosos.

Y sus ojos, entre divertidos y con un brillo pícaro en ellos, me dieron la pauta para hacer un comentario que, estaba completamente seguro, nos elevaría a otro nivel. Abrí mi boca, saboreando las palabras que estaba por decir.

—Créeme que desearía hacerte muchas cosas. —Me atreví a decir, empero, llevándome la sorpresa de mi vida, ya que Camille, si bien se había ruborizado, el brillo pícaro en sus labios más su sonrisa despreocupada, ¡no desaparecieron! Y aferrándome a ese momento, añadí—: Pero lamentablemente no estamos en el lugar adecuado —dije, haciendo una mueca de fingido pesar, aunque no tan fingido. Su carcajada reverberó en ese corto espacio.

—¿Qué tienes pensado? —preguntó interesada.

Sonreí abiertamente, mis ojos fueron descendiendo desde los suyos hasta sus labios y viceversa, así como era consciente que, poco a poco, nuestra respiración se fue volviendo errática. Y sí, quizá todo eso para Camille era un juego, aunque uno no tan inocente, sin embargo, no había ninguna propuesta que fuera en verdad dicha y esclarecida. Solamente eran comentarios hechos al aire, sin intenciones de más.

—¿Qué me propones? —pregunté, con un dejo de diversión y picardía. Un brillo especial se instaló en sus bonitos ojos, provocando que mis pulmones dejaran de trabajar.

—Bésame —susurró, mirando mis ojos y boca de hito en hito. Así como rompiendo mi estupor, elevó su cabeza lo necesario para unir nuestros labios y terminando de cernir nuestros cuerpos.

Ella enroscó sus brazos alrededor de mi cuello y, mientras yo me sostenía con mis brazos, me incliné lo suficiente hasta que la recosté nuevamente en el pasto, profundizando así el beso. Hice uso de mi lengua y delineé el contorno de su labio inferior, pidiendo permiso para entrar..., y sin demorarse abrió su boca dándome todo el acceso posible a mi perdición.

Nuestras bocas se acoplaron y se movían sincronizadas a la perfección, mientras nuestras lenguas se tanteaban de vez en cuando. Y cuando dejé caer un poco de mi peso sobre ella, intentando sentirla más, mucho más, Camille comenzó a pasar sus manos por mi cabello, desordenándolo y tirando de él, en ese momento, mis alertas se dispararon. «*Detente, Brandon. Debes de ir despacio, ¿lo recuerdas?*», murmuró mi mente. Y a regañadientes, comencé a bajar el ritmo a ese caluroso beso y, cuando al fin logré reunir todo el auto control, presioné una última vez mis labios sobre su boca.

Y sintiendo mi pecho pesado, debido a todas las emociones que se habían asentado en él, sintiendo como el amor y el deseo, tenso y tirante, se iban abriendo paso en mi interior, decidí derribar mi última barrera y para, por fin, dejarme a su merced.

—*Te amo*, Camille.

El aire abandonó su boca y sus ojos me miraron con intensidad, logrando en, un segundo penetrar, hasta lo más profundo de mí ser. Asimismo, dejándome entrever la infinidad de emociones que surcaban su mente en ese instante, me regaló una sonrisa, la cual correspondí con seguridad, porque no me arrepentía de nada.



Y justo antes de levantarnos, besó por última vez mi boca, lo cual daba por finalizado y que, me dejaba claro, no habría mayor respuesta. Y lo acepté, lo hice porque confiaba en que pronto lo escucharía de sus labios.

Luego de regresar a Jack, salimos tomados de la mano y emprendimos camino en silencio, cada quien pensando en lo que yo acababa de confesar. Pero por mi parte me sentía más tranquilo y liberado. Porque, ¿para qué fingir que no la amaba? Lo que yo sentía por ella, desde mucho antes de siquiera aceptarlo, era amor, fuerte y profundo.

No subimos al auto para emprender camino a casa; puse algo de música con la intención de aliviar un poco el silencio. Nos internamos en la carretera que nos llevaba de regreso a *Greenville* y trataba de no pensar mucho sobre porqué Camille no se había atrevido a decir algo, a entablar una plática, «¿y si ella se está preguntando justamente los mismo, Brandon?, ¿qué si ella cree que arruinó todo porque no se atrevió a decirte lo que siente?»

Mi mente comenzó a trabajar a mil por hora; a divagar en pensamientos un tanto tortuosos, lo cuales iban desde pensar en que quizá, solo quizá, hubiese sido mejor que me esperara un poco. No obstante, la otra parte de mí, esa que me había empujado a confesárselo, me animaba diciéndome que había sido lo mejor. Y en efecto, yo sí sentía que había sido lo correcto.

—Brandon... —llamó, abriéndose paso en mi diatriba de pensamientos. Su mano cálida se posó sobre la mía, pidiendo mi atención. Ladeé mis labios en una sonrisa y giré mi cabeza para enfocarla. Y su semblante, entre inseguro y preocupado, me dejó claro que ella no lo estaba pasando bien, y mi gesto tranquilo cayó—... ¿estamos bien? —cuestionó afligida. Pasé saliva, tratando de deshacer el nudo que se había formado en mi garganta durante los últimos treinta minutos, sacudí la cabeza, empujando a mi voz, para que saliera y dijera algo.

—Por supuesto que sí, Ángel, ¿por qué piensas que no? —pregunté, sin atreverme a verla mucho tiempo, primero porque me ponía nervioso que ella me dijera que iba muy deprisa y segundo que iba pendiente de la carretera.

—Ya sabes..., por lo de esta tarde —aclaró. Sonreí y disminuí un poco la velocidad.

—Camille, estás conmigo y eso es lo que importa. Lo demás con el tiempo vendrá. Además, el hecho que yo me haya adelantado a decirte sobre mis sentimientos no significa que debes hacerlo —puntalicé. Dio un leve asentimiento, me miró otro poco más y cuando estuvo conforme y tranquila, toda la tensión que irradiaba su cuerpo comenzó a desaparecer.

Solté un suspiro, ¿y si al final no conseguía que se enamorara de mí? Esta era una gran posibilidad que se incrustó en mi pecho como un aguijón.

## CAPÍTULO 24 Avanzando

Cuando llegamos a casa, entramos como si nada, solo compartiendo miradas cómplices. Mi novia se fue a la cocina a ayudar a mamá con la cena, además, y tan pronto Charles me vio, anunció que debía irse, pues para sorpresa de todos anunció: que se estaba mudando a un departamento para él solo, ¿la razón? Su tía Karla ya había decidido regresar a *México* para cuidar de su papá —el abuelo materno de Charles—, por ello él alegaba que no quería una casa para él solo y que lo mejor era rentarla.

Mi amigo tomó las llaves y me arrastró hasta la calle, entonces el interrogatorio comenzó: ¿cómo la pasamos?, ¿si no hice alguna estupidez?, y esto último no supe cómo tomarlo, es decir, ¿había cometido alguna la reciente tarde?

—Nos fue bien, bastante bien en realidad —repuse. Charles entrecerró sus ojos y me observó inquisidor, movió su mano, exigiendo que respondiera su siguiente pregunta. En réplica me encogí de hombros.

—¿Seguro? Porque siento que no me estás diciendo algo —respondió. Rodé los ojos al cielo, lo cual confirmó sus sospechas. Murmuré una maldición, para luego contarle la forma en que le había confesado a Camille que la amaba—. Bueno, ¿pero de qué te preocupas? Eso es algo normal y que en algún momento iba a pasar. —Se encogió de hombros, añadió—: Además, no esperaba menos de ti. ¿Sabes por qué? Porque te veo feliz y eso me deja muy claro que hiciste lo mejor.

Las palabras de mi amigo me reconfortaron sobremedida; porque era justo lo que deseaba y necesitaba escuchar. Y para que toda la inseguridad se fuese aplacando y quitarme, de una vez por todas, esa sensación de duda y preocupación.

Porque yo amaba a Camille, ¿para qué ocultárselo?

Luego que mi madre se fue a dormir, Camille y yo nos quedamos un rato más viendo televisión. Sin embargo, cuando el programa estaba por terminar, noté como mi novia estaba absorta en sus pensamientos, fruncí el ceño y la preocupación, poco a poco, se fue abriendo paso en mi pecho. «*No seas tan dramático*», espetó la voz en mi cabeza.

Acerqué una de mis manos y tomé una de las suyas, le di un leve apretón, lo cual logró que saliera de su ensimismamiento y girara a verme. Sus labios se ladearon en una sonrisa, así como sus ojos brillaron de esa forma que me dejaba sin aire.

—Te ves cansado —comentó divertida, al ver como bostezaba. Sonreí y negué, seguido besé el dorso de su mano, sin romper el contacto visual. La adoraba tanto—. Muchas gracias por todo, Brandon —murmuró, sonriendo con fuerza. Guiñé un ojo como respuesta.

—Fue todo un placer, Ángel. —Camille sacudió levemente su cabeza, sus mejillas, que eran naturalmente rosadas, se enrojecieron. Disfrutaba tanto ver como su cuerpo exteriorizaba sus emociones.

Y sin que lo viera venir, llevó su mano libre hasta mi cara y, ¡por todos los cielos!, su tacto envió olas de calidez que, en cuestión de segundos, recorrió todo mi cuerpo. Cerré los ojos, adentrándome en las sensaciones que su piel sobre la mía generaban. Camille comenzó a trazar dulces caricias, como si fuese ella una artista de artes plásticas y yo su creación.

—*Mmm*, ¿no qué no tenías sueño?, mentiroso —acusó un segundo después de que otro bostezo

salió de mi boca. Tallé mis ojos y sonreí. En realidad sí me sentía muy cansado. La sentí levantarse, para luego halarde de la mano—. Ven, vamos a dormir.

—¿Juntos? —pregunté con picardía. Mi novia rodó los ojos y movió mi rodilla de forma juguetona.

—Eres imposible. —Una risa divertida me asaltó, para luego ladear mis labios en una sonrisa que sabía la ponía nerviosa—. No sonrías así —exigió, casi de forma infantil.

—¿Cómo? —pregunté desentendido, me incorporé y tan pronto lo hice, Camille dio unos cuantos pasos alejándose, los cuales avancé impidiendo su cometido. Envolví su cintura con mis brazos, asegurando de esa manera que no huyera de mí y provocando que soltara un jadeo—. Solo dame un beso y me iré a dormir, lo prometo. —Humedecí mis labios, siendo testigo de como sus ojos se dilataban, así como mi razón, poco a poco, se iba nublando.

Entonces me besó, nuevamente ella tomó la iniciativa y yo, enloquecí.

Y ese beso fue distinto a todos los demás; porque no eran roces suaves, sino arrebatadores y demandantes. Nuestras bocas se movían en sincronía, suprimiendo y halando, mordisqueando y saboreando. Sin embargo, yo quería más, mucho más.

Poco a poco, deslicé mis manos hasta su cintura, al tiempo que ella se elevaba con las puntas de los pies, hasta enroscar sus brazos alrededor de mi cuello, pegándose a mi pecho y acabando con la poca distancia que había. Pero a sabiendas de lo que podía llegar a pasar si yo no paraba de besarla; sintiendo como la temperatura comenzaba a incrementar y mi cuerpo a sensibilizarse, me detuve. Acuné su rostro entre mis manos y apoyé mi frente sobre la suya, escuchando nuestras inestables respiraciones.

«¡Dios!, es muy difícil». No obstante, no sabía cuánto tiempo más iba a poder resistirme, ya que Camille representaba mi gran tentación.



Los días siguieron pasando, con dolorosa rapidez, íbamos por julio y estábamos a unos cuantos días del cumpleaños de Camille. Sin embargo, todo en nosotros era una bomba que estaba a punto de explotar. Ya que la policía aún no daba indicios sobre *nada* de utilidad para que los llevara a saber el paradero de Pedro y por lo mismo Camille se sentía ansiosa, aterrada en realidad.

Entretanto, yo *traté* de ser su mundo cuerdo, aquella realidad que la alejaba de su oscuridad, *traté* con todas mis fuerzas de mantenerla a flote, de sacar a relucir todo lo bello que poseía en su interior. Me *esforcé* en amarla y en demostrárselo a cada minuto y *esperé* pacientemente a que ella se animara a decirme lo que sentía.

Sin embargo, la sombra de ese hombre la perseguía de día y de noche, sirviéndole de estorbo, lo cual me preocupaba. Porque si soy sincero, me preocupaba mucho que no externara sus sentimientos y que se ahogara en los mismos. Me aterraba siquiera pensar en que ella viviría en el limbo toda su vida.

En ese momento, me encontraba en el departamento de Charles y estábamos hablando sobre los últimos trámites que debía hacer en la universidad: entregar exámenes médicos, solicitudes, entre otras cosas relacionadas con la media beca que me habían facilitado.

—Sí, entiendo. Lo haré así —acordé, mi amigo asintió con la cabeza, pero pese a que habíamos estado hablando y bromeando como de costumbre, había algo raro en él. Fruncí el ceño, lo estudié atento y en silencio. Su mirada estaba perdida en algún punto del suelo, sus ojos se

miraban cansados y su expresión era ausente, triste. Me preocupé mucho. Aclaré mi garganta, deseando saber qué le pasaba y así ayudarlo. Charles salió de su ensimismamiento y ladeó sus labios en una sonrisa, que fue más una mueca. Definitivamente algo pasaba—. ¿Qué sucede? —pregunté, así sin más. Sus pestañas aletearon y trató de fingir demencia.

—Nada, ¿qué podría estar pasando? —dijo, tratando de mostrarse casual, tranquilo. Cuando en realidad estaba triste. Solté un bufido e hice lo mismo que, tantas veces, él hizo conmigo y que yo, tantas veces, odié que hiciera.

—Está bien, finjamos que nada está pasando pero, tú y yo, bien sabemos que solo es cuestión de tiempo para que lo sueltes todo —dije, encogiéndome de hombros, usando también las mismas palabras que él muchas veces usó conmigo. Pronto su boca se abrió con asombro y sacudió la cabeza en una negativa.

—Estás usando mis palabras, ¡qué original! —espetó. No obstante, luego de un par de segundos de profunda reflexión, aceptó.

—¡Sabía que pasaba algo! —exclamé, elevando mis manos al cielo en un gesto de triunfo. Charles me dedicó una mirada furibunda.

—No puedo creerlo. El *Karma* es una mierda —expresó y era muy cierto. Soltó un suspiro cargado de frustración—. Sé que no debería sentirme como me siento, sé que ya no tendría que afectarme, pero lo hace Bran. Paola sigue afectándome de formas muy dolorosas. —No dije, ni hice nada, aguardé a que siguiera hablando—. Hace un par de días, iba saliendo del centro comercial, cuando la vi..., la vi de la mano de ese hijo de puta de Eduardo —escupió con desdén. Frotó su rostro con impotencia, me dolía tanto verlo así y odiaba a esa mujerzuela por todo lo que le hizo a mi hermano del alma. Y temía también porque Charles se sumergiera en la amargura, temía que ese dolor lo cambiara a tal grado que, con el tiempo, fuera a desconocerlo.

—*Bro*, sentirse así es normal. Además, ve el lado bueno de todo... —Volvió su cabeza para verme—..., la vida te libró de una mala mujer y de quién sabe cuántas cosas más. Ahora solo date tiempo para sanar, para olvidar y espera, ya llegará la indicada —dije, seguro que algún día llegaría la mujer que Charles necesitaba: una que rompiera todos sus esquemas, que desestabilizara su mundo y le demostrara que el amor está lleno de matices, que el amor puede ser hermoso cuando se está con la persona correcta. Porque así me sentía yo, feliz y afortunado de tener en mi vida a una mujer como Camille.

Charles se quedó en silencio, asimilando todo lo que le había dicho, pero un buen rato después, nos enfrascamos en una plática sinsentido y que, poco a poco, fue eclipsando el mal humor de mi amigo, cambiando la atmósfera.

Más tarde llegué a casa; me sentía agotado, sin mencionar que la mañana siguiente tendría mi último día de trabajo en *Marcos' Food*, y vaya que extrañaría todo: a mi jefe y a todos mis compañeros, las amenas pláticas con los comensales. Sin embargo, el momento de avanzar había llegado. Estudiaría mi carrera y con esto garantizaba un mejor futuro no solo para mí, sino para todo el que formara parte de mi familia. Y Camille estaba en mis planes.

Y era asombroso lo cambiada que estaba mi vida hasta ese minuto; mi madre había sido ascendida de puesto, mi hermana había pasado de grado y Camille era mi novia y mi vida ya para ese tiempo. Asimismo, con ella, todo era aún más asombroso, ya que si antes, cuando recién todo comenzó, me hubiesen dicho que estaríamos juntos, me habría partido de la risa.

Porque era increíble que ella, con un pasado tan oscuro, tan sombrío y *tan* espantoso, siguiera de pie, afrontando todo lo que se le viniera encima. Camille era una mujer que valía todo el oro y

la plata existente en el mundo, porque a pesar de todo lo monstruoso que vivió, ahí estaba, abierta al amor. Y lo más maravilloso en todo aquello era que yo, Brandon O'Donnell, un hombre que no creía, ni estaba interesado en las relaciones, era a quien ella quería, a quien había dejado entrar.

Estaba *tan* jodidamente enamorado, hasta los huesos.

—Así que administración de empresas —repitió Camille, estábamos hablando sobre lo que estudiaría, así como ella haría las gestiones necesarias para terminar el instituto. Sí, mi novia no dejaba de sorprenderme.

—Sí, en la escuela no se me dificultaban los números, los disfrutaba en realidad —comenté, logrando que ella hiciera una mueca de desagrado con sus labios, lo cual me hizo reír—. ¿Qué?, ¿a ti qué era lo que te gustaba cuando ibas a la escuela?

—Me gustaba la ciencia, la biología, todo lo que tuviera que ver con seres vivos, pero sobre todo la botánica —respondió, y hubo algo en su voz, que en verdad me dejó más que claro que lo disfrutaba—. Por eso cuando se presentó la oportunidad de trabajar con Martha, la tomé sin titubear, ¿puedes imaginarlo? Era como mi sueño hecho realidad y no sé, creo que tomé eso como una especie de señal —confesó, con su voz entre melancólica y triste.

Asentí, no quería imaginar lo triste y frustrada que se encontraba, es decir, Camille no podía salir a solas y no solo por toda la situación legal, sino por el peligro que corría en el exterior. Y llevaba poco más de dos meses sin trabajar, sin hacer eso que tanto disfrutaba, y lo que más admiraba de ella, era que había aceptado todos esos términos sin renegar.

Fue cuando vi con claridad de que, de alguna u otra manera, ella seguía enclaustrada física y emocionalmente. Y esta no era vida.

—Lo extrañas mucho, ¿verdad? Tu trabajo donde Martha —pregunté. Mi novia dio un leve asentimiento, un tanto apenada—. ¿Qué dices si..., traigo flores para que las plantemos en el jardín? —propuse. Deseando quitar esa expresión de tristeza de sus ojos.

—¿Es en serio? —cuestionó, sin ocultar la emoción en su voz. Sonreí abiertamente, así era como me encantaba verla: feliz y entusiasmada. Tomé una de sus manos y las llevé a mis labios.

—Por supuesto, solo te advierto que tendrás que enseñarme cómo hacerlo, porque yo no sé absolutamente nada —dije. Camille asintió con la cabeza repetidas veces, para luego acercarse un poco más a mi lado, posando su otra mano en mi pecho cuando, instintivamente, la acorralé contra el respaldo del sofá, creando una prisión con mi cuerpo y con mis manos a los lados de su cadera.

—E-está bien, y-yo te enseño —balbuceó, lo cual me hizo sonreír.

Todas sus emociones fueron reflejadas en sus ojos: deseo, timidez, seguridad y algo más que no supe descifrar. Su otra mano, se deslizó hasta mi hombro, para luego trazar una caricia dulce y perspícaz en la piel desnuda de mi cuello. Su boca se abrió con lentitud, dejando escapar un suspiro de antelación, así como sus mejillas, poco a poco, se fueron arrebolando. Era bellísima.

De a poco, comencé a romper distancias, dejándome llevar por el deseo y el calor del momento, sintiendo como mi corazón aumentaba su marcha a niveles antinaturales. Entonces al estar a escasos centímetros de distancia y mientras nuestras narices se rozaban; con la mano posicionada en mi pecho, me haló otro poco, hasta que mis labios chocaron contra los de ella, y todo el mundo, todo lo que nos rodeaba, se desdibujó a nuestro alrededor. Todo estalló en diminutos fragmentos, para luego acomodarse de diferente forma.

Nuestros ojos que, durante varios segundos, no se dejaron de ver, compartieron infinidad de mensajes y de sentimientos. Provocando, a su vez, emociones indómitas, que cosquilleaban en mi pecho y sensibilizaban mi piel. Me dejé sumergir en una bruma en donde solo ella era capaz de

adentrarme, y de la cual, si me era posible, no deseaba salir jamás.

Porque quería todo con ella, *deseaba* todo de ella y sobre todas las cosas, quería que ella *quisiera y deseara* lo mismo que yo. Que nuestra relación fuera lo único y a la vez todo, que sus pensamientos terminaran y comenzaran conmigo en ellos.

Nuestras bocas por fin se abrieron; dejando una vía libre para que nuestras lenguas se palparan, para que los miedos y las inseguridades se marcharan, para que sus demonios se fueran huyendo.

Porque solo éramos ella y yo.

Frío y calidez.

Un manojo de sensaciones se acumuló y se apuñó en mi pecho, abriéndose paso hasta la superficie, aletargando mi cordura y control. Y cuando los brazos de Camille se deslizaron por mis hombros hasta envolver mi cuello, acercándose peligrosamente a su cuerpo, ese que me encandilaba sin proponérselo, las alarmas comenzaron a resonar en mi cabeza.

«*¡Para, Brandon! Eso está mal, ¡detente, maldita sea! Ese no es el lugar, ni el momento.*» Sin embargo, me negaba a escucharla, no aún.

Mis manos se deslizaron hasta su cadera y se cernieron a su piel. Así como poco a poco ese beso lento y pausado, se fue volviendo ávido y profundo. Sus labios se movían de forma urgente sobre mi boca, mientras yo intentaba saquear todo de ella, llegar hasta lo más hondo.

«*Brandon, ¡detente! Tu madre puede salir en cualquier instante. Camille no está lista, ¡detente y no lo arruines!*»

Seguido toda la sangre comenzó a agolparse y toda la bruma empezó a aletargarme y mi cuerpo comenzó a reaccionar, con esfuerzo me detuve. Lo hice, sacando a relucir todo el control que pude reunir. Planté un último beso en sus labios y me alejé.

—Lo siento, me dejé llevar —dije, sin embargo, Camille negó con la cabeza, observándome con intensidad, con temor pero también con..., lo que creí que era amor.

—No te preocupes, todo está bien —murmuró, sonriéndome con condescendencia. Elevé mi mano hasta acunar su mejilla y así acariciarla. ¡Santo cielo! Cada vez me costaba más poder controlarme.

Camille me encantaba; con ella todo lo demás parecían futilidades, todo se desdibujaba y desaparecía, y solo quedábamos nosotros y lo que me hacía sentir. Y porque mi mundo entero se centraba en ella, en su mirada y en el sonido de su risa que reverberaba en mi pecho, desestabilizando todo a su paso.

Nos quedamos en completo silencio unos cuantos segundos; mientras cada uno absorbía lo que acababa de pasar, el hecho de que todo ese sentimiento se nos estaba saliendo de las manos. Cerré los ojos y me concentré en trabajar en mi inestable respiración, tratando de reconstruir todas mis fuerzas y control. Porque, en ese momento, más que nunca, tenía que hacer todo bien, sin errores, sin trastabillar y cuidando todo lo bueno que se estaba dando.

»—Brandon, ¿puedo hacerte una pregunta? —cuestionó Camille, con mucha timidez. Abrí mis ojos y asentí con ellos. Ella podía preguntarme lo que quisiera, o eso creí—. Tú... ¿tienes más familia? —«*¡Ahh!, eso no, por favor*», imploré para mis adentros, sin embargo, hice un esfuerzo por buscar las palabras adecuadas para hablarle sobre esa parte de mi vida que no me gustaba tocar por nada del mundo.

—Sí, tengo un abuelo paterno —respondí, sintiendo como esas palabras se volvían ácido quemando mi garganta. Ladeó la cabeza y me estudió atenta, tratando de averiguar qué pasaba por mi mente. Tragó grueso, no quería que viera a través de mí, pues lo único que encontraría sería

odio y un profundo resentimiento.

—Y supongo que..., no se llevan bien —afirmó. Sonreí a boca cerrada, mal era un eufemismo. Hice una afirmación nasal—. ¿Por qué? —Mordí mi labio inferior y me abstuve de murmurar una grosería.

—Eh, esto no es un tema del que me guste mucho hablar pero lo haré, te lo contaré —dije antes que ella me pidiera lo contrario. Ya que no se sentía tan malo, porque confiaba en ella y quería que, así como ella se abrió conmigo, yo poder hacerlo también. Suspiré y sopesé las palabras adecuadas con las cuales comenzar a contarle ese capítulo triste de mi vida. Entonces le narré todo y fue más fácil de lo que alguna vez creí—. Ese hombre abandonó a mi padre a su suerte, le cerró puertas y muchas oportunidades, todo con su afán de demostrar que sus prejuicios tenían razón de ser. No le importó que mi papá tuviera una familia que alimentar, no le importó nada —concluí, sintiendo como un poco de ese gigantesco peso era removido de mis hombros. Mi novia sacudió la cabeza, registrando toda la información que acaba de darle.

—Y él... ¿no los ha buscado luego de la muerte de tu papá? —preguntó, claramente sorprendida.

—Sí, lo ha hecho más veces de las que puedo contar, pero yo..., no sé, por más que he querido, no puedo perdonarlo —confesé. Camille me regaló una hermosa sonrisa condescendiente.

—Créeme que te entiendo, perdonar a un familiar que te ha hecho mucho daño es..., tremendamente difícil. —Elevé mis comisuras, saber y sentir que tenía su comprensión era tan..., sanador. Tomó una de mis manos y acarició el dorso de la misma, seguido añadió—: No puedo decirte que haces mal y menos exigirte que lo perdones cuando yo aún no puedo perdonar a mi tío, sin embargo, solo puedo decirte que lo sigas intentando, a fin de cuentas, todo ese odio y resentimiento a los únicos que nos lastiman y hacen daño es a nosotros mismos. —Hice una mueca con mis labios, eran tan difícil, lo concebía tan imposible—. Solo sigamos intentando, ¿de acuerdo? —Solté un suspiro cansino y asentí. Lo haría, lo intentaría de nuevo.

Mi novia cambió rápidamente de tema y pronto todo lo que recién habíamos estado hablando pasó a ser solo un recuerdo más. La observé hablar con fluidez; me encantaba escucharla conversar ya fuera con fluidez o lacónica, amaba ver las arrugas que se formaban en las esquinas de sus ojos y en sus labios cuando sonreía o cuando algo le disgustaba.

Asimismo, era sorprendente reconocer que, para esos días, su común expresión de ceño fruncido había sido eclipsada por sonrisas. Porque durante esos días, la Cami de meses atrás se había convertido en una sombra. Ella estaba cambiando y para bien. ¡Era increíble!

Ahora estar con Camille era como un aliciente, como una brisa refrescante bajo el refulgente sol.

No obstante, cuando creí que la tormenta se estaba disipando, que el peligro ya estaba lejos de nosotros, la vida me demostró que estaba muy equivocado. Me demostró que toda la felicidad y plenitud que sentía estaba a punto de escaparse de mis manos, de escurrirse de entre mis dedos. Pero, ¿quién se podía imaginar todo lo que estaba por pasar? Porque yo en cambio, me obligué a disfrutar y a recibir todo lo que se me otorgaba, ignorando toda la retahíla caótica de mi cabeza.

## CAPÍTULO 25 Alerta

A la mañana siguiente —y mi último día de trabajo—, toda mi jornada en el restaurante fue melancólica. Y, de vez en cuando, mis compañeros me decían que me echarían de menos, pero que debía ir por mis sueños. Asimismo, varios de los clientes que acostumbraban a llegar a ese lugar, me pedían que en cuando pudiera regresara y visitara el recinto, que no los olvidara. Fue un día lleno de sentimientos encontrados, aún más cuando para la hora de la comida mi jefe y los demás hicieron un almuerzo de despedida.

Y no llorar fue una tarea complicada, ya que ese lugar había representado, por muchos años, una segunda casa y familia para mí. Marcos se había vuelto en una figura paterna y, además, mi gratitud siempre estaría con todos ellos por haberme abierto las puertas cuando no tenía experiencia y apenas era un chico de diecinueve años.

—Les agradezco que hicieran todo esto —dije, con mi voz inestable—. Aún más está bellísima obra de arte. —Señalé el pastel en forma de rosquilla que habían hecho para despedirme, todos los presentes soltaron una corta risa, pero la tristeza se podía sentir tan clara en el ambiente, difuminado entre los recuerdos, entre los sentimientos de felicidad y gratitud.

—No tienes nada de que agradecer, Brandon. Fuiste un gran trabajador, parte importante de este equipo y aunque nos costará hacernos a la idea de que ya no vendrás a trabajar, que ya no tendremos al pequeño *don Juan* entre nosotros, nos sentimos orgullosos de que, al fin, has tomado la decisión de ir por tus sueños. —Solté una risa melancólica—. Así que sigue y lucha por tus sueños, Brandon. Que la vida no es color rosa; porque la vida está hecha para los valientes, para los que no se dejan vencer cuando la oscuridad amenaza y porque la vida está llena de oportunidades que están ahí afuera aguardando por ti —dijo Marcos, mirándome con orgullo, de forma paternal. ¡Dios!, miré al cielo, intentando tragarme las lágrimas.

—Prometo venir cuando me sea posible —dije, todos movieron sus cabezas estando de acuerdo con mis palabras, para luego ir uno por uno a darme un abrazo de despedida. Y mi corazón dolió, porque en ese lugar quedaban parte de mis años más dolorosos como los mejores. Sin embargo, todo en mi vida estaba ajustándose, moviéndose como las placas tectónicas para asentarse en un lugar mejor.

Llegué justo a tiempo a la escuela de mi hermana y pronto, entre el tumulto de estudiantes, la vi. Fruncí el ceño, venía con su cabeza gacha y a paso calmado, lo cual me pareció extraño, porque ella era *todo* menos una niña tranquila y triste, ella era un remolino de luz. Algo se movió con rudeza en mi pecho, pues tan pronto la vi despedirse de sus amigas, aunado a su carita, me dejaron más que claro que algo había pasado.

Cuando estuvo a mi lado, tomó mi mano y me regaló una mirada tan profunda y llena de tristeza que estrujó mi corazón.

—¿Qué pasa, enana? —cuestioné, sintiéndome famélico por intentar borrar esa expresión de su rostro. Soltó un gran suspiro y sacudió su cabeza en una negativa, me acuclillé y le pedí que me dijera qué le pasaba. Su ojitos celestes entre tristes y anegados, echaron un vistazo hasta el interior de la escuela, su labio inferior titiritó.

—Dylan se irá de la ciudad para *siempre* —murmuró, con genuino pesar, al tiempo que un par



de lágrimas danzaban por sus mejillas. Y con su voz a un hilo de quebrarse, agregó—: A su mamá le ofrecieron un mejor trabajo en otro estado y se tendrán que mudar. —Sacudió su cabeza en una negativa y se echó a mis brazos—. Yo no quiero que se vaya, Brandon. Por favor haz algo, por favor —suplicó. ¡Dios!, me dolió tanto escucharla así de afectada. Y no podía menospreciar su tristeza, ni esa amistad que habían creado con ese niño y porque yo creía en las amistades verdaderas, esas que se daban desde la infancia. Charles y yo éramos un vivo ejemplo de ello.

—Lucy..., yo... —¿Cómo le decía que no podía hacer nada?, mi corazón no me permitía provocarle más dolor y tristeza de la que ya sentía—..., creo que debes aceptar la voluntad de su mamá —murmuré, me acuclillé y acuné su rostro, sus ojos me veían con recelo y decepción, pero no podía mentirle, hacerlo solo iba a empeorar todo—. Ella seguramente quiere darle una mejor vida a su hijo, ¿crees que está eso mal? —pregunté. Ella sacudió la cabeza.

—No, no lo está pero... —sorbió su nariz—... ¿no puede darle una mejor vida aquí en *Greenville*? —cuestionó con tanta inocencia y simplicidad. Ladeé mis labios en una sonrisa, la vida fuera tan sencilla si pudiéramos ver las cosas como los niños, pero lamentablemente la realidad era y es otra—. Es que Dylan no quiere irse, Brandon —dijo, apesadumbrada y un poquito desesperada.

—Enana, debes comprender que hay ciertas cosas que están fuera de sus manos y esta es una de ellas. Sé que estás triste porque tu amigo se irá pero... —Acaricié sus mejillas—..., nunca sabemos lo que el destino les puede preparar y quizá algún día regrese.

Mi hermana aceptó, consolándose mis palabras. Ella era muy inteligente y madura para su edad, a pesar que aún tenía intacta su inocencia, tenía gestos y a veces procedía como un adulto.

—¿De verdad crees que algún día regrese? —preguntó esperanzada, me encogí de hombros.

—Esperemos que sí. —Y aunque había dicho esas palabras con el afán de animar a mi hermana, no sabía el significado que en un futuro tendría.

Pasamos donde Martha, quien la llenó de mimos y para seguir animándola, por la noche cuando llegamos a casa, hicimos una noche de películas, todas sus favoritas. Acompañadas de palomitas y leche con chocolate. Y, pese a que la tristeza no se iba de sus ojos, logré que se divirtiera y distrajera un poco.



Íbamos por viernes ya, estaba en la universidad, acababa de entregar mis últimos papeles que la media beca me pedía. Salí del edificio y afuera me esperaba Charles y estaba hablando con un grupo de chicos, sin embargo, tan pronto me vio se despidió y se acercó hasta donde lo esperaba.

—¿Cómo te fue?, ¿no tuviste problemas? —Sacudí la cabeza en una negativa.

—En un mes entro a clases —comenté, famélico.

—¿Y cómo te sientes? —Hice una mueca con mis labios.

—Nervioso pero a la vez emocionado —respondí. Sonrió con alegría.

—Me alegra mucho saber que te entusiasma la idea de que van a darte una patada en el culo, tan pronto inicies clases —bromeó. Rodé los ojos al cielo, pero tenía razón.

Avanzamos por el campus, buscando el estacionamiento, ya que tenía que pasar por el centro para comprar un regalo para el amigo de mi hermana, porque al día siguiente le harían su despedida. Asimismo, pasaría por una pastelería para encargarme un pastel para el cumpleaños de

Camille, que sería en menos de dos semanas.

—¿Tú qué dices?, ¿crees que le guste al amigo de Lucy? —pregunté a Charles, mostrándole una libreta de hojas blancas y un conjunto de lápices y pinturas, pues según mi hermana me encomendó, ese sería el regalo perfecto para Dylan, pues tenía un afición por el dibujo y la pintura. Hizo una mueca con sus labios y sacudió la cabeza.

—Yo creo que sí, ¿nos lo llevamos?

—Pues sí —respondí, a sabiendas que no encontraría otra cosa que me convenciera aunque sea un poco—. Ahora vamos a reservar un pastel para mi novia —comenté. Charles soltó una risa divertida.

—*Piri mi nivia* —dijo burlón.



Al día siguiente por la tarde, Charles nos llevó a la casa de Dylan y mi hermana, aunque triste, iba tranquila y satisfecha con el regalo que habíamos comprado para su amigo. Llegamos hasta la casa en cuestión y niños iban y venía, gritando eufóricos. Mi amigo se aclaró la garganta para llamar mi atención y señalar con sus ojos a Lucy, quien estaba moviéndose en su lugar, deseando salir lo más pronto posible. Y así hizo, seguido fue interceptada por un grupo de niños, de los cuales uno entró corriendo a la casa, mientras gritaba.

—¡Dylan, ya vino Lucy! —Charles y yo gruñimos por lo bajo, no obstante, nos quedamos estupefactos al ver como las mejillas de mi hermana se teñían de rosa e intentaba fallidamente callarlos. «*Vaya, vaya, al parecer a Lucy le pasan cosas con su amiguito*», canturreó mi cabeza.

Nos bajamos del auto, para seguirle el paso a mi hermana y a su grupito de amigos, entonces mi peor pesadilla comenzó: Charles me codeó, solo para que presenciara como Dylan salía corriendo de su casa, en dirección de Lucy, ¡sin importarle si chocaba con otros niños o con adultos! Solo buscando abrirse paso hasta donde ella lo esperaba.

Cuando estuvieron a una corta distancia, mi hermana se echó a sus brazos y fue recibida con tanta fuerza y contento.

«¡Uhhh!, lo abrazó igualito a como te abraza a ti o quizá con más cariño», canturreó mi insidiosa consciencia. Juro que la bilis se me subió por la garganta.

Charles me tomó de hombros y me condujo hasta donde estaba la camioneta, alegando a que no quería que le montara una escenita a mi hermana. ¡Pffff!, ¡cómo si yo fuese capaz de hacerlo! Mi amigo y yo comenzamos lentamente a dar pasos hacia atrás al mismo tiempo, alejándonos de esa escena. Pues, aunque dijera que mi hermana y ese niño solo eran amigos —*porque así era*—, ambos tenían una conexión *muy* fuerte. Fue cuando entendí que, si Dylan no se hubiese marchado, ellos se habrían enamorado al crecer.

Estábamos en una de las mesas situadas en el jardín trasero, recién acababan de servirnos comida. El ambiente era divertido y ameno.

—¿Ya sabes qué harás para el cumpleaños de tu novia? —cuestionó Charles, mostrándose interesado. Negué, porque si bien le haríamos una pequeña celebración con mi familia, quería hacerle algo más especial, pero no sabía qué. Elevó ambas cejas con sugestividad y añadió—: Porque bien podría prestarte mi departamento para que vayan a hacer *cositas*. —Me empujó juguetón. Sonreí divertido y ladeé la cabeza.

—Te tomo la palabra. Pero... —Antes que él comentara algo cochambroso, porque su mente trabaja a mil, agregué—:..., no para lo que tu mente depravada está pensando. —De inmediato comenzó a reír. Le dediqué una mirada mordaz, elevó sus manos en señal de rendición y minimizó su risotada.

Seguimos hablando y aportando ideas para hacerle una celebración *especial* a mi chica. Y ya comenzaba a entusiasmarme, ya que algo dentro de mí me motivaba a hacerlo, porque estaba casi seguro que ya había pasado mucho tiempo desde que Camille tuvo una celebración.

Cuando la hora de partir llegó, fue duro. Todos los amigos de Dylan se negaban marcharse, todo era un conjunto de pequeños llorando con pesar. Y debo confesar que me conmoví un poco. Pero cuando el momento de la despedida entre su amigo y Lucy, Charles y yo los observábamos desde las sombras —*detrás del auto*—, mientras ellos se tomaban su tiempo. Además, luego de un largo abrazo que se me antojó doloroso y triste, mi hermana se encaminó al auto, sorbiendo su nariz y limpiando las lágrimas de sus mejillas.

—Gracias al cielo que se irá ese mocoso—comentó Charles—, porque tenía la leve sospecha de que en unos cuantos años me quitaría a Lucy. —Sonreí divertido, al tiempo que sacudía la cabeza. Porque yo también pensaba lo mismo.

—No cantes victoria, Charles. Que él puede regresar algún día —dije, tentándolo. De inmediato su sonrisa de tranquilidad se esfumó por una de desconcierto. Negó con la cabeza.

—No regresará —espetó. Me encogí de hombros—. Bueno, si regresa, para ese entonces yo ya habré conseguido hacer que Lucy odie a los chicos. —Rodé los ojos y abrí la puerta para que Lucy entrara.

—Ojalá que sí, bueno, si es que ella no nos termina dominando a nosotros —murmuré, luego de darle un leve empujón. Ambos sonreímos, porque esto último era muy probable.

Los siguientes días pasaron con rapidez y entre los preparativos para el cumpleaños de mi novia, apenas y había tenido tiempo para ella. Solo esperaba que todo valiera la pena y ella lo disfrutara. Íbamos por jueves, solo teníamos día y medio para terminar de preparar todo. Mi madre junto a Martha me ayudaron a organizar una comida en casa.

Pero he de confesar que en la tarde ella iba a ser toda mía.

Iba saliendo de la floristería, cuando vi como un grupo de hombres se bajaban de un par de camionetas negras y se aproximaban a la floristería. Empero, uno de ellos, alto y fornido, de piel morena, cabello negro y que poseía una presencia imponente e intimidante, se detuvo y sonrió de una forma que me inspiró desconfianza, alerta. Miró hacia mis espaldas.

—Cerrado, ¡ah vaya, que mala suerte! —exclamó con fingido pesar. Y sin saber porqué, todo mi organismo se tensó y se puso a la defensiva, su par de ojos negros, llenos de malicia, me miraron, al tiempo que esbozaba una sonrisa. Me señaló con su dedo índice—. ¿Tú trabajas ahí?

—Sí —mentí. Asintió, conforme con mi contestación. «*No te muevas, Brandon. No te vayas hasta que esos hombres se hayan largado*», exigió la vocecilla de mi cabeza. El tipo, vestido con un traje azul, se acercó hasta donde me encontraba.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho? —inquirió, ladeando su cabeza y mostrando mucho interés, más del que me hubiese gustado. En ese momento, una sensación extraña y lúgubre se asentó en mis huesos y todo mi cuerpo se llenó de repelús contra ese tipo. Las alarmas en mi cabeza se encendieron y mis nervios se comenzaron a crispas.

—Brandon —respondí lacónico.

—*Okay*, Brandon. ¿Podrías ser tan amable de venderme un ramo de *lirios*? Por favor —pidió, con deliberada lentitud, Me observó con un brillo tenebroso instalado en sus ojos, al tiempo que

sonreía con socarronería y con pedantería, ¡cómo si él supiera algo que yo no!, lo cual me hizo sentirme incomodo con demasía. Aclaré mi garganta.

—Le ofrezco una disculpa pero ya hemos cerrado y nos es imposible atenderlo, la dueña acaba de irse —mentí, tratando inútilmente de engañarlo. Sus labios tiraron de una gran sonrisa.

—¡Ni hablar!, al parecer este no ha sido mi día —dijo, fingiendo pesar. Sonreí con parsimonia y rogué para mis adentros a que se fuera. Miró a todos lados y luego se centró en mí, ¿qué diablos buscaba?—. Es una ciudad muy pequeña pero agradable —comentó. Moví mi cabeza de arriba abajo, mis hombros encuadrados, reflejaban con claridad toda la tensión que sentía.

—Si viene de una gran ciudad es claro que la verá así —comenté.

—Tienes toda la razón. Pero he de admitir que es un buen sitio para *escondarse* de todo el bullicio de la ciudad, del trabajo, de las personas. Ya sabes, para tomarse un respiro. —Las campanas de alerta hicieron un caos en mi cabeza y, sin poder evitarlo, me sentí amenazado. Pero traté de ignorarlo, de mantener a raya mis emociones.

—Es un lugar tranquilo. —Me limité a decir. Sacudió la cabeza y le dio un vistazo a sus acompañantes, y un par te estos se encaminaron a las puertas de los pilotos.

—Bueno, Brandon, muchas gracias por tu amabilidad y es una pena, me moría de ganas de comprar unas flores, eran para una mujer *muy* especial, ya sabes a qué me refiero. —Sonreí o lo intenté, añadió—: Cuídate muchacho... —Giró sobre sus pies y caminó hasta la camioneta de donde había bajado, sin embargo, después volvió a verme—..., nos vemos, Brandon.

Los vi alejarse sobre la avenida. Todo mi cuerpo se resumía en tensión, inseguridad, alerta y algo más, que por más que quise saber qué era, no pude. No obstante, ¿cómo iba a saber con quién acaba de hablar?, ¿cómo iba a darme cuenta de que la llegada de ese hombre daba inicio a un juego macabro y sucio, en donde saldría perdiendo?, pues aunque me costase admitirlo, en ese instante, yo no era un rival.

## CAPÍTULO 26 Entrega total

El sábado muy temprano nos levantamos para preparar el desayuno. Todo con tal de hacer tiempo y poder hablar antes que Camille se levantara. Pero cuando ella salió de mi habitación, todos actuamos con naturalidad, la saludamos como siempre, sin felicitarla por su cumpleaños. Ya que queríamos que todo lo que habíamos estado preparando fuera una total sorpresa. Asimismo, había sido una tarea difícil guardar el secreto, debido a que ella pasaba la mayor parte del tiempo con nosotros. Por esto último, encontrar un momento donde no lo estuviera era complicado, pero nos las habíamos podido arreglar, pues algunas veces usamos a Lucy como distracción.

Luego de desayunar y hacer "nuestras labores de fin de semana". Pusimos en acción el plan: *cumpleaños de Camille*. Lo primero que íbamos a hacer era distraerla, lo cual me fue dado a mí.

—¿Quieres ir con tu apuesto novio al supermercado? —cuestioné sobre su oído, provocando que soltara un chillido. Me alejé divertido y moví mis cejas de arriba abajo. Por fin sonrió y se acercó a mi oído, como había hecho yo. Entonces al sentir su respiración chocar contra mi cuello y el lóbulo de la oreja, me estremecí al instante. ¡Santo cielo!

—Acepto —respondió cándida. Pasé saliva con dificultad y traté de sonreír.

Avisamos en casa que saldríamos a comprar y en un momento de distracción de Camille, aproveché para ponerme de acuerdo con mi madre: iría al supermercado a ganar tiempo, en lo que ella arreglaba el jardín para una pequeña reunión. Luego partimos, tomamos un autobús y llegamos al centro.

Anduvimos por las calles de *Greenville* tomados de la mano, mientras el aire cálido y cadencioso acariciaba nuestros rostros, que irradiaban felicidad y amor. Conversamos de todo y de nada, y tal parecía que Camille no estaba molesta porque había "olvidado" su cumpleaños, pues en ningún momento me dijo algún comentario o que dejara entrever que deseaba recordarme algo. No, ella actuó como si ese día fuese otro completamente normal, cuando no lo era. Era su día.

Hicimos ciertas compras y cuando se suponía que debíamos regresar, vislumbré una heladería. «*Invítala a un helado*», susurró mi consciencia.

—¿Quieres un helado, Ángel? —pregunté, dándole un levé apretón a la mano de mi novia, seguido giró su cabeza para mirarme y asintió, sonriéndome de esa forma que atascaba la respiración en mi garganta y aceleraba mi corazón, porque sabía que le gustaba estar conmigo, porque sabía que le gustaba que la llamara Ángel. Y me fascinaba que así fuese.

Entramos a la pequeña heladería y nos situamos en una mesa libre, luego una jovencita de unos dieciséis años se acercó para pedir nuestra orden, la cual no había parado de mirarme con intensidad, pestañeando más de la cuenta. Sonreí con incomodidad y aguardé a que mi novia terminara de inspeccionar el menú y pidiera lo que deseaba, así como no perdí oportunidad para tomarla de la mano y darle pequeños besos en el dorso de la misma, tratando de persuadir a la otra chica que trataba de llamar mi atención. «*Lo siento, pero este hombre tiene dueña*», pensé y quise decir.

—Voy a querer un helado de caramelo y de moras, por favor —dijo Camille, luego de unos minutos. La chica de cabello rubio y mirada pizpireta, anotó todo en su libreta.

—Y tú, ¿qué vas a querer? —preguntó, sonriendo con efusividad.

—De vainilla con mango, por favor. —Asintió con la cabeza y minutos después se marchó, para ese momento yo estaba más que interesado en lo que Camille me contaba.

La escuché, muy atento, contarme como las flores —*que había conseguido para ella y que recién un par de semanas atrás había plantado*—, parecían que si habían logrado adherirse a la tierra de nuestro jardín. Nos llevaron nuestros pedidos y comenzamos a saborearlos. Y mientras me encontraba concentrado con mi helado, Camille me miró con ojos curiosos y chispeantes, sonreí de lado.

—¿Sucede algo, preciosa? —cuestioné, al tiempo que relamía mis labios, acción que no pasó desapercibido por ella, ya que de inmediato, sus mejillas se tiñeron de rojo, lo cual me causó ternura y anhelo por partes iguales. Negó, alimentando mi curiosidad a niveles exorbitantes—. Vamos, dime —pedí o más bien supliqué.

—Eso que..., yo... ¿puedo probar de tu helado? —preguntó tímida y cadenciosa. Elevé la comisura izquierda de mi boca, «*ella puede probarme a mí sin necesidad de preguntar*». Sin embargo, se me ocurrió otra cosa.

—¿Sabes cómo sabe mejor este helado? —pregunté con malicia. Camille entornó los ojos, entre confundida y pensativa, luego negó con la cabeza. Aclaré mi garganta, al tiempo que sonreí de esa forma que la descolocaba, me acerqué un poco a ella y susurré—: En mis labios, lo juro.

Y lo que nunca creí que pasaría, sucedió.

—¿Puedo probar de tu helado? —cuestionó de nuevo. ¡Pero al diablo todo lo demás! Su osadía me dejó con graves problemas en mi respiración, con el pulso disparado hasta el espacio y con una arritmia haciendo destrozos en mi pobre corazón.

Y sin demorarme más, estampé mis labios sobre los de ella y, ¡con un demonio! Ella sabía a dulce y a gloria. La suavidad de sus labios aunado al sabor de su helado, convertían su boca en un manjar de reyes, no, a uno de dioses.

Apresé primero uno y lo saboreé a mi antojo; para luego hacer exactamente lo mismo con el otro, trazando caricias con la punta de mi lengua, marcando un ritmo lento, pausado y cadencioso, adentrándome sin problema en toda esa bruma que, solo ella, era capaz de provocar. Entonces cuando su boca se fue abriendo poco a poco, con timidez y aprehensión, deslicé mi lengua hasta que tanteé la suya. Sus manos se colaron hasta uno de mis brazos, posando sus palmas sobre la piel de mi bíceps, descargando una corriente que fue despertando poro por poro toda la extensión de mi cuerpo, lo cual me hizo consciente del rumbo que todo estaba tomando.

Saqué a flote toda la determinación y control que pude reunir, fui disminuyendo el ritmo de ese beso.

—Te amo, Ángel —murmuré, aún sobre sus labios. Camille sonrió, lo cual provocó una arritmia dolorosa en mi corazón, porque anhelaba que ella correspondiera mi sentir, así como temía que eso nunca fuera a suceder.

Disimuladamente vi la hora en mi celular, notando como se desplegaba un mensaje de Charles.

Todo estaba listo y ya solo estaban esperando por nosotros. Sonreí abiertamente, sin ocultar toda la emoción que comenzaba a embargarme. Camille me miró con curiosidad y como réplica le guiñé un ojo.

—Es hora de regresar —informé, sacando mi billetera, pero sin que lo viera venir y mucho menos lo impidiera, Camille pagó nuestros helados—. ¡Oye!, ¿qué estás haciendo? —cuestioné

incrédulo, aunque era más que obvio lo que había pasado. Mi novia se encogió de hombros, tomó la factura y se encaminó a la puerta.

—¿Nos vamos? —preguntó, sin molestarse en ocultar la diversión que teñía su voz. La seguí hasta las afueras, mientras cargaba nuestras escatimadas compras. Estando afuera le pedí que aceptara el dinero, pues yo la había invitado a esa heladería, por consiguiente debía pagar yo. Sacudió la cabeza en una negativa—. Tómalo como una indemnización por tantas malas pasadas que te hice —respondió, entre apenada y divertida. Entorné los ojos en su dirección, iba a espetar pero se me ocurrió algo mejor.

—Si con esas estamos, déjame informarte que deberás darme mucho más para resarcir todo el daño que le hiciste a mi humilde corazón —dije, encogiéndome de hombros y fingiendo una mueca de pesar con mis labios. Camille se acercó hasta rozar con las puntas de sus pies los míos; me miró por debajo de sus pestañas y, no sabía si era una treta o en verdad estaba arrepentida y mis palabras la habían lastimado.

—Prometo pensar en más formas —murmuró cándida. Sus ojos se llenaron de malicia y de un sentimiento que nunca, en todo el tiempo que llevaba conociéndola, le había visto. Se elevó con la ayuda de sus pies y besó la comisura de mis labios. Cerré los ojos y me incliné, buscando más de su tacto cálido y detonador, al tiempo que la respiración se atascaba en mi garganta.

Pedimos un taxi y en menos tiempo de lo que nos hubiese llevado tomando un autobús. Estábamos sobre la calle en donde se ubicaba nuestra casa. Rápido le envié un mensaje a Charles, alertándolo de nuestra llegada. Abrí la puerta con cuidado y dejé que ella entrará primero. La casa estaba en absoluto silencio, ya que todos estaban en la parte trasera, aguardando por nosotros. Mordí mi labio inferior frenando una sonrisa. Moría por ver la expresión de mi Ángel.

—Creo que no hay nadie —comentó, mirando a todos lados. Pronto giró sobre sus pies y me observó con sus ojos entornados, debido a lo extraño que encontraba el asunto. Me encogí de hombros, restándole importancia, para luego sonreír con malicia.

—Al parecer tenemos la casa para nosotros solos —murmuré, dando un par de pasos, acercándome. Camille me miró un tanto nerviosa pero también... ¿divertida, complacida? Pasé saliva con dificultad y con mi voz cargada de emociones, añadí—: Una oportunidad que no podemos desaprovechar, ¿no crees? —Sus labios tiraron de una sonrisa, así como sus suaves mejillas se tiñeron de rojo. Señaló a sus espaldas, en dirección del jardín.

—Yo..., yo iré a ver si están ahí —murmuró. Solté una risa divertida al verla trastabillar mientras caminaba hasta el jardín, pero en unas cuantas zancadas la alcancé. Me miró de reojo, al tiempo que sacudía la cabeza en una negativa.

Permití que ella saliera primero al jardín y, tan pronto puso un pie en el umbral, todos estallaron en gritos y silbidos.

—¡Feliz cumpleaños! —Camille dio un pequeño respingo, demostrando que, en efecto, la habíamos tomado por sorpresa. Sonreí abiertamente, la tomé de la cintura y me incliné hasta que mis labios rozaron su oreja.

—Feliz cumpleaños, preciosa —susurré. Mi novia, giró sobre sus pies y me abrazó, posó su mejilla en mi pecho, a la altura de mi corazón y mis brazos no demoraron en devolverle el abrazo.

—Muchas gracias, Brandon —murmuró. Y, ¡Dios!, juro que mi corazón se hinchó de felicidad, de una intensa, dolorosa y fuerte.

En la reunión estaban, a parte de mi familia y Charles, un par de vecinas que se habían hecho amigas de mi novia. La dejé con Martha y me acerqué hasta donde estaba Charles, me senté a su lado y al instante comenzó a decirme que tenía todo listo en su departamento y que en cuanto

pudiera, me fugara con mi chica.

—Cuando veas todo lo que hice, te vas a ir de espaldas, Cabrón —dijo, alardeando.

—Gracias, te debo una —expuse, aliviado y agradecido. Mi amigo me guiñó un ojo.

—No es por nada. Tú lo hiciste por mí *infinidad* de veces —mencionó. Sonreí de lado, porque sabía él estaría siempre para mí, así como yo lo estaría para él.

—Y lo haría mil veces más, no lo dudes. —Charles sonrió.

La tarde avanzó lenta, como era de esperar. Y con cada minuto que pasaba, la ansiedad se acrecentaba en mi interior, socavando el poco control que poseía, amenazando con destruir mi paciencia. Y es que, tenía tantas ganas de tomar a Camille de la mano y raptarla. Froté mi rostro con frustración, *deseaba* tenerla solo para mí, en ese maldito instante. Charles se situó a mi lado y echó un vistazo en mi dirección, su rostro, entre divertido y condescendiente, solo me hizo rodar los ojos.

—Mueres por marcharte con ella, ¿no es así? —afirmó. Moví mi cabeza de arriba abajo, para luego echarla hacia atrás.

—Siento como si el putito reloj no quisiera avanzar nada —expuse. Lo escuché reír, palmeó mi espalda, me dio las llaves de su camioneta y murmuró: *ten paciencia, lo mejor siempre se hace esperar*. Y cuánta razón tenía.

Un par de horas después, los invitados, ¡al fin!, comenzaron a marcharse. Para entonces solo quedábamos: Camille, Lucy, Martha, Charles —quien se quedaría a dormir para distraer a mi hermana—, y mi mamá, —quien ya estaba esterada de todo.

Y aprovechando de que mi novia acaba de entrar a la casa, le hice señas a Charles para avisarle de que el plan comenzaba en ese instante. Se limitó a mover la cabeza de arriba abajo y seguido dirigirse a donde se encontraba mi hermana, para comenzar a distraerla. Pasé al lado de mi mamá y le dije que estaba por irme, así como le prometí que no regresaríamos tan tarde. Sin embargo, presa de un arrebato, me abrazó con fuerza, como si esa fuese nuestra despedida, correspondí a su gesto y nuevamente le prometí que regresaríamos sanos y salvos.

Entré a la casa y comencé a buscarla, pues el tiempo corría con rapidez, amenazando con volcar nuestros planes. La encontré en la cocina, cerca de la tarja. Me aclaré la garganta, ella giró sobre sus pies y tan pronto me vio, sus labios se extendieron en una sonrisa. Sus ojos, más celestes que nunca, brillaban con emoción. Ladeé mis labios y sopesé las palabras que debía decir.

—Te tengo otra sorpresa, preciosa —anuncié. Camilleladeó el rostro y me miró con suspicacia, añadí—: No obstante, para dártela debemos irnos, *ahora* mismo. —Sus pestañas aletearon debido a la impresión que le causaron mis palabras.

—¿Es en serio? —Afirmé, sin molestarme en ocultar mi entusiasmo—. Nunca dejas de sorprenderme, Brandon —expresó anonadada. Me encogí de hombros y le recordé aquella vez, cuando me confesó que le gustaba esa parte de mí, y que debía atenerse a las consecuencias.

Negó, mientras sonreía. Extendí mi mano y ella la aceptó sin titubear. Salimos de casa y nos subimos a la camioneta de Charles, para luego emprender camino hacia el departamento de mi amigo, para dar inicio a la mejor noche de mi vida.

Serpenteamos entre las calles y avenidas de la ciudad. Y Camille no cesaba de preguntar cuál era esa otra sorpresa, mientras yo me negaba a contarle, ¡era tan curiosa!, y eso me encantaba de ella. Salimos del centro de ciudad, pues la casa de mi amigo quedaba justo en los límites de esta. Y alrededor de veinte minutos después, llegamos a nuestro destino.

—¿Ya llegamos? —afirmé haciendo un sonido nasal. Desactivé los seguros, pero antes de



apagar el motor, giré mi cuerpo.

—Pero debo hacer algo antes —dije, esperando que no fuera demasiado. Asintió, pidiéndome que continuara—. Para mostrarte mi sorpresa, debo vendarte los ojos —expuse, mostrándonosle un retazo de tela.

—Está bien, yo confío en ti.

Bajamos del vehículo y, tan pronto estuve a su lado, deslicé la venda por su rostro y tapé sus hermosos ojos. Me situé detrás y la conduje con cuidado hasta el interior del edificio, pasando por el elevador hasta que llegamos al piso del departamento de Charles. Abrí la puerta y toqué el interruptor de la luz y cuando la estancia se vio iluminada, el aire se escapó de mis pulmones, el asombro y el agradecimiento se abrió paso en mi pecho.

Charles había hecho un trabajo maravilloso.

Frente a mis ojos había un camino de pétalos de rosa que guiaba a una mesa que yacía al fondo de la habitación y a un costado de la ventana; la misma contaba con un bonito mantel, con velas y en el centro un florero con unas cuantas rosas. Avancé con Camille, sintiendo como la adrenalina se inyectaba a mi torrente sanguíneo, acelerando a mi organismo, elevando mis latidos a niveles exuberantes. Cuando estuvimos adentro, cerré la puerta y, poco a poco, fui deshaciendo el nudo en la venda.

—¿Lista? —pregunté, con mi voz ronca debido a las emociones. Ella afirmó y a continuación destapé sus ojos por completo.

El silencio se hizo presente, las manos de mi novia estaban sobre su boca, cubriéndola. Anduvo a paso trémulo sobre el caminito y justo al pie de la mesa, se detuvo. Rozó con las puntas de sus dedos la superficie plana, los pétalos desperdigados sobre la misma, así como el florero con unas cuantas rosas rojas.

Sonreí completamente, más que satisfecho con el resultado. No por nada mi amigo era un romántico empedernido. Pero cuando comenzaba a impacientarme, sin saber si había sido demasiado, ella giró sobre sus pies y lo que vi..., fue mejor que cientos de palabras: ojos anegados, mejillas húmedas. Pero entre todas las emociones que surcaban su rostro, hubo *uno* que le ganó a todos, que era más fuerte, *más* intenso y arrollador.

Y era amor.

Camille corrió el par de metros que nos separaban, colgó sus brazos alrededor de mis hombros, de inmediato me incliné y envolví su cintura. Escondió su rostro en la curvatura de mi cuello, y el llanto reverberó en ese, casi extinto, espacio.

—Muchas gracias, Brandon —murmuró con su voz rebasada por las emociones—. Esto es maravilloso, es..., es hermoso. No debiste. —Cerré los ojos y disfruté de ese momento, de la calidez de su arrebato y de lo gratificante que se sentía verla así de feliz.

—Eres mi todo, Ángel. Haría esto y más por ti, eso no lo dudas jamás —respondí.

Hice que nos separáramos un poco y le pedí que me esperara en la mesa. Y me fui a la cocina y busqué un encendedor eléctrico, con el cual encendí las velas que, oportunamente, había dejado Charles por ciertas partes de la sala de estar, mientras calentaba la comida en el microondas.

Pronto serví la comida en la mesa, todo bajo una suave melodía que salía de los parlantes del equipo de sonido. Me situé frente a ella y tomé una de sus manos, al tiempo que sonreía al verla con una felicidad exuberante.

—Feliz cumpleaños, preciosa.

—Te lo agradezco, de verdad. Todo lo que has hecho este día —dijo con su voz a un hilo de romperse. Guiñé un ojo.

—Eres parte de mí, Camille. Y todo esto es solo para demostrarte cuánto te amo. —Sus ojos brillaron, como minutos atrás, no obstante, no la empujaría a que me dijera que también me amaba. Lo había visto en sus ojos y eso me bastaba, por el momento—. Ahora comamos, que la cena se enfría.

La comida estuvo acompañada de una conversación ligera, de risas fáciles y de miles de sentimientos bidireccionales, que eran recibidos por nuestros subconscientes. Todo bajo el desbocado latir de nuestros corazones.

—Adivino, Charles te ayudó, ¿verdad? —preguntó divertida y curiosa. Di un leve asentimiento, no podía quitarle los créditos a mi amigo.

—Sí, aunque la comida, eh..., no estoy seguro si el cocinó, pero estaba buena, ¿no? —Sonrió, de acuerdo conmigo—. Bien, llegó la hora del postre —anuncié, poniéndome de pie y recogiendo los platos.

—¿Hay más? —chilló sorprendida.

—Hay más —afirmé. Entré a la cocina y revisé el refrigerador, buscando el postre que mi amigo prometió conseguir, y por supuesto que lo había hecho—. ¿Te recuerdas que una vez me comentaste sobre tu postre favorito de *El Salvador*? —cuestioné, cortando dos porciones.

—Sí, ¿pero cómo es que recuerdas todo lo que te digo? —inquirió azorada. Salí de la cocina y deposité el postre frente a ella, me senté y me encogí de hombros.

—Cuando le interesas a alguien, por ende, le interesará todo lo concerniente a ti. Y tú no solo me interesas, Camille, yo te amo —dije, tomando una de sus manos por sobre la mesa, ella me regaló una sonrisa y el sonrojo más hermoso. Me aclaré la garganta y añadí—: Bueno, no sé si este pastel de *tres leches* sea igual que al que hacen en *El Salvador*, así que pruébalo y me dices —pedí, disfrutando de ver sus ojos y boca abiertos.

—¡Santo cielo!, se ve igualito a como lo recordaba —dijo emocionada.

—¡Vamos, pruébalo! —alenté, sin embargo, sus manos temblaban tanto que le era imposible cortar un bocado, decidí hacerlo yo, seguido llevé el cubierto hasta su boca. Y tan pronto lo probó, cerró los ojos.

—¡Está delicioso!, ¡tienes que probarlo! —exclamó, haciendo exactamente lo mismo que había hecho yo. Y sí, ¡era una delicia!

Más tarde, levantamos todo y le pregunté si *quería* regresar ya o si veíamos una película antes. No obstante, era relativamente temprano, así que optamos por ver una película en internet. Nos acomodamos en el sofá y dimos inicio a una comedia, la cual nos atrapó de inmediato, pero cuando la misma estaba a punto de terminar, Camille se enderezó en su lugar y giró a verme.

—¿Ocurre algo? —pregunté curioso y divertido en partes iguales, ya que, mi novia me miraba con intensidad, estudiándome. Elevé una de mis cejas, esperando a que ella se animara a hablar. Abrió su boca, pero la cerró de golpe, sonrojándose en el proceso.

—Yo..., yo quería agradecerte por todo lo que has hecho, por esta cena, por *todo* Brandon —murmuró segundos después, mirándome por debajo de sus risadas pestañas.

—Ya te dije que lo hice... —Sacudió la cabeza en una negativa, callándome de tajo.

—Estamos juntos, pero eso no te obliga a que lo hagas —expuso, sonriendo de lado. Entorné los ojos, sin entender *qué* quería decirme. Añadió—: Pero lo haces, sigues dándome más de lo que merezco y no sabes cuánto te lo agradezco. —Pestañeé un par de veces y deseé refutarle, decirle que ella se merecía esto y más, y que si pudiera le bajaría la luna y las estrellas. Pero decidí callar, temiendo llevarnos a un punto oscuro para ambos. Camille sonrió ante mi falta de respuestas, acunó mi una de mis mejillas, mirándome con adoración, abrió nuevamente su boca,

acercándose otro poco, mirando, por una fracción de segundo, a mis labios, para luego regresar a mis ojos—. Eres lo mejor que me ha pasado y yo... —Cerró los ojos por un par de segundo, su respiración comenzaba a volverse errática, sin mencionar que todo mi cuerpo había entrado en un letargo.

Pegué mi frente a la de ella; deseando que lo dijera, que confesara que estaba igual de enamorada que yo, pero no quería que se presionara y mucho menos lo haría yo. Entonces seguro de la lucha que se liberaba en su interior, y con mis ojos bien cerrados, abrí mi boca y dejé que las palabras salieran.

—Sólo bésame, Ángel —supliqué. Porque, en ese momento, solo eso me bastaba.

La sentí acomodarse y, poco a poco, su aliento dulzón fue adentrándose en mi sistema, convirtiéndose como un aliciente que fue renovando mis fuerzas, uniendo piezas, eliminando dudas y miedos. Y cuando la ansiedad estaba por estallar en mi pecho, Camille unió nuestras bocas.

Y, como siempre sucedía, todo explotó.

Sus mullidos labios comenzaron a trazar caricias lentas y pausadas, su pecho se unió al mío, al tiempo que sus manos se colaron a mis hombros y las mías a su cadera. Poco a poco, su boca se fue abriendo y su lengua comenzó a hacerse camino hasta encontrar la mía, provocando que un gemido, ronco y profundo, reverberara en mi pecho y quedara perdido en su boca. Toda mi sangre comenzó a correr, mis latidos zumbaban detrás de mis orejas, así como mi respiración se fue acompañando al mismo nivel que la de Camille: superficial e insuficiente.

Un chorro de lava fue inyectado en mi torrente, provocando fuego, llamaradas de un fuego que comenzaba a consumirnos lentamente, que elevaba la temperatura hasta el cielo. Todo, mientras nuestras bocas se movían en sincronía, saqueando todo lo que podían, tratando de llevar el control de ese beso, que comenzaba a trazar una delgada línea entre la cordura y la perdición.

«*Detente Brandon, esto no está bien*», murmuró mi consciencia, no obstante, me encontraba endeble, demasiado necesitado de las caricias que Camille impartía, con ferocidad e intensidad en mi boca, que todo lo demás había pasado a un tercer plano.

Mi novia; la mujer que era la dueña de mi alma y quien —*si quería*—, podía hacer de mí lo que quisiera, deslizó sus manos por mi pecho, tocando con timidez y, a la vez, con valentía, los músculos que saltaban por debajo de la tela de mi camisa, los cuales estaban tensos y extasiados con el calor de su tacto. Y en un acto de osadía por mi parte; así como obviando a las exigencias y alertas que mi cabeza trataba de darme y solo complaciendo a esa necesidad de cercanía que mi cuerpo entero pedía a gritos, comencé de a poco a arrinconarla en el sofá, mientras me ubicaba encima de ella. Todo sin dejar de besarnos, sin intenciones de salir de esa bruma ardiente que nos estaba derritiendo como chocolate a maldito fuego lento.

Me sostuve con la ayuda de mis brazos, sin atreverme a romper toda la distancia que aún quedaba, esperando —*y a la vez no*—, que ella diera fin a todo. Empero, Camille enroscó sus brazos alrededor de mi cuello y me haló, con tanta fuerza y urgencia, que caí sobre ella. Cerniendo nuestros cuerpos; los cuales rogaban por más, sintiendo como la temperatura subía otro poco, bombeando la sangre, hasta que esta comenzó a aglomerarse en ciertas partes de mi cuerpo. Pero yo quería más, quería absolutamente todo de ella.

Entonces preso de esa necesidad apremiante, mis dientes tomaron su labio inferior y le dieron un tirón, para luego pasar mi lengua por la zona, haciendo lo mismo con el otro. Una de mis manos cobró vida y se paseó por las curvas de su cuerpo; deslizándose desde su cadera hasta sus piernas, ascendiendo hasta quedarse quieta sobre sus costillas, justo por debajo de sus pechos,

sintiendo como sus pulmones subían y bajaban tratando, fallidamente, de respirar.

«Ya fue suficiente, Brandon. ¿Qué no entiendes que ella no está lista? O al menos pregúntale, ¡hombre!»

Un gruñido mitad gemido, reverberó en mi pecho, el mismo lleno de frustración, de histeria y de unas inmensas ganas de mandar al carajo a mi consciencia y en su lugar sentir. Y cuando fui plenamente consciente de cómo nos encontrábamos: yo prácticamente sobre ella, con todo mi control a un hilo de romperse, sus manos acariciando la piel de mis clavículas y omoplatos, su calor irradiando mi cuerpo y abochornándolo; cuando fui consciente que, si no me detenía, iba a dejar toda esa situación en manos del deseo, de uno inconsciente e irresponsable.

Con esfuerzo me detuve, porque yo no quería hacerle el amor sin su consentimiento, porque lo que *más* deseaba era, que ella, en todas sus facultades mentales y completamente segura, diera ese paso y me diera un acceso consensuado.

Succioné por última vez sus labios e imprimiendo todas mis fuerzas, separé nuestras bocas. Abrí mis ojos, sintiendo mis párpados como dos losas pesadas, percibiendo el latir desbocado de mi corazón, la hipersensibilidad en todo mi cuerpo, pero sobre todo lo demás, sintiendo el deseo fuerte y despótico.

Los ojos de Camille estaban completamente cerrados, sus mejillas ruborizadas y su boca —*hinchada y roja*—, robaba todo el oxígeno que podía. ¡Santo cielo! Mirarla de esa forma tan humana, era simplemente maravilloso, afrodisíaco.

—Camille..., yo... —balbuceé, y cuando sus ojos, más verdes que nunca, se develaron, todo vestigio de palabras se esfumaron de mi mente, se estancaron en mi garganta. ¡Mierda! La deseaba, de tal forma que era desquiciante. Y es que, sus ojos transmitían mensajes, los cuales no sabía si les estaba dando la interpretación correcta.

Abrí nuevamente mi boca, con dos propósitos: respirar y hablar. Para decirle de una maldita vez que, si no me detenía, iba a explotar. Me elevé con la ayuda de mis codos y brazos, ya que sentir sus protuberancias pegadas a mi torso, estaba enloqueciéndome. Y antes de que me incorporara, plenamente consciente —y *avergonzado*—, que mi entrepierna saltaba a la vista, Camille posó una de sus manos sobre mi camisa, haciéndola puños, para luego enroscar su otro brazo en mi cuello, impidiéndome que me alejara. La observé, entre temeroso y curioso.

Y, en contra de todo pronóstico; mi novia se incorporó con sus codos, quedando a escasos centímetros de mi rostro y tanto su respiración como la mía comenzaron a acompasarse, a derramarse sobre nuestros labios —*sensibles e hinchados*.

Me miró por debajo de sus pestañas, provocando que mi corazón latiera furioso y que la pesadez de mis sentimientos por ella incrementara, a tal punto que no cabía en mi pecho. Poco a poco, y cadenciosamente, fue rompiendo la escasa distancia que había. Un suspiro de anhelo se atascó en mi garganta, mi cuerpo cesó de trabajar, mi pulso rompió a una marcha inhumana y todo estalló cuando sentí los suaves y mullidos labios de Camille en la comisura de mi boca.

—Brandon, yo..., te necesito —susurró, con voz ronca por las emociones. Pestañee un par de veces, ¿había escuchado bien? Abrí la boca, pero la cerré nuevamente, sin saber qué decir.

—Camille, yo no hice todo esto con otras intenciones —dije, esperando que ella no estuviese dando ese paso por presión. Sus labios rompieron en una sonrisa, se recostó y ahuecó una de mis mejillas.

—Lo sé, *amor* —murmuró, mis labios de inmediato rompieron en una sonrisa nerviosa, porque, ¡por todos los cielos! Me había llamado amor—. Pero yo quiero..., *deseo* hacerlo, contigo. —Y en ese preciso instante, todo mi autocontrol se esfumó en el aire.

Me incliné hasta unir nuestras bocas, dándole el tiempo necesario para que pensara mejor las cosas, para que nos detuviera. Sin embargo, lo único que conseguí fue que ese beso se tornara ávido y urgente. Jadeos y gemidos atrapados en nuestras bocas, trazando caricias y recorridos que iban dejando una estela de fuego, el mismo que consumió todo a su paso. Y en algún punto de toda aquella bruma, mi camisa desapareció, al igual que su ropa. Sus manos trémulas y tímidas, exploraron la piel de mi torso y omoplatos, sus labios en cambio, eran atrevidos y demandantes. Cuando mi pantalón me estorbó con demasía, recordé un pequeño pero significativo detalle.

—Camille, no traigo un preservativo —anuncié, sintiendo como todo el calor se diluía de mi cuerpo. «¡Lo que faltaba, Brandon!», canturreó con socarronería mi consciencia.

—¿Charles no tendrá uno? —Sopesé las probabilidades que lo tuviera, de todas formas no perdía nada con ir a buscar. Deposité un último beso, más húmedo de lo usual y me dirigí al baño. Y no sabía si reír o maldecir a Charles, el desgraciado estaba en todo.

Sobre el lavabo había una nota pegada a un sobre plateando, sí, mi amigo pensó en todo, hasta en la menor probabilidad.

«*Por si acaso tu noche se vuelve interesante, te dejo esto. Charles*».

Salí y busqué mi móvil, le envié un mensaje a mi amigo para avisarle que no llegaría a dormir. Luego, buqué a mi novia y estaba de pie cerca de un estante, con mi camisa a medio poner, mientras sostenía un retrato donde aparecíamos Charles y yo. Pero cuando notó mi presencia y lo que traía en manos, sus ojos se llenaron de expectación, antelación y el peso de lo que estaba a punto de pasar se asentó en su mirada segura y determinada.

—Eras muy adorable de pequeño —comentó con voz inestable y pastosa.

Pasé saliva con dificultad, la fotografía era lo que menos me importaba. Y es que Camille estaba a media estancia, semidesnuda y dispuesta para mí, era algo que, ni en mi más loco sueño, pensé que sucedería. Instintivamente, barrí toda la extensión de su cuerpo, deseando con apremio llegar hasta a aquel punto sin retorno, en donde las galaxias colisionan y estallan, detonándose en resuellos que revelaban lo acontecido.

Mi corazón dio un vuelco furioso, instándome a que me acercara, a que tomara el control de la situación y guiara a Camille, porque por mucho que quisiese verse resuelta y segura, sabía que dar ese paso iba a ser muy difícil para ella. Porque incluía enfrentar sus más oscuros miedos, derrotar a los demonios más grandes.

—¿Estás segura de esto? —inquirí, porque aunque yo deseaba más que nada compartir no solo mi cuerpo con ella, su bienestar estaba primero. Afirmó con la cabeza.

—Solo..., ayúdame —pidió, acercándose. Y exponiendo el anhelo y el miedo que sentía—. Quiero vivir todo lo que me haces sentir, porque sé que solo de tu mano todo mi pasado dejará de importar y que podré al fin comenzar a sanar —expuso, con voz suave.

Ante su pedido y ante el significado que tenía para ella todo lo que estaba a punto de pasar; entendí que ya no había marcha atrás, y que esa noche ella me entregaría todo de sí, tanto sus miedos como sus anhelos, así como estaba dispuesto a darle todo de mí.

—Prometo hacer de esta noche, la mejor de nuestras vidas —afirmé, tomé sus manos y las llevé a mis labios, Camille sonrió y aceptó.

—Lo sé y es por eso que..., te amo, Brandon —dijo.

Y fue, en ese momento, cuando nuestras almas por fin salieron de sus escondites y se fundieron a fuego lento, en un acto de amor y de *entrega total*.

## CAPÍTULO 27 Peligro

Abrí los ojos y removí mi nariz, sentía que *algo* me hacía cosquillas. Cuando fui consciente de mí mismo y de la presencia de alguien más: de ella. Todo lo que había pasado la noche anterior se proyectó en mi mente como una película. Sonreí a boca cerrada, apelmacé su cabello, el cual era el culpable de haberme despertado, inhalé todo el aire que pude y la acerqué otro poco más a mi dorso desnudo, deseando sentir la tersura y el calor de su piel. Mis párpados cayeron como dos losas, estaba a punto de caer de nuevo en la inconsciencia, cuando Camille comenzó a murmurar cosas ininteligibles, a removerse y acercarse más a cierta zona que..., comenzaba a despertar.

¡Diablos!

«*Relájate, Brandon. Ella está dormida y tú..., tú vuelve a dormir también*», exigió la vocecilla en mi cabeza, no obstante, todo mi cuerpo ya estaba *muy* despierto. Y sabedor de qué podía ayudarme a mantener todo bajo control, me levanté con cuidado y me metí al baño. Una ducha con agua fría era indispensable en ese momento.

Varios minutos después, salí con una idea en mente; me vestiría con cuidado de no hacer ruido y prepararía el desayuno para nosotros. Pero, con lo que no conté fue que, mi novia, estaría despierta y apenas cubierta por la sabana. Su cabello estaba revuelto, un desastre total, sus labios rojos e hinchados, así como varias otras zonas de su cuerpo, revelaban por medio de marcas lo que la noche anterior había pasado. ¡Mierda! En ese momento se me hizo agua la boca y el deseo regresó con fuerza, nublando mi razón de inmediato.

Llevé una de mis manos al dobladillo que sostenía la toalla que cubría mi cintura y me vi tentado en regresar al baño... ¡ni una mierda!, me vi tremendamente tentado en dejar caer la toalla y provocar a Camille. Aclaré mi garganta, de inmediato su par de ojos, de un color impresionante, se fijaron en mí, así como sus labios tiraron de una hermosa sonrisa, la cual correspondí de inmediato. Me acerqué hasta donde se encontraba, me incliné lo suficiente y rocé sus labios.

—Buenos días, Ángel —saludé, irguiéndome.

—Buenos días, ¿dormiste bien? —cuestionó con voz ronca, para después humedecer sus labios con la punta de la lengua.

—Muy bien, ¿y tú? —Movió su cabeza de arriba a abajo.

—Muy bien, dormí mucho mejor que en años —confesó, con las mejillas sonrojadas. Sonreí bobaliconamente.

—Me alegra saber eso, ¿tienes hambre? Porque justo iré a preparar algo, claro, luego de ponerme algo de ropa —dije, tratando de ser divertido, en respuesta el rostro de Camille se enrojó aun más.

—Yo..., yo creo también iré a tomar un baño —respondió atropelladamente. Mis labios se extendieron en una sonrisa completa.

—¿Te gustaría que nos bañemos juntos? —pregunté, jugando con el dobladillo de mi toalla, tan pronto escuchó mi propuesta, sus ojos se abrieron escandalizados y negó con la cabeza.

—No..., digo y-yo... —Solté una risita.

—Ve a bañarte, solo bromeaba —repuse, en parte verdad y otra mentira.

Desayunamos en completa calma, charlando animadamente y mirándonos de vez en cuando en silencio, diciéndonos muchas más cosas con solo ese gesto. Y en lo que restó de la comida, de mi mente no se alejaron *ciertos* pensamientos, los cuales, más de una vez, me ponían en serios apuros. Camille, frente a mi silencio, decidió iniciar una conversación en un punto seguro para ambos, cuestionándome sobre qué trataría mi carrera, a qué me podía dedicar, entre otras cosas.

—Yo siempre he sido mala para los números, ¿te lo había dicho, verdad? —Asentí con la cabeza, sin dejar de ver una marca que yacía cerca de su clavícula, de la cual yo era el culpable. Soltó un bufido y le dio un sorbo a su café—. Tendré que estudiar de sobra cuando entré al instituto —expuso, entre preocupada y divertida. Aclaré mi garganta y acaricié mi labio inferior, gesto que atrajo por completo su atención.

—Siempre puedo ayudarte a estudiar. —Me encogí de hombros, mostrándome relajado, en cambio ella me miró tanto minuciosa—. Cuando quieras te doy clases privadas, de lo que desees —murmuré y guiñé un ojo. Camille negó, la estaba poniéndola nerviosa.

—No creas que no sé leer entre frases, Brandon —acusó, mirándome por debajo de sus pestañas, con sus mejillas ruborizadas. Entorné los ojos, fingiendo demencia—. Y no te hagas el desentendido.

—Espera, ¿qué es lo que te he querido decir, según tú? —cuestioné cándido, ya que por dentro estaba más que feliz con el rumbo de esa conversación.

—No caeré, Brandon —refutó, ¡Dios!, deseé lo contrario. Abrí mi boca para contradecirle, sin embargo, se miraba tan avergonzada que me decanté por cambiar tema.

Más tarde, mientras terminábamos de limpiar y acomodar el departamento de Charles, nuevamente todo se nos salió de las manos, cuestión que, en cualquier momento, iba suceder.

Mi nariz se encontraba escondida entre la curvatura de su cuello y una cortina de cabello. Mis manos se paseaban por toda la extensión de sus piernas, y Camille —quien estaba sobre la encimera—, abrió un espacio entre sus piernas, concediéndome la cercanía que necesitaba para acceder a su cuerpo. Mis labios comenzaron a dejar un camino de besos húmedos; que iban desde sus clavículas hasta el punto donde su cabeza y cuello se unían, provocándole escalofríos y estremecimientos de placer. Y me sentía jodidamente poderoso, especial, porque era el único a quien Camille le había permitido entrar, era el *único* que había logrado hacerse un espacio en su corazón.

Mi novia, entre jadeos y murmuraciones ininteligibles, se aferró a la piel de mi espalda, cerrando cualquier atisbo de espacio. Pronto, mis labios subieron hasta perderse en su boca, en un beso arrebatador, intenso y que saqueaba todo lo que teníamos dentro. Mis dedos jugaron con el dobladillo de su blusa, subiéndola tan solo un poco para introducir mis manos y tocar la piel de su cadera, estómago y espalda, pasando ambos brazos a su alrededor, aferrándola como una tabla de salvación, sin embargo, cuando todo estaba a punto de cruzar esa delgada línea y llevarnos hasta un punto sin retorno, mi móvil comenzó a sonar.

Un gruñido mitad gemido, reverberó en mi pecho y quedó perdido en su boca, la misma se sentía como el mejor de los majares. «*Brandon, debes contestar, ¿qué si es importante? No seas inconsciente, ¡responde, maldita sea!*» Mi móvil dejó de sonar, otorgándome unos cuantos segundos para poder disfrutar. Pero cuando sonó por segunda vez, todo el calor que quedaba en mi cuerpo, mermó.

Me separé a regañadientes, traté de nivelar mi respiración y de acomodar cada uno de mis pensamientos, los cuales no me ayudaban mucho a mantener el control sobre mí mismo, pues el aroma de Camille me entorpecía sobremanera.

—Aló, ¿sucede algo? —pregunté con vos ronca, era Charles quien había llamado. Froté mi rostro con frustración.

—¿Qué tal la pasaron los tórtolos?, ¿ya hicieron *tortolitos*? —dijo burlón. Sonreí sin poder evitarlo. Me alejé del cuerpo de Camille, pues aún no lograba pensar con claridad.

—Qué te importa —espeté, sin ocultar la diversión en mi voz. Lo escuché reír al otro lado.

—¡Lo sabía! —exclamó, rodé los ojos—. Bueno, antes que comiences a contarme los detalles, los cuales no me importan, te llamaba para pedirte si puedes apresurarte, Kenny me llamó, al parecer me ha conseguido una pasantía en la constructora de su papá y debo de ir a verla. —Asentí, ¡ni hablar!, lo de Camille y yo tendría que esperar.

Quedamos de vernos en cuarenta minutos; le conté a mi novia lo que había pasado y, sin aspavientos, accedió a que nos fuéramos. Le di un último beso antes de prender el motor y nos internamos en la carretera.

Sin embargo, no llevábamos ni quince minutos, cuando a los lejos se divisaron un par de camionetas negras, las cuales me parecieron familiares. Mi pecho fue estrujado en ese momento, provocándome una sensación de alerta, de *peligro* y amenaza. Y la sensación de que algo no estaba bien, se arraigó a mis huesos. Mis ojos iban de la carretera y a los retrovisores, para luego —ante la inminente situación—, aferrar con mayor fuerza el volante. La adrenalina y el miedo se inyectaron en mi torrente sanguíneo y entonces todo se salió de control.

Camille notó toda la tensión que irradiaba mi cuerpo; sus ojos me estudiaron con atención y fue cuando algo se activó en su mirada: ella sabía que algo grave estaba pasando. Sin embargo, para corroborar sus sospechas, miró a nuestras espaldas y de inmediato su rostro se tornó blanco como el papel, sus ojos se abrieron y el terror se diluyó en su rostro.

—¡Es él, Brandon! —gritó con desesperación. Moví mi cabeza de arriba abajo, porque ya lo sabía, *muy* dentro de mí sabía que ese momento algún día llegaría.

De inmediato, una sensación de vacío y hundimiento se asentó en mis huesos, pude sentir con claridad cómo, poco a poco, una brecha se fue forjando entre Camille y yo. Y pude *sentir* como la felicidad que minutos atrás había disfrutado, se me escurría de entre los dedos.

—Aférrate bien —exigí, mientras giraba en una curva y aceleraba otro poco más—. ¡No voy a dejar te lleven, Camille! —prometí, con la desesperación tiñendo mis voz, delatando la inseguridad y miedo que sentía. Porque lo intentaría, haría todo lo posible para evitar que la arrebataran de mi lado.

Con manos trémulas le tendí mi teléfono y ella llamó al número de un agente —que había sido asignado a cuidar de Camille, el mismo que fue retirado por “no haber señales de amenaza”—. Le dijimos todo lo que estaba pasando y de nuestras sospechas, de inmediato nos pidió que siguiéramos conduciendo y que ellos ya iban de camino.

Cambié velocidades una vez más y pisé con todas mis fuerzas el acelerador, no obstante, las curvas de la carretera no ayudaban en nada. Poco a poco, la desesperación me embargó y me hizo su presa, todo con solo ver como esas camionetas se iban acercando cada vez más. Asimismo, el hecho desesperante e impotente de que no importaba cuánto intentara alejarme, irremediamente, iba a ser inútil. Pronto una de ellas nos alcanzó y como si todo aquello fuera una película que se proyectaba en cámara lenta, sucedió:

Confirmamos que era él y que venía por nosotros.

Varios minutos después y mientras trataba de mantenernos en la carretera, Camille envuelta entre sollozos y terror..., gritó. Fue cuando vi como uno de los hombres que iban en la camioneta, sacaba un arma por la ventana y seguido le disparó a una de las neumáticos de nuestro vehículo,



haciéndola explotar y quitándome todo el control.

Recuerdo que nos dimos contra un árbol, todo lo demás es como un espejismo en mi cabeza, que no tiene coherencia.

*Humo.*

*Dolor.*

*Gritos.*

*Camille...*

«¡Brandon, busca a Camille!, ¡levántate y busca a Camille!, ¡levántate, maldita sea!, ¡tienen que huir ya!»

Todo a mi alrededor era como un manchón negro; todas las siluetas se dibujaban y desdibujaban, mi cabeza no lograba hacer conexión con ninguna extremidad de mi cuerpo, debido al todo el dolor que escocía. Pero frente a esa nubosidad y ante la semiinconsciencia que amenazaba con atraparme, mis ojos lucharon por encontrarla, mi mente y cuerpo lucharon por recomponerse y encontrar un poco de fuerza para incorporarme.

—¡Camille! —grité, cerré los ojos ante un dolor desgarrador ubicado en mis costillas. Pronto sentí como me sacaban del vehículo y me lanzaban con brusquedad sobre la tierra. Un grito de puro dolor se construyó en mi garganta.

—Te dije que nos veríamos pronto, hijo de perra... —siseó una voz, llena de furia.

Abrí los ojos a como pude, solo para reconocer de quién se trataba —el mismo que días atrás había ido a la floristería—, y seguido me propició una patada en mi estómago, doblándome del dolor. «¿Y Camille?, ¿dónde está Camille, Brandon?!», exigía mi mente.

—¡No!, ¡déjalo, por favor! —gritó Camille con desesperación al ver como me golpeaban de nuevo. La busqué con mis ojos desorbitados, hasta que la encontré. Estaba acorralada por dos enormes sujetos y que estaban armados. Me retorcí del dolor y traté inultamente de levantarme, pero ese tipo me lo impidió, ya que tomándome del cabello me envió de nuevo al suelo, dando mi cara de lleno en la tierra.

A lo lejos, escuché los gritos de Camille y sus súplicas, ¡Dios!, escucharla y saberla en esa situación ha sido lo más doloroso y escalofriante que he vivido jamás. Escupí sangre y me senté, llevé mis ojos hasta esa escoria de persona e imprimí todo el odio y el desprecio que pude.

—Déjala en paz, imbécil —murmuré, comenzando a ser consumido por el dolor físico y otro incluso peor que el que se originaba en mi interior. Una risa sarcástica y llena de furia lo asaltó.

—No sabes con quién te metiste, hijo de puta —masculló y escupió cerca de mi cara.

—Por favor, te lo suplico, Pedro..., déjalo —pidió Camille desbordada en llanto. Cerré los ojos una fracción de segundo y, con todo el dolor a cuestas, me levanté e intenté acercarme hasta donde ella estaba.

—Camille... —No obstante, me detuve al ver como amenazaban con dispararme. Ella negó, suplicándome con sus ojos que me retrajera de hacer cualquier locura, de salvarla. Pero yo también me negaba a darle por vencido.

El sujeto que la tenía asida del brazo, la empujó acercándola hasta la camioneta. ¡No, no!, ¡no podía permitir que se la llevaran! Paso por paso me fui acercando, trastabillando en el proceso, ignorando las burlas de ese bastardo, solo sintiendo la imperiosa necesidad de dar hasta lo último por ella. Cuando estuve a un par de metros; con mis fuerzas al tope, escuché como le quitaban el seguro a un arma, de inmediato Cami comenzó a forcejear, a gritar que me detuviera, a suplicar con desesperación que no me hicieran nada, sin embargo, ni con la atenta amenaza y el peligro que recorría mis venas, me detuve.

Yo necesitaba salvarla.

Y solo sucedió: justo a mis espaldas, una explosión fue detonada, mi cuerpo fue proyectado con algo..., logrando que cayera al suelo y todo comenzara a perder enfoque. Dolor, miedo, culpa, impotencia, todos ese sentimientos se entretejían y se abrían paso en mi pecho como una telaraña sin fin. El mundo me dio vueltas, la semiinconsciencia, poco a poco, comenzó a arrullarme y a envolverme, empero, en el último minuto, un sonido se fue abriendo paso en mi bruma: el sonido de una sirena policiaca.

—Camille... —musité, mirando de forma inconexa y borrosa como era introducida a la camioneta. Sintiendo a mis extremidades laxas.

—¡Brandon! —Fueron las últimas palabras que escuché y todo después, se volvió negro.

## **V Parte**

*Un amor que tus demonios venció y tu alma quebrantada  
curó*

## CAPÍTULO 28 Luchadores

### Charles

Tan pronto le avisaron a Mishelle lo que había sucedido, salimos primero donde Martha para dejar a Lucy ahí —*tratando de que ella no sospechara nada*—, y después directo al hospital. Y me negaba a creerlo, me negaba a no sentir un enorme peso de culpa, porque yo los había hecho salir de mi departamento. ¡Dios! Me negaba rotundamente a aceptar que Brandon, mi amigo de la infancia, *mi hermano*, estuviese en tal situación, que su vida pendía de un hilo en esos momentos.

Llegamos al hospital y pregunté por él; pronto la enfermera nos indicó que acaba de ser introducido al quirófano de la sala de emergencias, corrimos hasta dicha sala y no me importó chocar con enfermeros o visitantes, pues en lo único que podía pensar era en él.

Cuando llegamos a la sala interceptamos a una enfermera que iba saliendo del quirófano; entonces Mishelle, desbordada en llanto y con el corazón destrozado le suplicó que le dijera cómo se encontraba su hijo, que necesitaba verlo y que por favor lo salvaran. Cerré los ojos una fracción de segundo —*sintiendo como el miedo y la culpa estrujaban mi corazón otro poco*—, esperé a que la señora respondiera las preguntas.

—El joven venía con un impacto de bala alojado en la espalda y aún no puedo decirle a ciencia cierta qué va a suceder, pues los doctores aún no saben qué órganos están dañados, les suplico que mantenga la calma y nosotros estaremos informándoles cada que podamos —dijo para luego marcharse rápidamente. Aflojé un poco el cuello de mi camisa, ya que sentía como el aire comenzaba a ser insuficiente.

La mamá de mi mejor amigo se dejó caer sobre una de las sillas y su cuerpo comenzó a temblar debido a los sollozos incontrolables; sus mejillas estaban empapadas y me dolía tanto verla de esta forma, así como me sentía *tan* impotente, sin embargo, debía mostrarme fuerte.

—Saldrá bien de esta, él es fuerte —murmuré tratando de ser optimista aunque por dentro estaba muerto del miedo. Me senté a su lado y pasé uno de mis brazos sobre sus hombros.

Varios minutos después, cuando su llanto disminuyó considerablemente, me levanté con la intención de ir a averiguar sobre Camille, ya que por la impresión de todo, lo habíamos pasado por alto. Y Camille, quien gracias al cielo había sido rescatada a tiempo, estaba en las mismas condiciones que Brandon. Porque al parecer, cuando la policía intentó salvarla, se llevó a cabo una persecución y un tiroteo por parte de esa banda y las autoridades. Afortunadamente —aunque sonara fuera de lugar—, el vehículo donde ella iba volcó. Ella salió gravemente herida, dos de los tres hombres que iban con ella murieron y el otro estaba en peores condiciones que mis amigos, eso era lo único que sabíamos.

Los siguientes minutos se volvieron una tortura para Mishelle y para mí; las horas fueron pasando y del quirófano donde estaba Brandon solo iban y venían enfermeras, las cuales se negaban a darnos información y estaba a punto de colapsar, de desesperarme. ¿Por qué demonios no nos decían nada?

Entonces tratando de conseguir información de cualquier manera, fui al piso donde estaban operando a Camille, pero lo mismo pasó: nadie daba noticias de nada. ¡Con un demonio! Solté un

suspiro cargado de frustración, en ese momento sentía que si pasaba otra hora más y nadie nos decía nada iba a volverme loco, histérico.

Regresé a la sala donde aguardaba Mishelle, esperando que hubiese noticias, no obstante, y para mi sorpresa, ahí estaba Antonio, el abuelo de Brandon. Fruncí el ceño, ya que hablaba por teléfono y se le escuchaba *muy* exaltado.

—Ten todo preparado, me llevaré a mi nieto en el helicóptero..., no, no me importa que no hallan disponibles, ni cuánto cueste conseguir uno, ¡consíguelo cuanto antes!, ¡la vida de él pende de un hilo y no voy a perder más tiempo! —exclamó, luego colgó. Me aclaré la garganta, claramente sorprendido de su actitud y preocupación. Al parecer el viejo estaba dispuesto a mover cielo y tierra por su nieto. ¡Já!

Le dediqué una mirada llena de preguntas a Mishelle, ella se limitó a encogerse de hombros y a limpiar la humedad en sus mejillas.

—¿Han tenido noticias? —cuestioné, ambos negaron.

—¿Averiguaste algo de Camille? —inquirió Mishelle, un tanto esperanzada y aterrada por partes iguales. Chasqueé la lengua.

—Nada, al parecer no pueden dar informes antes de tiempo —respondí. El abuelo de Brandon bufó, estaba muy molesto.

—Cuando salga de cirugía me lo llevaré a otro hospital —expuso, muy seguro. Elevé una de mis cejas, ¿tanto así estaba de desesperado? Y no me malentiendan, yo estaba cagado del miedo, pero Antonio, en cambio, estaba siendo aplastado por el peso de su consciencia. La madre de mi amigo sacudió la cabeza en una negativa—, es lo mejor para tu hijo y para mi nieto —apuntó.

—Esperemos que no sea necesario, Antonio —respondió Mishelle.

Disimulé una sonrisa, ese señor podía tener las mejores intenciones, podía ser millonario y llevar a Brandon al mejor hospital, pero Mishelle era la madre, quien tenía que decidir y estaba seguro que, antes de aceptar semejante locura, ella era capaz de hipotecar su casa y conseguir el dinero por su cuenta. Brandon era igual que ella, aunque Mishelle luchó mucho para que su hijo fuera diferente, había cosas que, simplemente, estaban en la sangre.

Él intentó decir algo, pero en ese momento un doctor salió de la sala de cirugía. Todos nos acercamos hasta este, impacientes por saber cómo estaba Brandon y rogando al cielo que tuviera buenas noticias.

—¡Familiares de Brandon O'Donnell! —llamó, Mishelle se presentó con su mamá, entonces el doctor comenzó a explicar las condiciones en que había llegado mi mejor amigo al hospital, lo cual solo hizo que una brecha gigantesca se formara en mi pecho—. Logramos extraerle la bala, fue muy difícil, ahora solo queda esperar que la inflamación disminuya y que la bala no haya dañado la columna vertebral. —Los tres soltamos el aire que teníamos contenido, eran buenas noticias después de todo. Añadió—: Solo una cosa más, y es que necesitamos donantes de sangre, porque se nos está agotando el tipo de sangre de Brandon y él la necesita.

—Yo soy el abuelo, ¿puedo donar?

—Y yo la madre, ¿qué tenemos que hacer? —El doctor asintió y dio un par de pasos, hasta que llamó a una enfermera.

—Acompañen a la enfermera ella les hará los estudios necesarios para saber si pueden donar. —Mishelle y Antonio se marcharon con la enfermera. Entonces antes que el doctor entrara de nuevo a la sala, me acerqué rápido y le pregunté las posibilidades que mi amigo tenía—, ¿crees en tu amigo? —Afirmé con la cabeza—. Ahí lo tienes. Él está luchando, créeme y confía en él.

Un enorme peso fue removido de mis hombros, tener la certeza que Brandon estaba luchando

por su vida, me reconfortó sobremanera.

—¿Puedo saber cómo está la otra paciente que venía con Brandon? Es la novia de mi amigo — El doctor chasqueó la boca y revisó en su tabla.

—No tengo información de ella, pero..., pediré que me la hagan llegar —dijo y luego regresó a la sala.

Me senté en uno de los sofás que estaban en la sala de espera y le mandé un texto a Kenny; donde le explicaba la razón por la que no iba a poder reunirme con ella por lo de mis pasantías, recibiendo como respuesta que ella llegaba enseguida. Cerré los ojos y recosté mi cabeza en la pared, mientras rogaba hacia mis adentros, pidiéndole al cielo que ayudara a mi mejor amigo y a la mujer que él amaba a salir bien librados. Tiempo después, le marqué a Martha para contarle lo poco que sabíamos y a preguntarle por mi pequeña.

—Está preocupada, Charles. Ella sospecha que no le estoy contando toda la verdad, es una niña lista —comentó, entre asombrada como asustada. Sonreí con tristeza, sabía que tarde o temprano íbamos a tener que contarle todo. Pero por el momento, mientras no salían del quirófano y no teníamos la seguridad que estaban fuera de peligro, lo mejor era que Lucy no supiera nada. No obstante, seguro de cómo se estaba sintiendo tanto Martha como Lucy en esos momentos, decidí que lo mejor era darme una vuelta por la floristería.

—En un par de horas llegaré para hacerles compañía.

—*Muchas gracias, Charles.*

En ese momento, llevé las manos a mi cara cubriéndola, tratando de pensar positivamente y no dejar que el miedo y la negatividad me dominaran, deseando con todas mis fuerzas que ellos se recuperaran pronto y que todo volviera a la normalidad. Solté un suspiro quebrado, pues no lograba conseguirlo por completo, muchos pensamientos fatalistas invadían mi cabeza, como que: Brandon o Camille no resistieran, que alguno de ellos enfrentaran consecuencias catastróficas en sus cuerpos que los marcaran de por vida.

«Ellos están luchando, ellos estarán bien», me repetía una y otra vez, luchando por despejar mi mente.

Entonces me sumergí en mis recuerdos, en todas las travesuras que hicimos de pequeños, así como trataba de recordar a mi mejor amigo sano y fuerte, con esa vitalidad y enorme corazón que lo caracterizaba. Poco a poco, todos esos recuerdos me fueron ayudando a que la presión en mi pecho fuera disminuyendo. Recordar cómo habíamos pasado todo el proceso de cambio de dientes juntos, el instituto y ni hablar de todas mis rupturas amorosas, y en como él siempre estuvo para mí.

Asimismo, ante la infinidad de posibilidades que se contemplaban, mi mente —el lado fatalista —, comenzó a regresar a aquel agujero negro, lleno de desesperanza y miedo, porque en ese momento fui consciente de que un mundo sin él, nunca sería lo mismo. Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas, me aterraba perderlo.

—¡Charles! —La voz de Kenny me hizo elevar la cabeza, rápidamente limpié la humedad en mis mejillas y observé como se venía acercando, no obstante, no veía sola—, ¿cómo está Brandon? —preguntó, sus ojos estaban rojos. Solté un suspiro cansino y tan pronto estuvieron a un par de metros pude reconocer quién la acompañaba.

—Al parecer todo va bien —dije, inhalando con fuerza y sacudiendo la cabeza de ciertos recuerdos.

Kenny afirmó y me observó con intensidad, develando que sentía la misma aprensión que yo. Pero de a poco la tranquilidad fue llenándola. Se sentó a mi lado y tomó una de mis manos en

señal de apoyo, sin embargo, «¡no seas un maleducado, Charles!», me reñí e hice un movimiento con mi cabeza, señalándole a su acompañante.

—¡Ah sí!, Charles, ella es mi prima Harmonie, pero creo que ya la conocías —dijo para mi sorpresa. Me abstuve de responder, porque sí la conocía pero jamás habría creído que eran familia. La aludida me sonrió a boca cerrada y se acercó.

Harmonie..., una chica de cabello rojizo largo, de piel cremosa y blanca, con pecas en sus mejillas, mismas que le daban un toque de ternura y juventud, sus ojos tan bonitos como recordaba y ni hablar de su sonrisa, esa que siempre me había cautivado.

Porque sí, hace muchos años, antes de haber sido novio de Paola, y cuando estaba haciendo los trámites para entrar a la universidad —Harmonie era de segundo año—, yo había sido parte de su club de admiradores. Patético, lo sé. ¿Pero qué les digo?, siempre he sido muy enamorado.

—Charles Fitz —dije, levantándome y ofreciendo mi mano. Iba enfundada en un vestido floreado, un poco corto y que dejaba expuestas un par de piernas blancas y torneadas. «*Qué bonitas piernas*», pensé y recordé todas aquellas veces que la admiré.

—Harmonie Beaumont, es un gusto —respondió, enlazando nuestras manos. Asentí y sonreí a boca cerrada.

—Igualmente. —Regresé a mi asiento y la realidad opacó cualquier vestigio antiguo de alguna atracción.

—Ken, si necesitas algo solo llámame, ¿sí? —Mi amiga sonrió a boca cerrada y movió su cabeza de arriba a abajo.

—Está bien y muchas gracias, Monie.

—Nos vemos..., adiós Charles —dijo, despidiéndose con la mano. Moví mi cabeza correspondiendo a su gesto.

De reojo la vi alejarse y esbocé una imperceptible sonrisa, percibiendo lo irónico de lo reciente. Ya que hace muchos años habría matado porque alguien me la presentara, pero el tiempo pasó, mi crush por ella desapareció y casi por “arte de magia o como maldición” apareció Paola.

Y a pesar de que, en ese momento, nadie lo intuyó, Harmonie y yo nos conocimos en el peor momento, sin embargo, también en el más *adecuado*. Porque algo me decía que no sería la última vez que la vería.

Cuando nos quedamos solos en la sala de espera, aproveché ese tiempo para informarle todo lo que había pasado. Y aunque en un principio no me creía, pues todo parecía sacado de una película de acción, al final lo hizo. Tiempo después Mishelle y Antonio aparecieron.

Cuando la tarde cayó, mi amigo salió de cirugía y fue trasladado a una habitación. No obstante, nos tocó que esperar un par de horas hasta que nos permitieran pasar a verlo. Y cuando una enfermera nos dijo que podían verlo solo dos personas, creí que Antonio, “como su abuelo”, proclamaría su derecho, pero no lo hizo y me dijo que fuera yo, que él podría esperar. Acepté sin dudar.

Michelle entró primero y mientras ella estaba con Brandon, yo fui llevado a una habitación en donde me enfundaron en una bata, guantes, gorro y máscara esterilizadas. Medidas tomadas para evitar cualquier tipo de infección o complicaciones en los pacientes. Cuando llegó mi turno de entrar, deglutí saliva; tratando de aligerar el nudo que se había instalado en mi garganta, pero no me ayudó el hecho de ver como la mamá de mi amigo salió de la habitación desbordada en llanto, devastada. Tomé una respiración profunda, instándome fuerza y entré.

La habitación estaba casi en penumbras, a excepción de la luz que reflejaban las maquinas y

que ayudaban a divisar la ubicación de mi amigo. Me acerqué hasta la cama, con mi mirada puesta en el suelo, sintiéndome débil, sin ánimos de enfrentar su apariencia..., pero con todas las fuerzas y valentía que pude imprimir, elevé la cabeza y lo vi...

De inmediato, sentí como si alguien me hubiese dado un puñetazo en el estómago, dejándome sin aire y con un enorme dolor en el pecho.

Cerré los ojos e hice mis manos en puños; la impotencia y la ira se abrieron paso en mi pecho, me acerqué a una de las paredes y di un par de golpes, tratando de mermar de esa forma toda la frustración que sentía. Me aproximé de nuevo y, sin poder evitarlo, las lágrimas comenzaron a quemar detrás de mis ojos.

Estaba recostado de lado, supuse que cuidando la reciente operación de su espalda. Su rostro estaba: cortado, tenía cardenales en su boca y otro más grande en su ojo derecho, más heridas se situaban en la piel expuesta de sus brazos y no quería ni imaginar cómo estaba el resto de su cuerpo. Sacudí la cabeza en una negativa y un sollozo rotó brotó de mi garganta, decidí acercarme, tomé una silla y la situé a su lado.

Lo miré otro poco más, sin saber qué hacer o decir, sin saber si él me escucharía, no obstante, ese lúgubre silencio —que solo era interrumpido por los sonidos de las maquinas que denotan los signos vitales—, me estaba desquiciando. Solté un suspiro, aligerando el nudo en mi garganta.

—Decrépito..., debes de recuperarte. Debes de pelear, eres fuerte, lo sé... —murmuré con voz quebrada, inhalé aire—..., no dejes que esos hijos de puta se salgan con la suya, demuéstales de qué está hecho un O'Donnell, ¿me escuchas? Por favor despierta pronto, que extraño ver tu sonrisa de mierda. —Reí sin muchos ánimos—. Tú..., solo recuerda que aún debes de intentar vencerme en los videos juegos, prometo que para la próxima vez te dejaré hacerlo. —Me levanté, tratando de respirar, estiré el cuello de mi camiseta y froté mi rostro con frustración. Y con las lágrimas saliendo a torrentes, agregué—: Y para eso debes de despertar y recuperarte... —exigí—..., porque sin ti Brandon, este dúo desquiciado *no existe*.

Cuando el tiempo permitido pasó, salí y conversé un rato con Kenny, quien después tuvo que irse pues mi *ex crush*, perdón, su prima ya la estaba esperando. Empero, antes de irse me prometió que estaría al pendiente de cualquier avance en la salud de Brandon y Camille. Cuando ella se fue, me dirigí al baño y lavé mi rostro, tratando de mejorar mi aspecto deplorable y triste, ya que más tarde iría a ver a Lucy y ella no podía verme en ese estado. Regresé donde estaban todos y ya tenían noticias de Camille.

—Suturamos las heridas que traía y paramos una hemorragia interna —comentó la doctora que la atendió. Pero como si no fuera lo suficientemente mala toda esa situación, añadió—: Pero como también presentaba síntomas de un *traumatismo craneoencefálico*, debido a los golpes bruscos que sufrió en el accidente, la tuvimos que inducir al coma, para ayudar a que disminuya la *presión intracraneal*. Ahora solo queda esperar ver cómo responde en las próximas horas.

—¿Podemos pasar a verla? —cuestionó Mishelle.

—Lamentablemente no. Ella estará en la sala de cuidados intensivos por las próximas horas, que son las más críticas. Cuando la traslademos a una habitación normal con gusto podrán verla. Con su permiso, me retiro.

—Gracias doctora —dijo Antonio. Mishelle me regaló una sonrisa de tranquilidad, respondí el gesto. Era bueno saber que ambos habían salido bien de la intervención—. No sabía que Brandon tenía novia —comentó segundos después.

—Y es su adoración —respondió ella, con una sonrisa sincera en los labios.

—Ambos —repuse—. Camille adora a Brandon.



—Es bueno saber eso —respondió el señor O'Donnell, con un asentimiento.

Minutos después salimos rumbo a casa de Michelle por un poco de ropa y luego a la floristería, el chofer de Antonio nos llevó a donde le pedíamos y prometiendo esperarnos el tiempo necesario. No podía negarlo, el viejo se estaba comportando como nadie, como siempre debió de haberlo hecho. Tanto así, que él se había quedado esperando en el hospital, intuí que, si Brandon cooperaba, algo muy bueno podía salir de todo eso: una reconciliación como entre Mérida y su madre.

Llegamos a la floristería y tocamos el timbre, pronto Martha salió a abrirnos con cara de preocupación, me alarmé enseguida.

—¿Cómo están? —preguntó Martha disimuladamente. Mishelle le dio las únicas buenas noticias que teníamos—. Gracias al cielo que salieron bien de la operación y estoy segura que se recuperaran pronto.

—Confío en que sí. ¿Y Lucy?, ¿cómo ha estado? —cuestionó Mishelle con clara ansiedad. Martha hizo una mueca con su boca que nos alertó a ambos.

—Ha estado llorando toda la tarde, diciendo que le estamos ocultando algo, no ha querido comer, ni nada. —Los tres nos miramos con nerviosismo, ¡Dios!, no quería imaginar cómo iba a ponerse cuando se enterara de todo. Entonces Lucy apareció, con sus hermosos ojos rojos, al igual que su nariz. Me partió el corazón, ella sufría, sin saberlo aún, sufría por su hermano.

—Hola, Lu. —La saludé. Ella talló sus ojos y se acercó a donde estábamos.

—¿Por qué no habían venido antes? —preguntó, mirando con recelo a su mamá, quien sonrió tratando de tranquilizarla. Entonces nuestro mayor temor, pasó—: Y Brandon, ¿dónde está él y Camille? —Los ojos de Mishelle y Martha comenzaron a rasgarse, mi pequeña las miró con clara preocupación. Respiré hondo y me agaché para quedar a la misma altura que ella.

—Tengo que contarte algo. —Lucy asintió, mirando de reojo a su mamá. La tomé de la mano y la aparté a un rincón—. Bueno... —Froté la parte posterior de mi cabeza buscando las palabras adecuadas para decirle todo lo que estaba pasando—..., debes de entender que muchas veces las cosas pasan sin que nosotros las deseemos. —Sus ojos celestes me miraron inquisidores—. Brandon y Camille..., ellos tuvieron un accidente, Lu.

—¿Qué? —preguntó, gordas lágrimas rodaron por sus mejillas, así como su labio inferior comenzó a temblar—, ¿se murieron? —Negué con la cabeza con frenesí.

—No, no, no, ellos solo están hospitalizados y pronto se pondrán bien. Ellos son fuertes, ¿no es así? —Afirmó—, entonces tranquila y confiemos en que muy, *muy* pronto estarán como nuevos.

—Quiero verlos, quiero ver a mi hermano —exigió. Suspiré con pesar.

—Claro, haré todo lo posible para llevarte —prometí.

Con esa promesa logré que Lucy se calmara un poco. Intenté distraerla, hacer que comiera y lo logré en cierta forma. Pero aun así, la preocupación estaba presente, pero al mismo tiempo, la esperanza en que todo pronto mejoraría, en que ellos mejorarían, estaba ahí latente. Recordándonos que ellos eran luchadores y no se dejarían vencer.



Martes —día y medio después del accidente—, y tan pronto terminé de hacer un papeleo para

inscribir mis últimas materias en la universidad, regresé al hospital. Lo hice, esperando encontrarme con buenas noticias. Pero al hacerlo, me dijeron que las cosas seguían prácticamente igual, Brandon aún no quería despertar.

El progreso en ambos estaba comenzando a dar pasos, lentos y apretados, pero al fin y al cabo iban avanzando. En el caso de Camille, su inflamación en la cabeza iba disminuyendo, por lo que en poco tiempo, esperaban poder traerla del coma y aguardando a que no presentara complicaciones cuando despertada como: pérdida temporal de la memoria u otras secuelas *post* accidente.

En ese momento, venía desde la cafetería, había ido por algo de comida para Michelle y para mí. Pero —y para mi sorpresa—, la encontré hablando con el doctor que llevaba el expediente de mi amigo. Apresuré mi paso y me acerqué lo más rápido posible hasta donde se encontraban y justo a tiempo para escuchar las palabras que tanto habíamos estado esperando:

—Brandon ha despertado.

Mis labios se curvaron en una extensa sonrisa, así como sentía emerger la alegría y la tranquilidad, esa era la mejor noticia que nos habían dado durante esos terribles días. ¡Santo cielo!, ¡sabía que el maldito no iba a abandonarme!

—¿Podemos pasar verlo, doctor? —pregunté esperanzado.

—¡Claro!, solo permítanme unos minutos, en lo que la enfermera termina de checar sus signos vitales y yo los haré pasar. —Con Mishelle compartimos una mirada llena de emociones, pues hasta ese momento, por fin, pudimos respirar en paz. El doc. añadió—: Solo debo advertirles que no pasa mucho tiempo despierto, lo cual es normal porque se debe a que el efecto de los calmantes aún está actuando en su cuerpo.

«¡¿Y eso qué más daba?!» En lo personal, me bastaba verlo y saber que lo peor estaba pasando, al menos para él.

—No importa, con tan solo verlo es más que suficiente —respondió Mishelle, quien tenía una expresión de tranquilidad y felicidad en el rostro.

Alrededor de veinte minutos después, nos dieron permiso para entrar a verlo. Primero entró la madre de mi mejor amigo y durante ese tiempo, me decanté por enviarle un mensaje a Kenny e informarle las buenas nuevas, después le marqué a Martha.

Para entonces ya me sentía efusivo, deseando poder entrar a esa habitación y cruzar aunque sea un par de palabras con mi hermano. Cuando fue mi turno, sin perder más tiempo, entré y acerqué una de las sillas hasta la cama.

El aspecto de mi mejor amigo estaba considerablemente mejor, los cardenales comenzaban a atenuar su color, así como las heridas de su cuerpo a sanar. Mis manos comenzaron a temblar, al mismo tiempo que las lágrimas a quemar detrás de mis ojos.

—Brandon..., Brandon... —susurré, aguardando a que él pudiera escucharme y despertar. Y para incrementar la felicidad en mi pecho, sus párpados comenzaron a aletear, luchando por abrir los ojos.

—¿Charles? —preguntó, su voz se escuchaba pastosa y adormilada.

—El mismo, ¿o a quién esperabas, animal? —reproché, sin poder ocultar la diversión en mi voz—. ¿Cómo te sientes? —Hizo una mueca con sus labios.

—Horrible. Me duele todo... —murmuró, cerrando los ojos de nuevo, a punto de volver a la inconsciencia. Me apresuré a hablar.

—Pues lamento decírtelo pero..., sí, te ves horrible —dije, con tono divertido. Sus comisuras apenas se elevaron.

—Eso ya lo sé, animal —espetó, igual de divertido. Aclaró su garganta—. Pensaste que me iba a morir, ¿verdad?

—Ni un poco, decrépito. Recuerda que aún debes de vencerme en los videojuegos. —Soltó una corta risa.

—Lo haré..., ya verás... —murmuró, seguido su respiración se volvió lenta y pausada, estaba profundamente dormido. Y pese a que habíamos hablado muy poco, me sentía feliz.

Al salir de la habitación, me di a la búsqueda de Mishelle, ya que debía de avisarle que ya me iba, pues tenía que hacer todo el papeleo de la aseguradora de mi camioneta —*la que parecía más una lata aplastada que otra cosa*—, y así conseguirme lo más pronto posible un vehículo. Pero cuando la encontré, estaba hablando con un par de oficiales.

—Buenas tardes, oficiales. ¿Sucedo algo? —cuestioné, mientras miraba de reojo a Mishelle.

—¿Usted es Charles Fitz? —preguntó uno de ellos. Asentí con la cabeza y aguardé—. Como se imaginarán y, dados los acontecimientos, hemos venido con la intención de levantar oficialmente la denuncia. Asimismo, tenemos entendido que era suya la camioneta en donde fueron interceptados y atacados la pareja.

—Sí, yo soy el dueño. ¿Necesitan mi declaración? —cuestioné, pero era más una afirmación.

—De hecho, solo queremos hacerle un par de preguntas, mi compañero se quedará interrogando a la madre de Brandon, ¿podría usted acompañarme? —Acepté y lo seguí hasta el final del pasillo. Y estando ya solos, empezó a cuestionarme de todo: desde que Camille apareció en la vida de mi amigo hasta los días antes del accidente o si había notado algo extraño. Traté de responder lo mejor que pude, no obstante, había cosas que solo Brandon o Martha podían conocer. Pero hubo una que me alarmó—. ¿Sabía usted o el joven Brandon que Camille había estado involucrada en una red de trata de mujeres, *explotación sexual* y tráfico de drogas? —Sacudí la cabeza en una negativa, sintiéndome muy consternado, ¿tan grave era todo?

Porque, si bien, Brandon me había comentado algo, jamás, se me había cruzado por la mente que el pasado de Camille era *tan* oscuro, *tan* inverosímil. ¡Dios!, en ese momento entendí muchas cosas, sin embargo, de algo estaba muy seguro y era que ella no estaba envuelta en tráfico de drogas.

—Le seré total y completamente sincero, oficial..., yo solamente sabía que Camille había sido recluida de libertad, pero lo demás yo..., no lo sabía —dije, con total sinceridad. El aludido anotó en una libreta lo que acaba de decirle.

—Entiendo, pero al parecer el hombre que *casi* mata a su amigo, es el jefe de un cartel que, según lo que sabemos, trafica por toda la zona noroeste del país y ella le ayudaba —comentó, mirándome con atención. Pestañee un par de veces y elevé ambas manos, demostrándole mi desconcierto.

—Como le dije hace un momento, yo no estaba enterado de todo lo que respecta a la vida de Camille, pero dudo mucho que ella halla estado metida en todo eso por elección. Pues según lo que una vez me comentó Brandon: ella había sido privada de libertad por un sujeto que la maltrató por mucho tiempo, pero de eso a saber que estuvo inmersa en *explotación sexual*, pues no lo sabía. —Sacudí la cabeza, sintiéndome de pronto molesto, porque, ¿para qué mierdas estaban preguntando estas estupideces? Deglutí saliva, tratando de devolver la bilis—. Además, y como yo lo veo, ustedes mejor deberían de estar buscando ya a ese tipo, que es el único culpable de todas estas desgracias que han sucedido. —Terminó de anotar en su libreta, no demostrando cause de mis últimas palabras.

—Ya se ha lanzado el boletín de captura en todo el país, solo es cuestión de tiempo para

atraparlo —comentó, pero no le creí.

—Pues espero que esta vez sí lo hagan y lo atrapen. Porque Camille ya había dado parte a las autoridades y de eso ya hace unos dos o tres meses, ¿e hicieron algo? No, lo único “bueno” que hicieron fue quitarle la protección y mire ahora lo que sucedió, mis amigos se están debatiendo entre la vida y la muerte. —El oficial me miró estoico, como si no hubiese escuchado nada de lo que le dije y, asimismo, me vi tentado en arrebatarse esa estúpida libre y verificar si había escrito mi declaración o solo era su lista del súper—. Ellos van a regresar, es un hecho, ¿no cree, oficial, que deberían de estar preparándose para eso? —Y hubo algo en la forma que me vio..., que me incrustó en las entrañas una sensación de alerta, de peligro.

Fue como si acabara de confirmar mis sospechas y, peor, decirme que mi miedo tenía muchos fundamentos. ¡Eran unos corruptos!

¡Dios!, ahora ellos sabían que mis amigos estaban con bien.

—Estaremos preparados. —Se limitó a decir. Solté un bufido, miré a Mishelle y rogué hacia mis adentros porque no hubiese soltado información valiosa. El dudoso oficial, agregó—: Los abogados del señor O'Donnell ya giraron una orden de protección, justo ahora deben de estar llegando un par de patrullas para vigilar las instalaciones las veinticuatro horas del día. ¿Sabe si centrarán a alguien más?, seguridad privada quizá... —Abrí los ojos, claramente sorprendido y a la vez un poco de tranquilidad me alcanzó, pues si mis sospechas eran ciertas, Antonio no dudaría en explayar todas sus influencias, ni en escatimar en gastos con tal de poner a salvo a su nieto.

—No lo sé oficial, pero no lo creo —dije, mirándolo con atención.

—Bueno, esto es todo por el momento. Que sus amigos se mejoren, tengan un buen día.

Cuando los oficiales por fin se marcharon, me obligué a no decirle nada a Mishelle, pues esta estaba igual o más sorprendida y apabullada que yo. Ya que al parecer Brandon no había comentado absolutamente nada del pasado de Camille, ni del peligro que, en todo ese tiempo, estuvieron corriendo.

A su madre también le había dicho exactamente lo mismo que a mí: que la habían privado de su libertad, que habían abusado de ella, pero jamás mencionó algo sobre que Camille había sido víctima de todas esas atrocidades. ¡Dios! Todo era más horrible de lo que creí, y entendía a Brandon a la perfección. Él solamente buscó protegerla, tanto que casi muere por eso.

Brandon vivía por Camille.

—Deberías de llamar a Antonio —sugería y ella, gracias al cielo, pensaba lo mismo.

Antonio ya sabía, pero lo curioso fue que sabía pero solo una parte de todo lo que estaba pasando. Además, le habían dicho que no corrían peligro y que los causantes del accidente ya estaban a punto de ser capturados. ¿Y saben algo? Antonio no les creyó, por lo que no pude guardar más silencio y les hice saber mis sospechas.

El señor O'Donnell dijo que dejáramos todo en sus manos, que él sabía qué hacer y que lo haría al doble. Por ellos, decidí ir a casa de Mishelle, para cerciorarme que todo anduviera bien por allá y lo hice en un vehículo que Antonio dispuso para que Mishelle o yo nos transportáramos.

Estando con Lucy, le conté que su hermano ya estaba mucho mejor y que muy pronto iba a llevarla a que lo visitara, traté de explicarle lo difícil que era que permitieran que niños como ella los dejaran entrar y entendió. Sin embargo, la noté decididamente mejor y más tranquila.

Regresé al hospital y Antonio aún no había llegado, con la madre de mi amigo estuvimos esperando que apareciera pronto. Ya que algo nos decía que, en ese hospital, nuestros seres queridos corrían un grave peligro. Cuando llegó al hospital, lo hizo con el triple de escoltas que

acostumbraba a usar. Nos pidió que lo esperáramos un momento y habló con uno de los doctores en turno, mostrándole un documento, así como luego de leerla, se llevó a tres hombres rumbo a la habitación de Brandon y otros tres a la de Camille.

Antonio se miraba serio, alerta y a la defensiva, y a pesar de ya estar viejo, era imponente. Se acercó a nosotros, su ceño estaba levemente fruncido, así como miraba con enojo a Mishelle, lo cual me puso alerta.

—Lamento no haber venido antes, pero estaba tratando con mis abogados toda esta situación. —Enfocó su atención a Mishelle—. ¿Tú sabías de todo este embrollo? —preguntó, un tanto en reproche, ella inmediatamente negó con la cabeza.

—¡Por supuesto que no! Brandon solamente nos comentó una pequeña parte —respondió, mostrando seguridad.

—Esa jovencita está metida en graves problemas —comentó, llevando una mano al puente de su nariz—. Las autoridades, al parecer, están pensando en quitarle el permiso de estadía que tenía y ponerla como posible cómplice. ¿Están seguros de que ella no tiene nada que ver con ese sujeto? Digo, es obvio que sí, pero me refiero a...

—No, Antonio. Camille todos estos años estuvo encarcelada. ¿Te imaginas el infierno que esa niña ha pasado? Brandon seguramente no quería exponerla, por eso ocultó todo —expuso Mishelle.

—Sí, señor. Pero creo que lo más sensato ahora es preocuparnos de la seguridad de ellos..., ya luego Brandon nos dará una mejor explicación. ¿No creen? Porque yo no me fío mucho de lo que nos dijeron esos policías, ellos la creen culpable —cuestioné, tratando de terminar ese acusatorio, que de nada ayudaba.

—Tienen razón y lamento haberme exasperado. En solo que..., estoy muy preocupado por él —confesó. Mishelle lo observó comprensiva.

—Lo sabemos y te agradezco todo lo que estás haciendo. Pero por favor, no la juzgues sin antes conocerla. Y confía en Brandon, porque él por alguna razón se fijó en ella y la ha protegido como hasta ahora.

—Bueno, no emitiré juicios antes de tiempo. Ustedes tienen toda la razón —dijo, soltó un largo suspiro—. Ahora hay que velar por la seguridad de ambos, los hombres que se fueron con el doctor son escoltas que contraté para que cuidarán de él y de Camille, pero dadas las circunstancias, lo mejor será llevarlos a otro hospital.

Antonio hizo un sinfín de llamadas; coordinando todo para que, cuando Brandon y Camille estuvieran en óptimas condiciones, pudieran ser trasladarlos, ¡en un helicóptero!, a un hospital privado, en donde les darían mejor atención y habría mucha más seguridad. Así como reforzó la seguridad de ese hospital, a niveles sorprendentes.

Y no podía negar que estaba atónito, el viejo no estaba escatimando en gastos, estaba buscando de mil y un maneras de velar por su nieto y por Camille. Sin duda alguna, estaba ganándose el agradecimiento de todos, ¿pero lograría el perdón de Brandon también? Eso era algo que solo mi mejor amigo iba a poder decidir.



Tres días más pasaron con demasiada rapidez —casi una semana de ese accidente—, y

aunque ya podíamos pasar a ver a Brandon, él no lograba mantenerse más de cinco minutos consiente. Pero era el tiempo suficiente para inquirir sobre el estado de su novia y aunque hubiésemos querido retrasar más esa respuesta, le dijimos la verdad.

Bueno, una parte de ella y ocultamos por el momento que Pedro, alias narcotraficante, estaba prófugo y no se sabía nada de él. No obstante, hace apenas un día, Brandon nos confesó todo. Y yo estaba en lo correcto, él lo había hecho por protegerla y además, alegando a que no le correspondía a él hablar del pasado de su novia.

Ese día por la noche, nos informaron que la inflamación en la cabeza de Camille había disminuido bastante, pero no lo suficiente como para traerla del coma. En ese momento, estaba a en el umbral de la habitación de Brandon, mirando como Lucy —*gracias a un permiso especial*—, estaba dibujando, mientras su hermano, asombrosamente, estaba despierto. Toqué la puerta y ambos giraron a verme.

—Hola —dije, entrando de lleno y siendo recibido por Lucy con mucha efusividad—. ¿Cómo estás? —pregunté, mientras elevaba a mi pequeña.

—Ya mejor —respondió, pero había algo en el ambiente que se sentía extraño, denso y tenso...

—¡Qué bueno! Sabía que todo mejoraría, no lo dude ni un poco... —respondí, sonriendo, tratando de diluir ese ambiente. Conversamos un poco, pero cuando Mishelle apareció en la habitación, mi amigo apenas y la miró.

—Mamá, ¿podrías dejarme a solas con Charles?, por favor. —Aunque ese no había sido un pedido.

—Claro, mi amor. Lucy, ven iremos a comer algo. —Cuando estuvimos solos, me acerqué y saqué una bolsa de mi mochila.

—Mira lo que he traído para ti —dije, esperando que su expresión cambiara, lo hizo un poco. Sus comisuras se elevaron y su ceño se relajó.

—Gracias, viejo. —Pero como si ya no lo soportara más, añadió—: ¿Sabías que mi..., que ese hombre quiere llevarme de este hospital? —preguntó. Suspiré y asentí con la cabeza. Entonces por su expresión de decepción, comprendí que no esperaba esa respuesta—, ¿por qué le permitieron que hiciera todo lo que ha hecho? Ustedes bien saben que no quiero nada que provenga de él —reprochó.

—Brandon, era lo necesario. Ni tu madre, ni yo nos sentíamos cómodos con la situación y por todo lo que ha pasado nos vimos orillados a aceptar. —Negó, estaña molesto.

—Pero saben muy bien lo que yo pienso...

—Lo sabemos —interrumpí y rodé los ojos, al parecer Brandon andaba en sus días del mes—. Pero no todo es tan fácil como piensas... —Frunció su ceño. ¿Debía decirle todo lo que pasaba?

—¿De qué hablas? —Solté un suspiro cansino. «*Ahora cuéntale, eso te pasa por boca floja*», espetó mi consciencia.

—Te contare, pero..., solo no te alteres, ¿bien? —Movié su cabeza de arriba a abajo. Y con palabras pausadas y medidas, le conté, sin ahondar en detalles, todo lo que estaba pasando y la gravedad. Entonces al ver su expresión llena de pánico entendí que ni él sabía la magnitud de todo lo que pasaba.

—Quiero verla. Charles, llévame a verla, por favor —suplicó. Chasquéé la lengua y sacudí la cabeza.

—No estoy seguro que sea los mejor...

—¡Necesito verla!, por favor ayúdame —suplicó y lo hizo de tal forma que no tuve el valor de negarme.

—Bien, veré qué puedo hacer.

Salí al pasillo para llamar a una enfermera; pronto una se acercó, le narré lo que Brandon deseaba y conmovida por la historia romántica que le conté, dijo que intentaría llevarlo, aunque sea nada más para verla de lejos. Porque en la condición de ambos, eso era lo más que se podía hacer. Regresé a la habitación.

—¿Qué te dijeron?

—Pues..., no fue fácil, tuve que utilizar mis métodos de seducción...

—Charles —presionó impaciente. Elevé ambas manos en señal de rendición, «¡qué carácter!»

—Dijo que iría a ver qué podía hacer. Por favor, cálmate un poco o le diré que ya no te lleve —dije alzando una ceja.

—Lo siento, tienes toda la razón... —Sonreí satisfecho.

—Obediente, así me gusta —dije, provocando que sacara el dedo medio. Sin embargo, cuando el ambiente se sintió más relajado, decidí que no podía dejar pasar más el tema de su abuelo—. Y con Antonio, ¿qué has pensado?, ¿rechazarás su ayuda? —pregunté expectante. Rodó los ojos, conocía su respuesta, era *tan* orgulloso, pero no tonto.

—¿Tengo de otra? —cuestionó fingiendo indignación.

Iba a responderle cuando una enfermera entró con una silla de ruedas; anunciando que podría ver a Camille, pero aclarando que por fuera de la habitación. Y sin más que hacer, Brandon aceptó. Lo ayudé a acomodarse en la silla y luego la enfermera nos guió hasta donde la tenían, se alejó un poco dándonos privacidad. Nos detuve un poco antes de llegar a la ventana, mi amigo llevaba el rostro gacho.

—No olvides, Brandon, que esta es una nueva oportunidad que la vida te está dando, a ambos. Así que aprovéchala, remienda vínculos, aprende a perdonar —dije por su relación rota con Antonio. No dijo nada, pero confiaba en que mis palabras llegarían hasta esas fibras ocultas, llenas de dolor y que lo ayudaría a recapacitar.

Lo dejé frente a aquel inmenso cristal y tan pronto elevó el rostro, soltó un quejido lastimero.

## CAPÍTULO 29 Impotencia

### Brandon

**M**i amigo me dejó frente al enorme ventanal de la sala de cuidados intensivos. Poco a poco, elevé la cabeza, sintiendo como un manojo de: miedo, culpa, impotencia y dolor, se instalaba en mi pecho. Entonces con las lágrimas quemando detrás de mis ojos, la busqué dentro de aquella sombría habitación. Y tan pronto la encontré..., recostada sobre aquella cama, con vendas en su cabeza y brazos, sentí un dolor desgarrador dentro del pecho, como si vidrios rotos se incrustaran en él.

Suspiré apesadumbrado, así como de apoco las lágrimas comenzaron a abandonar su guarida, no obstante, no eran lágrimas solo de tristeza. Porque estaba feliz, aliviado de saber que estaba bien, o bueno, en lo que cabía. Y porque, ¡Dios!, estaba ahí a unos metros de distancia, a salvo y no en las garras de aquel despreciable hombre.

Cerré los ojos y de inmediato a mi mente llegaron miles de recuerdos, de imágenes. Todas ellas relacionadas al accidente; de nueva cuenta reviví el miedo y la impotencia que se arraigó en mis huesos, asimismo, la sensación de peligro y alerta que no parecían querer mermar y mucho menos abandonar mi organismo.

Una retahíla de pensamientos negativos siguió torturándome otro poco; recordándome una y otra vez que no había podido cuidarla, ni protegerla, y que el resultado de todo eso, estaba ahí, frente a mis ojos.

Camille estuvo a punto de ser llevada a aquel sitio, del cual pasaron casi cuatro años para que pudiera escapar. Camille estuvo a un paso de perder la vida y yo..., yo no habría podido hacer nada para impedirlo. Ya que todo lo que había pasado, me rebasaba y por mucho. No obstante, me había cegado y había confiado demás en mí mismo, bajé la guardia, creyendo fallidamente que ellos no harían nada.

Ignoré todas las señales que el universo me había puesto enfrente: el encuentro con aquel hombre, el hecho de que la policía, de un día para otro, nos quitara la seguridad fuera de casa. Todo había estado tan claro, el peligro había estado a la luz del día y yo me cegué rotunda y completamente.

«*Pero está bien, Camille está viva y muy pronto estará bien*», alentó la voz en mi cabeza. Solté un suspiro roto, deseaba entrar a esa maldita habitación y tocarla para cerciorarme de que su corazón latía, de que su cuerpo irradiaba calor. Deseaba con vehemencia poder regresar el tiempo y evitar todo ese caos que estuvo a punto de acabar con nosotros.

—No te tortures más —murmuró Charles, agaché el rostro, sin ánimos, ni fuerzas para mentir y decir que todo estaba bien, porque en realidad todo era una mierda dentro de mí—. El cielo les has dado una oportunidad a ambos, solo hagan que valga la pena —alentó. Di un leve asentimiento y absorbí sus palabras, porque tenía razón, ya que afortunadamente existía una fuerza sobrehumana que ninguno de ambos bandos consideró y que, asombrosamente, había estado de nuestra parte.

Sentí la mano de Charles sobre mi hombro, sorbí mi nariz y me obligué a poner mejor cara, ella estaba mejorando y debía aferrarme a la idea de que todo mejoraría algún día. ¡Dios! Esperaba que fuera pronto.



Unos cuantos minutos después, me llevaron a mi habitación, pero cuando íbamos entrando al pasillo, justo afuera de mi habitación divisé la silueta de... Antonio. Todo mi cuerpo se tensó de inmediato, los músculos de mi cuello, uno a uno, se fueron a agarrotando, sin embargo, todas mis energías habían sido drenadas de mi cuerpo y no tenía ánimos de lidiar con él.

Miré de soslayo a Charles, quien en cambio se miraba relajado. Entorné los ojos, pronto sintió mi escrutinio y giró su cabeza para verme, regalándome una mirada furibunda que decía: *más te vale que te comportes, Brandon*. Solté un suspiro cansino, regresé mi atención al frente y él..., ya tenía sus ojos puestos en mí, al mismo tiempo que sonreía con felicidad y alivio. Reprimí el impulso de rodar los ojos.

—Hola, hijo... ¿cómo te sientes? —preguntó, cuando estuve lo suficientemente cerca.

—Bien —respondí secamente, reusando a verlo directamente a la cara, porque hacerlo solo me hacía, irremediablemente, recordar a papá. Eran tan parecidos, yo era tan parecido a él.

Me instalaron en mi cama, todo bajo un silencio denso y sepulcral. El aire se sentía tenso y la incomodidad que, ya se sentía, se arraigó otro poco en mi sistema. Cuando la enfermera se fue, dejándonos solo a los tres hombres, pasaron varios minutos hasta que alguien decidió romper ese silencio tan sofocante.

—Te ves decididamente mejor, Brandon. No sabes cuánto me alegra —expuso ese señor. «*Con el cual deberías estar muy agradecido, amigo*», refutó mi consciencia.

En ese momento, deglutí saliva con dificultad, sentía un nudo del tamaño de mi puño alojado en mi esófago. Empero, sabía que no podía ser tan maleducado, *tan* malagradecido. Charles se aclaró la garganta, señalando con sus ojos a Antonio. Remojé mis labios, los cuales estaban secos y agrietados.

—Muchas gracias, la verdad es que sí..., me siento mucho mejor —dije, elevando las comisuras de mis labios en una sonrisa forzada, plana. Asintió con la cabeza, lo vi titubear un poco, hasta que encontró el valor para hablar.

—El día de mañana..., a primera hora los trasladaremos a otro hospital. Digo, a menos que quieras esperar otro poco —comentó, mirándome con intensidad, con tantas emociones, tratando de decirme tanto con sus ojos. El nudo se acentuó otro poco.

—¿A ambos? —pregunté con voz inestable.

—Claro, sé lo importante que es ella para ti —expresó, sonriéndome con sinceridad. En ese momento, los sentimientos de culpabilidad y agradecimiento se abrieron paso en mi pecho. Él estaba haciendo todo lo que jamás hizo..., «*y lo que jamás le permitiste que hiciera*», repuso mi consciencia.

—Gracias —musité, sintiéndome de pronto rebasado por todas las emociones que había experimentado en el lapso de una hora. Me regaló un último asentimiento.

—Ahora debes descansar. Yo vendré mañana muy temprano para ver que todo lo del traslado salga perfecto. Que tengas buena noche, Brandon. —Se fue.

Dejé mi vista perdida en un punto equis de la habitación, repasando todos los acontecimientos de ese día: Camille estaba bien, estable y pronto la harían regresar del coma y por el otro lado, estaba esa parte que por tantos años me negué a darle solución, mi relación con Antonio. Solté un suspiro silencioso, sentía la mirada de Charles, él sabía por todo lo que estaba pasando, por toda la retahíla de pensamientos que no parecía dejarme tranquilo. Cerré los ojos, me sentía frustrado y dentro de una encrucijada, en donde la salida estaba en contra de mi orgullo, resentimiento e ira.

—Te lo digo de nuevo, no te frustres más. —Abrí los ojos y me alenté a mirarlo, él era el único que me entendía y quien me diría la verdad, no lo que deseaba escuchar.

—No sé qué hacer —confesé. Sus labios se ladearon en una sonrisa, asintió levemente.

—No mientas —apuntó, cerré los ojos una fracción de segundo, buscando todas las fuerzas que poseía, tratando de no cerrar mi entendimiento—. Porque sabes muy bien qué debes hacer, ya no le sigas dando más vueltas al asunto. Él se equivocó, se arrepintió y desde entonces no ha parado de buscar una oportunidad para acceder a ti y a tu familia. Y justo ahora, se está comportando como un verdadero abuelo, ese que te has negado todo este tiempo por tu absurdo orgullo y odio desmedido. Brandon, escúchame, solo dale una oportunidad, date una oportunidad y te aseguro que no te arrepentirás.

—Te prometo que lo intentaré —murmuré, sintiéndome tan cansado de seguir en esa lucha sinsentido.

—¡Eso quería escuchar! Ahora descansa. —Sonreí débilmente y me dispuse a dormir.

El traslado fue rápido, y aunque fue pesado, todo había salido sin errores, tal como había prometido Antonio. Camille fue llevada a una sala de cuidados intensivos más sofisticada, con tecnología de punta y de seguro muy costosa. Y yo fui acomodado —en lo que escuché—, en una de las mejores habitaciones.

Y me sentía un hipócrita, aceptando toda *su* ayuda, sin siquiera haber dado, *nunca*, un primer paso para limar asperezas y para olvidar el pasado. En cambio, había pasado tanto tiempo guardando odio y resentimiento, obligándome a no dar mi brazo a torcer y a cobrarme, de alguna forma, todo el daño que él nos había hecho, sin molestarme en comprobar si su arrepentimiento era verdadero.

No obstante, para esos días, algo se sentía diferente. Mis ojos ya no lo miraban de la misma forma y todos los sentimientos negativos iban perdiendo fuerza, así como algo dentro de mí estaba suturándose.



Una semana más pasó. Quince días luego de ese fatídico día.

Estaba sentado en mi cama, mientras mi madre me ayudaba a comer, a lo lejos miré como Antonio hablaba con un doctor. Lo cual no me pareció raro, ya que siempre que llegaba a visitarme hacía lo mismo: preguntaba cómo me encontraba, llevaba a Lucy, procuraba que todos estuviéramos bien. Asimismo, me agradaba era ver cómo trataba a mi madre, no la observaba con menosprecio, en cambio, podía ver un profundo agradecimiento. Porque mi madre era asombrosa, siempre nos procuró, aun más cuando mi papá faltó y siempre estuvo dispuesta a que Antonio se acercara.

«Deberías de hablar con él y agradecerle todo lo que ha hecho por ti, por tu familia y por Camille.» Solté un suspiro, lo cual alertó a mi madre, sonreí tratando de tranquilizarla.

—Todo está bien, solo... —dije, sin saber cómo continuar la oración—..., ¿podrías llamar a Antonio? —pregunté por fin, ella me regaló una sonrisa condescendiente y ratificó con la cabeza. Ya no quería darle más vueltas a ese asunto.

—Claro mi cielo. —Se levantó presurosa y salió de la habitación.

Seguí comiendo con lentitud, tratando de mantener a raya todos mis sentimientos: el nerviosismo que trataba de dominarme y el resentimiento que comenzaba a traer de vuelta al

orgullo. Miré de soslayo como mi madre hablaba con él y varios minutos después, en donde mi ansiedad comenzaba a hacer estragos en mi sistema, sentí cuando llegó al umbral de la habitación, para después tocar la puerta. Alcé la cabeza y lo estudié por un segundo, tenía un parecido asombroso con mi padre: alto, complexión fuerte, postura imponente y segura, compartía rasgos y los mismos ojos, y claro, debía aceptar que me parecía mucho a él.

—Con permiso, Mishelle me dijo que deseabas hablar conmigo, ¿pasa algo? —cuestionó, con un interés que me desarmó. Negué con la cabeza, deglutí saliva y traté de buscar las palabras adecuadas para iniciar esa conversación, no obstante, ¿qué debía decir?, «*quizá si comienzas disculpándote por lo que mal que te comportaste con él por años*», aconsejó la voz en mi cabeza.

—En realidad... yo... —balbuceé. Las palabras, como era de esperar, no acudían a mi boca. Porque *quería* decirle que deseaba perdonarlo, que *quería* comenzar de nuevo, pero mi cerebro se negaba a hilar palabras y mi boca a hablar. «*Vamos, díselo*», alentó mi consciencia. Añadí—: Gracias..., muchas gracias por todo lo que has hecho por mi familia y por mí.

—Es lo menos que podía hacer, Brandon. En verdad no me lo agradezcas, eres mi familia y daría todo lo que tengo por ustedes —expuso con total seguridad. Algo pesado se situó en mi pecho, la garganta se cerró otro poco y las lágrimas comenzaron a acumularse detrás de mis ojos.

—Lo sé... —acoté. Lo miré con detenimiento y, en ese momento, al ver sus ojos llenos de esperanza, a mi cabeza acudió aquel trágico día, en el cual mi padre murió, pero en esa ocasión no apareció en una forma para fortalecer el odio, sino que, en cambio, las palabras de mi padre comenzaron a resonar con fuerza y claridad en mi cabeza: *No quiero que lo odies, hijo. Perdónalo, yo ya lo hice y estaré tranquilo si tú haces lo mismo*. Y ese recuerdo fue la gota que rebasó el vaso, que me desarmó y me hizo reconocer lo mal que me había comportado—. Yo..., yo quiero pedirte perdón... —musité con mi voz a un hilo de quebrarse. De inmediato su rostro se llenó de emociones, pero sobre todas relucían el asombro, la incredulidad y la felicidad, y eso me ayudó a decir lo siguiente—: Perdóname por todas las palabras desagradable que te dije en estos años, por mi mal comportamiento, yo no tenía ningún derecho de ser así contigo. Porque ahora sé que ambos cometimos errores, pero tú has intentado corregirlos y yo no lo he permitido. Y me siento fatal, porque al no hacerlo, le fallaba a mi padre, a mi promesa de perdonarte. Y ya no quiero seguir así.

»—Ahora *quiero* hacerlo, en verdad *quiero* hacerlo, *intentarlo*. Tal vez no sea fácil, tal vez nunca tengamos un trato normal de abuelo a nieto, pero deseo intentarlo. La vida me ha dado una nueva oportunidad y quiero aprovecharla. Solo si tú estás dispuesto a intentarlo —dije, con mi voz desgarrada. Antonio..., mi abuelo, tenía sus ojos razados, ya que al parecer mis palabras habían causado un gran impacto en él. Se acercó un poco más, quedando a los pies de la cama.

—Brandon..., no sabes lo feliz que me hace escucharte. Y yo también debo pedirte perdón. —Moví la cabeza de izquierda a derecha—. *Debo* hacerlo. Porque créeme, todo este tiempo he pasado atormentándome, sufriendo por haber sido un animal con mi hijo, con ustedes, su familia. ¡Dios! —Frotó su rostro con fuerza, con culpabilidad—. Ustedes eran mi familia también y no lo quise ver. Y, lo peor de todo, es que tuve que perder a mi hijo para darme cuenta de mi maldito error, de mis absurdos prejuicios. Pero te prometo hijo, que haré todo lo que esté en mis manos para ganarme tu perdón... —Cerré los ojos, tratando de tragarme las lágrimas—..., para que por fin seamos la familia que siempre tuvimos que haber sido.

—Hay que intentarlo, nada perdemos —dije.

Se acercó a mi lado y torpemente nos abrazamos; convirtiéndose *esa* sencilla demostración de

afecto como un bálsamo para terminar de curar aquellas heridas que, por años, me empeñé en mantener. Porque estaba decidido a poner todo de mi parte para comenzar de nuevo. Estaba *decidido* a aprovechar esa nueva oportunidad y, esa vez, cumplir la promesa que le había hecho a mi papá.

Por él, por mi abuelo y por mí.



Al día siguiente, un lunes, Camille ya estaba bien y por fin la traerían del coma. Así que toda la mañana la pasé impaciente, pero con el apoyo —*regaños*—, de Charles y con la compañía de mi abuelo, logré calmarme un poco.

—Cálmate —exigió Charles—, no quieres empeorar, ¿o sí?

—No, pero para esta hora deberíamos de tener noticias —refuté.

—Iré a averiguar si ya tienen información de Camille —anunció mi abuelo. Asentí y sonreí agradecido.

Los minutos comenzaron a pasar y él no regresaba. Entonces mi amigo comenzó a reprenderme, mirándome con desaprobación, con sus brazos cruzados sobre su pecho y con la misma mirada y expresión de mi madre, sino es que peor. Lo miré divertido.

—No sé porque tengo la leve sospecha de que te estás burlando de mí —dijo, mirándome con una ceja alzada. Sonreí abiertamente.

—Pues no estás *tan* equivocado —confesé, encogiéndome de hombros.

—Solo porque estás en esa cama no te doy tu merecido, cabrón —bramó, fingiendo enojo. Mi sonrisa se acentuó otro poco.

—Ven chiquitín, que postrado en cama o no siempre puedo vencerte —dije, provocándolo. Negó con la cabeza y me sacó el dedo de en medio. Pero cuando iba decir algo mordaz, mi abuelo entró con paso veloz, traía una sonrisa, lo miré expectante y emocionado por partes iguales.

—Está por despertar y estoy seguro de que quieres ser lo primero que ella vea en cuanto lo haga, ¿no es así? —Acepté, muy entusiasmado—. Vamos, hay que darnos prisa.

Me sentaron en una silla de ruedas, pues por los puntos de la operación no podía caminar por mi cuenta y arriesgarme a lastimarme. Me llevaron hasta la nueva habitación; en donde habían instalado a Camille, me situaron a un lado de la cama y, por primera vez, luego de más de quince días, volví a sentir su tacto, su piel cálida contra la mía. La miré atento, escuchando su pesada respiración, todo mientras acariciaba el dorso de su mano. Entonces de un momento a otro, sus ojos comenzaron a aletear. El doctor se acercó de inmediato, lo miré inquieto y tratando de controlar la ansiedad.

—Está por despertar. —Mi corazón brincó al escuchar esas palabras y la tranquilidad por fin comenzó a regresar a mi cuerpo, así como mi alma revoloteó con furia.

—Charles, por favor ayúdame a ponerme de pie —pedí. El doctor sacudió la cabeza, dándome permiso y mi amigo, sin perder tiempo, me ayudó a incorporarme.

Me sostuve de los barrotes de la cama y la miré atento, esperando el instante en que sus párpados se levantaran y develaran de nuevo aquellos posos acuamarinos que tanto amaba y añoraba con locura volver a ver.

Se removió un poco, seguido comenzó a abrir los ojos con lentitud. El aire abandonó mi

cuerpo y el tiempo se detuvo, y todo lo demás me parecieron nimiedades, ya que mi organismo completo se centró en ella. Los latidos de mi corazón aumentaron su velocidad, la sangre viajó vertiginosa por mis venas y las lágrimas empezaron a quemar detrás de mis ojos.

Camille hizo una mueca con sus labios quejándose, no obstante, un segundo después, abrió sus ojos de lleno.

—Camille... —susurré, sumergido en la bruma que solo existía cuando ella y yo estábamos juntos. Movié sus ojos buscándome.

—Brandon, ¿eres tú? —¡Dios!, su voz, un tanto roca y agreste, se escuchaba mejor de lo que recordaba.

—Si amor, soy yo... —murmuré, aferrando una de sus manos. Conectando nuestras miradas.

Sus labios —*en ese instante que nos miramos a los ojos*—, se curvieron en una débil sonrisa, y justo ahí, me prometí que al salir ambos de ese lugar, desplegaría todas mis armas para protegerla. Y lo haría mucho mejor de lo que antes hice.

Y porque estaba decidido a no volver a experimentar esa sensación de impotencia. Pero para ello, debía construir un nuevo mundo, uno donde ni Pedro, ni nadie nos separarían, un nuevo mundo para *nosotros* y nuestro amor.

Camille dejó de mirarme y comenzó a estudiar su entorno, uniendo sus delgadas cejas con clara confusión, de inmediato su cuerpo comenzó a tensarse, le dediqué una mirada alarmada al doctor y este se acercó.

—Hola Camille, soy el doctor Fajardo, ¿cómo te sientes? —cuestionó, reglándole una sonrisa condescendiente. Mi novia humedeció sus labios y aclaró su garganta.

—Me duele todo pero... ¿qué hago aquí? —preguntó, mirándome de reojo, en busca de respuestas. Mi corazón se saltó un latido para luego reanudar su marcha, el miedo comenzó a abrirse paso en mi pecho y a eclipsar la poca paz que, minutos antes, había experimentado.

—Pues tuviste un accidente, ibas en un auto con Brandon..., y volcaron, ¿lo recuerdas? —preguntó con cuidado, al notar como sus expresiones cambiaban desde confusión a pánico y luego a terror—. Estuviste inconsciente un par de semanas, pero quédate estar tranquila porque pronto te repondrás, al igual que Brandon —expuso con total seguridad, mirándome de soslayo.

Mi novia asintió con la cabeza, analizando y asimilando toda la información que le había sido proporcionada. Pero entonces la pregunta que, más temía, surcó su memoria y lo supe, porque sus ojos reflejaron un tormento que pocas veces lo había visto en ella.

—¿Qué pasó con Pedro?, ¿está muerto? —preguntó, incorporándose con la ayuda de sus codos y mirando a cada una de las personas que estábamos en esa habitación. Y frente a la falta de respuestas, su rostro se volvió lívido y la poca esperanza que en sus ojos había, desapareció. Tomé su mano otra vez y, sintiendo un gran dolor incrustado en el pecho, tuve que decirle toda la verdad.

—No, Ángel. Lamentablemente él logró escapar... —Sus ojos se cerraron, su piel palideció otro poco, así como de su garganta brotó un gruñido lleno de frustración. Mordí el interior de mi mejilla, sin saber qué hacer—. Pero no te preocupes, ya lo están buscando y pronto lo atraparán —murmuré, empleando todo el cariño que pude reunir, midiendo sus reacciones. Pero tan pronto terminé de hablar, comenzó a negar con la cabeza, abrió sus ojos y terror puro había en ellos. Entonces todo se fue al carajo.

—Vendrá por mí, vendrá por mí... ¡vendrá por mí! —gritó, moviéndose con brusquedad, lastimándose a sí misma: presa de un colapso nervioso.

Intenté acercarme pero sus movimientos bruscos no me lo permitían. *Intenté* tranquilizarla,

repitiendo una y otra vez que nadie le haría daño, que ella estaba a salvo, que yo no permitiría que la encuentren. Sin embargo, ella no parecía escucharme.

En el instante, ella comenzó a removerse, todos los elementos médicos que la unían a la máquina de suero y a la que marcaba sus signos vitales. El doctor junto a un par de enfermeras la tomaron de sus hombros en un intento de calmarla, pero todo era en vano, pues se removía con más fuerza, sin dejar de gritar que él iría por ella. Y, sin mayor remedio, tuvieron que sedarla.

—Mi amor, no, no te llevaré... —murmuré con mi voz rota, sufriendo al verla así, presa del terror que ese hombre infundía en ella. Pero cuando intenté acercarme, Charles me tomó de los hombros y me obligó a alejarme.

—Vendrá por mí..., yo..., tengo que irme... —susurró, antes de caer dormida. Y escuchar esas últimas palabras fue con un golpe directo a mi estómago.

Empero, lo peor de esa situación —de saber que esa idea había regresado a su cabeza—, fue que..., para ese momento, todo se sentía distinto, el terror en sus ojos era fuerte y poderoso, fue cuando algo dentro de mí me aseguró que, en esa ocasión, no lograría retenerla.

Camille se me estaba escurriendo de entre los dedos.

Estaba a punto de perderla de nuevo.



Los días comenzaron a pasar, en los cuales mi chica logró reponerse, pero solo de forma física porque emocionalmente, estaba a punto de enloquecer. Y me dolía verla así, como un fantasmilla que divagaba por la tierra, sin nada que la atara o la ayudara a emerger. Y aunado a todo eso, estaba el hecho de que no hablaba conmigo, ni con nadie. No lograba hacerla reír y mucho menos que el brillo en sus ojos regresara. Era como si volviera a recluirse, a encerrarse en aquella bóveda en donde, tiempo atrás, la encontré.

Para entonces ya me hallaba perdido, sin saber qué hacer o cómo evitar que ella siguiera adentrándose en la oscuridad de sus tormentos. Porque Camille estaba irreconocible, porque con cada día que pasaba ella se negaba a dejarme entrar, una brecha se iba formando entre nosotros, alejándonos cada vez más y más.

En ese momento me encontraba sentado al lado de la cama de Camille; ella dormía plácidamente. Y *esos* eran los únicos momentos de paz y quietud para ambos, en donde podía observarla a mis anchas sin tener que incomodarla. *Esos* eran los únicos momentos en donde no la sentía lejos, no obstante, todo ese encanto desaparecía cuando ella despertaba y trazaba una línea, un límite para mí.

Ese día me daban de alta, por fin iba a poder regresar a casa y, en unos días más, Camille podría hacer lo mismo. Y ansiaba que ese día llegara, porque sabía que el encierro de esas cuatro paredes no le estaba ayudando en lo absoluto. Solamente esperaba que un cambio de aires le sentara de maravilla, para que pronto volviera a ser aquella mujer llena de vida, con ganas de salir adelante.

—Te extraño tanto, amor —murmuré con voz temblorosa.

Acaricié su mano con suavidad, memorizando la textura de su piel, en lo agradable que se sentía en contacto con la mía. Solté un suspiro lastimero, pues el tiempo corría y, cada vez, me costaba más aferrar a Camille, cada vez, la sentía más lejos. Y, en ese instante, deseé encadenarla

a mi cuerpo, hacer hasta lo imposible para retenerla. No obstante, yo no era su dueño y con lo que menos podía jugar era con su libertad. Esa misma libertad que ella atesoraba como a nada.

Pronto noté como comenzó a removerse, estaba por despertar. ¡Dios! Anhelaba ver sus hermosos ojos, arrancar una sonrisa de sus labios. Pero sobre todas las cosas, deseaba que ella estuviera bien, «*¿incluso si para estarlo tiene que marcharse?*», inquirió mi consciencia.

Cuando abrió los ojos y notó mi presencia; dirigió su atención al punto donde se unían nuestras manos, para después regresar a mis ojos e inmediatamente la respiración se atascó en mi garganta, mi corazón aceleró su marcha hasta un nivel antinatural. Mis labios se ladearon en una sonrisa, la cual asombrosamente ella correspondió. Y nada más me importó, todo lo demás me parecieron futilidades, porque ella me había mirado como antes.

—¿Dormiste bien? —cuestioné, mientras me deleitaba mirándola. Camille, todavía adormilada, dio un leve asentimiento.

—Sí, dormí muy bien. ¿Llevas mucho tiempo aquí? —preguntó, su voz era ronca debido a no usarla por varias horas.

—Mmm, no mucho. —Me encogí de hombros—. Además sabes que adoro verte dormir... —murmuré y, como temía, su cuerpo comenzó a tensarse, separó nuestras manos y llevó la suya a su cabeza, apelmazando su melena castaña. Tomé una inspiración profunda y añadí—: Hoy me dan de alta. —Camille volvió a verme, un tanto asustada. Acaricié su mejilla y sonreí, tratando de tranquilizarla—. Pero no te preocupes, no voy a dejarte sola. De hecho, que me hayan dado de alta solo significa que no contaré con una habitación aquí, sin embargo, mi presencia seguirá siendo como si la tuviera.

Mi novia me miró con atención; alargando la conexión de nuestros ojos, soltó un corto suspiro, lo cual provocó que mi corazón se saltara un latido, porque ella estaba actuando como antes, adentrándose en aquella bruma que convertía todo lo demás en nimiedades. Humedecí mis labios, sintiendo esa necesidad apremiante de sus caricias.

Entonces contra todo pronóstico, Camille siguió, con suma atención, cada movimiento que mi lengua trazó. Segundos después, regresó su atención a mis ojos, develándome el mismo deseo aniquilador que yo sentía y que viajaba con ímpetu por todo mi cuerpo, así como dejándome entrever que también ansiaba más cercanía.

## CAPÍTULO 30 Decisiones

Con esfuerzo me levanté, pues la fuerza aún no la recuperaba. Hice una mueca de dolor, que la alarmó de inmediato.

—Brandon... —dijo, tratando de reincorporarse. Negué.

—Estoy bien —dije. Me senté sobre su cama y giré la mitad de mi cuerpo, con el propósito de enfocarla. Agregué—: Te extraño mucho, ¿sabes? —Escondió su contacto visual del mío, sacudí la cabeza en una negativa—. No, por favor no lo hagas. Ya no te escondas de mí —supliqué.

—Es mejor que te vayas a descansar... —musitó, sin atreverse a enfrentarme.

Murmuré una negativa, para entonces ya estaba *mu*y seguro de que ella lo deseaba, acuné su barbilla y giré lentamente su rostro. Camille no opuso resistencia, lo cual me daba la pauta para hacer lo que tanto deseábamos. Acorté la distancia y mis ojos viajaron de los suyos hasta sus labios, levemente entreabiertos.

—Sabes que lo deseas tanto como yo —murmuré.

Su boca, en contra de su razón, se abrió, liberando un suspiro que me estremeció. Acerqué mis labios otro poco, dándole el tiempo y el espacio necesario para rechazarme, pero cuando estuvimos a escasos milímetros me detuve una última vez, miré sus ojos y estos estaban dilatados y fijos en mi boca. Ya no pude más.

Uní nuestras bocas; primero tomé uno de sus labios y lo saboreé con lentitud, mordisqueándolo un poco y delineándolo con mi lengua, la misma ansiosa por perderse en su boca. Hice lo mismo con el otro, despacio, sin apuros y alargando lo más que podía ese contacto. Camille envolvió con uno de sus brazos mi cuello, halándome con fuerza, mientras yo comenzaba a profundizar el beso, mezclando nuestros alientos, reviviendo nuestros cuerpos, nuestras almas.

Pronto mi lengua hizo contacto con la suya, uniéndolas, las mismas peleando por el dominio de lo que ahí sucedía. La sujeté de la nuca y la acerqué lo más que pude, saboreando las lágrimas que, a partir de ese momento, comenzaron a correr por nuestras mejillas.

Todo mientras sentía como, algo dentro de mí, se rompía. Porque ese beso tenía algo diferente. Sí había amor y una urgencia apremiante, pero había algo más, la sensación de ser una despedida. Y jamás me había sentido tan perdido, *tan* vulnerable y aterrado. Y es que, la tenía en mis brazos, sin embargo, la sentía a leguas de distancias. Y eso dolía, ¡Dios!, dolía *tanto*.

Poco a poco, fui bajando la intensidad, mientras esperaba que nuestras respiraciones se nivelaran. Deposité un último beso sobre sus —*rojos e hinchados*—, labios y fijé mi mirada en la suya, sumergiéndome en el océano de emociones que este poseía y, a su vez, dejándome balancear por las olas de dolor que de apoco nos alejaban.

—Te amo, Camille —susurré, besando nuevamente su boca con ansiedad—, por favor no lo olvides. Por favor ya no huyas de mí... —supliqué con demasiada congoja.

—No huyo, solo hago lo mejor para los dos... —respondió, cerrando los ojos y luchando por nivelar su respiración. Entorné los ojos, y siendo sabedor de que, si inquiría de más, las respuestas podrían no gustarme, lo hice.

—¿A qué te refieres con lo mejor para los dos? —cuestioné con reproché.

—A esto... —Nos señaló a ambos—..., a todo lo que ha pasado en las últimas semanas. Y a



que jamás, *jamás*, hubiesen sucedido si yo desde el principio me hubiese ido o si tan solo nunca hubiera venido a este lugar —respondió. Sacudí la cabeza en una negativa, tratando de callarla porque temía mucho el rumbo de esa conversación.

—Tú no sabes lo que estás diciendo... —Me levanté de golpe, importándome un demonio el hecho de que estaba operado.

—Brandon, escúchame —pidió, con voz inestable—, por mi culpa estás así, por mi culpa casi... Dios, ¡casi mueres! —exclamó. Llevé una mano a mi cabeza, no daba crédito a todo lo que ella decía. Me estaba matando y ella no se daba cuenta de eso—. Y no me quedaré aquí solo para ver cómo ese maldito te vuelve a hacer daño. ¡No lo voy a permitir!

—No lo hará, Camille. Las autoridades están detrás de él. ¿Por qué no lo entiendes? —dije, en un vano intento de persuadir la decisión que, en su mente, ya se había cimentado. Soltó una risa amarga, llena de sarcasmo. Sacudió la cabeza.

—Tú no lo conoces como yo y no sabes lo astuto que es, lo malvado que puede llegar a ser con tal de salirse con la suya. Todos aquí corren peligro: Lucy, Mishelle, tu abuelo, Charles, ¡todos! —Elevé ambas manos, sacudiéndolas levemente, pidiéndole que se callara, que ya no..., que ya no me torturara más.

Caminé como un león enjaulado, me sentía impotente, culpable y con la moral por los suelos. Ya que, ¿cómo le iba a pedir que se quedara cuando no tenía la seguridad de que de verdad iba a poder protegerla?, ¿cómo podía arriesgarme una vez más?, además cabía la posibilidad que lo que decía era cierto, ¿y si ese tipo hacía algo y en esa ocasión si nos hacía algo irreparable?

No obstante, yo estaba dispuesto a hacer todo, *todo* lo que estuviese en mis manos. Estaba dispuesto a dar *todo* por ella y por mi familia, ¿tan poco valía eso para que ella aceptara quedarse? Apoyé mi cabeza sobre la helada pared blanca, tratando de recobrar fuerzas, pensando en una forma de convencerla de confiar y buscando esa seguridad que, en esos momentos, la sentí tambalear.

—Podremos vencerlo, estoy seguro. Si estamos juntos lo haremos. Confía en mí... —supliqué, acercándome de nuevo a su cama. Entonces en ese instante sus ojos me miraron con suspicacia, ella no confiaba en mí, ella ya no creía en mí y esa fue la última estocada, la que derribó todo lo que, en esos meses, habíamos construido.

—Eso ya me lo habías prometido, Brandon. Y mira lo que pasó, en cómo estamos ahora. —Un suspiro roto brotó de mi garganta, «*ella tiene razón, Brandon*», murmuró mi consciencia. Agregó —: Ya lo decidí, así que acéptalo y hazlo más fácil para los dos..., o me veré obligada en hacerlo en contra de tu voluntad y te juro que voy a desaparecer. —Sacudí la cabeza, ella no podía hacerme eso, ella..., «*si puede hacerlo y lo hará si no lo aceptas*», espetó la voz en mi cabeza. Elevé el rostro, tratando de contener las lágrimas.

—Por favor no nos hagas esto, Camille —supliqué, tratando de mostrarme sereno, sin embargo, fracasando sin remedio.

Hice mis manos puños, enterrándome las uñas en la piel, tratando de liberar un poco de tensión. Lo peor de todo era que no me sentía con la solvencia moral, ni con la seguridad necesaria para obligarla a que se quedara; no obstante, pensar en el hecho de perderla me volvía loco y me impedía la facultad de pensar con la razón.

Negó con la cabeza.

—Ya lo decidí y lo que después suceda..., está en tus manos —murmuró. Pasé el dorso de la mano por mi cara con rabia, limpiando las lágrimas que ya habían comenzado a salir. Me sentía patético, pero me importaba una mierda. Porque lo único que podía pensar era en lo injusta que

Camille estaba siendo, en lo poco que le importaba dejarme.

—Mírame —exigí. Alzó la cabeza y lo hizo, seguridad y determinación había en sus ojos. «*La perdí*», contemplé horrorizado—. Me estás matando con todo esto, Camille. Y es que, ¿cómo quieres que te deje ir tan fácil si eres la mujer que amo, por la cual he luchado todo este tiempo?! —exclamé con mi voz irremediadamente rota. ¡Dios!, odiaba ver como ella, con tanta facilidad, echaba todos esos meses a la borda sin miramientos, sin contemplaciones, pensando solo en ella, dejándome de lado. Tomé una corta inhalación, entonces añadí—: No lo haré, Camille. Así que no me pidas que te deje ir, no cuando te he dado todo. ¡Maldición!, ¡reacciona!, no siempre huir es la salida más fácil. Y..., y yo... —Alcé mis manos, en señal de rendición, sacudí levemente la cabeza, tratando de calmarme y no decir algo de lo que después pudiera arrepentirme—..., regresaré en otro momento. Cuando esas ideas locas se hayan ido de tu cabeza, porque una cosa te advierto: no me rendiré. Porque me amas y eso me basta para pelear, por los dos, *si es preciso*.

Giré sobre mis pies y salí de la pequeña y asfijante habitación. Dejando atrás a una Camille destrozada, porque esa decisión no solo me causaba daño a mí, sino a ambos. Y por lo mismo, lucharía hasta por encima de todos, incluso de sus demonios. Me lo juré ese día.

Porque ella era mi vida y yo era suyo, completamente suyo.

El resto de ese día no tuve el valor suficiente para acercarme a la habitación de Camille; me encontraba agotado, *cansado* de fingir fortaleza y entereza, cuando en realidad estaba desmoronándome de a poco. Porque, ¿para qué seguir engañándome? Nuestra relación pendía de un hilo, el cual amenazaba con desprenderse en cualquier momento y acabar con lo que teníamos. Ese mismo día, el doctor me dio de alta, así como me comentó que en un par de días se lo daban a Camille. Y el tiempo corría, se iba de mis manos sin misticismos.

Por la noche —*antes de marcharme a casa, ya que por consejo del doctor al menos esa noche debía descansar bien*—, pasé por la habitación Camille. Decidí, luego de un gran debate conmigo mismo, que no podía marcharme así, que mi terror por perderla no podía cegarme. Llamé a la puerta, ella pronunció un débil *pase adelante* y al entrar de lleno a la habitación, ella estaba hecha ovillo sobre la cama. Me partió el corazón, ella sufría, al igual que yo, si no es que más.

—Hola, ¿cómo estás? —pregunté, dando unos tímidos pasos, tanteando la situación y midiendo su reacción.

Mi novia, porque aún lo era, elevó el rostro, develando sus ojos hinchados y rojos. Solté un suspiro cansino, ocultando la mirada cuando la vi limpiarse las mejillas. Todo lo que estaba pasando, tal parecía que iba de mal en peor, y estaba acabando con nosotros, a punto de exceder nuestra capacidad de resistencia.

—Mejor, ¿ya te vas? —cuestionó, mirándome de la cabeza a los pies, ya no vestía la ropa de hospital. Ladeé mi boca y di un leve asentimiento.

—De hecho, venía a desearte una linda noche y a decirte que vendré mañana por la mañana — dije, mirándola con intensidad, tratando de entenderla y buscando la forma de llegar a un acuerdo. Porque no quería perderla, no *quería* alejarla más de lo que ya estaba. Abrí mi boca, sin saber con exactitud qué decir, varios segundos después—: Mi madre se quedará contigo esta noche, ¿de acuerdo? No estás sola, Camille —dije, sonriendo a boca cerrada, sin saber qué más hacer o decir.

—Estaré bien, ve a descansar..., lo necesitas —dijo, regalándome una sonrisa por demás plana. Solté un suspiro lleno de frustración, terminé la distancia física que había entre nosotros, y

besé su frente, prologando más de lo necesario el contacto.

—Solo recuerda que mi corazón es tuyo y que te amo como jamás amaré a alguien —susurré, y aferrándome a un rayo de valentía, bajé a sus labios y posé mi boca por cortos segundos. Salí de esa habitación como alma que lleva el diablo, ya que no quería cometer más locuras. No deseaba tensar, de sobra, el hilo que nos unía. Y solo esperaba que el tiempo, el poco que quedaba, le ayudara a reflexionar para renunciar a esa decisión que había tomado.



El día en que le iban a dar el alta llegó tan rápido y en parte me alegraba, pero por el otro lado estaba el hecho de que no había logrado hacerla que cambiar de parecer. Y para ese punto, me encontraba más que desesperado y sintiendo como el abismo que entre nosotros había, se extendía con cada día que pasaba. En ese momento, Iba en el auto con Antonio y dentro de mí se liberaba una batalla campal entre: la emoción de verla y el terror de lo que estaba por pasar.

—¿Has hablado con ella? —preguntó con cautela y mirándome de reojo. Solté un largo suspiro cargado de emociones y sacudí la cabeza.

—No..., ella está cerrada en que marcharse es lo mejor que puede hacer. Y yo..., ya no sé qué hacer para retenerla. Siento que cada vez que luchó por mantenerla a mi lado, la alejo y eso me está volviendo loco. —Froté mi rostro con fuerza. Esa era la primera vez, en esa última semana, que hablaba con alguien sobre lo que estaba pasando. Y por sorprendente que parezca, había sido tan fácil abrirme con él.

—Entiendo... —Volví a verlo, inmediatamente hizo una mueca con sus labios, como sopesando si hablar o no, lo alenté a hacerlo con una mirada—. Sé que no va a parecerte lo que estoy por decirte pero..., si ya sabes que ella quiere marcharse, ¿por qué no la ayudas a que lo haga? —Mis ojos se abrieron con sorpresa y mi pecho se contrajo, ¿acaso estaba loco? Me regaló una sonrisa condescendiente—. Lo que quiero decir es que..., no puedes retenerla a la fuerza, Brandon. Solo ponte en sus zapatos, se siente culpable y tiene miedo de que ocurra otra desgracia, y por lo mismo, está desesperada por intentar salvarte de alguna manera y lo hará aun cuando ese implique alejarse de ti.

—Pero no fue su culpa... —refuté y él estuvo de acuerdo.

—¡Por supuesto que no, hijo! La culpa de todo lo que ha pasado no es de de ella, ni tuya. Sin embargo, ella no cree eso y no lo entenderá de un día para otro. Así que yo creo que lo más sano para ambos es que la apoyes y veles por *su* bienestar. No cometas un error al cerrarte por el enojo o movido por el miedo. Porque si ella te ama tanto como yo estoy seguro que lo hace, ella va a volver a ti. —Cerré los ojos, tratando de asimilar todo lo que *mi abuelo* acaba de decirme. Y es que tenía razón, yo estaba siendo muy egoísta, no obstante, dolía tanto imaginarla lejos. Le dio un leve apretón a mi hombro izquierdo, agregó—: Entonces aunque suene trillado pero, por todo el amor que le tienes, debes dejarla ir. —Di un leve asentimiento, él tenía toda la razón—. Solo no tengas miedo y déjala sanar por sí misma, porque ya es tiempo que lo haga, así como tú debes de asimilar que no siempre estarás para salvarla, pues hay luchas que son personales.

Suspiré apesadumbrado; la amaba, ¡Dios!, la amaba tanto, que solo pensar en tenerla lejos..., tambaleaba mi mundo, pero estaba siendo muy, *muy* egoísta. Pero no podía evitar torturarme pensando en, que si en esos momentos la sentía lejos, ¿qué sería de mí cuando hubieran miles de

kilómetros de por medio? Sería agónico, torturador, pero, aún en contra de mis deseos, me insté a pensar en ella.

Le dediqué una sonrisa a Antonio en forma de agradecimiento, porque le debía tanto y no me alcanzaría la vida para resarcir todo el daño y el tiempo que perdí. Empero, esperaba que ahora que vivíamos en su casa —por motivos de seguridad—, nuestra relación se fortaleciera y los días subsecuentes ayudaran a recuperar el tiempo perdido.

No dije nada durante el resto del camino; solo divagué en mis pensamientos, torturándome un poco, imaginando miles de escenarios en donde me encontraba solo, sin su estela colonizando mis pulmones, sin su risa erizando mi piel, sin sus labios sobre los míos provocando explosiones en mi interior. «*Deja de hacerte esto, Brandon. Camille te ama, ella volverá a ti*», ¡Dios!, quería creer eso, porque de lo contrario, dolía, dolía *mucho*.

Entré al hospital, sintiéndome extrañamente triste pero a la vez resuelto, esperanzado. Aferré el aza del bolso que llevaba sobre mis hombros, con algunos artículos personales de Camille. Anduve por los largos pasillos, intentando arreglar la maraña que había en mi cabeza, el entretejido de emociones y sentimientos contradictorios que había en mi pecho. Buscando, desesperadamente, claridad para poder tomar la mejor decisión, para ella, *para los dos*.

Llegué hasta su habitación, pero antes de entrar, respiré profundamente e ingresé. Saludé al doctor, el cual salió y se fue con mi abuelo —*luego de inquirir en cómo me sentía*—, para hablar sobre el pago de la cuenta, cuestión que también me tenía nervioso, le debía tanto.

Cuando nos dejaron solos; la observé en silencio, se miraba mucho mejor, *tanto* que los recuerdos de los días anteriores, parecían más un mal sueño que una realidad que *casi* acabó con nosotros. Elevé las comisuras de mi boca en una sonrisa y aclaré mi garganta, llamando su atención. Y tan pronto me miró, con aquellos ojos asombrosamente hermosos, reiteré que velar por su bienestar era lo que *tenía* que hacer, aun por encima de mí mismo.

—Hola, Ángel, ¿lista para salir de este lugar? —pregunté, sonriendo y maravillándome con el cambio que hubo en su iris al escucharme llamarle *Ángel*.

—Sí, muy lista —respondió, sonriendo con timidez pero era un gesto sincero. Di un leve asentimiento.

—Te traje ropa limpia y otras cosas más que mi mamá te manda —expuse, acercándole el bolso.

—Muchas gracias, Brandon. —La tomó y comenzó a sacar algunas prendas de vestir, para luego levantarse y caminar en dirección del baño.

Cuando escuché el sonido del pestillo siendo puesto, solté un largo suspiro. Apoyé mi espalda en la pared y mis ojos viajaron por toda la habitación, recordando los primeros días que Camille pasó ahí y en cómo se encontraba: *tan* frágil, *tan* dañada y triste. Así como en lo sombría que era su expresión y el dolor de su mirada. Ella, más que nadie, había vivido un infierno todo ese tiempo, y yo..., yo no había hecho nada para disminuir su pesar, al contrario, pasé todo el tiempo presionándola, y haciéndole ver lo egoísta que era en querer irse.

¡Había sido tan imbécil! Ya que su intención *siempre* fue protegernos, a mi familia y a mí, aun por encima de su dolor, ella *siempre* eligió cuidarnos.

En el momento que escuché el chillido de una puerta abriéndose, me erguí en mi lugar y traté de poner mejor cara. Era Camille, quien salía ataviada con un vestido que se ajustaba en ciertas partes del cuerpo y que en otras caía con gracia, era tan hermosa y ella apenas y lo notaba. Mi novia me dedicó una mirada divertida, lo cual me sacó de mi estupor.

Me acerqué y tomé el bolso, ella me regaló una sonrisa, le ofrecí mi brazo y Camille lo tomó

gustosa. Y luego de unos trámites, nos marchamos a la casa de mi abuelo.

Nos adentramos a la habitación que había sido previamente preparada para recibirla y la cual era mucho más grande que mi antigua habitación, más espaciosa y con todo lo necesario para ella. La ayudé a acomodarse sobre la cama, seguido me senté a su lado, tomé una de sus manos y acaricié el dorso de la misma. Sabía que era momento de hablar, empero, me era *tan* difícil pronunciar aquellas palabras que le darían la libertad a sus anchas.

Aclaré mi garganta y giré la cabeza para verla; sus ojos, más verdes que celestes, me sumergieron en el mar tempestuoso que *siempre* fue su mirada y dejándome llevar por ese vaivén de emociones. Solté un suspiro roto, comprendiendo que solo por amor, por *ese amor* que sentía por ella, sería capaz de dejarla ir y a pesar de todo lo que implicaba.

—Camille..., he estado pensando en lo que me has dicho... —dije, con voz insegura e hizo un leve asentimiento, invitándome a continuar—: Y yo..., yo quiero decirte que te apoyaré. —Humedecí mis labios, tomándome de otro par de segundos—. Porque si lo que deseas es irte, no te detendré, ¿de acuerdo? Ángel, te amo demasiado como para retenerte a mi lado y porque yo..., desde un comienzo lo que siempre he deseado ha sido verte feliz, *libre* y no voy a ser un impedimento para que no lo seas. Pero solo te voy a pedir algo: por favor, *no olvides* que te amo demasiado y que te estaré esperando —murmuré con voz inestable. Cerré los ojos, tratando de evitar que salieran las lágrimas que quemaban detrás de ellos. Sin embargo, tan pronto sentí la calidez de su palma en mi mejilla, el llanto brotó.

—Gracias, Brandon, muchísimas gracias... —susurró, para luego abrazarme con mucha fuerza. L envolví con mis brazos, absorbiendo ese momento y guardándolo para luego atesorarlo por siempre—. Y no te preocupes de nada, amor. Regresaré, te lo prometo.

Rompí el abrazo y tomé su rostro entre mis manos, limpié la humedad de sus mejillas, y ladeé mi boca en una sonrisa. Seguido sentí la seguridad en su promesa. Porque le creía. Todo vestigio de duda desapareció y solo quedó confianza. Sus ojos me miraron con adoración, agradecimiento y amor.

Deslicé mis dedos hasta su boca, trazando una caricia en su labio inferior y provocando que soltara un suspiro de antelación. Mi corazón, en ese momento, aceleró su marcha y el deseo estiró sus hilos hasta envolvernos. Mis ojos se enfocaron en su boca entreabierta, deglutí saliva con dificultad, tratando de aligerar el nudo que yacía en mi garganta.

—¿Puedo besarte? —cuestioné con voz queda, concibiendo una urgencia apremiante de sellar su promesa de esa manera. Sacudió la cabeza.

—*Siempre*, Brandon —murmuró, cerré los ojos una fracción de segundo, deleitándome en la calidez de su aliento. Y si mayor preámbulo uní nuestras bocas; acaricié cada uno de sus labios, tratando de memorizar el sabor y su textura, *todo*, porque no sabía cuánto tiempo pasaría para volver a sentirlos.

Ese beso estuvo cargado de dolor, de esperanza, amor y necesidad. Abrimos nuestras bocas y, en ese mismo instante, nuestras lenguas salieron en su búsqueda, palpándose, acariciándose y saboreándose. Segundos después, o bien pudieron ser minutos, me detuve.

—Debes descansar, amor —murmuré, depositando un último beso en sus labios.

—Está bien, qué descansas. —Asentí, entonces justo cuando estaba por levantarme, me detuvo—. Por favor no olvides que te amo. —Sonreí.

—Jamás, mi Ángel.

Bajé a la estancia, siguiendo las risas que se escuchaban y que me guiaron hasta la sala de

estar. Ahí estaban Lucy y Antonio, ambos jugando y riendo animadamente. En cuanto me vieron me invitaron a acompañarles. Algún tiempo después, enviaron a mi hermana a dormir y yo decidí aprovechar ese tiempo a solas con mi abuelo para comentarle sobre mi decisión, misma que había tomado gracias a él.

Asimismo, debo confesar que convivir a diario con él estaba ayudando a que nuestra relación se volviera estrecha con mayor facilidad y rapidez. Desayunábamos juntos, luego me preguntaba sobre los trámites para la universidad y cuando él regresaba de trabajar nos íbamos al jardín a tomar café o jugábamos con Lucy.

—Hablé con ella... —murmuré. Dio un leve asentimiento, invitándome a seguir. Solté un suspiro, agregué—: Le dije que la apoyaría en todo, porque creo que tenías razón: ambos necesitamos sanar y recuperarnos de todo lo que ha pasado, pero sobre todo ella... —dije, Antonio estuvo de acuerdo.

—¿Qué te digo? No puedo imaginar lo doloroso que está siendo para ti tomar esta decisión, pero eso habla muy bien de ti y del amor tan fuerte que tienes por ella.

—Yo solo espero haber aceptado y que esto sea lo mejor —confesé con pesar. Porque me aterraba pensar en que ella sanaría y se recuperaría, lograría convertirse en esa asombrosa mujer era, no obstante, ya no regresaría.

—Lo hará —afirmó, con seguridad—. ¿Pero sabes?, estaba pensando y para que te quedes más tranquilo, pensaba ofrecerle a Camille mi ayuda. Tengo unos amigos en *México* que podrían cuidarla en lo que ella se recupera.

—¿De verdad? —pregunté, asombrado y, en efecto, más tranquilo. Asintió con efusividad.

—Lo que sea por ustedes —respondió, sonriéndome con sinceridad. Entonces lo abracé, algo que antes jamás me habría permitido hacer.

—Muchas gracias, de verdad.

—Hablaré con ella, ojalá y acepte.



Una semana había pasado ya y para esos días; con Camille estábamos en una tensa paz, digo tensa, porque el hecho de saber que su compañía era momentánea, no me permitía disfrutarla como me habría gustado.

Llevábamos alrededor de quince minutos caminando en completo silencio; aunque yo sabía que ella quería decirme algo, solo que no se atrevía y por lo mismo, me hallaba muerto del miedo.

—Creo que tú ya sabes lo que el señor Antonio me propuso. —expuso, sacudí la cabeza.

—Sí, ¿y aceptaste? —cuestioné.

—Sí lo hice, no puedo desaprovechar la oportunidad que él me está dando —dijo sonriente. Camille se refería al hecho de que Antonio se estaba encargando de todo el papeleo para que ella pudiera viajar sin problema y darle asilo político. Asió mi antebrazo, llamando mi atención—. Pero no iré a *México* —aclaró, de inmediato frunció el entrecejo—, quiero ir a *El Salvador*, a buscar a mi familia. *Quiero* revivir aquellos días en los que todo en mi vida iba bien. —Tomó mi mano y añadió—: Pero no temas, yo lo único que quiero es encontrarme, quiero volver a ser aquella chica sonriente y feliz, esa que tenía deseos de vivir. Porque solo así podré amarme y amarte como te lo mereces, sin inhibiciones, ni miedos. Porque volveré, Brandon. No tienes que

preocuparte por eso, porque te prometo que cuando regresé: seré otra, una Camille mejorada, ¿sí?

»—Y porque a mí también me cuesta irme, aunque quizá estos días he demostrado lo contrario, pero me duele igual o más que a ti. Dejarte es de lo más doloroso que me ha pasado. Tú fuiste el único que logró hacerme salir de aquella lúgubre oscuridad en la que me encontraba, que me hizo volver a ver diferente la vida. Y me aterroriza alejarme de esta seguridad que me haces sentir. Sin embargo, ya no deseo vivir con miedo, anhelo ser otra. —Tomó mi cara entre sus manos y me hizo verla—, mi corazón es tuyo, ¿comprendes?

—Lo haré, te juro que lo haré. —La atraje y la envolví entre mis brazos.

## CAPÍTULO 31 Represalias

Una semana había pasado desde que Camille se había ido del país. Y en mi memoria todavía se sentía todo muy reciente, como si minutos atrás hubiese sido la última vez que la vi o que la toqué. No obstante, aunque había un vacío muy grande en mi pecho, me hice a la idea de que ella estaría bien y al fin sanaría todas esas heridas que aquí —*junto a mí*—, no pudo suturar del todo. Además, el memorar su promesa me ayudaba mucho a proteger la confianza, así como me ayudaría a soportar todo lo que sobreviniera. Tenía —*debía*—, seguir por ella, pero sobre todo por mí.

Y confiaba en que todo ese *amor* que sentíamos iba a ser lo suficientemente fuerte como para enfrentar y vencer todo lo que se avecinaba: dolor, temor, necesidad, desesperación, impaciencia. Confiaba en *ese* sentimiento que nos unía y había permanecido a pesar de todas las barreras que ambos interpusimos.

Asimismo, debía avalar que: ayudar a que Camille a que se fuera del país, había sido la mejor decisión. Ya que con ella lejos, tenía la completa certeza de que estaba bien y a salvo, sobre todo en esos momentos, en los cuales, lo peor se acercaba. Porque tan pronto nos informaron que Camille estaba con su familia paterna; con mi abuelo comenzamos a lo que llamamos: “*la cacería*”. Pues ambos estábamos decididos a hacer todo lo que estuviese en nuestras manos para atrapar a Pedro y refundirlo en la cárcel.

Y dado que no confiábamos en la policía; contratamos a una agencia de investigadores profesionales, quienes se encargarían de averiguar por su cuenta todo lo que nos diera indicios del paradero de ese sujeto. Y, en un principio, se nos dificultó el dar con pistas de su posible paradero, ya que era muy astuto, sabía moverse sin levantar sospechas y desaparecer sin dejar huellas, o al menos huella no tan fáciles de encontrar.

No obstante, no me detendría hasta hacerlo pagar por todas y cada una de las lágrimas, maltratos y humillaciones que, no solo le hizo al amor de mi vida, sino a todas las mujeres en que se osó a tocar. Porque ese tipo era un monstruo, porque un ser humano de verdad, *jamás* lastimaría a alguien más. Y porque nadie tiene el derecho de dañar y de oprimir a otra persona, mucho menos a una mujer. Porque no es de hombres hacerlo.

Íbamos por la tercera semana de agosto; prácticamente la universidad había comenzado, sus cursos de inducción, la orientación y demás. Entonces aunado a toda la situación legal de Camille y la casería de Pedro, apenas y tenía cabeza para pensar en otras cosas. Como por ejemplo: lamentarme más que todo.

Pero frente a toda esa maraña de problemas, contar con todo el apoyo de mi familia y de Charles me había servido mucho para no hundirme en la soledad y desesperación. Y no podía sentirme más agradecido con ellos, por ejemplo Charly: había pospuesto su pasantía para poder ayudarme con las investigaciones y para que no cargara con todo yo solo.

Con respecto a las averiguaciones; estas iban avanzando —o era lo que creíamos.

Una semana atrás, el equipo de investigación había salido hacia el estado de *Miami*, donde se creía que podía estar Pedro. Ya que ese estado era donde se llevaba a cabo la trata de blancas y menores, *Miami* era la casa de los burdeles y el tráfico de drogas.

Justo en la tercera noche que llevaban en las periferias de la ciudad; el grupo de investigadores



junto a otro de policías del FBI, armaron un plan y salieron de forma encubierta rumbo a los principales burdeles, pero no obtuvieron mayor información. Mi abuelo y yo seguíamos los operativos desde *Greenville*, pendientes de cada informe, pensando y tratando de descifrar una que otra pista, algún detalle que se nos pudiera estar escapando, pero siempre terminábamos en callejones sin salida, con cabos que nos eran imposibles de atar, sobre todo con incoherencias que nos hacían sospechar.

Los días siguieron avanzando; parecía que esos tipos se desvanecían en el aire y todo eso se debía que ellos conocían a mucha gente y manipulaban a varias personas pertenecientes a la policía, lo cual les facilitaba el poder escabullirse con libertad, sin problemas o complicaciones.

—Creo que estamos siguiendo una pista fantasma —comentó Charles, acabañado de leer el último informe. Sostuve mi barbilla, yo tenía la misma sospecha y porque había algo en ese informe que no cuadraba con la versión que nos dio uno de los oficiales del FBI—. Yo creo que nos están llevando a otro callejón sin salida. —Lo miré expectante y le pedí que continuara, ojeó otra vez las páginas y añadió—: No sé... ¿sabes?, tengo la impresión que estamos siguiendo pistas falsas, *rastros* que ellos quieren que sigamos. No estamos viendo a profundidad, Brandon y algo se nos está escapando —afirmó.

Llamamos a mi abuelo y lo convencimos de que lo mejor era que los “investigadores” regresaran y nos reuniéramos con ellos para conocer los—*inexistentes*—, avances. Además, era absurdo que él siguiera gastando *tanto* dinero y no obtuviéramos ningún resultado en casi un mes. Antonio accedió, confesándonos que pensaba igual que nosotros, lo cual me hizo sentir entre enojado y preocupado, porque temía no encontrar a Pedro. Ya que para ese momento, hallar alguna huella de su paradero había sido como buscar a tientas en la oscuridad.



Dos días después el jefe del operativo se reunió con mi abuelo y conmigo. Lo interrogamos y sus respuestas eran las mismas de siempre.

—Estamos por atraparlo, confíe en nosotros. —Sacudí la cabeza en una negativa, ¡no le creía ni una sola palabra! Solté un bufido, ¿acaso nos creía estúpidos? ¡Yo no iba permitir que nos siguiera tomando el pelo! Mi abuelo me dedicó una mirada pidiéndome que me calmara y traté de hacerlo.

—Comprendo —respondió Antonio, estoico. Aguanté la respiración, temiendo que lo hubiesen convencido. Cuando estuve por refutar, hizo una mueca con sus labios de fingido pesar, agregó—: Muchas gracias por su trabajo, agente. No obstante, ustedes prometieron resultados pronto y, hasta el día de hoy, todos y cada uno de los informes que nos han hecho llegar están llenos de *nada*, de evasión tras evasión, excusa tras excusa. Y como sabrá, no estoy pagando un cinco por sus servicios, y por ello estoy en todo mi derecho de prescindir de sus servicios, puesto que han fallado con el arreglo que pactamos en un comienzo.

—Señor O'Donnell... —Mi abuelo hizo un ademán con su mano, pidiéndole que no siguiera.

—Afuera lo espera mi secretaria con el cheque que finiquita todo. Muchas gracias, puede retirarse. —Presté total atención a los gestos de ese hombre, no estaba feliz, al contrario, se le miraba preocupado y nervioso. Entoné los ojos, ese tipo nos ocultaba algo. Cuando nos quedamos solos, mi abuelo soltó un suspiro cargado de frustración—. Estos sujetos creen que me tomaran el

pelo —comentó. Entonces sin esperar una respuesta de mi parte, tomó su teléfono y le pidió que lo comunicara con un tal Fabrizzio—. ¡Amigo!, ¿cómo te encuentras? —Me senté en uno de las sillas que estaban frente a su gigantesco escritorio y lo vi andar por su oficina. Esa era la primera vez que iba a su empresa, era asombrosa.

»—Pues quería molestarte con un favor. ¿Podrías pasarme el contacto de la agencia de investigadores que me comentaste? —Un par de segundos pasaron, cuando se acercó a su escritorio y anotó un número telefónico y un nombre en su agenda—. Muchas gracias, Fabrizzio, salúdame a tu esposa e hijos. Seguimos en contacto, sí..., adiós.

—¿Contratarás otro agente? —pregunté, pero era retórica.

—De hecho, vamos a contratarlos justo ahora. —Marcó en su teléfono y esperó—. Buenas tardes, habla el señor Antonio O'Donnell, el señor Fabrizzio Recinos me brindó su teléfono y quería saber si, ¿podíamos agendar una cita los más pronto posible? —Anotó nuevamente en su agenda y segundos después colgó. Giró a verme y seguramente mi cara demostraba la confusión que sentía—. Hijo, estoy plena y completamente seguro de que la agencia anterior fue comprada por ese sujeto. —Mis ojos se abrieron, ¿tanto así? Ladeó sus labios en una sonrisa.

—Pero, ¿cómo sabes que esta agencia si nos dará resultados? —cuestioné, un poco confuso.

—Porque a mi amigo lo sacaron de un apuro peor. Verás, tiempo atrás, a él la persona que menos imaginó intentó hacerle un fraude e inculparlo, y al no poder salirse con la suya quiso arremeter contra la vida de Fabrizzio y la de su familia. Mi amigo contrató a esta agencia y ellos averiguaron de dónde venían todas esas amenazas y ataques. ¿Y a que no adivinas quién fue? Era su propio hermano, Brandon.

—¿Qué?!, ¿su propio hermano? —Ratificó, ¡mierda!, sin duda alguna que la maldad de la gente podía llegar a niveles inverosímiles.



Al siguiente día, desde muy temprano, emprendimos camino hasta las afueras de la ciudad, a un pueblo llamado *Kinston*, pues la cita estaba para las ocho de la mañana en una taberna del lugar. Nos bajamos de la camioneta e inmediatamente los escoltas que nos acompañaban rodearon el lugar, minutos después, cuando confirmaron que no existiera peligro alguno. Entramos y en el fondo se encontraba un señor alto y moreno, de compleción gruesa y fuerte, vestido en un traje negro.

—Buenos días, soy Antonio O'Donnell y él es mi nieto Brandon —presentó, procedimos a estrecharnos las manos.

—Mucho gusto, soy el investigador Wilson. Por favor tomen asiento. —Nos sentamos e inmediatamente llegó la mesera a ofrecernos el menú, nos limitamos a pedir unas bebidas—. Entonces ustedes dirán para qué necesitan nuestros servicios. —Antonio dio un leve asentimiento y comenzó a narrarle sobre lo que queríamos: el paradero de Pedro, el jefe de un gran cartel de tráfico de drogas, trata de mujeres y explotación sexual. Cuando mi abuelo terminó de decirle todo o más bien decirle que no sabíamos nada más, el señor guardó silencio por un par de segundos—. Entiendo perfectamente, solo debo informarles que de encontrarlos nosotros, procederemos a entregarlo a las autoridades.

—Eso no será ningún problema para nosotros. Nosotros lo único que queremos es encontrarlo

lo más rápido posible, echarle una mano a las autoridades porque como se imaginará, ellos no han contado con tanta suerte —ironizó Antonio.

—Bien, no hay más que hablar. Solo debemos firmar un contrato de confidencialidad y en donde nosotros nos comprometemos a darle resultados en un periodo de tiempo que debemos de determinar.

Cuando la reunión terminó; se acordó que el lapso sería máximo un mes, en el cual debían darnos resultados favorables, pues de suceder lo contrario la reputación de esa agencia quedaría en entredicho.

Pronto todo comenzó a tomar su debido curso y una semana después de nuestra reunión, en un día viernes, recibimos el primer informe del investigador, y en donde nos mostraba información —*de una fuente confiable*—, que afirmaba que Pedro se encontraba en *Texas*. ¡Y me vi sumamente tentado en comentarle a Camille sobre los avances!, pero el investigador Wilson nos reiteró que lo mejor era extralimitar nuestra comunicación con ella, para evitar que la ubicación de mi novia se filtrara y llegara a malos oídos.

Y ya llevaba un mes sin saber nada de ella y para entonces la extraña con demasiada; sin embargo, el estar ocupado en seguir la pista al traficante de Pedro y estudiar, me había ayudado a canalizar mi energía y centrar mi atención. Además, sabía que entre más rápido lo hiciéramos caer, más rápido Camille regresaría sin presunción de peligro. Era tortuoso, pero entendía que: ella necesitaba su tiempo y necesitaba tiempo para poner todo en orden.



Estábamos a mediados de septiembre y durante las semanas pasadas habíamos estado recibiendo informes de la agencia, los cuales eran muy prometedores. Cada vez estábamos más cerca. Ya solo era cuestión de días —*según lo que ellos nos decían*—, para dar con él y dar parte a las autoridades —*interpol*—, y que ellas terminaran de encargarse. Todo parecía ir viento en popa, demasiado bien para ser cierto.

Un lunes, a mediodía, iba saliendo de mi última clase en la universidad, anduve por los pasillos, en dirección del jardín central en donde había quedado de verme con Charles para ir a comer juntos. Asimismo, había pasado todo el bloque de clases con una conmoción extraña en el pecho y sintiendo como algo se había atorado en mi garganta, y las meras sensaciones no me agradaban, porque algo no se sentía *bien*.

Y nuevamente recordé aquella tarde, cuando Pedro se comunicó con Camille y todo comenzó a irse al carajo.

Solté un suspiro cargado de frustración, sentía que me estaba ahogando. Pero cuando puse un pie en el concreto, mi teléfono comenzó a vibrar en el bolsillo de mi chaqueta. De inmediato un sudor frío recorrió toda mi espina dorsal, entorné los ojos, estiré el cuello de mi camisa y atendí. Era mamá.

—Hola mamá, ¿sucede algo? —cuestioné extrañado, porque el hecho de que ella me marcara era atípico, a menos que algo estuviera pasando. *Dios, ¡no!*

—Mi cielo —murmuró, un par de segundos después añadió—: Por favor no vayas a alterarte. Pero Antonio..., a tu abuelo atacaron... —Mi mundo entero se tambaleó y parecía que el destino estaba empecinado en hacerme pasar malos ratos, en mofarse a cuestras mías. La respiración se atascó en mi tráquea y el pecho se encogió un par de centímetros. «*No, no, esto no puede estar*

*pasando*». A lo lejos escuché la voz de mi mamá, la cual me exigía que le respondiera—. Él está bien, Brandon. Gracias al cielo no fue muy grave.

—¿Dónde... dónde está? —Fue lo único que pude hilar para decir.

—En el mismo hospital en que los atendieron a ustedes —informó.

—Yo..., yo voy enseguida —respondí.

Sintiendo como todo seguía desmoronándose a mi alrededor y yo solo podía ser un simple espectador; una víctima de todas esas *represalias* que ese tipo estaba tomando en contra de mi familia, en mi contra. Porque estaba seguro que detrás de todo *esto*, estaba ese hijo de puta. Terminé la distancia que me separa del lugar donde Charles aguardaba por mí y de forma atropellada le dije todo de lo que acaba de enterarme. Salimos inmediatamente hacia el hospital.

Y mientras nos conducíamos a ese sitio —*que me traía tantos malos recuerdos*—; mi mente se atestó de ideas descabelladas, ideó escenarios fatalistas, lo cual estaba acabando con la poca tranquilidad y seguridad que había reunido en las últimas semanas. Charles pasó todo el rato intentando alentarme, repitiendo una y otra vez que Antonio estaba bien. Sin embargo, no estaría tranquilo hasta verlo con mis propios ojos.

«Brandon, tranquilízate, él está bien, deja de maquinando tantas ideas fatalistas que no te hacen bien». Pero me era tan difícil no pensar en que había desperdiciado tantos años dándole malos tratos a mi abuelo; despreciando tantas oportunidades que él intentó crear para ambos, no podía evitar sentirme culpable y aterrado en partes iguales.

Llegué hasta la sala de espera de la zona de emergencias, Mishelle estaba hablando con una enfermera, la cual solo tardó un par de segundos para salir a paso veloz de regreso a la habitación en donde lo estaban atendiendo a él y a otro de sus guardaespaldas.

—¿Qué fue lo que pasó? —pregunté, las lágrimas quemaban detrás de mis ojos y mi corazón no dejaba de ser atenazado por una mano invisible. Traté de tranquilizarme al mirarme tan alterado.

—Cálmate mi cielo. Antonio está bien... —dijo, tomando mi rostro entre sus manos. Cerré los ojos una fracción de segundo, «debo creerle», me insté. Volví a verla, esperando por respuestas... al parecer un auto salió de la nada y se estampó de lleno contra la camioneta de tu abuelo. Los conductores huyeron, no se sabe quién lo hizo...

Pero yo sí sabía muy bien *quién* lo había provocado. La ira comenzó a repercutir en mi pecho, el odio, la impotencia y un deseo de justicia se abrió paso en mi interior. Pasé ambas manos por mi rostro, me sentía al límite de mis capacidades mentales. Pero de algo si estuve seguro y era que debíamos ponerle un alto a toda esa situación; *debíamos* ponerle un alto a ese tipo, porque de lo contrario, todos nos exponíamos a graves peligros.

—Pero, ¿dónde está? —inquirí, mirando con aprehensión la sala.

—Él está bien, Brandon —expuso con severidad, apuntando un cuarto que tenía un letrero en la pared que decía: *sala de curaciones*—. Antonio solo tuvo un par de golpes en el dorso, y llevará un collarín por unos raspones en la barbilla y cuello. —Suspiré un poco tranquilo, pero nada bajaba mi enojo, ni el deseo de venganza que comenzaba a manar. Sentí la mano de Charles sobre mi hombro.

—Está bien, tranquilízate —aconsejó mi amigo, señalando mis manos hechas puños y mi quijada tensa. Di un leve asentimiento y traté de mostrarme sereno.

No obstante, ¿a quién no le molestaría que se metieran con su familia? Y es que, toda esa situación parecía que nunca iba a acabar. Primero nos habían atacado a Camille y a mí, provocando que ella se sumergiera de nuevo en toda esa bruma lúgubre y dando como resultado

que se fuera de mi lado. Segundo —y como la cereza del pastel—, habían arremetido contra la vida de mi abuelo.

Y nada, ni nadie me garantizaban que no fuera a pasar algo *muchísimo* peor. Todo era una terrible pesadilla que aparecía no tener fin y que estaba acabando con la poca paciencia que poseía, así como con la tranquilidad de mi familia. Estaban robando nuestra seguridad y el derecho de hacer nuestra vida como cualquier otra persona normal. Porque las consecuencias se extendían hasta en mi hermanita, quien pasaba solo encerrada o a mi madre que había pedido permiso en el trabajo para cuidarla y mi abuelo y yo no podíamos salir sin vigilancia. Y esta no era vida, era un *infierno*.

Me sentía en vilo, a la espera de la próxima estocada. Además, ¿qué más podía hacer un muchacho de veinticuatro años contra un monstruo de gigantescas proporciones? Yo no había vivido en plenitud el lado oscuro de la vida, había sufrido pérdidas y limitaciones pero nada se comparaba a todo lo que Camille había vivido o a *todo* lo que esos tipos estaban haciendo.

Y tenía miedo de no lograr acabar con esos problemas, *tenía* pánico de no ser lo suficientemente astuto, fuerte. Pero sobretodo valiente para defender a mi familia, para cumplir esa promesa que le había hecho a mi padre.

En ese instante, el peso de haberle fallado a Camille se acentuó otro poco en mis hombros. Y un centenar de preguntas se arremolinaron en mi cabeza, provocando que hasta respirar costara. ¿Qué haría si ese tipo regresaba a atentar contra mi vida o la de alguien de mi familia?, ¿qué haría si no conseguía proteger a mi familia? El tiempo corría, avanzaba sin contemplaciones, sin esperar a nadie y yo..., yo *debía* actuar de inmediato, sin escatimar en esfuerzos.

Me alejé un poco, buscando aire para llenar mis pulmones, tratando de serenarme y de pensar con claridad. Minutos después, cuando me encontré mejor, regresé donde estaban Charles y mamá, encontrando también al doctor.

—Le inmovilizamos un brazo porque el hueso se salió de su sitio, ahora solo esperaremos unos resultados y le daremos el alta. —Esperamos pacientes y en una hora nos dejaron verlo. Con cuidado lo ayudé a salir del hospital, sintiendo lo que de seguro él vivió al estar yo en una situación un poco peor.

Al llegar a casa, lo subí a su habitación con ayuda de mi amigo. Mi madre fue a la cocina a preparar comida para alimentar a Lucy, quien jugaba sin darse cuenta de nada, eso me calmaba. Me quedé a solas con mi abuelo.

—Tranquilízate un poco, Brandon. No fue grave, estoy bien, tu abuelo aún es fuerte —dijo. Asentí, pero mi cabeza estaba trabajando a mil por hora.

—Sabes que no fue un accidente, ¿cierto? —cuestioné pero fue más una afirmación.

—No lo sabemos..., quizá sí lo fue.

—¿Y si no?, ¿y si esta fue una advertencia? —señalé exaltado.

—Entonces hay que prepararnos y ponernos alerta, hijo. Si lo que me pasó fue un ataque quiere decir que la investigación va por buen camino y que ahora si nos consideran una amenaza. —«¿Cómo puede ver el lado positivo de las cosas hasta en las peores circunstancias?», pensé mientras lo miraba sorprendido. Iba a decir algo cuando el teléfono sonó, lo tomé a pedido de mi abuelo y contesté.

—Habla el detective Wilson. —Luego de identificarme, añadió—: Hablaba para decirles que tenemos un último informe..., sabemos ya el paradero de *Pedro Rodríguez*. —En ese mismo instante, mi pulso se detuvo y el aire abandonó mi cuerpo. Giré mi cuerpo por completo enfocando a mi abuelo, quien me miraba con el ceño fruncido y a la expectativa. Mis manos comenzaron a

temblar.

—¿Habla en serio, detective? —pregunté atónito.

—Sí, Brandon. ¿Podemos reunirnos? —Le pedí que me diera un minuto y luego tapé la bocina del inalámbrico.

—Tienen un último informe con el paradero de..., él. Y pide vernos —informé, pasándole el teléfono, lo saludó con formalismos.

—¡Qué excelente noticia, señor Wilson!, ¿podríamos vernos hoy por la noche? —preguntó, solté un suspiro entre aliviado por que al fin mirábamos resultados y por el otro lado preocupado por la salud de mi abuelo.

Pasé el resto de la tarde en el jardín; tratando de sosegar toda la ansiedad que me asediaba, la euforia y la esperanza que nuevamente recobraba fuerzas. Y mientras esperaba, pacientemente, el momento de reunirnos con el investigador, traté de mantenerme positivo y con todos mis sentimientos a raya.

Y porque a pesar del trago amargo de ese día, todo comenzaba a valer la pena, como decía Antonio. Solo esperaba que muy pronto toda esa pesadilla empezara a desquebrajarse hasta desaparecer. Cuando la temperatura bajó lo suficiente para calar en los huesos, entré. Me interné en la calidez de aquella enorme casa, la cual en un principio me había parecido ridículamente grande, fría, sombría y sin vida. Pero que con el paso de los días comenzó a agradarme, hasta que la sentí mi hogar.

Después de cenar, el detective llegó junto a un par de compañeros, como precaución de cualquier riesgo o contingencia. Pero solo el detective y yo entramos al despacho, en donde Antonio esperaba por nosotros. De inmediato nos enfrascamos en una plática y a recordar ciertos acontecimientos de los informes pasados.

—Lamento venir a visitarlos en tales circunstancias, pero creo que comprendemos que dicha información no puede ser prorrogada... —Mi abuelo y yo estuvimos de acuerdo. Pero mientras Antonio y el detective se miraban serenos, yo era un manojo de nervios.

—¿Qué descubrió? —preguntó mi abuelo, mostrándose estoico.

—Verán, nos tardamos poco más del mes que se nos dio de plazo, porque queríamos asegurarnos de que la fuente que nos brindó la información no era falsa. Y, durante los últimos casi quince días, estuvimos siguiéndole pista a un hombre con los rasgos que el joven Brandon nos proporcionó y en efecto es el sujeto, es Pedro Rodríguez.

—¿Dónde está? —cuestioné.

—En *Knoxville, Tennessee*. —Estaban muy cerca de *Greenville*—. De hecho, los encontramos en el mejor momento, ya que según nuestra fuente, andan en el proceso de abrir otro de sus “negocios” en *Nashville*. Están en *Knoxville* —Dicho lugar estaba justo en medio de *Nashville* y de *Greenville*—, porque están saldando unas cuentas para que el nuevo negocio dé marcha por sí mismo y porque tienen que concluir el asunto pendiente que tiene con ustedes. —Dios, ¿cuánto tiempo había estado paseándose por nuestras narices y nosotros sin darnos cuenta? Hice mis manos en puños, pues confirmé que yo había sido, otra vez, *demasiado* confiado y estúpido—. Acá les dejo una copia de toda la información que logramos recopilar sobre los negocios de ese hombre. Ahí encontrarán los sitios donde tienen algunas de sus llamadas “*casas de fantasía*”, donde venden a las mujeres que han traficado para prostituir y explotar. —De inmediato a mi mente se vino la imagen de Camille, mi piel se erizó y mi corazón sufrió una arritmia, de tan solo imaginar en las circunstancias que vivió tantos años atrás.

»—No fue tan difícil dar con toda esta información, pero al parecer tienen gente que les ayuda, policías y otra gente que compran —aclaró, ratificando nuestras sospechas con la compañía de investigadores anterior. Señaló el folder que tenía Antonio en sus manos—. Pero se han hecho de muchos enemigos, recién rompieron lazos con otro traficante menor y por esta fisura encontramos a alguien que por poco de dinero soltó mucha información.

—¿Cuál es el otro paso, ahora? —preguntó Antonio.

—Pues daremos aviso a las autoridades para que ellos se encarguen de atraparlo y de terminar con el proceso de investigación. Pues hasta aquí termina nuestro trabajo —dijo, poniéndose de pie. Mi abuelo y yo le imitamos—, espero hayan quedado satisfechos con los resultados...

—Por supuesto que lo estamos y este seguro que mi gratitud con ustedes se verá muy bien recompensada. —El investigador nos dio un leve asentimiento, habló unos *pormenores* y luego se despidió de nosotros.

Cuando nos quedamos solos, procedimos a revisar la información. Y era *tan* escalofriante todo lo que habíamos descubierto. Solo entonces comprendí que Camille había tenido mucha suerte al poder librarse de las garras de ese tipo que había sido su verdugo por años; que no era más que un maldito monstruo sin calidad humana. Comprendí también que Camille no exageraba cuando decía que ese tipo era de mucho cuidado.

Esa noche dormir se tornó complicado, mi cabeza trabajó como nunca e impidiendo de esa forma que el sueño llegará. Porque la reciente información se filtraba en mis pensamientos, creando e imaginando los posibles escenarios que Camille pudo vivir y que muchas mujeres vivían. Y es que todo se recreaba en mi mente con *mucha* claridad, sobre todo las escenas de lo que Cami me había narrado y de lo que sufrió.

Me la imaginaba de quince años, con el terror arraigado en sus huesos, con el dolor de la pérdida de sus padres y de la traición de su tío martirizando su cabeza, así como del arrebato de su inocencia, de su adolescencia y vida.

Abusar de una niña, utilizar a mujeres de forma tan depravada, era simplemente abominante. Y lo único que me tranquilizaba era el hecho de saber que Camille estaba muy lejos de todo eso y que muy pronto, más mujeres y niños, iban a salir de toda esa red de abuso y maltrato.

En ese instante, miré todo esclarecido y sentí que, cada vez, estaba más cerca el día en el que Camille regresaría y por fin viviríamos nuestra vida, sin miedo.

Con mi abuelo y junto al detective comenzamos los procesos legales; y gracias a los conocidos de este último, el caso fue avanzando con rapidez y en un par de semanas todo *podría* estar ya por sentado. Rendimos ciertas declaraciones, dimos toda la información recabada y esta fue subiendo y subiendo hasta que los altos directivos de las autoridades le diesen prioridad. ¡Les habíamos ahorrado meses si no es que años de trabajo! Ahora ellos debían de poner todo su empeño para atrapar a Pedro y a todo aquel que estuviera coludido con él.



Íbamos por Noviembre y en la segunda semana fue el cumpleaños de Charles; le planeamos una gran fiesta y a su vez esto nos sirvió de distracción para todo el estrés que estábamos viviendo con tal de atrapar a Pedro. Él tipo en más de una vez se había esfumado en el aire. Asimismo, para esos días, todo en mi familia estaba casi en la normalidad, yo estaba sumergido en mis estudios y

dando seguimiento al caso, mi madre había regresado al trabajo y Lucy a la escuela.

En la tercera semana de noviembre, el señor Wilson pidió vernos con carácter de urgente.

—Muchas gracias por venir de forma tan impremeditada, pero les tenemos estupendas noticias —comentó, no obstante se miraba tan serio y estoico.

—Nosotros lo escuchamos, ¿qué sucede?

—Déjenme informarles que hace un par de horas atraparon a un hombre y se trata de nuestro hombre. La *interpol* atrapó a Pedro Rodríguez justo cuando recibía un cargamento de drogas y a una docena de menores de edad en una de las fronteras con *México*. Ese hombre está hasta el cuello, señores O'Donnell.

Todo mi mundo se detuvo en ese momento, ¡lo habían atrapado! Al fin ese hijo de puta iba a recibir todo lo que se merecía. Cerré los ojos una fracción de segundo y agradecí hacia mis adentros a ese poder celestial que había estado conmigo todo ese tiempo, y que al fin había respondido a mis oraciones. ¡Ya Camille pronto iba estar conmigo de vuelta!

—¡En hora buena! —exclamó Antonio, dándome un par de palmadas en la espalda. Pero me encontraba tan abrumado, aún no podía creer que todo estaba por acabar.

—En un par de días comenzará el juicio en su contra, de hecho, también los contacté para avisarles que tendrán que declarar, así como la joven Solari, su declaración es imprescindible para que el juez le dé una buena condena a ese tipo —comunicó el detective. Y esto último logró sacarme un exabrupto.

Camille debía regresar, ¿pero ella estaría de acuerdo? Y yo, ¿quería exponerla de nuevo?, agaché el rostro y mientras los escuchaba hablar a la lejanía. Yo lo único que quería era que ella estuviera bien y no sabía si ponerla en tal situación iba a ser contraproducente. La amaba demasiado como para provocarle temor y *más* dolor.

—Brandon..., hijo, ¿estás bien? —inquirió Antonio, mirándome con preocupación. Esboqué una sonrisa que se me antojó forzada, asentí y supe que no me creyó—. ¿Crees que Camille quiera regresar? —Solté un bufido.

—Yo..., yo no lo sé, tendría que pedírselo, hacerle ver la situación —dije, un tanto inseguro y ansioso. Hizo una mueca con sus labios al comprender lo difícil que sería.

—Debes intentarlo, hijo. Solo hazle ver que sería una buena forma para que cierre ese círculo, para que pierda el temor por ese hombre que *tanto* daño le provocó. Pero sin obligarla, claro. —Moví la cabeza de arriba abajo, tenía mucha razón.

Salí por la puerta trasera que estaba en la cocina y que daba hacia al enorme jardín. Afuera, se escuchaba el ruido de máquinas y de hombres trabajando en una nueva construcción que mi abuelo estaba realizando en una parte del gran terreno.

El sol de la tarde pegó con fuerza y calidez sobre mi rostro pálido; llevé una mano a mis ojos, cubriéndolos de los rayos dorados que iluminaban toda la flora existente en aquel espacio. Vislumbré todo lo que había frente a mí e inhalé profundamente, intentado llenar mis pulmones y relajar la tensión acumulada sobre mis hombros. Y por primera vez, luego de mucho tiempo, sentí un poco de paz y esperanza. Porque confiaba en que todo comenzaría a marchar bien y me traerían el final de toda aquella pesadilla y, sobretodo, me regresaría a Camille.

¡Santo cielo!, debía hablar con ella.

De inmediato, me embargó una necesidad apremiante de saber cómo estaba, si el estar lejos le estaba ayudando y surtiendo el efecto esperado, escuchar su voz y su risa. ¡Necesitaba hablar con ella! Quería escuchar su voz.

Bajé las escaleras y caminé por encima del pasto recién podado. Busqué una banqueta y saqué



mi móvil, rebusqué en la lista de contactos y encontré el número que, se suponía, era de la casa en donde ella residía.

Inhalé y exhalé aire por un par de minutos, mi estómago comenzó a cosquillear y mis manos a sudar, ¿qué le diría?, sonreí negando con la cabeza y sin pensarlo mucho llevé el móvil a mi oído y esperé atento a que alguien respondiera. Era una llamada internacional, por lo que esperaba mi crédito fuera suficiente para tener una charla decente con la futura madre de mis hijos. «*Qué bueno que conserves el buen humor, Brandon. ¡Pfff! Futura madre de mis hijos*», burló la voz en mi cabeza.

—*Hola...* —respondió en español una voz femenina. Me tragué una maldición, había olvidado ese *significante* detalle del idioma. Pasé mi mano por la parte posterior de mi cabeza, intentando recordar las palabras que mi madre, tiempo atrás, me había enseñado.

—*Podría... ¿podría con Camille hablar yo?* —Mordí mi lengua, sintiendo la vergüenza llenarme de pies a cabeza. Y me juré ese día que iría a clases de español.

—*¿Quién habla?* —preguntó. Hice una mueca con mis labios, «*¿cómo era que se decía?*», pensé.

—*Nombre mío es Brandon...* —murmuré, arrastrando las palabras.

—*¡Oh!, permítame...* —dijo. Pronto escuché que llamaban a Camille. ¡Santo cielo!, mi corazón ralentizó su marcha, presó de una conmoción, de un letargo causado por la espera y por la emoción de que pronto la escucharía.

—*Hola... ¿Brandon?* — «*¡Por todos los cielos! Es ella y habla en inglés*», festejé para mis adentros. Solté el aire contenido, así como mi corazón reanudó su marcha a un nivel inhumano.

—*Hola, Camille. ¿Cómo estás?*

—*Muy bien, ¿tú cómo estás?* —preguntó, había emoción en su voz y eso disminuyó mi ansiedad otro poco.

—*Bastante bien también, pero ya sabes, extrañándote...* —murmuré.

—*Yo también te extraño...*, a todos —respondió con tono melancólico—, por favor los saludas de mi parte.

—*Ten por seguro que lo haré. Y cuéntame, ¿qué tal todo por allá?* —Soltó un suspiro cansino.

—*Todos han sido muy buenos conmigo, me siento bien aquí* —comentó y se escuchaba bien y en paz. Cerré los ojos, me alegraba tanto por ella pero el miedo seguía presente.

—*Me alegra mucho escucharte* —reconocí. Solté un suspiro silencioso—. *¿Con quién hablé antes?* —cuestioné, evitando alargar más ese silencio.

—*Con mi abuela...* —contestó.

—*¿Sabes? Por un momento creí que no me entendería, mi español es una basura.* —La escuché reír, *Dios*, cuánto había extrañado ese sonido.

—*Es falta de práctica, te aseguro que con unas cuantas lecciones lo hablarías con fluidez* —aseveró.

Solté una corta risa que no era del todo por diversión, ya que en ese momento el vacío se acrecentó otro poco. Y sopesé si decirle o no todo lo que estaba pasando, sin embargo, ella merecía conocer la verdad.

—*Camille, debo decirte algo* —dije, ella murmuró un: *te escucho*. Solté un suspiro cansino, entonces midiendo las palabras, añadí—: *Cuando te fuiste contratamos una agencia de investigación para dar con el paradero de Pedro y ayer nos informaron que lo atraparon.* —Silencio.

—*¿Lo... lo atraparon?* —inquirió, el asombro teñía su voz.

—Sí, preciosa, su caso está siendo procesado y en unas semanas nos llegará el citatorio... — Escuché como soltaba un resuello. Cerré los ojos—. Todo está por acabar, mi Ángel.

—¡Dios! ¡Dios, gracias! —murmuró con su voz rota.

—Amor, debo decirte que para que ese bastardo tenga más que perdido el caso nos pidieron que... —¿Cómo le decía que debía regresar y enfrentarlo?, *«debes hacerlo, Brandon, díselo, solo de esa forma ella podrá ponerle fin a todo lo referente a ese malnacido»*—..., las autoridades quieren que declares en el juicio.

## CAPÍTULO 32 Noche especial

Dos meses pasaron y de alguna forma sentía que todo lo vivido durante los últimos meses se asemejaba a un año. Desde aquella noche saliendo de mi trabajo y en que vi a Camille por primera vez —*aunque luego no lograría reconocerla*—, asimismo, quién iba a imaginar que aquella chica a quien había intentado salvar, iba a reencontrarla en el negocio de mi tía Martha. Sin duda alguna, el destino daba muchas vueltas, unía caminos, así como sin pensarlo una cosa nos había llevado a otra y así sucesivamente hasta que de pronto me encontré enamorado de ella.

Sonó el timbre que anunciaba mi última clase había terminado, lo cual me sacó de mi ensimismamiento, recogí todas mis cosas y seguí con el grupo de estudiantes rumbo a la salida. Y luego de salir por la puerta principal, un aire helado se estampó contra mi rostro, provocando un escalofrío en mi espalda. Aferré mi abrigo y froté mis manos envueltas en guantes de lana; buscando entrar en calor, bajé un poco más mi gorro cubriendo mis orejas y me dirigí a paso apresurado hacia el estacionamiento para reunirme con Charles.

A lo lejos lo vi subiéndose a su camioneta, corrí pues el frío comenzaba a calarme los huesos. Toqué la ventana y pronto quitó el seguro y subí, aventé mi mochila en el asiento de atrás y cerré la puerta del copiloto.

—En-enciende l-la calefacción —pedí, frotando mis manos con insistencia.

—Está encendida... —informó.

—Pues súbele... —exigí—, no quiero morir por una hipotermia, no hoy —dije. Charles comenzó a reír y le subió toda la potencia a la calefacción del auto y de los asientos.

—¿Mejor? —preguntó, al tiempo que encendía el motor del auto.

—Mucho mejor...

Condujo por los suburbios cerca de la facultad buscando la carretera principal que nos llevaría hasta el centro. Ya ahí, pasamos comprando un par de cafés calientes y unas exquisitas rosquillas en mi pastelería y panadería preferida. Luego nos dirigimos al *nuevo* departamento que había comprado Charles y que ahora estaba a la salidita del centro. Íbamos a hacer una tarde de chicos.

—¡Maldición!, sí que está helado. Hasta las paredes están como escarcha —dijo asombrado. Ese día había amanecido nevando, pero nada exagerado como otras veces, pero no podíamos hablar lo mismo del frío.

—Está peor que la semana de navidad —dije, mi amigo estuvo de acuerdo.

Ya en su casa, comenzamos a jugar video juegos y a comernos las donas que habíamos comprado. Charles hizo luego chocolate caliente y seguimos jugando, teníamos ya mucho tiempo de no tener una tarde de amigos. Y entre risas, golpes, trampas y maldiciones, se nos fue el tiempo hasta que la noche cayó.

—¿Pedimos pizza? —pregunté. Pero él me dijo que no.

—Tengo que irme..., mañana tengo un examen y debo repasar un poco —informó—, y por la tarde es la última audiencia —recordó. Chasquéé la lengua, mañana me esperaba un día de locos.

Suspiré, sobrellevar lo del juicio iba a ser muy difícil, más sin Camille. Pero comprendía —*trataba de hacerlo, en verdad lo intentaba*—, que no era fácil para ella enfrentar a alguien que le había hecho mucho daño. Y una cosa era el que yo deseara —que ella hubiese aceptado volver, que superara y diera por finalizado ese oscuro capítulo de su vida—, y otra muy diferente lo que

ella quería. Y lo único que en ese momento me quedaba era esperar a que con el tiempo ella regresara.

Sin embargo, sentía temor de que ya nunca lo hiciera. Con Camille muchas veces no sabía qué hacer o qué esperar en ciertas situaciones; su actuar muchas veces era indescifrable, y aunque creía conocerla muy bien a veces había ido a tientas con ella.

—¡Oh!, es cierto. Entonces después de mi entrevista con el padre de Kenny pasaré por ti a la facultad para llevarte a los juzgados, ¿está bien? —Acepté, tratando de regresar a la realidad.

—Me parece mi reina —dije, mientras le guiñaba un ojo.

—Yo no soy Camille, Brandon —espetó con fingida molestia. Sonreí, tenía razón, añadió—: Que tengas una noche especial, amigo —dijo en un tono por demás extraño, pero decidí mejor ignorarlo—. Y ve con cuidado, te quiero *mi* reina. —Negué con la cabeza.

Llegué a casa justo a la hora de la cena y, tan pronto puse un pie en la estancia, un aroma delicioso se sintió. Dejé mi abrigo en la entrada y me dirigí a la cocina, encontrando a mi madre cocinando.

—¿Cómo te fue mi cielo? —preguntó, dándome un beso en la mejilla para luego tomarme de hombros y escrutarme con la mirada—. Estás muy helado, Brandon. Ven, tómate un chocolate caliente, no quiero que pesques un resfriado... —Me haló hacia un taburete de la barra. Rodé los ojos y saludé con una sonrisa a las otras señoras del servicio y que se reían por el trato que mi madre tenía conmigo.

—Estoy bien, mamá —espeté.

—Aquí está. —Me acercó una tasa humeante—. Vamos, tómatelo de prisa y sube a darte un baño y ponte ropa decente que recibiremos visitas, cariño —dijo. Fruncí el ceño.

—¿Visitas? —cuestioné. Mi madre sonrió y sacudió la cabeza.

—Son..., son unos socios de tu abuelo, así que ve a bañarte y ponte ropa decente. Que será una *noche especial*. —Bufé, me tomé a toda prisa mi chocolate y me fui, sin sospechar absolutamente nada.

Subí las gradas a toda prisa, pasé por la habitación de mi hermana y luego me encerré en la mía. Puse a templar el agua y luego escogí la “*ropa decente*” que mi madre me había pedido o más bien exigido que vistiera. Entré de nuevo al baño y me duché, minutos después salí y me enfundé la ropa con rapidez: una camisa blanca de vestir, *jean* oscuro y unos zapatos formales. Ni de loco iba a usar traje y corbata. Peiné mi cabello y dejé que mis risos se acomodaran como quisieran, para ese entonces tenía el cabello un poco largo. Me puse un poco de colonia, salí y en el pasillo encontré a mi abuelo.

—Hola hijo, te ves *muy* bien —expuso, con notable aceptación.

—Gracias y tú igual —dije, evaluando su vestimenta—, me dijo mamá que vendrán socios de tu empresa. —Abrió sus ojos un poco y miró hacia la derecha.

—¡Oh sí!—Hizo un ademán con sus manos restándole importancia—. Es para cerrar un trato. —Asentí entusiasmado y luego pasamos por Lucy.

Sin embargo, todos se miraban extraños y raros, esas eran las palabras adecuadas para describir sus comportamientos. La casa se miraba más reluciente que de costumbre, las luces del jardín y los candelabros de la sala estaban encendidos y las cortinas de la estancia habían sido cambiadas por unas más bonitas. Tal parecía que habría una fiesta o que recibiríamos al presidente y que no era una *simple* reunión de negocios.

Pasadas las siete de la noche; todos nos sentamos en la mesa y para que luego mi madre

comenzara a depositar la comida en charolas, junto a platos y cubiertos que parecían —*si no era mi imaginación*—, de plata. Pero me parecía extraño estar sentados en la mesa sin los “*invitados*”, ¿acaso ya no vendrían?

—¿A qué hora llegarán tus socios? —inquirí a mi abuelo. Él compartió una mirada fugaz con mi madre.

—¡Sí! Yo ya tengo hambre —dijo Lucy, sonreí porque yo también me moría de hambre.

—Vienen en camino, no desesperen —respondió mi abuelo. Sacudí la cabeza y miré a mi madre con insistencia pero ella fingió demencia y prestó su atención a otras cosas.

Tomé un cubierto y comencé a jugar con él, todo con el propósito de distraerme un rato, pero mi estómago no me lo hacía fácil. Asimismo, pensaba en lo tonto que había sido en no presionar a Charles para que aceptara pedir una pizza, una rica, grasosa y enorme pizza, quizá ya estaría por explotar, pero estaría feliz. Justo cinco minutos antes de las ocho de la noche, el timbre de la casa sonó. Mi abuelo se levantó presuroso de su silla y caminó a paso relajado rumbo a la puerta principal.

—¡En hora buena! Podía sentir como mi estómago amenazaba con devorarme un pulmón —bromeé. Mi mamá me dedicó una mirada especial, entorné los ojos, ¿qué demonios pasaba?

—Valdrá la pena —comentó mi mamá y lo atribuí a la comida que emanaba un aroma delicioso.

Pronto se escucharon pasos en la estancia y voces irreconocibles. Entretanto, yo maldecía la lentitud de esas personas, ¿por qué no solo aparecían y hablaban en la mesa? A mí no me iba a importar escuchar sus temas, solo deseaba comer. Pero de pronto, mi piel comenzó a erizarse y mi corazón a latir cada vez con mayor rapidez, sentía vibraciones y corrientes apoderarse desde mis pies hasta la coronilla. Una sensación tan familiar que solo sucedía cuando estaba cerca o en una misma habitación con ella.

Sacudí la cabeza, pues mi cuerpo ya me estaba jugando malas pasadas. Solté un suspiro, estábamos a tantas millas de lejanía y para ese tiempo en lo púnico que pensaba era en que ojalá ese tiempo le estuviese ayudando. Mi abuelo fue el primero que apareció en la entrada, seguido de Charles..., fruncí el ceño al verlo. ¿Qué hacía él aquí? Pero todo se convirtió en una locura, cuando por aquella puerta entró una deslumbrante mujer, irreconocible en todos los aspectos, pero que mi cuerpo —cada terminación nerviosa que me componía—, si había descubierto.

—¡Oh mierda! —exclamé y mi boca se abrió al igual que mis ojos estaban a punto de salir de sus cuencas.

Llevé una mano a mi antebrazo y por instinto lo pellizqué con fuerza, hice una mueca de dolor y volví a barrer con mis ojos desde los pies hasta la cabeza a la mujer que estaba frente a mí, sonriéndome y mirándome de aquella forma que me dejaba sin aire, aun ahora. Me levanté de la silla del comedor y me acerqué con cierto recelo, ¿dudaba de mis facultades mentales en ese momento! Así de impresionado estaba y conforme la distancia se acortaba mis sentidos, cada milímetro de mi piel, comenzaba a revivir. Mi corazón daba saltos y los gorilas alojados en mi estómago se levantaron y comenzaron a aullar con euforia y a golpear sus pechos con rudeza. Una conmoción de emociones golpeó con fuerza mi pecho, dejándome sin aire.

—Hola, Brandon... —dijo con aquella voz que me perseguía en las noches desoladas y que muchas veces anhelé escuchar.

—Creo que es hora de comer, ya tendrán tiempo para charlar... —dijo mi madre, regresándome a la tierra, o al menos un pie.

Y así fue como me senté frete a una Camille completamente distinta y cambiada. Comenzando

desde su cabello recortado hasta arriba de los hombros; su piel estaba bronceada, así como iba ataviada con un jean azul ajustado a sus piernas, botas marrones por encima del jean y que le llegaban hasta las pantorrillas, una blusa color vino y un abrigo negro que llegaba hasta sus muslos. En resumidas palabras elegante, sensual y maravillosa. Esas eran las palabras que utilicé en mi cabeza para describir como se miraba ese día, era como ver a otra mujer.

Sin embargo, era ella, mi Camille. Lo sabía, pues su sonrisa seguía siendo la misma, ese brillo singular seguía presente en sus ojos. Y hasta este momento no sé cómo fue posible que lograra comer con el manojito de nervios que sentía. Además, era consciente de lo divertidos que estaban todos al ver mi cara de estúpido, pero yo solo deseaba que la comida terminara para poder hablar con ella y deleitarme de su cercanía y más.

—Como que todos están muy callados ahora —dijo Charles, mirándonos pero sobre todo a mí—, ¿cómo es *El Salvador*, Camille? —cuestionó. La aludida sonrió y me miró de soslayo.

—Hermoso, al comienzo no reconocí mucho, pues hay nuevas construcciones y muchísima más gente, pero su esencia permanece.

—Nos alegra tenerte con de nuevo con nosotros, Camille —dijo mi madre.

—Y más éste que te cuento —dijo Lucy, señalándome y provocando que todos rieran.

Mis ojos viajaron desde mi comida hasta aquella chica de mirada dulce; permitiéndonos entrar en aquella conexión que nos envolvía en nuestra propia burbuja, la cual nos alejaba de nuestro presente. Y no entendía por qué me comportaba como si ella fuera una desconocida, cuando, en realidad, era la mujer dueña de mis pensamientos y sentimientos. Entonces caí en cuenta de lo absurdo que estaba siendo mi comportamiento. Porque sí, estaba sorprendido, perplejo y anonadado. Pero, ¡Dios!, la tenía frente a mí, a pocos centímetros de distancia, que podía estirar mis pies por debajo de la mesa y tocarla.

—¿Tiene razón Lucy, hijo? —preguntó mi abuelo. Solté una risita y sacudí la cabeza.

—La tiene... —Aclaré mi garganta—..., estoy muy feliz de que hayas regresado, te extrañábamos mucho. —«*Y yo como un demente*», traté de decirle por medio de mi mirada.

Pero supe por medio de su sonrisa que ella me había entendido a la perfección; lo cual me hizo recordar que *esa* era de las cosas que me fascinaba de nosotros, ya que podíamos hablar sin necesidad de pronunciar palabras, podíamos decirnos mucho con tan sólo vernos a los ojos.

—Y yo a todos ustedes... —respondió.

—Pero más a mí, lo sé —comentó Charles, frunció el ceño y sonreí.

—Claro... —dijo Camille y mi amigo volvió a verme, al tiempo que movía sus cejas de forma sugestiva. Rodé los ojos.

—Pero ya no te irás, ¿verdad? —preguntó Lucy, esto captó toda mi atención. Y Camille abrió y cerraba su boca sin saber qué responder.

—Bueno, basta de preguntas y ahora va el postre —intercedió Charles—, porque hay postre, ¿cierto? —Todos rieron y yo solo sonreí.

Cuando la comida terminó, mi hermana, mamá y Camille recogieron todos los platos. Salí a la estancia, tratando de actuar normal, cuando en realidad en mi cabeza rondaba la idea de que ella no se quedaría. Me acerqué a una de las ventanas que daba al jardín, y sin evitarlo me pregunté, «¿qué pasará con nosotros?» Apenas y había sabido de ella los meses atrás, ya estaba cansado de tanta incertidumbre, necesitaba dar respuesta a cada una de mis dudas: ¿*Seguirá conmigo?*, ¿*algún día se quedará conmigo?*, ¿*todavía me ama?*

—¿Qué pasa, Brandon? —Mi amigo tocó mi hombro, llamando mi atención.

—Nada, ¿por qué? —respondí, regresando mi atención al exterior.

—Pensé que estarías feliz, viejo. No con esa cara. —Me encogí de hombros.

—Lo estoy...

—Pero demuestras lo contrario.

—Se irá, eso es lo que impide que disfrute el que está conmigo de nuevo, pero *quién* sabe por cuánto tiempo, Charles. —dije, soltando un suspiro cansino. Movié la cabeza de arriba abajo, sopesando mis palabras.

—Habla con ella y dile lo que sientes, no te lo guardes y no te comportes como un pequeño —aconsejó. Hice una mueca con mis labios y le prometí hacerlo.

Empero, tiempo después de sentirme como un león encarcelado y desesperado, subí a mi habitación con la excusa de ir por mi teléfono, pero estando ya ahí temí volver a bajar. ¡Santo cielo!, no entendía por qué estaba reprimiendo mis deseos de abrazarla, besarla y tocarla. Aunque lo que sí sabía era que temía que al hacerlo —al permitirme disfrutarla una vez más sin garantía de nada—, sería mi muerte. Porque, ¿qué sería de mi cuando se fuera?

Estaba cansado de las despedidas, de sentirla conmigo y a la vez no. ¿Estaba siendo egoísta? Quizá, pero era mi manera de protegerme. Me recosté sobre mi cama y miré al techo; extendí mi mano derecha sobre el resto del colchón, deseaba volver a sentir qué era hacerle el amor, anhelaba con locura perderme en su interior, pero más que esos deseos carnales, quería tenerla por siempre a mi lado.

«¿Por qué no luchas una vez más?», mi consciencia espetó. Y tenía razón, pues estaba ahí, haciendo combustión y deprimido, pero sin hacer nada. ¿Acaso me estaba dando por vencido? Me senté sobre mi cama, ese no era el verdadero Brandon, esa no era la mejor forma de demostrar lo importante y necesaria que era Camille para mí.

Me levanté de la cama y caminé hacia la puerta, y con el pomo en la mano respiré. Abrí y al hacerlo detuve a Camille a medio camino de tocar a mi puerta. Y tenerla así de cerca, hizo que el aire abandonará mi cuerpo, que la sangre bombardeará con frenesí y me sintiera a un milímetro de estar completo. Y sin poder retener más mis impulsos, alcé mi mano y toqué su mejilla, entonces al ver como cerraba sus ojos, disfrutando de mi tacto, la tomé de una mano y la estampé contra mi pecho y la envolví en mis brazos. Deleitándome de tenerla *así*, de sentir lo disparados que estaban sus latidos, de su inconstante respiración.

Cerré la puerta de mi habitación y con nosotros adentro me permití disfrutar más nuestro abrazo, sin restricciones. Ella tenía envuelto sus brazos alrededor de mi cintura apretando mi camisa con aprensión, lo cual me provocó unas inmensas ganas de besarla y de volver a sentir la textura y suavidad de sus labios. De recordar el sabor y esa explosión que se desataba en mi pecho al cernir nuestras bocas.

Y lo hice; me separé un poco y bajé mi rostro hasta el suyo, acaricié con la punta de mis dedos su rostro, la miré directo a los ojos y con el deseo ponderando en ellos, y seguramente también en los míos, me incliné hasta el punto donde nuestros alientos se mezclaban y entonces..., ella me besó.

Enroscó sus manos alrededor de mi cuello y me haló más a ella, mientras que yo con una mano tomé su cara y con la otra aferré su estrecha cintura. La acorralé contra la pared y cerní nuestros cuerpos, ansiosos. Y se sentía *tan* jodidamente bien besarla, percibir la necesidad acumulada que en nosotros había.

Nuestras lenguas se movían con desesperación, los roces de nuestros labios eran rudos y sin delicadeza, nuestras manos picaban por tocar, por recordar. Camille llevó sus manos a mi cabello y me atrajo más, nuestros pechos se tocaban, derritiéndonos como chocolate a fuego lento.

Los jadeos quedaban atrapados dentro de nuestras bocas cuando comenzamos a explorarnos; ella a mi pecho y brazos, yo a su cadera y glúteos. La necesidad, nos atravesó como una espada certera, sustituyó a la razón, el deseo abrasador nos consumió y nada más importó. Solo el hecho de que ella estaba conmigo, que sentía lo mismo que yo, y con la misma apabullante intensidad que yo.



## CAPÍTULO 33 Si me aceptas

Al siguiente día, por la tarde, entramos a un inmenso edificio, repleto de guardias que custodiaban cada perímetro. Suspiré y acuné la mano de Camille, salimos de la camioneta y junto a mi abuelo anduvimos hacia aquel sitio. Presentamos el citatorio a una oficial que estaba en la recepción, esta nos guió hasta el piso y sala en donde se llevaría a cabo en juicio.

Para entonces las manos de mi novia temblaban y estaban heladas. Sus expresiones iban desde el enojo, pánico hasta la determinación. Era una extensa lucha interna pero aquella parte con ganas de salir adelante y dejar todo su pasado ahí, enterrado y superado, estaba ganando. Subimos por el elevador y en el cuarto piso —*destinado para juicios*—, esperamos a que llegara la hora y el abogado que llevaba nuestro caso.

—Ya regreso, iré a hacer una llamada —informó mi abuelo tiempo después, se alejó por el largo pasillo. Apreté la rodilla de Camille y me acerqué un poco más.

—¿Cómo te sientes? —pregunté. Volvió a verme y elevó las comisuras de sus labios en una pequeña sonrisa.

—Bien, pero estaré mucho mejor cuando todo acabe. —Sacudí la cabeza y besé su frente y seguimos esperando en completo silencio.

Escasos minutos después el abogado apareció junto a mi abuelo, y el primero nos llevó a una sala donde nos aconsejó lo que debíamos decir y la prioridad que debíamos dar a ciertos hechos, sin detalles inoportunos o redundantes. Pero sobre todo, se mostró solidario con mi novia, dándole ánimos y reiterándole en que solo debía decir un poco de lo que vivió y que eso bastaría para que nunca saliera de la cárcel.

—Tener miedo en estas circunstancias es normal, Camille —dijo el abogado—, tú solo debes hablar de los sucesos con los cuales te sientas cómoda, no es necesario que des detalles. Porque el juez ya los sabe y la corte igual. Aquí nadie te obligará a nada.

—Muchas gracias —respondió mi novia.

—Excelente, ¿ya están listos? Porque llegó hora. —Camille y yo nos miramos, luego asentimos, estábamos listos.

Salimos de esa habitación y nos dirigimos a la sala en donde sería el juicio. Y al entrar, esta estaba casi llena; Charles, mamá, Martha, Marcos y otras personas que estaban ahí para apoyarnos. Nos situaron en una larga mesa justo frente al juez, y a la mesa de nuestro lado se sentó el abogado defensor. Los murmullos se escuchaban y pronto el juez dio inicio.

Por la puerta junto al estrado un grupo de guardias salió y junto a ellos iba ese maldito; lo introdujeron en una habitación con ventanas, y herví de cólera al ver como miraba lascivamente a Camille. Y consiente de todo, apreté su mano, la cual estaba tensa, no obstante, poco a poco se fue relajando.

—Orden, damos inicio a la primera sesión... —exigió golpeando con el mazo del juez—..., en esta tarde estamos aquí reunidos para llevar a cabo el juicio en contra de Pedro Rodríguez, presunto acusado por cargos como: homicidio, priva de libertad, trata de mujeres, explotación sexual de menores y mujeres, tráfico ilegal de drogas. Así que pedimos a la parte acusatoria proceda con sus alegatos. —Nuestro abogado se levantó de su silla y comenzó a detallar la larga lista de delitos atroces y las respectivas pruebas, entretanto, la parte defensora intentó persuadir,

de nada valía pues tenía el caso más que perdido.

—Por lo que pedimos, señor juez, que el acusado sea declarado culpable y condenado a cadena perpetua.

—¡Sí!, ¡que muera ese hijo de puta! —Se escuchó el grito de Charles, sonreí.

—Silencio en la corte —intervino el juez—, siga abogado...

—Pedro Rodríguez no es más que un hombre que se aprovecha de todas aquellas familias que han llegado a este país en busca de una mejor vida, arrebatándoles las vidas, esclavizando a mujeres y niños, sometiéndolos a trabajos ilegales y espantosos, trata de personas y otras atrocidades como explotación sexual. Es por ello, que según derecho, con base a las pruebas y testimonios presentados se proceda legalmente en contra del acusado —exigió con voz firme y fuerte.

Los murmullos se escucharon con fuerza y el juez pidió silencio de nuevo. Seguido, dio permiso a que la parte defensora comenzará su parte, pero no duró más de quince minutos, ya que sus hipótesis eran absurdas y carentes de respaldo. Para entonces a ese tipo, a Pedro, se le miraba muy nervioso.

—El jurado y yo, pedimos a la señorita Camille Solari, que suba al estrado y nos cuente de forma breve lo que vivió en esas llamadas “casas de fantasía” —habló el juez.

—Tranquila, este es el momento para que el jurado se decante por conceder nuestra petición —dijo nuestro abogado. Camille asintió y se levantó; caminó con paso decidido y subió estrado, hizo el juramento y comenzó a narrar como fue atrapada, como ese bastardo la maltrató, humilló y abusó de ella desde que era pequeña. Y no fue fácil para ella contar todo aquello enfrente de tantos desconocidos y menos para mí verla revivir todo el dolor. Empero, ante todo el dolor que se sentía en el aire, frente a la impotencia que se explayaba en mi ser, admiré su entereza, valentía y fuerza.

—Y cuatro años después, luego de que me vendió por una noche a un señor que tenía la fama de golpear a las mujeres que estaban en mis mismas circunstancias, a este señor le dio un ataque al corazón. —Cerró los ojos, adentrándose en sus más sombríos recuerdos—. Y mientras estaba desmayado solo pensé en que tenía que escapar, por eso tomé dinero y en el primer tren huí. Así fue como llegué hasta *Greenville*, aquí Martha me dio trabajo y un lugar donde vivir. Tiempo después conocí a Brandon y a su hermosa familia. Con ellos de nuevo tuve un hogar, recordé qué era ser feliz, amada —dijo con sus ojos fijos en mí, ¡Dios! Camille era perfecta, con todo y sus cicatrices—. Y ahora lo único que les pido es que terminen con todo el mal que este hombre ha hecho; porque yo sólo tuve suerte y en sus manos está que más familias, mujeres y niños no pasen por lo que yo viví. Gracias —concluyó y bajó del estrado.

Y me sentía tan orgulloso de ella; pues nunca dejaba de sorprenderme su enorme fortaleza y en lo aguerrida que Camille había sido todos esos años que habían intentando acabar con ella. Porque su fe y esperanza, pese a la oscuridad, siempre permanecieron hasta que por fin logró huir de todo. ¡Dios!, la amaba tanto, cada poro de mi piel era testigo de lo que ella me provocaba. Y me sentía tan afortunado de haberla conocido y de saber que me había escogido.

—Muchas gracias, señorita. Ahora pedimos que abandonen la sala, pues el jurado deliberará. —Nos levantamos de nuestros asientos, la esperé y tomé su mano, la cual estaba temblorosa y helada. Le sonreí, con el propósito de transmitirle lo orgulloso que me sentía. Sin embargo, cuando estábamos a punto de subir las escaleras que guiaban a la salida..., escuché algo que me sacó de control, que desató mis deseos más primitivos.

—¡Nunca serás feliz, perra!, ¡te maldigo a que cada noche recuerdes como te hice mía una y

otra vez! —«¡Maldito hijo de puta!» Hice mis manos en puños y enterré las uñas en mis palmas. ¡Maldito, mil veces maldito!

Giré sobre mis pies con toda la disposición de romperle por lo menos todos los huesos. Pero solo di un par de pasos cuando un par de suaves y delicadas manos tomaron mi antebrazo; lo cual captó toda mi atención, volví a verla y su mirada tierna y pasiva hizo que toda mi ira mermara en unos segundos. Solté un bufido, seguido me dije que ya todo estaba por terminar y que tenía que comportarme civilizadamente por ella.

Sonrió al ver como desistía de mis intenciones; volvimos nuestra atención a aquel hombre, repugnante, quien nos observaba con una sonrisa petulante, se sentía victorioso. Entonces un segundo después sentí como Camille me soltó y se aproximó hasta donde estaba Pedro, siendo custodiado. De inmediato mi instinto protector hizo que la siguiera.

A unos metros de ese bastardo, se detuvo y entonces la escuché hablar.

—Sí, quizá me costará mucho olvidar todo el daño que me hiciste pero lo haré. Y seré feliz, ¿sabes por qué? Porque sé que tú ya no podrás evitarlo, porque ya salí de tus asquerosas manos y desde ahora ya no tienes nada. Yo gané, ¿no te has dado cuenta? —Giró sobre sus pies y se alejó. De inmediato la alojé entre mis brazos, al tiempo en que mirábamos como ese hombre era llevado por los policías.

Salimos de la sala y esperamos a que el jurado deliberara. Los minutos pasaron y pronto regresamos a la sala, no había mucho que deliberar, comprendimos. El resultado estaba más que dicho.

—Dadas las pruebas, testimonios escuchados esta tarde, el jurado ha tomado una decisión.. y declara a Pedro Rodríguez *culpable* por una serie de homicidios, priva de libertad, trata de personas y explotación sexual de mujeres y menores, por lo que se le sentencia a cadena perpetua sin oportunidad a libertad condicional o pago de fianza. Pedimos a las autoridades que procedan a aprenderlo. Y con esto damos por finalizado el juicio.

—¿Ahora quién será la puta, eh?!, ¿no sabes lo que te espera en prisión! —gritó Charles, sacando un par de risas.

En ese instante, y mientras observábamos como se llevaban a Pedro; dimos por finalizada aquel oscuro capítulo en nuestra vidas y dimos la bienvenida a las nuevas oportunidades que se extendían frente a nosotros. Salimos de aquel edificio y todos comenzaron a felicitar a Camille, diciéndole lo valiente y fuerte que había sido.

—Qué dicen, ¿celebramos? —preguntó, mi abuelo y todos comenzaron a festejar con euforia, un poco aturdidores. Miré a mi novia, regalándole una mirada de disculpa, ¡cielos!

—Pero antes que todo, qué dices Camille, ¿quieres celebrar? —interrumpió mi madre, cesando el festejo. Le agradecí de inmediato. Todos posaron su atención en la aludida, esperando por su respuesta.

—Claro, ¿por qué no?... —respondió, sonriendo con alegría.

—¡Entonces vámonos! —gritó, Charles. Sonreí y sacudí la cabeza.

—Solo que nosotros los alcanzamos luego. Brandon dijo que me llevaría a otro sitio saliendo de la audiencia, ¿verdad? —cuestionó, Cami. Lo cual me sacó de trance, ¿qué había dicho?, ¿cuándo? Mis familiares me miraron atentos y curiosos, pero los ojos suplicantes de mi novia me dictaron lo que debía decir.

—Oh, sí. Los alcanzamos más tarde, ¿vale? —dije. Siguiéndole la corriente a mi novia.

Quedamos a una hora y justo cuando iba a pedir un taxi mi abuelo me detuvo y me prestó las llaves de su recién comprada camioneta, muy linda por cierto. E intenté negarme, pero él no lo

permitió.

—Vamos, llévate la camioneta —dijo. Torcí mis labios con incomodidad, eso era demasiado.

—No es necesario, iremos cerca —mentí, pues no sabía adónde iríamos. Negó.

—Acéptalas. —Y sin mayor opción las tomé, después de todo era un préstamo. Añadió—: Como un adelanto de tu cumpleaños —dijo. Abrí mi boca y mis ojos con asombro, ¿esa era una broma?—, quita esa cara, hijo. Y ve a gozar de tu regalo.

—¡Wow!, gracias..., en verdad muchas gracias... ¡Dios! —exclamé aún preso de la perplejidad.

Nos despedimos y nos subimos a mi nueva camioneta, ¡aún no lo creía posible!, ellos se fueron en la camioneta de Charles. Nosotros nos internamos en la carretera y conduje por las calles rumbo al centro. Giré mi cabeza y vi como iba perdida en el exterior, apreté su rodilla y volvió a verme sonriendo.

—¿Adónde se supone que te llevaré? —cuestioné divertido. Se ruborizó un poco y ladeó la cabeza.

—No lo sé..., sorpréndeme —dijo. Alcé una ceja un poco divertido. Me gustaba esta nueva chica, más fresca, sonriente y relajada. Ya no era esa mujer llena de miedo y que poseía aquella mirada triste y opaca—. No me importaría ir a *China*, siempre y cuando sea contigo. —Mordí mi labio inferior, frenando una sonrisa, en serio la amaba más, si es que eso era posible.

—¿Segura que no te importaría pasar toda tu vida conmigo?, ¿solo conmigo? —cuestioné, fingiendo incredulidad, pues por mi parte permanecer a su lado era lo que más deseaba. Camille sonrió y ladeó su rostro, mirándome de aquella forma que despertaba cada milímetro de mi piel.

—Tomaré el riesgo —dijo, al tiempo que me guiñaba un ojo de forma coqueta.

Me estacioné frente a un parque que estaba cerca de la universidad. Bajamos y caminamos agarrados de la mano, nos sentamos en una banqueta y estado ahí, el silencio nos envolvió. Cada uno se sumergió en sus pensamientos y el espectáculo que se estaba dando frente a nosotros. Miramos como cada rayo se iba ocultando y en como el cielo de a poco iba cambiando tonalidades desde el rosa, naranja hasta púrpura.

Cuando las constelaciones comenzaron a llenar el cielo, pasé mi brazo sobre los hombros de Camille y la abracé, atrayéndola a mi costado. Aspiré su aroma dulce y cítrico, ese que me encantaba. Se sentía realmente bien tenerla de nuevo, tocar su piel y notar como esta reaccionaba, escuchar su risa y perderme en sus hermosos ojos de color tan singular.

Amaba sentirla, pasar todo el tiempo con mis latidos disparados y mi respiración inconstante. Porque mi cuerpo, cada que estaba junto a ella, sublevaba y daba marcha a detonaciones cósmicas que se desencadenaban cada segundo en mi pecho.

—¿Sabes?, yo podría pasar toda mi vida así... —confesé, apuntándonos a ambos. De inmediato se alejó un poco de mí y alzó su cabeza para verme, sus boca estaba formada en una enorme sonrisa.

—Yo..., yo también, Brandon —dijo, frunciendo su ceño—. Y aunque nunca creí posible vivir todo esto que estoy viviendo contigo..., ya no tengo miedo. —Sonreí y besé su frente. Permanecimos otro rato más, pero cuando la noche cayó, decidí que era tiempo de regresar a casa para festejar.

—Debemos irnos... —murmuré, al tiempo que relamí mis labios.

Camille se alejó un poco de mí y dio un leve asentimiento. Se puso de pie y cuando la imité y di el primer paso, me detuvo. Elevé una ceja y ladeé la cabeza, me estaba viendo con seriedad. «*Okay, pongámonos serios*», me crucé de brazos.

—Se me olvidaba decirte algo, en realidad son dos cosas —señaló, tomándome del brazo y dándome un jalón para que nos sentáramos de nuevo.

—De acuerdo, ¿qué me quieres decir? —La vi soltar una bocanada de aire y luego me dedicó una mirada tierna.

—No es nada malo, creo. —Sacudió la cabeza—. Como sea, lo primero es un pedido..., quiero pedirte que me ayudes a averiguar lo que pasó con Saúl, con mi tío —pidió mirándome por debajo de sus pestañas—. Mi abuela tiene mucho de no saber de él, me dijo que lo último que supo fue que estaba en serios problemas, no me dijo de qué por que él no se lo dijo, pero de eso ya han pasado dos años.

—Claro, podemos pedirle ayuda al señor Wilson—respondí, seguido tomé una de sus manos y la llevé a mis labios. Ella sonrió con agradecimiento—. ¿Y cuál es la otra cosa? —inquirí, en respuesta sus mejillas se arrebolaron.

—Oh sí, lo otro que quiero que sepas es que ya tengo intenciones de marcharme, Brandon —dijo, su voz era dulce y pausada. Pestañeé un par de veces y me arrellané en la banca de concreto. ¿Había escuchado bien?

—Perdona, no sé si he escuchado bien —dije y ella soltó una carcajada, echando la cabeza hacia atrás—. Ey, no te burles, es que estoy algo aturdido por tanto beso —musité. Mi novia rodó los ojos al cielo y su sonrojo se atenuó un poco.

—¡Ya no me voy a ir! —gritó de la nada, sacándome un respingo y que una risa se construyera en el inicio de mi garganta. Camille vio a nuestro alrededor, la imité y fue cuando nos dimos cuentas que ya habían un par de miradas en nosotros—. ¿Ahora sí te queda claro? —inquirió divertida. Ladeé mis labios en una sonrisa y volví a verla.

Me encogí de hombros.

—¡Mi novia ya no me va a dejar!, ¡soy el hombre más afor...! —Posó ambas manos en mi boca, cortando de tajo mi grito. Sonreía.

—¿Acaso estás loco? —Sacudió la cabeza y quitó sus manos, luego me dio un beso casto—. ¿Qué decías?, pero no grites más —pidió.

—Estaba diciendo que soy el hombre más afortunado del mundo y que... ¡te amo, Camille! —volví a gritar y tan pronto lo hice ambos nos soltamos en una sonora carcajada que llamó la atención de varios transeúntes. Unos minutos después, añadí—: ¿En serio ya no te irás?

—Es muy en serio, amor —dijo, sonriendo completamente—. Cuando me fui, te dije que lo hacía para cambiar, ¿recuerdas? Pues gracias a Dios lo logré. Y no solo lo hice físicamente, sino que mi interior se sanó, me siento mejor que nunca. Me amo y lo que pasó ya nunca será impedimento para poder amarte. Porque, Brandon... —Tomó una de mis manos y me observó por debajo de sus pestañas—..., ¿cómo voy a marcharme y alejarme de quien me ayudó a salvarme?, tú robaste mi corazón y disipaste mi oscuridad. No puedo irme, porque así como no se puede vivir sin un corazón —murmuró—, y yo ya no podría vivir sin ti. Brandon, estoy dispuesta a quedarme, solo *si me aceptas*.

—¿Sabes?, a veces pienso en qué hice para merecerte, para que me eligieras y me amaras. —Acuné su mentón—. Desde que llegaste a mi vida aquella noche; una parte de mí supo que tú eras la mujer de mi vida y luego solo fue cuestión de tiempo para caer perdido en tus encantos, y aunque fue un proceso muy complicado para mí, porque te hacías la difícil —reproché con diversión—, ahora sé que todo esfuerzo ha valido mil veces la pena. Y estoy más que seguro que no hay mejor lugar para mí que a tu lado. Así que sí, te acepto pues no pretendo dejarte ir, nunca más. —Y tan pronto terminé de decir aquellas palabras, Camille se abalanzó sobre mí y me besó,

confirmándome con eso, y con el golpeteo errático de mi corazón, que ella era la dueña de mi alma.

—Creo que debemos irnos... —murmuré sobre sus labios, con una nueva idea en mente—, ayer dejamos algo pendiente y deseo terminarlo. —La escuché reír, ella sabía a qué me refería.

—Está bien, vamos y hazme tocar las estrellas —musitó, para luego besarme por pocos segundos pero que fueron suficientes para encender y avivar la llama que incendiaba todas mis terminaciones nerviosas. La alcé y la llevé a cuestas hasta la camioneta, mientras reíamos y saltaban chispas de colores.

**Fin**

*Porque en la oscuridad nuestras almas se hallaron;  
Y en las tinieblas nuestros corazones se entregaron,  
Sin importarles el pasado solo un sentimiento,  
Que vivía y nos envolvía en la calidez del amor,  
Un amor que tus demonios venció y tu alma quebrantada curó.*

## EPÍLOGO Toda una Eternidad

Poco más de un mes después del juicio, llegó la fecha de mi cumpleaños. Y en ese instante, estaba siendo guiado por Camille a quien sabe dónde. Solté una risa porque otra vez trastabillamos, mi novio me pidió disculpas de nueva cuenta, pero no la culpaba, yo era muy grande y ella muy menuda para poder lidiar con mi peso.

Seguí escuchando sus instrucciones pero era difícil prestarle atención, menos cuando la sentía muy cerca y su cuerpo era de lo púnico en que podía aferrarme. «Único, ¿y la pared de al lado, qué?», espetó mi conciencia.

—Bien, ahora va una grada —dijo, aferrando la mano con la cual la llevaba rodeada de la cintura. La atraje más a mi cuerpo, tentándola. Algo bueno debía sacar de todo aquello—. ¡Ey, tranquilo tigre! —exclamó, con voz suave. Bajé mi cabeza por instinto hasta donde debía estar su oído.

—No lo puedo evitar —respondí, con tono sugestivo. Camille rió—, además yo sé que a ti también te gusta. No puedes negarlo. —Se rió.

—No te aproveches solo porque es tu cumpleaños —advirtió. Besé la piel desnuda de su hombro. Recordando lo bien que se veía con ese vestido azul marino—. Porque de lo contrario no sabrás cual es mi regalo —murmuró, gruñí con exasperación y llevé mis manos a su cadera y la cerní a mi cuerpo, mientras comenzaba a pedirle que me dijera cuál era—. ¡Qué no! No seas necio, tendrás que soportar la curiosidad otro rato más porque hemos llegado. —Se despegó de mi agarre y escuché como abría una puerta, y de inmediato una brisa helada bailó sobre nosotros, tomó mi mano y me introdujo al interior.

Silencio...

Quitó de a poco la venda de mi rostro y cuando los abrí, de inmediato, el aire abandonó mi cuerpo. Un inmenso manto negro iluminado con destellos plateados y la luna a un costado fue lo primero que mis ojos absorbieron, moví mi cabeza de izquierda a derecha.

—¡Sorpresa! —gritaron, estallando serpentinas cerca de donde estaba; regándose sobre todos los presentes un montón de pequeños trozos de papeles de colores brillantes.

Asimismo, los parlantes comenzaron a retumbar con música y pronto me encontré rodeado de mucha gente especial para mí: Marcos y los demás chicos de donde antes trabajaba me abrazaron y palmearon mi espalda con afecto, otros de la universidad, también llegó Kenny y Martha. Y aunque no miraba a Charles por ningún lado, estaba seguro de que pronto aparecería.

La fiesta la habían organizado en una torre, justo en la terraza. Todo estaba decorado con globos, había un *DJ*, una mesa con comida y otra con regalos. En medio, estaba una pista improvisada con varios reflectores de luces de colores.

—Espero que estés disfrutando de tu fiesta —dijo mi abuelo. Sonreí a plenitud y lo abracé con fuerza, demostrándole lo feliz y agradecido que estaba.

—Muchas gracias, abuelo. Me ha gustado mucho.

—Estoy muy agradecido de poder estar aquí contigo —dijo, sonriendo de la misma forma en que lo hacía mi padre—, estoy muy orgulloso de ti y sabes que él lo está... —Asentí y volví a abrazarlo con mucha fuerza.

—¡Felicidades, mi cielo! —dijo mi madre. Tomó mi rostro entre sus manos y me miró con



ternura y amor. Luego llegó Lucy, corriendo sin importarle nada, ni la lesión que tenía en su brazo.

—¡Feliz cumpleaños, Bran! —gritó, lanzándose a mis brazos sin ningún cuidado. La levanté gustoso, verificando que estuviera bien, luego atraje a mi madre y abuelo para un abrazo familiar.

—Gracias... —susurré, sintiendo mi garganta cerrada y mi corazón a punto de estallar.

En ese momento pude comprobar, de nueva cuenta, qué era la felicidad. Y me sentía muy agradecido con Dios, por todo lo que tenía y por las personas que tenía en mi vida. Los miré a cada uno de ellos y el pecho se me infló con tantas emociones. Pero sobre todo con agradecimiento con Marcos y los muchachos que me ayudaron a enderezar mi camino; a mi madre por ser un ejemplo de fuerza y lucha, a mi hermana por salvar mis días con su alegría y luz, a Martha por sus consejos y siempre hacerme ver la vida desde diferentes perspectivas. Charles, que siempre ha sido como un hermano para mí, a mi abuelo por jamás darse por vencido y darme la oportunidad de conocerlo. Y por último, estaba Camille que era ese giro refrescante y quien le daba color a mi vida.

Yo, Brandon O'Donnell, he aprendido que la vida da muchas vueltas, que un día se tiene y al otro ya no. Y por ello, se debe aprovechar cada minuto, como si el mañana no fuera a existir. Porque nunca se sabe cuándo será tu último día o el de alguien a quien amas. Y porque a veces es bueno dejar de correr un poco y detenerse a vivir.

—Cada vez más viejos, hermano —dijo Charles, sonreí porque era el único que no había visto —, felicidades. —Nos abrazamos y ahora sí sentía mi felicidad completa, tenía a todas las personas importantes para mí reunidas en un sólo sitio, estaba tan malditamente feliz, que me sentía aturdido y atrapado en un sueño.

—Ni que lo digas, mañana abriré los ojos y tendré cincuenta —bromeé, mi amigo rodó los ojos ante mi dramatismo, no obstante, la sonrisa que tenía en mis labios trastabilló un poco, ¿la razón? Charles se miraba pensativo, extraño. Aclaré mi garganta y con minuciosidad traté de sacarle un poco de información—. Por cierto, no te había visto, ¿todo bien, en la constructora? —pregunté, queriéndome golpear la cara por la forma tan ansiosa en la que hablé.

Me miró estoico, ocultando sus emociones, entonces entendí por dónde iba todo: no me diría nada por ser mi cumpleaños. Mi amigo se encogió de hombros mostrándose despreocupado, pero sabía que *algo* había pasado. Porque debo mencionar que la vida de Charles, a últimas fechas, se había puesto patas arriba, le habían pasado *muchísimas* cosas.

—La junta se alargó, pero te cuento luego porque tengo hambre —respondió, al tiempo que se dirigía a la mesa del banquete.

Lo vi alejarse e hice una nota mental de que debía hablar con él luego, esperando a que no fuera nada grave, «*no, no debe de ser nada grave, si no, me lo hubiera dicho, ¿no?*», pensé. Y porque quizá tenía que ver con ella...

—Felicidades, no había podido acercarme para decírtelo —musitó Camille, provocando una conmoción en mi cuerpo. Sonreí y abrí mis brazos para recibirla y enjaularla—, no te dejaban solo —musitó, frunciendo los labios. Mordí el interior de mi mejilla.

—Esta es la pena por tener un novio tan guapo —dije, guiñándole un ojo y encogiéndome de hombros. Me propició un empujón—, y bien... ¿cuál es mi regalo?, ¿ahora sí me dirás? —pregunté, sus mejillas se tiñeron de rojo y negro. Estaba nerviosa.

—Te la daré después —dijo con voz suave, pegando su cuerpo con picardía y alejándose. Estaba tentándome—. Ahora vamos a cortar el pastel. —Comenzó a arrastrarme en dirección del banquete y donde la gente estaba acumulada esperándome.

Suspiré aclarando mis pensamientos. Desde que Camille había regresado de *El Salvador*, era

diferente. Se mostraba más segura, tanto físicamente como en sus acciones, decisiones y actitudes. Era más bromista, hasta podía decirle cumplidos y no huía como antes, sino que se sonrojaba o me seguía el juego. Sí, era como si me refiriera a dos personas distintas, pero no. Ella había logrado encontrarse gracias a la distancia de sus problemas, a su familia, la psiquiatra y a la iglesia a la que había estado asistiendo durante su estadía allá.

Y como ella misma me había dicho un par de días atrás: aceptar que necesitaba ayuda fue el primer paso y el que más le costó aceptar. Me confesó también que nuestro noviazgo le ayudó mucho a poder entablar relaciones con los antes mencionados. Ahora miraba todo lo que vivió desde otro punto de vista; comprendió que nada de lo que vivió se lo merecía o fue su culpa. Además, su corazón estaba *tan* recompuesto que, luego de que el agente Wilson nos diera el informe sobre lo que había pasado con Saúl, ella se mostró fuerte y determinada. ¿La razón?, hace año y medio su tío falleció por una sobredosis. Y sí, la noticia fue dura —incluso más el tener que dársela a Gloria—, pero ella lo hizo, Camille afrontó la situación con valentía. Y yo no podía evitar sentirme más enamorado de ella.

Después de cortar el pastel, la pista de baile se abrió y la música comenzó a retumbar con fuerza, pero casi nadie se animaba a demostrar unos buenos pasos de baile, y no fue hasta que mi amigo se le ocurrió hacer un concurso que fue todo un éxito.

La noche pronto avanzó y los invitados, poco a poco, se fueron yendo y para entonces solo quedamos la familia. Me dispuse a abrir los regalos y obtuve de todo: ropa interior —sí, fue vergonzoso sacar eso frente a Camille—, colonias, un par de relojes y una billetera de cuero, ¡muy linda!, dinero y unas llaves.

—Con amor, tu abuelo —leí la dedicatoria, lo miré confundido, «¿*va a regalarme otro auto?, o quizá es un yate*». La curiosidad me carcomió, volví a verlo con muchas preguntas en mente, o bueno, solo un par.

—No sabes qué es, ¿cierto? —Negué y en respuesta sonrió con más libertad, satisfecho—, son las llaves de tu bungalow. La construcción que estaba haciendo a un lado de la casa, es para ti. —Abrí los ojos y boca con perplejidad, ¿había escuchado bien?

—Muchas gracias. ¡Wow!, me muero por verlo y por estrenarlo —murmuré, mirando disimuladamente a Camille, quien sacudió la cabeza con diversión.

Seguí abriendo los regalos, hasta que por último llegué al de Charles, quien tenía una sonrisa de *Joker* en su cara y temí a lo que fuera a sacar de esa bolsa.

—Vamos, ábrelo... —instó mi mejor amigo. Lo miré amenazante y saqué el obsequio. Mi madre chilló de alegría: un portarretrato con fotografías de él y yo en una línea de tiempo completa. Pero también había algo más en el fondo, fruncí el ceño—. El resto míralo cuando estés tú solo —murmuró, cuando todos estaban entretenidos mirando el cuadro. Sonreí, sabía que tenía que salir con algo más. Lo hice a un lado y me decanté por ver las fotografías.

Cuando llegamos a casa fui a ver el bungalow. ¡Diablos! Se sentía tan bien tener un lugar donde yo podría hacer lo que quisiera, aunque bueno, al parecer Lucy pensaba lo mismo.

—Mañana traeré mis muñecas para jugar aquí... —dijo cándida. Todos reímos, ella era más que bienvenida.

—Bien, creo que es hora de dormir —avisó mi madre, tomando a Lu de la mano—, buenas noches, hijo. —Besó mi mejilla y luego de despedirse de Camille se marcharon.

—Ve a conocer el resto —invitó mi abuelo antes de irse, dejándonos sólo a Camille y a mí. Y

obviamente que lo haría, moría por hacerlo.

Esperé un tiempo prudencial y luego cerré la puerta con seguro. Me había costado mucho convencer a Camille que le pidiera permiso a mi tía para quedarse en “una pijamada con Lucy”, pues desde que mi novia había regresado de su viaje, ella había decidido seguir viviendo con aquella mujer que le abrió las puertas y siempre la cuidó.

Y aunque me alegraba saberla en un lugar seguro, ¡diablos!, habían momento en que deseaba tenerla solo para mí. Giré sobre mis pies y enfoqué a mi chica; quien estaba a escasos metros de distancia, mirándome y haciéndome saber que sentía lo mismo que yo en ese instante: el corazón latiendo con efusividad, manos trémulas y una necesidad abrazadora.

—¿Quieres conocer el resto del lugar? —pregunté, rompiendo, poco a poco, la distancia. Ladeó la cabeza y sonrió con timidez, transmitiendo otra serie de mensajes.

—Claro, pero antes te daré tu regalo —murmuró. Tomó su bolso y rebuscó un instante en este y pronto sacó una caja de terciopelo negro. La tomé y con sus ojos expectantes, me alentó a abrirla —, ¿te gusta? —preguntó.

—“*Soy tu ángel porque así lo creíste, porque me amaste e iluminaste...*” —leí con claridad, pese a tener mi voz en un hilo. Amaba su regalo: un collar de oro blanco con una placa que tenía grabadas las palabras que recién había leído— Lo amo —contesté, con las emociones rebozando, conmovido y azorado.

—Y la continuación a esa frase la tengo yo... —anunció con emoción. Relamió sus labios y con sus mejillas ruborizadas la declamó—: *ahora siempre tuya seré, para pasar mi vida...* —Mi pecho se llenó de aire, mis ojos comenzaron a arder debido al esfuerzo por contener las lágrimas, sin embargo, no lo logré por mucho tiempo—... *contigo, siempre.*

No dije nada, no pude. Sentía mi mente en blanco. Asimismo, las palabras comenzaron a atascarse en mi garganta, formando un gigantesco nudo. Yo quería decirle *tantas cosas, quería decirle todo lo que mi corazón y mi cuerpo entero deseaban expresarle*. No obstante, frente a la situación, la única forma que encontré para que ella lo supiera, fue haciéndoselo sentir. Entonces la besé con todo lo que tenía.

Porque yo era suyo; *siempre* lo había sido, aun por encima de nosotros, aun por encima de los demás, de los problemas y de la maldad.

Y porque ella me había *escogido*; había abierto su corazón y me había permitido ayudarla a curar todo el dolor, escogiéndome y dándome el privilegio de poder pasar el resto de mis días junto a ella.

—No tengo palabras para decirte todo lo que siento en este momento... —musité, casi sobre su boca—..., pero te prometo demostrártelo todos los días de mi vida —concluí. La besé de nueva cuenta, así como compartimos nuestras almas en el proceso.

Y hasta este día, no sé si lo que estaba viviendo era un sueño, no sé si me lo merecía, pero ahí estaba y solo me restaba disfrutarlo.

## EXTRA I

### Camille

**E**l aire salobre golpeaba contra mi rostro y removía con rudeza mi cabello. Cerré los ojos e inhalé todo el oxígeno que pude y presté atención a la sensación de la arena bajo mis pies; al rugido imponente del mar y en el sonido del vaivén de las olas, en su tronar contra las rocas. Me encantaba la paz y la tranquilidad que sentía; era como si mi cuerpo flotara entre nubes, alejándome de todos mis miedos y pesares, brindándome también, por un instante, seguridad, fortaleza y poder. No obstante, todo acababa en el momento en que mi mente se empeñaba en recordar que nada de mi realidad había cambiado. Y que yo seguía siendo igual o más cobarde que antes, y porque los recuerdos dolían, siempre dolían.

*—Amor, debo decirte que para que ese bastardo tenga más que perdido el caso, nos pidieron que... —La indecisión y el temor se filtraron en su voz, lo cual me puso alerta, disipando todo rastro de emoción previa, ¿qué había pasado?, ¿por qué sentía que lo que estaba por escuchar no iba a gustarme? Tomé una silenciosa inspiración, entonces añadió—: ..., las autoridades quieren que declares en el juicio.*

*Mis ojos se abrieron de golpe, el corazón me fue estrujado sin compasión y el dolor regresó, en incontables olas y olas de desazón. Mis extremidades comenzaron a volverse trémulas, mi garganta se cerró, impidiendo que el aire entrara y en poco tiempo sentí como mis pulmones quemaban. Estaba entrando en otro ataque de pánico.*

*—¡No!, ¡no, no, no!, ¡yo no puedo! —dije, sacudiendo la cabeza, dejando que el miedo, la inseguridad y todos mis demonios salieran a la superficie y tomaran el control de mi voluntad, haciendo polvo mi escasa paz.*

*—Cami..., no, Cami. Amor, por favor tranquilízate —murmuró Brandon, pero era imposible. La sensación de terror y asco comenzaban a arremeter contra mis débiles cimientos.*

*Cerré los ojos y me dejé caer al suelo, seguido los sollozos se hicieron arrancados de mi garganta y la bilis amenazó con subir por mi esófago. Pronto escuché que alguien se venía acercando y temí que fuera mi abuela. No deseaba darle más preocupaciones, no quería que me viera así: derrotada, destruida.*

*—Brandon, yo..., yo no puedo volver, lo siento. —Entonces colgué, sin mayor preámbulo o explicación.*

Abrí los ojos y traté de absorber el paisaje que se extendía frente a mis ojos, en un desesperado intento por borrar esas amargas sensaciones que amenazaban con regresar. Di un par de pasos, hasta llegar al punto en donde el mar baña la arena, permitiendo que humedeciera mis pies descalzos.

Ladeé el rostro y reconocí que me sentía *muy* mal, tanto conmigo misma como con Brandon. Porque sabía que estaba tomando una decisión muy inconsciente, que de nuevo había permitido que los demonios de mi pasado me dominaran. «*Ya no estoy en peligro, ese sujeto está en la cárcel y de ahí no saldrá nunca. Él ya no puede hacerme daño*», me repetí por milésima vez, no

obstante, era tanta la inseguridad.

«No puedes ser tan cobarde, Camille. Y mucho menos dejar que Brandon resuelva tus problemas», objetó mi consciencia y tenía razón.

Solté un suspiro apesadumbrado; cuando hablé con él reparé en el hecho de que todo mi avance con la psiquiatra, todos mis intentos por superar mi pasado y sus secuelas, no habían surtido efecto. Me bastó solo escuchar el nombre de Pedro, para que mis esfuerzos se destruyeran tan fáciles como a castillos de arena.

Porque en serio lo intentaba. *Intentaba* comprender que yo no tenía la culpa, ni mis padres. Así como apreciar que muchas de sus víctimas no habían contado con mi suerte y que, por consiguiente, debía aprovecharla.

«Toda esta pesadilla acabó desde hace mucho tiempo, Camille. Solo debes entenderlo y asimilarlo, así como ya no puedes, ni debes seguir estropeando tu propio presente. Porque el hecho de no enfrentarlo, es como si te empeñaras en seguir en una habitación a oscuras, cuando solo debes ponerte de pie y tocar el interruptor de la luz», fue lo que un día me dijo mi psiquiatra.

Pero tenía mucho miedo al fracaso; porque ya una vez me había permitido soñar por encima de la sombra perenne de mi pasado y todo había salido mal, me había permitido amar, reír y ser feliz junto a maravillosas personas y con él, para terminar dándome en la cara. Pero no podía hacerle todo esto a Brandon. ¡Dios!, necesitaba que el cielo me diera las fuerzas necesarias para afrontar de una buena vez a todos mis miedos.

Porque de no hacerlo, corría el riesgo de perder a Brandon. Y yo lo amaba, *tanto* que cada poro de mi piel era testigo de las sensaciones que su sola presencia me provocaba, con solo escuchar su risa, con sentir su piel rozándose. Podía ser la interacción más mínima, pero estimulaba una conmoción descomunal en mi interior. Sin embargo, no quería causarle más daño del que ya había provocado.

Respiré una vez más y me tragué las lágrimas que picaban en el borde de mis ojos, y decidí regresar hasta donde se encontraba Gloria, mi abuela paterna.

—¿Cómo está el agua? —preguntó, con su sonrisa llena de ternura. Era una señora maravillosa, vivaz y con mucho amor para dar. Y a ella le debo tanto, porque fue mi pilar más fuerte durante esos días de sanación.

—Deliciosa —dije, regalándole una sonrisa sincera. Me encantaba estar con ella, porque podía recordar lo maravilloso y feliz que fui cuando mis padres vivían.

—¿Por qué no va con sus primos? —inquirió, señalando a los aludidos que se hallaban a unos cuantos metros de nosotras. Fruncí la nariz y sacudí la cabeza en una negativa, ellos y yo no nos llevábamos bien, quizá por los largos años de lejanía o quizá porque, tanto ellos como yo, apreciábamos la vida desde distintos ángulos.

—Prefiero estar con usted. —Y era cierto, asintió y palmeó un lugar al lado suyo, acudí a su llamado de inmediato. Pasó una mano por mis hombros y me atrajo a su pecho, el cual era el escondite perfecto.

—La noto muy callada desde ayer, Cami. Y si no estoy equivocada, fue después de esa llamada que recibió de los *Estados Unidos*, ¿fue con el amor que dejó allá, verdad?, ¿eso la tiene triste? —Solté un suspiro cansino, no tenía ánimos para hablar sobre eso, no obstante, sentía que si no se lo contaba a alguien iba a explotar.

—No..., con él todo está bien, supongo —respondí, frunciendo el ceño y dudando sobre mis palabras. Murmuró un asentimiento, pero aún tenía que decirle el resto, cerré los ojos—. Pero me

informó que... —Sopesé las palabras adecuadas para contarle todo lo que mi novio, esperaba que aún lo fuera, me había informado—..., que atraparon a ese sujeto —informé con voz queda, mostrándome impasible, cuando por dentro estaba a punto de quebrarme.

—¡Esas son excelentes noticias, mi niña! Yo estaba segura de que Dios tarde o temprano haría justicia con él —comentó. Estuve de acuerdo y me erguí—. Pero hay algo más, ¿cierto? —Hice una mueca con mis labios.

—Le han dicho a Brandon... —Y tan pronto escuchó *su* nombre, mi abuela me miró con picardía y me sonrojé sin evitarlo—..., que desean que regrese para declarar en el juicio.

—Ahora lo entiendo. Y, ¿qué ha pensado? —Me encogí de hombros, en realidad no había pensado en nada, seguía renuente a regresar.

Asimismo, solo seguía especulando en una y mil razones para no volver, pero todas ellas estaban impregnadas de miedo. Ya que yo sabía *muy* bien que la mejor forma de finiquitar de una buena vez todo el pasado que cargaba a costas y dejar de sentir que seguía fallándome a mí misma, era enfrentado a Pedro en *ese* juicio.

—Tengo miedo de regresar —confesé por fin, entonces contra todo pronóstico, ella murmuró: *no lo hagas*. Fruncí el ceño—. ¿De verdad me apoyaría si tomo la decisión de no regresar? —inquirí perpleja, movió su cabeza de arriba a abajo con resolución. Sonreí, pero esta se esfumo al sentir una fuerte punzada de remordimiento, añadí—: Abuela, ¿usted cree que soy muy cobarde al negarme a encarar a ese hombre?

—No es una cobarde, Camille. Usted es una de las mujeres más fuertes y luchadoras que conozco. Y porque no querer volver por inseguridad no la hace una cobarde, quizá solo necesita más tiempo para sanar y recuperarse. Entonces estoy segura de que nada, ni nadie le impedirán seguir adelante. Lo hará sin miedos y sin más llanto, y ya solo será una mujer con un pasado doloroso, pero con una mejor vida por delante.

—¿Entonces porque siento que me fallo al no hacerlo? —pregunté contrariada.

—Eso solo usted lo sabe, mi niña. Pero le diré algo: si el sentimiento de fallarse a sí misma es mayor que el temor que siente a regresar, entonces está muy claro lo que *debe* hacer. —Di un asentimiento, ella añadió—: Tiene que vencer ese temor y regresar. Porque recuerde que su bienestar esta primero, así como su paz interior.

Y con esas palabras —que cimbraron mi interior y todo lo que ahí residía—, tomé una decisión que esperaba fuese el punto final a todos esos lúgubres capítulos. Decidí que solo de esta manera podría iniciar un nuevo capítulo, en el cual escribiría con seguridad, en donde reinaría el amor. Además, me dejé envolver por el sentimiento de añoranza, y por el deseo de regresar a *Greenville* por Brandon.

Solté un suspiro y abracé a mi abuela, me empapé de la seguridad que ella me transmitía. Asimismo, me prometí ahí mismo que a partir de mañana pondría de todo mi empeño para sanar, para por fin amarme y aceptarme. Porque solo así; podría dar amor sin reparos, ni inhibiciones y podría entregarme al único hombre que con su ternura, dedicación y paciencia, fue llenando de luz mi oscuridad. Al *único* hombre que con su amor me ayudó a vencer a mis demonios.

Y que, sobre todo y todos, fue el *único* que aún por encima de mí misma, estuvo conmigo, *siempre*.

## EXTRA II

### Brandon

**E**stiré mi mano para tomar el brazo de Camille y acercarla. Solté una inspiración; me sentía extasiado y completo. ¡Santo cielo!, me sentía *tan* feliz. Por fin todo estaba tomando su curso; cada pieza asentándose en su lugar y eso me llenaba de paz, así como de resolución, porque todo había pasado como debía de pasar, en el momento adecuado, con la persona adecuada, sin forzar para dar el resultado adecuado.

—¿Qué te regaló, Charles? —preguntó Camille, trazando caricias en mi torso desnudo, era tan relajante.

Sonreí y recordé que aún me faltaba conocer su otro obsequio. Volví a ver a mi novia y sonreía, sus labios estaba rojos y sus mejillas no estaban diferentes. Solté un largo suspiro, nos esperaba una larga noche, así que iría sin prisas. Decidí levantarme, ya preso de la curiosidad, y fui por la bolsa de regalo.

Regresé a la habitación y me senté al lado de Camille, quien se envolvió con la sábana y se arrodillo a mi lado, mirando con expectación lo que rebuscaba dentro de aquella misteriosa bolsa. Y en cuanto saqué lo que había, mi novia se echó a reír. ¿Qué era?, pues ni más, ni menos que una tanga negra.

¡Sí!, ¡una jodida tanga!

—¡Vamos, póntela y modela para mí! —pidió, uniendo sus manos en señal de súplica. Sonreí y fui al baño a medírmela, creyendo erróneamente que ahí terminaba todo. Sin tomar en cuenta que era de Charles de quien hablábamos.

—¡Oh mierda! —exclamé y luego comencé a reír. Camille apareció en el umbral de la puerta y sus ojos se fueron directo a mi entrepierna y seguidamente se abrieron por la impresión, para luego estallar en una sonora carcajada.

—*Propiedad de Charles Fitz* —leyó con dificultad, pues la risa no se lo permitía, las letras bordadas en la parte donde se hallaba mi pelvis, ¡sí!, justo ahí. Sacudí la cabeza y salí del baño para buscar mi teléfono y marcarle.

Y, ¡el muy sabandija sabía que iba a llamarle!, ya que no se tardó ni tres segundos en atender.

—¿No me digas que no te gustó mi regalo, Bran? —preguntó Charles, por demás divertido. E iba a responder cuando Camille se adelantó.

—¡Disfruta saber que me los modelará a mí y que luego se los quitaré! —Una risotada se escapó de mi boca, ¡me encantaba esta nueva Camille!

—¡Oye, oye!, ¡no me cuel...! —Entonces colgué. Elevé el rostro, sentía el estómago adolorido por tanto reír, sin embargo, cuando mis ojos se encontraron con la mirada de Camille, toda proporción de diversión se esfumó en el aire, siendo sustituida por tensión, pura tensión sexual.

—Ahora vamos, acompáñame... —pidió, alcanzando mi mano y guiándome a la cama.

Solté un suspiro, «*¡soy un jodido afortunado!*»





## EXTRA III

### Charles

Entré y de inmediato el olor a alcohol y transpiración inundó mis fosas nasales; la música era retumbante y ensordecedora, las luces estremecían mis ojos, pero luego de tallarlos un poco me fui acostumbrando a la sensación. Solté un suspiro apesadumbrado y miré a mi alrededor, reparé en los huecos del bar discoteca que carecían de luz y en que a pesar de estar rodeado de personas, me sentía demasiado solo. Sacudí la cabeza y me decanté por pedir un trago de vodka, porque sí, el jodido dolor que ardía en mi pecho solo iba a menguar cuando estuviera ahogado en el alcohol.

Unos cuantos tragos después y con la cabeza ya dándome vueltas, decidí esconder mi rostro entre mis manos y ocultar que estaba a punto de recurrir al llanto. Porque, ¡santo cielo!, todavía me dolía su traición y porque el haber visto a Paola hacía unos minutos me lo había dejado comprobado, incluso más que la demostración de una hipótesis con base en el método científico.

—*Q-quiero otro...* —pronuncié, arrastrando las palabras.

Y así fue como, de un momento a otro, la parte que ocupaba de la barra se había llenado de copas vacías. Froté mi rostro con frustración y volví sobre mis pies, apoyé mi espalda sobre la barra y mis ojos viajaron por todo el recinto, observando a parejas y grupos de jóvenes bailando, despreocupados y con vidas menos miserables que las mías. Y, ¡con un demonio!, como deseaba estar en sus lugares. Tomé otra copa y me la bebí de un hilo, sintiendo el resquemor invadiendo mi pecho y el desprecio de estar bajo mi propia piel.

«*¡Necesito olvidarme de todo y todos esta noche!*», y lo hubiese cumplido, a menos hasta que ella apareció.

—Claro, acá te espero Gerard... —escuché una voz femenina. Sacudí la cabeza y parpadeé un par de veces, sintiéndome mareado por las luces resplandecientes de la pista. Miré el hielo bailando en mi copa vacía.

—*Dame otro...* —pedí, depositando la copa con el resto que tenía ya vacías.

—Si sigues bebiendo como si el mundo se fuera a acabar mañana, en un rato ya no podrás mantenerte en pie... —murmuraron con diversión a mi costado. Enfurruñé la nariz y giré mi cabeza en dirección de dónde provenía la voz. Me dificultó mucho enfocar a la persona frente a mí, pero en lo que sí reparé fue en que era una mujer—..., ¿mal de amores? —preguntó con una sonrisa ladeada en los labios.

—*No lo sé...* —Entrecerré los ojos e hice un recuento en mis pensamientos—..., *ya lo olvidé* —mentí. Ella sonrió y dio un leve asentimiento, pero hubo algo en su expresión que me hizo saber que no me había creído del todo—. *P-pero y tú, ¿vienes con alguien?* —pregunté. La vi sacudir la cabeza, lo cual me mareó un poco y me decanté por aferrarme disimuladamente de la mesa.

—Sí, con un amigo. —Alcé una ceja, seguido el bartender me proporcionó otra copa llena.

—*A tu salud...* —dije, alzándola y luego llevándola a mi boca. Para entonces la cabeza ya estaba dándome vueltas y vueltas, que me sostuve fuertemente de la barra pues sentía que caería al piso.

—Te lo dije... ¿andas solo? —preguntó, traté de enfocarla pero miraba engorroso.

—¿Por... qué... hay... cinco de ti? —cuestioné arrastrando las palabras.

—Porque alguien se pasó de cinco copas —recriminó. Bufé e intenté caminar pero el piso se me movió—. Te tengo —dijo, aferrándose del brazo y sentándose con esfuerzo sobre el taburete.

—Yo... no... estar... borracho... —recuerdo que dije. La observé sacar su teléfono e intentar llamar a alguien—... ¿a quién... llamas? Yo puedo solo. —Me quejé, la escuché resoplar y murmurar: sí, claro.

Apoyé mi cabeza sobre la barra y cerré los ojos, tratando de disminuir el estado de ebriedad, aunque si soy sincero eso era imposible. ¡Me bebí mi peso en alcohol!

Loa escuché hablar con alguien y murmurar una disculpa, pero estaba tan obnubilado gracias a que el alcohol había adormecido mi raciocinio y extremidades que no supe con exactitud que, de todo lo que escuchaba y veía, era real y que no. Un par de segundos después, cuando sentí su cálido tacto en mi antebrazo, abrí los ojos. ¿Me había quedado dormido?

—Bien, vamos a llevarte a casa pequeño borracho... —Sentí como me guiaban entre la gente y fue una tarea dificultosa, pues yo no ayudaba mucho con mi desequilibrio. Abrí los ojos, al sentir el aire frío chocar contra mi cara y en consecuencia la borrachera se terminó por apoderar de mi cabeza. Con la luz de afuera, me fue un poco más sencillo enfocar una mata de cabello roja como el fuego, unos labios color vino muy tentadores y unos ojos amielados, casi dorados, brillando bajo la luz de los faroles—..., mañana vendrás a recoger tu vehículo, *okay*. —Asentí y murmuré palabras ininteligibles pero que según yo eran: *está bien, mañana vengo por él*.

Cuando me subí al auto y sentí la calidez y comodidad del asiento, me arrellané, cerré los ojos y me quedé dormido.



A la mañana siguiente, un sonido estridente me hizo levantarme de golpe, llevé las manos a mi cabeza sosteniéndola, intentando disminuir unas fuertes punzadas de dolor. Abrí los ojos y la luz me cegó al instante, ¡demonios!

Agarré una almohada y la lancé hacia el aparato que yacía a un lado de mi cama, escuchando como se daba de lleno contra el suelo de la habitación pero sin cesar su maldito bullicio.

—¡Oh, cállate maldito! —exclamé, sintiendo como mi cabeza estaba a punto de estallar. «¿Cuánto tomé para amanecer así? ¡Mierda, mil veces mierda!» Como pude salí de mi cama y recogí el despertador y apagué su ensordecedor sonido. Regresé a mi cama y me introduje de nuevo en las tibias sabanas, con la intención de quedar dormido. Pero entonces un significativo detalle llegó a mi cabeza: *¿cómo había llegado a mi habitación..., a mi casa?* Me senté otra vez e intenté recordar lo que había pasado anoche. No obstante, mis recuerdos eran una bola de nubladas y disparatadas imágenes, sumado el dolor que no me ayudaba en nada. «¿Y si había manejé ebrio? ¡Santo cielo!» Salí de mi cama de un brinco y me fui en busca de mi camioneta, rogándole al cielo en que estuviera intacta o al menos entera. Para empeorar la situación: *No estaba*.

»—¡Perfecto Charles! —exclamé con frustración. Comencé a dar vueltas en el espacio del estacionamiento que ocupaba mi vehículo, esforzándome por recordar—. Viste a Pao..., luego fuiste al bar, bebiste y hablaste con ella... ¿qué detalle estoy dejando pasar? —Me cuestioné

agarrando mi cabello despeinado.

—Buenos días joven... —saludó Paco, el vigilante, de inmediato me enderecé.

—Buenos días, ¿tú estaba de turno nocturno, verdad? —pregunté, y para mi suerte así había sido. Escuché toda la versión de los hechos: una mujer de cabello rojizo, muy simpática, me había traído y junto con Paco me habían subido hasta dejarme en mi habitación.

—Los dejé ahí y regresé a mi lugar, hasta que tiempo después ella salió y se fue. Ustedes no venían en su auto joven. —Asentí y le agradecí. Giré sobre mis pies y comencé a pensar en cómo haría para localizarla. Pero antes de alejarme demasiado, añadió—: ¿No tiene frío, joven? —cuestionó, volví a verlo y él me apuntó con su dedo, bajé mi cabeza y ¡lo que me faltaba! Estaba ni más, ni menos que en ropa interior. Sonreí tratando de ocultar mi vergüenza.

—Un poco, eh..., gracias Paco.

Entré a mi apartamento, divagando en el único hecho certero que tenía: ella me había quitado la ropa. Sin embargo, ¿qué demonios pasó? Busqué en mi habitación algún indicio de algo y encontré la ropa en el cesto de la ropa sucia, y olía horrendo, a vómito... ¿había vomitado? Hice una mueca de asco y me obligué a revisar los bolsillos de mi pantalón y todo estaba ahí: mi teléfono móvil, mi billetera y las llaves de la camioneta. Pero la gran interrogante era ¿dónde demonios estaba?

Me tomé un analgésico para el dolor y cuando regresé a mi habitación un sonido extraño captó mi atención: era de un móvil, que no era el mío, y que estaba sobre la mesa de noche. Me aproximé y lo tomé, encendí la pantalla, y de inmediato la foto de mi salvadora apareció, deslumbrando por un segundo a mis ojos. Deslicé mi dedo por la pantalla y para mi suerte no tenía clave de desbloqueo; busqué entre sus contactos un número que me ayudara a localizarla, miré un contacto conocido, pero decliné por llamarla a *ella* porque seguramente me obligaría a dar un montón de explicaciones, mismas que no tenía nada de ánimos de dar. Seguí revisando un poco más, hasta que encontré uno que decía *casa*. Marqué el número en mi móvil y esperé a que alguien contestara.

—Hola, buenos días —dijo con voz suave. Era ella.

Tomé una inspiración y repasé en mi cabeza todas las cosas que había encontrado un rato atrás; la incertidumbre me atravesó de lado, y me obligué a salir de dudas.

—Hola..., por alguna extraña razón tu móvil está en mi recámara, eh puedo saber... ¿qué pasó anoche?, ¿qué hicimos anoche? —pregunté sonando confundido, porque ¡Jesús!, que feo era no recordar nada.

## **NOTA DE AUTORA:**

“Contigo, siempre”, es la primera entrega de una trilogía romántica llamada “*Amores que curan*”, cuyos libros restantes se titulan “Contigo, nunca” mismo que relata la vida de Charles Fitz y lo que fue de él luego de su repentino rompimiento con su ex. Y como último libro, tenemos “Contigo, nada más”, centrada en la vida de Lucy O’Donnell.